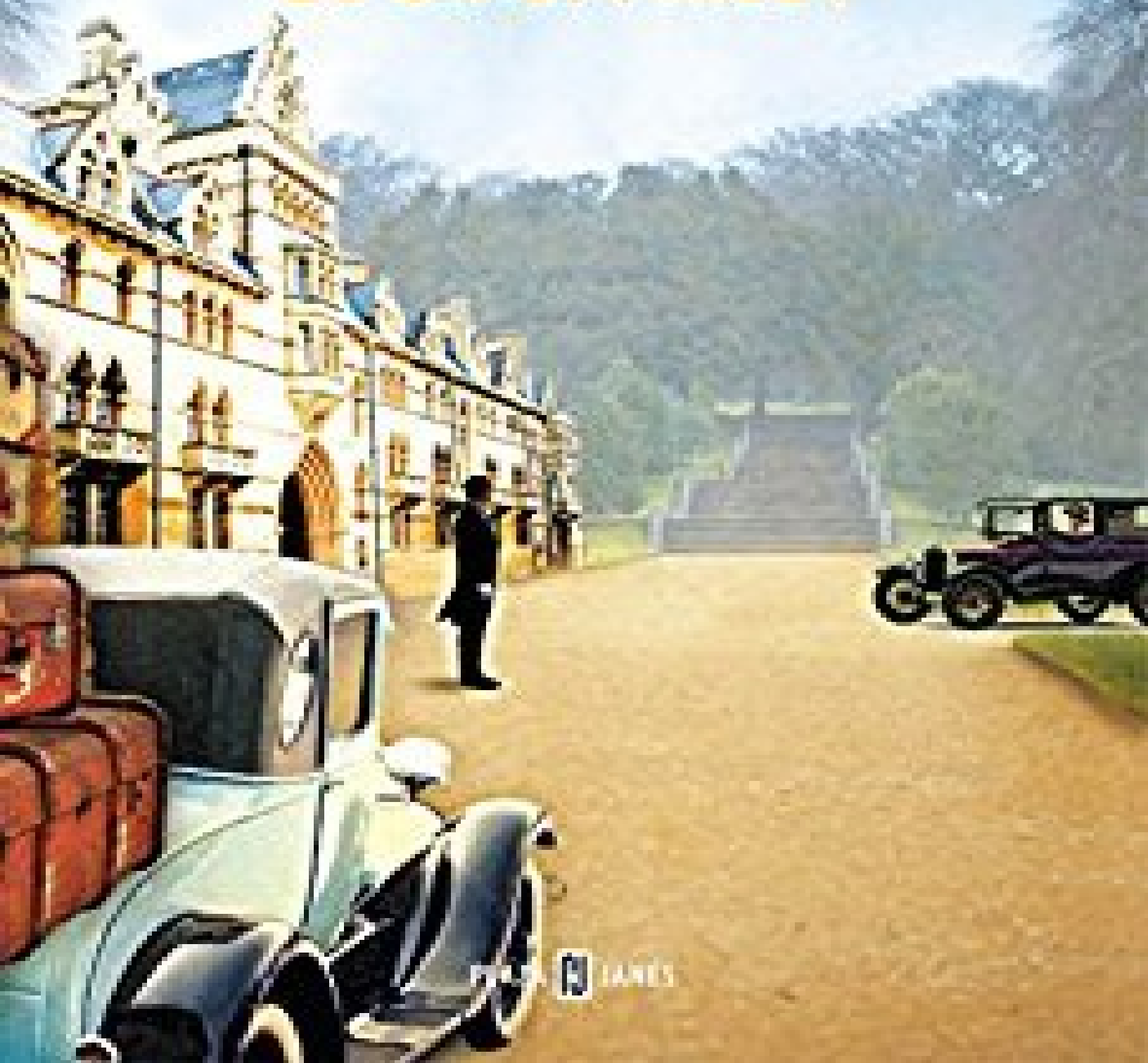


LA ROSA DE MEDIANOCHE

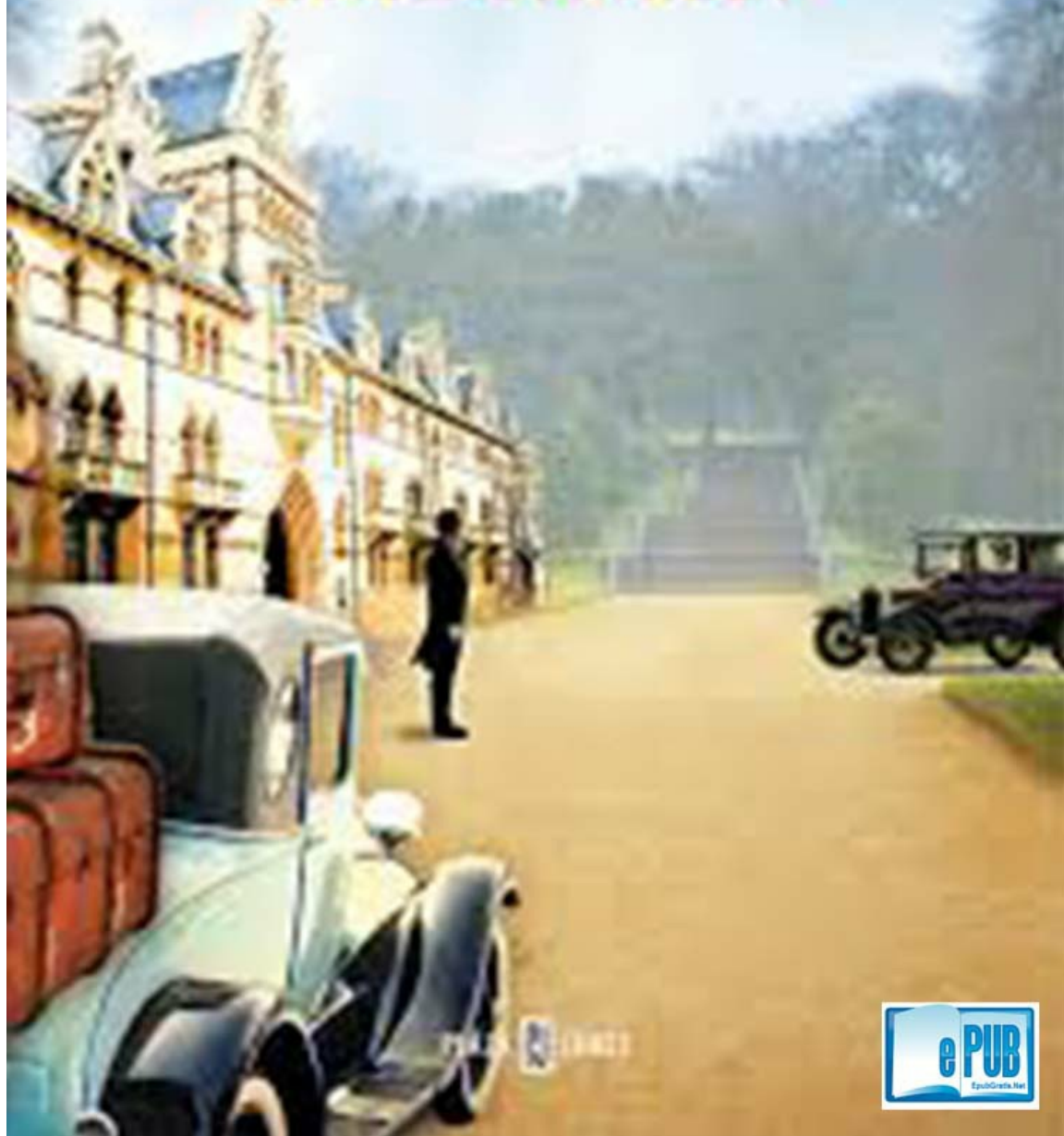
LUCINDA RILEY



PLAZA JANÉS

LA ROSA DE MEDIANOCHE

LUCINDA RILEY



Para Leonora

Deja que mis pensamientos te visiten cuando ya no
esté, como el arrebol del crepúsculo en el filo del
silencio estrellado.

RABINDRANATH TAGORE

Prólogo

Anahita

Hoy cumplo cien años. No solo he conseguido vivir un siglo, sino ver la llegada de un nuevo milenio.

Mientras al otro lado de la ventana despunta el día y el sol se eleva sobre el monte Kanchenjunga, me recuesto en las almohadas y sonrío ante mi absurda ocurrencia. Si fuera un mueble, una butaca elegante por ejemplo, sería catalogada como una antigüedad. Sería lustrada, restaurada y orgullosamente exhibida como algo bello. Por desgracia, no es el caso de mi carcasa humana, que no ha madurado con los años como un exquisito mueble de caoba. Todo lo contrario, mi cuerpo se ha deteriorado hasta quedar reducido a un encorvado saco de arpillera con un montón de huesos dentro.

Toda «belleza» en mí que pueda calificarse de valiosa yace oculta en las profundidades de mi ser. Es la sabiduría de cien años vividos en esta tierra, y un corazón que ha acompañado con su latido todas las emociones y conductas humanas concebibles.

Tal día como hoy hace cien años, mis padres, como era costumbre entre los indios, fueron a ver a un astrólogo para que les hablara del futuro de su recién nacida. Creo que todavía conservo las predicciones del adivino acerca de mi vida entre las escasas pertenencias de mi madre que he guardado. Recuerdo decir a mis padres que sería longeva, pero imagino que tratándose del año 1900, daban por sentado que con la bendición de los dioses viviría, como mucho, hasta los cincuenta largos.

Llaman con suavidad a mi puerta. Es Keva, mi fiel sirvienta, armada con una bandeja de té English Breakfast y una jarrita de leche fría. Aunque he vivido los últimos setenta y ocho años en la India —en Darjeeling para más inri—, el té tomado a la manera inglesa es un hábito del que no he conseguido desprenderme.

No respondo a la llamada a la puerta de Keva, pues esta mañana especial prefiero estar a solas con mis pensamientos un rato más. Seguro que Keva estará deseando hablar del programa del día; estará impaciente por levantarme, lavarme y vestirme antes de que empiece a llegar mi familia.

Cuando el sol comienza a reflejarse en las nubes que cubren las montañas nevadas, busco en la bóveda azul la respuesta que llevo implorando a los cielos cada mañana desde hace setenta y ocho años.

«Hoy, por favor», suplico a los dioses, pues cada hora transcurrida desde la última vez que vi a mi hijo he sabido que todavía respira en algún lugar de este planeta. Si hubiese muerto lo habría sabido al instante, como ha ocurrido con todos los seres a los que he querido cuando han dejado este mundo.

Los ojos se me llenan de lágrimas y vuelvo la cabeza hacia la mesilla de noche para contemplar la fotografía que tengo de él, un ángel de dos años sentado en mis rodillas, sonriendo. Me la dio mi amiga Indira, junto con su certificado de defunción, unas semanas después de que me comunicaran la muerte de mi hijo.

Hace tanto de eso, pienso. A decir verdad, mi hijo también es ahora un anciano. En octubre cumplirá ochenta y un años. Pero, pese a mi poderosa imaginación, me resulta imposible verlo como tal.

Desvió resueltamente la mirada de la foto de mi hijo, sabedora de que hoy merezco disfrutar de la celebración que mi familia me ha organizado. No obstante, en todas estas ocasiones en que veo a mi otra hija y a sus hijos, y a los hijos de sus hijos, la ausencia de mi hijo solo consigue alimentar el dolor de mi corazón, recordándome que siempre ha estado desaparecido.

Ellos, obviamente, creen y siempre han creído que mi hijo murió hace setenta y ocho años.

—¡Si tienes hasta su certificado de defunción, *maaji*! Déjale descansar —decía mi hija Muna con un suspiro—. Disfruta de la familia que todavía vive.

Después de todos estos años entiendo que Muna se impacienta conmigo. Y, desde luego, tienes sus razones. Quiere ser suficiente ella sola. Pero nada puede reemplazar a un hijo perdido en el corazón de una madre.

Hoy, sin embargo, las cosas se harán a la manera de mi hija. Me sentaré en mi butaca y disfrutaré observando a la dinastía que he creado. No les aburriré con mis relatos de la historia de la India. Cuando lleguen en sus veloces todoterrenos occidentales, con sus hijos jugando con artilugios que funcionan con pilas, no les recordaré que Indira y yo subíamos las empinadas colinas de los alrededores de Darjeeling a caballo, que la electricidad y el agua corriente en las casas era algo raro en aquellos tiempos, o la voracidad con que leía todos los libros que caían en mis manos. A los jóvenes les irritan las anécdotas del pasado; solo quieren vivir el presente, exactamente como me sucedía a mí a su edad.

Imagino que a la mayor parte de mi familia no le hace demasiada gracia tener que cruzar media India en avión para ver a su bisabuela el día de su centenario, pero quizá esté siendo injusta. Estos últimos años he meditado mucho acerca de por qué los jóvenes parecen incómodos en presencia de los mayores; podrían aprender de nosotros tantas cosas que necesitan saber... Y he llegado a la conclusión de que su malestar se debe a que, en nuestra frágil presencia física, toman conciencia de lo que les tiene reservado el futuro. Solo pueden ver, en su punto álgido de fuerza y belleza, que algún día también ellos se apagarán. No saben qué cosas ganarán.

¿Cómo podrían empezar siquiera a vernos por dentro? ¿Comprender que sus almas crecerán, que su impetuosidad se verá domeñada y sus pensamientos egoístas atenuados por la experiencia de los años?

Pero acepto que así es la naturaleza, en toda su gloriosa complejidad. He dejado de cuestionarla.

Cuando Keva llama a la puerta por segunda vez, la dejo entrar. Mientras me habla en apresurado hindi, doy sorbos de té y repaso los nombres de mis cuatro nietos y once bisnietos. A los cien años una desea demostrar, cuando menos, que la cabeza todavía le funciona bien.

Los cuatro nietos que mi hija me dio se han convertido a su vez en padres competentes y cariñosos. Prosperaron en el nuevo mundo que la

independencia con respecto a los británicos trajo a la India, y sus hijos han llevado ese éxito más lejos aún. Si no recuerdo mal, por lo menos seis de ellos han abierto su propio negocio o son comerciantes. Egoístamente, me habría gustado que alguno de mis descendientes se hubiera interesado por la medicina, que hubiera seguido mis pasos, pero soy consciente de que no puedo tenerlo todo.

Cuando Keva me ayuda a entrar en el cuarto de baño para lavarme, tomo en consideración que mi familia ha tenido una mezcla de suerte, inteligencia y conexiones familiares de su lado. Y que a mi amada India le queda todavía un siglo para que los millones de personas que todavía pasan hambre en sus calles vean cubiertas sus necesidades básicas. Yo he hecho lo posible por ayudar durante estos años, pero sé que mis esfuerzos tan solo son una ola en el océano frente a una marea feroz de pobreza y privaciones.

Sentada pacientemente mientras Keva me pone el sari nuevo —regalo de cumpleaños de Muna, mi hija—, decido abandonar por hoy esos pensamientos lacrimógenos. Siempre he hecho lo posible por mejorar aquellas vidas que han rozado la mía, y eso ha de ser satisfacción suficiente.

—Está preciosa, señora Chavan.

Cuando observo mi reflejo en el espejo me doy cuenta de que miente, pero la quiero justamente por eso. Mis dedos viajan hasta el collar de perlas que rodea mi cuello desde hace casi ochenta años. Se las he dejado a Muna en mi testamento.

—Su hija llegará a las once y el resto de la familia una hora después. ¿Dónde la pongo hasta que lleguen?

Sintiéndome como una butaca de caoba, le sonrío.

—Ponme delante de la ventana. Quiero admirar mis montañas —digo.

Me ayuda a levantarme, me conduce con delicadeza hasta el sillón y me sienta.

—¿Le traigo algo más, señora?

—No. Ve a la cocina y asegúrate de que ese cocinero nuestro lo tenga todo bajo control.

—Sí, señora.

Traslada la campanita de la mesilla de noche a la mesa que tengo a mi

vera y sale discretamente de la estancia.

Vuelvo el rostro hacia el sol, que está empezando a entrar a raudales por los grandes ventanales de mi casa, situada en lo alto de la colina. Mientras disfruto de él como un gato, me acuerdo de los amigos que han fallecido y que no estarán hoy en mi celebración. Indira, mi amiga más querida, murió hace quince años. Confieso que ese fue uno de los pocos momentos de mi vida en que me he desmoronado y he llorado desconsoladamente. Ni siquiera mi devota hija podría igualar el amor y la amistad que Indira me mostraba. Egocéntrica y frívola hasta el día de su muerte, estaba allí cuando más la necesitaba.

Contemplo el escritorio que tengo delante y no puedo evitar pensar en lo que oculta dentro del cajón cerrado con llave. Es una carta, una carta de trescientas páginas. Está dirigida a mi amado hijo y narra la historia de mi vida desde el principio. Con el paso de los años empezó a inquietarme que mi mente olvidara los detalles, que estos se tornaran borrosos y granulados como el rollo de una película muda en blanco y negro. Si, como he creído hasta hoy, mi hijo está vivo, y si algún día había de regresar junto a mí, quería poder obsequiarle con la historia de su madre y de su amor imperecedero por su hijo perdido. Y las razones por las que se vio obligada a dejarlo atrás...

Empecé a escribirla en la madurez, consciente de que la parca se me podía llevar en cualquier momento. Y ahí ha permanecido casi cincuenta años, intacta y sin leer, porque él nunca vino a buscarme y yo todavía no le he encontrado.

Ni siquiera mi hija conoce la historia de mi vida previa a su llegada al mundo. A veces me siento culpable por no haberle contado nunca la verdad. Pero creo que es suficiente que haya conocido mi amor cuando a su hermano le fue negado.

Contemplo el escritorio, visualizando en mi mente la pila de hojas amarillentas que esconde. Y pido consejo a los dioses. Cuando muera, como no tardaré en hacer, me horrorizaría que cayera en las manos equivocadas. Por un momento considero la posibilidad de encender la chimenea y pedir a Keva que arroje las hojas al fuego. Pero no, meneo instintivamente la cabeza. Nunca hallo el valor de hacerlo, por si acaso encuentro a mi hijo. Todavía

hay esperanza. Después de todo, si he vivido hasta los cien, quizá lo haga hasta los ciento diez.

Pero ¿a quién confiar entretanto el manuscrito, por si acaso...?

Repaso mentalmente los miembros de mi familia por orden generacional. En cada nombre escucho con atención, en busca de consejo. Y es en el de uno de mis bisnietos donde me detengo.

Ari Malik, el primogénito del mayor de mis nietos, Vivek. Se me escapa una risita cuando el escalofrío me recorre el espinazo, la señal que me han enviado aquellos de arriba que entienden mucho más de lo yo podré hacerlo jamás. Ari, el único miembro de mi familia que ha sido bendecido con unos ojos azules. Aparte de mi amado hijo perdido.

Me concentro para rememorar sus rasgos; con once bisnietos, pienso a modo de consuelo, hasta una persona con la mitad de mis años tendría problemas para acordarse. Además, hoy en día están desperdigados por toda la India y casi nunca los veo.

De todos mis nietos, Vivek, el padre de Ari, es el que más ha prosperado económicamente. Siempre fue un chico listo, aunque algo soso. Es ingeniero y ha ganado lo suficiente para proporcionar a su esposa y a sus tres hijos una vida llena de comodidades. Si la memoria no me falla, Ari se educó en Inglaterra. Siempre fue un muchacho espabilado, aunque se me escapa lo que ha estado haciendo desde que terminó los estudios. Hoy lo averiguaré, me digo. Le observaré. Y estoy segura de que sabré si mi intuición es correcta.

Sintiéndome más tranquila ahora que he dado con una posible solución a mi dilema, cierro los ojos y me permito una cabezada.

—¿Dónde está? —susurró Samina Malik a su marido—. Me juró que no se retrasaría —añadió al tiempo que observaba a los demás miembros de la extensa familia de Anahita. Estaban congregados alrededor de la anciana, en el elegante salón de su casa, colmándola de regalos y cumplidos.

—Tranquilízate, Samina —dijo Vivek a su esposa—, ya llegará.

—Ari dijo que se reuniría con nosotros a las diez en la estación para que pudiéramos subir a la casa todos juntos, como una familia... En serio, Vivek, ese chico no tiene ningún respeto a su familia, te...

—Basta, *pyari*. Nuestro hijo es un joven muy ocupado, y un buen chico.

—¿Eso crees? —preguntó Samina—. Yo no estoy tan segura. Cada vez que llamo a su apartamento contesta una voz femenina diferente. Ya conoces Bombay, está lleno de frescas de Bollywood y tiburones —añadió, bajando la voz para que los demás miembros de la familia no la oyeran.

—Cierto, y nuestro hijo ya tiene veinticinco años y dirige su propia empresa. Sabe cuidar de sí mismo —replicó Vivek.

—El personal está esperando su llegada para poder servir el champán y brindar. Keva teme que tu abuela se canse demasiado si seguimos aguardando. —Samina suspiró—. Si Ari no ha llegado en diez minutos, les diré que continúen sin él.

—Te dije que llegaría —dijo Vivek con una sonrisa de oreja a oreja cuando Ari, su hijo predilecto, entró en la estancia—. Tu madre estaba al borde de un ataque, como siempre —le informó con un caluroso abrazo.

—Prometiste que estarías en la estación. ¡Te esperamos una hora! ¿Dónde estabas? —Samina miró ceñuda a su atractivo hijo, pero, como siempre, sabía que era una batalla perdida contra la marea de su encanto.

—Perdóname, mamá. —Ari le obsequió con una sonrisa irresistible y le estrechó las manos—. Me retrasé e intenté llamarte al móvil, pero lo tenías apagado, para variar.

Ari y su padre cruzaron una sonrisita. La incapacidad de Samina para manejar el móvil era un motivo de chanza familiar.

—En cualquier caso, ya estoy aquí —dijo mirando al resto del clan—. ¿Me he perdido algo?

—No, y tu bisabuela ha estado tan atareada saludando al resto de la familia que con suerte no habrá reparado en tu retraso —respondió Vivek.

Ari se volvió y miró a través de la multitud de familiares a la matriarca cuyos genes habían tejido hilos invisibles a lo largo de las generaciones. Al hacerlo, vio sus ojos brillantes e inquisidores clavados en él.

—¡Ari, finalmente has decidido unirme a nosotros! —Anahita sonrió—. Ven a darle un beso a tu bisabuela.

—Puede que tu abuela cumpla hoy cien años, pero no se le escapa una —susurró Samina a Vivek.

Cuando Anahita abrió sus frágiles brazos a Ari, los familiares se hicieron

a un lado y todas las miradas se volvieron hacia él. Ari avanzó y se arrodilló frente a ella, mostrando sus respetos con una larga *pranaam* y aguardando su bendición.

—Nani —la saludó empleando el apodo cariñoso con que se dirigían a ella todos sus nietos y bisnietos—, perdona el retraso. Es un largo viaje desde Bombay —se excusó.

Cuando levantó la mirada vio que los ojos de su bisabuela lo estaban perforando de esa manera tan peculiar, como si estuviera examinando su alma.

—No te preocupes —respondió Anahita al tiempo que sus dedos encogidos y torpes le rozaban la mejilla con la ligereza de un ala de mariposa—. Aunque —bajó la voz hasta un susurro para que solo él pudiera oírla— siempre me ha resultado útil comprobar la noche antes que he puesto el despertador a la hora correcta. —Le guiñó un ojo y le hizo señas para que se levantara—. Hablaremos más tarde. Es evidente que Keva está deseando dar comienzo a la celebración.

—Por supuesto, nani —dijo Ari, notando que un rubor trepaba por sus mejillas—. Feliz cumpleaños.

Mientras regresaba junto a sus padres se preguntó cómo era posible que su bisabuela conociera el motivo exacto de su retraso.

El día transcurrió según lo planeado. Vivek, el mayor de los nietos de Anahita, pronunció un discurso sobre la extraordinaria vida de su abuela. Las lenguas se fueron soltando conforme corría el champán, y la tensión propia de las familias que se reúnen después de mucho tiempo sin verse empezó a diluirse. El lado típicamente competitivo de los hermanos se fue difuminando a medida que cada uno recuperaba su lugar en la jerarquía familiar, y los primos más pequeños perdieron su timidez y encontraron puntos en común.

—¡Mira a tu hijo! —comentó Muna, la hija de Anahita, a Vivek—. Sus primas se derriten por él. Pronto tendrá que empezar a pensar en el matrimonio —añadió.

—Me temo que él no opina lo mismo —rezongó Samina a su suegra—. Hoy en día los jóvenes prefieren picotear de aquí y de allá hasta bien entrados los treinta.

—Entonces ¿no vais a buscarle esposa? —preguntó Muna.

—Ya lo creo que sí, pero dudo mucho que acepte. —Vivek suspiró—. Ari pertenece a otra generación. Es el amo y señor de su universo. Tiene su propia empresa y viaja por todo el mundo. Los tiempos han cambiado, mamá, y Samina y yo debemos dar a nuestros hijos voz y voto a la hora de elegir cónyuge.

—¿No me digas? —Muna enarcó una ceja—. Te veo muy moderno, Vivek. Después de todo, a vosotros dos no os ha ido tan mal juntos.

—Es cierto, mamá —convino Vivek estrechando la mano de su mujer—. Me elegiste una buena esposa. —Sonrió.

—Pero estamos nadando contra una corriente imposible —intervino Samina—. Hoy en día los jóvenes hacen lo que quieren y toman sus propias decisiones. —Deseosa de cambiar de tema, volvió su mirada hacia Anahita—. Parece que tu madre está disfrutando de su gran día —comentó—. Ella sí que es un milagro, un prodigio de la naturaleza.

—Sí —suspiró Muna—, pero me preocupa que viva en mitad de la montaña únicamente con los cuidados de Keva. En invierno hace mucho frío y eso no puede ser bueno para sus viejos huesos. Le he pedido infinidad de veces que venga a vivir con nosotros a Guhagar, donde podríamos cuidarla, pero se niega en redondo. Dice que se siente más próxima a sus espíritus aquí arriba, y también a su pasado.

—Su misterioso pasado. —Vivek levantó una ceja—. Mamá, ¿crees que algún día conseguirás que te diga quién es tu padre? Sé que murió antes de que nacieras, pero nunca ha sido clara con los detalles.

—Me importaba mientras crecía, y recuerdo que la acribillaba a preguntas, pero ahora —Muna se encogió de hombros—, si quiere guardarse sus secretos, puede hacerlo. Ha sido una madre maravillosa y no quiero disgustarla. —Muna miró con cariño a su madre. Anahita la vio y le hizo señas para que se acercara.

—¿Qué pasa, *maaji*? —preguntó cuando llegó a su lado.

—Estoy un poco cansada. —Anahita ahogó un bostezo—. Me gustaría reposar. Y dentro de una hora quiero que me envíes a mi bisnieto Ari.

—De acuerdo. —Muna ayudó a su madre a ponerse en pie y abrirse paso

entre los parientes. Siempre pendiente de su señora, Keva fue enseguida a su encuentro—. Mi madre quiere descansar, Keva. ¿Puede llevarla a su cuarto?

—Desde luego. Ha sido un día largo.

Muna las vio salir de la estancia y regresó junto a Vivek y a su mujer.

—Se ha retirado a descansar, pero ha dicho que quiere ver a Ari dentro de una hora.

—¿En serio? —Vivek frunció el entrecejo—. Me pregunto por qué.

—A saber lo que pasa por la mente de mi madre —dijo Muna con un suspiro.

—Será mejor que se lo diga a Ari. Sé que estaba hablando de marcharse pronto. Mañana tiene una reunión de trabajo en Bombay a primera hora.

—Pues por una vez tendrá que dar prioridad a su familia —dijo Samina con firmeza—. Voy a buscarlo.

Cuando su madre le comunicó que su bisabuela deseaba hablar con él al cabo de una hora, Ari, como había vaticinado su padre, no se lo tomó bien.

—No puedo perder ese avión —explicó—. Has de comprender, mamá, que tengo una empresa que dirigir.

—Entonces le diré a tu padre que le cuente a su abuela que el día de su centenario, su bisnieto mayor no pudo siquiera dedicarle un rato, como era su deseo.

—Pero, mamá... —Ari reparó en la expresión severa de su madre y suspiró—. Está bien, me quedaré. Y ahora, si me disculpas, he de buscar cobertura en algún lugar para poder telefonar y aplazar la reunión.

Samina observó a su primogénito alejarse con la mirada fija en el móvil. Había sido un niño resuelto desde que nació, y era evidente que Samina lo había malcriado, como todas las madres. Siempre fue un muchacho especial, desde el momento que abrió los ojos y ella reparó, atónita, en que eran azules. Vivek le gastó incontables bromas acerca de su fidelidad, hasta que fueron a ver a Anahita y esta les desveló que los ojos del difunto padre de Muna también habían sido de ese color.

Ari tenía la piel más clara que sus hermanos, y su asombrosa belleza llamaba mucho la atención. Con toda la que había recibido a lo largo de sus veinticinco años, no podía negarse que pecaba de cierta arrogancia, pero su

naturaleza dulce lo salvaba. De todos sus hijos, Ari siempre había sido el más cariñoso, el que siempre estaba a su lado cuando surgía un problema. Hasta el día que anunció que deseaba montar su propia empresa y se marchó a Bombay...

Actualmente, el Ari que visitaba a su familia parecía más duro, más egocéntrico, y, la verdad sea dicha, a Samina cada día le gustaba menos. Mientras regresaba junto a su marido, rezó para que se tratara simplemente de una fase.

—Ahora haz pasar a mi nieto —dijo Anahita mientras Keva la incorporaba en la cama y le ahuecaba las almohadas.

—Sí, señora.

—Y que nadie nos moleste.

—No, señora.

—Buenas tardes, nani —saludó Ari cuando entró precipitadamente en la habitación unos segundos después—. Espero que hayas descansado.

—Sí. —Anahita señaló una silla—. Siéntate, por favor. Te pido disculpas por haber alterado tus planes de mañana.

—En serio —Ari notó que el rubor le subía por las mejillas por segunda vez ese día—, no pasa nada. —La observó, maravillado de su capacidad para leerle la mente mientras ella le miraba con sus ojos penetrantes.

—Tu padre me ha contado que ahora vives en Bombay y diriges una empresa próspera.

—Bueno, yo no la describiría aún como próspera —dijo Ari—, pero estoy trabajando duro para que lo sea en el futuro.

—Veo que eres un joven ambicioso. Estoy segura de que algún día tu negocio dará el fruto que esperas.

—Gracias, nani.

Ari vio que su bisabuela esbozaba una media sonrisa.

—Claro que quizá no te aporte la satisfacción que esperas. En la vida hay más cosas aparte del trabajo y el dinero. En cualquier caso, eso te tocará descubrirlo a ti —añadió—. Ahora, Ari, hay algo que me gustaría darte. Por favor, abre el cajón del escritorio con esta llave y saca la pila de hojas que encontrarás dentro.

Ari aceptó la llave que le tendía su bisabuela, la giró en la cerradura y extrajo el vetusto manuscrito.

—¿Qué es? —preguntó.

—La historia de la vida de tu bisabuela. La escribí para mi hijo desaparecido. Por desgracia, no lo he encontrado.

Ari vio que los ojos de Anahita se humedecían. Años atrás había oído hablar a su padre del hijo de la bisabuela que había muerto de pequeño en Inglaterra, cuando ella estuvo allí durante la Gran Guerra. Si no le fallaba la memoria, tuvo que dejarlo allí cuando regresó a la India. Al parecer, Anahita siempre se había negado a creer que su hijo estuviera muerto.

—Pero yo creía...

—Estoy segura de que te han dicho que tengo su certificado de defunción y que no soy más que una madre triste y quizá chiflada que no puede aceptar el fallecimiento de su querido hijo.

Ari se removió incómodo en su silla.

—He oído esa historia —reconoció.

—Sé lo que piensa mi familia, y sé que tú probablemente estás de acuerdo —declaró Anahita con firmeza—, pero créeme, hay más cosas en el cielo y la tierra de las que pueden explicarse en un documento creado por el hombre. Está el corazón de una madre, y su alma, que dice cosas que no pueden ignorarse. Y yo te digo ahora que mi hijo no está muerto.

—Te creo, nani.

—Yo creo que no, y lo entiendo. —Anahita se encogió de hombros—. Pero no me importa. Sin embargo, yo soy en parte la culpable de que mi familia no me crea. Nunca les he explicado lo que sucedió hace tantos años.

—¿Por qué no?

—Porque... —Anahita miró por la ventana sus amadas montañas y meneó la cabeza con suavidad—. No está bien que te lo cuente ahora. Está todo ahí. —Señaló el manuscrito que Ari sostenía en las manos—. Cuando sea el momento adecuado para ti, y lo reconocerás, tal vez leas mi historia. Y entonces podrás decidir por ti mismo si quieres indagar en ella.

—Entiendo —contestó Ari, aunque no era cierto.

—Lo único que te pido es que no compartas el contenido con nadie de la

familia hasta que yo haya muerto. Te estoy confiando mi vida, Ari. Como bien sabes... —Anahita hizo una pausa—, mi tiempo en la tierra se está agotando.

Ari la miró desconcertado, preguntándose qué esperaba su bisabuela de él.

—¿Quieres que lea esto y luego indague sobre el paradero de tu hijo? —inquirió.

—Sí.

—Pero ¿por dónde empiezo?

—Por Inglaterra, desde luego. —Anahita lo miró fijamente—. Volverás sobre mis pasos. Todo lo que necesitas saber descansa ahora en las palmas de tus manos. Además, tu padre me ha contado que diriges una empresa de informática. Tú mejor que nadie puede acceder fácilmente a la *webbing*.

—¿Te refieres a internet? —Ari ahogó una risita.

—Sí, por lo que estoy segura de que solo tardarás unos segundos en encontrar el lugar donde empezó todo —concluyó Anahita.

Ari siguió la mirada de su bisabuela hasta las montañas del otro lado de la ventana.

—Son unas vistas preciosas —dijo a falta de algo mejor que decir.

—Sí, y por eso sigo aquí pese a las protestas de mi hija. Un día no muy lejano me elevaré muy por encima de esos picos, y lo haré con alegría. Allí veré a mucha gente por la que he llorado. Pero —Anahita se volvió de nuevo hacia su bisnieto— no a la persona que más ansío ver.

—¿Cómo sabes que aún vive?

Anahita dirigió la mirada al horizonte y cerró cansinamente los ojos.

—Como te he dicho, está todo en mi relato.

—Claro. —Ari comprendió que estaba siendo despachado—. Te dejo descansar, nani.

Ella asintió. Él se levantó, hizo una *pranaam* y besó a su bisabuela en ambas mejillas.

—Adiós. Estoy seguro de que nos veremos pronto —comentó camino de la puerta.

—Tal vez —respondió ella.

Ari se disponía a salir cuando, instintivamente, se dio la vuelta.

—Nani, ¿por qué yo? ¿Por qué no le das esta historia a tu hija o a mi padre?

Anahita lo miró.

—Porque la historia que tienes en las manos es mi pasado, pero también es tu futuro.

Ari salió de la habitación con sensación de agotamiento. Fue hasta el perchero del recibidor, del que colgaba su cartera, y continuó hasta el salón mientras guardaba en ella aquellas hojas amarillentas. Muna, su abuela, fue rápidamente a su encuentro.

—¿Para qué quería verte? —le preguntó.

—¡Bah! —respondió Ari con displicencia—, no cree que su hijo esté muerto y quiere que vaya a Inglaterra a indagar sobre ello. —Puso los ojos en blanco para dar énfasis a sus palabras.

—¡Otra vez no! —Muna hizo otro tanto—. Oye, puedo enseñarte el certificado de defunción. Su hijo murió cuando tenía unos tres años. Te lo ruego, Ari —Muna posó una mano en el hombro de su nieto—, no le hagas caso. Lleva años con esa historia. Por desgracia, es la fantasía de una anciana y no merece que pierdas tu valioso tiempo con ella. Hazme caso. Llevo mucho más tiempo escuchándola que tú. Ahora —sonrió—, toma una última copa de champán con tu familia.

Ari ocupó su asiento en el último avión de Bagdogra a Bombay. Trató de concentrarse en las cifras que tenía delante, pero el rostro de Anahita irrumpía constantemente en su campo de visión. Su abuela estaba en lo cierto cuando dijo que Anahita se engañaba, ¿no? Así y todo, había cosas que su bisabuela había dicho durante su conversación a solas —cosas que no podía saber de él— que le inquietaban. Quizá hubiera algo en esa historia... Puede que, cuando llegara a casa, le echara un vistazo al manuscrito.

En el aeropuerto de Bombay, aunque era más de medianoche, Bambi, su novia del momento, lo esperaba en LLEGADAS. El resto de la noche lo pasó agradablemente en su apartamento con vistas al mar Arábigo, disfrutando del cuerpo joven y esbelto de ella.

A la mañana siguiente llegaba tarde a la reunión y, antes de llenar la

cartera con los documentos que necesitaba, sacó las hojas que Anahita le había entregado.

«Algún día tendré tiempo de leerlo», pensó mientras guardaba el manuscrito en el cajón inferior de su escritorio y salía disparado de su apartamento.

Un año después

... lo recuerdo. En la quietud de la noche el más leve soplo de brisa es una bendición en el interminable calor seco de Jaipur. Las demás mujeres y niños del zenana y yo subimos a menudo a las azoteas del palacio de la Luna, donde hacemos nuestros lechos.

Y mientras yazgo contemplando las estrellas, oigo el sonido dulce y puro de un canto. Y entonces sé que alguien a quien quiero está siendo separado de la tierra y mecido suavemente hacia arriba...

Me despierto bruscamente y descubro que estoy en mi dormitorio de Darjeeling, no en las azoteas del palacio de Jaipur. Era un sueño. Desorientada, intento tranquilizarme, pues el canto sigue resonando en mis oídos. Sin embargo, sé que estoy despierta.

Intento recuperar la lucidez y caigo en la cuenta de lo que el canto significa: si estoy en el presente, alguien a quien quiero está muriendo en este momento. Con el corazón acelerado, cierro los ojos y hago un repaso de mis familiares, segura de que mi clarividencia me desvelará quién es.

Por una vez no obtengo respuesta. Es extraño, pienso, pues los dioses nunca se han equivocado antes.

Pero ¿quién...?

Cierro los ojos y respiro hondo, con calma, prestando atención.

Y de repente lo sé. Sé a ciencia cierta lo que me están diciendo.

Mi hijo..., mi querido hijo. Sé que es él quien finalmente está siendo ascendido.

Los ojos se me llenan de lágrimas y miro por la ventana los cielos en busca de consuelo. Pero es noche cerrada y al otro lado del cristal solo hay oscuridad.

Llaman suavemente a la puerta y Keva entra con cara de preocupación.

—Señora, la he oído llorar. ¿Está enferma?

Cruza la habitación y me observa al tiempo que me toma el pulso.

Niego con la cabeza mientras ella coge un pañuelo para secar las lágrimas que resbalan por mi cara.

—No —la tranquilizo—, no estoy enferma.

—Entonces ¿qué le ocurre? ¿Ha tenido una pesadilla?

—No. —Levanto la vista, consciente de que no lo entenderá—. Mi bebé acaba de morir.

Keva me mira horrorizada.

—¿Cómo ha podido enterarse de que la señora Muna ha muerto?

—No hablo de mi hija, Keva, sino de mi hijo. El que dejé en Inglaterra hace muchos años. Tenía ochenta y uno —murmuro—. Por lo menos tuvo una vida larga.

Keva me mira desconcertada y me pone una mano en la frente para ver si tengo fiebre.

—Señora, su hijo falleció hace ya muchos años. Seguramente estaba soñando —dice para convencerse a sí misma tanto como a mí.

—Es probable —convengo, pues no deseo alarmarla en absoluto—. Aun así, quiero que anotes el día y la hora. Es un momento que no deseo olvidar, pues mi espera ha terminado. —Sonrío débilmente.

Hace lo que le pido. Anota la hora junto al día y el año en un trozo de papel y me lo tiende.

—Estoy bien, puedes retirarte.

—Sí, señora —responde, vacilante—. ¿Seguro que no está enferma?

—Seguro. Buenas noches, Keva.

Cuando sale del cuarto, cojo un bolígrafo de mi mesilla de noche y escribo una breve carta para acompañar la hora y la fecha de la muerte de mi hijo. También saco del cajón su desgastado certificado de defunción. Mañana le pediré a Keva que lo meta todo en un sobre y lo envíe al abogado encargado de arreglar mis asuntos después de mi fallecimiento. Le pediré a este que me telefonee para que pueda darle instrucciones sobre la persona a la que debe enviar el sobre cuando yo muera.

Cierro los ojos y pido que el sueño me venza, pues de súbito me siento terriblemente sola aquí en la tierra. Me doy cuenta de que he estado esperando este momento. Ahora que mi hijo me ha dejado, finalmente ha llegado el momento de seguirle...

Tres días después, a la misma hora que todas las mañanas, Keva llamó a la puerta de su señora. Era normal que no obtuviera respuesta a la primera; últimamente la señora Chavan dormía hasta tarde. Keva se entretuvo con las tareas de la casa otra media hora. Regresó para volver a llamar y, una vez más, solo recibió silencio. Eso ya no era tan normal, de modo que abrió la puerta con sigilo y vio que su señora seguía profundamente dormida. No fue hasta que descorrió las cortinas, charlando de nimiedades como era su costumbre, cuando se dio cuenta de que la señora Chavan no contestaba.

El móvil de Ari sonó mientras circulaba en el caótico tráfico de Bombay. Al ver que era su padre, con quien hacía semanas que no hablaba, pulsó el botón del altavoz.

—¡Papá! —exclamó contento—. ¿Cómo estás?

—Hola, Ari. Estoy bien, pero...

Ari reparó en el tono apagado de su voz.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Es tu bisabuela, Anahita. Lamento decirte que ha fallecido esta madrugada.

—Oh, papá. Lo siento mucho.

—Todos lo sentimos. Era una mujer maravillosa y la echaremos mucho de menos.

—Sí. Al menos tuvo una vida larga —consoló Ari a su padre mientras

esquivaba un taxi que había frenado en seco delante de él.

—Sí. Celebraremos el funeral dentro de cuatro días, para que la familia disponga de tiempo suficiente para reunirse. Tu hermano y tu hermana irán, y todo el mundo estará allí. Incluido tú, espero —añadió Vivek.

—¿Te refieres al viernes? —preguntó Ari desazonado.

—Sí, a mediodía. Será incinerada en el *ghaat* de Darjeeling con la presencia exclusiva de su familia. Más adelante ofreceremos un responso multitudinario, pues son muchas las personas que querrán asistir y celebrar su vida.

—Papá —gimió Ari—, el viernes no puedo, en serio. Un cliente potencial vuela ese mismo día desde Estados Unidos para proponerme que me haga cargo de su contrato de software. La empresa pasará de tener pérdidas a tener beneficios de un día para otro. Por mucho que lo desee, no podré estar en Darjeeling el viernes.

Al otro lado de la línea se hizo el silencio.

—Ari —dijo finalmente su padre—, hasta yo sé que hay momentos en que la familia debe pasar por delante del trabajo. Tu madre no te lo perdonará nunca, sobre todo porque Anahita dejó bien claro el día de su centenario, hace un año, que eras especial para ella.

—Lo siento, papá —repuso Ari con firmeza—, pero no hay nada que pueda hacer.

—¿Es tu última palabra?

—Es mi última palabra.

Ari oyó el auricular del otro lado de la línea colgar con un golpe seco.

El viernes por la noche Ari llegó a casa de un humor excelente. La reunión con los estadounidenses había ido tan bien que habían sellado el acuerdo allí mismo. Pensaba salir con Bambi para celebrarlo y había pasado por casa para darse una ducha y cambiarse. Recogió una carta de su casilla del vestíbulo y tomó el ascensor hasta la decimosexta planta. Una vez en su apartamento, abrió el sobre camino del dormitorio y leyó el contenido.

Khan & Chauhan Abogados

Chowrasta Square

Darjeeling

Bengala occidental

India

2 de marzo de 2001

Estimado señor:

Siguiendo las instrucciones de mi clienta, Anahita Chavan, le hago llegar este sobre. Como probablemente ya sabrá, la señora Chavan falleció hace unos días.

Mis más sinceras condolencias,

DEVAK KHAN, socio

Ari se sentó lentamente en la cama mientras caía en la cuenta de que, con los nervios y el ajetreo de preparar a su equipo para la reunión con los estadounidenses, se había olvidado por completo del funeral de su bisabuela. Con un ligero suspiro, abrió el sobre que el abogado le adjuntaba preguntándose si sus padres le perdonarían algún día que ni siquiera les hubiera telefonado.

—Qué se le va a hacer —farfulló con tristeza al tiempo que desplegaba el trozo de papel que había dentro del sobre y leía la carta que lo acompañaba.

Mi queridísimo Ari:

Cuando leas esto ya no estaré en este mundo. Te adjunto los detalles de la muerte de mi hijo Moh. La hora y la fecha exactas de su fallecimiento, así como su certificado de defunción original. Como verás, las fechas no coinciden. Tal vez esto no signifique nada para ti ahora, mi querido muchacho, pero en el futuro, si decides indagar sobre lo que le ocurrió, ambas podrían resultarte útiles.

Entretanto, hasta que volvamos a vernos en otro lugar, te envío mi amor. Recuerda siempre que en realidad no somos los amos de nuestro destino. Utiliza tus oídos para escuchar, tus ojos para ver, y hallarás consejo.

Tu bisabuela que te quiere,

Anahita

Ari suspiró. No estaba de humor para los galimatías de su bisabuela o para pensar en lo enfadados que debían de estar sus padres con él. No quería que nada ensombreciera su buen humor esa noche.

Abrió el grifo de la ducha, encendió el reproductor de CD que tenía junto

a la cama y permaneció debajo de la alcachofa escuchando la música atronadora.

Vestido con una camisa y uno de sus trajes hechos a medida, apagó la música y se dispuso a salir de la habitación cuando su mirada tropezó con la carta de Anahita. Instintivamente, la dobló de nuevo, la metió en el sobre y la guardó en el cajón, junto al manuscrito amarillento. Por último apagó las luces y salió del apartamento.

Londres, julio de 2011

1

Rebecca Bradley pegó la cara a la ventanilla cuando el avión descendió sobre Londres. El variado mosaico de verdes refulgía como si estuviera cubierto por el rocío de la mañana en ese hermoso día de verano. Cuando la metrópoli se desplegó a sus pies, el Big Ben y el Parlamento le hicieron pensar en una ciudad de juguete en comparación con los vertiginosos rascacielos de Nueva York.

—Señorita Bradley, será la primera en salir del avión —le informó la azafata.

—Gracias. —Rebecca logró esbozar una sonrisa. Buscó en el bolso las grandes gafas de sol con las que esperaba ocultar el cansancio, aunque probablemente no habría fotógrafos aguardándola. Había tenido que abandonar Nueva York a toda prisa, por lo que había telefoneado a la compañía aérea para que le adelantara el vuelo.

Le producía cierta satisfacción que nadie, ni siquiera su agente o Jack, supiera dónde estaba. Jack se había marchado de su apartamento esa misma tarde para regresar en avión a Los Ángeles. Ella había sido incapaz de darle la respuesta que él esperaba, le había dicho que necesitaba tiempo para meditarlo.

Buscó en el bolso el estuche de terciopelo rojo y lo abrió. El anillo que le había regalado era una buena pieza, aunque demasiado ostentoso para su gusto. Pero a Jack le gustaba hacer las cosas a lo grande, como exigía su condición de uno de los actores más famosos y mejor pagados del mundo. Y

no podía ofrecerle menos, pues de aceptar ella su proposición, el anillo aparecería en periódicos y revistas de todo el mundo. Jack Heyward y Rebecca Bradley eran la pareja de moda de Hollywood y los medios nunca se cansaban de ellos.

Cerró el estuche y miró cansinamente por la ventanilla mientras el avión se preparaba para tocar tierra. Jack y ella se habían conocido hacía un año en el rodaje de una comedia romántica y desde entonces Rebecca había tenido la sensación de que su vida había sido secuestrada por quienes deseaban vivir a través no solo de las películas que protagonizaba, sino de su vida privada. A decir verdad —Rebecca se mordió el labio en tanto el avión continuaba su descenso—, la relación «ideal» que el mundo creía que tenían era tan imaginaria como sus películas.

Hasta Victor, su agente, alentaba su relación con Jack. Le había dicho infinidad de veces que era beneficiosa para su trayectoria como estrella internacional.

—Nada le gusta tanto al público como una pareja de Hollywood real, cielo —decía—. Aunque tu carrera cinematográfica se hunda, seguirán deseando fotografiar a tus hijos jugando en el parque.

Rebecca recordó el tiempo total que Jack y ella habían pasado juntos el último año. Él vivía en Hollywood, ella en Nueva York, y a menudo sus frenéticas agendas les impedían verse durante semanas. Y cuando estaban juntos, eran acosados allí adonde iban. El día antes a mediodía, sin ir más lejos, habían comido en un pequeño y discreto restaurante italiano y los clientes no habían cesado de pedirles fotos y autógrafos. Jack había acabado llevándosela a pasear a Central Park para proponerle matrimonio con calma y tranquilidad. Rebecca confiaba en que nadie los hubiera visto...

La abrumadora claustrofobia que había sentido cuando regresaban en taxi a su apartamento del Soho mientras Jack le insistía en que le diera una respuesta fue lo que la llevó a adelantar su vuelo a Inglaterra. Tener al mundo observando todos sus movimientos, ser acosada a diario por desconocidos que se creían dueños de una parte de ella era, pensó Rebecca, actualmente insostenible. La falta de privacidad que conllevaba tener una relación mediática, y no digamos el hecho de no poder ir a buscar un bagel y un café

con leche en la cafetería del barrio sin ser asediada, estaba empezando a hacer mella en ella.

Su médico le había recetado Valium semanas atrás, cuando Rebecca se encontró a los medios en la puerta de su apartamento y terminó por encerrarse en el cuarto de baño, acuclillarse en el suelo y llorar descontroladamente. El Valium había ayudado, pero Rebecca sabía que no era la solución. El resbaladizo sendero hacia la dependencia para poder sobrellevar la presión bajo la que vivía se alzaba amenazador ante ella. Una situación que Jack conocía muy bien.

Él le había asegurado, en los inicios embriagadores de su idilio, que la cocaína que consumía no era un hábito regular. Podía tomarla o dejarla. Simplemente le ayudaba a relajarse. Pero a medida que lo fue conociendo mejor, Rebecca se dio cuenta de que esa percepción no era real. Jack se ponía a la defensiva cuando ella le hacía preguntas sobre su excesivo consumo de cocaína y la cantidad de alcohol que bebía. Ella, que no tomaba drogas y raras veces bebía, detestaba ver a Jack colocado.

Al comienzo de su relación pensó que su vida era, sencillamente, perfecta: una carrera de éxito y un novio guapo y talentoso con quien compartirla. Pero entre las drogas, las ausencias y el lento descubrimiento de la inseguridad de Jack —que culminó, siete meses atrás, en un arrebato de rabia contra Rebecca cuando ella fue nominada para los Globos de Oro y él no—, los cristales rosa de las gafas empezaron a tornarse grises.

La oferta de un papel destacado en una película de producción británica, *La quietud de la noche*, ambientada en la década de 1920 y centrada en una familia aristocrática inglesa, no había podido llegar en mejor momento. No solo suponía un cambio con respecto a los personajes ligeros que había interpretado hasta entonces, sino que ser elegida por Robert Hope, el aclamado director británico, constituía un gran honor. Jack incluso había conseguido restar mérito a eso mencionando el hecho de que la necesitaban para ser el «nombre» de Hollywood en la película y así tener contentos a los que ponían la pasta. Seguidamente dijo que su mayor responsabilidad sería aparecer radiante con la colección de vestidos de época que le asignaran y que no debía hacerse ilusiones creyendo que le habían dado el papel por su

talento.

—Eres demasiado guapa para que te tomen en serio, cariño —añadió al tiempo que se servía otro vodka.

El avión aterrizó finalmente en Heathrow y Rebecca se quitó el cinturón en cuanto las luces se encendieron.

—¿Está lista, señorita Bradley? —preguntó la azafata.

—Sí, gracias.

—Solo serán dos minutos.

Rebecca se pasó un peine rápido por la larga cabellera castaña y se la recogió en un moño bajo. Su peinado a lo «Audrey Hepburn», lo llamaba Jack, y los medios, en efecto, comparaban a Rebecca con el icono del cine. Incluso se estaba hablando de hacer una nueva versión de *Desayuno con diamantes* el próximo año.

No debía hacer caso a Jack, no debía permitir que siguiera minando su seguridad como actriz. Las dos últimas películas de Jack habían fracasado estrepitosamente y su estrella no estaba brillando con la intensidad de antes. La terrible verdad era que Jack tenía celos de su éxito. Rebecca inspiró hondo para tranquilizarse. Independientemente de lo que Jack dijera, estaba decidida a demostrar que era mucho más que una cara bonita, y el jugoso guión constituía una gran oportunidad para conseguir justamente eso.

Y por lo menos confiaba en que, oculta en un lugar perdido de la campiña inglesa, gozaría de algo de paz y espacio para meditar. Debajo de todos sus problemas, sabía que se escondía un Jack al que amaba. Pero también sabía que a menos que estuviera dispuesto a hacer algo con respecto a su creciente adicción, no podría aceptar su proposición de matrimonio.

—Vamos a sacarla del avión, señorita Bradley —dijo el guardia de seguridad de la aerolínea, trajeado de oscuro, que se había materializado a su lado.

Rebecca se puso las gafas de sol y abandonó la cabina de primera clase. Sentada en la sala VIP a la espera de que le recogieran el equipaje, llegó a la conclusión de que lo suyo con Jack no iría a ninguna parte a menos que él reconociera sus problemas. Y tal vez, pensó sacando el móvil del bolso y mirando la pantalla, eso era exactamente lo que debía decirle.

—Señorita Bradley, ya tiene el equipaje en el coche —le informó el guardia de seguridad—, pero me temo que hay un aluvión de fotógrafos esperándola fuera.

—¡No! —Lo miró consternada—. ¿Cuántos?

—Muchos —corroboró él—. Pero no se preocupe, la acompañaré para evitar que la molesten.

Indicó que debían ponerse en marcha y Rebecca se levantó.

—No esperaba esto —comentó mientras se dirigía con él a LLEGADAS—. Tomé un vuelo diferente del previsto en un principio.

—Bueno, ha llegado a Londres la mañana en que se ha hecho pública la gran noticia. ¿Me permite felicitarla?

Rebecca se detuvo en seco.

—¿Qué «noticia»? —le preguntó sin rodeos.

—Su... su compromiso con Jack Heyward, señorita Bradley.

—Mi... Dios mío —murmuró.

—Hay una foto encantadora del señor Heyward poniéndole un anillo en el dedo en Central Park. Está en las portadas de casi todos nuestros periódicos. —Se detuvo frente a las puertas correderas—. ¿Está lista?

Ocultos tras las gafas de sol, los ojos de Rebecca se llenaron de lágrimas. Asintió con gesto irritado.

—Bien, atravesaremos la marabunta tan deprisa como podamos.

Quince minutos después el coche salía lentamente de Heathrow mientras Rebecca contemplaba con impotencia la fotografía de Jack y ella que ocupaba un lugar de honor en la portada del *Daily Mail* bajo el titular:

JACK Y BECKS — ¡CONFIRMADO!

En la imagen granulada Jack aparecía poniéndole el anillo en el dedo en Central Park. Rebecca le miraba con una expresión que ella sabía que era de pánico pero que el periodista describía como de maravillosa sorpresa. Por si eso fuera poco, la instantánea incluía una declaración de Jack, hecha sin duda a la salida de su apartamento el día anterior por la tarde. Por lo visto había confirmado que había pedido a Rebecca que se casara con él, pero aún quedaba por fijar la fecha.

Temblando, abrió el bolso y volvió a sacar el móvil. Tras comprobar que tenía incontables mensajes de Jack, de su agente y de miembros de la prensa, lo apagó y lo devolvió a su lugar. No se veía capaz de responder a nadie en ese momento. Estaba furiosa con Jack por haber hecho declaraciones sobre lo que había sucedido en el parque.

Para el día siguiente los medios de todo el mundo estarían especulando sobre quién le diseñaría el vestido de novia, dónde se celebraría la ceremonia y, probablemente, si estaba embarazada.

Cerró los ojos y respiró hondo. Tenía veintinueve años y hasta el día de ayer la idea de casarse y tener hijos había sido únicamente un pensamiento fugaz, algo que podría suceder en el futuro.

Pero Jack rondaba los cuarenta, se había acostado con casi todas sus compañeras de reparto y, tal como le había explicado, sentía que había llegado el momento de sentar la cabeza. Mientras que para ella esta no era más que su segunda relación sería después de muchos años saliendo con su amor de la infancia. Su próspera carrera, y la consiguiente fama, también habían destruido esa historia de amor.

—Me temo que quedan unas horas hasta Devon, señorita Bradley — declaró su amable chófer—. Por cierto, me llamo Graham. Si necesita parar durante el trayecto, por la razón que sea, solo tiene que decírmelo.

—Bien —repuso Rebecca, deseando que en esos momentos la estuvieran llevando a un vasto desierto de algún lugar perdido de África, un sitio donde no hubiera fotógrafos, periódicos ni cobertura.

—Nos dirigimos a un pueblo que se encuentra bastante aislado, señorita Bradley —comentó Graham adivinándole el pensamiento—. Dartmoor no destaca por sus tiendas y rótulos brillantes —añadió—. Eso sí, el rodaje se hará en una magnífica mansión que lo traslada a uno a una época totalmente diferente. Pensaba que ya no quedaba gente que viviera en casas tan fabulosas. Pero el campo supone un agradable cambio para mí. Normalmente me dedico a acompañar a actores a los estudios a través del tráfico de Londres.

Sus palabras tranquilizaron a Rebecca. A lo mejor los medios la dejaban en paz si estaba en un lugar apartado.

—Creo que nos sigue una moto, señorita Bradley —dijo Graham mirando por el retrovisor y destruyendo bruscamente sus esperanzas de gozar de privacidad—. No se preocupe, la perderemos en cuanto entremos en la autopista.

—Gracias —dijo Rebecca tratando de calmar los nervios. Se recostó en el asiento, cerró los ojos e intentó dormir.

—Ya casi hemos llegado, señorita Bradley.

Después de cuatro horas y media dando cabezadas, Rebecca notaba ahora la desorientación del jet lag. Miró adormilada por la ventanilla.

—¿Dónde estamos? —preguntó oteando los escabrosos páramos que los rodeaban.

—En Dartmoor. Hoy parece un lugar agradable porque hace sol, pero apuesto a que en invierno es deprimente. Disculpe —dijo Graham cuando le sonó el móvil—, es el director de producción. Pararé un momento para contestar.

Mientras el chófer hablaba por teléfono, Rebecca abrió la portezuela y bajó hasta la basta hierba que flanqueaba la estrecha carretera. Inspiró hondo, oliendo la frescura dulce del aire. En los páramos soplaba una brisa suave y a lo lejos se divisaban macizos de rocas recortadas contra el cielo. No se veía a nadie en varios kilómetros a la redonda.

—Qué paz —musitó mientras subía de nuevo al coche y Graham ponía en marcha el motor.

—Sí —convino él—, pero desgraciadamente el director de producción ha telefoneado para avisarnos de que hay un grupo de fotógrafos congregado frente al hotel donde se alojan los actores. Están esperando su llegada, así que propone que la lleve directamente a Astbury Hall, el lugar de rodaje.

—Vale. —Rebecca se mordió el labio, desesperada, en tanto reemprendían la marcha.

—Lo siento mucho, señorita Bradley —se solidarizó Graham—. Yo siempre les digo a mis hijos que ser un actor rico y famoso no es tan fantástico como parece. Debe de ser duro para usted, sobre todo en momentos como este.

Su comprensión provocó un nudo en la garganta de Rebecca.

—A veces lo es.

—La buena noticia es que mientras esté rodando nadie podrá acercarse a usted. El terreno privado que rodea la casa abarca unas cien hectáreas y hay casi un kilómetro desde la entrada hasta el edificio.

Rebecca vio que habían llegado a unas verjas de hierro vigiladas por un guardia de seguridad. Graham le hizo una seña y este abrió las verjas. Rebecca observó maravillada los jardines salpicados de ancianos robles y castaños de Indias y las hayas que bordeaban el camino de entrada.

Al fondo se alzaba una casa inmensa, un palacio en realidad, de esas que solo había visto en libros o en programas de historia en la televisión. Una creación barroca de piedra labrada y columnas estriadas.

—Uau... —susurró.

—Espectacular, ¿verdad? Aunque no quiero ni imaginarme la factura de la calefacción —bromeó Graham.

Cuando estuvieron más cerca y Rebecca vislumbró la fuente de mármol delante de la casa, lamentó no poseer léxico arquitectónico suficiente para describir toda la belleza que abarcaban sus ojos. La exquisita simetría del edificio, con una elegante ala a cada lado de una cúpula central, le cortó la respiración. El sol se reflejaba en las vidrieras de proporciones perfectas, engarzadas cual gemas a lo largo de toda la fachada, con la mampostería entre ellas intercalada con querubines y jarrones tallados. Bajo el gran pórtico central, sostenido por cuatro columnas enormes, se alzaba una magnífica puerta de roble de doble hoja.

—Digna de una reina, ¿eh? —dijo Graham rodeando la casa hasta un patio lateral tomado por furgonetas, camiones y gente yendo y viniendo con cámaras, focos y cables—. Me han dicho que esperan estar listos para empezar a rodar mañana —añadió mientras estacionaba.

—Gracias. —Rebecca se bajó del coche y Graham caminó hasta el portaequipajes para sacar la maleta.

—¿Solo trae esto, señorita Bradley? Las actrices como usted suelen llevar un contenedor —bromeó con una sonrisa afable.

—Hice la maleta aprisa y corriendo —reconoció ella mientras lo seguía hasta la casa.

—Señorita Bradley, recuerde que estoy de guardia durante todo el rodaje, de modo que si necesita ir a algún sitio solo tiene que decírmelo, ¿de acuerdo? Ha sido un placer conocerla.

—¡Ya está aquí! —Un hombre joven y delgado se acercó y le tendió la mano—. Bienvenida a Inglaterra, señorita Bradley. Soy Steve Campion, el director de producción. Lamento oír que tuvo que aguantar el acoso de los atroces periodistas de nuestra prensa amarilla. Aquí, por lo menos, estará a salvo de ellos.

—Gracias. ¿Tiene idea de cuándo podré ir a mi hotel? No me iría mal ducharme y dormir un poco —dijo Rebecca, que se sentía desaliñada y cansada por el viaje.

—Claro. No queríamos hacerle pasar por otra odisea en el hotel después de lo ocurrido esta mañana en el aeropuerto —explicó Steve—, así que lord Astbury ha tenido la amabilidad de ofrecerle una habitación en la casa hasta que le encontremos alojamiento en otro hotel. Como habrá observado —Steve señaló el enorme edificio con una sonrisa—, tiene algunas libres. Robert, el director, desea empezar a rodar mañana mismo y no quería que su concentración y la de los actores hospedados en el hotel se viera afectada.

—Lamento ser la causa de tanto alboroto —dijo sonrojándose Rebecca, con un repentino sentimiento de culpa.

—No se preocupe, es el precio que hay que pagar por tener a una actriz tan famosa en la película. Bien, el ama de llaves dijo que la buscáramos cuando usted llegara para enseñarle su habitación. Habrá una reunión de actores en el salón esta tarde a las cinco, por lo que dispone de unas horas para dormir.

—Gracias —repuso Rebecca, consciente del retintín en la voz de Steve. Sabía que ya le había puesto la etiqueta de «problema», y no le cabía duda de que el elenco de talentosos actores británicos, cuya fama o éxito de taquilla no podía competir actualmente con el suyo, estaría de acuerdo con él.

—Espere aquí mientras voy a buscar a la señora Trevathan —dijo Steve dejando a Rebecca incómoda en mitad del patio, viendo pasar a los cámaras con sus equipos.

Al rato, una mujer fornida de mediana edad, pelo crespo y canoso y tez

rosada, salió de la casa y se acercó a ella.

—¿Señorita Rebecca Bradley?

—Sí.

—Ya lo creo que lo es, querida. —La mujer esbozó una sonrisa de oreja a oreja—. La he reconocido al instante. Y déjeme decirle que es todavía más guapa al natural. He visto todas sus películas y es un placer conocerla. Soy la señora Trevathan, el ama de llaves. Sígame, le enseñaré su habitación. Me temo que queda algo alejada. Graham le subirá la maleta más tarde —añadió cuando Rebecca hizo ademán de cogerla—. No se imagina la de kilómetros que hago al día.

—Lo supongo —dijo Rebecca esforzándose por comprender su fuerte acento de Devon—. Esta casa es increíble.

—Menos increíble ahora que solo quedamos yo y algún que otro empleado de fuera para cuidarla. No doy abasto. Hace muchos años aquí trabajábamos treinta personas a tiempo completo, pero las cosas han cambiado.

—Me lo imagino. —Rebecca siguió a la señora Trevathan a través de varias puertas hasta la cocina, donde una mujer con uniforme de enfermera bebía café sentada a la mesa.

—Desde la cocina se llega antes a las habitaciones por la escalera de servicio —explicó la señora Trevathan tomando una escalera estrecha y empinada—. La he instalado en una habitación agradable de la parte de atrás de la casa, con preciosas vistas a los jardines y los páramos. Tiene suerte de que lord Astbury haya consentido alojarla. No le gustan los huéspedes. Es una pena, la verdad. En otros tiempos esta casa podía acoger cómodamente a cuarenta personas, pero esos días ya son historia.

Al fin salieron por una puerta a un amplio rellano. Rebecca admiró la magnífica cúpula que se alzaba sobre su cabeza y siguió a la señora Trevathan por un pasillo ancho y umbrío.

—Su habitación. —La mujer abrió una puerta a una espaciosa estancia de techos altos dominada por una cama de matrimonio—. Está algo fría porque abrí la ventana hace un rato para ventilar. Es preferible eso al olor a humedad. Hay una estufa eléctrica, puede encenderla si tiene frío.

—Gracias. ¿Dónde está el servicio? —preguntó.

—¿Se refiere al cuarto de baño, querida? —señaló la señora Trevathan con una sonrisa—. Al otro lado del pasillo, segunda puerta a la izquierda. Me temo que todavía no podemos permitirnos cuartos de baño privados. Ahora, la dejaré descansar.

—¿Puede darme un vaso de agua? —preguntó tímidamente Rebecca.

La señora Trevathan se detuvo camino de la puerta y se volvió con expresión bondadosa.

—Debe de estar agotada. ¿Ha comido algo?

—No, fui incapaz de probar el desayuno en el avión.

—¿Qué le parece si le traigo un té y unas tostadas? Está muy pálida.

—Sería estupendo —dijo Rebecca, presa de un mareo repentino. Se dejó caer en el sillón que había delante de la chimenea apagada.

—Bien, iré a buscarlo. —La señora Trevathan la miró pensativa—. Debajo de todo ese glamour se esconde una muchachita sensible, ¿verdad, querida? Ahora póngase cómoda. Enseguida vuelvo. —Sonrió con dulzura y se marchó.

Al rato Rebecca salió al pasillo y después de varios intentos fallidos, primero en un armario de ropa blanca y luego en otro dormitorio, encontró un cuarto de baño espacioso con una bañera de hierro antigua en el centro. Una cadena oxidada pendía de la cisterna dispuesta sobre el retrete. Después de beber agua del grifo regresó a su cuarto y se acercó a los ventanales para contemplar las vistas. El jardín al otro lado de la amplia terraza que circundaba la parte de atrás de la casa estaba bien atendido. A lo largo de sus márgenes crecían en inmaculada abundancia plantas y arbustos de flores multicolores que suavizaban el verde intenso de la hierba del centro. Detrás del alto seto de tejos que rodeaba el jardín se extendían los páramos, cuya aspereza contrastaba con las lisas y cuidadas extensiones de césped. Quitándose los zapatos de un puntapié, Rebecca se subió a la cama y el colchón ablandado agradablemente por años de uso.

Diez minutos más tarde la señora Trevathan llamó a la puerta y cuando entró en el cuarto, vio que dormía profundamente. Dejó la bandeja en la mesa, frente a la chimenea, tapó cuidadosamente a Rebecca con una colcha y

se tapó sin hacer ruido.

2

-Señoras y señores, bienvenidos a Astbury Hall, el cual estoy seguro de que coincidiréis conmigo en que es el escenario perfecto para rodar *La quietud de la noche*. Es un verdadero honor para mí poder filmar en una de las mansiones más bellas de Inglaterra, y espero que nuestro tiempo aquí sea feliz y productivo. —Robert Hope, el director, sonrió benévolo a su elenco de actores—. Me atrevería a decir que estas viejas paredes están temblando ante el vasto despliegue de talento y experiencia que acogen en estos momentos. Muchos de vosotros ya os conocéis, pero me gustaría dar una bienvenida especial a Rebecca Bradley, recién llegada de Estados Unidos para dar un toque de brillo hollywoodiense a esta pandilla de vetustos británicos.

Todos los ojos se volvieron hacia Rebecca, que permanecía discretamente en un rincón, apabullada por la presencia de tantos actores ingleses de renombre.

—Hola —dijo sonrojándose y dirigiendo una sonrisa a la sala.

—Ahora os dejaré en manos de Hugo Manners, cuyo maravilloso guión conseguirá extraer lo mejor de todos vosotros —prosiguió Robert—. Más tarde os repartiremos el texto definitivo recién salido de la imprenta. Steve, el director de producción, os entregará asimismo vuestros horarios. Así pues, solo me queda brindar por el éxito del rodaje de *La quietud de la noche*. Hugo, tu turno.

Cuando Hugo Manners, guionista ganador de un Oscar, tomó la palabra, los actores aplaudieron. Rebecca escuchó a medias lo que tenía que decirles,

súbitamente abrumada por el reto que había asumido. Lo que más la inquietaba era su acento británico; en Nueva York había recibido clases de dicción y pronunciación y los últimos dos meses había procurado hablar como una inglesa en su vida cotidiana. Así y todo, era plenamente consciente de que al aceptar ese papel se había puesto en el centro de la diana y que podía ser derribada de un solo disparo. Nada gustaba tanto a los medios británicos como descuartizar la interpretación de una actriz estadounidense en el papel de un personaje inglés, sobre todo una actriz con su éxito comercial.

Poco importaba que hubiera estudiado en la escuela de arte dramático Juilliard de Nueva York con una beca y ganado el premio a Mejor Actriz de su promoción por el papel de Beatriz en una producción de *Mucho ruido y pocas nueces* de Shakespeare. Toda actriz en Hollywood se consideraba a sí misma «seria», incluso si se rebajaba a la carrera de modelo, que no era el caso de Rebecca. Sabía que esa era su oportunidad para demostrar que era una actriz de formación clásica, para obtener el elogio de la crítica.

Hubo más aplausos cuando Hugo terminó de hablar y Steve, el director de producción, procedió a repartir el guión y un programa de rodaje personal para cada actor.

—Te alegrará saber que mañana no te toca rodar, Rebecca. Pasarás la mañana en Vestuario para que la diseñadora y su equipo te tomen medidas, y después quieren verte en Peluquería y Maquillaje. Robert ha propuesto que pases una hora con el profesor de voz para repasar los diálogos de tu primer día de rodaje.

—Bien. ¿Sabes cuándo podré ir a mi hotel? Me gustaría deshacer la maleta e instalarme.

—Por lo visto los fotógrafos siguen merodeando por los alrededores, de modo que lord Astbury ha acordado con Robert que ocupes una habitación aquí mientras buscamos un hotel discreto donde alojarte. Tienes suerte —añadió Steve con una sonrisa—. Seguro que tu habitación es más lujosa que el cuartucho sobre el pub del pueblo donde yo me hospedo. Y te permitirá empaparte de la atmósfera de este lugar.

Un hombre impresionantemente guapo, de rasgos cincelados, se acercó y le tendió una mano.

—Señorita Bradley, supongo. Soy James Waugh. Interpreto a Lawrence y creo que tenemos..., ¿cómo decirlo?..., algunas escenas íntimas juntos. —Le guiñó un ojo y Rebecca reparó de inmediato en su encanto y sus expresivos ojos azules, los cuales estaba segura de que le habían ayudado a saltar a la primera línea de jóvenes actores británicos de la gran pantalla.

—Es un placer conocerte, James —dijo levantándose para estrecharle la mano.

—Pobrecilla —se compadeció él—. Debe de ser traumático tener que enfrentarte al revuelo generado por tu compromiso con Jack Heyward nada más aterrizar.

—Yo... —Rebecca no sabía muy bien qué contestar—. Supongo que sí —terminó sin demasiada convicción.

—Por cierto, felicidades. —James aún seguía sosteniendo su mano—. Es un hombre muy afortunado.

—Gracias —respondió ella con frialdad.

—Y si en algún momento te apetece que repasemos nuestras escenas juntos, no tienes más que decírmelo. Personalmente, estoy aterrorizado —confesó—. Trabajar con todas esas celebridades del cine y el teatro intimida un poco.

—Lo sé —convino Rebecca, algo más simpática.

—Estoy seguro de que lo harás de maravilla, y si tienes ganas de compañía mientras estamos atrapados en este lugar olvidado de la mano de Dios, silba.

—Lo haré. Y gracias.

James le clavó otra mirada elocuente antes de soltarle la mano y marcharse.

Demasiado tímida para mezclarse con los demás actores, Rebecca se sentó y estudió su programa de rodaje mientras pensaba que en el plazo de un minuto James la había felicitado por su compromiso y dejado claro que le gustaría verla más a menudo.

—Rebecca, los actores y el equipo de rodaje se irán a cenar al hotel dentro de unos minutos —explicó Steve materializándose a su lado—. El catering del rodaje no llega hasta mañana, pero voy a pedirle a tu nueva

amiga, la señora Trevathan, que te prepare algo de comer. Le has caído muy bien. Dijo que había que engordarte.

—Qué encanto. Me gustaría leer el nuevo guión, de todos modos.

—¿Estás bien, Rebecca? —Steve la miró con inquietud.

—Sí. Puede que un poco afectada por el jet lag y, para ser franca, abrumada por la presencia de tantos actores increíbles. Me preocupa no estar a la altura —confesó.

—Te entiendo, y si te sirve de ayuda, te diré que llevo muchos años trabajando con Robert y nunca se equivoca a la hora de elegir a los actores de sus películas. Sé que tiene una elevada opinión de tus dotes de interpretación. De lo contrario, no estarías aquí, por muy famosa que seas. ¿Te ha quedado claro?

—Sí. Gracias por tus palabras, Steve.

—Hasta mañana, entonces. Y disfruta de tu noche en el palacio. Nadie te molestará aquí, puedes estar tranquila.

Steve se alejó y procedió a vaciar el salón de actores. Una vez se hubieron marchado, Rebecca tuvo su primera oportunidad de observar realmente su entorno. El sol de julio entraba por los enormes ventanales, suavizando el austero mobiliario de caoba que llenaba la estancia. Había sofás y sillones repartidos por el espacio, y una gran chimenea de mármol en el centro. Tiritó con el fresco repentino del atardecer y lamentó que no estuviera encendida.

—Está aquí, querida. —La señora Trevathan apareció en la puerta y cruzó el salón—. Steve me ha dicho que quiere cenar. Tengo un trozo de pastel de carne y riñones y algunas papas que sobraron de la comida del señor.

—¿«Papas»? —inquirió Rebecca.

—Para usted patatas. —La señora Trevathan sonrió.

—Tengo poco apetito. ¿Y una ensalada?

—Ya. —La mujer la observó con detenimiento—. Por su aspecto diría que está permanentemente a régimen. No se ofenda, señorita Rebecca, pero un soplo de aire podría doblarla.

—He de cuidarme —contestó, intimidada por el escrutinio bienintencionado de la mujer.

—Como quiera, pero le sentaría mucho mejor una comida como es

debido. ¿Le subo la cena a la habitación?

—Es usted muy amable, gracias.

Cuando el ama de llaves se hubo marchado, Rebecca consideró con una mueca el conocimiento instintivo de la señora Trevathan sobre sus hábitos alimenticios. Era cierto que vigilaba en todo momento lo que comía, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Su carrera dependía de su figura.

Salió del salón y caminó hasta el gran vestíbulo para tomar la amplia escalera que conducía a las habitaciones. Se detuvo para admirar la magnífica cúpula del techo y las pequeñas vidrieras engarzadas en el borde que proyectaban rayos de luz en el suelo de mármol.

—Buenas noches.

Rebecca pegó un brinco al oír la profunda voz masculina y se dio la vuelta. Frente a la puerta de entrada había un hombre con una vieja chaqueta de tweed y un pantalón de pana gastada con las perneras dentro de las botas de agua. El pelo, hirsuto y desaliñado, empezaba a encanecer y necesitaba un buen corte. Aparentaba unos cincuenta y cinco años.

—Hola —tibubeó.

—Yo soy Anthony, y usted...

—Rebecca. Rebecca Bradley.

—Oh. —Los ojos del hombre mostraron un parpadeo de reconocimiento—. La actriz de cine estadounidense. Me han dicho que es muy famosa, pero me temo que nunca he oído hablar de usted. Las películas no son lo mío. Lo siento. —Se encogió de hombros.

—No se disculpe, por favor. No existe ninguna razón para que haya oído hablar de mí.

—No. Ahora debo irme. —El hombre trasladó el peso del cuerpo de un pie a otro, claramente incómodo—. Tengo trabajo que hacer en el jardín antes de que se vaya la luz. —Asintió brevemente con la cabeza antes de salir por la puerta.

Rebecca cruzó el vestíbulo y tomó la escalera admirando los retratos de las generaciones de Astbury que cubrían las paredes. La señora Trevathan apareció en el rellano de arriba con una bandeja y siguió a Rebecca hasta su habitación.

—Aquí lo tiene, querida. Le he encontrado sopa, pan fresco y mantequilla. Ah, y le he puesto un trozo de mi tarta Bakewell con crema — añadió mientras levantaba con gesto triunfal el cuenco que la cubría.

—Gracias.

—¿Necesita algo más?

—No, gracias. Es una casa muy bonita.

—Lo es, sí. Y no sabe la de sacrificios que se han hecho para conservarla.

—La señora Trevathan suspiró quedamente.

—Me lo imagino. Por cierto —añadió Rebecca—, he conocido al jardinero en el vestíbulo.

—¿Jardinero? —La señora Trevathan enarcó una ceja—. ¿En el vestíbulo? ¿Dentro de la casa?

—Sí.

—Bueno, tenemos un tipo que viene a cortar el césped una vez por semana. A lo mejor buscaba al señor. En fin, la dejaré cenar tranquila. ¿A qué hora quiere desayunar mañana?

—En realidad no desayuno, pero un zumo de frutas y un yogur sería perfecto.

—Veré lo que puedo hacer. —La señora Trevathan sorbió con evidente desaprobación mientras se encaminaba a la puerta, pero se dio la vuelta para sonreír tranquilizadamente a la joven antes de salir—. Buenas noches, cariño. Que duerma bien.

—Buenas noches.

Rebecca se comió la sabrosa sopa de puerro y patata y el crujiente pan con una gruesa capa de mantequilla. Muy a su pesar, cuando hubo terminado seguía teniendo hambre, así que probó un pequeño bocado del extraño postre de la señora Trevathan. Lo encontró delicioso y también se lo acabó. Después se tumbó en la cama con sentimiento de culpa, consciente de que no debía convertir en una costumbre devorar la pesada comida inglesa, por rica que estuviera.

Cuando su estómago se hubo calmado, se levantó para coger el bolso. Extrajo con cautela el móvil y lo encendió. Pulsó el botón para recuperar los mensajes y se llevó el teléfono a la oreja. No pudo conectarse y cuando miró

la pantalla se percató de que no había cobertura. Sacó el iPad y vio que tampoco había redes disponibles.

Sus labios esbozaron una sonrisa lenta. Esa mañana había deseado estar en un lugar donde nadie pudiera encontrarla o ponerse en contacto con ella, y por lo visto así iba a ser, por lo menos esa noche. Se recostó en la cama y contempló la llegada del crepúsculo, con el sol desapareciendo lentamente tras el horizonte de los páramos que se extendían al otro lado del jardín. Y cayó en la cuenta de que lo único que podía oír era el silencio.

Cogió el guión de la mesilla de noche y empezó a leerlo. Interpretaba a lady Elizabeth Sayers, la hermosa hija de los dueños de la casa. Transcurría en 1922, en plenos «felices años veinte». Su padre estaba empeñado en casarla con un vecino terrateniente, pero Elizabeth tenía otros planes. La película era un retrato de la aristocracia británica en un mundo en plena transformación, donde las mujeres estaban dando pequeños pasos hacia la emancipación y las clases trabajadoras ya no aceptaban someterse a los nobles. Elizabeth se enamoraba de un poeta, Lawrence, al que había conocido en el ambiente bohemio y libertino de Londres. El dilema al que se enfrentaba entre deshonar a sus padres y hacer caso a su corazón era una historia manida. No obstante, con el guión ingenioso pero sensible de Hugo Manners, su papel era una pequeña gema.

Como siempre, el programa de rodaje no comenzaría al principio de la historia, y Rebecca filmaría su primera escena dos días después con James Waugh, que interpretaba a su poeta. Se rodaría en el jardín e incluía un beso apasionado. Rebecca suspiró. Por muy profesional que fuera, y por muchas veces que hubiera sido seducida delante de las cámaras, siempre tenía terror a filmar escenas de amor con compañeros de reparto a los que apenas conocía.

Por el rabillo del ojo vislumbró movimiento en el jardín. Se acercó a la ventana y vio al jardinero sentado en un banco. Pese a la distancia, percibía en él un fondo de soledad, de tristeza. Se quedó mirando cómo contemplaba la caída de la noche inmóvil como una estatua.

Después de un baño, Rebecca se deslizó entre las sábanas blancas almidonadas. Mientras repasaba sus diálogos y practicaba el acento británico nasal de los años veinte, pensó que esa noche parecía que estuviese viviendo

en el mundo plasmado en el guión de la película. Tan poco parecía haber cambiado en esa casa desde entonces que casi resultaba inquietante.

Cuando vio que eran más de las diez apagó la luz, pese a estar convencida de que no conseguiría conciliar el sueño a consecuencia del jet lag. Para su sorpresa, durmió profundamente toda la noche y no se despertó hasta que la señora Trevathan apareció a las ocho del día siguiente con la bandeja del desayuno.

A las diez bajó y encontró el camino hasta Vestuario para que le tomaran medidas. Jean, la diseñadora escocesa, la observó y dijo:

—Caray, estás hecha para ese período. Hasta tu cara parece de otra época. Y... tengo una sorpresa para ti.

—¿Una sorpresa?

—Sí. Ayer hablé con el ama de llaves y me dijo que hay una extensa colección de vestidos de los años veinte en una de las habitaciones de arriba. Por lo visto pertenecían a una pariente del actual lord Astbury que falleció hace tiempo, y han permanecido intactos todos estos años. Le pregunté si podía echarles un vistazo, naturalmente por puro interés personal, y por supuesto —le guiñó un ojo— para ver qué tal te quedan. Sería fantástico poder utilizarlos en la película.

—Sí.

—Y ahora... —con gesto exagerado, Jean descorrió una cortina de seda para desvelar un perchero de barra— mira esto.

Rebecca ahogó una exclamación cuando vio la exquisita colección de vestidos.

—Uau —susurró—, son increíbles.

—Y están en perfecto estado. Nadie diría que tienen noventa años. Algunos son de célebres diseñadores franceses del momento, como Lanvin, Vionnet y Patou. Un auténtico tesoro —señaló Jean mientras ambas recorrían los percheros admirando los vestidos—. En las subastas se pagan fortunas por ellos. Estoy deseando que te los pruebes para ver cómo te sientan. A juzgar por tus medidas, deberían ajustarse a tu cuerpo como un guante. Yo diría que la dueña original era de formas y talla casi idénticos a los tuyos.

—Pero aunque me queden bien, ¿podré utilizarlos? —preguntó Rebecca.

—Quién sabe. El ama de llaves no las tenía todas consigo y dijo que debía preguntárselo a lord Astbury. Pero lo primero que has de hacer es probártelos. Ahora... —Jean descolgó un vestido—, ¿qué tal este para tu primera escena de mañana con James Waugh?

Diez minutos después Rebecca estaba mirándose en el espejo. No había lucido un vestido de época desde sus días en la Juilliard; en Hollywood siempre había interpretado a mujeres jóvenes y modernas, las más de las veces con tejanos y camiseta. El vestido de Lanvin que ahora lucía era de seda recubierta de chiffon y delicadas cuentas cosidas a mano. El bajo desigual ondeaba alrededor de sus tobillos cuando caminaba.

—Aunque tenga que ponerme de rodillas, convenceré a lord Astbury para que me alquile algunos de estos vestidos —aseguró Jean—. Pruébate el siguiente.

Cuando Rebecca hubo desfilado con la fabulosa colección de vestidos, todos los cuales le caían perfectos, Jean sonrió.

—Creo que hemos terminado. Hablaré con el ama de llaves lo antes posible. Querida, vas a crear sensación —comentó mientras le ayudaba a quitarse la última prenda—. Cuando hayas pasado por Peluquería y Maquillaje, serás una auténtica belleza de los años veinte. —Le dedicó un guiño cómplice—. Están en este mismo pasillo a la derecha.

—Creo que necesito un GPS en esta casa —sonrió Rebecca camino de la puerta—. No hago más que perderme.

Salió de Vestuario y anduvo por el pasillo hasta dar con Peluquería y Maquillaje. Tras sentarse en una silla delante del espejo, una de las peluqueras tomó entre sus manos un mechón de la melena castaña y brillante de Rebecca.

—¿Qué tal llevas lo de tener que cortártelo y teñírtelo mañana? —le preguntó.

Ese detalle había sido motivo de discordia con su agente, Victor, a la hora de firmar el contrato. Este estipulaba que Rebecca debía dejarse cortar la melena al estilo de los años veinte y teñirse de rubio para hacer juego con el color de pelo de la actriz que le hacía de madre.

—Bien, supongo. —Se encogió de hombros—. Después de todo, volverá

a crecer.

—Pues claro. Y cuando termine el rodaje podemos teñírtelo de tu color original. Me alegra comprobar que no estás apegada a tu pelo —dijo la peluquera con aprobación—. Muchas actrices lo están. Y quizá descubras que el nuevo corte te gusta. La melena corta va muy bien con tus delicadas facciones.

—Y puede que nadie me reconozca de rubio —farfulló Rebecca.

—Desgraciadamente, lo dudo —dijo la maquilladora sentándose delante de ella—. Tienes una cara que siempre te delatará. Pero dime, ¿cómo es Jack Heyward en persona? En la pantalla parece un dios. ¿Tiene el mismo aspecto cuando se despierta por la mañana?

Rebecca lo meditó.

—La verdad es que está muy mono por la mañana.

—Apuesto a que sí. —La maquilladora sonrió—. Seguro que no puedes creerte que vas a casarte con él.

—¿Sabes una cosa? Tienes razón, no me lo puedo creer. ¡Nos vemos mañana a primera hora para el tije retazo! —Sonriendo para disimular la ironía de sus palabras, Rebecca se levantó y se despidió con la mano antes de abandonar la habitación. Miró el reloj y vio que todavía eran las tres, lo que quería decir que disponía de dos horas antes de su cita con el profesor de voz.

Una de las ayudantes de camerino le había dicho que al parecer era posible obtener cobertura si caminabas en dirección a los páramos, así que corrió hasta su habitación para coger el móvil. El rodaje ya había comenzado en el salón, y cuando salió sigilosamente a la terraza por las puertaventanas del comedor pensó, con un nudo en el estómago, que al día siguiente le tocaría a ella estar delante de las cámaras.

Bajó los destartalados escalones de piedra y cruzó el jardín con paso presto. Se sentó en el banco donde había visto al jardinero la noche previa y probó el móvil, que oscilaba entre una barra y ninguna.

—¡Maldita sea! —protestó cuando el buzón de voz se negó de nuevo a funcionar.

—¿Va todo bien?

Rebecca pegó un brinco y se volvió hacia los arriates de rosas, donde vio

al jardinero que había conocido el día antes con unas tijeras de podar en las manos.

—Sí, gracias, pero no consigo cobertura para el móvil.

—Lo siento. Tenemos muy mala señal aquí.

—Puede que la falta de conexión no esté tan mal. De hecho, la estoy disfrutando —confesó Rebecca—. ¿Le gusta trabajar aquí? —preguntó educadamente.

Él la miró de una forma extraña y, a renglón seguido, asintió.

—Nunca lo había visto así, pero sí, supongo que sí. De todos modos, no puedo imaginarme en otro lugar.

—Debe de ser un sueño para un jardinero trabajar aquí. Esas rosas son magníficas. Tienen colores muy bellos, sobre todo las del rosal que está podando. Ese morado aterciopelado es tan oscuro que casi parece negro.

—Sí —convino él—. La llaman la rosa de medianoche, y es una planta bastante misteriosa. Lleva aquí el mismo tiempo que yo. Hace años que debería haber muerto, sin embargo cada año, sin excepción, florece como si acabaran de plantarla.

—En mi apartamento solo tengo algunas plantas de interior —comentó Rebecca.

—¿Le gusta la jardinería?

—De niña tenía mi propia parcela en el jardín de mis padres. Me sentía tranquila allí.

—Hay algo en el hecho de ejercer el control sobre la tierra que ayuda a resolver las frustraciones —dijo, asintiendo, el jardinero—. ¿Qué le parece este lugar viniendo de Estados Unidos?

—Es muy diferente de todos los sitios donde he estado, pero hacía años que no dormía tan bien. Es muy tranquilo, aunque esta noche me trasladarán a un hotel. Creo que lord Astbury no quiere huéspedes en su casa. Si le soy sincera —confesó Rebecca—, me encantaría quedarme. Me siento segura aquí.

—Nunca se sabe, puede que lord Astbury cambie de parecer. Por cierto —el jardinero señaló el móvil—, si pregunta a la señora Trevathan, quizá le deje utilizar el teléfono fijo que lord Astbury tiene en el estudio.

—Gracias, se lo preguntaré —dijo ella levantándose—. Hasta luego.

—Tome. —El jardinero cortó el tallo de una rosa de medianoche perfecta—. Algo bonito que contemplar en su habitación. Huele de maravilla.

—Gracias —dijo Rebecca, conmovida por el regalo—. La pondré en agua enseguida.

Finalmente encontró a la señora Trevathan en la cocina. Le explicó que necesitaba un jarrón para la rosa y que el jardinero le había informado de que había un teléfono fijo en el estudio. La señora Trevathan la condujo hasta un cuarto pequeño y oscuro con las paredes forradas de estanterías y la mesa abarrotada de papeles.

—Ahí lo tiene, pero no se alargue mucho si telefonea a América. El señor se pone como una fiera con las facturas de teléfono.

Cuando la señora Trevathan se hubo marchado, Rebecca pensó que «el señor» debía de ser un ogro.

Tomó asiento, buscó el número en su móvil y descolgó el viejo teléfono dotado de un disco con dígitos escritos en él. Finalmente, tras deducir cómo funcionaba, procedió a introducir el dedo en los orificios pertinentes y girar el disco para llamar a Jack. Se sintió culpable, pero experimentó un gran alivio cuando escuchó el buzón de voz.

—Hola, soy yo y estoy en un lugar donde no hay internet ni cobertura para el móvil. Esta tarde me trasladaré a un hotel y podré llamarte desde allí. Por cierto, estoy bien... —Rebecca calló mientras pensaba en cómo continuar, pero el tema era tan extenso y complejo que no encontró las palabras adecuadas—. Te llamaré más tarde. Adiós.

Levantó de nuevo el auricular, marcó otro número y cuando saltó el buzón de Victor, su agente, dejó un mensaje similar.

Salió del estudio y fue en busca de Steve, decidida a presionarlo para que le dijera exactamente dónde pensaban alojarla mientras durara el rodaje. Lo encontró junto a la furgoneta del catering instalada en el patio lateral de la casa.

—Lo sé, Rebecca, lo sé, quieres saber dónde vas a hospedarte —comenzó Steve, visiblemente agobiado—. De hecho, ahora mismo me disponía a buscarte para darte lo que espero sea una buena noticia. Lord Astbury vino a

verme hace cinco minutos para decirme que podías quedarte aquí el tiempo que durara el rodaje. Me sorprendió un poco —señaló—, dado lo poco que le gustó la idea al principio. Te habíamos encontrado un discreto Bed & Breakfast en un pueblo cerca de aquí, pero, francamente, no creo que tenga la categoría a la que estás acostumbrada. Además, no puedo garantizarte que los paparazzi no acaben encontrándote allí. La decisión es tuya.

—¿Puedo pensarlo? —Aunque le encantaba la seguridad y la calma de su alojamiento actual, no estaba segura de querer compartirlo con el hasta ahora invisible lord Astbury.

—Sí —dijo Steve mientras le crepitaba el walkie-talkie—. Perdona, me necesitan en el rodaje.

De nuevo en su habitación, Rebecca repasó su texto a fin de prepararse para su cita con el profesor de voz. Se levantó y miró por la ventana. Se sentía realmente segura allí. Más que ninguna otra cosa, necesitaba paz y tranquilidad para poder concentrarse de lleno en su trabajo interpretativo. Ese papel impulsaría o hundiría su futura carrera.

Finalizada la sesión con el profesor de voz, Rebecca encontró a Steve en la terraza y le dijo que estaría encantada de quedarse en Astbury Hall.

—Dadas tus circunstancias, probablemente sea lo más sensato —opinó Steve, agradeciendo que el problema se hubiera resuelto—. Y la señora Trevathan dijo que será un placer para ella darte de cenar cada noche. Parece que te ha tomado bajo su protección. —Sonrió.

—Ceno poco, así que...

—Hola —dijo una voz a su espalda.

Rebecca vio al jardinero subir los escalones que conducían a la terraza.

—Buenas tardes, lord Astbury. Rebecca dice que le gustaría quedarse —le informó Steve—. Es usted muy amable por hacer una excepción con ella.

—Anthony, por favor —aclaró el hombre.

Rebecca miró estupefacta a Steve y luego a Anthony.

—Puede que por las tardes, señorita Bradley, cuando se hayan marchado todos, me ayude con el jardín —añadió Anthony con un brillo burlón en los ojos.

—¿Usted... usted es lord Astbury? —acertó a farfullar Rebecca.

—Sí, aunque como acabo de decirle a Steve, todos me llaman Anthony. Rebecca notó que se sonrojaba.

—Lo siento mucho, no me di cuenta de quién era.

—Ya. Bueno, probablemente no encaje con la imagen que tenía en su cabeza —respondió Anthony con calma—. Por desgracia, hoy en día la arruinada aristocracia terrateniente tiene que hacer el trabajo sucio. El esmoquin y el frac han pasado a la historia. Ahora, si me disculpa, tengo unos laburnos que atender.

Giró sobre sus talones y dobló por la esquina de la casa.

—Oh, Rebecca. —Steve echó la cabeza hacia atrás con una carcajada—. Eres la monda. Ignoro cómo son las cosas en Estados Unidos, pero aquí, en Inglaterra, los aristócratas modernos son los sujetos más desharrapados de la sociedad. Han convertido la ropa vieja y los coches destartados en un distintivo honorable. A ningún noble que se precie se le ocurriría ir arreglado por casa. Sencillamente, no está bien visto.

—Entiendo —contestó Rebecca, sintiéndose estúpida y muy extranjera.

—De todos modos, no parece que tu ignorancia te haya perjudicado —prosiguió él ante su silencio—. Ha derivado en una invitación a alojarte indefinidamente en esta mansión.

James Waugh apareció en la terraza y se acercó a ellos.

—Rebecca, ¿estás ocupada esta noche? He pensado que podríamos picar algo juntos y conocernos un poco más. Tenemos nuestra primera escena mañana, y es bastante..., cómo te lo diría..., cercana y personal. —Esbozó una sonrisa pícaro.

—Tenía pensado acostarme pronto —contestó.

—Graham podría recogerte a una hora prudente.

—Mejor no. Los periodistas...

—Se fueron todos esta mañana —aseguró James—. Además, no puedes dejar que todo ese asunto de la fama perjudique a tu actuación, ¿no te parece?

—De acuerdo —aceptó Rebecca para no dar la imagen de esquivar.

—Bien. —James sonrió—. Te veré a las ocho en el hotel. Y no te preocupes, pediré una mesa discreta.

Mientras James se alejaba, los ojos de Steve chispearon.

—Creo que te has ganado otro admirador. Vigila, tiene fama de chico malo.

—Lo haré. Gracias, Steve. —Rebecca se alejó manteniendo la cabeza bien alta.

De nuevo en su dormitorio, llamaron a la puerta.

—Pase.

Era la señora Trevathan.

—Lamento molestarla, Rebecca, pero he oído que ha conocido al señor.

—Así es —murmuró ella mientras seguía colgando su ropa en el viejo armario de caoba.

—Déjeme a mí —se ofreció la señora Trevathan.

—No se preocupe, pue...

—Usted siéntese. Podemos charlar mientras la acomodo.

Rebecca tomó asiento a los pies de la cama mientras la señora Trevathan guardaba el contenido de su maleta.

—No ha traído muchas cosas que digamos, querida —comentó—. He venido a decirle que el señor la ha invitado a cenar con él esta noche. Siempre cena a las ocho en punto.

—Oh, no. Me temo que no voy a poder. Ya tengo otro compromiso.

—Vaya, el señor se llevará una decepción. Con lo amable que ha sido al alojarla aquí.

Rebecca pudo percibir la desaprobación en su voz.

—Por favor, dígame que lo siento y que será un placer para mí cenar con él cualquier otra noche —propuso en un tono apaciguador.

—Lo haré. El señor detesta tener a tanta gente en la casa yendo de aquí para allá. Necesita tranquilidad, y mucha, pero cuando la necesidad aprieta, el diablo manda, supongo.

—¿Qué?

—Quiero decir, querida, que el señor necesita el dinero de la película para mantener la casa —aclaró la señora Trevathan.

—Ya. ¿Lord Anthony tiene familia? —preguntó Rebecca con cautela.

—No.

—Entonces ¿vive aquí solo?

—Sí. Bueno, la veré mañana. Bien temprano, me han dicho. No vuelva tarde esta noche, querida. Tiene que estar descansada para mañana.

—No lo haré, se lo prometo. Gracias, señora Trevathan. —Rebecca sabía que la mujer le estaba haciendo de madre, y eso la reconfortaba.

Su infancia no era una época de su vida que le gustara recordar. Prácticamente nadie conocía la verdad de su pasado, ni siquiera su agente. Pero una noche que Jack y ella estaban pasando unas minivacaciones en un Nantucket ventoso y otoñal, ella se la contó.

Jack la había abrazado mientras ella lloraba, secándole las lágrimas con ternura.

Rebecca meneó la cabeza y suspiró. Entonces se había sentido verdaderamente amada por Jack. Se levantó y paseó por los chirriantes tablones, ese recuerdo tan distinto de momentos más recientes en que Jack había estado colocado, incoherente y agresivo. No por primera vez deseó con toda su alma que Jack y ella fueran una pareja corriente, como lo fueron aquel fin de semana abrigados hasta las orejas y pasando inadvertidos. Simplemente un chico y una chica enamorados.

Pero la realidad no era esa, y sabía que era inútil desear que lo fuera.

Apartando tales pensamientos de su mente, vio que faltaba menos de una hora para su cena con su compañero de reparto.

3

-Buenas noches —dijo James cuando Rebecca entró en la pequeña sala de su suite, donde había una mesa dispuesta con dos cubiertos. Le dio dos besos y la condujo hacia ella—. Pensé que, dadas las circunstancias, preferirías cenar aquí arriba.

—Pensaste bien, gracias —convino ella, feliz de no tener que aguantar las miradas de los demás comensales pero preocupada por los chismorreos que pudiera hacer correr el personal del hotel. Ser vista entrando en la suite de su atractivo compañero de reparto era, en cierto modo, peor que ser vista con él en el restaurante del hotel.

—Y no te preocupes por lo que pueda decir el personal —añadió James, leyéndole el pensamiento, mientras le retiraba la silla—. Robert me informó de que el hotel ha firmado una cláusula de privacidad durante nuestra estancia aquí. Si se filtra una sola palabra a la prensa de las actividades de los actores, los abogados de la productora pondrán una demanda.

—Bien —dijo Rebecca.

—¿No te parece una locura? —suspiró James sentándose frente a ella—. En cualquier caso, la sopa ya está aquí, así que será mejor atacarla antes de que se enfríe. ¿Vino? —Alzó una botella.

—No, gracias. Mañana he de tener la cabeza clara.

—Dime, ¿cómo te «descubrieron»? —preguntó James mientras llenaba generosamente su copa.

Rebecca removió la sopa clara e insulsa en tanto meditaba la respuesta y

se decía que los platos de la señora Trevathan eran muy superiores.

—La verdad es que no tengo la sensación de haber sido descubierta. A los veinte años conseguí un pequeño papel en una serie de televisión y a partir de ahí me fueron cayendo papeles cada vez más importantes. —Se encogió de hombros.

—Yo aún no he alcanzado Hollywood —dijo él—. La atención de la prensa aquí, en Inglaterra, es terrible, pero tengo entendido que en Los Ángeles es una pesadilla.

—Lo es, por eso no vivo allí. Tengo un apartamento en Nueva York.

—Haces bien. Un amigo mío que estuvo haciendo una película en Los Ángeles hace un par de años dice que allí la mayoría de las estrellas de cine nunca salen. Se atrincheran en sus casas de las colinas, detrás de muros de máxima seguridad e hileras de cámaras. Yo no lo llevaría nada bien —añadió él con una sonrisa.

—Tu amigo tiene razón, y yo tampoco lo llevaría bien. Nueva York es mucho más relajado.

—Salvo en momentos como este, cuando te acosan incluso en el Devon profundo. —James enarcó las cejas.

—Sí, ahora mismo es un infierno. —Rebecca desistió de la sopa y dejó la cuchara en el platito auxiliar.

—Siempre me ha parecido irónico que el objetivo de todos los actores jóvenes sea obtener fama y fortuna —caviló James—. Se paga un precio muy alto. Aunque no soy tan famoso como tú, hasta mis payasadas acaban en los periódicos.

—Supongo que no queda más remedio que acostumbrarse. —Rebecca suspiró—. Al final lo encuentras normal. Lo que me indigna son las mentiras que cuentan.

—Pero lo del compromiso no es mentira, ¿o sí?

Ella hizo una pausa para meditar la respuesta mientras él retiraba la sopa y extraía dos platos del calentador que le había proporcionado el servicio de habitaciones.

—Digamos que el anuncio fue un poco... prematuro. Pero sí, Jack me ha pedido que me case con él.

—¿Y has aceptado?

—Más o menos. Pero hablemos de la película, ¿quieres? —propuso ella abruptamente.

—Claro —dijo James, captando la indirecta—. De modo que mañana por la mañana besaré a la mujer más bella del mundo. Pobre de mí. —Dirigió la vista al cielo y soltó un suspiro melodramático—. El trabajo de actor es realmente odioso. Y he de decir, Rebecca, que eres la criatura más adorable de la tierra. —Se inclinó hacia delante para estudiar sus facciones—. No puedo detectar ni una mota de maquillaje en esa cara. Ni siquiera carmín.

—Pues mañana no me reconocerás. Me embadurnarán y pareceré una muñeca, seguro.

—Así era la moda entonces —dijo James—. Y aparte de Jack, ¿te has enamorado alguna vez de un compañero de reparto?

—No —respondió Rebecca con franqueza—. ¿Tú?

James bebió un sorbo de vino.

—No puedo decir que mi comportamiento haya sido impecable —reconoció con un brillo pícaro en los ojos—. Trabajando con tantas mujeres bonitas me he portado como un niño en una tienda de caramelos. Pero, para serte sincero, no he sido ni mejor ni peor que cualquier otro hombre fogoso a los veintitantos, la diferencia es que lo hacía mientras estaba en el punto de mira de los medios. Y corriendo un tupido velo —sonrió—, ¿qué te parece Inglaterra hasta el momento?

En el transcurso de la velada Rebecca descubrió que James era de su agrado. Para tratarse de un actor célebre, se infravaloraba y poseía un agudo sentido del humor. Le gustaba que no se tomara a sí mismo o su carrera demasiado en serio; James veía su profesión de actor como un trabajo más. Después de Jack, de lo mucho que valoraba su talento y de la falta de oportunidades que había tenido para lucirse en los papeles que le daban, la actitud de James era un soplo de aire fresco.

—Admitámoslo —dijo James frente a una infusión de menta para ella y un café y un brandy para él—, si tú y yo fuéramos unos adefesios probablemente no estaríamos interpretando a Elizabeth y Lawrence. Esa es la pura verdad.

Rebecca sonrió.

—Tengo que marcharme —dijo cuando vio que eran más de las diez.

—Está bien, y yo me retiraré a mi cuartucho mientras tú eres trasladada como una princesa a tu torre. Será mejor que nos despedamos aquí arriba. — Sonrió—. No quiero que los fotógrafos que puedan estar acechando se lleven una idea equivocada.

—Gracias. —Rebecca se levantó—. Nos veremos mañana en el rodaje.

James la besó en las mejillas.

—En serio, Rebecca, si necesitas hablar, aquí estaré.

—Gracias. Y buenas noches —susurró ella al salir de la suite.

Bajó por las escaleras para que no la descubrieran saliendo del ascensor y abandonó presta el hotel. Graham la esperaba fuera, en el Mercedes. Se montó en el asiento de atrás.

Quince minutos después abría la puerta de su dormitorio. La señora Trevathan había encendido la lámpara de la mesilla de noche y abierto la colcha. Mientras Rebecca se desvestía y se deslizaba entre las sábanas, decidió que realmente se sentía como la princesa que James había descrito.

En algún momento durante la noche se despertó sobresaltada, convencida de que había oído un ruido dentro de la habitación. Olfateó el aire, que parecía invadido por un perfume de flores embriagador. No era desagradable, solo extrañamente fuerte. Se encogió de hombros, apagó la luz y volvió a dormirse.

—Rueda en cinco minutos, señorita Bradley —anunció el asistente irrumpiendo en la sala de maquillaje.

—Casi hemos terminado —dijo Chrissie, la maquilladora, antes de aplicar una última pincelada de polvos en la frente de Rebecca—. Ya está —anunció retirándole el protector de tela de los hombros.

—Uau —dijo el asistente cuando Rebecca se levantó y se dio la vuelta—. Está increíble, señorita Bradley —añadió con admiración.

—Es cierto —convino Chrissie.

—Gracias —dijo Rebecca tratando de acostumbrarse aún a su melena corta teñida de rubio, los ojos exageradamente pintados, la piel de alabastro y el carmín rojo oscuro. No parecía ella. Siguió al asistente por el pasillo y

cuando llegó al vestíbulo vio a Anthony bajar por la escalera de mármol.

Lo miró y sonrió.

—Buenos días.

Al verla, Anthony se detuvo en mitad de los escalones con cara de estupefacción.

—Dios mío —susurró.

—¿Qué ocurre?

Anthony no contestó, simplemente siguió mirándola de hito en hito.

—Vamos, señorita Bradley —le instó el asistente.

—Adiós —dijo incómoda Rebecca a la figura estática de la escalera, antes de seguir al asistente.

James estaba aguardando en el salón mientras el equipo montaba las cámaras en la terraza.

—Me encanta tu pelo, cielo —dijo con una amplia sonrisa—. ¿Eres tú la que está debajo de todo ese maquillaje?

—Eso creo —bromeó Rebecca en el instante en que les llamaban a rodar.

—Seguro que todos te han dicho que estás sencillamente deslumbrante, pero yo, personalmente, te prefiero sin nada... Me refiero a tu cara, claro —susurró James con picardía mientras le ofrecía la mano y salían.

Robert Hope, el director, se acercó a Rebecca y le rodeó los hombros con el brazo.

—Estás perfecta, Rebecca. ¿Lista?

—Todo lo lista que puedo estar —musitó ella con nerviosismo.

—Lo harás muy bien, ya lo verás —la tranquilizó Robert—. Ahora ensayaremos la escena desde el principio.

Dos horas más tarde Rebecca regresó al salón con James y se dejó caer en una silla, derrengada por la tensión.

—Cómo me alegro de haber terminado por hoy.

—Estuviste genial —le aseguró él al tiempo que encendía un cigarrillo junto a la puerta abierta y le sonreía—. Tu acento es perfecto.

—Gracias —dijo Rebecca de corazón—. Me has ayudado mucho a relajarme.

—Formamos un buen equipo, ¿no crees? Y el beso me encantó —añadió

con un guiño.

Rebecca se ruborizó.

—Voy a buscar una bebida fría. Hasta luego. —Salió de la estancia antes de que él pudiera seguirla. No quería que James pensara ni por un momento que su relación en la pantalla tenía alguna posibilidad de desarrollarse fuera de ella. Había visto esa mirada en muchos de sus compañeros de rodaje. James era un hombre encantador, pero lo necesitaba como amigo, no como amante.

—Rebecca. —Steve la pilló cuando se dirigía a la furgoneta del catering—. La oficina de producción ha recibido una llamada airada de tu agente. Dice que tu prometido le ha telefoneado y que los dos quieren saber dónde estás. ¿Te importaría llamarles?

—Le dejé un mensaje a cada uno diciendo que estaba bien —repuso Rebecca—. Pero aquí no hay cobertura de móvil.

—Lo sé. Está causando muchos problemas a todos, así que hemos pedido a lord Astbury que nos deje utilizar su teléfono fijo. Nosotros nos haremos cargo de la factura, de modo que úsalo, por favor. No queremos historias en la prensa de que has sido secuestrada —añadió Steve antes de marcharse aprisa y corriendo.

Con un suspiro, Rebecca tomó la escalera para subir a su cuarto y buscar los números en el móvil.

—¿Rebecca?

Se dio la vuelta y bajó la vista. Anthony se encontraba en el vestíbulo.

—Hola —dijo con vacilación. El aristócrata estaba escudriñándola otra vez, y se sintió decididamente violenta bajo su mirada penetrante.

—¿Tienes unos minutos? —le preguntó—. Quiero enseñarte algo.

—Sí, claro —respondió ella. No podía negarse.

Anthony le tendió una mano para indicarle que debía bajar. Sin dejar de mirarla, esbozó una sonrisa cuando llegó junto a él.

—Sígueme. —La condujo por el pasillo que llevaba a las estancias formales con vistas al jardín de atrás. Se detuvo frente a una de ellas y miró a Rebecca—. Prepárate para una sorpresa.

—De acuerdo —respondió ella mientras él abría la puerta de una

espaciosa biblioteca.

La llevó hasta el centro de la estancia y, tomándola por los hombros, la volvió hacia la chimenea.

—Mira el cuadro que hay sobre la chimenea.

Rebecca se descubrió contemplando el retrato de una mujer rubia con un vestido semejante al suyo y una cinta de pedrería en la frente. Pero lo que más la impactó no fue el atuendo de la mujer, sino su rostro.

—Es... —balbuceó— Es igual que yo.

—Lo sé. El parecido es... —Anthony hizo una pausa— extraordinario. Cuando esta mañana te vi rubia y con este vestido, pensé que estaba contemplando a un fantasma.

Rebecca seguía con la mirada clavada en los grandes ojos castaños, el rostro en forma de corazón pálido como el suyo, la nariz respingona y los labios carnosos.

—¿Quién es?

—Mi abuela Violet. Curiosamente, era estadounidense. Se casó con mi abuelo Donald en 1920 y se vino a vivir con él a Astbury. Tanto en Inglaterra como en Estados Unidos era considerada una de las grandes bellezas de su tiempo. Por desgracia, murió joven y no llegué a conocerla. Y mi abuelo falleció un mes después. —Anthony hizo una pausa y suspiró hondo—. Digamos que fue el principio del fin para la familia Astbury.

—¿Cómo murió Violet? —preguntó Rebecca con suavidad.

—Como muchas mujeres de su época, dando a luz... —A Anthony se le quebró la voz.

—Lo siento mucho —se condolió ella.

Tras reponerse, Anthony continuó.

—Después de eso mi pobre y bendita madre, Daisy, fue criada por su abuela. Esa de ahí es mi madre. —Señaló el retrato de una mujer madura de labios severos—. No quiero parecer sensiblero, pero desde la muerte de Violet parece que la desgracia ha perseguido a los Astbury de una manera u otra. —Se volvió súbitamente hacia Rebecca—. ¿No estarás emparentada con la familia Drumner de Nueva York? Era un clan muy rico y poderoso a principios del siglo XX. De hecho, fue la dote de Violet lo que salvó a esta

finca de la ruina.

Anthony la miró, aguardando una respuesta. Rebecca no deseaba desvelar a nadie su pasado, y aún menos a un desconocido.

—No. Mi familia es de Chicago, y nunca he oído mencionar el apellido Drumner. El parecido debe de ser pura coincidencia.

—Así y todo —Anthony esbozó una sonrisa tirante—, no deja de resultar extraño tenerte aquí, en Astbury, interpretando un personaje de la época en la que vivió Violet. Y que te parezcas tanto a ella.

—Es extraño, pero te aseguro que no existe ninguna conexión familiar — insistió Rebecca con firmeza.

—En fin, ahora comprenderás por qué me quedé petrificado cuando te vi esta mañana en el vestíbulo. Te pido disculpas.

—No te preocupes.

—Bueno, no te entretengo más. Solo quería enseñarte el retrato de Violet. ¿Me concederías el honor de cenar conmigo esta noche? —añadió Anthony.

—Será un placer. Ahora debo irme. Ruedo dentro de una hora.

—Claro.

Anthony caminó hasta la puerta, la abrió y dejó salir primero a Rebecca. Regresaron al vestíbulo en silencio. Rebecca se despidió con una sonrisa y subió a buscar su móvil. Cuando llegó al santuario de su dormitorio, cerró la puerta tras de sí presa de un repentino temblor en las piernas. Se sentó en la butaca, descansó la cabeza en las manos y respiró hondo varias veces.

Había mentido. Lo único que sabía de sus progenitores era el nombre de su madre, Jenny Bradley, y que esta había entregado a su hija en acogida cuando tenía cinco años.

Para Rebecca, sus padres eran Bob y Margaret, una agradable pareja que la acogió cuando tenía seis años. Con el tiempo intentaron adoptarla, pero su madre siempre se negó a firmar los documentos, pensando que algún día estaría lo bastante bien para poder cuidar de su hija.

Emocionalmente, la situación había sido difícil de sobrellevar para Rebecca, quien no podía disfrutar de la sensación de permanencia y seguridad que tanto anhelaba. Cuando era niña, muchas noches la asaltaba el temor de que su madre la reclamara y se la llevara de vuelta a la vida que

recordaba vagamente antes de ser acogida.

Finalmente, cuando cumplió los diecinueve, Bob y Margaret le dijeron con suma delicadeza que su madre había fallecido de una sobredosis.

Nunca había sabido quién era su padre, e ignoraba si también había sido ese el caso de Jenny. Rebecca imaginaba que probablemente había sido concebida cuando su madre se dedicaba a venderse para comprar drogas y alcohol.

Se volvió con tristeza hacia la ventana. Tal vez su padre estuviera emparentado con Violet Drumner. Era una posibilidad como cualquier otra. En su partida de nacimiento no aparecía, sin embargo, el nombre del padre, de modo que nunca podría averiguarlo.

Por primera vez desde su llegada a Inglaterra extrañó el consuelo familiar de los brazos de Jack. Cogió el móvil, donde guardaba su número, y bajó al estudio de Anthony para llamarle desde el teléfono fijo.

Le salió de nuevo el buzón de voz, pero sabía que, por razones de seguridad, Jack nunca atendía llamadas de números que no reconocía.

—Hola, cielo, soy yo. Como aquí no hay cobertura, estoy utilizando otra vez el teléfono fijo. Volveré a probar más tarde. Tengo una hora antes de volver al rodaje. Espero que estés bien. Adiós.

Seguidamente marcó el número de Victor. Esta vez contestó.

—¿Cómo estás, encanto? Ahora mismo me disponía a enviar a la CIA en tu busca.

—Estoy bien. Estamos filmando en una mansión alucinante, y debido al acoso de los medios, lord Astbury, el dueño de la casa, me ha dejado que me aloje en ella. No tienes de qué preocuparte, Victor, aquí estoy segura —le tranquilizó.

—Genial. Y ahora dime, ¿qué es todo eso de que Jack y tú estáis prometidos? Podrías haberlo hablado conmigo antes de aceptar.

—¿Eso crees? A mí me parece que la decisión de con quién quiero casarme es mía y solo mía. —Rebecca martilleó la mesa con irritación.

—Sabes que no quería decir eso, cielo —aflojó Victor—. Solo digo que si me hubieses contado que tenías intención de anunciarlo habríamos podido hacerlo por ti.

—De hecho —replicó ella—, y que quede entre tú y yo, aún no he aceptado.

Al otro lado del teléfono se hizo el silencio.

—¿Me tomas el pelo?

—No. —Rebecca pudo percibir el pánico en la voz de Victor y le entraron ganas de reír—. Le dije a Jack que necesitaba tiempo para pensarlo. Y es cierto —insistió—. Yo no tengo la culpa de que él haya decidido confirmarlo antes de tener mi respuesta.

—Rebecca, el mundo entero me persigue para que les cuente tu reacción. No puedes retractarte ahora, de lo contrario tendrás un ejército de fans de Jack enviándote correos cargados de odio y boicoteando tus películas.

Rebecca sintió que la sangre le hervía cada vez más.

—Victor, necesito tiempo para pensarlo, ¿vale? —espetó.

—¿Esta vez podré ser el segundo en enterarme de tu decisión? Y espero que la respuesta sea afirmativa. Oye, criatura —añadió Victor bajando la voz—, si la cosa no funciona, siempre puedes divorciarte. Este es un momento crucial en tu carrera y no quiero que lo hagas peligrar con publicidad negativa. —Se produjo otro silencio antes de que dijera—: Hay otro hombre, ¿es eso?

—¡Por Dios, Victor, claro que no! —Rebecca notó que empezaba a perder la paciencia.

—Menos mal. No se te ocurra hacerle carantoñas a ese joven inglés que interpreta a tu amante. Su reputación con las mujeres apesta.

—¿Has terminado de sermonearme? —preguntó ella secamente—. ¿Quieres saber cómo ha ido hoy el rodaje o no?

—¿Te importa que hablemos de eso en otro momento, nena? Tengo una reunión dentro de unos minutos.

—Vale.

—Buena chica. Llámame luego, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Adiós, Victor.

Colgó y miró desconsolada sus bonitos zapatos de raso. Sabía que las intenciones de Victor eran buenas; era un agente excelente y había hecho un gran trabajo a la hora de impulsar su carrera. A veces, sin embargo, se pasaba

con su actitud protectora. No era su dueño, y tampoco su padre.

Rebecca observó la colección de fotos antiguas enmarcadas en plata que descansaba sobre el escritorio y envidió a Anthony por gozar de la estabilidad de una familia como es debido, con una historia de varias generaciones. Estaban hechas en blanco y negro, y Rebecca enseguida reconoció a la madre de Anthony por el retrato de la biblioteca. En la fotografía sostenía la mano de una niña con tirabuzones rubios. Se parecía mucho a Anthony, y Rebecca supuso que debía de ser su hermana. Al levantarse miró el viejo despertador de viaje y vio que solo disponía de veinte minutos para comer algo antes del rodaje de la tarde.

4

Alas ocho menos cuarto llamaron suavemente a la puerta de Rebecca.

—Pase —dijo, lamentando haber aceptado la invitación a cenar de Anthony. Estaba exhausta después de su primer día de filmación.

—¿Está lista? —preguntó la señora Trevathan asomando su rostro alegre por la puerta.

—Enseguida bajo.

Se quitó el albornoz, se puso unos tejanos y una camiseta y se pasó el secador por su nueva y todavía extraña melena corta. Colocándose delante del espejo, observó detenidamente su cara. Sin maquillaje, ella pensaba que su nuevo color de pelo le daba un aspecto enfermizo. No se sentía ella.

Mientras bajaba reflexionó sobre la patente devoción que la señora Trevathan sentía por lord Anthony. Como todo lo demás en esa casa, su relación de señor-sirvienta era de otra época. Parecía que el tiempo se hubiera olvidado de Astbury Hall y sus residentes. Se detuvo delante de la puerta del comedor y llamó con los nudillos.

—Adelante.

Abrió y encontró a Anthony sentado a la cabecera de una larga y elegante mesa de caoba. El hecho de que cenara en esa estancia formal, en una mesa destinada a muchos comensales, hacía aún más patente su soledad.

—Hola. —Anthony sonrió y señaló el cubierto dispuesto a su izquierda. Mientras ella se acercaba se levantó y le retiró la silla.

—Gracias —murmuró Rebecca en tanto él regresaba a su asiento.

—¿Vino? —Anthony tomó de una bandeja de plata el decantador lleno de líquido rojo rubí—. Cenaremos ternera, y este clarete es el acompañamiento perfecto.

—Media copa —dijo Rebecca para no resultar maleducada. Bebía muy raras veces, y en tales ocasiones no elegía vino tinto. De hecho, tampoco habría elegido ternera para cenar.

—Mi querida madre, naturalmente, tenía un mayordomo que decantaba y servía el vino —comentó Anthony mientras le llenaba la copa—. Por desgracia, cuando se jubiló no había dinero para reemplazarlo.

—No puedo imaginar lo que debe de costar mantener esta casa —dijo Rebecca.

—Y tampoco quieras saberlo —suspiró Anthony al tiempo que la señora Trevathan entraba con una bandeja y les ponía delante un plato de sopa—. Pero nos las apañamos, ¿verdad, señora Trevathan? —Miró a su ama de llaves con una sonrisa cálida.

—Desde luego, señor —asintió ella antes de marcharse.

—La señora Trevathan lleva la casa prácticamente ella sola. Si algún día decidiera irse, no sé qué haría. Empieza, te lo ruego —dijo señalando la sopa.

—¿Siempre ha trabajado aquí?

—Sí, igual que sus antepasados antes que ella. Mabel, su madre, cuidó de mí cuando era niño.

—Debe de ser fantástico tener años de historia familiar, saber de dónde vienes —comentó Rebecca antes de llevarse una cucharada de sopa a la boca.

—En algunos aspectos supongo que sí. —Anthony suspiró—. Pero, como te dije, la suerte abandonó esta casa cuando Violet murió. ¿Sabías que el vestido que llevabas cuando te vi en la escalera era de ella?

Rebecca sintió que un escalofrío le recorría la columna.

—¿En serio?

—Sí. Y su hija Daisy, o sea mi madre, mantuvo todos sus vestidos en perfecto estado después de su muerte.

—Si Violet murió al dar a luz, significa que Daisy no conoció a su madre.

—No, pero la adoraba de todos modos, o por lo menos la idea de lo que su madre había sido. Como yo adoraba a la mía —dijo con tristeza.

—¿Cuánto hace que murió? —preguntó Rebecca con dulzura.

—Veinticinco años. Para ser te franco, todavía la echo de menos. Estábamos muy unidos.

—Perder a una madre es lo peor que te puede pasar —convino Rebecca.

—Solo nos teníamos el uno al otro. Ella lo era todo para mí.

—¿Y tu padre?

El rostro curtido de Anthony se ensombreció.

—Era un mal hombre. Mi pobre madre sufrió mucho con él. A mi padre nunca le gustó Astbury, así que pasaba la mayor parte del tiempo en Londres. Digamos que mi madre no lo lamentó demasiado cuando murió en un sórdido burdel del East End. Por lo visto había bebido tanto que se cayó y se desnucó.

Rebecca vio que Anthony se estremecía con el recuerdo. Entendía perfectamente cómo se sentía. Quería explicarle que conocía ese dolor, pero no estaba preparada para compartir su secreto con un extraño.

—Lo siento, debió de ser muy duro para ti —dijo al fin.

—Por fortuna, en aquel entonces yo solo tenía tres años, de modo que apenas lo recuerdo. Desde luego, no eché de menos su presencia durante la infancia. Pero no hablemos más del pasado. —Anthony dejó la cuchara junto a su plato vacío—. Háblame de ti —dijo al tiempo que la señora Trevathan retiraba los platos de sopa y les servía una gran loncha de carne.

—Bueno, supongo que no soy más que una chica corriente de Chicago.

—«Corriente» no me parece la palabra más acertada —señaló él—. Todo el mundo me dice que estoy cenando con una de las mujeres más bellas y famosas del mundo. Exactamente como mi abuela Violet era descrita en sus buenos tiempos.

Rebecca se ruborizó, cohibida por el halago.

—He tenido mucha suerte. Muchas actrices jóvenes no tienen las oportunidades que tuve yo.

—Estoy seguro de que el talento ha tenido algo que ver —comentó Anthony—, aunque, como ya dije, no he visto ninguna de tus películas. Sin embargo, añadiría que hay muchas mujeres bellas pero pocas poseen ese magnetismo personal que las hace especiales. Tú lo tienes, y a juzgar por lo que todo el mundo me contaba, Violet también lo tenía. Era admirada por la

alta sociedad de Londres y Nueva York y recibía a la flor y nata en Astbury Hall. Qué tiempos aquellos —añadió nostálgico—. A veces creo que he nacido en la época equivocada. Pero ya he hablado suficiente.

Se hizo el silencio mientras Anthony terminaba su ternera y Rebecca se limitaba a jugar con la suya. Finalmente, él preguntó:

—¿Has comido cuanto querías, querida?

—Sí. —Rebecca miró con remordimiento su plato todavía medio lleno—. Lo siento, no tengo mucho apetito.

—Ya lo veo. Entonces ¿no puedo tentarte con el crujiente de manzana y moras de la señora Trevathan?

—Me temo que no. —Rebecca ahogó un bostezo y Anthony posó una mano sorprendentemente suave sobre la suya.

—Estás cansada.

—Un poco. Hoy tuve que madrugar mucho para pasar por Peluquería y Maquillaje.

—Y seguro que lo último que deseas es morirte de aburrimiento con un viejo cascarrabias como yo. Sube a tu cuarto y le pediré a la señora Trevathan que te lleve un vaso de leche caliente. Aunque resulte anticuado, creo en sus cualidades somníferas.

—¿Seguro que no te importa?

—Claro que no. Aunque podría solicitar el placer de tu compañía otro día. Pese a preferir, por lo general, la soledad, lo he pasado muy bien esta noche. Ah, señora Trevathan —Anthony levantó la vista—, Rebecca se retira y le he dicho que le llevará un vaso de leche caliente.

—Desde luego, señor.

—Bien, querida. —Anthony se levantó al mismo tiempo que Rebecca y le besó la mano—. Ha sido un placer. Que duermas bien.

—Muchas gracias por la cena.

Acurrucada en la cama con un vaso de leche caliente en la mesilla de noche y contemplando un crepúsculo pesado que todavía parecía reacio a entregarse del todo a la noche, Rebecca pensó en su conversación con Anthony. Con sus modales impecables y su curiosa manera de hablar, era una reliquia del pasado tanto como la casa. Sin embargo, viviendo allí, entre las

espectaculares pero vacías hectáreas, en una casa no influenciada por el presente, resultaba fácil imaginar cómo había sido la vida cien años antes. Ahora que los actores y el equipo de rodaje no estaban y la casa había recuperado su ritmo habitual, también ella, en cierto modo, sentía la realidad moderna diluirse lentamente.

Salió de su ensimismamiento; al día siguiente debía obligarse a volver al presente, el que existía fuera del mundo encantado de Astbury, y hacer lo posible por hablar con Jack. Apagó la luz y se puso a dormir.

Una vez más, en algún momento durante las largas horas previas al alba, olió el fuerte aroma a flores, un perfume que invadió sus fosas nasales y le hizo soñar con lugares exóticos que había anhelado visitar pero en los que nunca había estado. Luego estuvo segura de que oía un canto, una voz aguda que la despertó. Se levantó y, desorientada, con el sonido todavía resonando en sus oídos, caminó hasta la puerta y la abrió. El pasillo estaba oscuro, y el canto cesó de golpe.

Era un sueño, se convenció Rebecca de regreso a la cama. El silencio volvía a reinar, pero la voz dulce y aguda permaneció con ella y la arrulló hasta que se quedó dormida.

5

Bombay, India

Apri se alegraba de llegar a casa. Había sido un día largo en la oficina al final de una semana difícil. Abrió la puerta de su dúplex y fue directo a la cocina para servirse un gin-tonic bien cargado con la esperanza de que le calmara los crispados nervios. Y con la esperanza de que Lali no empezara a quejarse de que bebía demasiado. Comparado con algunos de sus socios occidentales, lo suyo no era nada. Entró en la sala de estar y al verla vacía dedujo que Lali estaba abajo duchándose. Se estiró en el sofá y dio un largo sorbo a su copa.

Se preguntó por qué estaba tan estresado actualmente si su empresa solo hacía que prosperar. Sobre todo en los últimos tiempos, pues la crisis financiera mundial había obligado a Estados Unidos y a los países europeos a poner la mirada en la India y sus posibilidades menos costosas. Tenían más trabajo del que podían abarcar, y eso, suspiró Ari, era parte del problema. Encontrar directores formados y de confianza que le ayudaran a afrontar ese volumen de negocio no estaba siendo nada fácil. Por consiguiente, él hacía el trabajo de diez empleados.

Lali siempre estaba diciendo que deberían tomarse unas vacaciones y sacando folletos de tranquilos hoteles de playa. No parecía entender que eso era sencillamente imposible ahora mismo.

—Cuando encuentre personal en el que poder confiar iremos, te lo prometo.

—Cariño, llevas tres años diciendo lo mismo —replicaba ella con un suspiro triste al tiempo que reunía los folletos y los tiraba a la papelera.

Sintiéndose culpable después de tales rifirrafes, Ari llegaba a casa con una joya elegida por su secretaria o un vestido de uno de los diseñadores predilectos de Lali. Se deshacía en disculpas por tenerla desatendida y se esforzaba por llegar pronto a casa e invitarla a cenar. Pasaban unos días hablando de cómo podrían pasar más tiempo juntos pero, transcurrida una semana, Ari volvía a sus jornadas de dieciocho horas.

Mientras apuraba el gin-tonic e iba a servirse otro, se reconoció a sí mismo que en momentos de frustración le gritaba.

—¿De dónde esperas que saquemos el dinero para pagar la hipoteca de este dúplex? ¿O para comprarte toda la ropa bonita que tienes en el armario?

La respuesta de Lali siempre era la misma.

—Me da igual dónde viva o cómo me vista. Esas cosas te importan a ti, Ari, no a mí.

No era cierto, ni mucho menos, se dijo saliendo a la terraza para contemplar el mar Arábigo. A ella le gustaba pensar que no echaría de menos todo aquello, pero estaba muy equivocada.

Aparte de sus largas jornadas de trabajo, Ari sabía que entre ellos existía un problema mucho más grave. Lali tenía casi treinta años y estaba deseando casarse. No se lo reprochaba; en contra de los deseos de su familia, se había ido a vivir con él cuatro años antes confiando en que tarde o temprano él le propondría matrimonio. Pero por mucho que lo intentara, Ari nunca encontraba el valor para pronunciar las palabras que ella necesitaba oír. No entendía muy bien las razones, porque no había duda de que la quería. Lali era guapa, y su carácter dulce y cariñoso y su temperamento tranquilo eran el complemento idóneo a su personalidad más voluble. Tal como sus amigos le habían dicho un sinfín de veces, era perfecta para él.

Entonces ¿a qué esperaba? Tenía ya treinta y seis años y había salido con una colección de mujeres preciosas antes de Lali. Sin embargo, algo muy dentro de él le impedía dar el paso definitivo.

Las últimas semanas había observado que ella estaba más distante, que muchas veces no se encontraba en casa para proporcionarle alimento y

consuelo tras sus largas jornadas de trabajo. Lali decía que pasaba más tiempo en el gimnasio o por ahí con sus amigas. ¿Y quién podía reprochárselo? A menudo, si Ari se hallaba trabajando en casa, apenas reparaba en ella.

La buscó por el espacioso apartamento. Esa noche echaba de menos su presencia, y parecía que no le había dejado ninguna nota ni enviado un mensaje para decirle dónde estaba. Se duchó y buscó algo de comer en la nevera. Calentó en el microondas las sobras de la noche previa, se sirvió una copa de vino y entró en la sala. Encendió el gigantesco televisor y pasó los canales hasta dar con uno que ofrecía fútbol. Tenía trabajo que hacer, como siempre, pero esa noche estaba demasiado cansado para siquiera considerarlo.

La única buena noticia en el horizonte era que un vendedor joven al que había contratado dos años antes estaba destacando por encima de sus colegas. Dos semanas atrás Ari le había entrevistado de nuevo y ofrecido un ascenso como encargado de la parte india del negocio, que también estaba creciendo porque la economía nacional seguía ganando ímpetu. Si Dhiren demostraba su valía en los siguientes seis meses, seguramente podría nombrarle director.

En tres semanas tenía previsto viajar a Londres para conocer clientes potenciales. Necesitaba alguien que llevara el timón durante su ausencia, y esa sería una buena oportunidad para poner a Dhiren a prueba.

Quizá debería pedirle a Lali que le acompañara, se dijo. Aunque dispondría de poco tiempo para estar con ella, era posible que le apeteciera visitar la ciudad. Sí, pensó, se lo propondría en cuanto llegara.

A las once y media apagó las luces de la sala y bajó al dormitorio. Era muy extraño que Lali saliera hasta tan tarde, y más aún sin haberle dicho dónde estaba. Un nervio de la sien empezó a temblarle. La llamó al móvil pero le salió el buzón de voz. Lo más seguro era que estuviese enfurruñada, se dijo recordando las veces que Lali le había amenazado con dejarle. Con ayuda de sus grandes poderes de persuasión, Ari siempre conseguía hacerle cambiar de parecer. Y esta vez no sería diferente.

A las ocho del día siguiente, mientras se servía un café antes de marcharse a trabajar, oyó la llave en la puerta. Lali entró en la cocina, pálida y demacrada. Sin su impecable maquillaje, parecía una niña exhausta. Se

detuvo en la puerta y Ari se dio cuenta de que estaba nerviosa.

—¿Dónde has estado si no es mucho preguntar? —dijo.

—He pasado la noche en casa de mis padres.

—¿En serio? Creía que no te hablabas con ellos —señaló, sorprendido.

—Y así era, porque sabía que no te caían bien.

—Perdona —repuso Ari—, pero si no recuerdo mal, cuando les explicaste que te venías a vivir conmigo te dijeron que no volvieras a poner los pies en su casa. Pensaba que tampoco a ti te gustaban.

Lali lo miró fijamente y sus grandes ojos castaños se llenaron de lágrimas.

—Son mis padres, Ari. Los echo de menos, y todo este tiempo me he sentido culpable por defraudarles.

—¿Defraudarles? —Ari la miró atónito—. ¿De qué estás hablando? Tomaste una decisión que no les gustó, eso es todo.

—Creo... —Lali suspiró y meneó la cabeza—. Ari, creo que estás muy diferente conmigo.

—¿A qué te refieres?

—Ahora ya no importa. —Se encogió de hombros con tristeza—. No quiero discutir.

—Lali, ¿de qué va todo esto? Vamos, suéltalo.

Ella respiró hondo.

—Vuelvo a casa de mis padres, Ari. Solo he venido a recoger mis cosas.

—Ya. ¿Te vas para una noche, para un mes o para siempre?

—Para siempre. Lo siento.

—¿Me estás diciendo que me dejas? —dijo él, comprendiendo al fin.

—Sí. No quiero discutir y tampoco quiero hablar. Solo deseo recoger mis cosas y marcharme.

Ari se dio cuenta de que estaba temblando. Asintió despacio.

—De acuerdo. ¿Estás segura de que no quieres hablar?

—Sí. No queda nada que decir. Voy a recoger.

Él la observó volverse y salir de la cocina. No estaba demasiado preocupado; habían pasado antes por eso. Pero la idea de que se fuera a vivir con sus padres —quienes nunca habían sentido devoción por Ari— no le

hacía gracia. Se levantó y la siguió hasta el dormitorio.

—Lali, *pyari*, sé que estás disgustada, pero creo que deberíamos hablar. De hecho, iba a proponerte que me acompañaras a Europa. Tienes razón, necesitamos unas vacaciones, pasar tiempo juntos.

—No habrá tiempo, Ari, nunca lo hay. Tú pasarás los días en reuniones y yo esperándote en el hotel. Y cuando llegues, estarás tan cansado que solo querrás dormir.

Lali sacó una maleta del fondo del armario y la arrastró hasta lo alto de la cama. Caminó hasta la cómoda y procedió a vaciar el contenido de los cajones en la maleta.

—Lali. —Ari se acercó para abrazarla—. Te...

—¡No me toques! —gritó ella esquivando su abrazo y regresando al armario para descolgar la ropa.

—Lali, ¿por qué estás tan disgustada? Por favor, dímelo. Sabes que te quiero, *pyari*, no quiero que te vayas.

Lali lo miró con tristeza

—Te creo, pero he de hacerlo, por mí. —Bajó la cabeza y las lágrimas acudieron a sus ojos.

—Pero ¿por qué? Pensaba que estábamos bien, que últimamente las cosas funcionaban. He...

—Sé que piensas que estábamos bien —dijo ella cerrando la cremallera de la maleta. Cogió una bolsa de viaje y procedió a guardar sus artículos de tocador—. Ari, tú no tienes la culpa. Simplemente es así.

—Hablas en clave, cariño, y no capto lo que estás intentando decirme. Si yo no tengo la culpa, ¿quién la tiene?

Lali dejó lo que estaba haciendo y suspiró hondo con la mirada clavada en la distancia.

—Tú y yo queremos cosas diferentes en la vida, eso es todo. Yo quiero casarme, tener hijos y un marido que encuentre tiempo durante el día para pasarlo conmigo. —Se volvió hacia él y esbozó una sonrisa tenue—. Tú solo quieres éxito y dinero. Espero que te proporcionen la satisfacción que esperas. Y ahora —dijo cerrando la bolsa y bajando la maleta de la cama—, debo irme. Mi padre me está esperando abajo. —Se llevó la mano al bolsillo

de los tejanos y sacó un llavero—. Aquí tienes las llaves del apartamento y del coche. —Las dejó sobre el tocador—. Adiós, Ari. Siempre te querré y desearé tu felicidad.

Ari se quedó donde estaba, como hipnotizado, mientras Lali sacaba el equipaje del dormitorio y lo arrastraba escaleras arriba. Oyó la puerta cerrarse tras ella antes de reaccionar. Salió disparado del apartamento justo cuando las puertas del ascensor se cerraban.

—¡Lali! —Aporreó el botón para que se abrieran, pero el ascensor ya había empezado a bajar. Regresó al apartamento arrastrando los pies, cerró la puerta y se recostó contra ella. Seguro que no hablaba en serio. Tal vez solo fuera una artimaña para que se decidiera a casarse con ella. Si era así, pensó con determinación, no iba a funcionar. No le gustaban los chantajes.

Además, pensó, no creía que durara mucho en la casucha de sus padres. Ni siquiera tenían agua corriente, por el amor de Dios, y se vería obligada a compartir el cuarto con sus cuatro hermanos pequeños. Después de la vida a la que se había acostumbrado con él, seguro que lo detestaba.

La rabia fue reemplazando a la incredulidad a medida que pensaba en todo lo que había hecho por ella. Lali siempre decía que no le importaban las cosas materiales, que si Ari hubiera estado acampado en una barraca ilegal en la playa vendiendo fenogreco por unas rupias al día, no le habría importado porque era a él a quien amaba.

—Bien —dijo en alto al silencioso apartamento—, cuando lleve un tiempo en casa de sus padres, veremos si es cierto.

Con un nuevo sentimiento de desafío, y percatándose de que llegaba tarde, cogió las llaves del coche y se marchó a la oficina.

Una semana después Ari ya no se sentía tan optimista. Lali no había dado señales de vida y él, pese a haber saboreado la idea de pasar tiempo frente al ordenador sin sufrir interrupciones, poniéndose al día con el trabajo, había pasado la mayor parte de este mirando por los ventanales de su apartamento a las familias que chillaban en la concurrida playa cada vez que entraban en el mar agitado.

Lo cierto era que la echaba de menos. La echaba de menos mucho más de lo que esperaba. Había cogido el móvil y marcado su número incontables

veces, pero el orgullo le había impedido establecer la conexión. Era ella quien le había dejado a él, le decía este, era Lali quien debía llamar. No se lo pondría difícil, pensaba Ari. Escucharía sus disculpas, volvería con ella sin otra palabra y, cuando lo considerara oportuno, le propondría matrimonio. La dejaría ganar...

Pero con el paso de los días su determinación había empezado a flaquear. Esa noche, sentado a solas en su apartamento, le habría gustado hablar con alguien sobre su dilema, pedirle consejo. Pero por muchas vueltas que le diera, no se le ocurría nadie lo bastante cercano a él que estuviera dispuesto a escucharle. Los últimos años había estado demasiado ocupado para molestarse en mantener el contacto con los amigos de la infancia, y desde su negativa diez años atrás a asistir al funeral de Anahita, la relación con sus padres y hermanos se había deteriorado. Actualmente telefoneaba a casa una vez al mes como mucho, y hablaba con quien contestara, preguntándole por la salud y las novedades. Hasta su madre, cuando era ella la que descolgaba, sonaba fría y distante. Y nadie de su familia le llamaba ya de forma espontánea.

«Se han cansado de mí», pensó con un suspiro mientras bajaba las escaleras hacia su cama grande y vacía. Se deslizó bajo la sábana y tendido con las manos detrás de la cabeza, se preguntó cómo era posible que antes de que Lali se marchara nunca tuviera tiempo para nada y ahora que ya no estaba, las horas de la noche se le pasaran lentas como la niebla.

Al día siguiente, con un fin de semana largo y vacío por delante, tomó una decisión. Se tragaría su orgullo y la llamaría. Preparándose para el forcejeo, marcó su número de móvil y esta vez aguardó a que se estableciera la conexión en lugar de colgar. Pero en lugar de oír la voz alegre de Lali pidiendo que la persona dejara un mensaje, salió un zumbido monótono que indicaba que el número ya no existía.

Por primera vez desde su partida, Ari sintió una punzada de miedo. Hasta ese momento había estado convencido de que simplemente se hallaba metido en una guerra de voluntades que estaba dispuesto a perder con elegancia. Ni por un instante se le había pasado por la cabeza que Lali pretendiera realmente poner fin a la relación.

Ari volvió a marcar pero le salió el mismo sonido. Cada vez más asustado, pensó en cómo podía encontrarla. Únicamente sabía que sus padres vivían en las calles laberínticas de Dharavi; había estado allí una vez, pero sería incapaz de volver sobre sus pasos. Se devanó los sesos pensando en las amigas de Lali que había conocido. Lali se había mostrado reservada con su vida social femenina, pues muchas de las chicas con las que se había criado eran, como ella, de familias pobres. Siempre había sido consciente de que no eran la clase de mujeres sofisticadas con las que poder cenar a cuatro en Indigo Café. Ari no tenía ni idea de cómo localizarlas.

Se preguntó cómo había podido vivir cuatro años bajo el mismo techo que Lali y no saber prácticamente nada de su vida fuera del apartamento. «¿Soy el responsable de ello?», se preguntó sin rodeos, caminando arriba y abajo por la soleada terraza.

Desde luego que sí, reconoció al fin. Había dejado bien claro que no le interesaba tener relación con los padres de Lali. Y no había hecho el menor esfuerzo por intentarlo, ni siquiera por ella. No eran mala gente..., pobres, sí, pero trabajadores e hindúes devotos que habían criado a sus hijos con sólidos valores morales y que luchaban para darles la mejor educación de acuerdo con sus escasos recursos.

Agotado, se dejó caer en una silla y descansó la cabeza en las manos. Se daba cuenta de que había sido condescendiente no solo con ellos, sino con lo que representaban: la fe ciega en sus dioses, la humildad y la aceptación de su suerte. Eran la «vieja India» —como sus padres—, cuyo servilismo había sido engendrado por más de cien años de dominio británico.

Las viejas generaciones no parecían comprender que se había producido un trasvase de poder, que ya no era necesaria la sumisión ciega. La generación de la que él formaba parte era independiente, nada los frenaba y el cielo era su único límite.

Él había querido huir de los viejos valores, que en su opinión limitaban a quienes creían en ellos. Con la mirada clavada en el infinito, se dio cuenta de que estaba enfadado. Pero ¿por qué?

De repente hizo algo que no se había permitido hacer en años. Hundió la cara en las manos y lloró.

Ari sabía que no olvidaría fácilmente las largas y oscuras horas de ese fin de semana en que hizo frente a aquello en lo que se había convertido y por qué. No sabía si sufría por la pérdida de Lali o por la persona solitaria, egocéntrica y enfadada en que se había convertido. Mientras el dolor manaba, se preguntó si no estaría sufriendo una crisis nerviosa, quizá como resultado de quince años de autoexigencia diaria, sin respiro.

Sí, se dijo, había ganado un negocio próspero y los beneficios económicos que comportaba. Pero en el proceso se había perdido a sí mismo.

Intentó desentrañar las razones de su enfado y, más aterrador aún, el rechazo a toda emoción y compasión que había albergado en su interior. Se remontó a sus años en el internado de Inglaterra y la manera en que los niños le miraban por encima del hombro simplemente porque era indio. Hacía más de sesenta años que la India había obtenido la independencia, pero los británicos de las clases altas seguían proclamando su superioridad empírica.

El hecho de que sus padres hubieran estado tan orgullosos de él solo había empeorado las cosas. Pese a lo que él veía como una consecuencia terrible del dominio británico para la raza india, la cultura y las tradiciones de sus amos se habían grabado para siempre en ellos. Para sus padres, que un muchacho indio estudiara en un colegio privado de Inglaterra seguía siendo su máxima aspiración.

Aun así, Ari era consciente de que, si bien sus cinco años en Inglaterra habían acrecentado su necesidad de demostrar que era tan inteligente y competente como cualquier chico inglés, el deseo de triunfar era inherente a él. También comprendió que al rechazar todas las cualidades que hacían única a su raza se había vuelto tan imperialista como aquellos que en otros tiempos habían gobernado su país. Había perdido su alma india.

El domingo por la tarde salió de su apartamento y preguntó a la primera persona que encontró en Juhu Tara Road cómo se llegaba al templo más cercano. Muerto de vergüenza, le explicó que no era de Bombay.

Una vez en el templo se descalzó y llevó a cabo los rituales de culto y oración que años atrás habían sido tan naturales en él como respirar y sin embargo ahora se le antojaban extraños y ajenos. Hizo una *puja*, no como las que había hecho en sus contadas visitas a Lakshmi, la diosa de la riqueza, los

últimos años, sino a Parvati, la diosa del amor, y a Vishnu, el protector todopoderoso. Les pidió perdón, sobre todo por haberse distanciado tanto de sus padres, y rezó para que Lali volviera con él.

Cuando llegó a casa, más calmado ya, lo primero que hizo fue llamar a sus padres. Y fue su madre quien contestó.

—Hola, mamá. Te...

—¿Qué ocurre, *beta*?

El hecho de que su madre hubiera percibido de inmediato que algo iba mal hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas. Ari rompió a llorar.

—Lo siento mucho, mamá —sollozó.

—Hijo, me rompe el corazón oírte llorar. ¿Es Lali quien ha roto el tuyo?

Ari hizo una pausa.

—¿Cómo lo sabes?

—¿No te contó que vino a vernos hace dos semanas?

—No.

—Vaya.

—¿Qué dijo, mamá?

—Dijo —Ari oyó suspirar a Samina— que no podía seguir esperando a que te comprometieras con ella. Que ahora estaba segura de que no lo hacías porque no la querías lo suficiente y que lo mejor era dejarte volar. Ya sabes lo mucho que Lali deseaba formar una familia, *pyara*.

—Sí, claro que lo sabía. Y yo también lo deseo. Créeme, mamá, la quiero. La echo de menos... Quiero que vuelva a casa. Si sabes dónde está, díselo de mi parte. He... —Se le quebró la voz.

—Lo siento mucho, hijo mío, pero Lali no volverá contigo.

—¿Por qué no? —Se daba cuenta de que hablaba como un niño malcriado preguntando por qué no podía jugar con su juguete predilecto.

—Lamento tener que ser yo quien te dé la noticia, pero es preferible que lo sepas. Imagino que recuerdas que sus padres le habían buscado un marido que Lali se negó a aceptar cuando te conoció.

—Sí. —Ari lo recordaba vagamente—. Un primo que vivía cerca de Calcuta, creo recordar. Era granjero y mucho mayor que ella. Lali dijo que lo odió en cuanto lo vio.

—Bueno, puede que fuera así y puede que no —dijo evasivamente Samina—, pero se casó con él ayer.

Ari enmudeció.

—Ari, ¿estás ahí?

—Sí —dijo, encontrando finalmente la voz—. ¿Por qué? No lo entiendo...

—Yo sí —respondió su madre con calma—. Lali tiene casi treinta años, Ari. No tiene oficio ni profesión con que ganarse la vida y sus padres son demasiado pobres para proporcionarle una dote. Me contó que por lo menos con ese hombre estaría a salvo y segura económicamente el resto de su vida.

—¿Qué? —Ari no podía creer las palabras de su madre—. ¡Pero, mamá, ella estaba a salvo y segura aquí, conmigo! Puede que no le dedicara mucho tiempo, pero económicamente le di todo lo que pude.

—Sí, pero no le diste lo único que necesitaba, lo que toda mujer desea, y más aún en la India.

—¿Te refieres al matrimonio? —gimió Ari.

—Naturalmente. Tal como dijo la propia Lali, si te hubieras cansado de ella, habrías podido echarla a la calle sin nada. Como tu amante, no tenía derechos, ni posición social, ni bienes... Esas cosas son muy importantes, y es preciso que lo entiendas.

—Tendría que habérmelo contado. —Ari se mordió el labio.

—Creo que lo hizo, y muchas veces, hasta que tiró la toalla. —Samina suspiró—. Dijo que no la escuchabas. Cuanto tenía de su parte eran juventud y belleza, y el tiempo corría.

—No..., no fui capaz de entenderlo. Créeme, mamá.

—Y Lali, lógicamente, era demasiado orgullosa para suplicarte.

—Mamá, ¿qué hago? —preguntó desesperado.

—¿Empezar de nuevo? —sugirió Samina—. Y puede que aprender una lección. Pero Lali se ha ido para siempre.

—He..., he de dejarte, tengo trabajo.

—Llámame otro día... —oyó decir a su madre mientras, incapaz de seguir escuchándola, pulsaba el botón para poner fin a la llamada.

Por primera vez en su vida Ari no fue a la oficina al día siguiente. Telefoneó a Dhiren, su nuevo director de ventas, para decirle que tenía fiebre.

Se pasó los siguientes días durmiendo como un animal en época de hibernación. Solo salía de la cama para comer, beber e ir al cuarto de baño. Su legendaria energía parecía haberlo abandonado, y cuando se miraba en el espejo veía que estaba más delgado y pálido, como si le hubiera sido arrebatada una parte de su ser. Y en cierto modo, pensaba abatido, así era.

Los raros momentos que estaba despierto los pasaba mirando el techo, preguntándose cómo era posible que la determinación que le había hecho funcionar cada día los últimos quince años se hubiera esfumado. Cuando le llamaban de la oficina, no respondía. Simplemente no se veía capaz.

El martes por la noche, cuando salió a la claridad de la terraza y se acodó en la barandilla para contemplar el mundo que seguía funcionando a sus pies, meditó sobre su futuro. Y ahí estaba, suspendido frente a él, como un vacío grande y oscuro. Descansó la cabeza en las manos.

—Lali, lo siento mucho —suspiró.

Oyó el timbre del telefonillo. Corrió hasta él suplicando desesperadamente que fuera Lali y descolgó.

—¿Hola?

—*Beta*, soy yo, tu madre.

—Sube —dijo sintiendo una profunda decepción. Pero estaba muy sorprendido. Sus padres vivían a cinco horas en coche de Bombay.

—Hijo mío. —Samina alargó cálidamente los brazos cuando Ari abrió la puerta.

En ese momento toda la tensión y la amargura de los últimos diez años se diluyeron y Ari se sumergió en los brazos de su madre, llorando como un niño.

—Lo siento mucho, mamá, lo siento mucho.

—Ari —Samina le apartó el pelo de los ojos y sonrió—, has recuperado a tu familia y eso es lo único que importa. Y ahora, ¿qué te parece si le preparas un té a tu vieja madre? Ha sido un viaje largo.

Esa noche Ari explicó a su madre los pensamientos que le habían rondado los últimos días y el pesimismo que sentía con respecto a su futuro.

—Por lo menos ahora me hablas desde el corazón y no desde esa dura cabeza —le consoló Samina—. Todo este tiempo me he preguntado adónde

se había ido mi hijo y si algún día regresaría, de modo que este es un buen comienzo. Has aprendido una lección muy importante, Ari: que la satisfacción se obtiene de muchas cosas diferentes y no de una sola. El dinero y el éxito no pueden hacerte feliz si tu corazón está cerrado.

—Anahita me dijo eso mismo la última vez que la vi —caviló Ari—. Y dijo que un día lo comprendería.

—Tu bisabuela era una mujer muy sabia.

—Sí, y me avergüenza no haber estado allí para despedirme de ella.

—Bueno, si crees como ella en los espíritus, estoy segura de que ahora mismo se halla aquí con nosotros, aceptando tus disculpas. Y ahora —bostezó Samina—, estoy cansada del viaje y necesito dormir.

—Claro.

Ari la llevó a uno de los dormitorios de abajo exquisitamente decorados.

—Cuánto espacio para ti solo —comentó ella mientras él le dejaba el bolso de fin de semana en el suelo—. Y una noche entera sin tu padre roncándome en la oreja. ¡Puede que nunca quiera marcharme!

—Quédate el tiempo que quieras, mamá —ofreció Ari, sorprendido de que estuviera diciéndolo de corazón y avergonzado por no haberla invitado antes a su casa—. Y gracias por venir —añadió antes de darle un beso de buenas noches.

—Eres mi hijo, estaba preocupada por ti. Por muy grande que sea el apartamento o por mucho dinero que tengas, sigues siendo mi querido primogénito. —Samina le acarició las mejillas con ternura.

Ari se acostó media hora más tarde sintiéndose extrañamente reconfortado por tener a su madre a unos metros de él. La ausencia de recriminaciones por su comportamiento en el pasado y el hecho de que hubiera acudido en cuanto supo que tenía problemas le habían dado una lección de humildad. Luego pensó en Anahita y en su resistencia todos esos años a creer que su primogénito había muerto.

¿Tenían las madres un sexto sentido con los hijos?

Los ojos de Ari viajaron hasta la cómoda. Dentro descansaba la historia de su bisabuela, intacta desde hacía once años. Pese a estar solo, notó que el rubor trepaba por sus mejillas, tal como le había sucedido la última vez que

estuvo en presencia de su bisabuela.

Si se encontraba ahora ahí con él, confió en que escuchara lo mucho que sentía haber ignorado aquello que ella le había confiado. Se levantó, abrió el cajón y sacó las hojas amarillentas. Al observar la letra pulcra y menuda, vio que la historia estaba escrita en inglés.

Notaba que los párpados le pesaban. Aquel no era un buen momento para intentar descifrar las palabras, pero se prometió que empezaría a leer la historia por la mañana.

Al día siguiente, antes de que su madre emprendiera el largo viaje de vuelta a casa, Ari la invitó a desayunar fuera.

—¿Piensas volver al trabajo mañana? —le preguntó Samina—. Deberías hacerlo, te ayudará a pensar en otras cosas. No es bueno que te pases el día metido en ese frío apartamento.

—Hay que ver, mamá —rió Ari—, primero me riñes por trabajar demasiado y ahora insistes en que vuelva a la oficina.

—En la vida siempre ha de existir un equilibrio, y tú tienes que intentar encontrar el tuyo. Quizá entonces halles la felicidad que buscas. Ah, casi lo olvidaba. —Samina hurgó en su bolso y sacó un ejemplar manoseado del poemario *Rewards and Fairies* de Rudyard Kipling—. Tu padre me dio esto para ti. Dijo que leyeras el poema «Si» y que te dijera que es uno de sus favoritos.

—Lo conozco —sonrió Ari—, pero no lo he leído desde que estaba en el colegio.

Cuando su madre hubo partido después de obtener de él la promesa de que iría a ver a la familia en cuanto regresara de Europa, Ari se marchó a la oficina.

Convocó a Dhiren y le dijo que dejaba la empresa en sus manos mientras estuviera en Londres y que quizá se ausentara más tiempo del que había planeado.

Veinticuatro horas después tomaba el vuelo nocturno a Heathrow. Ignorando la selección de películas, releyó el poema de Rudyard Kipling que su padre le había enviado y esbozó una sonrisa irónica. Entendía el mensaje. A continuación pidió una copa de vino y sacó de la cartera el manuscrito de

su bisabuela.

Jaipur, India 1911

6

Anahita

Lo recuerdo, hijo mío. En la quietud de la noche, el más leve soplo de brisa era una bendición en el interminable calor seco de Jaipur. Las demás mujeres y niños del zenana y yo subíamos a menudo a las azoteas del palacio de la Luna, donde hacíamos nuestros lechos.

La ciudad de Jaipur descansa sobre una llanura rodeada de áridas colinas marrones. De niña creía que vivía en el lugar más bello de la tierra, pues la ciudad tenía un aire de cuento de hadas. Los edificios estaban pintados del rosa más encantador imaginable. Casas abovedadas, con exquisitas celosías y elegantes galerías de pilares, flanqueaban las amplias calles de mi ciudad. Y, por supuesto, el palacio de la Luna gozaba de la mejor ubicación: rodeado de exuberantes jardines, era una ciudad en sí mismo. En su laberíntico interior, los arcos festoneados conducían a patios recogidos que a su vez desvelaban sus propios secretos.

Y los residentes de Jaipur eran una explosión de color; los hombres lucían turbantes amarillos, morados y rojos. Yo solía observarlos desde las elevadas terrazas del palacio que daban a la ciudad y pensaba que me recordaban a cientos de titilantes hormigas yendo de un lado a otro.

Dentro de mi palacio, en el centro de la mágica ciudad, viviendo entre los más nobles del lugar, me resultaba fácil sentir que era una princesa de verdad, como lo eran muchas de mis compañeras de juego.

Pero no lo era.

Hasta los nueve años había vivido entre la gente de las calles que se extendían a mis pies.

Mi madre, Tira, pertenecía a un largo linaje de *baidh*, palabra india que significa mujer sabia y sanadora. Desde pequeña me sentaba a su lado cuando la gente de la ciudad iba a verla para pedirle ayuda con sus problemas. En nuestro pequeño jardín trasero criaba toda clase de hierbas de olores dulces para mezclarlas con sus pócimas ayurvédicas, y yo solía observarla cuando molía *guggulu*, *manjishtha* o *gokhru* en su *shil noda* para preparar remedios. El cliente se sosegaba y se marchaba más contento, con la esperanza de que su amada le correspondería, de que su tumor maligno desaparecería o de que concebiría un hijo en menos de un mes.

A veces, cuando entraba una clienta en la casa, mi madre le decía a nuestra sirvienta que me sacara unas horas de paseo. Empecé a percatarme de que, cuando pedía eso, la clienta se sentaba en los almohadones de la habitación trasera con la cara demacrada y asustada.

Entonces yo no sabía cómo ayudaba mi madre a esas mujeres, pero ahora sí lo sé. Las ayudaba a ocuparse de bebés no deseados.

Hijo mío, quizá pienses que semejante acto constituía un pecado contra los dioses. Normalmente se recurría al mismo porque la mujer ya tenía media docena o más de hijos —en la India de entonces no existían medios para evitar los embarazos— y su familia era tan pobre que, sencillamente, no podía alimentar otra boca. Al mismo tiempo, también ayudaba a una madre cuando el niño deseaba venir al mundo. Cuando ya tuve cierta edad, empecé a llevarme con ella de asistente. La primera vez que vi a un bebé nacer reconozco que me tapé los ojos, pero, como sucede con todo, y en especial con la naturaleza, me acostumbré al fenómeno y comencé a verlo como el milagro que era.

A veces mi madre y yo nos subíamos al poni que mi padre guardaba en una cuadra situada en las afueras de Jaipur y visitábamos los pueblos de los alrededores. Fue entonces cuando empecé a comprender que no todo el mundo vivía en una ciudad de cuento, con unos padres afectuosos y comida en la mesa cada noche. Durante aquellas visitas veía cosas terribles: pobreza, enfermedad, hambre y el sufrimiento que los seres humanos pueden padecer.

Ya de muy joven aprendí que la vida no era justa, y fue una lección que recordaría el resto de mi existencia.

Mi madre, como todos los hindúes, era sumamente supersticiosa, aunque mi padre solía gastarle la broma de que ella lo llevaba a niveles desconocidos hasta el momento. En una ocasión, cuando yo tenía seis años, nos preparamos para ir a ver a unos familiares que vivían a trescientos kilómetros de Jaipur para celebrar con ellos el Holi, un alegre festival en que nos lanzamos polvos de colores unos a otros. Al final del día, la gente está cubierta de la cabeza a los pies con todos los tonos del arco iris.

Ese día salimos de casa y echamos a andar por la carretera hacia la estación de tren para emprender la primera parte del viaje. De repente, una lechuga blanca pasó volando justo por delante de nosotros y mi madre se detuvo en seco con el miedo reflejado en el rostro.

—No podemos ir —nos dijo a mi padre y a mí—. Debemos volver sobre nuestros pasos.

Mi padre, que estaba acostumbrado a las supersticiones de mi madre y deseaba visitar a sus parientes por Holi, sonrió y meneó la cabeza.

—*Pyari*, solo era una bella criatura que ha pasado volando. No significa nada.

Pero mi madre ya había dado media vuelta y puesto rumbo a nuestra casa. Pese a las protestas de mi padre, se negó en redondo a cambiar de parecer. Así pues, ese fin de semana lo pasamos los tres en casa, mi padre y yo enfurruñados al imaginar a todos nuestros primos y tíos celebrando juntos el Holi a trescientos kilómetros de allí.

Al día siguiente, sin embargo, nos enteramos de que se habían producido inundaciones en la región y que el tren que debíamos tomar había cruzado un puente y este se había venido abajo a causa del peso. El tren y sus ocupantes cayeron a las aguas turbulentas y enlodadas del río. Cien personas de nuestra ciudad no regresaron a casa.

Después de eso hasta mi padre comenzó a tomarse más en serio los presentimientos de mi madre. Conforme yo crecía, mi madre empezó a enseñarme remedios sencillos para la tos, los catarros y los corazones rotos. Me instaba a observar y aprender el calendario lunar: cada mes tenía unos

momentos concretos para mezclar los remedios que los hacían más efectivos que otros. Decía que la luna era lo que otorgaba a las mujeres nuestro poder femenino, y que la naturaleza, creada por los dioses para abastecer a los humanos de cuanto necesitaran, era la fuerza más poderosa del planeta.

—Un día, Anni, oirás el canto de los espíritus —me decía cuando me arropaba en la cama—. Entonces sabremos con certeza que has heredado el don.

En aquel entonces yo no entendía a qué se refería, pero asentía de todos modos.

—Sí, *maaji* —contestaba mientras me daba un beso de buenas noches.

Sabía que mi familia materna pensaba que mi madre se había casado con alguien inferior. Mi madre pertenecía a una casta alta. Era prima segunda de la maharaní de Jaipur, aunque yo siempre tenía la impresión de que todos en la India eran primos o conocidos nuestros. A los dos años de edad la prometieron a un primo acaudalado de Bengala que a los dieciséis contrajo la malaria y falleció. Mientras sus padres le buscaban otro buen partido, mi madre conoció a mi padre en el festival *Navratri* e inició con él una relación secreta basada exclusivamente en una correspondencia clandestina.

Cuando mis abuelos anunciaron que le habían encontrado un marido de buena cuna pero mayor, de cincuenta años de edad, que deseaba convertir a mi madre en su tercera esposa, esta amenazó con huir si no le dejaban casarse con mi joven y apuesto padre. No estoy segura de lo que mis padres eran capaces de hacer para poder verse —las anécdotas habían pasado a formar parte de su leyenda para cuando yo nací—, pero finalmente mis abuelos aprobaron de mala gana el enlace.

—Dije a tus abuelos que yo no podría dar a su hija rubíes, perlas y un palacio, pero que siempre podría cubrirla de amor —me había contado mi padre—. Y tú también, mi *beti*, debes recordar que amar y ser amado vale más que todos los tesoros del reino de un maharajá.

Mi padre, Kamalesh, era el polo opuesto de mi madre, un filósofo, poeta y escritor que se inspiraba en la ideología de Rabindranath Tagore, el famoso poeta y activista brahmán. Ganaba una miseria produciendo un panfleto mensual con sus pensamientos radicales, concernientes sobre todo a la

ocupación británica de la India. Había aprendido por su cuenta un excelente inglés, e irónicamente dadas sus opiniones políticas, costeaba sus escritos impartiendo clases particulares a indios de alta alcurnia que deseaban aprender el idioma para poder conversar con sus homólogos británicos.

También me enseñó a mí, su hija, no solo inglés, sino multitud de asignaturas, desde historia hasta ciencias. Mientras otras chicas indias aprendían el arte de bordar y las oraciones a Shiva para encontrar un marido bueno y amable, yo leía *El origen de las especies* de Charles Darwin y estudiaba matemáticas. A los ocho ya sabía montar a pelo y cabalgaba por las planicies desérticas que circundaban la ciudad mientras mi padre me instaba a ir más deprisa y darle alcance. Como todas las niñas, yo adoraba a mi padre y me esforzaba por complacerle.

Así pues, entre mi padre, el radical que pensaba en todo desde un punto de vista lógico, y mi madre, que en una ocasión vio un murciélago en su dormitorio e hizo venir a un *ojha* para que limpiara la casa de espíritus malignos, crecí con una visión del mundo extraordinariamente variada. Tenía mucho de ambos dentro de mí, pero también algo que era exclusivamente mío.

En una ocasión, mientras mi padre me consolaba en su rodilla después de haber visto a un grupo de niños apalea a un perro hambriento en la calle, me alzó el mentón para verme la cara y me enjugó las lágrimas.

—Mi dulce Anni, tienes un corazón sangrante que late más fuerte que cien *tabla*. Al igual que tu padre, detestas la injusticia y abrazas la justicia. Pero ten cuidado, mi Anni, pues los seres humanos son complejos y sus almas son a menudo grises en lugar de blancas o negras. Donde crees que encontrarás bondad quizá halles también maldad. Y donde solo puedes ver maldad, puede que también haya algo bueno.

Cuando yo tenía nueve años, mi padre falleció súbitamente de un brote de fiebre tifoidea que estaba asolando nuestra ciudad durante la estación de los monzones. Ni siquiera las pócimas del extenso arsenal de mi madre consiguieron salvarlo.

—Era su hora, *pyari*, y yo lo sabía —me dijo mi madre.

Me costaba entender su serena aceptación de la muerte de mi padre.

Mientras yo lloraba desconsoladamente sobre su cuerpo sin vida, ella permanecía sentada a su lado, sin llorar, quieta y tranquila.

—Anni, cuando nos llega nuestra hora y recibimos la llamada, debemos partir —me reconfortó—. No hay elección.

Su respuesta no me gustó. Pateé, grité y me negué a soltar a mi padre cuando llegó el momento de subirlo a la pira funeraria. Recuerdo que me apartaron con firmeza cuando los *swami* empezaron a cantar y encendieron el camastro de paja. Un humo acre se elevó en el aire; desvié la cara y la hundi en las faldas de mi madre.

Una vez muerto mi padre, apenas teníamos dinero para mantenernos. La maharaní de Jaipur, la prima de mi madre, nos ofreció un hogar con ella. Así pues, dejamos nuestra adorable casita en la ciudad y nos mudamos al zenana del palacio de la Luna.

El zenana era donde todas las damas del palacio vivían juntas, separadas de sus homólogos masculinos. Porque en aquellos tiempos, llegadas a la pubertad, todas las mujeres adoptábamos la tradición del purdah. Ningún hombre, a excepción del marido y los familiares varones más cercanos, podía vernos la cara. Si estábamos enfermas, el médico tenía que hacernos el diagnóstico con una cortina de por medio. Y en público llevábamos el rostro cubierto y el cuerpo completamente tapado. Ahora me cuesta creerlo, pero entonces no conocíamos otra cosa y, sencillamente, formaba parte de nuestra vida cotidiana.

Cuando llegué por primera vez al zenana me costó mucho acostumbrarme al ruido y el bullicio. En nuestra casa teníamos una criada y un chico que atendía el jardín. No obstante, al final del día se marchaban y nos quedábamos solo nosotros tres, con una puerta que, si queríamos, podíamos cerrar para mantener el mundo a raya. La vida en el palacio era muy diferente. Vivíamos, comíamos y dormíamos en comunidad. A veces añoraba la paz y la privacidad de mi antigua casa, donde podía cerrar la puerta de mi habitación y enfrascarme en un libro sin que nadie me molestara.

La vida en comunidad, con todo, tenía sus ventajas. Nunca me faltaban compañeras de juego, pues había muchas niñas de mi edad viviendo en el zenana. Siempre encontraba a alguien para jugar al backgammon o tocar el

veena, un instrumento de cuerda, mientras yo cantaba.

Mis compañeras de juego eran todas hijas de la nobleza local, corteses y refinadas. No obstante, echaba terriblemente de menos mis clases. No fue hasta que ingresé en el zenana que comprendí lo progresista que había sido mi padre al querer darme una educación.

Fue él quien me puso el diminutivo de «Anni»; mi verdadero nombre, Anahita, significa «llena de gracia». Siempre pensé que ese nombre no iba conmigo. Yo tenía una mente intelectual (y podía cabalgar más deprisa que cualquier persona de mi edad), pero de «gracias» femeninas iba justa. En el zenana solía ver a las demás mujeres acicalarse y pasarse horas delante del espejo, eligiendo el corpiño idóneo para acompañar una falda. En la provincia de Rajastán no se utilizaban los saris tradicionales.

Todas las princesas y muchas de sus primas nobles ya estaban prometidas a un hombre que sus padres consideraban apropiado. Yo, sin embargo, era de casta alta pero de familia pobre. Mi padre había dejado pocos bienes materiales y yo sabía que mi madre carecía de una dote que ofrecer por mí. No era una «candidata deseable» para ningún buen partido, y mi madre todavía estaba buscando en el árbol genealógico alguien que pudiera quererme. Yo no me sentía frustrada ni preocupada; simplemente recordaba las palabras que mi padre había pronunciado a los padres de mi madre cuando les pidió la mano de su hija.

Yo quería encontrar el amor.

Cuando tenía once años y llevaba más de uno en el zenana, mi educación y aptitudes ecuestres empezaron a dar sus frutos. La maharaní me eligió como dama de compañía de su hija mayor, la princesa Jameera.

Aunque ser dama de compañía de la princesa me otorgaba privilegios nuevos y me abría las puertas a toda clase de actividades estimulantes, como acompañarla en una de las muchas cacerías o tener permitido el acceso a zonas del palacio que hasta entonces me habían sido vetadas, no lo recuerdo como una época feliz.

Jameera era una muchacha difícil y malcriada. Si jugábamos a algo y perdía, corría en busca de su madre hecha un mar de lágrimas, asegurando que yo había hecho trampas. Cuando le hablaba en inglés, tal como me había

pedido su madre, se tapaba los oídos y se negaba a escucharme. Y si me atrevía a adelantarla en nuestros paseos a caballo matutinos, aullaba de rabia y me ignoraba el resto del día.

Las dos sabíamos dónde residía el problema; aunque la princesa era ella, yo había sido bendecida con talentos y aptitudes de los que ella carecía. Peor aún, a pesar de que no era propensa a acicalarme, todo el mundo hacía comentarios sobre mi esbelta figura y mis pómulos pronunciados, mientras que Jameera no había sido bendecida con una cosa ni otra.

—*Maaji* —lloraba en los brazos de mi madre mientras ella me enjugaba las lágrimas—, ¡Jameera me odia!

—Sin duda es una muchacha difícil, *pyari*, pero no hay nada que podamos hacer. ¡No podemos decirle a su madre, la maharaní, que su hija mayor no te gusta! Debes poner todo de tu parte —suplicaba mi madre—. Has tenido el honor de ser elegida por la maharaní y estoy segura de que algún día recogerás los frutos.

Mi madre, como de costumbre, tenía razón. En 1911 reinaba una gran agitación en los principados de la India. Eduardo VII, emperador de la India, había fallecido hacía un año. Su hijo Jorge V le había sucedido como rey y su coronación oficial iba a tener lugar en Inglaterra en junio. Más tarde, en diciembre, se celebraría una gran Coronación Durbar en Delhi, a la que estaban invitados todos los príncipes de la India. Y como dama de compañía de la princesa Jameera, fui incluida en el vasto séquito que el maharajá de Jaipur —su padre— llevaría consigo.

Mi madre no cabía de gozo.

—Anni —dijo tomando mi cara entre sus manos—, cuando naciste, tal como marca la tradición, pedí a un astrólogo que elaborara tu carta astral. ¿Y sabes lo que decía?

Negué con la cabeza.

—No, *maaji*, ¿qué decía?

—Decía que a los once años te sucedería algo extraordinario, que conocerías a alguien que cambiaría el rumbo de tu vida.

—Es increíble —respondí respetuosa.

Es solo ahora, mientras escribo esto, que soy capaz de mirar atrás y

comprender lo ciertas que fueron las predicciones del astrólogo.

7

Resulta imposible describir con palabras el esplendor y la majestuosidad de la Coronación Durbar. Conforme nos aproximábamos a las planicies donde se había erigido Coronation Park —la ciudad de carpas ubicada en los alrededores de Delhi—, daba la impresión de que toda la India estuviera dirigiéndose al mismo destino.

Sentadas en nuestro *howdah* instalado sobre uno de los magníficos elefantes de la caravana de la maharaní, Jameera, las princesas más jóvenes y yo mirábamos por una abertura en las cortinas. Las polvorientas calzadas estaban invadidas por toda clase de medios de transporte: bicicletas, carros cargados de pertenencias y tirados por bueyes sudorosos, automóviles y elefantes, todos peleando por un espacio en la carretera. Ricos y pobres por igual, todos se dirigían a Coronation Park.

Cada maharajá tenía su propio campamento, cada uno de ellos un pueblo dotado de agua y electricidad. Cuando llegamos al nuestro, miré sobrecogida la lujosa decoración de las dependencias femeninas.

—Hay hasta bañera —le dije a Jameera admirando los milagros modernos, capaces de producir todo lo que pudiéramos necesitar para vivir allí indefinidamente si quisiéramos.

Jameera estaba menos impresionada. El largo viaje no había sido de su agrado.

—¿Dónde está mi caja de las *puja*? —vociferó a las criadas que estaban deshaciendo los incontables baúles traídos desde el palacio para las damas de

la realeza—. Qué sábanas tan ásperas —rezongó cuando sus dedos regordetes palparon la ropa de su lecho—. ¡Cambiadlas!

No tenía intención de dejarme intimidar por el mal genio de Jameera. Una vez que hubé ayudado a las criadas a deshacer el equipaje y Jameera estuvo segura en la sala de la bañera, atendida por ellas, salí a explorar. Fuera, en los hermosos e inmaculados jardines que rodeaban nuestro campamento, las luces del inmenso parque iluminaban el cielo de la noche. A lo lejos vislumbré una repentina explosión de fuegos artificiales —derviches de color dando vueltas— y su humo acre se mezcló con el denso olor a incienso que flotaba en el aire. Oía a elefantes barritar en la distancia y el sonido dulce de unas sitares.

En ese momento me embargó una dicha pura, completa. Todos los principados de la India estaban reunidos en esos pocos kilómetros cuadrados. Entre los muchos miles de personas que moraban en el parque se hallaban los seres más venerados, poderosos y eruditos del país. Y yo, Anahita Chavan, formaba parte de ello.

Escudriñé el cielo y hablé a mi padre.

—Estoy aquí, padre, estoy aquí —le dije llena de dicha.

No hace falta decir que una concentración de los más grandes del país en un entorno de estrecha proximidad ha de hacer aflorar cierto espíritu competitivo. Cada maharajá aspiraba a que su campamento fuera el más lujoso, a disponer de un séquito más numeroso o a tener más elefantes que sus vecinos. Las fiestas y cenas ofrecidas por cada príncipe se esforzaban por ser más espléndidas que la anterior. Los rubíes, diamantes, esmeraldas y perlas que adornaban los cuerpos de los grandes príncipes y sus esposas podrían haber comprado el mundo entero, pensé mientras corría a ayudar a Jameera a vestirse para el primer banquete que sus padres iban a ofrecer en nuestro campamento. Todo el mundo estaba muy nervioso.

—¡Esta noche vendrán dieciocho príncipes con sus maharanís! —dijo Jameera mientras empujaba una pulsera de oro por sus rollizos nudillos hasta la muñeca—. *Maaji* me dijo que el padre del príncipe con el que estoy prometida estará allí. Debes ayudarme a estar preciosa.

—Por supuesto.

Finalmente, las cuatro esposas del maharajá y las damas de más edad se marcharon para sentarse detrás de una cortina y observar a sus maridos e invitados varones en la gran recepción previa al banquete. El resto soltamos un suspiro de alivio porque todas habían partido contentas y nos preparamos para la llegada inminente a nuestro zenana de las mujeres y niños que cenarían con nosotras, separadas de los hombres.

Al rato, la zona de recepción de nuestras dependencias hervía de invitadas acompañadas de sus hijos. Embelesada, yo observaba cómo las esposas de los maharajás convidados eran recibidas por nuestras maharanís. Para una niña de once años esas mujeres eran cosas de cuentos de hadas: ungidas con aceites, perfumadas y tatuadas con henna, adornadas con collares de perlas del tamaño de huevos de pájaro, diademas con incrustaciones de rubíes y esmeraldas y diamantes nasales de incalculable valor. Sus hijos lucían atuendos igual de espléndidos, niños y niñas de apenas tres años con brazaletes y collares de diseños intrincados y elaboraciones impecables.

Recuerdo que tales escenas me impresionaron, pero también me inquietaron. Me sorprendió que en una única estancia pudiera concentrarse toda esa riqueza, tan normal para quienes la lucían, cuando había visto tanta pobreza y hambre en nuestro país.

Pero no podía evitar que el espectáculo me deslumbrara.

E iba a ser en esa reunión donde la predicción del astrólogo se cumpliría. Quizá una nunca ve los momentos propicios, cruciales, de su vida en el instante en que se producen. Este ocurrió, como suele suceder, sin fanfarria.

Me hallaba sentada en un rincón de la sala de recepción de la zenana, contemplando el esplendor que tenía lugar a mi alrededor. Para entonces estaba acalorada y aburrida, de modo que me levanté y me acerqué disimuladamente a una rendija abierta en la carpa para que me diera el aire. Descorrí la tela y, al asomar la cabeza, una brisa suave me acarició la cara. Recuerdo que estaba observando el cielo sembrado de estrellas cuando oí una voz a mi espalda.

—¿Te aburres?

Me di la vuelta y vi a una muchacha a mi lado. Supe, por las vueltas de perlas alrededor del cuello y la titilante diadema que adornaba sus cabellos

ondulados, que era una chica rica e influyente.

—No, en absoluto —me apresuré a responder.

—¡Ya lo creo que sí! Puedo verlo, porque yo también me aburro.

Tímidamente, me obligué a levantar la vista. Nos miramos unos segundos, como si estuviéramos haciéndonos una radiografía.

—¿Salimos a explorar? —me preguntó.

—¡No podemos! —exclamé horrorizada.

—¿Por qué no? Hay muchas mujeres aquí, nadie se dará cuenta de que nos hemos ido. —Sus extraordinarios ojos castaños con el iris moteado de ámbar me desafiaron.

Respiré hondo, consciente del lío en el que me metería si alguien reparaba en mi ausencia. En contra de mi buen juicio, asentí.

—Debemos mantenernos en la oscuridad para que no nos vean —susurró—. Vamos.

Y entonces me cogió de la mano.

Todavía recuerdo sus dedos largos y delgados buscando los míos. La miré a los ojos y vi en ellos un brillo travieso. Mis dedos se cerraron alrededor de los suyos y nuestras palmas se unieron.

Cuando salimos, mi nueva amiga señaló un punto al otro lado del campamento.

—¿Lo ves? Allí es donde están cenando los maharajás.

Los alrededores de la carpa central estaban alumbrados por miles de velas en candiles de cristal que iluminaban las formas oscuras de los árboles y las plantas de los exóticos jardines.

Mi nueva amiga tiró de mí y sentí el cosquilleo de la hierba en las plantas de los pies. Parecía saber exactamente adónde íbamos, y un instante después llegamos a la gran carpa. La rodeamos por detrás para regresar a la penumbra, donde nadie podía vernos. Se arrodilló en el suelo, levantó la pesada lona y acercó los ojos a la pequeña rendija.

—Ten cuidado, por favor, alguien podría verte —le supliqué.

—No habrá nadie mirando el suelo —rió al tiempo que aupaba un poco más la lona—. Acércate, te señalaré a mi padre. Creo que es el más guapo de todos los maharajás.

Se apartó para que yo pudiera arrodillarme en el mismo lugar. Aguanté la lona con la mano y miré por el boquete.

Solo podía ver un montón de pies de hombre grandes y enjorrocados, nada más, pero no quise decepcionar a mi nueva amiga.

—¡Caray! —exclamé—. Es realmente impresionante.

—Si miras a la izquierda verás a mi padre.

—Sí, sí —aseguré contemplando la hilera de tobillos—. Lo veo.

—¡Creo que es más guapo que tu padre! —Sus ojos titilaron.

Entonces comprendí que esa muchacha creía que yo también era princesa, y que el maharajá de Jaipur era mi padre. Negué tristemente con la cabeza.

—Mi padre está muerto.

Posó su mano cálida y morena en la mía.

—Lo siento.

—Gracias.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó.

—Anahita, pero todo el mundo me llama Anni.

—Y yo me llamo Indira pero mi familia me llama Indy. —Sonrió. Luego se tumbó boca abajo en la hierba y apoyó el mentón en las manos—. Entonces ¿quién eres? —Sus ojos brillantes, como los de una tigresa curiosa, me escudriñaban—. Eres mucho más guapa que las otras princesas de Jaipur.

—Oh, no, yo no soy princesa —la corregí—. Mi madre es prima segunda de la maharaní de Jaipur. Mi padre murió hace dos años, así que ahora vivimos en el zenana del palacio de la Luna.

—Desgraciadamente para mí —enarcó las cejas—, sí soy princesa. La hija menor del maharajá de Cooch Behar.

—¿No te gusta ser princesa?

—La verdad es que no. —Indira rodó elegantemente sobre su espalda, colocó las manos debajo de la cabeza y contempló las estrellas—. Preferiría ser domadora de tigres en un circo.

Me reí.

—No te rías —me advirtió—, lo digo en serio. Mi madre dice que como princesa soy un desastre. Siempre me estoy ensuciando y metiendo en líos. Está pensando en mandarme a un internado inglés para que aprenda modales.

Le dije que si lo hacía, me escaparía.

—¿Por qué? A mí me encantaría conocer Inglaterra. Nunca he viajado a ningún lado —suspiré.

—Tienes suerte. Nosotros estamos siempre de aquí para allá. Mi madre es muy sociable y nos arrastra a todos para las temporadas sociales de aquí y de Europa. Yo preferiría quedarme siempre en nuestro precioso palacio y cuidar de nuestros animales. Si no puedo ser domadora de tigres, me gustaría cuidar elefantes. En cualquier caso, detestarías Inglaterra. Es fría y gris y está llena de niebla, y toda mi familia acaba siempre con terribles catarros, sobre todo mi padre. —Indira suspiró—. La verdad es que me preocupa su salud. ¿Hablas inglés? —me preguntó.

Empecé a percatarme de que su cerebro saltaba constantemente, como una mariposa, de un tema a otro.

—Sí.

Indira se sentó al instante sobre sus pantorrillas y me tendió la mano.

—¿Cómo está usted? —preguntó imitando a la perfección el acento nasal de los ingleses—. Es un verdadero placer conocerla.

Extendí la mano y nuestras palmas se unieron de nuevo.

—El placer es todo mío —respondí mientras nos mirábamos fijamente a los ojos, estrechándonos la mano. Luego caímos sobre el césped con una carcajada. Una vez que nos hubimos serenado me di cuenta de que teníamos que volver al zenana antes de que alguien reparara en nuestra ausencia. Me levanté.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—A nuestra carpa. Nos meteremos en un lío si descubren que nos hemos escapado.

—Bah —respondió despreocupadamente Indira—. Estoy acostumbrada a meterme en líos. De hecho, creo que es lo que esperan de mí.

Quise decirle que dado que yo no era princesa y me ganaba la comida y el alojamiento acompañando a una, probablemente sería más difícil que me perdonaran.

—Solo cinco minutos más —suplicó—. En la carpa hace mucho calor y me aburro. Dime, ¿con quién van a casarte?

—Todavía no lo han decidido —respondí, concisa.

—Qué suerte. Yo conocí a mi futuro marido hace solo unos días, aquí, y es viejo y feo.

—¿Te casarás con él aunque sea viejo y feo?

—¡Jamás! Quiero encontrar un príncipe guapo que me ame y me deje tener tigres —contestó con una sonrisa.

—Yo también quiero encontrar a mi príncipe —murmuré.

Así que ahí estábamos, dos muchachas contemplando las estrellas y soñando con príncipes apuestos. Hay gente que dice que le gustaría poder ver el futuro, pero cuando pienso en aquel momento de inocencia pura e infantil, tendida con Indira en el césped con toda nuestra vida por delante, me alegro de que no pudiéramos.

8

Durante las tres semanas siguientes, mientras las celebraciones en Coronation Park seguían su curso antes de la solemne presentación de todos los príncipes al rey Jorge, Indira y yo nos hicimos inseparables. Cómo conseguía escapar con tanta frecuencia lo ignoro, pero siempre llegaba puntual al lugar de encuentro acordado y salíamos a explorar. El campamento se convirtió en nuestro espacio de diversión, un jardín repleto de distracciones para dos muchachas curiosas. Los tenderetes vendían multitud de tentempiés de deliciosos olores, como *panipuris* y doradas samosas fritas rellenas de verduras con especias. Había tiendas de baratijas con toda clase de estatuillas de arcilla y madera. Indira, que siempre parecía tener montones de rupias, compró un tigre de arcilla que me gustaba especialmente y me lo regaló.

—Cuando no estemos juntas —dijo—, mira al tigre a los ojos y sabrás que estoy pensando en ti.

Por fortuna, la princesa Jameera solía estar ocupada visitando con sus padres los campamentos de los demás maharajás, y en tales ocasiones no se requería mi presencia. Le pregunté a Indira por qué su familia casi nunca parecía necesitarla en esas reuniones.

—Porque soy la hija pequeña —explicó con desenfado—. No le intereso a nadie.

Sabía que eso no era del todo cierto, y había veces que Indira no podía reunirse conmigo y luego se quejaba de que había tenido que pasarse horas

sentada en carpas asfixiantes mientras sus padres se relacionaban. Pero, en general, conseguíamos vernos cada día.

Una mañana, cuando el fin de nuestro tiempo juntas estaba cerca y yo temía el regreso al entorno restrictivo del palacio de la Luna en Jaipur, Indira llegó con el rostro iluminado.

—Ven —dijo tirando de mí y sorteando ágilmente las carpas.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Ya lo verás —fue su misteriosa respuesta.

Minutos después llegábamos al que sabía era el campamento del maharajá de Cooch Behar, pues Indira ya me lo había señalado.

—En primer lugar te llevaré a conocer a mi elefanta favorita. Es solo un bebé de dos años. No debería estar aquí, ya que no ha sido adiestrada aún para desfilas, pero me empeñé en que viniera. Se habría muerto de pena sin su madre y sin mí.

Cuando entramos en el *pilkhana*, el pestilente olor a excremento atacó mis fosas nasales. En el establo debía de haber cuarenta elefantes por lo menos, pensé mientras Indira pasaba por los cubículos dándoles los buenos días a cada uno por su nombre. Llegamos al fondo y en el último cubículo estaba la elefanta bebé. Oyó nuestros pasos y saludó a Indira con un barrito.

—¿Cómo estás, mi preciosa Preema? —dijo Indira frotando su cara contra la elefanta—. Yo estaba allí cuando naciste, ¿no es cierto, cariño? —La elefanta rodeó la cintura de mi amiga con la trompa. Indira se volvió hacia mí al tiempo que agarraba dos manojos de plátanos de una pila—. Ditti, tu cuidador, dejó que yo te pusiera el nombre, ¿verdad? —continuó mientras le daba de comer—. Decidí llamarla Preema porque en latín se escribe *P-R-I-M-A*, que significa «primera». Porque ella fue el primer elefante que vi nacer. —Los ojos de Indira chispearon—. Ahora la llamo simplemente «Pretty», porque es muy bonita, ¿no crees?

Clavé la mirada en los ojos dulces y confiados de la elefanta y sentí una absurda punzada de celos por lo mucho que Indira la quería.

—Sí, muy bonita —contesté.

Un hombre indio menudo y moreno apareció de repente a nuestro lado.

—Ditti, ¿se está portando bien Pretty?

—Sí, alteza, aunque creo que se alegrará de volver a casa.

—Todos nos alegraremos —convino Indira.

El cuidador inclinó respetuosamente la cabeza cuando salimos del establo. Caí en la cuenta de que era la primera vez que veía a mi amiga ser tratada como la princesa que era. Cuando abandonamos el *pilkhana* me embargó una desesperación repentina. La chica con la que había reído, jugado y hablado como si fuera mi hermana pertenecía a un mundo diferente del mío, a un lugar situado en la otra punta de la India. Y pronto me la arrebatarían.

Las lágrimas que amenazaban con anegar mis ojos me obligaron a parpadear con rapidez para ahuyentarlas. Indira se había convertido en el centro de mi mundo, mientras que yo, comprendía ahora, solo estaba en la periferia del suyo. Como mucho, la había entretenido unas semanas, y como la mariposa que era, seguro que echaría a volar y encontraría una nueva distracción en otro lugar.

Me esforcé por poner freno a mis pensamientos y agradecer el tiempo que habíamos pasado juntas. De niña mi madre me reprendía por mis repentinos estados pesimistas y decía que, por la razón que fuera, tenía tendencia a dejarme absorber por el sufrimiento. «Posees un don para ser feliz, pero también la capacidad de caer súbitamente en la desesperación», me había dicho en una ocasión.

—Date prisa, quiero presentarte a alguien más —dijo Indira.

Salí valientemente de mi ensimismamiento y busqué dentro de mí una sonrisa.

—¿Qué es esta vez? —le pregunté—. ¿Animal, mineral o humano?

Era una adivinanza a la que solíamos jugar, e Indira sonrió.

—Decididamente humano. Quiero que conozcas a mi madre.

El corazón empezó a latirme con fuerza. En el zenana de Jaipur se hablaba mucho de la exquisita belleza de Ayesha, la maharaní de Cooch Behar. Había oído a Jameera y su madre comentar maliciosamente que Ayesha parecía creerse superior a las demás maharanís simplemente porque había conocido a Victoria, la emperatriz de la India, en el palacio de Buckingham.

—¡Habla inglés y en Europa viste como una occidental! —había exclamado la madre de Jameera—. ¡Pero aunque su ropa sea de diseñadores franceses y su marido la cubra de joyas, eso no la convierte en mejor esposa india o en reina!

Yo sabía que las verdaderas razones de que Jameera y su madre menospreciaran a la madre de Indira eran otras. Cuatro días antes el padre de Jameera había asistido a una reunión informal en el campamento de Cooch Behar y anunciado a su regreso que la maharaní de Cooch Behar era la mujer más bella que había visto en su vida.

Hijo mío, desde entonces he entendido que los celos entre mujeres no suelen provocarlos la inteligencia o su posición social, ni las joyas que pueda tener en la caja fuerte. No, casi siempre es la capacidad de una mujer para embelesar a los hombres la principal causa de los celos femeninos.

—¡Mamá! —llamó Indira cuando entramos en las dependencias femeninas del campamento de Cooch Behar—. ¿Dónde estás?

—Aquí fuera, cariño —contestó una voz dulce.

Indira tiró de mí por una serie de carpas que desembocaban en una bonita galería protegida del sol por oscilantes jacarandás. Una fuente pequeña jugaba con el agua en el centro del patio.

—He traído a mi amiga Anni para que te conozca. ¿Podemos entrar a saludarte?

—Claro, estoy terminando de desayunar.

La madre de Indira yacía sobre una pila de cojines de seda con una bandeja sobre el regazo. La dejó a un lado, se levantó y caminó hasta nosotras con los brazos abiertos para recibir a su hija.

Ese gesto ya era, de por sí, insólito en una maharaní. Cada vez que me presentaba ante una de las maharanís de mi zenana debía acercarme caminando en *pranaam* hasta que me daban permiso para incorporarme.

—¿Se puede saber dónde has estado, pillina? —preguntó la maharaní con una sonrisa al tiempo que abrazaba a Indira.

Yo, entretanto, me dediqué a estudiar a la mujer que era objeto de tanta habladuría en el campamento. La madre de Indira no llevaba joyas ni maquillaje. Su cuerpo esbelto estaba cubierto por una sencilla túnica de seda

y la larga melena de rizos castaños le caía suelta sobre los hombros. Mientras esperaba advertí que sus grandes e inteligentes ojos ambarinos —tan parecidos a los de su hija— se volvían hacia mí y me evaluaban. Compartía la opinión del padre de Jameera; era, sin duda, la mujer más bella que había visto en mi vida.

—Le he enseñado a Anni mi elefanta bebé, mamá, nada más.

La maharaní sonrió y la besó en la coronilla.

—¿No piensas presentarme a tu nueva amiga?

—Claro que sí. Anni, te presento a mi madre, Ayesha. Mamá, esta es Anahita Chavan.

—Hola, Anahita. —La maharaní me obsequió con una cálida sonrisa de bienvenida. Sus labios rojos, perfectamente perfilados, rodeaban unos dientes blancos y fuertes. Me sentí cohibida y abrumada. Su inusitada informalidad, tanto conmigo como con su hija, no hacía sino aumentar su encanto.

Finalmente junté las manos e incliné la cabeza en la tradicional *pranaam*.

—Es un honor conocerla —alcancé a decir, y supe que se me estaba ruborizando hasta la raíz del pelo.

—Venid a tomar un té conmigo.

Ayesha nos condujo hasta los cojines y nos indicó que nos sentáramos a ambos lados de ella. Yo no sabía qué hacer, pues resultaba impensable que una maharaní se hallara al mismo nivel que sus súbditos. En nuestro zenana nosotras nos sentábamos en el suelo y las maharanís en sillas, por encima de nosotras.

Cuando Indira se arrodilló junto a su madre en los cojines, seguí su ejemplo, tratando de parecer lo más pequeña y baja posible. Ayesha dio una palmada y una criada salió al instante de la carpa.

—*Chai* —ordenó, y la criada desapareció con una reverencia—. Anahita —Ayesha desvió su atención hacia mí—, Indira se pasa el día hablando de su nueva amiga. También me ha dicho que hablas muy bien el inglés. ¿Dónde lo aprendiste?

—Mi padre me lo enseñó, alteza. Era profesor y un estudioso —contesté tímidamente.

—Entonces eres una chica afortunada por haber recibido el regalo de la

educación. Por desgracia, todavía son muchos los padres que creen que no vale la pena llenar la cabeza de sus hijas con conocimientos. A lo mejor podrías inculcar un poco de disciplina a mi hija en los estudios —dijo alborotando cariñosamente el pelo de Indira—. Es lista, probablemente mucho más que sus hermanos, pero ahora mismo no tiene paciencia para estudiar.

—Mamá, sabes que quiero ser domadora de tigres, no maestra —señaló Indira con un mohín.

De nuevo me sorprendió la naturalidad y confianza con que se hablaban madre e hija.

—Indira también me ha contado que vives en el palacio de la Luna de Jaipur —continuó la maharaní.

—Sí.

—Jaipur es una ciudad muy bella. —Sonrió.

Llegó el té y, una vez servido, le di un sorbo sin poder creer que estaba compartiendo un *chai* y una pila de cojines de seda con la famosa y bella maharaní de Cooch Behar.

—Mamá, no puedo dejar a mi nueva mejor amiga atrás cuando nos vayamos —declaró de repente Indira—. Quiero que viva con nosotras en el palacio de Cooch Behar.

Volví a sonrojarme y bajé la mirada.

La maharaní enarcó una ceja perfectamente perfilada.

—Ya veo. —Posó su mirada lánguida en mí—. ¿E Indira ha hablado de este asunto contigo, Anahita?

—Eh..., yo..., no, alteza —tartamudeé.

—Indira, dudo mucho que Anahita quiera dejar su familia, su hogar y sus amigas para venir a vivir con nosotras. Te estás comportando una vez más de manera egoísta. Te pido disculpas en nombre de mi hija, Anahita, a veces habla antes de pensar.

—Pero, mamá, estoy muy sola en el palacio ahora que mis hermanos y mi hermana están en el colegio, y tú misma has dicho que Anni podría animarme a estudiar y ayudarme con mi inglés —suplicó Indira—. Actualmente es dama de compañía de la princesa Jameera y hace exactamente lo mismo por

ella.

—Razón de más para que Anahita no quiera venirse con nosotras. Estoy segura de que la pobre princesa Jameera la echaría mucho de menos. No puedes robar personas así como así, mi querida Indira, por mucho que lo desees.

Abrí la boca para decir que nada me gustaría tanto como ser «robada» por mi maravillosa amiga nueva. Mi lengua, sin embargo, se negó a formar las palabras, de modo que, presa del desánimo, seguí escuchando a la maharaní reprender a su hija por su egoísmo.

—Pero, mamá, tú no lo entiendes: Anni y yo somos inseparables. Si no viene, puede que me consuma sin ella —insistió Indira.

—En ese caso podemos pedirle a Anni que nos haga una visita —replicó la maharaní—. ¿Puedo llamarte también Anni? —me preguntó.

—Por supuesto, alteza —me apresuré a responder—. Y sí, me gustaría mucho hacerles una visita.

—En ese caso, querida, haremos los arreglos necesarios. Y ahora debo vestirme. Tenemos una comida con el virrey. —La maharaní se levantó y me apresuré a hacer lo propio. Volvió a sonreírme—. Ha sido un placer conocerte, Anni. Espero que vengas a vernos a Cooch Behar muy pronto.

Indira también debía asistir a la comida, de modo que regresé sola a mi campamento, reprendiéndome por no haber hablado cuando tuve oportunidad. Debí decirles que estaría dispuesta a irme a vivir a la Luna con tal de poder estar con mi nueva mejor amiga.

A medida que las celebraciones del Durbar se acercaban a su fin, veía menos a Indira. Nuestro campamento estaba siendo desmontado para el largo viaje de regreso a Jaipur.

—¿Qué te ocurre hoy? —me preguntó Jameera—. Pareces un gato al que han pisado la cola. ¿No lo has pasado bien aquí?

—Sí.

—En ese caso, deberías estar agradecida de que te haya traído.

—Estoy muy agradecida, Jameera.

Se alejó con la boca fruncida. Sabía que no le había expresado toda la gratitud y el respeto que ella esperaba, pero me dio igual. Con Indira y su

madre me había sentido querida y valorada. Era un sentimiento nuevo y maravilloso.

La última noche en Delhi me metí en la cama que compartía con Jameera y estuve un rato parpadeando para ahuyentar las lágrimas. Sabía que debíamos partir temprano por la mañana y que no tendría oportunidad de despedirme de Indira. Finalmente las lágrimas se agolparon en mis ojos y las dejé correr libremente por las mejillas. No se nos había ocurrido siquiera intercambiar direcciones, y me preguntaba si le llegaría una carta en la que pusiera únicamente «Princesa Indira, palacio de Cooch Behar».

Además, pensé acongojada, ella regresaría a su hermosa vida de princesa y seguramente se olvidaría de mí. Finalmente los ronquidos de Jameera me sumieron en un sueño inquieto.

Pensé que debía de estar soñando cuando oí la voz de Indira susurrar mi nombre.

—¡Anni, despierta, despierta!

Abrí los ojos y vi que me estaba mirando desde arriba. Me desperté de golpe.

—¿Cómo has entrado? —susurré sobresaltada. Jameera se removió a mi lado.

Indira se llevó un dedo a los labios y me tendió la mano para ayudarme a levantarme. Abandonamos la habitación como dos espectros en nuestros camisones blancos y corrimos por la carpa durmiente hasta dar con una lona suelta. Escurriéndonos por debajo, salimos al exterior e Indira me metió entre dos tiendas para que nadie nos viera.

—He venido a despedirme —dijo.

Todos los terribles pensamientos de que se olvidaría de mí se desvanecieron. Indira había venido a mi encuentro en plena noche antes de partir, y me sentí culpable por dudar de ella. Los ojos se me llenaron de lágrimas una vez más. Impulsivamente, abrí los brazos y se fundió en ellos mientras me envolvía con los suyos con igual fuerza.

—Te echaré mucho de menos —lloré en su hombro.

—Yo también —sollozó a su vez—. Pero no te preocupes, mi querida Anni, encontraré la manera. Vendrás a vivir conmigo a Cooch Behar y

estaremos siempre juntas.

—Indy, no se me ocurre cómo...

—Confía en mí —susurró—. Siempre hay una manera. Ahora he de volver antes de que me descubran, pero... —se quitó del cuello el colgante de Ganesh de oro y me lo puso—, esto es para que nunca me olvides. Adiós, hermana, te quiero. Y te prometo que volveremos a estar juntas muy pronto.

Con un último y pícaro brillo en los ojos, desapareció en la noche como un pequeño fantasma.

Mi mano viajó hasta el cuello de mi corpiño cien veces durante el largo trayecto hasta Jaipur. Dentro se ocultaba el colgante de Indira. No me atrevía a enseñárselo a Jameera; era tan refinado que enseguida pensaría que lo había robado.

De regreso en el palacio de la Luna, todo el mundo volvió enseguida a la normalidad, pero yo no podía, por mucho que lo intentara. Estaba deseando conocer el plan de Indira. Me había jurado que no me fallaría.

Pero entramos en 1912 y transcurrieron varias semanas sin tener noticias de ella, a pesar de que miraba a mi tigre de arcilla fijamente a los ojos y rezaba por que Indira se acordara de mí.

A finales de enero, cuando estaba empezando a perder la esperanza, la madre de Jameera me convocó en sus aposentos.

—Ven —dijo mi madre para peinarme y lavarme la cara con un paño—. La maharaní desea verte y has de estar impecable.

Me hicieron pasar a sus aposentos e hice mi habitual *pranaam* en señal de respeto.

—Sentaos, por favor —dijo la maharaní.

Mi madre y yo nos sentamos en el suelo, delante de ella, con las piernas cruzadas.

—Esta mañana recibí una carta de Ayesha, la maharaní de Cooch Behar. En ella me cuenta que su hija Indira se hizo muy amiga tuya, Anahita, cuando estabais juntas en el Coronation Durbar. ¿Es cierto?

Medité la pregunta, pues no estaba segura de lo que debía responder. A lo mejor la maharaní veía mi amistad con otra princesa como un desprecio hacia su hija. Estudié su rostro en busca de pistas pero, como siempre, no desvelaba

emoción alguna.

Así pues, opté por decir la verdad.

—Sí, alteza, nos hicimos buenas amigas.

—Tan buenas amigas que la maharaní explica en su carta que al parecer la princesa Indira se niega a comer hasta que te sea permitido ir a verla. Según su madre, está muy débil.

Si la maharaní la creía o no, lo ignoraba.

—¿Está muy mal? —pregunté preocupada.

—Lo bastante para que su madre me pida personalmente que te deje viajar de inmediato a Cooch Behar para ver a la princesa Indira.

Me volví hacia mi madre, cuyo semblante permanecía igual de impasible.

—¿Qué te parece la idea, muchacha? —me preguntó la maharaní.

Me esforcé por mostrarme triste y preocupada, juzgando poco pertinente declarar que el fuego que había ido apagándose en mi alma se había reavivado de repente como mil fuegos artificiales.

—Naturalmente, sería un honor para mí ayudar a la princesa Indira en el caso de que me necesite —dije bajando la cabeza para que ni la maharaní ni mi madre pudieran ver la dicha que sin duda brillaba en mis ojos.

—¿Y tú, Tira? —preguntó la maharaní—. ¿Estarías dispuesta a dejar que tu hija pasara muchas semanas lejos de aquí?

Mi madre, siendo como era, ya conocía mi corazón y dónde lo tenía. Asintió.

—Al igual que Anahita, será un honor para mí dejar que cumpla los deseos de su alteza.

—Ya he hablado con la princesa Jameera y ella también opina que Anahita debería ir —añadió la maharaní.

Contuve el impulso de alzar la mirada al cielo para dar las gracias. No me sorprendía que Jameera no hubiera peleado por retenerme. Necesitaba una compañera mucho más maleable que yo.

—Entonces, si estamos todas de acuerdo, la maharaní de Cooch Behar se encargará de disponerlo todo para tu viaje.

—Gracias, alteza. —Incliné de nuevo la cabeza—. ¿Cuándo debo partir? —no pude evitar preguntar.

—En cuanto todo esté dispuesto.

Mi madre y yo salimos de la estancia reculando. Una vez fuera, me rodeó con los brazos y, levantándome el mentón, me miró a los ojos.

—¿Es lo que quieres? —me preguntó.

—Más que nada en el mundo, *maaji*.

9

Yahí, mi querido niño, tal como el astrólogo había vaticinado, comenzó un nuevo capítulo en mi vida. Desde Cooch Behar enviaron a un edecán para acompañarme en el viaje. Cuando bajé del tren que circulaba por una línea de ferrocarril de una sola vía construida especialmente para acceder a Cooch Behar, la provincia más nororiental de la India, levanté la vista y divisé a lo lejos las magníficas montañas del Himalaya recortadas contra el cielo. Con un mozo llevándome la maltrecha maleta que había pertenecido a mi padre, vi que me había sido enviada una *tonga* tirada por un caballo.

Antes de abandonar Jaipur había leído todo lo posible sobre la remota provincia de Indira. A quien nunca ha estado en la India le cuesta imaginar que un mismo país pueda abarcar un número tan vasto de climas y paisajes diferentes. La India es una tierra de contrastes donde cada estado reúne una miríada de culturas, lenguas y gentes distintas. Aunque somos tratados como un único país, todo sobre nuestra gran nación es drástico y variado.

Cuando el chófer me ayudó a subir a la *tonga* las ropas se me pegaron instantáneamente a la empapada piel. El clima allí era caliente y húmedo, muy diferente del calor seco y sofocante de Jaipur.

Durante el recorrido por la ciudad vi que las casas eran sencillas, hechas de bambú y paja, y con los tejados cubiertos de hojas de hibisco dispuestas en capas. Se construían sobre pilotes para protegerlas de las inundaciones monzónicas. Allí nadie malgastaba el dinero erigiendo las sólidas casas de piedra de Jaipur, capaces de aguantar doscientos o trescientos años. En Cooch

Behar los propietarios eran muy conscientes de que tarde o temprano habría otra inundación o terremoto que se llevaría sus casas por delante.

Mientras el caballo trotaba por las calzadas de tierra roja yo miraba por la ventanilla, impaciente por tener mi primera impresión del palacio. Estábamos algo alejados de la ciudad cuando lo vi. Era enorme, con dos alas imponentes que arrancaban de una gran cúpula en el centro. Flanqueados por cuidadas extensiones de césped, procedimos a cruzar los jardines. Oí los barritos de los elefantes del *pilkhana* y vislumbré un lago que medía el largo de la fachada del palacio.

Ya entonces, pese a mi ojo inexperto, pensé que el palacio no parecía muy indio, y más tarde averiguaría que el exterior había sido construido a imitación de una mansión inglesa. Desde fuera, por lo menos, la robusta construcción de ladrillo y la ausencia de las tradicionales y delicadas celosías indias le daban un aspecto austero en comparación con el hermoso palacio de la Luna de Jaipur.

Siempre me ha parecido curioso el contraste entre la atmósfera del exterior y del interior de los palacios indios; vistos desde fuera parecen vacíos, pues casi toda la actividad tiene lugar en sus incontables patios umbríos diseñados para proteger a sus ocupantes del abrasador sol indio. Mientras escribo esto se me ocurre que eso podría servir de metáfora para los seres humanos; muchas veces, su piel serena y silenciosa no desvela la energía que bulle en el interior.

Y ese era decididamente el caso cuando llegué al palacio de Cooch Behar. En el instante en que la *tonga* se detuvo y la portezuela se abrió, caí en la cuenta de que no había visto a nadie desde que habíamos entrado en el parque.

Mientras el chófer bajaba la maleta oí una voz a mi espalda.

—¡Sorpresa!

Indira saltó como un mono sobre mi espalda y me rodeó el cuello con sus brazos morenos y delgados.

—¡Ay! —exclamé cuando se me enganchó su pulsera en el pelo.

Se apeó y me dio la vuelta.

—¡Al fin estás aquí! ¡Te dije que lo conseguiría!

—Al fin —dije sintiendo el cansancio del largo viaje y una timidez repentina después de tantas semanas separadas.

Enseguida me puse a buscar los síntomas de la enfermedad que su madre había descrito tan vívidamente en su carta. Sin embargo, los ojos de Indira chispeaban, su abundante pelo negro refulgía con un tono azulado cuando el sol lo acariciaba y su delgado cuerpo no estaba más flaco que la última vez que lo vi.

—Pensaba que estabas enferma —la reprendí—. Casi no he podido dormir de preocupación desde que me enteré.

Llevándose las manos a las menudas caderas, puso los ojos en blanco.

—Y lo estaba —aseguró—. De hecho, estaba tan enferma que me pasé semanas sin poder comer. Mamá trajo a infinidad de médicos para que intentaran averiguar qué me pasaba. Los médicos coincidieron en que probablemente estaba triste por algo. O por alguien. Y una vez que mamá estuvo de acuerdo en que vinieras, salí de la cama y de repente volví a tener hambre. ¿No es un milagro? —Indira dirigió las manos al cielo—. Desde entonces he estado comiendo como un caballo. —Clavó la mirada en mí y se puso seria—. Te he echado mucho de menos, Anni. Creo que podría haberme muerto si no hubieras venido.

El ardid que había utilizado para llevarme hasta ella me tenía abrumada. Recelosa por naturaleza, sobre todo en el trato con familias reales y princesas, mis sentimientos debieron de reflejarse en mis ojos.

—Anni, dudaste de mí, ¿verdad?

Bajé la cabeza. Luego levanté la vista y tomé sus manos entre las mías.

—Lamento reconocer que sí. Pero nunca más volveré a dudar de ti, amiga mía.

Mis primeras semanas en el palacio de Cooch Behar con Indira estuvieron plagadas de experiencias nuevas y maravillosas. La vida en el palacio y mi rutina diaria no podían ser más diferentes de aquello a lo que estaba acostumbrada en Jaipur. Las mujeres de mi antiguo zenana no habían cesado de advertirme que la maharaní de Cooch Behar no dirigía su corte femenina a la manera propiamente hindú. Ayesha no solo no observaba el purdah dentro de los muros del palacio, sino que había viajado por mar, fuera de la India,

con su familia muchas veces. Esto, según la interpretación estricta de la religión hindú, significaba que toda la familia real había roto con el sistema de castas.

Las damas de Jaipur también me habían contado con expresión grave que la maharaní parecía más occidental que india y que su palacio siempre estaba lleno de invitados extranjeros, aristócratas europeos y actores estadounidenses entre otros. Yo asentía con igual gravedad mientras escuchaba la letanía de críticas. Ellas no podían saber que tales descripciones no hacían sino acrecentar mi entusiasmo.

Como descubrí después, casi todo lo que me habían contado parecía ser cierto. La maharaní dirigía el palacio y su familia de una manera ciertamente moderna. Cada mañana Indira y yo nos levantábamos al alba para ir a los establos, donde nos aguardaban dos caballos perfectamente cepillados y ensillados. Al principio jugaba a pillar a Indira, que resultó ser una amazona magnífica. Galopando a una velocidad vertiginosa por los jardines, riendo y aullando mientras el viento me acariciaba las mejillas, recuerdo que me sentía viva y libre, y más feliz de lo que lo había sido nunca.

Tardé muchas semanas en dejarla atrás, pero cuando finalmente lo conseguí, Indira gritó de placer por mi triunfo.

Entre semana, después de desayunar nos dirigíamos a una sala espaciosa donde recibíamos clases de un profesor particular. Indira poseía la capacidad de concentración de un mosquito y yo tenía que recurrir a todo mi poder de persuasión para que se centrara en sus estudios. Muchas veces la veía mirar con añoranza por la ventana, a la espera de que la liberaran para ir a ver a su preciosa elefanta Pretty y pasear sobre su lomo o jugar a tenis en la pista de bello trazado.

En lo que a mí se refiere, estaba encantada con esa oportunidad de seguir ampliando mi educación. Nuestro profesor era inglés y fomentaba mi amor por los libros. Mirando atrás, creo que se alegraba tanto de tenerme en su clase como yo de estar allí. Mi léxico inglés mejoró sobremanera y, tal como me había pedido la maharaní, me esforzaba por hablar a su hija en dicho idioma siempre que podía.

La maharaní también había contratado a una institutriz inglesa para que

atendiera las necesidades de su hija menor. La señorita Reid era una mujer dulce que a veces perdía la esperanza de poder convertir a su salvaje alumna en una dama.

Indira solía desobedecer sus ruegos de que llegara puntualmente a comer o se fuera luego al aula a leer un libro en silencio. En cuanto la señorita Reid se daba la vuelta, me guiñaba un ojo y nos marchábamos en busca de otra aventura.

Uno de mis lugares preferidos del palacio era la vasta biblioteca, la cual contenía valiosísimas primeras ediciones de célebres novelistas de todo el mundo. Las vitrinas donde se guardaban permanecían cerradas con llave en todo momento; los libros no eran más que un ornamento digno de admiración, un adorno más, y dudaba de que alguien hubiera sacado alguna vez uno de esos títulos y lo hubiera leído en todos los años que llevaban allí. Muchas veces me quedaba mirando los estantes, con mis dedos ansiosos por sacar un libro y sostenerlo. Tenía que conformarme con los ejemplares gastados de *Cumbres borrascosas*, *Oliver Twist* y el *Hamlet* de Shakespeare que mi profesor había traído de Inglaterra, los cuales leía y releía las tardes largas y apacibles.

Otras tardes las pasaba descansando en el bello y espacioso dormitorio que compartía con Indira. Tumbada en la cama, contemplaba las paredes celestes con margaritas del Himalaya pintadas a mano y daba gracias a los dioses por haberme traído allí. Indira, probablemente debido a la mucha energía que gastaba cuando estaba despierta, se dormía al instante, mientras que yo meditaba sobre los acontecimientos de la jornada.

Al anochecer el palacio resucitaba. Era el momento del día que más me gustaba; la expectación de la noche que estaba por venir nos invadía a todos. Siempre venían a cenar multitud de invitados exóticos procedentes de todo el mundo. Indira y yo veíamos a los sirvientes poner la mesa en el gran comedor con platos de oro macizo, pesados cuchillos y tenedores con incrustaciones de gemas y jarrones inmensos con flores magníficas. El aire se perfumaba con el incienso que un sirviente esparcía por las estancias de la planta baja mediante un *dhuan* de plata.

Mi primera noche en el palacio, después de cenar, había comenzado el

siguiente ritual. Cuando Indira me dijo adónde íbamos, la miré estupefacta.

—¿Hemos de ver cómo tu madre se viste y prepara para la cena? ¿Por qué? —pregunté.

—No lo sé, le gusta que nos reunamos allí —contestó Indira encogiéndose de hombros.

Al cruzar el vasto Durbar Hall con su cúpula, el cual constituía el centro del palacio con una entrada lo bastante alta para permitir el paso de un elefante adulto con un maharajá en un *howdah* sobre el lomo, pensé en lo mucho que me desagradaría tener a gente mirándome mientras me vestía.

Cuando entramos en las estancias privadas de la maharaní no podía dar crédito a la miriada de gente congregada en su *boudoir*. Criadas, parientas, amigas y nosotras las niñas llenábamos la estancia. Y en medio de ese alboroto, sentada frente a su exquisito tocador de nácar labrado, estaba la maharaní en persona.

Tirando de mí, Indira se abrió paso entre la multitud.

—¡Mamá, Anni está aquí! —anunció con alegría.

—Ya lo veo. —La maharaní nos sonrió afectuosamente—. Y ahora espero, mi querida Indira, que recuperes por completo la salud y el apetito. — Se volvió hacia mí y cruzamos una mirada cómplice—. Bienvenida, Anni, confío en que seas muy feliz con nosotros.

—Gracias —contesté—. Estoy segura de que así será.

He de confesar que aquella primera noche apenas pude concentrarme en sus palabras. Su cara me tenía hipnotizada, sus ojos perfilados con kohl, los labios teñidos de rojo al pintarlos con el pincel de una latita de pigmento. El aroma de su perfume francés predilecto inundaba el aire mientras la maharaní conseguía arreglarse al tiempo que charlaba con su séquito, alternando ágilmente entre el hindi, el inglés y el bengalí según a quién se estuviera dirigiendo.

—Ven —dijo Indira—, te enseñaré el resto de las habitaciones de mamá.

Me llevó al cuarto de baño, dotado de una bañera de estilo occidental — nosotras, las niñas, nos sentábamos en un tosco banco de madera y nos echaban agua directamente de unos recipientes de plata—, y a su dormitorio blanco y dorado, de techos altos, donde descansaba una cama de mármol

gigantesca. Todos sus aposentos daban a un porche y un patio lleno de jacarandás, hibiscos y jazmines.

Hijo mío, si alguna vez existió en la vida real una reina de cuento de hadas, una reina joven, bella y bondadosa que vivía en un palacio suntuoso, esa mujer era Ayesha, la maharaní de Cooch Behar. Y yo, como todos los demás, caí por completo bajo su hechizo.

Más tarde, cuando la maharaní —radiante en un sari verde esmeralda con exquisitos bordados— estuvo finalmente lista para recibir a sus invitados, Indira y yo volvimos a nuestro cuarto, donde la señorita Reid nos instó a ponernos el camisón y acostarnos.

—¿No crees que mamá es la mujer más bella del mundo? —me preguntó Indira.

—Sí —respondí sin vacilar.

—Y lo mejor de todo —continuó con un bostezo— es que mis padres están muy enamorados. Mi padre la adora. Y él es el hombre más guapo del mundo. Estoy deseando que lo conozcas.

Una mano avanzó en la penumbra hacia mí y la mía fue a su encuentro.

—Buenas noches, mi querida Anni —dijo Indira con un suspiro de satisfacción—. Me alegro mucho de que estés aquí.

10

Una mañana, cuando recibí una carta de mi madre, caí en la cuenta de que llevaba en Cooch Behar cerca de dos meses. El acuerdo inicial había sido que pasara con Indira unas semanas. Me avergüenza decir que me había dejado arrastrar completamente por mi nueva vida y había perdido la noción del tiempo. En su carta mi madre me preguntaba cuándo volvería. El recuerdo repentino de que mi vida allí era solo temporal me golpeó como un rayo.

Para entonces Indira y yo estábamos prácticamente unidas por la cadera, y enseguida reparó en la expresión de mi cara.

—¿Qué ocurre?

Levanté la vista de la carta.

—Mi madre me pregunta cuándo volveré.

—¿Adónde? —preguntó desconcertada.

—A Jaipur, naturalmente.

—Pero no puedes irte —dijo—. Ahora vives aquí. Tal vez podamos organizarlo para que tu madre venga a verte.

—Dudo mucho que quiera hacer un viaje tan largo.

—Hablaré con mamá para ver qué se puede hacer.

Cuando Indira salió disparada en busca de su madre el corazón se me puso en un puño. ¿Y si la maharaní había estado tan ocupada que, sencillamente, no se había percatado de que yo no había vuelto aún a casa? ¿Y si —me eché a temblar— tenía que volver para siempre al zenana de Jaipur?

Indira regresó media hora después y asintió con satisfacción.

—No te preocupes, Anni, mamá encontrará una solución. Siempre lo consigue.

Esa noche, cuando nos reunimos en el *boudoir*, la maharaní me hizo señas para que me acercara al espejo.

—Indira dice que tu madre te echa de menos y quiere verte.

—Eso dice en la carta —respondí nerviosa.

—La entiendo perfectamente. Ninguna madre desea prescindir de la compañía de un hijo. Por lo tanto, debemos organizar lo necesario para que venga a verte.

—Gracias, alteza. —Incliné, respetuosa, la cabeza. En realidad quería cubrirle la cara de besos.

—Escribiré a tu madre sin más tardar. Hace tiempo que quiero hacerlo, pues hay otro asunto que deseo tratar con ella.

Mi corazón saltaba de alegría. No iba a enviarme a casa.

Días después, la maharaní apareció en el dormitorio que Indira y yo compartíamos. No quería hablar con su hija, sino conmigo.

—Acompáñame, Anni —dijo señalando las puertas que daban al porche.

—¿Puedo ir yo también, mamá? —suplicó Indira.

—No —fue la firme respuesta—. Quiero hablar con Anni a solas.

Seguí a la maharaní hasta un banco que descansaba en la fresca sombra del patio. Hasta en su atuendo informal, compuesto por una túnica y un pantalón que utilizaba cuando no había invitados que atender, estaba guapa.

—Anni, existe una razón por la que quería hablar contigo sin la presencia de mi hija.

—Sí, alteza.

—¿Te gusta tu vida aquí?

—Oh, sí, alteza —dije con vehemencia.

—¿Te gustaría quedarte más tiempo con nosotros?

—Sí, por favor. ¡Adoro esto! —Mi tono entusiasta no dejaba lugar a dudas.

La maharaní desvió los ojos de mí y clavó la mirada en el infinito. Finalmente suspiró.

—Quería escucharlo de tus labios. Soy plenamente consciente de que Indira es una muchacha obstinada y que el entorno en el que ha nacido la ha malcriado. También sé que, al ser la menor y la mimada de sus hermanos, ha gozado de más libertad de la debida. Asumo mi responsabilidad a ese respecto. Sé que añora a sus hermanos y que se sentía muy sola antes de que tú llegaras. Así y todo, no puede esperar que todas sus peticiones se cumplan y aún menos cuando implican a otra persona.

—Yo quiero a Indira —dije. Eran las palabras más sencillas y sinceras que conocía.

La maharaní me miró de nuevo y sonrió.

—Lo sé, Anni, puedo verlo en tu semblante. Y una amistad verdadera, donde haya amor, lealtad y confianza, es algo raro y muy valioso. Espero, por ti y por mi hija, que vuestra amistad os acompañe en el futuro. Sin embargo —la maharaní envolvió mis manos en las suyas, súbitamente seria—, tú tienes tus propios deseos y opiniones, y debes prometerme que nunca tendrás miedo de expresarlos. Indira posee una personalidad fuerte. —Hizo una pausa y sonrió—. Me entristece reconocer que veo mucho de mí en ella. No te dejes dominar por mi hija, ¿de acuerdo? Eso no sería bueno para ti, y tampoco para ella.

—Sí, alteza —contesté, profundamente conmovida por considerarme digna de sus consejos. En ese momento comprendí por qué Ayesha, la célebre maharaní de Cooch Behar, era adorada por casi todas las personas que habían tenido la fortuna de conocerla.

Comprendía la naturaleza humana.

—Tu madre llegará dentro de unos días. Hablaré con ella entonces.

—Gracias, alteza.

—Soy yo quien debe darte las gracias, Anni. —Me dio unas palmaditas en las manos con sus dedos largos y frescos antes de levantarse—. Creo que mi hija es muy afortunada de tenerte como amiga.

Mi madre llegó al palacio de Cooch Behar dos semanas después.

—¡Anni, cómo has crecido! —exclamó cuando fui a su encuentro y me la llevé a dar una vuelta por el palacio. Podía ver que las interminables estancias adornadas con los valiosos tesoros de todo el mundo reunidos por la

maharaní la abrumaban. Yo ya me había acostumbrado al suntuoso entorno en el que ahora vivía—. ¿Dónde está el zenana? —me preguntó con nerviosismo.

—Ah —señalé despreocupadamente en la dirección del mismo—, por allí.

—Imagino que la maharaní vive en el zenana con las demás mujeres.

—No, *maaji*, ella tiene sus propios aposentos.

Podía sentir el malestar de mi madre conforme recorriamos las zonas comunes del palacio. Había edecanes y sirvientes masculinos pululando por los alrededores sin reparar en nosotras. Aunque, en comparación con muchas mujeres de su edad, la vida de mi madre como sanadora y la creencia de mi padre de que las mujeres tenían derecho a la educación la habían preparado mejor para la manera relajada en que funcionaban las cosas allí, me daba cuenta de que estaba incómoda. Mi madre jamás se había mostrado con el rostro descubierto delante de ningún hombre, con excepción de mi padre.

—Tú y la princesa Indira pronto os convertiréis en mujeres. Cuando eso ocurra, ¿abrazarás el purdah y vivirás en el zenana?

—No lo sé, *maaji* —respondí con franqueza mientras tomábamos un té en el pequeño patio situado frente a nuestro dormitorio—. Tendría que preguntarlo. O podrías preguntarlo tú. Sé que tanto el maharajá como la maharaní son grandes amigos de Rabindranath Tagore, alguien a quien, como bien sabes, papá admiraba mucho. Él no aprueba el purdah —dije, recordándole a su amado marido para que le fuera más fácil aceptarlo.

Todavía recuerdo la expresión de angustia de mi madre en tanto lidiaba entre lo viejo y lo nuevo.

—Ahora me gustaría descansar —dijo al fin—. Ha sido un viaje largo.

Sabía que esa noche mi madre sería conducida al *boudoir* de la maharaní para su presentación. El corazón me daba un vuelco cada vez que pensaba en lo que vería allí. El *boudoir* era un altar mayor dedicado a las costumbres modernas, y la sacerdotisa suprema, con su perfume francés y sus accesorios occidentales, no haría sino acrecentar la consternación de mi madre.

¿Y si mi madre creía que no estaba siendo criada a la verdadera manera hindú? Estaría en su derecho de obligarme a regresar de inmediato a Jaipur.

En realidad, no hubiera tenido necesidad de preocuparme. Cuando Indira y yo entramos en el *boudoir* con mi madre, Ayesha se levantó y se abrió paso entre un grupo de mujeres para recibir a mi madre. Lucía un sari dorado con un collar de brillantes y un gran anillo de rubíes en la nariz que atrapaba la luz de la araña de Baccarat del techo.

—Es un honor conocerla, alteza —dijo mi madre casi doblada en dos. Mientras observaba a ambas mujeres me percaté de que no podían ser más diferentes. Una increíblemente bella, rica e independiente, la otra encorvada por las penalidades desde la muerte de mi padre.

—El honor es mío —respondió con dulzura la maharaní—. Ha dado a luz a una hija muy especial y somos afortunadas de tenerla entre nosotras. Ahora, acompáñeme a mi sala de oración para hacer una *puja* a Brahma por bendecirnos con estas hijas.

La maharaní condujo a mi madre entre las sorprendidas espectadoras hasta la estancia contigua y cerró la puerta tras de sí.

Quince minutos más tarde las dos mujeres salieron charlando como viejas amigas. El nerviosismo de mi madre se había esfumado, y yo agradecí a los dioses que la maharaní hubiese sabido exactamente qué hacer para tranquilizar a mi madre.

Como el resto, esa noche mi madre cayó bajo el amable embrujo de la maharaní. Me ponía por las nubes el gusto de su nueva amiga con el mobiliario y la ropa y sus amplios conocimientos sobre filosofía, poesía y el mundo en general. Compartían sus ideas sobre medicina ayurvédica y la maharaní estaba fascinada con el don clarividente de mi madre.

—¿«Viste» por ella, *maaji*? —le pregunté una tarde, cuando salía de las estancias de la maharaní.

—Sabes perfectamente, Anni, que eso es un asunto privado entre la maharaní y yo —contestó.

Tras la primera semana mi madre ya estaba lo bastante relajada para pasear conmigo por los jardines a la vista de los residentes masculinos del palacio. Todavía no se quitaba el *ghoonghat* del rostro y yo se lo respetaba, pero en todo lo demás se había dejado cautivar tanto como yo por el palacio de Cooch Behar y sus moradores.

La víspera de su partida, la maharaní la llamó a sus aposentos para una audiencia privada. Yo sabía de qué quería hablarle, y esperé fuera con Indira, presa de los nervios.

—¿Y si mi madre quiere que vuelva con ella? ¡Creo que me moriría! —susurré angustiada.

Indira estaba sentada a mi lado, serena, sosteniéndome la mano.

—No te pedirá que vuelvas, Anni, te lo prometo.

Indira, por supuesto, tenía razón. Mi madre salió de la estancia sonriendo y me llevó a mi habitación para hablar conmigo a solas.

—La maharaní me ha preguntado si estaría dispuesta a dejarte aquí, con su familia, de manera permanente. También se ha ofrecido a educarte con Indira, que es exactamente lo que tu padre habría deseado para ti.

—Sí, *maaji* —farfullé.

—También dijo que entiende que podría ser difícil para mí estar sin ti, de modo que me ha propuesto que pase una parte del año aquí contigo, cuando la familia está instalada en el palacio. Así pues, hija mía, ¿deseas quedarte aquí cuando yo regrese a Jaipur?

—Oh, *maaji*... —Se me escapó una lágrima—. Creo que sí. Aunque estaré separada de ti parte del año y te echaré mucho de menos, sé que a padre le haría muy feliz verme continuar con mi educación. Y eso es algo que no puedo hacer en el zenana de Jaipur.

—Estoy de acuerdo en que aquí gozarás de muchas más oportunidades. Y tú siempre has sido especial, mi *pyari*. —Sonrió y me acarició la mejilla—. ¿Me escribirás cada semana?

—Por supuesto, *maaji*. Cada día, si quieres.

—Con una vez a la semana me basta. Volveré dentro de cuatro meses, después de los monzones. Te prometo que pasarán volando.

—Te echaré de menos.

—Y yo a ti. —Abrió los brazos—. Recuerda que siempre estaré contigo.

—Lo sé, *maaji* —dije fundiéndome en ellos.

Todavía hoy recuerdo que me miró con tanta tristeza en ese momento que sentí el impulso de decir:

—Creo que debería volver contigo a Jaipur, a pesar de todo.

—No, Anni. —Clavó la mirada en el cielo—. Sé que tu destino es quedarte.

De modo que mi madre regresó a Jaipur, cargada de regalos de la maharaní. Y aunque yo había conseguido cumplir el deseo de mi corazón y ahora podía ver el palacio de Cooch Behar como un hogar permanente, no pude evitar sentir cierto malestar por el hecho de que mi madre, un espíritu sabio e inteligente, hubiera sido persuadida tan sutilmente de que renunciara a mí, su querida hija.

Ese verano, cuando llegaron los monzones y la tierra abrasaba cual rescoldos hasta nuestras plantas endurecidas, los residentes del palacio se mudaron con el resto de la India privilegiada a las ciudades de montaña para respirar aire fresco. Viajamos hasta Darjeeling, una magnífica región montañosa situada a dos mil metros de altitud y célebre por sus plantaciones de té, cuyos campos ondeaban sobre las verdes laderas hasta donde alcanzaba la vista.

Ese verano fue el inicio de mi historia de amor con Darjeeling; la presencia lejana de la cordillera del Himalaya bastaba para elevar mi espíritu. Hacía tiempo que los británicos habían aprendido también a huir a Darjeeling y se habían adueñado de la ciudad. Hileras de casas blancas con nombres de lugares de Inglaterra cubrían las laderas, y la ciudad gozaba de un orden y un trazado impecables, muy diferente de los caóticos pueblos indios. Yo soñaba con visitar algún día la Inglaterra auténtica.

Fue en Darjeeling donde conocí a los hermanos de Indira. Habían vuelto de sus internados de Inglaterra para pasar las vacaciones. De diecisiete, dieciséis y quince años, los tres mimaban a su hermana pequeña, pero al ser mucho mayores que ella yo podía entender que Indira se sintiera hija única. Minty, su hermana de quince años, tenía un aire adulto y sofisticado. Yo escuchaba fascinada cuando, en la cena, hablaba de la vida en Inglaterra. Aprendí a jugar al croquet en las immaculadas extensiones de césped y me convertí en una experta en multitud de trucos de cartas gracias a Abivanth, el sociable hermano mediano de Indira. Quien más me intimidaba era Raj, hermano mayor de Indira y príncipe heredero, cuyo atractivo y encanto me hacían enmudecer en su presencia.

La casa que ocupábamos en Darjeeling era diminuta en comparación con el palacio de Cooch Behar, de modo que vivíamos mucho más como una unidad familiar. Erigida en lo alto de una colina, y únicamente accesible a caballo o en rickshaw, el lugar ofrecía intimidad y tranquilidad.

El apuesto maharajá —a quien raras veces veía en Cooch Behar debido a sus obligaciones oficiales— se unía muchas veces al resto de la familia para un sencillo picnic en el jardín. Yo veía en el entorno informal de Darjeeling lo que deseaba en mi vida futura: un amor auténtico y duradero entre marido y mujer. Lo veía en las miradas que cruzaban durante la cena, en las sonrisas cómplices que compartían, en la frecuencia con que observaba la mano de él deslizarse furtivamente por la cintura de la maharaní. Era ese cariño verdadero que recordaba haber visto en mis padres.

Aunque dirigían juntos un reino y el trabajo absorbía buena parte de su tiempo, comprendí que la fuerza de ambos manaba de la admiración y confianza mutuas.

Ese verano a Indira y a mí nos gustaba madrugar y subir a caballo por los empinados senderos de Tiger Hill para ver despuntar el sol por el monte Everest. Nos encantaba visitar el mercado del centro de Darjeeling, donde vendedores tibetanos y butaneses tocados con grandes sombreros de piel vendían sus mercancías. Sin duda, era más feliz de lo que lo había sido nunca y me sentía completamente acogida y aceptada por la familia de Indira.

No obstante, aunque había conocido privaciones, era demasiado joven para comprender que la balanza de la vida puede inclinarse en tan solo un instante, y que una gran felicidad en un momento dado no garantiza necesariamente la misma alegría en el siguiente.

Los menos afortunados en la India, atrapados mucho más abajo de nuestro paraíso montañoso, no tuvieron tanta suerte ese año. Las tormentas de polvo recorrían las planicies cubriéndolo todo a diario con una fina capa; una pequeña grieta en una ventana desvencijada bastaba para que el polvo invadiera todo el interior en una sola noche. Las lluvias monzónicas hinchaban los ríos e impulsaban la tierra roja fuera de sus cauces naturales, destruyéndolo todo a su paso.

Fue también una estación de plagas: la época del año en que todas las

madres temían por sus hijos. Cuando paseaba por el cementerio de Darjeeling me sorprendía ver que también muchos bebés británicos habían muerto allí. Cada año la fiebre tifoidea, la malaria y la fiebre amarilla se propagaban entre la población, diezmándola. Ese verano estaba siendo especialmente severo y nos llegaban noticias de plagas que estallaban por todo el país.

Una noche de finales de agosto tuve varios sueños extraños y desperté bañada en sudor y con una terrible sensación de pánico de la que no conseguía desprenderme. Una semana después, el corazón me dio un vuelco cuando la maharaní me llamó a sus aposentos. Yo no había creído a mi madre cuando me dijo que había heredado su don, pero cuando avancé hacia la maharaní con un mal presentimiento clavado en el corazón, ya sabía qué era lo que tenía que decirme.

La maharaní sostenía una carta en la mano. Me indicó que me acercara y dio unas palmaditas en el diván para que me sentara a su lado.

—*Pyari*, lamento mucho decirte que tengo malas noticias para ti.

—¿Cómo ha muerto mi madre?

Fue la única vez en la vida que vi enmudecer a la maharaní.

—¿Te... te lo ha contado alguien? Yo he recibido la carta esta misma mañana.

—No, simplemente... lo sabía —contesté conteniendo las lágrimas.

—Hay quien dice que cuando un ser querido fallece, podemos sentirlo —prosiguió recuperando la calma— y es evidente que tú tienes una sensibilidad especial para esas cosas, Anni. Lamento mucho decirte que estás en lo cierto. Tu madre se encontraba en la montaña con tus tíos para escapar del calor de Jaipur. Por desgracia, las lluvias monzónicas fueron intensas y causaron un desprendimiento de tierra durante la noche. Nadie en el pueblo sobrevivió. Lo siento mucho, mi queridísima Anni. Parece ser que no solo has perdido a tu madre, sino también a tus tíos y tus cinco primos.

Permanecí callada, con la palma suave de su mano sobre mi mano menuda y fría. Pensé en mi madre, en su hermana y su cuñado, y en mis primos, algunos muy pequeños, y mi corazón no pudo resignarse a la idea de que ya no estaban en la tierra.

—Si hay algo que podamos hacer por ti, Anni, no tienes más que decirlo.

Negué con la cabeza, demasiado conmovida y triste para hablar.

—Ocurrió hace una semana. Todavía están... —los ojos de la maharani se llenaron de lágrimas— buscando los cuerpos. Si los encuentran, tendrás que regresar a Jaipur para los funerales.

—Sí —respondí, pero ambas sabíamos que no los encontrarían. Mi pobre madre permanecería enterrada el resto de la eternidad en la tierra roja y endurecida por el sol.

—Estoy segura de que querrás ir al templo para orar. He buscado esto para ti. —Me tendió una túnica blanca de una seda muy suave—. Siempre he considerado reconfortante que los indios vistamos de blanco, en lugar de negro, para llorar la pérdida de un ser querido. Bastante triste es ya el momento sin necesidad de eso. Y, mi querida Anni, no debes temer por tu futuro. Fui yo quien te separó de tu familia y soy yo quien a partir de ahora asumiré la responsabilidad de tu cuidado. ¿Lo entiendes?

En ese instante no entendía nada, pero asentí.

—Recuerda que aunque no podamos verlos, nuestros seres queridos están siempre con nosotros —añadió con dulzura.

Me levanté, incapaz en ese momento de hallar consuelo en sus palabras.

Tras ponerme la túnica blanca, me enviaron un edecán para trasladarme al pequeño templo hindú de la ciudad en rickshaw. Sola, oré e hice las tradicionales *puja* para acelerar el viaje de los muertos. Seguidamente me senté frente a los dioses con la cabeza inclinada sobre las rodillas. Aunque quería creer, sentir, que mi madre seguía conmigo, cuando empecé a asimilar la dura realidad me puse a pensar en mí. Ahora era huérfana, sin bienes ni dinero, y dependía por entero de la magnanimidad de la familia real. Dudaba mucho de que algún día me casara: sin familia y sin dote, no era una buena candidata para ningún hombre. Aunque iba a seguir recibiendo una educación, probablemente no podría elegir mi camino en la vida.

Junto con las lágrimas que vertí ese día por la familia perdida, he de confesar que también derramé lágrimas por la pérdida del futuro que mi padre había anhelado para mí, una vida en la que pudiera utilizar esa mente inteligente y curiosa que él había alimentado y educado con tanta diligencia. Esa vida que había sido tan cruelmente cercenada.

Noté una mano en el hombro pero no me moví.

—Anni, mamá me lo ha contado. Lo siento mucho. —La voz de Indira se filtró en mis pensamientos—. Me tienes a mí, Anni, te lo prometo, para siempre. Yo cuidaré de ti. Te quiero.

Buscó mi mano y la estrechó con fuerza. Me aferré a ella como a un salvavidas.

Me abrazó, protegiendo mi cuerpo con su cuerpo nervudo, mientras lloraba. Ignoro cuánto tiempo estuvimos así antes de levantarme y despedirme de mi familia. Hecho esto, salí lentamente del templo, del brazo de la única persona en el mundo que sentía que me quería de verdad.

Esa noche en la cama, incapaz de conciliar el sueño, me desenrosqué del cuerpo cálido de Indira, que mantenía pegado al mío con gesto protector, y salí al porche. El aire era maravillosamente fresco y las estrellas brillaban intensamente en el cielo.

—*Maaji* —susurré—, debería estar contigo ahí arriba en lugar de aquí sola. —Inmersa en mi dolor, no me había pasado inadvertido el hecho de que si hubiera seguido viviendo en Jaipur con mi madre, tampoco yo estaría ahora en este mundo.

Entonces escuché una voz aguda. Miré a izquierda y derecha para ver quién estaba cantando de manera tan dulce y clara, pero en el porche y sus alrededores no había nadie. El canto no amainó sino que continuó dulcemente, calmándome y reconfortándome, recordándome las nanas que mi madre me cantaba cuando era un bebé.

De pronto me acordé de lo que mi madre me había dicho tiempo atrás y comprendí que, tal como predijo, estaba escuchando el canto por primera vez. En ese momento sentí a mi madre cerca, diciéndome que su don me estaba siendo transmitido. Que mi hora no había llegado y que tenía mucho por hacer.

Un mes más tarde, cuando las lluvias casi habían cesado y el aire de septiembre refrescó, regresamos al palacio. Una mujer mayor a la que solo conocía de haberla visto en el zenana vino a mi encuentro.

—Anahita, tengo algo para ti.

La miré sorprendida mientras me llevaba a un rincón tranquilo y me

sentaba.

—¿Sabes quién soy? —me preguntó.

—No.

—Me llamo Zeena y soy una *baidh*. Realizo en este palacio la misma función que tu madre en Jaipur.

Me miró fijamente con sus ojos negros y parpadeé, comprendiendo.

—¿Es sanadora?

—Sí. Cuando tu madre vino a verte, probablemente tuvo una premonición acerca de su muerte, porque me confió una cosa. Dijo que debía dártela si le ocurría algo. —Zeena sacó una bolsita de tela cerrada con un cordel y me la tendió—. No he mirado qué contiene, pero te aconsejo que vayas a un lugar donde no puedas ser molestada y la abras.

—Lo haré. Gracias por entregármelo, sea lo que sea. —Incliné la cabeza en señal de gratitud y me levanté.

—Me dijo que tú también tenías el don de curar y me pidió que te ayudara. —Me miró detenidamente—. Y creo que sí lo tienes. Si lo deseas, te enseñaré todo lo que sé.

—Cuando era niña mi madre me dijo que heredaría su don —respondí embargada por la emoción—. Supe que había muerto antes de que me lo confirmara la maharaní.

—Por supuesto. —Zeena sonrió en tanto me acariciaba la frente con un beso—. Ven a buscarme cuando estés lista para comenzar.

—Gracias, Zeena.

Me retiré a mi rincón favorito de los jardines del palacio. Se trataba de una pequeña pagoda dedicada a Durga, la diosa del poder femenino, y oculta en un bosquecillo, donde solía recluirme para leer y pensar. Me senté en el suelo con las piernas cruzadas y mis manos forcejearon con el nudo del cordel. Era consciente de que esa bolsa contenía los últimos obsequios terrenales de mi madre, y no tenía la menor idea de lo que iba a encontrar en su interior.

Con sumo cuidado, saqué los tres objetos que guardaba dentro y los deposité en el suelo, frente a mí. Había un sobre con mi nombre, una libreta encuadernada en piel y una bolsita de arpillera cerrada también con un cordel.

Decidí abrir primero la carta.

Mi querida Anni:

Pyari, confío en estar equivocada, pero la noche antes de abandonar Cooch Behar y a ti, mi querida hija, los espíritus me cantaron y me anunciaron que debía prepararme. No sé cuándo sucederá. Y como nunca debemos vivir la vida con miedo a lo que pueda pasar, me alegro de que ese no sea mi caso. Anahita, mi preciosa hija, sé que si estás leyendo estas palabras significará que me he ido de este mundo. Pero, como aprenderás en tu vida, las personas que te quisieron de verdad siempre estarán cerca de ti.

Eres una niña especial. Sé que todos los padres creen eso de sus hijos, pero tú llegaste a este mundo por una razón. Dudo que tu viaje vaya a ser fácil, y has de ser consciente de que el destino puede ponernos ante muchas situaciones difíciles. Aun así, siempre que dudes de cuál es el camino correcto a tomar, te ruego que utilices el don de tu intuición. Nunca te fallará.

Quizá oíste a los espíritus cantarte después de mi muerte; igual me sucedió a mí cuando mi madre me dejó. Estoy segura de que mientras estás leyendo esto te sientes sola. No te sientas sola, Anni, porque no has sido abandonada. Tu vida está transcurriendo exactamente como ha de hacerlo, dictada por los poderes superiores. Nunca olvides que ellos controlan nuestro destino. Puede que mientras estés leyendo esto, *pyari*, yo esté sentada con ellos y empezando a entender.

El don que has heredado es una bendición y una maldición. Puede empujarte hacia un abismo de oscuridad al predecir la muerte de una persona a la que quieres, pero también puede elevarte hasta las estrellas cuando tus poderes únicos ayudan a otros a sanarse.

Tal como aprenderás en tu viaje a lo largo de la vida, hija mía, todo poder puede utilizarse para hacer tanto el bien como el mal. Sé que utilizarás el tuyo sabiamente.

He dejado dos objetos con Zeena, en quien confío plenamente; también tú debes hacerlo. Deja que te enseñe todo lo que sabe, pues Zeena entiende quién eres. Uno de los objetos es mi cuaderno de fórmulas ayurvédicas, las recetas de mis remedios. Me fue entregado después de pasar por muchas generaciones y es muy antiguo y valioso. Espero que su contenido te ayude

en tu viaje vital. Cuídalo, pues contiene el conocimiento y la sabiduría de tus antepasados, mujeres con capacidades extraordinarias.

El segundo objeto es lo que tu querido padre llamaba nuestro «seguro». Como mínimo su contenido te dará cierta seguridad. He de añadir que tu padre no me mencionó su existencia hasta la noche de su muerte; ignoro cuánto valen y cómo los consiguió. Tal vez su intención era ofrecerlos como tu dote algún día. Si crees que ese es el uso que debes darles, adelante.

Mi querida hija, no permitas que la pena y la desesperación que ahora sientes te impidan llevar la vida que tu padre y yo queríamos para ti. Tal vez sientas que te hemos fallado por no estar ya contigo, pero puedo asegurarte que mientras lees estas palabras, tu padre y yo estamos juntos ahí arriba, mirándote y queriéndote.

Como decía tu padre, intenta ser siempre honesta contigo misma.

Sé una buena chica en todo lo que hagas.

Te quiero,

Tu madre, xxx

Leí la carta muchas veces, pues durante los primeros intentos no podía ver las palabras porque las lágrimas me empañaban los ojos. A continuación abrí la bolsita de arpillera con dedos temblorosos.

Esta vez el cordel cedió fácilmente, y volqué el contenido en el suelo.

En el interior había tres piedras. Semejaban terrones de tierra que habría podido arrancar del suelo en cualquier lugar de la India. Sostuve el más grande preguntándome por qué mi padre los había llamado «seguro». Desconcertada, los devolví a la bolsa y regresé desconsolada al palacio.

Fue unas semanas más tarde cuando descubrí su verdadero valor; la maharani había recibido una partida de gemas del proveedor local para que eligiera un collar nuevo, obsequio de su marido. El joyero colocó las piedras —para mí trozos de barro idénticos— en una bandeja, empuñó un instrumento especial y procedió a desportillar la tierra. Cuando finalmente asomó un destello de un rojo intenso, comprendí lo que mi padre me había dejado: tres rubíes.

Al final decidí trasladar la bolsita de arpillera a la pagoda y allí, debajo de los cimientos, cavé un pequeño agujero con los dedos y la enterré. Mi madre

tenía razón: aunque ignoraba cuánto valían las piedras, el hecho de poseer algo a lo que poder recurrir en caso de necesidad me hacía sentir un poco más segura. Y me marché de la pagoda con el corazón algo más ligero.

A partir de ese día, cada vez que Indira estaba ocupada haciendo de princesa en recepciones o cenas oficiales, yo pasaba cuantas horas podía en el herbario, con Zeena, decidida a aprenderlo todo de ella. Aunque en aquel entonces no pretendía convertirme en sanadora ni poner en práctica los brebajes anotados en el cuaderno de mi madre, me sentía con el deber de aprender aquello que ella había deseado que yo supiera. Tras leer el cuaderno de mi madre deslizado por las fórmulas sus nudosos dedos de largas uñas amarillentas, tuve la impresión de que Zeena me miraba con renovado respeto.

—Provienes de un linaje de *baidh* poderosas. Este cuaderno contiene pócimas conocidas solo por unos pocos. —Pasó las hojas hasta llegar a una sección especial—. Mira, algunas podrían matar a una persona en el acto — señaló bajando la voz.

Le pregunté si alguna vez había utilizado una pócima para hacer daño a una persona.

Me miró mientras meditaba su respuesta.

—Soy sanadora, Anahita. Son los dioses quienes me indican qué pócima debo utilizar.

Yo le ocultaba muy pocas cosas a Indira, pero decidí no mencionarle mis clases con Zeena. Y tampoco los rubíes sepultados. Eran secretos que la intuición me decía que no debía desvelar.

11

Un año más tarde

I

Indira entró como una flecha en nuestro dormitorio, se arrojó sobre la cama y golpeó la almohada con los puños.

—¡No iré! ¡No puedo! ¡No pienso ir! —A continuación, observé consternada cómo mi amiga de trece años aullaba y gritaba como un bebé—. ¡No pueden obligarme! ¡Me escaparé! ¡Me resistiré!

En los últimos meses había presenciado esos ataques de furia cada vez que Indira no se salía con la suya. La observé en silencio hasta que se calmó. Entonces, le pregunté:

—¿Qué tienes, Indy? ¿Qué ha pasado?

—Mis padres quieren meterme en un internado de Inglaterra como a mis hermanos. ¡Odio Inglaterra! ¡Es gris, deprimente y siempre me resfrío!

La miré horrorizada. Si la enviaban a un colegio de Inglaterra, me pregunté egoístamente, ¿qué iba a ser mí?

—No pueden obligarte a ir.

—Es mi padre quien quiere que vaya. Y como él es «Dios», sus deseos son órdenes. Incluso para mí. ¡Te juro que me moriré! —añadió en un tono melodramático.

Para mí, naturalmente, la idea de visitar Inglaterra —la célebre tierra natal de quienes nos gobernaban en la India— era una aventura que siempre había anhelado. Me imaginé contemplando los narcisos de Wordsworth y visitando

los inhóspitos páramos de Yorkshire donde las hermanas Brontë habían escrito sus cautivadoras historias y, por supuesto, Londres, la Capital del Mundo. Pero sabía que eran pensamientos inadecuados con los que consolar a mi angustiada amiga.

—¿Cuándo tienes que irte?

—Embarco en agosto y llego en septiembre, para el comienzo del curso. Le he dicho a mamá que nunca seré buena estudiante, que no he nacido para estar quieta. Además, sé que me marchitaré como una caléndula congelada en ese país frío y oscuro.

—Oh, Indy, voy a echarte mucho de menos.

—No, Anni, no quieren enviarme solo a mí, también a ti.

—¿A mí?

—¡Pues claro! Ni siquiera mis padres serían tan crueles como para enviarme sola. Vendrás conmigo, a menos que se me ocurra algo para convencerles de que nos dejen quedarnos. Pero mamá adora Inglaterra y la temporada social, por lo que no está de nuestro lado. ¿Qué será de Pretty? —aulló—. Se morirá de pena sin mí, ¡lo sé!

Me esforcé por mantener la expresión de tristeza y preocupación que había mostrado antes de que Indira me comunicara que yo también cruzaría los mares.

—¿Tan terrible es aquello? —le pregunté—. A tus padres les encanta, y a tus hermanos. Dicen que Londres es una ciudad muy bella donde las calles están iluminadas con electricidad y las mujeres pueden pasear solas, ¡y enseñando los tobillos!

—Nosotras no estaríamos en Londres. —Indira dejó caer la cabeza—. Quieren enviarnos al colegio de mi hermana, un lugar horrible delante del gélido mar inglés. Oh, Anni, ¿qué vamos a hacer?

—Al menos nos tendremos la una a la otra —dije suavemente, levantándome para sentarme a su lado. Le cogí las manos—. No llores más, Indy, te lo ruego. Mientras estemos juntas lo demás no importa, ¿no es cierto?

Indira se encogió de hombros. Tenía la mirada gacha. Pese a sus bravatas, sabía que esta vez había sido vencida.

—Cuidaré de ti, te lo prometo.

Nuestros últimos tres meses en la India ella los pasó quejándose y yo cada vez más ilusionada. Durante la estación calurosa nos mudamos de nuevo a la residencia de verano que la familia real tenía en Darjeeling.

—Este clima más fresco te preparará para cuando cruces los mares —le dijo su padre, el maharajá, una agradable noche que la familia estaba sentada en el porche después de cenar.

—Papá, nada me preparará para Inglaterra —refunfuñó Indira—. Sabes que la odio.

—Igual que yo odio tener que ocuparme de asuntos de Estado interminables y no tener ni un solo día para mí —le reprendió su padre—. En serio, Indira, has de aprender que la vida no es solo placer.

Regresamos al palacio de Cooch Behar antes de lo acostumbrado a fin de prepararnos para el viaje. La familia al completo viajaría en barco a Inglaterra, de modo que había enormes baúles y cajas que llenar; la maharani insistía en llevarse un poco de casa con ella allí donde iba. Indira se hundió en un pozo de desesperación del que ni siquiera yo era capaz de sacarla. Se empeñaba en pasar las noches con Pretty, la elefanta, en el *pilkhana*, y no había manera de convencerla de que regresara al dormitorio.

—Ni siquiera puedo decirle que estaré de vuelta para las vacaciones de Navidad —se lamentaba contemplando, con las mejillas bañadas en lágrimas, los baúles a medio hacer que descansaban en el suelo de nuestra habitación—. Son demasiados días de viaje. ¡No veré a Pretty durante casi un año!

Guardé en el baúl mis escasas pertenencias: el cuaderno de remedios de mi madre, su *shil noda* y una pequeña selección de hierbas secas por si enfermaba en Inglaterra. Tras meditarlo mucho, decidí dejar los rubíes enterrados bajo la pagoda, pensando que estarían más seguros allí que en mi baúl o mi bolsa de viaje.

Cuatro días más tarde estaba en la cubierta del barco más grande y lujoso que había visto en mi vida, viendo cómo se alejaba el muelle de Calcuta. En aquel momento ignoraba que íbamos a ausentarnos mucho más tiempo del que ninguna de las dos habría imaginado jamás.

El séquito real recibió una colección de suites situadas por encima de la

cubierta. Indira y yo teníamos camarote propio en el pasillo reservado a la familia y los edecanes, mayordomos, doncellas y demás personal que integraba el séquito. Acostumbrada a contar en rupias sueltas, me dije que para mantener ese estilo de vida debían de tener dinero para comprar el mundo dos veces.

La propia Indira consiguió esbozar una sonrisa cuando nos pusimos a investigar los modernos artilugios de nuestro camarote. A punto de cumplir los catorce, también teníamos permitido sumarnos al resto de la familia en los cócteles que los padres de Indira ofrecían en su gran suite. Al igual que ella, me habían equipado con un adecuado ropero occidental: túnicas de muselina de formas extrañas y jerséis de lana que picaban y que, según me dijeron, necesitaría cuando llegara a las frías costas de Inglaterra.

Estaba peleándome con los diminutos botones de aljófara de una incómoda blusa ceñida cuando vislumbré mi cuerpo adolescente en el espejo. Había pasado mucha vergüenza cuando la señorita Reid me sugirió que me había llegado el momento de utilizar sujetador. También me había proporcionado unas toallitas para lo que denominaba mis «meses». Últimamente me había llegado uno, para mi gran susto, pero por fortuna no se había repetido. Mis nuevas formas, más pronunciadas, se hacían aún más patentes porque el cuerpo de Indira seguía exactamente igual. Había crecido a lo alto en lugar de a lo ancho, y ahora medía siete centímetros más que yo. Me sentía como una granada al lado de un plátano.

—¿Están listas, chicas? —preguntó la señorita Reid cuando la doncella terminó de cepillar el brillante cabello negro de Indira.

—Sí, señorita Reid —respondí por las dos.

—Seguro que será un aburrimiento —sentenció Indira enarcando las cejas cuando salíamos al pasillo para poner rumbo al salón.

Cuando entramos en la inmensa y ostentosa estancia oímos a una cantante interpretar canciones occidentales acompañada de una pequeña orquesta. Las joyas de las invitadas titilaban con la luz de las arañas. Todas vestían al estilo occidental, incluida la maharaní, que lucía un deslumbrante vestido de noche azul zafiro. Nunca he podido decidir si me gustaba más con sari o con vestido de noche: Ayesha, como buena camaleona, podía adaptarse a ambos a la

perfección.

—No te separes de mí —me suplicó Indira mientras se abría paso entre la gente en dirección a un camarero.

—Champán, ¿señora? —Un lacayo vestido con un elegante uniforme blanco nos presentó una bandeja.

Indira me guiñó un ojo al tiempo que cogía dos copas. El camarero la miró perplejo, pero antes de que pudiera abrir la boca Indira se escurrió entre los invitados conmigo a la zaga.

—Vamos, Pruébalo —me dijo tendiéndome una—. A mí me gusta. Las burbujas se te suben por la nariz. —Se llevó la copa a los labios.

—¿Crees que deberíamos? —Miré nerviosa a mi alrededor—. Lleva alcohol, Indy. Nos meteremos en un buen lío si alguien nos ve.

—¿A quién le importa, Anni? Además, ya casi somos adultas. Vamos —me instó.

Así que me acerqué la copa a la boca y bebí un sorbo. Cuando las burbujas treparon por mi nariz me atraganté y empecé a toser mientras Indira me miraba riendo.

—Cielo santo, ¿no me digáis que ya sois aficionadas al champán, chicas? ¡A vuestra edad!

Quise fundirme cuando Raj, el hermano mayor de Indira, se quedó mirando con expresión burlona cómo se me saltaban las lágrimas.

—Toma mi pañuelo, Anahita.

—Gracias. —Me soné y me sequé las lágrimas en tanto me maldecía por lo inoportuno del momento. Durante el último año me había prendado de Raj; había llegado a Darjeeling para pasar el verano procedente de Harrow, un colegio de Inglaterra para los hijos de la aristocracia británica y extranjera. Tenía un aire increíblemente adulto y sofisticado con su indumentaria occidental, y era el joven más guapo que había visto en mi vida.

—Os presento a mi amigo, el príncipe Varun de Patna. Este año estudiaremos juntos en Oxford. Les enseñaremos una o dos cosas sobre críquet, ¿a que sí? —Raj hizo el gesto de lanzar una pelota.

—Ya lo creo —convino el príncipe Varun—. Y vosotras, ¿estáis disfrutando del viaje?

Me volví hacia Indira, que en situaciones como esa acostumbraba responder por las dos. Esta vez, sin embargo, estaba mirando al príncipe Varun con cara de boba.

—Sí —me apresuré a contestar—, es la primera vez que salgo de la India.

—Entonces prepárate para dejarte asombrar por Inglaterra y horrorizar por su clima —bromeó Raj—. Espero que os hayáis traído ropa de lana y sales de Epsom a mansalva. Y preparaos para los baños de mostaza si pilláis un resfriado en el colegio. No os hacéis una idea de lo que son.

En vista de que Indira seguía enmudecida, con la mirada clavada en Varun, dije:

—Creo que venimos preparadas.

—Estupendo. Bueno, no os molestamos más. —Raj se despidió de mí con una inclinación de cabeza y luego se volvió hacia su hermana—: Estás muy callada, Indira, ¿te encuentras bien?

—Sí. —Indira desvió su mirada soñadora del príncipe Varun—. Estoy perfectamente.

Contradiendo su intención inicial de abandonar la «aburrida» fiesta lo antes posible, insistió en que nos sentáramos en un recodo para observar a los invitados. Al rato empecé a bostezar y echar de menos mi cama. Finalmente me levanté.

—Vámonos, Indy, estoy cansada.

—Cinco minutos más —me suplicó, y seguí su mirada hasta donde Raj y Varun se encontraban charlando animadamente con dos jóvenes inglesas.

Al fin conseguí sacarla a rastras del salón. Una vez en el camarote, nos desvestimos y nos metimos en la cama.

—Indy, esta noche has estado muy callada. ¿Qué te ocurre?

Indira tenía los ojos cerrados, pero dejó ir un suspiro quedo.

—Estoy perfectamente. Acabo de conocer al hombre con el que voy a casarme, eso es todo.

—¿Qué?

—Sí. Lo supe en cuanto lo vi.

—¿Te refieres a Varun?

—Naturalmente.

—¡Pero, Indy, Varun es un príncipe! Eso significa que sus padres ya han decidido con quién se casará.

—Igual que los míos han decidido con quién me casaré yo. —Abrió repentinamente los ojos y me clavó una de sus miradas astutas y penetrantes—. Te aseguro, Anni, que un día Varun será mi marido.

A lo largo de las siguientes semanas nuestra vida en el barco devino el juego del perro y el gato, pues Indira insistió en que siguiéramos disimuladamente a Raj y Varun para tener más oportunidades de observar a su «futuro marido». Eso implicaba esperarlos a escondidas cuando salían de sus camarotes para ir a desayunar o comer, disfrutar de una partida de billar o jugar al croquet en cubierta. En tales ocasiones debíamos mostrar la máxima indiferencia, como si hubiésemos tropezado con ellos por casualidad, y sentarnos a mirar el juego al que estuviesen jugando.

De súbito, aquella chica a la que jamás le había preocupado su aspecto empezó a agobiarse por lo que debería ponerse para cenar y a robar el perfume del tocador de su madre y el carmín a su hermana.

He de confesar que todo ese asunto me parecía ridículo y bastante irritante. Indira estaba viviendo su primer enamoramiento y yo sabía que se le pasaría pronto. Pero siendo como era, se entregó a su pasión con el mismo entusiasmo con que hacía todo lo demás.

El séquito real había sido invitado a cenar en la mesa del capitán la noche previa a nuestra llegada a Southampton. Las emociones de Indira navegaban incesantemente entre qué vestido iba a ponerse y el hecho de que esa sería la última vez que vería al príncipe Varun. Durante el encaprichamiento de Indira, yo me había abstenido diplomáticamente de señalar que aunque fuera sin ropa ninguna, Varun probablemente seguiría viéndola como lo que era: una niña.

—¡Mira, Minty me ha dejado uno de sus viejos vestidos! —Indira irrumpió en el cuarto con un vestido de noche de chiffon color melocotón colgado del brazo—. Y me queda como un guante.

—¿No te atreverás a ponértelo? —le advertí, pensando en los recatados vestidos de muselina y percal abotonados hasta el cuello que correspondían a nuestra condición todavía de niñas.

—¡Sí! Anni, ¿es que no lo entiendes? He de hacer algo llamativo para que Varun se fije en mí.

—No podrás salirte con la tuya. La señorita Reid no permitirá que aparezcas con eso en público ni en un millón de años. Además, ¿qué diría tu madre?

—Cumpló catorce años dentro de cuatro meses. Dios, si muchas muchachas indias se casan a esa edad. —Hizo un mohín—. Anni, tienes que ayudarme. Me vestiré contigo como hago siempre y luego, cuando la señorita Reid nos haya acompañado hasta el comedor, diré que me he dejado algo en el camarote, bajaré corriendo y me pondré el vestido. ¿Qué te parece mi plan?

La miré horrorizada.

—Te lo ruego, Indy, ¿y tu padre? ¿Quieres desacreditarlo?

—¡Por Dios, Anni! —Indira se ciñó el vestido al cuerpo—. Ni que fuera enseñando las bragas. Es solo una versión más adulta de lo que vestimos normalmente.

En efecto, reparé en que el vestido, por lo menos, era razonablemente decente, con su corpiño de escote cuadrado y cortado justo debajo del pecho, estilo Imperio, donde el chiffon caía con vuelo hasta los pies.

—Minty lo lució al cumplir los dieciséis, por tanto, no puede ser tan terrible.

Suspiré, consciente de que poco importaba lo que yo pensara. Estaba decidido.

Cuando esa noche subíamos con la señorita Reid por la escalera principal del barco hacia el comedor, Indira se llevó las manos a la boca.

—¡Oh, señorita Reid! Le dije a lady Alice Carruthers que le dejaría un libro y le prometí que se lo daría esta noche en la cena. Mañana habrá demasiado alboroto cuando atraquemos.

—¿Quiere que baje a buscarlo, querida? —preguntó la mujer.

—No se moleste, ya voy yo. Sé exactamente dónde está.

Indira giró sobre sus talones y echó a correr escaleras abajo, dejándonos a la señorita Reid y a mí frente a las puertas del comedor.

Me senté en una de las sillas doradas del pasillo.

—Señorita Reid, no se preocupe, ya me quedo yo a esperarla. Sé que

todavía no ha cenado y mañana será un día largo. Puede irse tranquila.

—Si está segura, querida —convino—. Conociendo a Indira, y el desorden que tiene en sus cosas, podría tardar quince minutos en volver, y aún me queda mucho equipaje por hacer después de cenar.

—En serio, no tiene de qué preocuparse —insistí, contenta de haber conseguido convencerla de que se marchara a la cantina, donde comía el personal—. Le prometo que no me moveré de aquí hasta que regrese.

—Está bien, querida. Gracias. Vendré a buscarlas a las diez en punto.

Mientras la veía bajar supe que el hecho de que me considerara la más responsable de las dos había ayudado. Yo raras veces metía la pata en su presencia. Durante la espera, me entretuve observando la entrada de los invitados en el comedor. Hablaban con su cerrado acento británico y me costaba entender muchas de las cosas que decían. En ese momento me percaté de que aprender inglés en la India probablemente no tenía nada que ver con comprender y hacerme entender en su tierra.

Finalmente, cuando los últimos invitados entraron en el comedor y empecé a temer que Indira no llegara a tiempo para la bendición de la mesa —la oración que los ingleses decían antes de comer—, una silueta en chiffon color melocotón subió flotando por la escalera.

Parpadeé, pues no podía dar crédito al cambio experimentado por mi salvaje amiga. El vestido se ajustaba perfectamente a su cuerpo alto y esbelto, y había sido capaz de recogerse el pelo con horquillas y añadirle una rosa de color melocotón en un lado. Estaba deslumbrante. Parecía una versión más joven de su madre.

—¿Cómo estoy? —susurró nerviosa.

—Preciosa. ¡Vamos! —Me levanté y me dirigí a las puertas del comedor.

Las abrimos justo cuando el maestro de ceremonias daba una palmada y decía:

—Damas y caballeros, el capitán se dispone a bendecir la mesa.

Todas las cabezas se volvieron hacia el capitán, quien la mala suerte quiso que estuviera sentado en el centro del salón, a pocos metros de las enormes puertas por las que Indira y yo estábamos haciendo nuestra discreta entrada. Todas las miradas se posaron en nosotras. Como un conejo ante los

faros de un coche, me detuve en seco, el rubor en mis mejillas tan intenso como el bermellón que adornaba los labios de Indira.

El capitán siguió la mirada de los demás comensales.

—Señoritas —nos hizo una señal—, tengan la amabilidad de ocupar sus asientos antes de que bendiga la mesa.

—Gracias. —Impertérrita, Indira se encaminó a la mesa del capitán con la cabeza bien alta y el porte majestuoso, sin mostrar el menor embarazo por ser el centro de atención. Era la primera vez que la veía realmente como una princesa. Nos dirigimos a los dos asientos que teníamos reservados en un extremo de la mesa, pero mientras seguía a Indira mis ojos se posaron en el príncipe Varun. Y no había duda de que la estaba mirando con una expresión diferente en los ojos.

Esa noche seguí observando a Indira mientras el vestido color melocotón parecía otorgarle una madurez, elegancia y encanto nuevos. Hasta sus padres, que debieron de quedarse petrificados cuando su hija entró en el comedor, la miraban ahora con benevolencia.

Una vez más, pensé sintiéndome anodina e incómoda con mi vestido de muselina, la belleza había ejercido su magia en quienes la contemplaban. Lejos de estar enfadados, todos habían acogido a Indira. Y cuando la orquesta empezó a tocar, el propio maharajá sacó a su hija pequeña a bailar. Después de eso lo hizo Raj, su hermano, y finalmente el príncipe Varun. Cuando la señorita Reid vino a buscarnos a las diez en punto y me preguntó dónde estaba Indira, señalé la pista de baile.

Vi que sus ojos la buscaban.

—¿Dónde?

—La del vestido color melocotón, bailando con el príncipe Varun.

Observé su rostro en el momento del reconocimiento. Horrorizada, se llevó una mano lenta a la boca y se volvió nerviosa hacia la maharaní.

—Seguro que me despiden por esto. ¿Estaba al tanto de su plan?

—Sí —dije—, pero ¿qué podía hacer?

—Qué podíamos hacer tanto usted como yo. —La señorita Reid suspiró hondo—. Es una princesa.

Esa noche, en la cama, escuché una y otra vez los detalles del triunfo de

Indira, el cual había culminado en el baile con el príncipe Varun. Por lo visto, al final del mismo, el príncipe le susurró al oído que se estaba convirtiendo en una joven muy bella, como su madre. Y dentro de mí, una diminuta fisura empezó a abrirse en los cimientos de mi creencia de que Indira y yo estaríamos siempre juntas. Indira estaba haciéndose mayor ante mis propios ojos y un día, pensé mordiéndome el labio con fuerza para frenar las lágrimas, mi amistad no le bastaría. Querría el amor de un hombre.

Al día siguiente me desperté inquieta, esperando repercusiones por la actuación de Indira de la noche previa. Pero, sorprendentemente, no las hubo. Mientras la gente corría por el barco despidiéndose de los amigos que había hecho a bordo, solo oía hablar de lo deslumbrante que había estado Indira. Al parecer, el patito se había convertido en un cisne y a nadie parecía molestarle su indiferencia por las normas sociales.

Mientras Indira iba de camarote en camarote diciendo adiós a sus nuevos amigos, salí a cubierta para ver el país del que tanto había oído hablar.

Aunque era agosto, uno de los meses, según me habían contado, más calurosos en Inglaterra, tirité bajo mi fina blusa de algodón. Todavía era pronto y una neblina baja flotaba sobre el puerto de Southampton. Aspiré por primera vez el aire inglés y me sorprendió su insulsez. Solo olía a viento limpio y salobre.

Traté de sacudirme el pesimismo pensando que solo faltaba una hora para que desembarcáramos en la célebre tierra verde que había inspirado las mejores obras de algunos de los más grandes escritores del mundo.

Pero no pude.

Seguramente, me dije a modo de consuelo, solo estaba agotada por la tensión emocional de la noche previa, pero sabía que se trataba de algo más profundo. Poco acostumbrada aún a los sentimientos nuevos y extraños que habían llegado con el sonido del canto, permanecí inmóvil mientras un escalofrío me recorría el espinazo y se me erizaba el vello de los brazos. Como es lógico, desde entonces he aprendido que esa sensación estaba advirtiéndome de un peligro. Pero ese día, cuando todavía me costaba comprender su significado, simplemente sentía como si todos mis sentidos estuvieran en guardia.

La sirena del barco emitió una última nota atronadora en el momento de atracar. En las cubiertas reinaba una alegría carnavalesca y en el muelle se veían figuras diminutas agitando banderas del Reino Unido y buscando con la mirada a los seres queridos.

Cuando los pasajeros regresaron a sus camarotes para recoger sus pertenencias y prepararse para el desembarco, la cubierta se vació y me quedé sola. Tirité de nuevo, tanto por la sensación de soledad y miedo como de frío. Al llevarme una mano al bolsillo para sacar un pañuelo, dos brazos morenos y cálidos me rodearon la cintura por detrás.

—¿Qué haces aquí sola? Te he buscado por todas partes. —Indira me estrechó con fuerza y su dulce aliento derritió el hielo que había estado formándose en mis venas.

—Estaba contemplando Inglaterra.

Me dio la vuelta y me escudriñó el rostro.

—Has estado llorando, Anni. ¿Por qué?

—No estoy segura —respondí con franqueza.

Alargó un dedo delgado para apartarme una lágrima de la mejilla.

—No llores, Anni, y no tengas miedo, por favor. Estoy contigo, ¿recuerdas? —Indira me envolvió en un abrazo—. Y siempre lo estaré.

12

Para las dos semanas siguientes nos instalamos todos en una hermosa casa victoriana de Pont Street, Knightsbridge. Aunque comparada con el palacio al que estábamos acostumbrados tenía el tamaño de una conejera, en realidad no importaba, pues había mucho que ver y hacer en la ciudad. Olvidando sus protestas sobre lo mucho que odiaba Inglaterra, y decidida a mostrarme todas las maravillas de Londres, Indira reclutó de inmediato al chófer de la familia. Recorrimos el Mall para ver el palacio de Buckingham y el Cambio de Guardia. Visitamos la Torre de Londres, donde Indira disfrutó explicándome con todo lujo de detalles escabrosos cómo Enrique VIII, rey de Inglaterra, cercenó las cabezas de dos de sus esposas porque quería casarse con otra.

—¡Qué absurdo que solo les dejen casarse con una mujer y tengan que matarla cuando quieren a otra! —Rió—. Papá podría tener hasta ocho mujeres si quisiera.

Fuimos a Trafalgar Square y dimos de comer a las palomas que rodeaban la columna de Nelson y navegamos por el río Támesis. No obstante, el lugar predilecto de Indira se hallaba a solo unos metros de nuestra casa de Pont Street.

Al cruzar sus puertas me informó de que estábamos entrando en la tienda más famosa del mundo.

—Adoro Harrods. Vende de todo, desde llaves para una cerradura rota hasta queso, ropa e incluso elefantes indios. Y —añadió cuando tomamos el

ascensor—, mamá tiene cuenta aquí, de modo que si quieres algo, lo que sea, solo tienes que pedirlo.

Efectivamente, la tienda de Harrods, o grandes almacenes como ella la llamaba, era una cueva de Aladino. De vez en cuando Indira provocaba a los severos dependientes preguntándoles si vendían periquitos o jacarandás.

—Encontraré los periquitos en la sección de mascotas, señora, y los árboles en la sección de jardinería. Si no tienen lo que busca, estoy seguro de que Harrods podrá encargárselo —respondía el dependiente.

—¡Oh, Indy, por lo que más quieras, deja de tomarles el pelo! —le rogaba cuando nos alejábamos, ella riendo y yo abochornada.

Me llevó a la planta superior, la sección de juguetes, donde los dependientes la recibieron como a una amiga de toda la vida.

—De pequeña me escapaba de casa y venía aquí para encargarme todo lo que quería. Lo cargaba a la cuenta de mamá, que tardó una eternidad en darse cuenta. —Indira rió mientras me conducía a la sorprendente escalera móvil que ella llamaba escaleras mecánicas.

—¿Y hoy no quieres comprar nada en esa sección?

—No. Creo que ya soy mayor para los juguetes. ¿Tú no? Vayamos a la sección de ropa femenina. Nunca me he probado un vestido de confección. ¡Será divertido!

Tras congregarse a un grupo de dependientas para que le llevaran una colección de bonitos vestidos, seguí a Indira hasta un probador para que pudiera probárselos. Después de dos horas, mi paciencia empezó a agotarse.

—¿Estás segura de que a tu madre no le importará? —dije cuando giró sobre sus talones con otra preciosa creación e indicó a la dependiente que lo añadiera a su ya gigantesca pila.

—No hasta dentro de unas semanas, cuando le llegue la cuenta —sonrió.

Camino de la salida pasamos por delante de la sección de libros, donde me detuve unos segundos. Indira se dio cuenta y, quizá porque le remordía la conciencia haberme retenido tanto tiempo con sus vestidos, me propuso que echáramos un vistazo.

Y fue allí donde encontré mi paraíso particular.

Delante de mí, en la tienda de Harrods, tenía hileras interminables de los

mismos libros que había admirado a través de las puertas de cristal de la biblioteca del palacio de Cooch Behar. Y podía sacarlos libremente de sus estantes. Sostuve un ejemplar tras otro, acariciando los títulos grabados en oro.

—Elige los que quieras, Anni —dijo Indira, impacientándose tanto como yo en la sección de ropa femenina.

Por una vez no protesté y escogí tres: *Casa desolada* de Charles Dickens, *Jane Eyre* de Charlotte Brontë y *Orgullo y prejuicio* de Jane Austen. Salí de Harrods abrazada a ellos, sin poder creer que eran míos y no tendría que devolverlos.

En la habitación que Indira y yo compartíamos en el ático de la casa de Pont Street, despejé un estante para exponer orgullosamente mis tres libros. Hecho esto, me juré que un día ganaría dinero suficiente para comprarme todos los libros que quisiera.

Aunque los lugares y sonidos de Inglaterra me tenían fascinada, mi estancia en Londres aumentó mi sensación de dependencia de la familia real de Cooch Behar. En el palacio mis necesidades eran pocas y yo era una más entre los centenares de personas que había que alimentar y atender. Pero allí, en Londres, me hice muy consciente de ello. Aunque Indira siempre tenía dinero a manos llenas y era generosa en extremo, no me gustaba pedirle cosas. En la pequeña sala de oración instalada en una de las estancias más tranquilas de la casa, me sentaba sobre las rodillas y hacía *puja* a Lakshmi, la diosa de la riqueza, con la esperanza de encontrar algún día la manera de ser económicamente independiente.

Transcurridos unos días, nuestra segunda visita a la tienda de Harrods nos llevó a Indira y a mí, bajo la mirada vigilante de la señorita Reid, a una sección muy diferente: la de uniformes de colegio.

—¿Tenemos que llevar corbata como los hombres? —aulló Indira en tanto la señorita Reid le enseñaba a hacerse el nudo—. ¡Aaagh! —Se llevó las manos a la garganta con una mueca de pánico—. Siento como si me estuvieran estrangulando.

A esto siguió una selección de blusas, batas y jerséis que picaban como si un millar de pulgas estuvieran saltándome a la piel.

—Y esto —dijo la dependienta— es para que las chicas puedan practicar deportes como el metball y el hockey. —Sostuvo en alto una chaqueta granate recta y un pantalón ancho a juego.

—¿Metball? ¿Hockey? No me interesa aprender esos deportes —espetó Indira con arrogancia.

—Estoy segura de que le encantarán una vez que los haya probado, querida —repuso la señorita Reid, fuente infinita de paciencia—. Además, se le dan muy bien las actividades al aire libre. Estoy segura de que se sentirá como pez en el agua en los juegos de pelota.

—Estoy segura de que no —replicó, enfurruñada, Indira.

La señorita Reid y yo cruzamos una mirada cuando irrumpió en el probador para probarse la horrible chaqueta.

Una semana después nos llevaron en coche a Eastbourne, Sussex. Indira viajaba a mi lado en el asiento trasero del lujoso Rolls-Royce, mirando apesadumbrada la frondosa campiña inglesa que a mí me parecía tan bella. El otoño había empezado a hacer acto de presencia; las hojas estaban amarilleando y las delicadas neblinas de las mañanas tenían en mí un efecto soporífero. La señorita Reid viajaba en el asiento de delante, charlando con el chófer. Finalmente nos detuvimos delante de un edificio austero que me recordó, quizá injustamente, a Dotheboys Hall, el colegio donde el joven Nicholas Nickleby consigue un puesto de subdirector en la novela de Dickens.

El chófer sacó nuestro equipaje del maletero de delante mientras Indira se negaba a apearse del coche. La señorita Reid y yo bajamos y observamos detenidamente el colegio.

—No se inquiete, querida, estoy segura de que su tiempo aquí la beneficiará enormemente. Y —añadió en el último momento, bajando la voz—, por primera vez Indira no tendrá a su criada y deberá apañárselas sola. Recuerde, usted no será princesa pero es una señorita por derecho propio y prima de una maharaní, nada menos. No deje que la trate como una sirvienta, ¿de acuerdo?

—Estoy segura de que no lo hará —repuse, leal.

La señorita Reid no tuvo tiempo de decir más, pues una Indira

enfurruñada había bajado finalmente del coche y estaba ahora sentada con las piernas cruzadas en el camino de grava.

—¡Levántese, querida! —le reprendió la señorita Reid—. Y empiece a comportarse como la señorita que tanto se ha esforzado en ser estas últimas semanas.

Indira no se movió. Se limitó a cruzar los brazos todavía más para dejar clara su postura y clavó la mirada en el infinito.

Rodeé el coche y me acuclillé a su lado.

—Vamos, Indy, las otras chicas podrían verte y pensar que eres un bebé. Además —añadí—, a lo mejor nos divertimos.

—Odio esto —gruñó, y vi que tenía los ojos empañados—. A nadie de mi familia le importa que me haya ido. Papá se encontraba demasiado ocupado para despedirse. Estaban deseando perderme de vista.

—Sabes que eso no es cierto. Tu familia te adora. Y tu padre es el primero al que le gustaría poder estar orgulloso de ti. Oye —susurré pensando en mis pies, que empezaban a dolerme—, tienes un montón de dinero, ¿verdad?

Asintió.

—Bien —proseguí utilizando la última arma de mi arsenal—. Entonces, si esto no nos gusta, nos escaparemos y tomaremos el primer barco a la India. ¿Qué me dices?

Indira se volvió hacia mí y sus ojos se iluminaron ante la posibilidad de semejante aventura.

—De acuerdo. —Se levantó y se sacudió el polvillo blanco de la grava—. Eso hará que lamenten haberme traído aquí, ¿verdad?

—Sí. ¿Lista?

—Lista.

Y cogiéndonos fuerte de la mano, subimos la escalinata y entramos en el colegio.

La señorita Reid ya nos había advertido de que seríamos objeto de fascinación entre las demás alumnas. Las chicas indias seguían siendo una rareza en los internados ingleses. La primera semana soportamos estoicamente las miradas y cuchicheos que nuestra presencia generaba y las

risitas que oíamos en el comedor cuando nos servían pollo en lugar de su ternera. Como las chicas nos hacían el vacío, nos uníamos para darnos apoyo. Sobre todo por la noche, en el frío dormitorio de diez, cuando Indira se metía en mi cama para que pudiéramos abrazarnos y darnos calor y consuelo.

—Quiero irme a casa —gemía vertiendo lágrimas en mi camisón—. Por favor, Anni, hagamos lo que me propusiste y huyamos.

—Lo haremos, te lo prometo, pero tenemos que aguantar el tiempo suficiente para que tus padres comprendan que realmente lo has intentado.

Indira no era la única desdichada. Yo también encontraba aterradora mi nueva vida. Detestaba el frío del amanecer inglés, cuando se me helaban los huesos y la piel se me ponía de gallina y así permanecía hasta que el cuerpo caliente de Indira se acurrucaba contra el mío por la noche. La insulsa comida inglesa, que parecía cocinada en el agua de fregar los platos, sin añadirle especia alguna, me producía arcadas. Y aunque había creído que mi dominio y mi comprensión del inglés eran buenos, me costaba entender al personal y a las chicas, pues hablaban demasiado deprisa y pronunciaban de manera muy diferente incluso las palabras que conocía. Cuando me hacían una pregunta enmudecía y no caía en la cuenta de lo que habían dicho hasta más tarde. Los deportes al aire libre con palos de madera en campos embarrados y un reglamento que se me antojaba tan confuso como ridículo, me superaban. Como los juegos de pelota no se me daban bien, esas eran las horas del día que más temía.

Debido a la incesante lluvia inglesa, todo olía a humedad. Por la noche, el incienso no flotaba en el aire como en el palacio de Cooch Behar, y sobre nuestras cabezas solo brillaba la luz fría de una bombilla pelada.

Para cuando terminaron las dos primeras semanas, era yo la que quería escapar.

Entonces el profesor de historia, que al parecer había pasado un período sabático en el extranjero, llegó una mañana a nuestra gélida aula para darnos clase. Era más joven que los demás profesores que habíamos tenido hasta el momento y tenía la piel bronceada.

—Buenos días, chicas —dijo.

Nos levantamos obedientemente y entonamos:

—Buenos días, señor.

—Espero que hayan disfrutado de sus vacaciones estivales. Yo, desde luego, lo he hecho. Fui a ver a mis padres a la India.

Las demás muchachas parecían aburridas, mientras que Indira y yo despertamos de golpe.

—Y, por lo que veo, tenemos dos alumnas nuevas de ese país. Creo que una de ustedes es princesa. Veamos —posó la mirada en Indira y en mí—, ¿quién de las dos podría ser?

La clase estalló en murmullos cuando las chicas se volvieron hacia nosotras para tratar de adivinar cuál de las dos era la princesa. Indira levantó la mano despacio.

—Soy yo, señor.

—Su Alteza Real, la princesa Indira de Cooch Behar. —El profesor esbozó una sonrisa cómplice—. Visité Cooch Behar hace dos años, mientras estaba en la India, y vi el maravilloso palacio donde vive su familia.

Eso desencadenó otra agitada ronda de cuchicheos y miradas.

—Sí, señor. —Indira bajó la vista.

—Algún día podría contarnos la historia de su familia y de cómo viven, Indira. Creo que las demás chicas aprenderían mucho de sus explicaciones.

—Sí, señor.

—¿Y usted? —preguntó posando la mirada en mí—. ¿Dónde vive?

—También en el palacio, señor.

—Entiendo. ¿Y sin embargo no es princesa?

—No, señor.

—Anni es mi mejor amiga —dijo galantemente Indira— y mi dama de compañía.

—Fantástico, fantástico. Chicas, espero que estén ayudando a la princesa Indira y a la señorita Chavan a sentirse como en casa. Y ahora les contaré lo que he visto en mis viajes por la India británica.

Finalizada la clase nos enviaron a recoger nuestra amarilleada botella de leche para el tentempié de media mañana, como lo llamaban las chicas, y a respirar el aire tonificante del mar que los británicos parecían encontrar tan esencial. Normalmente Indira y yo nos quedábamos en un recodo del patio y

con disimulo echábamos la leche en los arbustos. Ese día fue diferente. Las chicas nos siguieron.

—¿Realmente eres princesa?

—¿Vives en un palacio?

—¿Tienes muchos sirvientes?

—¿Has montado alguna vez en elefante?

—¿Llevas corona cuando estás en casa?

Emocionadas, las chicas se agolpaban en torno a Indira mientras yo me mantenía a un lado y la veía sonreír amablemente y responder a tantas preguntas como le era posible. Más tarde, cuando sonó la campana del almuerzo y entramos en el comedor, Celestria, la chica más popular de la clase, se acercó a Indira y a mí.

—¿Quieres sentarte a comer con nosotras, princesa Indira?

—Desde luego.

Vi a Indira alejarse de mí, charlando con Celestria. Entonces se volvió y me hizo señas.

—Anni también viene.

Celestria asintió, pero cuando llegamos a la larga mesa de caballete las chicas se apretujaron en los bancos para hacer sitio en el centro a Indira y Celestria y a mí me dejaron en la punta, con medio cuerpo fuera.

Durante esa hora vi a Indira florecer con la atención y la admiración que recibía. No podía reprochárselo. Se había pasado la vida rodeada de personas serviles que satisfacían todos sus caprichos. Ella había nacido «especial» y yo, Anahita, no.

Siempre recordaré aquel primer y severo invierno inglés como uno de los períodos más tristes de mi vida. A medida que Indira adquiría confianza en sí misma, su personalidad desbordante de vida empezó a reafirmarse y todas las chicas competían por su atención. Con la misma naturalidad con que el sol se eleva en el cielo cada mañana, ascendió rápidamente en la pirámide hasta ocupar su lugar legítimo de abeja reina. Aunque se esforzaba por incluirme, las demás chicas dejaron claro que no estaban interesadas en una mera dama de compañía que carecía del sofisticado encanto que brotaba a espaldas de Indira. Cada vez más aislada, pasaba muchos almuerzos leyendo sola en la

biblioteca para no incomodar a Indira con mi incordiante presencia.

Por si eso fuera poco, mientras el cuerpo de Indira se parecía cada vez más al de un cisne, con una pubertad dedicada a otorgar a su estatura las proporciones justas e incrementar así su elegancia, a mí las hormonas y la pesada dieta inglesa me estaban haciendo crecer a lo ancho. También había notado que si leía con poca luz apenas podía distinguir las palabras. Fui enviada al médico del colegio, que prescribió unas gafas horribles de cristal grueso para leer.

De tanto en tanto Indira se escurría en mi cama por la noche y me abrazaba.

—¿Estás bien, Anni?

—Sí —mentía.

Durante el día, cuando estaba con sus nuevas amigas de la aristocracia inglesa, apenas reparaba en mí. Consciente de que me había convertido en una especie de carga y estorbo para ella, me encerraba en mi mundo de libros y soñaba con el día de junio en que regresaríamos al palacio y todo volvería a ser como antes entre Indira y yo.

Mi corazón se aligeró cuando la primavera llegó a Inglaterra y regresamos a la casa de Londres para las vacaciones de Semana Santa. Pero incluso allí veía a Indira menos que en el colegio, pues sus nuevas amigas la invitaban constantemente a sus casas y a tomar el té en hoteles elegantes.

Una tarde, a su regreso de una de esas veladas, me encontró leyendo en la cama de nuestra habitación.

—Anni, he de pedirte un favor enorme —comenzó en su recién adquirido acento inglés.

Me quité las gafas y la miré.

—¿De qué se trata, Indy?

—Verás, resulta que los padres de Celestria se han ido a Francia y me ha comentado lo terriblemente aburrido que sería para ella quedarse en su casa del campo con la institutriz como única compañía. Me ha preguntado si podría pasar estos días aquí, en Pont Street, con nosotros, y mamá ha dicho que sí.

—Qué bien —acerté a decir.

—El problema —prosiguió con un suspiro exagerado— es que la única habitación de invitados que tenemos es el viejo cuartucho del pasillo. No puedo meter a Celestria allí. Es la hija de un lord, después de todo. Así que me preguntaba, si no te importa en exceso, si podrías mudarte a él durante la semana que Celestria esté aquí.

—Por supuesto —respondí.

En realidad no me importaba; me daba igual trasladarme a un cuarto de la servidumbre. Sin embargo, ese detalle agravó el temor que se había aposentado en mi corazón durante el invierno. Indira no tenía la culpa; era lógico que se distanciara de mí. Ella estaba destinada a ingresar en las filas de la alta sociedad y convertirse un día en la esposa de un maharajá, mientras que yo...

Lo ignoraba.

Para colmo, cuando Celestria ocupó su lugar en mi cama, al lado de Indira, los rumores sobre una guerra inminente se intensificaron. En Londres todo el mundo aseguraba que el káiser no sería tan estúpido como para atacar a un país vecino sin una provocación previa. Yo solo era capaz de pensar que si la guerra estallaba no podríamos regresar a la India cuando llegaran las vacaciones de verano, para las que faltaban dos meses.

Los padres de Indira regresaron a casa unos días después de Semana Santa. El maharajá tenía asuntos de Estado que atender en Cooch Behar. Durante el trayecto de vuelta al colegio, cuando al fin tuve a Indira para mí sola, le saqué el tema.

—Todo el mundo dice que no habrá guerra —repuso, restando importancia a mi comentario—. Además, estoy segura de que si no hay más remedio podremos quedarnos en la casa de Pont Street. Me han dicho que la temporada social en Londres es muy divertida.

Su despreocupación me dejó helada. ¿Podía ser la misma chica que hacía solo unos meses lloraba porque iba a echar de menos a su elefanta? El aire de falsa sofisticación que, como la gran imitadora que era, se empeñaba en copiar de sus amigas inglesas, hizo que me dieran ganas de zarandearla.

Cuando llegamos al colegio e Indira me preguntó si no me importaba que se trasladara al dormitorio de Celestria y sus otras amigas, acepté sin

rechistar. Tenía que aceptar que Indira había cambiado irrevocablemente.

El tercer trimestre pasó mucho más deprisa que los dos anteriores, en parte porque había comprendido que, al menos por el momento, había perdido a Indira. Charlotte, la chica que ahora ocupaba la cama de Indira, era agradable y simpática. Su padre, un párroco militar de la Iglesia Cristiana, estaba sirviendo en el extranjero. Aunque nunca podría disfrutar de una amistad como la que había tenido con Indira, por lo menos sentía que Charlotte y yo teníamos cosas en común. Dado que el ejército le pagaba el colegio, se tomaba muy en serio sus estudios, a diferencia de muchas de nuestras compañeras inglesas, que lo veían como un lugar donde pasar el rato hasta ser presentadas en sociedad y casarse con un gran partido. Charlotte había decidido ejercer de institutriz cuando terminara el colegio.

—Mi padre recibe una miseria de la Iglesia, que ahorra para cuando él y mi madre se jubilen. No puede darme nada, así que o me quedo en casa con ellos o trabajo para mantenerme —me confió una noche.

Eso me llevó a pensar que también yo podría tener un futuro como institutriz. Para cuando terminara los estudios estaría lo bastante formada para enseñar a niños pequeños. Pero, pensé con un suspiro, ¿quién me querría? En la India estaba considerado un símbolo de prestigio social contratar a una señorita inglesa, pero ninguna familia de uno u otro continente querría que una india diera clase a sus hijos por mucha formación que poseyera.

Con el paso de los días comprendí que estaba varada en tierra de nadie. Había crecido en un palacio pero era pobre; me estaba educando en Inglaterra, pero poseía el color de piel inadecuado para poner en práctica mis aptitudes. No pertenecía a la clase obrera, pero no era lo bastante aristocrática para asegurarme un buen matrimonio. Pensé en la bolsita de arpillera escondida bajo la pagoda en los jardines del palacio de Cooch Behar y recé a todos los dioses y diosas que conocía para que siguiera enterrada allí, con su contenido intacto.

13

Acomienzos de junio los rumores sobre la guerra se dispararon. La idea de regresar a la India quedaba descartada. Tampoco existía la opción de que Indira y yo pasáramos el verano en la casa de Pont Street; la habían cerrado y muchos miembros del servicio habían sido llamados a filas. Además, la madre de Indira temía la posibilidad de que Londres fuera bombardeado, así que lo dispuso todo para que Indira y yo pasáramos el verano lo más lejos posible de allí. Iríamos al sur de Inglaterra, a un condado llamado Devon. La viuda del ex residente de Cooch Behar —el funcionario británico más veterano presente en cada principado— se había ofrecido a acogernos durante las vacaciones.

—¡No puedo creer que mamá nos obligue a ir allí! Ni siquiera se ha declarado aún la guerra —protestó Indira mientras metía prendas de cualquier manera en su maleta—. Le supliqué que me dejara quedarme en casa de Celestria pero me dijo que no. ¿Qué demonios voy a hacer un verano entero atrapada en medio de la nada y sin mis amigas?

Quería decirle —quería pero, naturalmente, no se lo dije— que yo estaría allí para hacerle compañía. Pero cuando partimos hacia Devon se sentó muy alejada de mí en el asiento de cuero negro, con el rostro girado hacia la ventanilla. Como solía ocurrir con Indira, su lenguaje corporal decía todo lo que no decían sus palabras. Me habría gustado haber podido quedarme en el colegio, como habían hecho otras chicas cuyos padres se hallaban en el extranjero, entre ellas mi amiga Charlotte. Pero ¿cómo iba explicarle a la

maharaní que su hija ya no me quería como dama de compañía?

Eran pensamientos que no podía expresar a una mujer que me había acogido y que había pagado de buen grado mi costosa educación porque creía que su hija me quería y necesitaba.

Miré a Indira, sumida en su enfado, y supe que ya no me necesitaba.

Cuando entramos en los jardines que rodeaban Astbury Hall, tardamos aún unos minutos en vislumbrar la casa. La observé fascinada, pues se parecía mucho al palacio de Cooch Behar en su tamaño y forma. Semejaban almas gemelas: una creada desde el calor, la otra desde el hielo. Más tarde descubriría que el arquitecto había diseñado el palacio siguiendo parcialmente el modelo de Astbury Hall, por lo que no era de sorprender que el frío monolito, con su cúpula en el centro, me resultara familiar.

Cuando nos detuvimos delante de la amplia escalinata de piedra, la puerta se abrió y por ella empezaron a desfilar miembros de la servidumbre. Mientras nosotras bajábamos del coche formaron una fila a lo largo de los escalones. La princesa Indira estaba obteniendo, sin duda, un recibimiento real. Subió la escalinata en dirección a una mujer de rostro severo y caderas anchas ataviada con un desfocado vestido eduardiano.

—Soy Maud Astbury. Bienvenida a Astbury Hall, princesa Indira.

—Gracias, lady Astbury —respondió educadamente Indira.

Las seguí hasta el interior de la casa.

—Espero que la habitación sea de su agrado, querida. Todos los hombres jóvenes se han alistado, por lo que disponemos de poco personal.

Indira, gentil en extremo cuando recibía un trato regio, asintió.

—Lo entiendo perfectamente. Ha sido muy amable al acogirme.

—Mi hijo Donald vendrá dentro de unos días para pasar las vacaciones.

Por lo menos él podrá mantenerla entretenida.

Yo permanecía incómoda detrás de Indira, como era habitual. Finalmente los ojos de lady Astbury se posaron en mí.

—Veo que se ha traído a su doncella.

—No —se apresuró a contestar Indira—. Anahita es mi amiga y mi dama de compañía.

—Entiendo. —La cara de lady Astbury era de consternación cuando

condujo a Indira hasta el pie de la escalera. Inclino la cabeza hacia Indira y las dos hablaron en susurros—. Por supuesto, me aseguraré de que así sea. Ahora, princesa Indira, la doncella les enseñará a usted y a su... dama de compañía sus habitaciones. Por favor, cualquier cosa que necesite durante su estancia, no dude en pedírmela. La veré esta noche en la cena.

—Lo siento mucho, Anni —volvió a decir Indira mientras contemplaba el reducido espacio en el ático donde había sido alojada—. Es evidente que mamá estaba tan preocupada que olvidó mencionar que tú también vendrías. Lady Astbury me ha prometido que mañana te preparará una habitación en la planta noble. ¿Te supone mucho problema dormir esta noche aquí?

—Claro que no —dije, satisfecha por lo que interpreté como una preocupación genuina por parte de Indira—. Tiene unas vistas fantásticas.

Indira miró por el pequeño vidrio encajado entre los aleros de la gran mansión.

—Es cierto. En cualquier caso, si no soportas estar aquí, mi cama es lo bastante grande para cuatro personas más.

—Estaré bien.

—De acuerdo. Si me necesitas estaré abajo. Anni —tomó mis manos entre las suyas—, siento mucho haberte abandonado en el colegio. No fue mi intención.

Y dicho esto, se arrojó a mis brazos como solía hacer en los viejos tiempos, cuando éramos ella y yo contra el mundo.

—Baja cuando hayas deshecho el equipaje —dijo despidiéndose con un leve gesto de la mano.

Una semana después de nuestra llegada a la casa, lady Astbury parecía haber olvidado convenientemente mi inminente traslado a la planta noble y yo seguía alojada en la minúscula habitación del ático. Me era imposible dormir más allá de las seis porque el sol se colaba por mi ventana sin cortinas e inundaba la habitación de una luz cegadora. Miré por el cristal y vi que hacía otro día hermoso. Inquieta, me lavé la cara en la jofaina, bajé por la escalera de servicio y crucé la cocina para salir a disfrutar de la salida del sol.

Al atravesar la enorme terraza, que no necesitaba porche para protegerla del débil sol inglés, olí el perfume dulce de la hierba recién cortada. Bajé

ligera la escalinata hasta los jardines y paseé por ellos, admirando la sucesión de magníficos rosales. Mientras disfrutaba del silencio y la calma de esa hora temprana, mi mente se trasladó a un típico amanecer de verano en la India. Aquí, en la Inglaterra comedida y estable, el clima no dominaba ni destruía. El termómetro caía en invierno, haciendo más desagradable la vida, pero que yo supiera, en las islas Británicas jamás había habido un monzón, un terremoto o, de hecho, ningún desastre natural especialmente dramático.

La India, pensé, era el polo opuesto. Todo en ella era efervescencia, color y drama a manos llenas. La temperatura se disparaba, el viento rugía, los ríos se desbordaban; todo era violento e impredecible.

También estaba empezando a entender que, a diferencia del carácter apasionado de mis compatriotas, los británicos eran, por norma, gente fría. Tomé asiento en un banco y pensé en el día que mi amiga Charlotte se enteró de la muerte de su madre, justo antes de terminar el trimestre. Recibió la noticia con estoicismo, aceptación y escasas lágrimas. Pensé entonces en mí dos años antes, llorando desconsoladamente por la pérdida de mi madre aquel día terrible en el templo.

También sabía que aunque los británicos estaban siempre en guerra en algún lugar remoto del mundo, el firme suelo inglés que ahora pisaba llevaba casi doscientos años sin sufrir una invasión.

Pero todo eso podría cambiar en las próximas semanas o meses. ¿Osaría el káiser cruzar Europa con sus pesadas botas de cuero y agitar el puño a esa diminuta nación que había conseguido conquistar una buena porción del mundo y construir un imperio donde, como les gustaba recordarse unos a otros, nunca se ponía el sol?

—Hola. ¿Eres nuestra princesa india?

Tan absorta había estado en mis pensamientos que no había oído a nadie acercarse. Levanté la vista y tropecé con los ojos ingleses más azules que había visto en mi vida. Se hallaban dentro de un rostro que todavía poseía los rasgos mediocres de la adolescencia previos a la aparición de los contornos finales de la madurez. El pelo, para mis ojos indios, era del color de la paja e igual de basto. Tenía la tez rosada de los ingleses que tantos indios envidiaban.

A mí, a la luz de ese amanecer, me pareció el Adonis de los mitos griegos que había leído en las clases de historia.

—Soy...

Me disponía a contestarle cuando el canto quedo empezó a sonar en mis oídos, dificultando mi concentración. Un escalofrío ya familiar me recorrió la columna. Alguien, o algo, me estaba diciendo que ese desconocido inglés iba a tener un papel en mi futuro.

—¿Entiendes el inglés? —inquirió él.

—Sí. —Traté de apagar el canto diciéndoles que ya había entendido lo que estaban intentando decirme, que el mensaje me había llegado alto y claro —. Hablo bien el inglés.

—¿Y te llamas Indira?

—No. Soy su dama de compañía. Me llamo Anahita Chavan, Anni para abreviar.

—Hola, señorita Chavan, o Anni para abreviar. —Me tendió la mano—. Yo soy Donald Astbury. ¿Cómo estás?

Sus modales, como en el caso de todos los ingleses, eran impecables.

—Muy bien, gracias —contesté con timidez.

Se sentó amigablemente a mi lado.

—¿Y puedo preguntarte qué haces aquí fuera tan pronto?

—La luz del amanecer se cuele por mi ventana y me despierta. ¿Y tú?

—Llegué del colegio anoche. Allí la campana suena a las seis y media, de modo que hoy me he despertado a esa hora en punto. Hace una mañana tan bonita que he decidido levantarme para ir a las cuadras a ver a mi yegua.

—Me encantan los caballos —dije en un tono nostálgico.

—¿Sabes montar?

—Sí. Aprendí antes que a caminar.

—Ignoraba que en la India enseñaran a montar desde la cuna como aquí.

—¡Pues claro! ¿Cómo nos habríamos desplazado si no durante miles de años?

—Buena observación —convino Donald con una sonrisa—. ¿Te gustaría ver las cuadras?

—Me encantaría —contesté ilusionada.

—Vamos, entonces. —Me ayudó a levantarme del banco y echamos a andar por los jardines—. ¿Qué te parece Inglaterra?

—Hay cosas que me gustan y otras que no.

Se volvió bruscamente hacia mí.

—Eres una chica con criterio. Y tu inglés es excelente. ¿Puedo preguntarte qué edad tienes?

—Cumpliré quince años dentro de unos meses —respondí exagerando un poco.

—Vaya. La mayoría de las chicas inglesas que conozco de tu edad todavía son unas niñas.

—Gracias.

—No hay de qué —respondió cuando llegábamos a las cuadras—. Mira, esa de ahí es mi yegua, Glory. Mi madre le puso Gloria por una tía soltera, pero pensé que el nombre no iba con ella y se lo cambié. ¿Qué te parece?

Observé a Glory y comprobé que era, efectivamente, una magnífica yegua purasangre. Le calculé unos dieciséis palmos de estatura. Le coloqué la palma de la mano bajo la barbilla y acaricié su rostro largo y elegante.

—Estoy impresionado —comentó Donald—. Por lo general, cuando le acaricia un desconocido protesta. Está claro que tienes mano con los caballos, Anni.

—Creo que los entiendo.

—¿Y si la montas? Me encantaría comprobar si Glory te acepta sobre su lomo. Normalmente se desboca y arroja a los jinetes que no conoce. Veamos si te permite montarla.

—Me gustaría intentarlo.

—Sácala y yo la ensillaré —me propuso mi nuevo amigo—. Estoy seguro de que nos hará saber si está de humor para complacernos.

Hice lo que me pedía y cuando Glory se hubo calmado salté sobre su lomo, aupándome la falda hasta donde permitía el decoro para sentarme a horcajadas.

Donald sonrió.

—Parece encantada de tenerte ahí arriba. Yo montaré al semental.

Cinco minutos después estábamos trotando amigablemente por los

jardines. Donald detuvo su caballo y me miró.

—¿Te apetece un terreno más agreste? Dartmoor está a pocos minutos en esa dirección. —Señaló a la izquierda—. Es un paseo fantástico y creo que tienes nivel para hacerlo.

—De acuerdo —dije sin saber qué era ese «Dartmoor» pero sintiéndome más libre y feliz de lo que me había sentido en meses—. Te sigo.

—Perfecto. —Donald emprendió el galope y Glory y yo nos esforzamos por seguirle el ritmo.

Cuando dejamos atrás los jardines y nos adentramos en los páramos, una brisa cálida me acarició el cabello y sentí que la pesadez que me había invadido últimamente empezaba a diluirse. Al principio me concentré en el terreno rocoso e irregular, pero Glory parecía conocer perfectamente el camino y, comprendiendo que era ella la que mandaba, me relajé y disfruté del paseo.

Cuarenta minutos después estábamos de regreso en las cuadras, caballos y jinetes jadeando por igual.

—Caray —dijo Donald mientras se apeaba del caballo y se lo entregaba a un mozo somnoliento—, eres de lejos la mejor chica que he visto en mi vida sobre la silla de montar.

Noté que me estaba mirando con sincera admiración.

—Gracias. Estoy segura de que la princesa Indira te parecerá igual de hábil —añadí lealmente.

—En ese caso, será un placer ponerla a prueba a ella también, aunque dudo que sea mejor que tú. —Me ofreció la mano para ayudarme a desmontar—. Bien, Anni, espero que podamos cabalgar otro día —dijo mientras volvíamos a casa—. ¿Mañana por la mañana? ¿A las seis y media en punto?

—Me encantaría.

Sintiéndome más feliz de lo que me había sentido en meses, floté hasta mi cuarto para lavarme antes del desayuno.

Pese a mi disgusto por no poder regresar a la India, jamás olvidaré aquel primer verano en Astbury. Aunque Gran Bretaña había declarado oficialmente la guerra a Alemania el 4 de agosto, permanecíamos relativamente indemnes. Cuando los alimentos empezaron a escasear, apenas

lo notamos, pues la finca, con sus miles de hectáreas de tierras de labranza fértiles, era autosuficiente.

Aunque el propio Donald era demasiado joven para alistarse, un hecho en particular que me hizo comprender el sufrimiento y los cambios a los que otras personas estaban enfrentándose fue cuando Selina, la hija de lady Astbury, regresó a casa para vivir con nosotros. Su marido, capitán del ejército, había sido destinado a Francia. Llevaban casados poco más de un año y Selina se hallaba embarazada de ocho meses.

Algunas tardes la encontraba sentada en el invernadero, el cual albergaba multitud de plantas exóticas que generaciones de Astbury habían traído de sus viajes a climas extranjeros. Reconocía algunas del cuaderno de remedios de mi madre, y empecé a tomar esquejes que molía con mi *shil noda* y extendía sobre el pequeño alero de mi ventana del desván para secarlos al sol. En mis incursiones por el jardín, y a veces en Dartmoor, había dado con otras hierbas y plantas poco comunes, y habiendo pedido tarros de mermelada vacíos en la cocina, mi colección iba en aumento.

—¿Qué haces con todos esos esquejes, Anni? —me preguntó Selina una tarde húmeda en el invernadero, mientras se abanicaba en su silla y me observaba con aparente interés.

La pregunta me pilló desprevenida, pero decidí decirle la verdad.

—Fabrico medicinas —dije.

—¿En serio? ¿Aprendiste a hacerlo en la India?

—Sí. Mi madre me enseñó. —No quería extenderme en el tema, temiendo que me tachara de hechicera.

—Eres una chica muy lista —respondió con sincera admiración—. Sé que mi padre creía mucho en los remedios locales cuando estaba destinado en la India. Si tienes una pócima especial para acelerar el nacimiento de este bebé, te estaría muy agradecida.

Estudí la forma de su barriga y vi que el bebé que llevaba dentro había descendido esos últimos días, lo que quería decir que ya estaba cabeza abajo.

—No creo que tarde mucho.

—¿De verdad? ¿Puedes saberlo?

—Sí. —Sonreí—. Creo que sí.

Por desgracia, pese a sus sentidas protestas el día de nuestra llegada, cada vez veía menos a Indira. Lady Astbury había accedido a sus ruegos de invitar a sus amigas de Londres para hacerle compañía. Yo sospechaba que lady Astbury tenía un interés oculto en el asunto; después de todo, a Donald le quedaba poco para elegir prometida entre las jóvenes inglesas de la alta sociedad. Las oportunidades que Indira le pondría delante de las narices probablemente serían valiosas.

—Nunca habían cruzado la puerta de nuestra casa —me comentó un día lady Astbury cuando me la encontré en la escalera— tantas jóvenes adorables. Anahita, querida, ¿te importaría subir y asegurarte de que las criadas se hayan acordado de poner flores en el dormitorio de lady Celestria?

—Enseguida —dije, y me marché a comprobar si lo habían hecho.

Lady Astbury no era de mi agrado, y sabía que yo tampoco lo era del suyo. Había vivido en la India cuando su marido era el residente de Cooch Behar y deduje, por las cosas que contaba, que había detestado cada segundo allí; me trataba poco más que como una criada. Sus aires de superioridad con respecto a mis compatriotas —«sucios infieles», le había oído llamarnos en una ocasión— exacerbaban su desprecio hacia mí. Yo sabía que era una católica empedernida y que escuchaba misa cada día en la capilla de Astbury Hall.

Para mí, su rígida formalidad y su arrogancia inherente resumían lo peor de los británicos. Indira, naturalmente, era de la realeza y había recibido una educación occidental. Lady Astbury era capaz de tratarla como a una igual... con cierto esfuerzo.

Aunque yo también estaba emparentada con la realeza india, cada vez me descubría haciendo más recados para lady Astbury. Muchas veces me pedía distraídamente que fuera a buscarle su bordado o le cogiera un libro de la biblioteca.

La escasez de personal en la casa no hacía sino agravar esa situación. Eran tantos los criados que se habían marchado a luchar a Francia que a las criadas se les había duplicado el trabajo. Reacia a resultar grosera o ingrata, yo siempre satisfacía las peticiones de lady Astbury. No me molestaba ayudar a las criadas, que eran dulces y cordiales y agradecían otro par de manos para

hacer una cama o quitar el polvo de una habitación.

Los primeros días en Astbury bajaba a cenar con Indira al comedor, pero me ignoraban por completo y eso me hacía sentir incómoda. El cuarto día una criada me subió una bandeja a mi habitación del ático y capté la indirecta. No me lo tomé a mal, pues mi ropero no contenía la plétora de vestidos ingleses necesarios para tales veladas y no me gustaba mencionar dicha escasez a Indira.

En una de sus ascensiones nocturnas por las interminables escaleras para llevarme la bandeja, Tilly, una de las criadas, comentó que debía de sentirme muy sola cenando en el cuarto y que tal vez preferiría comer con el resto del personal en la cocina. Como sabía que eso también ahorraría muchos escalones a sus piernas, acepté. A partir de ese día cenaba cada noche abajo con la servidumbre y respondía todas sus preguntas, pues mi vida en el palacio de la India los tenía fascinados.

En una ocasión la cocinera, la señora Thomas, se quejó de su artritis en las manos. Le pregunté si quería un remedio para aliviar el dolor y la inflamación.

—Dudo que sirva de algo —comentó—, pero estoy segura de que tampoco me hará daño.

Utilizando mi *shil noda*, molí una raíz de cálamo aromático que crecía en el invernadero y añadí agua para formar una pasta. Esa noche enseñé a la señora Thomas la manera en que debía aplicarse la pasta en las manos.

—Si lo hace dos veces al día durante una semana, creo que le aliviará.

Efectivamente, una semana más tarde la señora Thomas estaba diciendo a todo el mundo que yo hacía «milagros». Eso provocó de inmediato una sucesión de «clientes» en la cocina solicitando que les elaborara remedios para toda clase de molestias y dolores. Yo me alegraba de poder ayudarles, y me daba la oportunidad de poner en práctica lo que había aprendido de Zeena y mi madre. También agradecía el afecto y la aceptación sinceros de los sirvientes; hacía mucho tiempo que no experimentaba algo así.

Pero el principal motivo de que me sintiera tan feliz ese verano, tan feliz que ni la indiferencia de Indira ni el trato de lady Astbury conseguían echar abajo mi ánimo, eran mis paseos matutinos a caballo con Donald Astbury.

Al día siguiente de nuestro primer paseo, había saltado de la cama preguntándome si estaría en las cuadras como habíamos acordado.

—¡Anni! —me saludó con una sonrisa—. ¿Lista para otro paseo?

—Sí —asentí ilusionada.

Ensilamos los caballos y cabalgamos por Dartmoor con el sol amable del amanecer. Desde entonces, nos veíamos prácticamente todas las mañanas. Durante esos paseos empezamos a forjar una amistad.

Donald, a diferencia de su madre, era afectuoso y abierto, y yo sentía que podía hablarle libremente de mi vida. Le fascinaba descubrir cosas de la India, de su cultura y costumbres.

—Mi padre siempre adoró la India y a sus gentes —explicó—. Lamentablemente, mi madre no, de ahí que regresaran a Inglaterra cuando Selina y yo éramos pequeños. Por desgracia, mi padre murió cinco años después. Mi madre siempre culpó de su muerte a la India, y es cierto que mi padre sufría recurrencias de la malaria que había contraído allí, pero al final falleció de neumonía. Decía que era por el clima inglés, que no le sentaba bien. Era un hombre muy bueno, siempre estaba intentando ayudar a la gente.

—¿Te pareces a él? —le pregunté mientras yacíamos en la basta hierba de Dartmoor, dejando que nuestros jadeantes caballos bebieran en el arroyo.

—Mi madre siempre dice que no. Creo que no aprobaba de mi padre lo que ella calificaba de sensiblería. Siempre estaba embarcado en alguna misión para ayudar a los menos afortunados, muchas veces en detrimento de nuestra cuenta bancaria. Tampoco tenía en cuenta el credo o el color de la piel, mientras que mi madre es un poco más... tradicional en sus ideas.

Durante esos paseos por los páramos me hablaba de sus miedos sobre su futuro como consecuencia de la guerra, y de lo mucho que le preocupaba si sería capaz de asumir la administración de la propiedad de los Astbury, responsabilidad que heredaría cuando cumpliera veintiún años.

—Apenas hay dinero suficiente para pagar los gastos que genera la finca —suspiró—, y no digamos para restaurar la casa, parte de la cual no se ha tocado en cien años. La heredó mi madre. Mi padre no era un hombre de negocios, y a ninguno de los dos se les pasaba por la cabeza que él moriría siendo yo aún tan joven. Así pues, creo que mi madre ha decidido esconder la

cabeza bajo el ala o, para ser más exacto, en la capilla. No quiero ser yo quien tenga que decirle lo difíciles que están las cosas, pero dudo de que hasta su Dios pueda ayudarnos.

Lo miré y me abrumó el hecho de que, pese a tener solo dieciséis años, el peso del mundo pareciera descansar sobre sus hombros.

—Son tantas las personas que dependen de mí para poder mantener a sus familias... —Rodó sobre la espalda y me sonrió—. ¡Por lo visto no me quedará más remedio que casarme con una rica heredera! Vamos, es hora de volver.

Una vez Donald entraba en la casa para cambiarse de ropa antes del desayuno, prácticamente no volvía a verlo hasta el día siguiente. Sus actividades durante la jornada consistían en entretener a Indira y sus amigas con almuerzos, partidos de tenis y paseos a caballo mucho más tranquilos que los nuestros. Dudaba de que mencionara alguna vez nuestros paseos matutinos; yo, desde luego, no lo hacía. Era otro secreto que me guardaba durante las largas y agradables noches de verano inglesas.

14

A finales de agosto, dos días antes de que Indira y yo regresáramos al colegio, Selina se puso de parto. Las criadas corrían de un lado a otro con toallas y agua caliente. El ambiente en la cocina era tenso, una mezcla de expectación por la llegada del nuevo bebé y temor de que el parto se complicara.

—El doctor Trefusis se halla en camino desde el hospital de Exeter. Únicamente lady Selina podía elegir un domingo por la noche para ponerse de parto. Confiemos en que el doctor no se demore —dijo la señora Thomas poniendo los ojos en blanco.

Una hora más tarde Tilly, la criada de Selina, bajó con la cara pálida.

—Está muy mal. Se retuerce de dolor y no para de gritar. No sé qué hacer para calmarla. ¿Qué puedo darle, señora Thomas? Me preocupa que el bebé esté atascado.

—¿Has avisado a lady Astbury? —preguntó la señora Thomas.

—Sí, pero se niega a acercarse siquiera a la habitación. ¡No me extrañaría que en su día pagara a alguien para que pariera por ella!

—Lady Selina debe de estar agotada —comenté desde mi silla en un recodo de la cocina.

—Así es, señorita Anni. Lleva seis horas de parto —explicó Tilly.

—Entonces deberías llevarle agua con azúcar para subirle los niveles de glucosa —le aconsejé con calma—. Y oblígala a caminar todo lo que pueda.

Todas las miradas se volvieron hacia mí.

—¿Ha presenciado alguna vez un parto, señorita Anni? —preguntó la señora Thomas.

—Sí. Solía acompañar a mi madre cuando ayudaba a las mujeres del pueblo a dar a luz.

—Cuando hay hambre no hay pan duro —sentenció la señora Thomas—. Señorita Anni, ¿le importaría subir con Tilly y que pregunte a lady Selina si puede entrar a verla?

—Si lo cree oportuno —respondí en tanto me levantaba con nerviosismo.

—Lo único que puede pasar es que diga que no. Lady Selina tiene pinta de necesitar toda la ayuda que puedan darle. Vaya, querida.

Seguí a Tilly y aguardé fuera del cuarto de Selina mientras la oía gemir.

Tilly sacó la cabeza y me hizo señas.

—No parece entender lo que le digo, así que pase de todos modos.

Entré en el dormitorio y vi a Selina tumbada boca arriba con la cara blanca y el pelo empapado de sudor.

—Lady Selina, soy Anahita. He ayudado a traer niños al mundo otras veces. ¿Le importa si intento ayudarla?

Selina alzó una mano débil e interpreté el gesto como una señal de asentimiento.

—Primero debemos incorporarla sobre los almohadones para que pueda beber el agua con azúcar —dije a Tilly—. Luego quiero que corras a buscar compresas húmedas para ponérselas en la frente y que le recojas el pelo. Eso la refrescará.

Tras convencer a Selina de que se incorporara, y una vez que Tilly consiguió introducirle en la boca un poco de agua con azúcar le tomé el pulso, el cual iba muy rápido.

—Lady Selina, ¿puedo examinarla? Necesito saber en qué fase se encuentra.

Asintió con renuencia, los ojos todavía cerrados.

Levanté el camisón, la examiné y enseguida noté que solo estaba dilatada cuatro dedos. Necesitaba estarlo diez para poder pensar siquiera en empujar.

—Lady Selina, el bebé está listo para salir, pero su cuerpo no está preparado aún. Quiero que se levante conmigo y camine. Le prometo que la

gravedad le ayudará. ¿Puede hacerlo?

—No, no... El dolor, el dolor... —gimió.

—Intentémoslo por lo menos.

Deslizando el brazo por debajo de su espalda, la incorporé, le saqué las piernas de la cama y, recurriendo a toda mi fuerza, la levanté.

—Bien, ahora vamos a caminar —dije—. Eso contribuirá, además, a aliviar el dolor. —Despacio, le hice poner un pie delante del otro y así empezamos a andar hacia la otra punta de la habitación—. Lo está haciendo muy bien —la animé.

Durante dos largas horas paseé con Selina por el dormitorio respirando con ella y susurrándole palabras de aliento. El movimiento continuado la calmó y su pulso empezó a estabilizarse.

—¡Necesito empujar! —anunció de repente.

En ese momento supe que estaba preparada e indiqué a Tilly que cubriera la cama con toallas antes de ayudar a Selina a tumbarse sobre las mismas.

—No empuje todavía, lady Selina, solo jadee como un perro sediento... así... —Hice una serie de respiraciones rápidas y esboqué una sonrisa de ánimo cuando procedió a imitarme. Enseguida comprobé si estaba lo bastante dilatada para dejar pasar al bebé. Tras asegurarme de que lo estaba, le dije que la próxima vez que sintiera el deseo de empujar, lo hiciera con todas sus fuerzas. Un alarido sacudió la quietud de la noche en el instante en que vi la cabeza del bebé asomar por la abertura.

Fueron necesarios varios empujones —mientras Selina me estrujaba la mano con tanta fuerza que temí que fuera a triturármela— antes de que la cabeza del bebé saliera del todo. Acto seguido, ayudé al resto de su cuerpo diminuto y perfecto a abandonar la barriga de su madre.

—¿Está bien el bebé, Anahita? —preguntó Selina, intentando en vano levantar la cabeza para verlo.

—¡Oh, oh! —Tilly se dio unas palmaditas en la cara mientras el bebé chillaba entre las piernas de Selina—. ¡Es una niña! ¡Felicidades, lady Selina!

Levanté al bebé y lo puse de inmediato en los brazos de Selina. En ese momento se abrió la puerta y entró el médico.

—Bien, bien. —Caminó hasta los pies de la cama y miró a la madre y la

hija, tranquilas ahora por el agotamiento y el triunfo. Abrió el maletín y sacó un instrumento para cortar el cordón. Se volvió hacia mí con una sonrisa tirante—. ¿Le importa si me ocupo del resto?

—En absoluto. —Comprendiendo que ya no era necesaria ni querida, me dispuse a salir de la habitación. Selina, sin embargo, enseguida me tendió una mano—. Gracias, Anni, has estado fantástica.

Al día siguiente, cuando bajé a la cocina a desayunar —tan exhausta que no había conseguido levantarme para mi paseo a caballo con Donald—, fui recibida como una heroína.

—¿Le ha salvado la vida! Bueno, por lo menos eso dice lady Selina —aseguró Tilly—. La señorita Anni estuvo increíble —comunicó a los presentes en la cocina—. Sabía exactamente qué hacer y consiguió tranquilizar a lady Selina. Espero que la vieja sargenta sepa agradecerse, señorita Anni. ¿Podéis creer que no se acercó en ningún momento a su pobre hija pese a lo mucho que estaba sufriendo? Y luego le oigo decir al médico en el rellano que lady Selina tuvo suerte de que fuera un parto fácil. Lo único que puedo decir es que lady Selina debería agradecer a su estrella de la suerte que usted estuviera aquí y supiera qué hacer.

Más tarde ese mismo día, Selina me invitó a subir para ver al bebé. La encontré felizmente recostada en la cama con su hija en brazos. Cuando entré me obsequió con una sonrisa radiante.

—Hola, Anni, acércate a ver a mi adorable niña. —Dio unas palmaditas en la cama y me senté a su lado con cuidado.

—Es preciosa. —Alargué un dedo para acariciar su piel aterciopelada—. ¿Qué nombre le ha puesto?

—Me temo que no he tenido mucha elección en eso. Se llama Eleanor, como la madre de su padre. ¿No te parece una ricura? ¿Te gustaría cogerla?

—Me encantaría —dije, y me pasó a la pequeña.

—Anni, quiero que sepas que anoche estuviste asombrosa. Esta mañana le he dicho a toda mi familia que no sé qué habría hecho si no hubieras estado allí. Las dos te damos las gracias.

—No hay nada que agradecer. —Sonreí—. Fue un honor para mí formar parte del milagro de una nueva vida.

—Lo es. Ojalá el padre de este tesoro estuviera aquí para verla. Hemos enviado un telegrama a Francia, pero Dios sabe cuándo le llegará.

Súbitamente, el canto tenue empezó a sonar en mis oídos y un manto oscuro cubrió mi corazón. En ese momento supe que el bebé nunca vería a su padre. Temblando, me obligué a sonreír.

—Seguro que no tardará en volver —mentí.

—Solo me queda rezar para que así sea. La princesa Indira me ha contado que mañana regresáis al colegio.

—Sí.

—Es una verdadera pena, Anni. Ojalá pudieras cuidar tú de nosotras en lugar de esa niñera vieja que ha contratado mi madre. Encuentro tu manera de hacer las cosas mucho más reconfortante. Prométeme que volverás pronto.

—Lo prometo —dije devolviéndole a la pequeña.

—Adiós, Anni, y gracias otra vez.

—Adiós. Y suerte con su preciosa niña.

Me levanté y cuando me dirigía a la puerta, Selina dijo:

—¿De verdad tienes catorce años, Anni? Me parece increíble. Anoche tuve la sensación de estar con una mujer de tres veces tu edad y experiencia.

—Sí. —Me despedí con una leve sonrisa y salí.

Debíamos partir hacia el colegio a las once del día siguiente, de modo que disponía de tiempo para un último paseo a caballo con Donald. Como es lógico, ya estaba al corriente de que había ayudado a traer a su sobrina al mundo.

Sentados en nuestro acostumbrado lugar junto al arroyo, me preguntó cómo era posible que hubiese sabido qué hacer.

—En realidad es fácil —expliqué—. Hay que seguir siempre a la naturaleza. El cuerpo de tu hermana lo sabía todo, yo solo la ayudé a confiar en él.

Me daba cuenta de que Donald me estaba mirando con un nuevo respeto.

—Ojalá hubiera más gente que pensara así. Mi padre sentía un gran respeto por la naturaleza. Anahita, eres muy sabia para ser tan joven.

—A veces —dije hundiendo un poco el tacón de la bota en el suelo reseco—, pienso que eso es una maldición tanto como una bendición.

—¿A qué te refieres?

—A poseer una mente que desea entender el mundo. —Le miré—. A la mayoría de las mujeres les basta con ser bonitas y tener muchos vestidos para sentirse satisfechas.

—Bueno, no puedo ayudarte con los vestidos —rió—, pero sí puedo decirte que eres bonita. Muy bonita, de hecho. Es hora de volver.

Cuando regresábamos a casa tras dejar las cuerdas, Donald comentó de repente:

—Voy a echar de menos nuestros paseos matutinos.

—Yo también —dije desde el fondo del corazón.

Se inclinó y me dio un beso en la mejilla.

—Adiós, Anni. Ven a vernos pronto. Eres una joven muy especial y ha sido un placer conocerte.

Mi corazón cantó de alegría durante todo el trayecto hasta nuestro colegio de Eastbourne. Ni siquiera el parloteo de Indira sobre las ganas que tenía de ver a Celestria y al resto de las chicas, o la idea de volver a sentirme recluida y sola, consiguieron hundirme el ánimo.

Pues había conocido a alguien a quien yo le gustaba simplemente por cómo era. Donald y yo éramos amigos, nada más. O por lo menos eso intentaba decirme, si bien el recuerdo de sus labios en mi mejilla contaba otra historia a mi corazón.

15

Durante los siguientes dos años la guerra continuó haciendo estragos en Europa, e Indira y yo no pudimos regresar a la India. Yo pasaba las vacaciones en el colegio e Indira en casa de sus diferentes amigas. No me importaba, pues eran muchas las alumnas que se hallaban en mi misma situación, incluida mi amiga Charlotte. Yo aprovechaba el tiempo estudiando para el examen de graduación.

Indira y yo celebramos nuestro decimosexto cumpleaños en el colegio con una sencilla merienda de bizcochos que sabían a piedra por el huevo en polvo. Indira se enfadaba y reconciliaba con sus amigas, y cada vez que alguna le decía algo desagradable acudía a mí en busca de consuelo. Yo había aceptado finalmente ese vaivén en nuestra relación, pues sabía que cuando su seguridad flaqueaba, Indira volvía a mí para que la confortara.

Por mucho que eso me doliese, me decía a mí misma que mi lugar en su vida me estaba proporcionando la educación que mi padre siempre había deseado para mí. Era una de las alumnas más inteligentes de la clase o, por lo menos, la más estudiosa y trabajadora, y los profesores empezaron a hablarme de la universidad. Como es lógico, no podía pagarla, pero me reconfortaba saber que tenían tan buena opinión de mí.

La Navidad de 1916 la pasamos en Astbury. La recuerdo como un período triste. Tal como había vaticinado, Selina había recibido la noticia de que su marido había muerto en Francia en octubre. Una casa en duelo no era un lugar donde esperar celebraciones.

Selina parecía delgada y pálida en sus ropas de luto. Cuando me vio alcanzó a esbozar una sonrisa.

—Hola, querida Anni, cuánto me complace ver tu alegre rostro en Astbury.

Al día siguiente por la tarde me buscó y me propuso dar un paseo.

—Lo sentí mucho cuando me enteré de la muerte de su marido, lady Selina —dije mientras caminábamos por el jardín colmado de escarcha. Una niebla espesa había descendido y el débil sol invernal empezaba a retirarse ante el rápido avance de la noche.

—Gracias. Por el momento me cuesta entenderlo. Hugo era tan joven, Anni. Tenía toda una vida por delante, y ahora... —hizo una pausa—, ya no está. Mi madre insiste en que busque consuelo en Dios y la oración como ella, pero si te soy franca, no hago sino repetir palabras huecas, carentes de significado. No puedo animarme a entrar en la capilla. ¿No es terrible reconocer que ahora, cuando más la necesito, mi fe parece haberme abandonado?

—En absoluto. A veces no podemos entender por qué nos es arrebatado un ser querido —convine—. Pero aunque los dioses le quitaron, también le dieron. Tiene una hija preciosa, y dentro de ella hay una parte de Hugo.

—Sí, y doy gracias a Dios, o a los dioses si lo prefieres, por ella —dijo quedamente Selina—. Pero ¿sería terrible reconocer también que la muerte de Hugo me ha dejado viuda a los veintidós años y viviendo de nuevo en Astbury Hall, con mi madre como única compañía y pocas probabilidades de escapar en el futuro?

—Lady Selina, la vida le dará otra oportunidad de ser feliz, se lo prometo —dije con la intuición súbitamente en guardia. No era el momento adecuado para decirle que un nuevo amor la aguardaba a la vuelta de la esquina, pero mi alma sabía que así era.

—¿De veras lo crees, Anni?

—Sí. Y recuerde que no es necesario rezar en una iglesia cada día. Todos somos parte de Dios. Dios está dentro de cada uno de nosotros. La escuchará esté donde esté.

—Gracias, querida Anni. —Selina posó su mano enguantada en la mía

mientras regresábamos a casa, listas para escapar del frío.

Esa Navidad no hubo paseos matutinos a caballo. Donald había sido reclutado unas semanas antes y estaba recibiendo adiestramiento militar con su batallón en algún lugar.

Una gélida mañana de diciembre, mientras desayunaba en la cocina, me fue entregada una carta a mi nombre.

Barracones de Chelsea

Londres

19 de diciembre de 1916

Querida Anahita:

Espero que no te importe que te escriba. No se me ocurría nadie más a quien poder confiar mis pensamientos más íntimos. Mi adiestramiento (o las escasas semanas marchando y aprendiendo a disparar un fusil) ha terminado y mañana mis compañeros y yo seremos enviados a un destino no desvelado, que todos sospechamos es Francia. Naturalmente, he escrito a mi madre y mi hermana para informarles de mi inminente partida y me he esforzado por sonar valiente y fuerte.

Aunque todos mis compañeros están impacientes por pelear en las trincheras, sé que todos estamos eludiendo el hecho de que muchos de nosotros no volveremos. Mientras te escribo esta noche, apenas unas horas antes de partir, quiero que sepas, Anni, que todavía no quiero morir. O vivir, como tienen que hacer tantas pobres almas, lisiado para siempre.

Te pido perdón, es la primera vez que escribo una carta como esta. Pero sé, por lo que los sirvientes cuentan de ti y por nuestros momentos a solas, que podrías tener ciertos poderes. Si es así, Anni, te ruego que me envíes lo que puedas para protegerme. Si me dices que estaré bien, sé que así será. Tú eres mi talismán.

¿Podrías responderme a la dirección que aparece arriba? Me gustaría mucho saber de ti. Confío en que no pienses que soy menos hombre o un cobarde por escribir esto. No dejo de pensar en aquellas gloriosas mañanas soleadas que paseábamos juntos en el arroyo, llenas de paz. Quizá sea un egoísta, pero quiero disfrutar de más días como aquellos.

Te ruego que no desveles el contenido de esta carta. Espero que estés

bien. Y por favor, reza por mí.

Afectuosamente,

DONALD ASTBURY

Leí y releí la carta de Donald incontables veces, después salí a dar un paseo por los jardines. Sabía que si Donald estaba destinado a dejar pronto este mundo, lo sentiría, lo oiría. Y... no sentía nada. Absolutamente nada.

La dicha inundó mi corazón, pues ahora sabía que Donald sobreviviría a su terrible experiencia y regresaría a casa ileso.

Por tanto, era capaz de escribir con una fe plena la carta que habría redactado tanto si hubiera intuido malas noticias como si no.

Astbury Hall

Devon

30 de diciembre de 1916

Querido Donald:

Gracias por tu carta.

No tengas miedo, por favor. Estoy completamente segura de que aún no ha llegado tu hora de abandonar este mundo. Espero verte pronto, cuando regreses de Francia.

Atentamente,

Anahita Chavan

Ni siquiera las amigas de Indira pudieron ir a Astbury durante las vacaciones de Navidad. El racionamiento de la gasolina prohibía los trayectos largos desde los condados del sur, donde vivía la mayoría. En Nochevieja, dada la atmósfera lúgubre del salón, Indira decidió unirse a mí y a los sirvientes abajo. Había un piano donde la señora Thomas improvisó viejas canciones inglesas. Sin duda, cuando 1916 dio paso a 1917 aquel era el lugar más alegre de la casa.

Una noche, después de Año Nuevo, llamaron a mi puerta del desván.

—Adelante.

Indira entró con los ojos enrojecidos por el llanto y abrió los brazos. Reacia a salir de la cama —en el ático no se encendían las chimeneas—, me eché una manta encima y caminé hasta ella.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Oh, Anni, añoro tanto a mamá y a papá... Y también echo de menos la India. Odio este país. Es aburrido y frío. ¡Me siento tan huérfana como tú!

—Estoy segura de que la guerra acabará pronto y podrás ver a tu familia —la consolé.

—Y... oh, Anni, me he dado cuenta de que he sido muy cruel contigo al ignorarte y —Indira señaló la habitación— hacerte dormir en este gélido desván y no decirle nada a lady Astbury. Oye —dijo tiritando—, ¿por qué no bajas conmigo y duermes en mi cama? Por lo menos la chimenea está encendida, y así podremos hablar.

Accedí a sus deseos, como siempre, y una vez estuvimos envueltas en las mantas frente al fuego de su dormitorio, Indira lo miró fijamente y suspiró.

—¿Sabes? Cada noche sueño con el palacio. Antes no sabía valorarlo, y tampoco a ti —añadió—. Sé que he sido una amiga cruel, y es probable que sea una mala persona. ¿Podrás perdonarme, Anni?

—Claro que sí. —Le sonreí.

—Volveremos a la India algún día, ¿verdad?

—Por supuesto. Todo el mundo dice que estamos ganando y que la guerra terminará pronto.

—¿Sabes? —Indira suspiró—. En realidad mi sitio no está en Inglaterra, sino en la India. No imaginas cuánto la añoro. Pretty debe de estar pensando que la he abandonado para siempre.

El recuerdo de su elefanta provocó otro torrente de lágrimas.

—Puede que esta guerra nos esté enseñando a todos a pensar en lo que tenemos en lugar de en lo que nos falta —la tranquilicé.

Me miró con sus ojos ambarinos.

—Eres tan sabia, Anni... Mamá me dijo que debía escucharte siempre, y quizá tuviera razón.

—No es sabiduría, Indy, es aceptación. Hay cosas que no podemos cambiar por mucho que lo intentemos.

—Además —Indira se mordió el labio—, estaba pensando que es posible que mi príncipe me haya olvidado.

—Como te dije, si estáis destinados a estar juntos, lo estaréis.

—Tienes razón —convino Indira—. Anni, ¿te importaría dormir esta

noche conmigo? No quiero estar sola.

—Está bien.

Nos acurrucamos en la gran cama de Indira como cuando éramos niñas.

—¿Estás segura de que me perdonas, Anni? —me preguntó cuando apagué la luz.

—Te quiero, Indy, siempre te perdonaré.

Fiel a su palabra, cuando regresamos al colegio Indira empezó a pasar mucho más tiempo conmigo que los trimestres anteriores. Eso se debía, en parte, a que habían sacado del colegio a Celestria, su mejor amiga. Ahora existía una posibilidad real de que Inglaterra fuera bombardeada y su madre quería a su hija a salvo en su casa. Otras chicas habían abandonado también el colegio, y aunque Londres había sido el principal objetivo de los ataques aéreos hasta el momento, el país al completo vivía en un estado constante de miedo y tensión.

En Semana Santa hicimos la maleta con la intención de tomar un tren a Dartmoor y pasar allí las vacaciones. De ahí nuestra sorpresa cuando el último día del trimestre nos recogió un chófer en un Rolls-Royce.

—¿Adónde vamos? —preguntó Indira, pues no conocía las carreteras lo suficientemente bien para saberlo.

El chófer no contestó, y no fue hasta que nos adentramos en las calles familiares de Londres que la cara de Indira se iluminó con una sonrisa. Cuando el coche se detuvo delante de la casa de Pont Street, se apeó de un salto y subió los escalones de dos en dos.

La puerta se abrió y ahí estaba la maharaní en persona.

—¡Mamá!

Indira se arrojó a los brazos de su madre.

—¡Sorpresa! —dijo la maharaní abrazando a su hija—. No quería decirte nada hasta que el barco hubiese atracado sin contratiempos en Inglaterra, lo que no sucedió hasta ayer.

—Pero ¿cómo lo has conseguido? Pensaba que era imposible viajar, que las tropas habían requisado todos los barcos —dijo Indira mientras entrábamos.

—Te lo contaré todo más tarde. ¡Ha sido una auténtica aventura! —La

maharaní rió y su mirada se posó finalmente en mí—. ¡Anni, cómo has crecido! Caramba, Indira, nuestra Anni se está convirtiendo en una belleza.

Pasé por alto su observación, considerándola un cumplido cortés, y las seguí hasta el elegante salón, en cuya chimenea ardía un fuego acogedor.

—Mamá, cuéntame cómo has conseguido llegar a Inglaterra —suplicó Indira mientras nos sentábamos y la maharaní llamaba a la criada para que nos sirviera el té.

—Dije que necesitaba viajar por un asunto muy urgente. Expliqué al residente que mi hija menor estaba gravemente enferma y que tenía que ir a Londres como fuera. Así que el capitán de uno de los barcos de las tropas indias me aceptó a bordo tras advertirme, muy severo, que no podía garantizar mi seguridad —la maharaní sonrió, claramente satisfecha con la aventura— y ¡que a lo mejor tendría que dormir en una hamaca al lado de los soldados! Naturalmente, al final me encontraron un alojamiento bastante más cómodo y por las noches cenaba de maravilla con el encantador capitán y sus oficiales.

—¡Mamá, podrían haberte matado! —gimió Indira con los ojos como platos—. ¿Tienes idea de cuántos barcos se han perdido ya?

—Lo sé, *pyari*, pero no podía pasar otro día sin ver a mi hija. Además, el barco hizo la travesía a toda máquina para poder traernos sin incidentes. Hemos tardado la mitad de tiempo. ¿Y cómo estáis vosotras? —Me miró y se volvió de nuevo hacia su amada hija.

—Anni y yo hemos sido tan desgraciadas como las aves en la estación de los monzones —se quejó Indira—. La comida es horrible, el frío insoportable y la gente desdichada. Mamá, creo que no sabes cómo es realmente Inglaterra. Es un país espantoso y gris. Estoy deseando volver a casa.

—Las cosas también están difíciles en la India. Muchos de nuestros jóvenes están luchando por Inglaterra en la guerra. —La maharaní suspiró—. Son tiempos inquietantes y difíciles para todos. Pero —dijo, reponiéndose— debemos intentar pasarlo bien, y mientras estemos en Londres, eso es justamente lo que haremos.

Haciendo honor a su palabra, llenó la casa de invitados extraídos de un Londres hambriento de diversión, invitados dispuestos a disfrutar del estilo

opulento de la maharaní. Ofrecía cenas y cócteles, aunque de dónde obtenía manjares como huevos de codorniz, salmón ahumado y caviar en un Londres en guerra, lo ignoro.

A la maharaní le horrorizó el estado de mi ropero, que no había sido repuesto en casi dos años. La mayor parte de la ropa se me había quedado pequeña, de modo que me llevó con Indira a Harrods para que compráramos lo que quisiéramos. Esta vez me descubrí mucho más interesada en la sección de ropa femenina. Sin llegar a estar de acuerdo con el cortés cumplido de la maharaní de que me había convertido en una «belleza», hasta yo me daba cuenta, cuando me probaba los bonitos vestidos y me miraba en el espejo, que la redondez de la adolescencia había dado paso a una figura bien formada y bastante aceptable.

—¡Anni, debiste escribirme! —me reprendió una vez más la maharaní—. Por favor, que en el futuro no te dé vergüenza pedir lo que necesites.

La maharaní también me envió a un oculista para hacerme unas gafas nuevas y reemplazar las viejas, que yo misma había reparado torpemente con alambre de fusible cuando se me rompieron. Indira y yo tuvimos un bien merecido corte de pelo y salimos de la peluquería orgullosas con la moderna melena corta. También recibimos nuestra primera sesión de manicura de la mujer que venía a casa para atender a la maharaní. Esa noche, cuando bajé a cenar con mi vestido de seda nuevo de Harrods, creo que hasta yo coseché algunas miradas de admiración de los invitados.

La dicha se apoderó de Indira cuando, en mitad de las vacaciones, el príncipe Varun apareció en una de las veladas de la maharaní. Estaba en Londres en un permiso de su regimiento de dos semanas.

Desde la última vez que se vieron, Indira se había convertido en una joven increíblemente bella. Esa noche, en la mesa, los observé con detenimiento, preguntándome si alguien más notaba la química que había entre ellos.

Esa noche, después de la cena, Indira entró en nuestro dormitorio justo cuando me estaba deslizando entre las sábanas. Los ojos le brillaban y todo su cuerpo vibraba de emoción.

—¿No es guapísimo, Anni? —dijo tumbándose en su cama y cerrando los

ojos con expresión soñadora.

—Sí.

—¿Y adivina qué? Quiere volver a verme mientras está en Londres. ¿Puedes creerlo? —Juntó las manos con deleite—. Está claro que mamá no me dejará ir sola. Anni, cariño, ¿tú me acompañarías a tomar el té al Ritz y me dejarías sola en la entrada mientras te vas a pasear una hora? Por favor —me suplicó—, no tengo ni idea de cuándo volveremos a vernos. He de ir.

—Eso es imposible, Indy. Sabes perfectamente que no puedes ser vista a solas con un hombre en público. Eres una princesa, esas son las reglas.

—¡Me da igual! —Enterró la cara en la almohada. Al rato volvió a mirarme con un brillo travieso en los ojos—. Dudo que podamos hacer mucho delante de una taza de té y unos emparedados de pepino, ¿no crees? A menos que me lleve arriba, claro...

—¡Por favor, no digas esas cosas! —exclamé poniendo los ojos en blanco—. Si tu madre lo descubre, algo más que probable porque tiene espías por todas partes, nos meteremos en un buen lío.

—Eso no es nuevo para mí. ¿Qué puede hacer? ¿Imponerme de nuevo el purdah? Te lo ruego, Anni, di que me cubrirás, solo esta vez.

—Está bien —suspiré hondo—, solo esta vez. Y solo una hora.

—¡Gracias! —Habiéndose salido con la suya, se arrojó a mis brazos—. Realmente eres la mejor amiga del mundo.

Al día siguiente por la tarde nos vestimos de manera acorde para tomar el té en el Ritz y pedimos al chófer que nos llevara. Sentada a mi lado en el asiento de atrás, Indira era un manojo de nervios.

—¿Has entendido el plan, Anni? Le diremos al chófer que nos recoja a las cuatro y tú harás ver que entras, pero me dejarás en la entrada.

—Sí. —Fruncí el entrecejo, pues era la enésima vez que me lo recordaba—. Buena suerte —le dije cuando nos apeamos delante de la espléndida entrada del Ritz y vi al chófer alejarse.

Indira me lanzó un beso antes de entrar. Giré sobre mis talones y puse rumbo a Green Park sin demasiadas ganas de pasar una hora sentada sola en el frío de un día de primavera en Londres. Miré hacia el otro lado de la calle y vislumbré un elegante edificio de piedra que se anunciaba como la Royal

Academy of Arts. Crucé y examiné el tablón expuesto fuera. Por lo visto había una exposición de artistas noveles, de modo que atravesé el gran pórtico y subí la escalinata. Una vez dentro, me acerqué al mostrador situado en medio del impresionante vestíbulo.

—Me gustaría ver la exposición. ¿Cuánto cuesta? —pregunté a la mujer sentada detrás.

—¿Es socia de la Royal Academy?

—No. ¿Hay que serlo?

Tras una pausa, respondió:

—Sí.

—En ese caso lamento haberla molestado —dije, y me encaminé a la salida todo lo elegantemente que pude.

En ese momento, las dos mujeres inglesas que habían estado haciendo cola detrás de mí se acercaron al mostrador. La recepcionista les preguntó si eran socias y, como yo, contestaron que no.

—Entonces son cinco chelines por persona —respondió la recepcionista.

Las mujeres pagaron y entraron.

Ese momento, sin el manto de la realeza india sobre los hombros, constituyó mi primer encuentro con el prejuicio racial en Gran Bretaña, el país que llevaba más de ciento cincuenta años gobernándonos. Y, desgraciadamente, no iba a ser el último.

Después de eso pasé las tres tardes siguientes tiritando en Green Park mientras Indira se veía con su príncipe. Aunque Fortnum & Mason y los entretenimientos de Piccadilly estaban a un tiro de piedra, la reacción de la mujer de la Royal Academy me había amedrentado tanto que no me atrevía a aventurarme sola. Comprendí lo extraña que debía de resultar sin el resto del séquito real: con mi cara y mi cuerpo morenos dentro de ropas occidentales, atraía las miradas de la gente que pasaba frente a mi banco en el parque. Yo bajaba la vista hasta mi nuevo amigo, Thomas Hardy, y me concentraba en *Lejos del mundanal ruido*.

Cuando Indira y yo nos reencontrábamos a la hora convenida frente a la entrada del Ritz y subíamos al coche para volver a casa, su estado emocional y el mío no podían ser más diferentes: ella ilusionada con su primer amor, yo

cada vez más consciente de que no pertenecía a ningún lugar.

—Oh, Anni —trinaba mientras yo escuchaba por enésima vez el torrente de superlativos sobre el príncipe—, estoy tan enamorada. ¡Y hoy me ha dicho que está enamorado de mí!

—Me alegro mucho por ti, Indy, pero... —yo había hecho mis propias indagaciones sobre el príncipe de Indira—, está casado y lo sabes.

—¡Claro que lo sé! Es un príncipe, a fin de cuentas. Ya le habían buscado esposa antes de que aprendiera a andar. Pero es un matrimonio concertado, no por amor.

—Tan concertado como tu compromiso con el maharajá de Dharampur —le recordé bruscamente—. Y seguro que no soportarías ser la segunda esposa. Además, las dos sabemos que el trato entre tu padre y tu madre es especialmente moderno. El príncipe Varun probablemente esperaría que te quedaras en el palacio, obedeciendo el purdah, cuando él estuviera de viaje.

—Tal vez al principio, para salvar las apariencias —replicó Indira—, pero luego le gustaría que me convirtiera en su compañera y viajara con él, igual que hace mamá con papá.

—¿Me estás... —me aclaré la garganta— me estás diciendo que tú y el príncipe Varun habéis hablado de matrimonio?

—¡Por supuesto, Anni! Quiere casarse conmigo. Hoy me dijo que desde la primera vez que me vio supo que un día nos casaríamos.

La miré conmovida. Lo que Indira me estaba contando era ridículo. Ella ya se encontraba prometida a otro hombre, y un matrimonio concertado años atrás entre dos principados y las familias dirigentes no podía romperse así como así.

También sabía que Indira estaba acostumbrada a salirse con la suya, pero eso era excesivo incluso para ella. Para colmo, me sentía enfadada conmigo misma por haber contribuido a su idilio.

—Indy, por favor —supliqué—, sabes muy bien que el príncipe Varun y tú nunca podréis estar juntos.

—¡Ni se te ocurra decir eso! —espetó irritada—. Por supuesto que podremos, el amor lo puede todo...

Como ocurría cada vez que no estaba de acuerdo con sus opiniones y

sentimientos, Indira se distanció de mí. Me negaba a seguir formando parte de su engaño, pero sabía que por las tardes, cuando le decía a su madre que salía a ver a una amiga, se reunía con el príncipe. Yo estaba deseando regresar al colegio para sacar a Indira de Londres.

Una semana después Varun regresó con su regimiento e Indira cayó en una profunda depresión. Se negaba a salir de la habitación con el pretexto de que estaba enferma.

Dos noches antes de volver al colegio, la maharaní me convocó en el salón.

—Querida Anni, creo que ha llegado el momento de hablar de tu futuro.

—Sí, alteza.

—Siéntate, por favor. —Señaló la butaca situada frente a la chimenea, que siempre mantenía encendida—. ¿Té?

Acepté una taza y esperé a oír lo que tenía que decir.

—Indira todavía no lo sabe, pero voy a llevármela a la India cuando me marche dentro de unos días. Su enfermedad de estos últimos días me ha hecho decidirme. Quiero que mi familia esté unida durante estos tiempos difíciles y la India, al menos por el momento, es un lugar seguro. A diferencia de mi hija —sonrió—, sé que te va muy bien en el colegio. Leo todos tus informes, ¿sabes? Eres una chica inteligente, algo de lo que ya me di cuenta cuando eras una niña, y una excelente influencia para Indira.

Conteniendo el rubor, me reprendí por el engaño de las dos últimas semanas.

—Gracias, alteza.

—Anni, ha llegado la hora de preguntarte qué quieres hacer. Dentro de unas semanas te graduarás y terminarás tu educación oficial. En el caso de Indira —la maharaní suspiró— eso importa poco. Dentro de dieciocho meses se casará con el maharajá de Dharampur. En mi casa, naturalmente, siempre habrá un lugar para ti, y no dudo de que a Indira le gustaría que la acompañases a su nuevo palacio cuando se case. No obstante, Anni, creo que debería preguntarte si deseas regresar a la India con nosotras o prefieres quedarte en Inglaterra y completar tus estudios.

—No lo sé, alteza.

—Por otro lado, he recibido una carta de lady Selina desde Astbury Hall. Como bien sabes, es una vieja amiga de Minty, mi hija. Dice que la ayudaste a dar a luz a su hija.

—Así es, alteza.

—Bien, si decides quedarte en Inglaterra —continuó la maharaní juntando las yemas de unos dedos perfectamente cuidados—, Selina te ha ofrecido un puesto en Astbury Hall cuidando de su hija. Al parecer le está costando mucho encontrar una buena niñera durante esta crisis.

Reconozco que mi corazón saltó ante la idea de vivir en la misma casa a la que Donald regresaría algún día, cuando la guerra terminara.

—Es muy amable de su parte, y lo meditaré, desde luego.

—La elección, por supuesto, es tuya —prosiguió la maharaní—, pero creo que quizá podrías aspirar a ser algo más que una mera niñera.

Sabía que solo disponía de unos instantes para asimilar lo que me estaba diciendo. Esa mujer, que no estaba obligada a preguntarme qué deseaba para mi futuro, pero poseía la gentileza y la integridad para hacerlo, me estaba ofreciendo mi libertad.

—Echo mucho de menos la India —respondí con franqueza— y si me quedara aquí también echaría de menos a Indira. Es como una hermana para mí.

—Todos echamos de menos la India y a nuestros amigos cuando estamos lejos —convino la maharaní—, pero la vida que tendrías allí como mujer quizá no te gustaría. Aunque a mi hija le doliera perderte, yo no querría verte recluida en un zenana el resto de tu vida, sin poder utilizar esa cabeza tan inteligente que posees. Y disculpa mi sinceridad —suspiró la maharaní—, pero aunque intentaré por todos los medios ayudarte, tus probabilidades de encontrar marido son... reducidas.

—Lo sé.

—Así pues, eres tú quien debe elegir, Anni. Me alegraré si decides quedarte en Inglaterra y terminar tus estudios, pues creo que sería injusto que no lo hicieras después de lo mucho que te has esforzado, tanto como si decides regresar a la India con Indira y conmigo. Tu pasaje ya está reservado, pero puedo cancelarlo.

—Alteza, necesito un poco de tiempo para pensarlo —respondí.

—Por supuesto. Hablaremos mañana por la mañana. Confiemos en que Indira se haya recuperado de su enfermedad y pueda viajar.

—Sí.

Cuando me encaminé a la puerta, la maharaní me siguió y posó una mano en mi hombro.

—Recuerda, Anni, que conozco muy bien a mi hija. Se parece demasiado a mí. Piensa con el corazón.

Sabía que la maharaní me estaba diciendo que se hallaba al corriente del encaprichamiento de Indira con el príncipe Varun y que tomaría cartas en el asunto. No dudaba de que esa era en parte la razón de que quisiera llevarse a Indira con ella, y me alivió sobremanera que me liberara de ese peso.

Esa noche, mientras Indira dormía, paseé sigilosamente por la habitación abrumada por el sentimiento nuevo y extraño de tomar mis propias decisiones. Mi destino estaba en mis manos. Quedarme en Inglaterra y terminar mis estudios constituía un paso valiente, mientras que si regresaba a la India con la maharaní e Indira contaría con el escudo protector de la familia real. Pensé en lo sucedido en la Royal Academy of Arts y me recorrió un escalofrío. Por otro lado, si el matrimonio acordado para Indira se celebraba, mi futuro, tal como había señalado sutilmente la maharaní, se limitaría a los confines del nuevo zenana de Indira. Y seguramente me quedaría soltera el resto de mis días.

En Inglaterra, en cambio, sería libre y además —me obligué a reconocerme a mí misma la razón de que el puesto que Selina me había ofrecido me pareciera tan tentador— estaba Donald.

Sabía que éramos solo amigos y comprendía que, dadas nuestras circunstancias, nunca podríamos ser algo más. Pero si regresaba a la India no volvería a verlo.

Finalmente hice lo que cualquier persona joven hace cuando ha de tomar una decisión difícil: pedí consejo a mis padres. Me senté en el suelo con las piernas cruzadas, levanté la vista al cielo y les pregunté qué debería hacer su hija. Luego aguardé su respuesta...

—He decidido que quiero quedarme en Inglaterra y terminar mis

estudios.

La maharaní sonrió.

—Sospechaba que esa iba a ser tu respuesta, Anni.

—Creo... —Era la primera vez que expresaba los pensamientos que llevaban tiempo ocupando mi mente y se habían cristalizado esa noche, después de pedir consejo a mis padres— creo que me gustaría formarme como enfermera.

—Me parece que esa profesión se te daría muy bien, dadas tus aptitudes.

—La maharaní esbozó una sonrisa dulce y tranquilizadora.

—¿Y la princesa Indira? Llevamos casi seis años juntas. No quiero que sienta que la estoy abandonando.

—Las dos sabemos que el corazón de mi hija está en otro lugar en estos momentos. No ve ni siente nada más.

—Sí —dije, y compartimos un instante de entendimiento mutuo.

—Déjamela a mí, Anni. Yo me encargaré de ella. Creo que está bien que quieras forjarte una vida propia. Te enviaré una asignación mensual para cubrir tus necesidades y, si lo deseas, escribiré a Selina para decirle que te gustaría aceptar su oferta.

—Sí, alteza, pero solo para el verano —puntualicé—. Después me gustaría ingresar en el Destacamento de Ayuda de Voluntarios en calidad de enfermera y ayudar en el esfuerzo bélico.

—Eso es admirable, Anni, y te preparará para el futuro. Entonces ¿estás decidida?

—Sí. Nunca podré agradecerle lo bastante todo lo que ha hecho por mí. Ha sido muy generosa y amable conmigo. —Los ojos se me llenaron de lágrimas y me mordí el labio para frenarlas.

—Mi querida Anni, recuerda que le prometí a tu madre que cuidaría de ti cuando te dejó conmigo. Quiero que tengas siempre presente que estoy aquí en su lugar. Si necesitas algo, lo que sea, prométeme que me escribirás, pues no sé cuánto tiempo pasará antes de que volvamos a vernos. Ven.

La maharaní me abrió los brazos y me sumergí en ellos.

—Te quiero como a una hija, querida Anni. Nunca temas pedirme ayuda si la precisas en el futuro.

—Gracias, alteza —susurré con lágrimas en los ojos.

Di gracias al cielo por haber traído a esa mujer maravillosa —una combinación tan inusual de poder y bondad— a mi vida. En ese momento me sentí verdaderamente afortunada.

Tal como la maharaní había vaticinado, Indira no estaba especialmente contrariada cuando le dije que había decidido quedarme en Inglaterra y regresar al colegio para graduarme.

—¿Me escribirás? —me preguntó—. ¿Cada día?

—Puede que cada día no, porque estaré estudiando mucho —dije sonriendo—, pero con mucha frecuencia, seguro.

Mientras me cerraban y bajaban la maleta, me miró fijamente a los ojos.

—Pensaba que odiabas Inglaterra. ¿Por qué demonios quieres quedarte?

—Porque sé que es lo que debo hacer —respondí.

No fue hasta después de besar a la maharaní y abrazar a Indira por última vez antes de subir al asiento trasero del coche que debía alejarme de ellas — puede que para siempre— que tomé conciencia de la enormidad de mi decisión.

Astbury Hall 2011

16

Sentado en el coche, en la cuneta de la estrecha carretera que cruzaba Dartmoor, Ari golpeó el GPS con el puño, presa de la frustración. No porque pensara que eso iba a ayudarle; la señal se había vuelto loca diez minutos antes, coincidiendo más o menos con la última vez que había visto algún tipo de letrero. Estaba totalmente perdido.

Sin nada mejor que hacer, se apeó del coche y aspiró el aire fresco de los páramos. Era un día caluroso para Inglaterra, y a medida que escudriñaba el paisaje ondulante fue apreciando la belleza que su bisabuela describía tan vívidamente en su relato. Lo que más le llamaba la atención era la quietud; apenas un soplo de brisa, el silencio roto únicamente por la llamada de un gavián sobrevolando el páramo escabroso y despoblado. Dudaba de que hubiese cambiado desde la última vez que Anahita estuvo ahí.

Su frenética agenda de trabajo en Londres, sumada al desfase horario, le había impedido terminar el relato. No obstante, lo que había leído en el avión había conseguido despertar su curiosidad lo suficiente para alquilar un coche, viajar hasta Devon y ver Astbury Hall con sus propios ojos. Antes incluso de llegar a su destino, ya había empezado a elucubrar sobre lo que había sucedido allí.

Mientras oteaba los páramos cayó en la cuenta de que los próximos días serían lo más parecido a unas vacaciones que había tenido en los últimos quince años. Aunque descubriera que no valía la pena seguir el rastro del relato de su bisabuela, por lo menos dispondría de tiempo para aclarar sus

ideas antes de regresar a la India y hacer frente a lo mal que había conducido su vida.

«Porque... también es tu futuro.»

Había rememorado las últimas palabras de Anahita esa mañana, camino de Devon.

Regresó al coche y puso en marcha el motor. No le quedaba más remedio que continuar hasta que tropezara con algún pueblo donde poder pedir indicaciones. Por una vez no tenía un plazo de entrega que cumplir, así que, reclinándose en su asiento, se relajó y empezó a disfrutar del paisaje.

Una hora más tarde se detuvo delante de una verja de hierro y observó el camino que se extendía al otro lado. Desde la carretera no se veía ningún edificio, pero reparó en que la verja estaba cerrada a cal y canto y que en uno de sus lados había un guardia de seguridad. Mientras se preguntaba qué hacer, una furgoneta blanca avanzó hacia la verja desde el otro lado. El guardia asintió y le abrió.

—¿Todo bien, colega? —preguntó el conductor de la furgoneta al pasar junto a Ari.

—Sí. Esto es Astbury Hall, ¿verdad?

—Sí, y más difícil de encontrar que una aguja en un pajar. Vine a dejar una remesa de cable y tardé casi una hora en dar con la casa. ¿Ha venido por el rodaje?

—Sí —mintió Ari.

—Si busca a Steve Champion, el director de producción, tire recto por el camino y cuando llegue a la casa, gire a la derecha. Lo encontrará en el patio.

El conductor arrancó. Cuando la verja empezó a cerrarse, Ari tomó una decisión y se apresuró a cruzarla.

—Me han dicho que encontraré a Steve Champion en el patio —dijo al guardia de seguridad.

El guardia asintió con indiferencia y le indicó que avanzara. Mientras atravesaba los jardines, Ari supuso que la finca se empleaba ahora con fines comerciales, probablemente como hotel o centro de congresos. Por lo menos ese había sido el sino de muchos de los antiguos grandes palacios de la India.

Cuando Astbury Hall apareció al fin ante sus ojos no fue únicamente su

majestuosidad lo que le cortó la respiración. Congregado en la escalinata, había un grupo de hombres con chistera y frac y mujeres con vestidos de noche de época. Frente a la casa había un Rolls-Royce antiguo, y a su lado un hombre con un uniforme de chófer desfasado.

Ari redujo la velocidad y pestañeó con fuerza, pues la escena era de otra época. No fue hasta que reparó en las cámaras que rodeaban al grupo que comprendió que el hombre de la furgoneta se había referido al rodaje de una película.

Alguien le hizo señas urgentes para que doblara a la derecha. Por lo visto estaban filmando una escena. Ari desembocó en un patio lleno de actividad. Tras encontrar un hueco para el coche, bajó junto a una larga cola de técnicos y actores disfrazados que esperaba frente a la camioneta del catering. Nadie se fijó en él cuando se abrió paso entre ellos. Entró por una puerta abierta en el costado de la casa, cruzó un vestíbulo y desembocó en una espaciosa cocina vacía.

Observó la larga mesa de pino cubierta de arañazos, los fogones antiguos y el piano vertical arrimado a la pared. Junto a la chimenea había una butaca gastada. Se preguntó si era la misma cocina donde Anahita había estado casi cien años atrás.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó una voz femenina, arrancándolo de su ensimismamiento. Una mujer madura y fornida lo estaba mirando inquisitivamente—. Aquí no damos de comer, cariño. Todo el personal de la película come fuera, en la camioneta del catering. Y detrás de la casa encontrará sanitarios portátiles —añadió.

—Perdone —dijo Ari—, no trabajo en la película.

—Entonces ¿qué hace en mi cocina?

—He venido a ver Astbury Hall.

—No puede, no está abierto al público. —La mujer lo miró desconfiada—. ¿No será uno de esos periodistas? ¿Cómo ha conseguido entrar? Se supone que en la verja hay un guardia de seguridad.

—No soy periodista —contestó enseguida Ari, preguntándose cómo demonios iba a explicar su presencia—. He... he venido por una conexión familiar.

—¿No me diga?

—Sí. Un familiar mío trabajó en Astbury Hall hace muchos años.

—¿Quién?

—Anahita Chavan.

—Nunca he oído ese nombre —respondió la mujer.

—Estuvo aquí hace más de noventa años. He venido a Inglaterra por asuntos de trabajo y me dije que sería interesante ver el lugar del que he oído hablar tanto.

—Y decidió entrar sin pedir permiso.

—Le pido mil disculpas. No estaba seguro de con quién debía hablar. ¿Existe actualmente un lord Astbury?

—Existe, pero está demasiado ocupado para recibirlo sin cita previa.

—Lo entiendo. Entonces quizá podría —Ari sacó una tarjeta del bolsillo de su chaqueta— darle esto. Tiene mi número de móvil y mi dirección de correo.

Mientras la mujer examinaba la tarjeta, Ari se dio cuenta de que había alguien más en la cocina. Se volvió hacia la puerta interna y, de pie junto a ella, vio a una joven alta, guapa y esbelta. Lucía un vestido de época de delicada seda que le caía con elegancia hasta los finos tobillos.

—¿Interrumpo algo, señora Trevathan?

Ari percibió un ligero acento estadounidense.

—En absoluto, querida, el caballero ya se iba. —La mujer mayor se volvió de nuevo hacia Ari—. Lord Astbury no tiene correo electrónico y raras veces utiliza el teléfono. Le aconsejo que haga su solicitud por escrito y la envíe por correo postal a su nombre. Y ahora, señorita Rebecca, ¿qué puedo hacer por usted?

—No tendrá por casualidad un antihistamínico a mano, ¿no? Me pica la nariz y me lloran los ojos. ¿Es época de ambrosías aquí?

—Ignoro qué son las ambrosías, pero junio es, sin duda, la época de la fiebre del heno. El señor también la padece a veces. —La señora Trevathan se acercó a un aparador y de un cajón sacó un estuche de plástico. Dentro encontró una caja de comprimidos y se la tendió a la joven.

—Gracias, señora Trevathan. Me tomaré uno con la comida. Ahora

mismo me toca rodar.

—Lamento haberla molestado —dijo Ari—. Seguiré su consejo y escribiré a lord Astbury. Adiós. —Siguió a la joven hasta la puerta—. ¿Me permite?

—Gracias —dijo Rebecca, examinándolo con sus enormes ojos castaños mientras él abría la puerta.

—No quiero resultar impertinente —dijo Ari cuando salieron al soleado patio—, pero su cara me suena. ¿Es posible que nos hayamos visto antes?

—Lo dudo —respondió ella—. Mucha gente cree conocerme. ¿Es del equipo de producción?

—No, estoy aquí por un asunto familiar. Un miembro de mi familia trabajó en la casa hace mucho tiempo. Me gustaría que lord Astbury accediera a recibirme, pero presiento que no va a ponérmelo fácil.

—La señora Trevathan lo protege demasiado, por lo que es probable que su presentimiento sea acertado —contestó la joven al tiempo que se detenían junto al coche de Ari.

—Es una lástima, la verdad, porque lord Astbury podría encontrar interesante una parte de la historia de su familia que no conoce. En fin, seguiré el consejo de la mujer de la cocina y se lo explicaré por escrito.

—Yo veo a lord Astbury a menudo. Podría mencionarle que estuvo aquí.

—Sería una gran ayuda, porque dudo que me quede en Inglaterra muchos más días. —Ari sacó un bolígrafo y otra tarjeta de su cartera y anotó algo en ella—. ¿Puede darle esto? Este soy yo, Ari Malik, y este es el nombre de mi bisabuela, el miembro de mi familia que trabajó aquí. Quién sabe, puede que lord Astbury haya oído hablar de ella.

La joven estudió la tarjeta mientras Ari abría la portezuela del coche.

—Anahita Chavan. Me aseguraré de que le llegue, señor Malik.

—Gracias. —Instintivamente, Ari alargó el brazo hasta el asiento trasero del coche y cogió la carpeta de plástico que contenía el relato de su bisabuela. Separó las hojas que ya había leído y se las tendió—. ¿Podría darle esto también? Es una fotocopia de una parte del relato de mi bisabuela. Cuando menos, constituye una visión fascinante de Astbury Hall y de sus residentes en la década de 1920.

—Justo la época de la historia que estamos filmando aquí —observó ella aceptando las páginas—. ¿Desvela algún secreto vergonzoso de los Astbury? Estoy segura de que esta casa esconde algunos misterios.

—Todavía no he llegado al final de la historia, pero tengo la impresión de que sí. —Ari sonrió y subió al coche—. Por cierto, no me ha dicho cómo se llama.

—Rebecca Bradley. Hasta pronto, señor Malik. —Y se alejó con una sonrisa, agitando la mano.

Ari la observó por el retrovisor, preguntándose aún de qué le sonaba su cara. Era muy guapa, aunque las rubias no eran su tipo, pensó mientras sacaba el coche del patio y se marchaba en busca de un hotel en las proximidades.

Cuando terminó de rodar por ese día, Rebecca entró en el umbrío estudio que albergaba el único teléfono de la casa. Cerró la puerta, se sentó en la butaca de cuero gastado y marcó el número de Jack. Eran las diez de la mañana en Los Ángeles; a esas horas hasta Jack debería estar en la tierra de los vivos.

—¿Diga? —Su voz sonaba todavía adormilada.

—Hola, soy yo, Rebecca.

—¡Vaya! Estaba empezando a preguntarme si seguías viva.

—Te he dejado varios mensajes en el buzón de voz, Jack. ¿No los has escuchado?

—Sí, desde luego... ¿Cómo estás? ¿Está lloviendo ahí?

—No, ¿por qué?

—Siempre llueve al otro lado del charco, ¿no es cierto?

—No, siempre no —contestó Rebecca, absurdamente irritada por el comentario—. ¿Qué tal todo por ahí?

—Ya sabes, leyendo guiones en busca de un proyecto que merezca la pena. Tengo un par de cosas que pintan bien, pero mi agente no está contento con los papeles.

—Lo siento.

—¿Y qué tal tú, Becks? ¿Me echas de menos?

—Claro. Estoy alojada en una mansión a la que no pueden llegar los

medios. Es muy tranquila. El rodaje va bien y creo que Robert Hope está contento con mi interpretación hasta el momento.

—Bien, bien. ¿Y cuánto tiempo te quedarás?

—Otro mes, creo.

—Es mucho tiempo, cielo. ¿Cómo voy a sobrevivir sin ti?

—Estoy segura de que lo harás, Jack —respondió bruscamente.

—A lo mejor me da por tomar un avión e ir a verte. Después de todo, tenemos planes de que hablar, fechas que decidir.

—Jack... —Rebecca se interrumpió y suspiró para sí. Jack parecía haber olvidado convenientemente que eran los medios los que habían declarado su compromiso, que ella todavía no le había dado una respuesta—. Lo decidiremos sobre la marcha, ¿de acuerdo? Las próximas semanas tengo un plan de rodaje apretado. Ya sabes cómo son estas cosas.

—Lo sé, pero te echo mucho de menos, nena.

—Yo también. Ahora he de dejarte. Intentaré llamarte durante el fin de semana.

—Sí, por favor. Es alucinante que no pueda llamarte cuando me apetezca. ¿Seguro que me has dicho la verdad con respecto a eso de que no hay cobertura?

—Por supuesto, Jack. ¿Por qué iba a mentirte? Oye, ahora he de colgar.

—Vale. Te quiero.

—Y yo a ti. Adiós.

Rebecca colgó, subió a su habitación y se dejó caer en la butaca, frente a la chimenea, con un suspiro. ¿Qué demonios le pasaba? Meses atrás había estado locamente enamorada de Jack, en cambio ahora no tenía ganas de hablar con él y aún menos de susurrarle palabras tiernas o decirle que lo echaba de menos.

Quizá fuera porque había sido acorralada de manera irreversible, pensó. Se sentía atrapada como un ciervo frente a los faros de un coche. Además, en Inglaterra, pasaba su tiempo en compañía de hombres que parecían tomarse mucho menos en serio que Jack.

Rebecca no se había acostumbrado al hecho de que él utilizara más cremas y productos para el cutis que ella. Se rió al imaginarse a lord Anthony

haciendo eso. Su única concesión al acicalamiento personal probablemente fuera la navaja que había tenido desde su primer afeitado.

Se acordó entonces de que debía buscarlo para entregarle la tarjeta del señor Malik y las hojas que le había dado. Miró por la ventana y lo vio en el jardín podando los rosales. Salió del cuarto y bajó a la terraza. Al verla, Anthony cruzó el jardín y subió los escalones.

—¿Qué tal va todo, Rebecca?

—Ha sido un buen día. ¿Y a ti?

—Como siempre —respondió afable.

—¿Te ha mencionado la señora Trevathan que hace un rato vino alguien a verte?

—No. ¿Quién?

—Un joven indio llamado Ari Malik. Nos contó que su bisabuela había trabajado aquí hace muchos años. Me pidió que te diera estas hojas. Las escribió su bisabuela sobre el tiempo que pasó en Astbury Hall a principios del siglo XX. Aquí tienes anotado el nombre.

Rebecca le tendió la tarjeta. Anthony la examinó.

—Anahita Chavan... Me temo que no me dice nada, pero si era una sirvienta su nombre aparecerá en los libros de contabilidad relativos a los salarios del personal que guardo en la biblioteca.

—Puede que encuentres más información en estas páginas. El señor Malik dijo que a lo mejor te gustaría leerlas.

Anthony observó las hojas y Rebecca advirtió cierto titubeo.

—No me hace demasiada gracia hurgar en la historia familiar. ¿Qué sentido tiene revivir un pasado que encierra tanto dolor?

—Lo siento, Anthony, no era mi intención disgustarte.

—Perdona. —Se repuso y esbozó una sonrisa débil—. Es cuanto puedo hacer para sobrevivir en el presente.

—Lo entiendo. Entonces ¿te importaría que las leyera yo? Podría ofrecerme una visión más completa de la época en la que vivía Elizabeth.

—¿Elizabeth?

—Mi personaje en la película —aclaró Rebecca.

—Ah, sí. Por supuesto, todo tuyo —consintió Anthony—. ¿Me

concederías el honor de tomar una copa conmigo cuando tu horario de rodaje lo permita?

—Será un placer.

—Esperaré impaciente. Adiós por el momento. —Anthony se guardó la tarjeta en el bolsillo y regresó a su amado jardín.

Rebecca pasó la siguiente media hora mirando el rodaje de la escena de la feria del pueblo que el equipo había montado en los jardines situados frente a la casa. Niños de los pueblos circundantes corrían entusiasmados entre los puestos. Rebecca divisó a la enfermera que había visto aquel primer día en la cocina, empujando a una anciana en una silla de ruedas, y observó, maravillada, a Marion Devereaux —estrella legendaria del teatro y el cine británicos— completar una sección de diálogo larga y complicada en una sola toma impecable.

Tras un bostezo inesperado, regresó a su cuarto y se tumbó en la cama. Repasó sus diálogos media hora y después desvió su atención a la carpeta de plástico que Ari Malik le había entregado.

Cuando volvió a levantar la vista era más de medianoche. Se deslizó entre las sábanas y se durmió al instante. Y esa noche soñó con maharajás, rubíes y un exótico príncipe indio de ojos azules...

17

D urante tres noches seguidas el tiempo fue cálido y seco, con un cielo sembrado de estrellas y una deslumbrante luna llena. Robert había decidido, aprovechando la coyuntura, rodar las escenas nocturnas, de modo que eran más de las dos para cuando Rebecca se metía exhausta en la cama. Esa noche, suspirando mientras esperaba con James en el Rolls-Royce para fugarse juntos, parecía que iba a alargarse todavía más.

—Y dicen que la profesión de actor es glamurosa —comentó James bostezando en la oscuridad—. Estoy dispuesto a fugarme contigo cuando quieras, Becks, pero repetir la escena siete veces a la una de la madrugada para recorrer treinta metros en cada toma está poniendo a prueba mi paciencia. Qué forma tan absurda de ganarse la vida.

—Por lo menos estamos al aire libre y en un paraje alucinante, y no en un plató de Hollywood con el aire acondicionado a todo trapo —le recordó Rebecca.

—Tienes razón. ¿Significa eso que nuestra princesa estadounidense está enamorándose de Inglaterra? El otro día te vi hablar con nuestro anfitrión en el jardín. ¿Cómo es? Parece un poco distante.

—Anthony es un tipo agradable. Aunque un poco tímido, supongo.

—¿«Anthony», eh? ¿No lord Astbury? Veo que os habéis hecho colegas —bromeó James—. ¿Qué te parecería tener un título, Becks? Estarías siguiendo los pasos de tus ricos antepasados. Muchas herederas estadounidenses cambiaban la fortuna familiar por un hueco en la aristocracia

británica. Ahora que lo pienso, «lady Rebecca Astbury» suena bastante bien.

—Ja, ja —farfulló Rebecca mientras el técnico de sonido indicaba que estaban listos para rodar.

—¡Veinte segundos!

—Creo que a este viejo caserón no le iría mal una fortuna estadounidense. Yo en tu lugar iría con cuidado. Lord Anthony podría ir detrás de tu dinero.

—¡Diez segundos!

—Es un encanto, pero no es mi tipo —susurró Rebecca.

—¡Cinco segundos!

—¿Y cuál es tu tipo?

Rebecca no tuvo tiempo de responder. La claqueta se cerró de golpe frente al parabrisas y James y ella descendieron una vez más por el camino a bordo del Rolls-Royce.

Al rato el ayudante de dirección anunció que la toma era buena y que habían terminado por esa noche. Steve abrió la portezuela del coche.

—¿Estás bien? —preguntó a Rebecca.

—Sí, gracias.

—Me temo que mañana también te toca madrugar, pero después tendremos libre el fin de semana —explicó Steve mientras subía la escalinata con Rebecca y James—. ¿Querrás quedarte en Astbury Hall o prefieres que le pida a Graham que te lleve a Londres?

—Vente conmigo a Londres, Rebecca —propuso James—. Te enseñaré la ciudad.

—Te lo agradezco, pero la semana que viene me esperan muchas horas de rodaje. Creo que me quedaré aquí para aprenderme los diálogos con tranquilidad. Y puede que haga algo de turismo.

—Perfecto. Graham estará de guardia para llevarte adonde quieras —le aseguró Steve—. Bien, nos vemos mañana a las seis.

—¿Seguro que no quieres venir conmigo, Becks? —insistió James—. No me gusta imaginarte aquí sola, a merced del misterioso lord Astbury y la tétrica ama de llaves —bromeó—. Si cambias de parecer, que sepas que me iré mañana al mediodía, en cuanto termine el rodaje.

—Gracias. Buenas noches, James.

Rebecca fue a cambiarse a Vestuario. Quizá fuera simplemente porque estaba agotada, pero no le apetecía salir de Astbury Hall. Además, conociendo su suerte en la actualidad, seguro que James y ella serían vistos juntos y su foto aparecería al instante en las portadas de todo el mundo.

El equipo de rodaje y los actores se marcharon al día siguiente por la tarde y Rebecca aprovechó para disfrutar de un largo baño. Decidió que por la mañana pediría a Graham que la llevara a la ciudad más próxima para comprar algo de ropa y un medicamento más fuerte para su alergia al polen.

Salió de la bañera y cuando se dirigía a su cuarto vio a la señora Trevathan aguardando en el pasillo.

—Le he traído una manzanilla casera, cariño.

—Gracias —dijo Rebecca.

—La ayudará a relajarse después de su larga semana. Además, está invitada a tomar una copa con el señor en la terraza. Dijo que ya lo hablaron hace unos días.

—Sí. ¿A qué hora le iría bien?

—¿A las siete y media? Y dijo que después, si le apetece, puede cenar con él —añadió la señora Trevathan.

—Esta noche no, gracias. La alergia me está afectando mucho.

—Pobrecilla. En fin, nada que una larga noche de sueño no pueda curar, estoy segura. Le diré al señor que bajará a las siete y media, querida.

Rebecca se tomó la deliciosa manzanilla y pasó una hora enfrascada en las escenas que debía interpretar la semana siguiente. Hecho esto, se vistió, cogió una chaqueta de punto y bajó a la terraza de losetas que circundaba el bloque principal de la casa.

Anthony estaba sentado a una mesa de hierro forjado, en un recodo con vistas a los magníficos jardines de flores y las amplias extensiones de césped.

—Buenas noches —saludó antes de levantarse con una sonrisa para retirarle la silla.

—Gracias —dijo Rebecca tomando asiento—. Un atardecer precioso. La naturaleza nos está ofreciendo todo un espectáculo. ¿Sabes? Nunca me había parado a admirar realmente el cielo hasta que vine a Astbury. Las estrellas brillan mucho aquí.

—Supongo que en la ciudad es más difícil apreciarlas —señaló Anthony. Levantó una jarra y le sirvió un líquido ambarino con trozos de fruta y hielo.

—¿Qué es? —Rebecca contempló su vaso con suspicacia.

—Pimm's. Es lo que bebemos los británicos en noches atípicamente estivales como esta. Te prometo que lleva mucha limonada y no se te subirá a la cabeza.

Recelosa, Rebecca se llevó el vaso a los labios y bebió.

—Está muy bueno, gracias —dijo.

—Me alegro de que te guste. La señora Trevathan me ha contado que tienes alergia al polen.

—Sí, desde que era niña, y a veces me afecta mucho. Por cierto, anoche leí las primeras páginas del relato que me dio el señor Malik, las que escribió su pariente, la que trabajó aquí. Nada de secretos inconfesables por el momento. —Rebecca sonrió—. Pero Donald, quien creo que dijiste que era tu abuelo, tiene un papel estelar.

—¿En serio? —Anthony bebió pensativamente un sorbo de Pimm's—. He consultado los libros de contabilidad del personal de aquella época y el nombre de Anahita Chavan no aparece por ningún lado.

—Pues según su relato trabajó aquí, aunque poco tiempo —explicó Rebecca—. Fue niñera de Eleanor, la hija de la hermana de tu abuelo.

—Selina Fontaine. Según me contó mi madre, era la oveja negra de la familia. Se casó con un conde francés y se fue a vivir a Francia. Después de eso apenas pasaba tiempo aquí.

—Qué curioso —dijo Rebecca—, en la historia parece una persona agradable. Disculpa por lo que voy a decirte, Anthony, pero me sorprende que no quieras saber más sobre el pasado de tu familia. A mí me encantaría conocer más cosas de la mía, por poco que fuera.

—Lo siento, pero no coincido contigo. —Parecía algo agitado—. En el caso de la historia de mi familia, como no deja de repetirme la señora Trevathan, es preferible no removerla.

—Tal vez, pero lo que he leído sucedió hace casi cien años. Dudo mucho que saber más cosas de tus antepasados pueda hacerte ningún daño.

Anthony dirigió la mirada hacia el horizonte antes de volverse de nuevo

hacia ella.

—Entonces ¿crees que me haría bien saberlas?

—Creo... —Rebecca observó a Anthony, y la expresión de sus ojos le recordó a un niño pidiendo consejo a su madre. Se encogió de hombros—. Quizá sea una característica de los estadounidenses, pero yo siempre prefiero conocer la verdad —respondió.

—Quizá tengas razón y deba leer ese manuscrito que te tiene tan cautivada —convino él al fin.

—Perdona, Anthony, sé que no es asunto mío. No pretendía entrometerme.

—Ese señor Malik, ¿te pareció un buen tipo?

—Tuve la sensación de que lo único que quería de ti era hablar de su bisabuela —confirmó Rebecca.

—En ese caso, lo pensaré. ¿Qué planes tienes para el fin de semana? —preguntó Anthony cambiando bruscamente de tema—. Confieso que es un placer volver a tener la casa para mí durante este breve paréntesis.

—No lo dudo. También yo desapareceré de tu vista mañana, te lo prometo —se apresuró a decir Rebecca—. Le pediré a Graham, mi chófer, que me lleve a la ciudad más próxima. Necesito comprar algo de ropa. Me traje muy poca y hace más calor del que esperaba. Y luego haré un poco de turismo. ¿Hay algún lugar en concreto que creas que debo visitar?

—Cuando dije que me alegraba de tener la casa para mí, no te estaba excluyendo. De hecho, me encantaría enseñarte la región personalmente. Dudo mucho que alguien conozca esta parte del mundo mejor que yo.

—No es necesario, Anthony. Seguro que lo último que te apetece este fin de semana es hacer de guía turístico.

—Insisto. Tu presencia en la casa no me resulta en absoluto invasiva. Y será un placer. La señora Trevathan me ha dicho que estás demasiado cansada para cenar conmigo. ¿Qué te parece si nos encontramos mañana aquí, digamos que a las diez?

—Si quieres —aceptó Rebecca—, pero que sepas que no deseo ocasionarte ninguna molestia.

—No lo es. Y ahora cuéntame cómo va el rodaje.

Rebecca le habló de la película, contenta de ver que la tensión iba desapareciendo del rostro de Anthony mientras la escuchaba.

—En realidad, la verdadera estrella de la película es Astbury Hall. Todos nos sentimos privilegiados de estar aquí, y quedará fantástico en la gran pantalla.

—Al menos se está ganando su mantenimiento por una vez —suspiró Anthony—. Resulta bastante irónico que la falta de fondos para modernizarla la haya hecho tan atractiva como escenario de tu película.

—Me encanta este lugar, Anthony, por anticuados que sean los cuartos de baño —aseguró Rebecca con una sonrisa.

—¿En serio?

—En serio.

—Me alegro. —Una expresión de dicha casi infantil iluminó el semblante de Anthony.

Cuando la señora Trevathan apareció en la terraza para anunciar que la cena de Anthony estaba lista, Rebecca se sintió culpable por lo mucho que agradecía poder marcharse a su habitación para disfrutar de una cena ligera y en paz.

Al día siguiente Rebecca se despertó con la cabeza pesada y una jaqueca que le hizo preguntarse si había bebido demasiado la noche previa. Se preguntó cuánto alcohol llevaba el Pimm's que Anthony le había servido. La señora Trevathan llegó a las nueve en punto y le colocó una bandeja con té, tostadas y un huevo duro en el regazo. Rebecca se incorporó en la cama con el estómago un tanto revuelto y se dejó la mitad del desayuno. Tomó un ibuprofeno para aliviar el dolor de cabeza, se puso una camiseta y unos tejanos y bajó.

—Buenos días. —Anthony ya estaba esperándola en la terraza—. ¿Nos vamos?

Caminaron hasta la entrada, donde había estacionado un viejo Range Rover.

—Sube. Lamento que no esté a la altura de los coches a los que estás acostumbrada.

Anthony puso en marcha el motor mientras Rebecca se instalaba en el

asiento del pasajero preguntándose por el invariable atuendo de camisa de cuadros y chaqueta de tweed de su anfitrión. A lo mejor no tenía otra cosa. Confió en que la señora Trevathan se lo lavara de vez en cuando.

—He decidido llevarte a Ashburton. Tiene un par de boutiques, aunque ignoro si lo que venden será de tu agrado —explicó él mientras arrancaba—. Luego iremos a Widecombe-in-the-Moor y comeremos en el pub. Después de eso quizá te apetezca ver Dartmoor. La mejor manera de visitarlo es a caballo, pero no sé si te gusta montar.

—Me encanta —aseguró Rebecca, celebrando la idea—. Tuve que aprender hace unos años para un papel en una película. Transcurría en Montana y me enseñaron dos vaqueros de verdad, por lo que me temo que mi estilo no será tan elegante como el tuyo.

—Vaya, vaya —dijo él gratamente sorprendido—. Por desgracia nuestras cuadras ya no son lo que eran. Se las dejó utilizar a la chica que dirige la escuela de equitación local a cambio de que me cuide dos caballos. Nunca he sido un gran jinete y hoy en día la espalda me da bastantes problemas, así que no hacen mucho ejercicio. Puedes sacarlos cuando quieras. De hecho, sería una gran ayuda que lo hicieras.

—Tal vez lo haga —aceptó ella.

—Por cierto, estuve pensando en lo que me dijiste anoche y hace un rato telefoneé al señor Malik para invitarle a comer mañana en Astbury Hall. Con una condición.

—¿Cuál?

—Que comas con nosotros. Después de todo, fuiste tú quien insistió en que debía recibirle.

—Será un placer —convino Rebecca—. Y puesto que el señor Malik vendrá mañana, creo que deberías leerte antes las primeras hojas del relato de su bisabuela. Son fascinantes.

Anthony la miró inquieto.

—¿Me prometes que no hay secretos inconfesables que puedan traumatizarme?

—Te lo prometo, por lo menos en lo que llevo leído. Una gran parte trata de la infancia de Anahita en la India. Sentí que me sumergía realmente en

otro mundo, y ha conseguido que me entren ganas de visitar ese país. Anahita vivió en un palacio alucinante como dama de compañía de una princesa antes de viajar con ella a Inglaterra para estudiar en un internado.

—Probablemente sea esa la conexión familiar —caviló Anthony—. Sé que mi bisabuelo ostentó el cargo de residente del estado de Cooch Behar antes de morir.

—Así es, y tengo la impresión de que adoraba aquello. Pero tu bisabuela, Maud, no sentía lo mismo.

—Estoy seguro. Por desgracia, son muchas las cosas que no eran de su agrado. Para empezar, los hombres —añadió él con pesar.

—Creo que deberías leerlo tú mismo.

—Lo haré. También informaré a la señora Trevathan de la comida de mañana. Y ahora —dijo Anthony estacionando en una calle bonita y bulliciosa—, a comprar.

La mañana resultó ser más agradable de lo que Rebecca había esperado. Paseando al sol en compañía de su protector y teñida de rubio, podía disfrutar de la libertad de estar en medio de la gente sin ser reconocida. Tras visitar algunas tiendas y elegir un par de blusas, y comprar más antihistamínicos en la farmacia, pusieron rumbo a Widecombe-in-the-Moor.

Se sentaron en la soleada terraza del Rugglestone Inn para disfrutar de una ensalada de cangrejo.

—Esta es la postal exacta de cómo me imaginaba Inglaterra —dijo Rebecca contemplando los pintorescas casitas que salpicaban la estrecha calle—. Y hablando de postales, puede que envíe algunas.

—Sí, es una bella parte del mundo. Y es bueno para mí verla a través de una mirada nueva. No he viajado mucho y creo que las personas acabamos cansándonos de lo que nos es familiar.

—¿Estudiaste en un internado como tu abuelo Donald? —preguntó Rebecca.

—No, me educaron en casa. Mi madre no veía con buenos ojos los internados.

—¿En serio? Me sorprende. Por el guión de la película y mis indagaciones sobre la época, pensé que era un rito de iniciación para todos

los chicos procedentes de familias inglesas como la tuya.

—Mi madre me habría echado demasiado de menos. Imagina lo sola que se habría sentido en Astbury Hall sin compañía alguna.

—Ya. —Rebecca había percibido en Anthony un deje afeminado siempre que hablaba de su madre. De pronto se preguntó si no se había casado nunca porque era homosexual—. A juzgar por las cosas que he oído de los internados, te librate de una buena. Me cuesta entender que unos padres deseen tener un hijo para luego enviarlo lejos.

—A mi madre siempre le pareció absurdo que los jóvenes británicos fuéramos enviados al internado a fin de formarnos para dirigir el imperio. Cuando yo era niño, a finales de la década de 1950, ya no había imperios que gobernar. —Anthony suspiró—. No obstante, todo el mundo me dice que hoy en día los internados son mucho más agradables. Por lo visto hasta tienen agua caliente.

—A mí jamás se me habría pasado por la cabeza meter a un hijo mío en un internado —señaló ella con un estremecimiento.

—Como bien has dicho, querida, es la tradición. Cambiando de tema, ¿te gustaría montar esta tarde por Dartmoor?

Terminado el almuerzo, Rebecca se sentía ligeramente mareada y notaba que el dolor de cabeza le estaba volviendo.

—Mejor mañana. Hoy todavía me noto un poco cansada.

—¿Qué te parece entonces si volvemos a casa y te enseño la capilla de mi familia? —propuso él—. Fue diseñada por Vanbrugh, un arquitecto inglés muy famoso. Está enclavada dentro de la casa, junto a una larga galería.

—Me parece bien, Anthony —asintió ella.

Veinte minutos después, de nuevo en Astbury Hall, Rebecca siguió a Anthony por la elegante galería antes de detenerse delante de una puerta de roble que él abrió con una llave enorme.

Rebecca entró y admiró la profusión de columnas doradas que se alzaban hacia una pequeña cúpula adornada con nubes y querubines.

—Es preciosa —murmuró volviéndose hacia Anthony.

—Sí, pero por desgracia hoy en día nadie la aprovecha. Yo apenas vengo. Por favor —dijo sentándose en un banco—, deambula cuanto te apetezca.

Rebecca así lo hizo, disfrutando de la tranquila atmósfera y sintiendo el peso de la historia contenida en esa capilla. Contempló el gastado suelo de mármol, prueba tangible de las muchas almas que habían acudido a ese lugar a lo largo de los años en busca de solaz.

Se volvió hacia su compañero. Anthony estaba con la mirada al frente, absorto en sus pensamientos. Viéndolo sentado ahí solo, sintió su vulnerabilidad. Se acercó y tomó asiento a su lado.

—¿Crees en Dios, Anthony?

—Mi bisabuela Maud era muy religiosa. Crió a mi madre como una católica estricta, y también a mí, porque aún vivía cuando yo nací. Personalmente no creo en nada de eso. Nunca creí, para serte franco, pero fingía que sí en presencia de mi bisabuela. ¿Tú crees?

—Nunca he pensado mucho en la religión. En mi infancia, desde luego, no la viví.

—La religión fue una parte importante de la mía, aunque no pensaba en ella más que tú. Era un ritual carente de significado, y terriblemente aburrido, como una clase de matemáticas o ciencias. A decir verdad, de la religión solo soy capaz de ver toda la violencia que ha provocado a lo largo de los siglos. Y no hay duda de que la obsesión de Maud por ella no ayudó a mi familia. No era una persona... afectuosa. En fin —se volvió hacia Rebecca con una sonrisa triste—, ¿nos vamos?

—Sí. Gracias por traerme aquí, me ha encantado verla.

—Ha sido un placer —dijo él de corazón.

—¿Dónde están enterrados tus antepasados? —Rebecca confió de repente en que la respuesta no fuera en una cripta bajo sus pies.

—En un mausoleo a mi parecer espantoso, dentro de un bosquecillo del jardín. Si quieres, puedo enseñártelo ahora —se ofreció Anthony cuando salieron a la galería.

—La verdad es que me duele mucho la cabeza. Quizá otro día.

—Espero que mañana te encuentres lo bastante bien para comer conmigo y nuestro joven amigo indio. La señora Trevathan prepara un asado que no está nada mal.

—Seguro que sí. Me encontraré mejor cuando haya descansado.

—Rebecca... —Anthony la miró un instante y meneó la cabeza—. Nada. Espero que te repongas. ¿Necesitas algo?

—Solo dormir, estoy segura.

—Bien. Yo regresaré a mi jardín. Gracias por este agradable día.

Anthony puso rumbo a la terraza y Rebecca subió a su cuarto. Tras cerrar la puerta tras de sí, tomó otro ibuprofeno y se echó en la cama, echando de menos por una vez estar en un hotel para poder poner el letrero de «NO MOLESTAR» en la puerta. Cerró los ojos y trató de relajarse.

18

-Rebecca... Rebecca...

La despertó una voz. Abrió los ojos y vio a la señora Trevathan.

—Lleva durmiendo más de tres horas. Juzgué preferible despertarla porque son casi las siete de la tarde y si sigue durmiendo, esta noche no pegará ojo. Le he traído té y bollitos.

—Ah, gracias. —Rebecca se sentía desorientada y sin fuerzas.

—El señor me dijo que le dolía la cabeza. ¿Quiere que le traiga algo? Está muy pálida, querida.

—No es necesario, gracias. —Se levantó de la cama y se acercó a la mesa—. Me encuentro mejor ahora que he dormido.

—¿Le sirvo un taza?

—Sí, gracias.

—He oído que mañana tenemos un invitado a comer. Por lo visto le habló al señor del caballero indio que vino a verle —dijo la señora Trevathan.

—Sí. —Rebecca reparó en su cara de desaprobación—. ¿Hay algún problema?

—No, no, solo que tenemos mucho ajetreo estos días. Supongo que no estamos acostumbrados a que nos alteren nuestra rutina.

—La entiendo —se solidarizó Rebecca—. Anthony ha sido muy amable conmigo. Pero tengo la impresión de que está muy solo. Sé que no es asunto mío, pero ¿alguna vez ha tenido novia?

—La verdad es que no. Imagino que podría decirse que el señor es lo que

llaman un soltero empedernido. Es un caso especial, de eso no hay duda. — La señora Trevathan se permitió una sonrisa tierna.

—No sé si me gustaría pasar toda mi vida sola —suspiró Rebecca antes de beber un sorbo de té.

—Yo siempre digo que cada cual es como es. No todos podemos tener suerte en el amor, ¿no cree? Además, me tiene a mí para hacerle compañía, querida. Bien, la dejo con el té.

—Por cierto, prometí a Anthony que le pasaría el manuscrito que me dio el señor Malik para que pueda leerlo antes de mañana. —Rebecca cogió la carpeta de la mesilla de noche y se la tendió.

La señora Trevathan miró la carpeta con desconfianza.

—¿De qué trata?

—Trata principalmente de la vida en la India. Y también de Astbury Hall, claro.

—Entiendo. Espero que no contenga nada que pueda alterar al señor. Es muy... —buscó la palabra— sensible, y no quiero que se disguste.

—En absoluto.

—¿Qué cree que quiere en realidad ese chico indio? —insistió la señora Trevathan.

—Simplemente saber más sobre el pasado de su bisabuela. ¿Qué otra cosa podría querer?

—Nada... nada —murmuró, poco convencida, la mujer—. Bueno, la dejo disfrutar de su té en paz.

Mientras Rebecca comía los deliciosos bollitos pensó en la manera posesiva en que la señora Trevathan hablaba de Anthony. De hecho, parecían un matrimonio. Ella, después de todo, realizaba todas las tareas domésticas, como haría una esposa tradicional, y era evidente que llevaban juntos mucho tiempo. Se preguntó cómo se sentiría la señora Trevathan si otra mujer entrara en la ecuación. No podía evitar que la relación entre ellos se le antojara extraña. En algunos aspectos era... tan íntima —dependían mucho el uno del otro— y sin embargo tan distante en otros. Tal vez, pensó con una mueca de disgusto, muchos matrimonios fueran así.

Dejó el plato vacío en la bandeja y la sacó al pasillo para indicar que no

quería ser molestada. Se sentó en la butaca e intentó imaginar cómo sería su vida si estuviera casada con Jack. No sería una relación de «señor y sirvienta» porque estarían al mismo nivel, pero ¿podría darse algo sí? El ego de Jack era del tamaño del *Titanic*, y como el suyo propio era menos pronunciado y tendía a evitar el conflicto a toda costa, Rebecca dedujo que sería ella la que siempre acabaría cediendo.

Se dio un baño y se metió en la cama con su guión. Le costaba concentrarse porque su mente regresaba constantemente a la proposición de matrimonio de Jack. Al final, cuando se le empezaron a cerrar los ojos y se dispuso a dormir, comprendió que si algo sabía era que no estaba aún preparada para un compromiso para toda la vida.

—Ah, Rebecca, estaba a punto de pedirle a la señora Trevathan que fuera a buscarte. —Anthony se levantó de la mesa del comedor—. Tienes mucho mejor aspecto hoy. ¿Se te ha pasado el dolor de cabeza?

—Sí, gracias —respondió Rebecca, al tiempo que entraba en la sala.

—Creo que ya os conocéis. Rebecca, te presento al señor Ari Malik —dijo Anthony.

—Hola de nuevo —sonrió Rebecca tendiéndole la mano.

—Rebecca —dijo abochornado Ari—, quiero disculparme por haberte insistido el otro día en que nos conocíamos. Después caí en la cuenta de quién eras.

—No te preocupes, en realidad agradezco el cambio —rió ella.

—Ayer vi en un periódico una fotografía tuya con tu prometido —continuó Ari—. ¿Puedo felicitarte?

—Gracias. —Rebecca se ruborizó.

—¿Estás prometida? —Anthony la miró con sorpresa—. No lo sabía.

—Eh... sí.

—Entiendo. ¿No sentamos? —dijo él bruscamente—. Señor Malik, no sé si la comida será de su agrado. Mi ama de llaves cocina platos tradicionalmente ingleses.

—Llámame Ari, por favor. Y no te preocupes, me acostumbré a la cocina inglesa cuando estuve en Harrow.

—¿Estudiaste en Harrow? —Anthony parecía asombrado.

—Sí. Mis padres creían que la educación británica era la mejor del mundo, así que...

Mientras Ari seguía hablando, Rebecca se descubrió desatendiendo sus palabras y tomando nota de su atractivo físico. Ari tenía un pelo negro ondulado y brillante, con hebras que casi parecían azules con el sol que entraba por la ventana. Lo llevaba lo bastante largo para que algunos mechones le rozaran el cuello de la camisa, pero sin restarle un ápice de masculinidad. Su piel era del color de la miel y vestía una camisa blanca perfectamente planchada y almidonada. Pero lo que más le llamaba la atención eran los ojos; no sabía cómo describir su color, porque eran azules, pero contenían motas verdes y ambarinas que le traían a la memoria el caleidoscopio por el que miraba cuando era niña.

—¿Qué opinas tú, Rebecca? —le estaba preguntando Anthony.

—Lo siento. —Regresó a la conversación—. Me temo que no he oído lo último.

—Le estaba diciendo a Ari que desde el declive del Imperio británico es posible que el mundo no tenga tan buena opinión como antes de muchas de nuestras tradiciones.

—Yo no lo veo así. —Rebecca sonrió—. Nosotros, los yanquis, seguimos adorando a los británicos. Aquí me tienes, haciendo una película sobre vuestra aristocracia para el mercado estadounidense.

—Estoy de acuerdo con Rebecca —intervino Ari—. Muchas de las costumbres más arraigadas de mi país provienen de los incontables años de gobierno británico. Aunque creo que hoy en día os superamos en algunas de ellas. Mira nuestro críquet, por ejemplo —bromeó.

—¿Vives en la India? —preguntó Rebecca mientras la señora Trevathan les servía un cuenco de sopa.

—Sí. Vivo en Bombay, pero viajo mucho.

—¿Qué haces exactamente? —preguntó Anthony.

—Mi compañía proporciona soluciones tecnológicas a empresas. En pocas palabras, diseñamos software a medida.

—¿En serio? Me temo que yo soy un dinosaurio —dijo Anthony—. No tengo ordenador y nunca lo tendré. Para ser franco, me aterrorizan.

—Sin embargo mi sobrino de seis años es capaz de cambiar programas en un ordenador con la misma rapidez con que nosotros pasamos las páginas de un libro —aseguró Ari—. Nos guste o no, el mundo digital nos ha cambiado la vida de manera irreversible.

—Excepto la mía —repuso Anthony sin rencor—. Como habrás observado, mi casa y yo estamos algo pasados de moda, y encantados de que así sea. Empezad, por favor.

Durante la comida Rebecca decidió relajarse y escuchar la charla de los dos hombres sobre la historia de Inglaterra y la India y el extraño pero duradero entramado que habían creado dos culturas tan diferentes.

Cuando terminaron de comer, Anthony dijo:

—¿Tomamos el café en el salón?

Después de acomodarse en el salón y de que la señora Trevathan sirviera café a los hombres y una manzanilla a Rebecca, Anthony sacó el manuscrito de un buró y se lo tendió a Ari.

—Gracias por permitirme leerlo. Es fascinante, sobre todo la descripción de la India de 1911. Mi bisabuelo formó parte de ese mundo.

—Yo también aprendí muchas cosas de mi propia cultura en esas páginas —convino Ari.

—No obstante —continuó Anthony—, teniendo en cuenta lo que llevo leído hasta el momento, no entiendo qué relación puede tener con mi familia o con Astbury Hall.

—Lo entiendo —dijo Ari—, pero ahora que he terminado de leer el relato de mi bisabuela te aseguro que existe una gran relación.

—Tu bisabuela describía su trabajo en esta casa pero, como ya le comenté a Rebecca, su nombre no aparece en los libros de contabilidad del personal correspondientes a ese período.

—No me sorprende que no encuentres ni rastro de ella en los libros de Astbury Hall. Por desgracia, su tiempo aquí no tuvo un final feliz para ninguno de los implicados.

—En ese caso, no estoy seguro de que desee saber más cosas —dijo Anthony sin rodeos.

—En realidad vine a Astbury para ver si podías ayudarme a encontrar la

pieza que falta en el rompecabezas de la historia de mi familia —explicó Ari.

—¿Y qué pieza es esa?

—En pocas palabras, justo después de la muerte de Violet Astbury, a Anahita le dijeron que su hijo había muerto, pero ella nunca lo creyó. —Ari señaló la carpeta que contenía el resto de la historia—. Es complicado, pero creo que ella lo explica mucho mejor de lo que podría hacerlo yo. ¿Te gustaría leer el resto?

—Tal vez. —Anthony se levantó bruscamente. Parecía nervioso—. Rebecca, ayer mencionaste que te gustaría cabalgar por los páramos.

—Sí.

—¿Sabes montar, Ari? —preguntó Anthony.

—Sí.

—En ese caso, ¿por qué no dais un paseo? Yo tengo trabajo que hacer en el jardín.

—Me encantaría dar un paseo a caballo con el día tan bonito que hace —dijo Rebecca—. ¿Me acompañas? —animó a Ari. Era evidente que Anthony quería estar solo.

—Sí, claro. La comida estaba deliciosa, Anthony, gracias por tu hospitalidad —dijo Ari captando la indirecta. Siguió a Rebecca hasta las puertaventanas que daban a la terraza—. Pero no tengo botas ni ropa de montar.

—Doblad a la izquierda y a medio kilómetro, pasado el patio, encontraréis las cuadras —dijo Anthony—. Decidle a Debbie que vais de mi parte. Tiene todo lo necesario para montar. Disfrutad.

—Gracias —repuso Rebecca—. Hasta luego.

—Es evidente que se ha molestado —comentó Ari cuando ya no podía oírles.

—Quizá sepa más cosas de las que dice. —Rebecca se encogió de hombros.

—Es posible. ¿Te alojas en su casa?

—Sí. Sé que Anthony es una persona un tanto peculiar, pero ha sido muy amable y hospitalario conmigo. En cualquier caso, gracias por acompañarme a montar —dijo entrando en las cuadras—. Creo que Anthony necesitaba

estar un rato a solas.

—No hay de qué. —Ari sonrió.

—Tú espera aquí y yo iré a buscar a Debbie. —Rebecca avanzó por la hilera de caballos dándoles palmaditas en sus hocicos de terciopelo.

Debbie, la chica de las cuadras, propuso una elegante yegua gris para Rebecca y un semental castaño para Ari. Ensilló los caballos y señaló los páramos.

—Seguid el camino de herradura —aconsejó—. Hasta que conozcáis mejor la zona, yo no cabalgaría fuera de pista u os será muy difícil encontrar el camino de vuelta. Estaré aquí hasta las seis —dijo en tanto Rebecca y Ari salían de las cuadras a lomos de sus monturas.

—Qué tarde tan espléndida —comentó Ari—. El clima inglés es muy moderado. Raras veces se vuelve extremo. Como sus habitantes —añadió con un ápice de ironía en la voz.

—Creo recordar que tu bisabuela escribió algo parecido. No hay duda de que los ingleses son mucho menos expresivos que los estadounidenses.

—Y que los indios, pero a mí me educaron aquí y me enseñaron a controlar las emociones. —Ari sonrió—. Y ahora —dijo cuando alcanzaron el páramo—, ¿te apetece galopar?

—Lo intentaré, pero si me quedo atrás no te detengas por mí.

Ari espoleó a su semental castaño y emprendieron el galope. Rebecca realizó una ligera presión con los talones y le siguió a un ritmo más reposado. Tras ganar confianza, aumentó la velocidad y al poco estaba volando al lado de Ari. Estuvieron un rato cabalgando en silencio. Finalmente, cuando los cuatro no podían más, Ari divisó un arroyo que corría por una grieta del páramo.

—¿Qué tal si dejamos beber a los caballos y admiramos este maravilloso paisaje? —propuso.

—Me parece muy bien —convino ella.

Rebecca desmontó y condujo su yegua hasta el borde del arroyo. Luego se dejó caer en la áspera hierba y contempló el cielo sin nubes. Ari la imitó y, tendidos el uno al lado del otro, disfrutaron del agradable silencio.

—¿Puedes oírlo? —preguntó Ari.

—¿Qué?

—Exacto. —Ari sonrió—. Nada.

—Me encanta. —Rebecca soltó un suspiro de placer—. ¿Cuánto tiempo te quedarás en Inglaterra?

—Esperaré unos días para ver si Anthony se anima a leer el resto de la historia de Anahita. Puedo hacer algunas indagaciones en la zona para dar con algún rastro del hijo que dicen que perdió. En realidad, todo esto ha sucedido en un buen momento. Necesitaba alejarme un tiempo de la India.

—¿Por qué?

—Supongo —suspiró Ari— que he llegado a un punto de inflexión en todas las facetas de mi vida. A lo mejor estoy pasando por una crisis prematura de los cuarenta, porque todo lo que antes pensaba que era importante de repente ya no me lo parece.

—¿Sabes qué la desencadenó? —preguntó ella.

—Por desgracia, sí. Dejé escapar a una chica maravillosa porque estaba obsesionado con triunfar en mi profesión. Solo ahora, al mirar atrás, puedo ver lo que tenía y perdí.

—¿Y por qué no se lo dices?

—Se casó hace dos semanas con otro hombre. No puedo reprocharle que me dejara. Estuvo a mi lado todo el tiempo que dediqué a construir mi empresa y yo apenas le prestaba atención. En fin —dijo Ari con pesar—, lo hecho, hecho está y de nada sirve pensar en lo que podría haber sido.

—Pues yo no vine aquí en busca de respuestas —dijo Rebecca apoyándose en un codo y descansando la mejilla en la mano—, pero creo que este lugar me está proporcionando algunas.

—¿Como cuáles? —le instó él.

Rebecca respiró hondo.

—Entre tú y yo, he decidido que todavía no quiero casarme.

—Ya. ¿No te causará más de un problema? Por lo que he leído en el periódico, el mundo entero está planeando ya tu boda.

—Sí, pero prefiero tener ese problema ahora que el de un desagradable divorcio dentro de cinco años. Jack y yo podríamos estar un tiempo prometidos, pero —Rebecca rodó sobre su estómago y arrancó una brizna de

hierba— no creo que esa sea la respuesta.

—¿Le quieres? —preguntó él sin rodeos.

—Ya..., ya no lo sé.

—En ese caso, averígualo antes de tomar una decisión.

Ari rodó sobre su espalda, cerró los ojos y colocó los brazos debajo de la cabeza. Mientras lo miraba Rebecca pensó, una vez más, en lo atractivo que era. El hecho de que le hubiese dejado claro que estaba llorando la pérdida de alguien a quien había querido le producía alivio y al mismo tiempo decepción. Era evidente que no estaba interesado en ella. Rodó también sobre su espalda y, cerrando los ojos, meditó sobre la extraña situación. Después de años de hombres que intentaban ligar con ella a la primera oportunidad, le encantaba ver que Ari parecía satisfecho simplemente con hablar.

—Estás sonriendo —dijo él de repente—. ¿Por qué?

Ella abrió los ojos y vio que la estaba mirando.

—Me siento tranquila y feliz.

—Disfrutar del momento, como dicen los gurús, es la clave de una vida feliz. ¿Te apetece cabalgar? Me gustaría explorar la zona un poco más.

—Desde luego —aceptó Rebecca, y subieron a sus monturas.

—Veamos —los ojos de Ari barrieron el horizonte—, si este es el arroyo que mi bisabuela describe en su relato, debería de haber una casita cerca de aquí. Busquémosla.

Rebecca siguió a Ari cuando este abandonó el camino de herradura y se adentró en el páramo. Algo parecía estar guiándolo, porque tras unos minutos de rastreo divisaron las chimeneas de un edificio semioculto en una hondonada.

—Es esa —dijo él—. Sé que lo es.

—¿Qué?

—La casa donde vivió Anahita. ¡Vamos!

—Pensaba que vivía en Astbury Hall. ¡No puedes soltar algo así y no explicarte! —gritó Rebecca cuando Ari se puso a galopar.

—¡Todo a su tiempo! —respondió él por encima del hombro.

Lo siguió ladera abajo hasta la entrada de la casa.

—Tiene que ser esta. —Ari bajó del caballo—. Echemos un vistazo. —

Ayudó a Rebecca a desmontar y caminaron hasta la verja. El jardín que se extendía al otro lado había sido tomado hacía tiempo por la hierba y las plantas silvestres del páramo—. Es como si los páramos lo hubiesen reclamado —comentó mientras empujaba la verja con todas sus fuerzas—. Esta casa tiene pinta de llevar muchos años deshabitada, puede que desde que Anahita estuvo aquí hace noventa años —musitó en tanto pisoteaba la hierba para abrir un sendero hasta la puerta.

Toda la casa, hasta el último centímetro, estaba cubierta de una hiedra espesa, así que utilizó las manos para intentar arrancarla de las ventanas, pero resultó impenetrable. Empleando todo el peso de su cuerpo, trató de abrir la puerta a través de la hiedra, aunque tampoco pudo.

Mientras aguardaba sumergida hasta la cintura en zarzas y hierbajos, Rebecca atisbó un color intenso entre la maleza. Separó los hierbajos y descubrió una rosa pequeña, perfecta, del mismo color que la que Anthony le había regalado a su llegada a Astbury. Cuando se inclinó para examinarla vio que la planta tenía otros brotes impacientes por florecer, y sintió una tristeza repentina por que algo tan bello pudiera todavía florecer dentro del asfixiante caos que lo rodeaba.

—A lo mejor deberíamos romper una ventana —propuso Ari—. O puede que haya otra puerta en la parte de atrás.

—Creo que no deberíamos entrar sin permiso —opinó, nerviosa, Rebecca—. Seguro que esta casa tiene dueño.

—Lo tiene. Anthony.

—En ese caso, pidámosle la llave —aconsejó Rebecca, impaciente por partir. Había algo en ese lugar que la hacía sentir muy incómoda.

—Voy a rodear la casa para ver si tiene otra entrada. —Ari se dio la vuelta y pasó por su lado en dirección a la verja.

—Tenemos que volver. Son más de las seis y le prometimos a Debbie que estaríamos de vuelta a esa hora.

Ari miró su reloj.

—Tienes razón. Por lo menos ahora sé dónde está la casa. Quizá le pida permiso a Anthony para que me deje entrar para echar un vistazo.

—¿Qué esperas encontrar? —preguntó Rebecca subiendo al caballo con

patente alivio.

—Algún indicio de la presencia de mi bisabuela.

—Dudo que lo haya después de noventa años.

—Seguramente tienes razón, pero me gustaría satisfacer mi curiosidad de todos modos.

Cuando llegaron a las cuadras entregaron los caballos a Debbie deshaciéndose en disculpas por el retraso y regresaron a Astbury Hall. Cuando subían la escalinata Rebecca vislumbró a Anthony trabajando en el jardín. La saludó con la mano y se acercó.

—¿Lo habéis pasado bien? —preguntó.

—Sí —dijo Ari—. Gracias por dejarnos los caballos.

—No hay de qué. Los pobrecillos salen muy poco. Puedes sacarlos cuando te apetezca. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

—No estoy seguro —respondió Ari.

—Mientras estaba aquí fuera cavando he pensado que no debería tener miedo al pasado de mi familia, así que seguiré leyendo la historia de tu bisabuela. Y cuando la haya terminado, volveremos a hablar.

—Gracias, me alegro mucho. Esperaré tu llamada.

—Entretanto puedes pasearte por los jardines de Astbury cuanto te apetezca. Están en el mejor momento del año. Adiós. —Anthony regresó al jardín.

Rebecca sonrió a Ari.

—Ten cuidado. Si vienes por aquí mañana podrías acabar saliendo en la película.

—No lo creo, a menos que haya un papel de figurante como criado indio. Bien, me marcho. Y gracias, Rebecca. Te debo enteramente a ti que Anthony me recibiera.

—De nada. Hasta pronto, Ari.

—Eso espero —sonrió él antes de partir.

19

—¿Te encuentras bien, Rebecca? —preguntó James el lunes por la mañana, durante el rodaje—. Te noto un poco apagada.

—No lo sé. —Rebecca observó el temblor de sus manos y supo que no se debía a los nervios por la escena que se disponían a filmar—. Me siento un poco rara a pesar de haber tenido dos días libres.

—Tal vez hayas pillado un virus, o nuestra pesada comida inglesa esté reñida con tu delicada constitución. Si quieres podemos pedirle a Steve que llame a un médico.

—Tengo un dolor de cabeza que no consigo quitarme. Ayer pensé que me había librado de él, pero hoy ha vuelto. Puede que sea migraña, aunque nunca había tenido antes. Gracias, creo que esperaré a ver si se me va —dijo ella con una sonrisa débil.

—¡Treinta segundos, todo el mundo!

Rebecca agradeció que le tocara hacer esa escena sentada. Además del dolor de cabeza, sentía náuseas y estaba mareada. No le quedaría más remedio que tomarse otro ibuprofeno cuando pararan para comer.

Una hora después, cuando corría a su habitación a buscar las pastillas, Steve la abordó.

—La oficina de producción ha recibido esta mañana otra llamada de tu prometido. Parecía muy preocupado. Por lo visto le dijiste que le telefonarías durante el fin de semana y no lo has hecho.

—Aquí es imposible conseguir cobertura y no me gusta utilizar el

teléfono de la casa —explicó Rebecca.

—Lo entiendo perfectamente, pero es evidente que tu prometido no. Te he dicho que la compañía se hará cargo de la factura, así que por favor ve y utiliza el teléfono fijo del estudio de lord Astbury.

—De acuerdo, le llamaré más tarde. Y lamento el incordio. —Se dio la vuelta y subió la escalera con paso cansino.

Por fortuna, Rebecca no era necesaria en el rodaje de la tarde. Como su estado no había mejorado, regresó a su cuarto y se dejó caer, agradecida, en la cama.

La señora Trevathan apareció minutos más tarde con cara de preocupación.

—¿No se encuentra bien, cariño? —preguntó acercándose presta para ponerle la mano en la frente.

—Se me pasará. Me duele la cabeza, nada más.

—No parece que tenga fiebre. ¿Quiere que le traiga una sopa caliente dentro de un rato para que pueda acostarse pronto?

—Gracias, pero no tengo hambre —respondió Rebecca, ansiando que la señora Trevathan se marchara para poder cerrar los ojos.

—Está bien, pero subiré más tarde para ver cómo se encuentra.

—No será necesario.

—Quiere paz y tranquilidad —dijo la señora Trevathan bajando la voz hasta casi un susurro—. Lo entiendo. Buenas noches, querida.

Cuando la mujer se hubo marchado, Rebecca se preguntó si en el pasado los residentes de Astbury se habían sentido asfixiados por las atenciones empalagosas de sus sirvientes. En esa casa, sencillamente, no había intimidad. Se desvistió con un suspiro y se metió en la cama. Todavía no había llamado a Jack, pero tampoco le apetecía en su estado. Después de una buena noche de sueño seguro que tendría el ánimo para hacerlo.

Esa noche tuvo sueños extraños. Se hallaba en la casita del páramo y corría peligro, pero la puerta estaba atascada y cuando intentaba abrir las ventanas, la hiedra se enroscaba en sus manos. Una vez más, olía el perfume embriagador en tanto que una mano le tapaba la nariz y la boca y le impedía respirar...

Despertó sobresaltada, con el corazón aporreándole el pecho. Buscó la luz y sin querer volcó el vaso de agua que descansaba en la mesilla de noche. Diciéndose que no había sido más que una pesadilla, seguramente fruto de la fiebre —sin duda su frente estaba caliente cuando se la tocó—, abrió la puerta y salió al pasillo para llenar de nuevo el vaso en el cuarto de baño. Se lavó la cara con agua fría y regresó a su dormitorio en la penumbra.

Cuando una figura oscura la abordó junto a la puerta, ahogó un chillido.

—¿Estás bien?

—Me... —Consiguió enfocar los ojos en la figura y vio que era Anthony envuelto en un batín con estampado de cachemira—. No esperaba encontrar a nadie —dijo mientras recuperaba el aliento.

—Lamento haberte asustado. Oí gritar a alguien y salí a investigar.

—Creo que tuve una pesadilla. Siento haberte despertado.

—No te preocupes, tengo el sueño ligero —la tranquilizó Anthony—. Bien, si estás segura de que no necesitas nada, buenas noches.

—Buenas noches. —Rebecca abrió la puerta de su dormitorio y la cerró firmemente tras de sí.

—Jack ha vuelto a telefonar —le dijo Steve al día siguiente—. Aprovecha que tienes un descanso y ve al estudio a llamarle antes de que la prensa me acuse de frustrar tu romance de cuento de hadas. —Se alejó con una sonrisa.

Rebecca dejó la terraza, donde acababa de rodar una escena, y se dirigió al estudio de Anthony. El dolor de cabeza había remitido y al fin se veía con ánimos de hablar con Jack.

Como de costumbre, le salió el buzón de voz tanto en el fijo como en el móvil. Con un suspiro de frustración, regresó a la terraza sur, donde el servicio de catering había dispuesto varias mesas al sol, para comer con el resto de los actores.

—Siéntate a mi lado, querida —dijo Marion Devereaux dando unas palmaditas en la silla vacía que tenía al lado.

—Gracias —aceptó Rebecca con una sonrisa nerviosa. Hasta ese momento no había osado acercarse a la legendaria actriz, cuya carrera le había dado infinidad de premios y elogios.

—He estado observándote en el rodaje de esta mañana y quiero decirte que eres buena. De hecho, eres muy buena.

—Gracias. —Rebecca se ruborizó, satisfecha.

—Posees una naturalidad encantadora delante de las cámaras. ¿Has hecho algo de teatro?

—Sí, cuando estudiaba en la Juilliard de Nueva York, pero desde que me gradué solo he hecho películas.

—Espero que vuelvas a tener la oportunidad de hacer teatro. Para un actor no hay nada como un público en directo para hacer correr la adrenalina y sacar lo mejor de sí mismo. —Marion sonrió mientras encendía un cigarrillo—. Aunque te pagan una miseria.

—El dinero no me importa. Nunca lo ha hecho.

—Cómo iba a importarte, querida, con todas esas grandes producciones de Hollywood en tu haber —replicó secamente Marion.

Rebecca se puso colorada.

—¿Podría darme algún consejo? ¿Qué puedo hacer para mejorar como actriz?

Los célebres ojos violetas de la anciana se clavaron en ella.

—Simplemente vive, querida. Ten experiencias y conócete a ti misma. Comprender la psique humana dota a la interpretación de una seriedad y una sustancia emocional que la técnica no puede reproducir. Actúa desde el alma tanto como desde el cerebro. —Se llevó las manos a su generoso pecho.

Rebecca tuvo ganas de reír, pero asintió con gravedad.

—Gracias, Marion. Lo intentaré.

—Ojalá pudiera estar en tu lugar, empezando y con un montón de papeles maravillosos por delante. —La mujer suspiró—. Sin embargo, soy mucho mejor actriz ahora que cuando tenía tu edad. Deberíamos cenar un día juntas antes de que termine el rodaje. Ahora debo irme —dijo, levantándose—. El sol está haciendo estragos en mi maquillaje.

Rebecca se quedó saboreando el elogio, la agradable temperatura y la ausencia de jaqueca. James llegó y se sentó en la silla que Marion acababa de dejar libre.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó—. Por lo menos lo parece.

—Sí, gracias.

—¿Lo bastante para cenar conmigo esta noche? Podríamos ir a ese pub tan estupendo del que me hablaste.

—¿Por qué no? —contestó Rebecca, pensando que le haría bien salir de los confines de Astbury Hall.

—Genial. Pero deberíamos ir sobre las ocho. Aquí, en el interior, todo cierra muy pronto.

—Hablas como un urbanita —bromeó Rebecca.

—Lo sé. El campo no es lo mío. Me van más las discotecas llenas de humo a las dos de la mañana. Pero cuando estaba en Roma... —Dicho eso, James se alejó con andar pausado.

—¿Adónde va esta noche? —preguntó la señora Trevathan cuando Rebecca le dio permiso para entrar en su habitación—. La veo muy elegante.

—No tanto. Es la blusa que me compré el sábado. Voy al pub con uno de los actores.

—Entonces ¿esta noche no cena aquí?

—No. —A Rebecca le entraron ganas de añadir: «Si da su permiso, claro», pero se contuvo.

—Lord Astbury confiaba en que cenara con él. Quería hablarle del relato que le dio ese caballero indio. Lo ha invitado a cenar mañana por la noche. ¿Estará disponible entonces?

—Sí, claro. Transmítale mis disculpas y dígame que será un placer cenar con él mañana.

—Bien. En ese caso, la veré luego, querida. Esperaré levantada hasta que llegue a casa sana y salva. Al señor le gusta que cierre la puerta con llave antes de acostarme.

—No quiero mantenerla levantada. ¿Por qué no me deja una llave solo por esta noche?

—No será necesario —repuso la señora Trevathan con firmeza.

—Está bien. No llegaré muy tarde, estoy segura. Por cierto, me gustaría preguntarle algo —añadió Rebecca con cautela—. ¿En qué zona de la casa se encuentra la habitación de lord Astbury?

—En el pasillo del ala oeste, al otro lado de la escalera principal. ¿Por qué

lo pregunta? —La señora Trevathan parecía sorprendida y recelosa.

—Oh, por nada, simplemente me pareció que anoche alguien hablaba frente a mi puerta, pero probablemente estaba soñando.

—Estoy segura de que fue eso. Diviértase, querida.

Cuando Rebecca cruzó el camino de entrada en dirección a James, que la esperaba dentro del coche de Graham, la cabeza no paraba de darle vueltas. Si Anthony dormía en la otra punta de la casa era imposible que anoche la hubiese oído gritar. Por tanto, ¿qué hacía delante de la puerta de su dormitorio?

James se apeó para abrirle la portezuela.

—¡Cariño, estás tan... moderna! —exclamó en broma.

Durante el trayecto hasta Rugglestone cotillearon sobre el rodaje. Ya en el pub los sentaron en una mesa discreta.

James fue a la barra y regresó con una botella de vino. Se sentó y llenó la copa que Rebecca tenía delante.

—¡Es suficiente! —exclamó ella cuando llegó a la mitad—. Después de la terrible migraña no quiero correr riesgos.

—No eres muy dada a beber, por lo que veo.

—Lo dices como si fuera un defecto.

—En absoluto. Cuando estuve en Hollywood tuve la sensación de que todos los actores estadounidenses eran abstemios y que los británicos son una pandilla de alcohólicos. Salud. —James acercó su copa a la de Rebecca—. Brindemos por mis vicios. Y dime —continuó con una sonrisa—, ¿qué tal la vida en Astbury Hall?

—Entre tú y yo, cuanto más tiempo pasa, más raro me parece todo —confesó Rebecca—. Por ejemplo, el ama de llaves, la señora Trevathan, protege tanto a lord Astbury que casi raya en la obsesión.

—A lo mejor está enamorada de él. Las sirvientas se enamoran a menudo de sus empleadores. Es un tópico, pero ocurre.

—Puede, pero también viene mucho por mi habitación para mimarme y traerme comida y bebida.

—Qué suerte. A mí me encanta que las mujeres me cuiden —dijo James con una sonrisa.

—Sé que solo desea ser amable, pero tengo la sensación de que no me deja ni a sol ni a sombra.

—Pensaba que era fantástico vivir como una princesa en un palacio donde te lo hacen todo. En nuestro hotel ni siquiera tenemos servicio de habitaciones después de las diez. —James enarcó las cejas—. En cualquier caso, seguro que te hace bien gozar de un poco de tranquilidad, dada tu situación.

—La verdad es que esa parte está muy bien. Perdona si he hablado como una niña malcriada. Supongo que es porque no me he encontrado demasiado bien.

—¿Y qué me dices del enigmático lord Astbury? ¿Todavía no se te ha tirado encima?

—¡Dios mío, no! —Rebecca puso los ojos en blanco—. Tengo la sensación de que no le interesan las mujeres. De hecho, tampoco los hombres.

—La verdad es que no consigo entenderle —convino él—. Tantos años viviendo solo en esa mansión, sin internet ni demás comodidades modernas. Es un tipo muy extraño.

—En realidad me cae bien, y estoy de acuerdo en que es un hombre peculiar, pero hay en él un fondo de tristeza. A veces me dan ganas de abrazarlo —reconoció ella.

—¿Te estás enamorando de él?

—¡En absoluto! Pero me entran ganas de protegerlo, eso es todo. Es como si no entendiera el mundo moderno. ¡Dios, estoy hablando como la señora Trevathan! —gimió Rebecca.

—Por lo que explicas, tiene suerte de contar con la entregada señora Trevathan para que cuide de él —aseguró James.

—Estoy empezando a preguntarme si ese no será parte del problema —suspiró Rebecca—. Aunque lord Astbury conociera a alguien, dudo mucho que la cosa pudiera llegar muy lejos con esa mujer vigilando cada uno de sus movimientos.

—Basándome en lo que cuentas, es evidente que está enamorada de él. Puede que lleven años montandoselo en secreto. —James sonrió—. Me

imagino citas clandestinas en el armario de la ropa blanca o detrás del cobertizo.

—¡Calla! —suplicó ella con un estremecimiento—. En cualquier caso, no es asunto mío.

—No, pero siempre resulta interesante imaginar la vida de otras personas. Además, somos actores y analizar la conducta humana forma parte de nuestro trabajo.

—Otra cosa que me molesta es que Anthony no para de decirme que me parezco mucho a su abuela Violet. Eso me pone nerviosa.

—¿Y te pareces? —preguntó él.

—He visto su retrato y sí, me parezco, sobre todo con el pelo de este color.

—Curioso y más que curioso, como dijo Alicia en una ocasión. ¿No estarás, por casualidad, emparentada con esa Violet?

—No. Estoy segura de que mi familia no tiene ninguna conexión con la aristocracia inglesa. —Rebecca bebió un sorbo de vino—. Más bien al contrario.

—Me parece a mí que las cosas que ocurren en Astbury Hall podrían ser la base para una trama mucho más interesante que la que estamos rodando —conjeturó James.

—A veces, cuando voy vestida de época, tengo la extraña sensación de que soy Violet, la mujer a la que me parezco, y de que estoy viviendo su vida en Astbury en los años veinte. Es surrealista.

—Pues procura no perder la chaveta, querida. No te conviene empezar a confundir la fantasía con la realidad. Siempre que necesites volver al mundo real, aquí me tienes. ¿Pedimos?

Una mujer madura se acercó tímidamente a su mesa.

—Perdone la interrupción, pero ¿no es usted James Waugh? Y... ¡Dios mío! ¡Usted es Rebecca Bradley! No la reconocía de rubio.

—Tiene buen ojo —dijo James sonriendo a la mujer—. ¿Qué podemos hacer por usted?

—Me encantarían sus autógrafos y una foto, si es posible.

—Desde luego. —James cogió la servilleta y el bolígrafo que la mujer le

tendía y firmó. Estaba pasándole la servilleta a Rebecca cuando un flash iluminó sus caras.

—Muchísimas gracias, y perdón por haberles molestado. Espero que lo pase bien en Inglaterra, señorita Bradley.

Cuando la mujer se hubo marchado, Rebecca miró horrorizada a James.

—¿Has dejado que nos haga una foto? ¡Yo nunca permito a un admirador que me haga una foto sin firmar primero un acuerdo donde declare que no la utilizará con fines públicos y solo aparecerá en su álbum privado!

—Tranquilízate, Rebecca, dudo mucho que vaya a enviarla ahora mismo al periódico sensacionalista más cercano.

—Pues eso es lo que suele ocurrirme cuando alguien me hace una foto sin firmar nada —replicó, presa de las náuseas.

—Supongo que tú eres mucho más interesante para la prensa que yo. — James se encogió de hombros—. Crucemos los dedos y confiemos en que no lo haga.

Después de eso una sucesión de entusiasmados lugareños estuvo interrumpiéndoles para pedirles un autógrafo.

—Creo que ha llegado el momento de irse, ¿no te parece? Lo siento mucho, Rebecca —dijo James mientras salían del pub y subían al coche—. Está claro que he subestimado el alcance de tu fama, incluso en un pueblecito dormido como este.

—No te preocupes. —Rebecca estaba temblando—. Olvida todas las cosas malas que he dicho de la vida en Astbury. No sabes cuánto me alegro de regresar a la seguridad de sus muros. Casi había olvidado lo que implica salir a cenar en un lugar público.

—Tu vida debe de ser un infierno. —James puso los ojos en blanco—. ¿Cómo lo aguantas?

—No lo hago. ¡Y ni siquiera he aceptado aún casarme con Jack! Son los medios los que lo han liado todo. —Rebecca se mordió el labio—. No tengo ni idea de lo que voy a hacer.

—Entiendo —dijo James mientras atravesaban en coche los majestuosos páramos bajo un cielo sembrado de estrellas.

—En fin —suspiró Rebecca—, ya lo solucionaré cuando regrese a

Estados Unidos. No estoy diciendo que nuestra relación haya terminado, pero no quiero precipitarme en lo de la boda.

—Si algún día decides dejarle, me ofrezco gustoso como pretendiente.

—Gracias, amable caballero —respondió desenfadadamente Rebecca—, pero no creo que vaya a ser necesario.

—Una lástima. —Cuando el coche se detuvo delante de Astbury Hall, James añadió—: Imagino que no sería prudente que me invitaras a tomar un café o una copa en tu habitación, de modo que me despediré aquí.

—Buenas noches, James, y gracias por la cena.

Rebecca abrió la portezuela, pero antes de que pudiera bajar James la atrajo hacia sí para darle un abrazo cariñoso.

—Recuerda, cielo, que siempre estaré aquí si necesitas hablar.

—Gracias. —Rebecca bajó del coche, le lanzó un beso y se despidió de Graham con la mano. Cuando se volvió hacia la escalinata, pestañeó al reconocer a la persona que aguardaba de pie frente a la puerta—. Jack —dijo, subiendo los escalones con paso vacilante—. ¿Qué diantre haces aquí? —Advirtió que echaba fuego por los ojos.

—Te llamé para decirte que iba a venir a verte pero no me devolviste la llamada. Y creo que acabo de entender por qué. ¿Quién es el tenorio del coche? —preguntó él enfurecido.

—Te equivocas, Jack. —Rebecca meneó la cabeza—. Él no... verás...

—Por lo menos ahora entiendo por qué no he sabido casi nada de ti las dos últimas semanas. Será mejor que me vaya.

—¡Por favor, Jack! ¡No es lo que imaginas!

—Entonces ¿qué demonios es? Si el problema no es él, dime por qué razón solo he podido hablar contigo una vez desde que te fuiste y decidimos casarnos.

—¡No lo decidimos! Oye —dijo ella, consciente de que la puerta estaba abierta de par en par y se les podía oír desde dentro—, ¿te importa por lo menos que entremos y te lo explique todo?

—¡Dios! —Jack esbozó una sonrisa fría—. Hablas como yo cuando me han pillado en una situación comprometida.

La señora Trevathan apareció en el umbral. Parecía tensa.

—Será mejor que entren. El señor duerme y no quiero que lo despierten.

—Lo siento, señora Trevathan —dijo Rebecca—, no sabía que mi... amigo iba a venir.

—¡Porque probablemente estabas en los brazos de tu nuevo amante y no podías molestarte en devolverme las llamadas!

—Señor, le agradecería que bajara la voz —susurró la señora Trevathan.

—¿Prefiere que nos vayamos a un hotel? —le preguntó Rebecca mientras la seguían hasta el vestíbulo—. Mi chófer puede llevarnos.

—Dudo mucho que encuentren algo abierto a las diez y media de la noche —repuso secamente el ama de llaves en tanto los conducía por un pasillo y abría la puerta de una sala de estar pequeña situada al final del mismo—. Espero que puedan resolver sus diferencias aquí. —Se marchó cerrando la puerta tras de sí.

—¿Ha salido de Central Casting o qué? Y ahora —Jack cruzó los brazos—, ¿te importaría explicarme qué diablos está pasando? ¿Tú y yo hemos terminado y simplemente no tienes cojones de decírmelo?

—Te dije, Jack, que en esta casa no hay internet ni cobertura para el móvil, que solo tienen un teléfono y que no me gusta utilizarlo.

—A juzgar por lo que he visto hasta el momento, en eso no mentías —reconoció él—, esta casa parece sacada de un libro de historia. Pero aunque fuera difícil contactar conmigo, cada vez que te dejaba el mensaje en la oficina de producción de que me llamas, o no lo hacías o me telefoneabas en un momento en que sabías que no contestaría. Quiero saber por qué, Becks.

Rebecca se dejó caer en el sofá, agotada y perpleja. No había esperado ese enfrentamiento.

—Supongo que quería tiempo para pensar.

—¿En qué? ¿En nosotros? ¡El día antes de tu partida te regalé un anillo de compromiso y te pedí que fueras mi esposa! —gritó Jack—. Al día siguiente huyes y no me dices dónde estás ni lo que te pasa por la cabeza, Becks. Y la única vez que conseguimos hablar, sueñas tan distante que parece que estés deseando terminar la conversación. No he parado de darle vueltas al asunto desde entonces. —Jack se toqueteó el pelo y empezó a caminar de un

lado a otro—. ¿No te das cuenta de lo cruel que has sido al dejarme colgado, sin saber qué pensabas? Te quiero, Becks. Aquella tarde te estaba pidiendo que pasáramos el resto de nuestra vida juntos. ¿Por qué huiste?

—No huí —contestó ella esforzándose por mantener la calma—. Si haces memoria, recordarás que siempre tuve planeado volar a Inglaterra al día siguiente. Simplemente decidí adelantar el vuelo unas horas.

—¡Vamos, que estás hablando conmigo! No intentes colármela.

—Perdona. Supongo que... —Rebecca buscó las palabras justas— estaba asustada. El matrimonio es un asunto muy serio y últimamente hemos tenido algunos problemas.

—¿Qué problemas? Yo pensaba que no teníamos ninguno, de lo contrario no te habría pedido que te casaras conmigo.

Rebecca respiró hondo.

—El problema de las drogas, Jack. Estos últimos meses ha empeorado.

—¿Qué? ¡Maldita sea, Becks! No puedo creer que pienses que tengo un problema. En Hollywood casi todo el mundo las consume de vez en cuando. Es de lo más normal. ¡Hablas como si fuera un drogadicto!

—Lo siento, es que las odio, eso es todo.

—Digo yo que todo el mundo tiene derecho a divertirse de vez en cuando, ¿no? Y más aún si está pasando por un bache en su carrera. Pero claro, tú no puedes comprender de qué hablo —replicó él con inquina.

—Por favor, Jack, trata de entender que solo necesito algo de tiempo para pensar. Al bajar del avión fui recibida por una avalancha de periodistas felicitándome por mi compromiso. Me sentí traicionada. —Rebecca se retorció las manos—. ¿Comunicaste a los medios que estábamos prometidos?

—¡No! ¡No dije ni una palabra!

—¿De veras? ¿De dónde sacaron entonces tus declaraciones?

—De donde las sacan normalmente, cielo, como muy bien sabes. De mi publicista, que empezó a contarlo a los cuatro vientos. —Jack puso los ojos en blanco—. Vamos, Becks, no seas ingenua, sabes perfectamente cómo funcionan estas cosas. Me duele que pienses que fui yo.

—Perdona —volvió a decir ella, a falta de algo mejor que contestar.

—¿Sabes qué es lo que de verdad me molesta? —Jack se detuvo frente a

ella con la mirada encendida—. Aunque hubiese sido yo quien confirmara que te había propuesto matrimonio, ¿tan terrible habría sido? Supongo que me equivoqué al pensar que te haría ilusión.

—Es una decisión importante y...

—Has tenido tiempo y espacio de sobras para pensar. Por tanto, ¿puedo preguntarte si has tomado ya una decisión?

Rebecca calló, incapaz de responder.

—Bien —suspiró Jack—, supongo que tu silencio lo dice todo. ¿Y ese tío que estaba manoseándote en el coche ha estado reconfortándote mientras tomabas una decisión?

—¡No! James es un actor de la película. Es simpático y me cae bien, pero apenas nos hemos visto fuera del rodaje. Esta noche me invitó a cenar y la cosa no ha pasado de ahí.

Jack la miró de hito en hito.

—¿Y esperas que me lo crea? Acostarse con el compañero de reparto durante un rodaje es la historia más vieja del mundo. No seas condescendiente conmigo negándolo. Me presento aquí después de dos semanas sin saber nada de mi chica y me la encuentro en los brazos de otro hombre. ¿Qué se supone que he de pensar? ¿Realmente esperas que piense que ambas cosas no están relacionadas?

—Lo espero porque no lo están —insistió, exhausta, Rebecca—. Pregunta a la señora Trevathan. Ella sabe que he dormido aquí todas las noches. Entiendo que se te pueda pasar por la cabeza, Jack, pero no es cierto.

—Si hasta te ha cambiado la manera de hablar. Ese acento inglés es otra de las cosas que has adquirido desde que estás aquí.

Callaron, ambos dolidos por las palabras del otro.

—Entonces ¿me estás diciendo que todavía estamos juntos? —preguntó finalmente Jack.

—Sí, todo el mundo lo sabe.

—La cuestión, Becks, es: ¿lo sabes tú? ¿Has tomado ya una decisión sobre mi proposición de matrimonio? Porque no hay duda de que has tenido tiempo de sobras para meditarla. Si la respuesta es un «sí», eso podría ayudar a convencerme de que no has estado acostándote con ese actor.

La mente de Rebecca era un torbellino de pensamientos contradictorios.

—Jack... —se frotó las sienes—, todavía no me puedo creer que estés aquí. ¿Podemos tranquilizarnos y hablar de esto mañana, cuando hayamos dormido un poco? Estos días he sufrido fuertes migrañas y...

—Te lo ruego, Becks, no vayas de víctima conmigo. No tenías migraña para salir a cenar con tu enamorado. Bien —dijo Jack con un suspiro—, creo que he visto cuanto necesitaba ver. Será mejor que vuelva a casa.

—No te vayas, Jack, te lo ruego —suplicó ella—. Tenemos que solucionar esto. Que tu proposición de matrimonio me asustara tanto que necesitara huir no significa que haya decidido que lo nuestro ha terminado. Uno de nuestros problemas es que nunca disponemos de tiempo o intimidad suficientes para hablar. Siempre estamos cada uno en un lugar. Ahora mismo tenemos ambas cosas. ¿No crees, por el bien de los dos, que deberíamos aprovecharlas?

Jack se derrumbó a su lado en el sofá y meneó la cabeza.

—Ahora mismo no sé qué quiero, Becks. Casarme contigo era lo único que me mantenía vivo. Mi carrera es un desastre, los papeles buenos ya no me caen como antes, estoy empezando a pensar que a lo mejor estoy acabado. No...

Rompió a llorar. Rebecca lo abrazó.

—Lo siento mucho, Jack, en serio. Tú no estás ni mucho menos acabado. Simplemente estás pasando por un bache, algo que estoy segura de que también me ocurrirá a mí en el futuro.

—Pero aún tienes muchos años por delante como actriz principal, mientras que a mí es evidente que se me ha acabado eso. Y es posible que estos últimos meses haya consumido más de la cuenta, pero te juro que no soy un drogadicto, Becks. Últimamente he estado un poco deprimido y necesitaba una dosis rápida. Me crees, ¿verdad?

—Sí —respondió Rebecca. ¿Qué otra cosa podía decir? Desde el instante en que Jack había aparecido en Astbury ella había estado a la defensiva.

—Y me duele, Becks, me duele mucho que no me tomaras en serio cuando te pedí que fueras mi esposa. Que pensaras que estaba jugando y que no te dieras cuenta de lo mucho que te quiero.

Rebecca le acarició el pelo.

—Siento haberte hecho daño, Jack. Lo digo de corazón.

—Gracias. No me importaría una copa. ¿Hay algo de alcohol en este lugar dejado de la mano de Dios?

—Si lo hay, no sabría dónde buscarlo. ¿Por qué no subimos e intentamos dormir? Podemos continuar con la conversación mañana, aunque he de estar temprano en el rodaje.

—Solo si estás segura de que me quieres de nuevo en tu cama —dijo él encogiéndose de hombros—, y si me juras que no has estado acostándote con ese actor, porque si es así seguro que los demás actores lo sabrán y no estoy dispuesto a quedarme aquí para ser el hazmerreír de todos.

—Te lo juro —dijo cansinamente Rebecca.

Jack esbozó al fin un atisbo de sonrisa.

—Tendré que creerte, supongo. Y ahora, mi rubia doncella, llévame a tu torre para que podamos recuperar el tiempo perdido. —La atrajo hacia sí y la besó.

—Vamos. —Rebecca tomó sus manos y lo levantó del sofá—. Lo más seguro es que la señora Trevathan siga levantada. Se empeña en ser la última en acostarse.

Guió a Jack por el laberinto de pasillos hasta el vestíbulo. La señora Trevathan apareció como un fantasma a sus espaldas.

—¿Piensa su... amigo quedarse esta noche? —preguntó.

—Sí, si a usted y a Anthony les parece bien —dijo Rebecca.

—Dudo mucho que pueda pedirle permiso al señor a estas horas de la noche, ¿no le parece? Seguro que ya duerme profundamente. Mañana por la mañana le informaré de la presencia de su joven compañero. Buenas noches.

—Buenas noches, señora, y gracias. Siento mucho haber armado antes tanto alboroto. —Jack le dedicó una de sus sonrisas matadoras pero la señora Trevathan ni se inmutó—. Qué tía tan rara —dijo tras cerrar la puerta del dormitorio de Rebecca—. No me digas que la puerta no tiene pestillo —señaló sentándose en la cama.

—Me temo que no —respondió Rebecca, incómoda cuando Jack abrió los brazos.

—Ven aquí.

Se acercó y Jack le rodeó la cintura.

—Había olvidado lo bonita que eres. El pelo rubio te queda muy bien. Te he echado de menos, Becks.

Mientras hacían el amor Rebecca trató de relajarse y disfrutar. Después él se durmió y ella se levantó para ir al cuarto de baño. Regresó con sigilo, se tendió a su lado y apagó la luz.

Al alba, Jack se despertó y la buscó en la oscuridad. Cuando Rebecca se acurrucó contra él, tuvo la extraña sensación de que había otra presencia en la habitación, alguien mirando...

Mientras descansaba la cabeza en el ancho hombro de Jack, apartó esa idea de su mente y se sumió en un sueño tranquilo.

20

La llegada inesperada de Jack en plena noche estaba en boca de todos al día siguiente. Las chicas de maquillaje casi sufrieron un desvanecimiento cuando Jack entró en la sala buscando a Rebecca. Ella observó cómo las hechizaba con su encanto.

—Eres una chica con suerte —comentó Chrissie, la maquilladora jefa, después de que Jack besara a Rebecca en la coronilla y se marchara a desayunar a la furgoneta del catering—. Al natural es aún más guapo que en la gran pantalla.

—¿Cuándo llegó? —preguntó James una hora después, mientras ocupaban sus respectivos lugares en el rodaje—. Anoche no mencionaste que iba a venir.

—Porque no lo sabía. Cuando bajé del coche me estaba esperando. Por desgracia, te vio abrazarme y se imaginó lo peor. —Rebecca suspiró.

—Ya. Pues antes de que me rete a un duelo al amanecer para defender su honor, mi señora, será un placer para mí sacarle de su error —bromeó James con jovialidad—. Le diré con total franqueza que me habría encantado disfrutar de tus encantos pero que, por desgracia, te negaste en redondo. —Esbozó una sonrisa pícaro—. No hay duda de que el muchacho es guapo. Si fuera un hombre competitivo me sentiría amenazado. Por suerte, no lo soy.

A la hora de comer Jack ya había recuperado su acostumbrada vivacidad y estaba deleitándose con la atención que estaba recibiendo.

—Me alegro de haber venido, Becks —dijo antes de apurar la cerveza

que Steve le había conseguido—. La gente con la que estás trabajando es muy agradable.

—Sí, todos me han recibido muy bien.

—Y estoy deseando deslizar mis manos por debajo de esa faldita para acariciar las medias de seda y el ligero —le susurró al oído—. Y tu pelo me mola un montón. Es como tener una novia nueva.

Después de comer Jack tiró de Rebecca.

—Hora de la siesta —dijo en la escalera, camino del dormitorio.

—Rebecca, ¿tendrías la amabilidad de presentarme a tu invitado? —dijo una voz severa a sus espaldas.

—Hola, Anthony. —Ella se dio la vuelta, tratando de no parecer culpable—. Lamento no haber tenido la oportunidad de presentarte a mi novio. Llegó inesperadamente anoche y la señora Trevathan nos dijo que ya dormías. Te presento a Jack Heyward. Jack, este es lord Anthony Astbury.

—Hola, señor... quiero decir, lord Anthony —saludó Jack, perdiendo su seguridad habitual. Bajó los escalones para tenderle la mano—. Gracias por permitirme caer aquí sin previo aviso.

Anthony lo observó impertérrito.

—No parece que yo tenga voz y voto en este asunto, pero es usted bienvenido de todos modos.

—Gracias. Becks y yo podemos irnos a un hotel si lo prefiere.

—La señora Trevathan ya le ha encontrado una habitación, ¿supongo?

—No, señor... lord Astbury. He dormido con Becks, o sea, en la misma habitación.

Rebecca rió por dentro ante el patente bochorno de Jack.

—Entiendo. —Anthony enarcó una ceja—. Bien, si necesitan algo más, pídanse a la señora Trevathan. Imagino, Rebecca, que no cenarás con el señor Malik y conmigo esta noche.

—No, Anthony, lo siento. Jack y yo tenemos algunas cosas de que hablar.

—Bien. —Anthony asintió y se alejó por el pasillo.

—Pensaba que el ama de llaves era rara, pero ese tío se lleva la palma —comentó Jack, continuando su ascenso.

—Es un hombre agradable cuando lo conoces. Supongo que,

sencillamente, le cuesta relacionarse con la gente.

—¿Me estás diciendo que es un sociópata? —rió Jack abriendo la puerta del dormitorio.

—Te estoy diciendo que vive solo en esta casa y apenas interactúa con otras personas —respondió ella a la defensiva.

—Lo que yo decía, un bicho raro. Es evidente que no ve con buenos ojos que compartamos habitación. ¿No me digas que solo cree en el sexo después del matrimonio? —Jack subió una mano por el muslo de Rebecca hasta el borde de la media.

—Pienso que no cree en el sexo, punto —rió Rebecca antes de que Jack la arrojara sobre la cama y silenciara su risa con un beso.

Esa tarde Rebecca debía rodar una escena complicada que requería un par de horas. Jack le dijo que iría al hotel de James para utilizar su wifi.

—No bromeabas cuando dijiste que aquí no hay internet, ¿verdad? —inquirió antes de besarla en la punta de la nariz—. James me ha invitado a tomar algo con él para resarcirme por haberme dado una impresión equivocada anoche. No te preocupes, Becks, te creo y te pido perdón por haberme precipitado en mis conclusiones.

—Es comprensible. Yo también te pido perdón.

—James dijo que he de probar la cerveza amarga. Personalmente, preferiría un chupito o dos de vodka.

—Diviértete —dijo Rebecca cuando él se marchó, sonriendo para sí por el hecho de que Jak hubiera hecho buenas migas con James. En cierto modo se parecían mucho, y no quería ni imaginar la reacción de la población femenina cuando hicieran su entrada juntos en el bar del hotel.

—Pareces más animada, querida. —Robert le guiñó un ojo cuando llegó al rodaje media hora más tarde—. Acabo de ver algunas tomas y estás deslumbrante. Creo que deberíamos incluir la presencia de tu prometido en futuros contratos. Es una broma. Bien, comencemos.

Por una vez consiguieron rodar la escena en poco tiempo y a las siete y media Rebecca estaba de nuevo en el vestíbulo, con tejanos, buscando a Anthony. Quería disculparse, antes de su cena con Ari, por la llegada inesperada de Jack. Pensando que lo encontraría en el jardín, bajo la

escalinata. En lugar de Anthony, sentado en el banco de la rosaleda halló a Ari. Este levantó la vista.

—Hola, Rebecca.

—Hola. ¿Qué haces sentado aquí fuera?

—La señora Trevathan me dijo que Anthony no estaba listo aún y que me diera un paseo por los jardines. Para serte franco, creo que no le caigo bien. —Suspiró.

—Me parece que a la señora Trevathan no le cae bien la gente que perturba su rutina —dijo Rebecca.

—¿Damos un paseo? —Ari se levantó.

—¿Por qué no?

—Este lugar es precioso. La campiña inglesa posee... —Ari buscó la palabra justa mientras echaban a andar por el césped— serenidad, una cualidad difícil de encontrar en Bombay.

—Y en Nueva York —aseguró Rebecca.

—¿Vives en Nueva York?

—Sí.

—Aquí la sensación de espacio es mucho mayor que en la India. Las ciudades indias están abarrotadas de gente que pelea por un metro cuadrado de espacio, y el ruido en las calles no cesa ni de día ni de noche. Incluso en los templos la gente canta y habla como si estuviera en la calle. Es prácticamente imposible encontrar un poco de paz.

—Nunca he estado en la India —dijo ella—. De hecho, casi no he viajado fuera de Estados Unidos. Qué curioso que digas que es un país frenético. Todos los libros que he leído sobre la India cuenta que la gente va allí en busca de paz interior.

—Hay mucho de eso —convino Ari—, pero si vives en una habitación con tus padres, tu marido y tus hijos y solo tienes unas rupias para comprar arroz, necesitas una fe fuerte. Aquí, en Occidente, la fe en algo mayor que uno mismo probablemente ya no sea tan necesaria. Creo que las comodidades físicas, o el materialismo si lo prefieres, son el enemigo de la espiritualidad. Si estamos bien abrigados y alimentados, aunque nuestra alma esté vacía vamos sobreviviendo. Y eso, he descubierto últimamente, es la mayor

pobreza de todas —añadió con un suspiro.

—Nunca lo había visto así, pero tienes razón.

—Puede que haya venido a Inglaterra en busca de mi alma —dijo él contemplando con una media sonrisa la luz ambarina del atardecer.

—Es triste, pero conozco a muy poca gente realmente feliz —comentó Rebecca—. Las personas somos tremendamente avariciosas. Nunca estamos satisfechas con lo que tenemos.

—En nuestro país nos enseñan que el nirvana lo alcanzas desprendiéndote de las posesiones materiales. Resulta muy práctico, porque si eres un indio pobre no tienes nada de que desprenderte. Creo que la felicidad depende en gran medida de nuestras expectativas sobre cómo ha de ser la vida. Cuanto menos esperas, más satisfecho te sientes. ¿Lo ves? —Ari abrió los brazos al universo—. Estamos creando nuestro propio ashram en los jardines de una mansión inglesa.

Rebecca sonrió.

—Está refrescando —dijo Ari—. ¿Volvemos?

—Sí.

—¿Cenarás con nosotros esta noche?

—No, tengo un invitado. Mi novio se presentó anoche por sorpresa.

—Entiendo. Y dada nuestra conversación del otro día en los páramos, ¿cómo lo llevas? —preguntó Ari.

—Lo llevo... bien. Mejor de lo que esperaba.

—Me alegro. Deséame suerte para esta noche. Espero que la historia de mi bisabuela no haya afectado demasiado a Anthony.

—Como no sé cómo continúa, no puedo opinar —dijo ella entrando en el vestíbulo.

—Algún día te lo contaré, pero si no me doy prisa haré esperar a mi anfitrión y eso no me ayudará en mi búsqueda de información.

—Buena suerte —dijo Rebecca camino de la escalera.

—Gracias.

Ari giró sobre sus talones y entró en el comedor.

Anthony levantó la vista.

—Hola, señor Malik. Cierre la puerta antes de tomar asiento, por favor.

Preferiría que nadie escuchara nuestra conversación. ¿Cómo está?

—Bien, gracias. —Ari siguió las instrucciones de Anthony antes de sentarse a la mesa—. ¿Y usted?

—Para serle franco, impactado por lo que he leído hasta el momento.

—Lo entiendo —repuso Ari, percibiendo su tensión.

Anthony le sirvió una copa de vino.

—Bien —dijo con un suspiro—, hablemos del pasado...

Inghilterra 1917

21

Anahita

Dpe nuevo en el colegio me concentré en los exámenes, sabedora de que si deseaba ingresar en la profesión médica británica debía sacar unas notas más que excepcionales. Mis exámenes de graduación se sucedieron en una niebla de noches en vela, dolores de cabeza y nervios. Pensaba que me habían ido bien, pero no conocería los resultados hasta finales de verano.

Finalizado el trimestre, antes de incorporarme como niñera de la hija de Selina, abandoné Eastbourne con mi amiga Charlotte, la hija del pastor, para visitar su casa de Yorkshire. Le había expresado en numerosas ocasiones mi deseo de conocer la casa parroquial donde habían vivido mis adoradas hermanas Brontë.

El padre de Charlotte estaba predicando en África, y puede que recuerdes que te había contado que la madre había muerto el año previo. El hermano gemelo de Charlotte, Ned, era un chico muy dulce, y ambos me acompañaron en autobús a Haworth Moors.

Esa noche nos sentamos los tres fuera, en el bonito jardín de la rectoría, para cenar.

—¿Qué harás ahora que has terminado los estudios? —pregunté a Ned durante el café.

—A menos que esta guerra termine pronto, algo que a estas alturas todos dudamos de que sea el caso, estaré en el ejército en menos de seis semanas. Luchar no es lo mío —añadió con suficiencia—. Preferiría seguir el camino

de las hermanas Brontë y dedicarme a escribir.

—Entonces ¿no te interesa ser párroco como tu padre?

—¡Ni loco! Si quedaba algo de fe en mí antes del comienzo de la guerra, me temo que la he perdido.

—No digas eso, Ned, por favor —suplicó Charlotte—. Estoy segura de que la guerra acabará pronto.

—Además, nunca hay que perder la fe —añadí—. ¿Qué nos quedaría entonces?

Al día siguiente, cuando Charlotte se fue a ver a un familiar, Ned y yo paseamos por Keighley Moors. Hablamos de literatura y filosofía, y él me preguntó sobre mi vida en la India. Me gustaba su naturaleza reflexiva y amable, y reconozco que pensé bastante a menudo en él durante los meses siguientes. Por la mañana, en la estación de tren de Keighley, me despedí de Charlotte con lágrimas en los ojos y emprendí el largo viaje a Devon.

—¡Anni, mi querida Anni, bienvenida! —Selina se arrojó a mi cuello y me sonrió con sincera alegría cuando bajé de la carreta—. Entra, te lo ruego, y disculpa que no haya podido enviarte un coche a la estación. El racionamiento de gasolina es muy estricto y como vivimos lejos de todo, tenemos que utilizar la mínima e indispensable. Te he puesto en la habitación contigua a la de mi hija, en la planta noble —explicó mientras subíamos la escalinata—. La pequeña Eleanor duerme casi toda la noche de un tirón, pero pensé que sería bueno que te tuviera cerca por si se despierta.

—Gracias —dije abrumada por su cálido recibimiento—. Sabe que tengo poca experiencia cuidando niños, ¿verdad?

—¡Anni, ayudaste a Eleanor a venir al mundo! Confío plenamente en ti. Ya hemos llegado. —Selina abrió la puerta de mi dormitorio—. ¿Será suficiente?

Contemplé la habitación con sus magníficas vistas de los jardines y el páramo.

—Sí, gracias. Es muy bonita.

—¿Quieres que te sirvan el té aquí?

—Preferiría bajar a la cocina y ver a mis amigos.

—Me alegro tanto de que estés aquí, Anni... No sabes lo difícil que ha

sido encontrar a alguien adecuado para que me ayude con Eleanor. La vieja niñera que mi madre me buscó era espantosa y al final la despedí, lo cual no le hizo ninguna gracia a mi madre. —Selina puso los ojos en blanco—. Estos últimos meses he estado cuidando de Eleanor yo sola. Cuando te hayas instalado y hayas saludado a todos en la cocina, ven a vernos a su cuarto.

Mientras deshacía el equipaje no pude por menos que sonreír ante la idea de que una madre considerara escandaloso tener que cuidar personalmente de su hijo. Después de asearme bajé a la cocina y el personal se agolpó a mi alrededor. La señora Thomas me colmó de bizcochos y té y Tilly me estrechó con fuerza, y experimenté una agradable sensación de pertenencia.

Al rato subí a ver a Eleanor. A sus tres años se había convertido en una niña adorable y congeniamos al instante. Bajo la supervisión de su madre, la bañé, le puse el pijama y le canté una nana hasta que se durmió.

—Eres fantástica —dijo Selina cuando salimos de puntillas de la habitación—. Eleanor ya te adora. Estaba pensando, Anni, que cuando se haya acostumbrado a ti tal vez me vaya unos días a Londres. Llevo un año sin salir de esta casa y tengo muchas amigas a las que me gustaría ver.

—Naturalmente, lady Selina, para eso estoy aquí. Si confía en mí, puede ir adonde quiera.

—¡Pues puede que lo haga! Es deprimente vivir aquí. Me gustaría que esta noche cenaras conmigo y con mi madre. Estoy deseando que me cuentes cosas de Minty, Indira y la familia de Cooch Behar.

Me puse mi mejor vestido de Harrods y bajé a cenar al comedor. Lady Astbury me trató con su acostumbrado desdén y apenas se dirigió a mí. Sabía que la presencia en la mesa de una mera niñera la incomodaba. Selina, en cambio, disfrutó con mis historias de los días que Indira y yo pasamos en Londres cuando la maharaní consiguió llegar a Inglaterra en un barco militar.

—Madre, como Anni ya está aquí para cuidar de Eleanor, estaba pensando en ir a Londres la próxima semana, si te parece bien —comentó Selina durante el postre.

Me dio mucha pena que tuviera que pedir permiso a su madre cuando ya había estado casada y tenido un hogar propio. El destino había querido que la independencia de Selina terminara antes de haber empezado de verdad.

—Si no hay más remedio, Selina. —Lady Astbury parecía disgustada—. ¿Seguro que está cómoda con la niña, señorita Chavan? —me preguntó—. Yo no dispondré de tiempo para comprobarlo.

—Sí, lady Astbury. Eleanor y yo estaremos bien —contesté.

Unos días más tarde Selina lo tenía todo listo para irse a Londres. Su cara era una mezcla de entusiasmo e inquietud cuando se puso los guantes y subió a la carreta que debía llevarla a la estación.

—Disfrute, lady Selina. Es joven y guapa, y merece divertirse después de estos años tan difíciles —le dije.

—Gracias, Anni, tú siempre sabes elegir las palabras. Si tienes algún problema con Eleanor, envíame un telegrama a nuestra dirección de Londres.

—Lo haré, se lo prometo —la tranquilicé mientras me despedía con la mano.

Al final Selina, segura de que su hija estaba en buenas manos, prolongó su estancia en Londres casi un mes. «¿Y quién puede reprochárselo?», pensé para mí una noche. Sobre Astbury flotaba un manto de desesperanza. Hasta yo, que no era dada a reparar en incomodidades como la falta de agua caliente o la arruinada mampostería de la fachada, era consciente de que la casa se estaba deteriorando lentamente.

Para colmo, el hijo y heredero, mi querido Donald, seguía combatiendo en el extranjero. Hacía semanas que nadie sabía nada de él, y cuando fui a las cuadras con Eleanor para acariciar los caballos, descansé la cabeza en la brillante crin de Glory.

—Tu amo volverá pronto, te lo prometo —le susurré.

Llegado el mes de agosto, vi que los luminosos campos de maíz se tornaban marrones por falta de mano de obra para cosechar y trillar. Las ovejas de los páramos no habían sido esquiladas y se pasaron el verano sudando bajo sus pesados abrigos de lana cuando esta podría haber abrigado a muchos soldados en zonas gélidas del extranjero.

Presidiendo ese caos estaba la figura estoica de Maud Astbury. A veces la veía tomar el té en el césped a las tres y media de la tarde exactas y dirigirse a la capilla a las seis, su rutina inalterada mientras la finca vivía en un compás de espera a su alrededor.

Yo intentaba entenderla recordándome que cuando se casó con el padre de Donald veinticinco años atrás, eran otros tiempos. No había sido educada para asumir en solitario una responsabilidad tan grande como Astbury. Así se lo expliqué a los sirvientes, que habían empezando a quejarse de la incapacidad de su señora para mejorar el lamentable estado de la casa.

—Pues lady Astbury debería aprender a dirigir la finca —comentó la señora Thomas—. Si no hace algo pronto, no quedará nada para cuando regrese el señorito.

—Esperemos que no recaiga todo sobre ti, Eleanor —le susurré una tarde mientras dábamos su paseo vespertino por los jardines—. Rezo por que mis espíritus tengan razón y tu tío vuelva pronto, sano y salvo.

Recibí los resultados de mi graduación a mediados de agosto. Había aprobado con honores y el lento y deprimente verano me había convencido de que, a diferencia de los residentes de Astbury Hall, yo no estaba dispuesta a esperar a que la guerra terminara para empezar mi vida.

Dos días después de que Selina regresara de Londres fui a verla.

—Lady Selina —empecé—, he decidido que, efectivamente, deseo ayudar en el esfuerzo bélico. He solicitado mi ingreso en el Destacamento de Ayuda de Voluntarios.

—Vaya por Dios. —Selina me miró descorazonada—. La maharaní mencionó que existía la posibilidad de que desearas hacer tal cosa finalizado el verano, pero confiaba en que hubieras abandonado la idea.

—Me temo que no. En septiembre comenzaré mi formación de enfermera en Londres. Soy consciente de que tendrá que buscar a alguien que se ocupe de Eleanor y he observado que Jane, la nueva criada del pueblo, la adora, y Eleanor también parece encantada con ella. Creo que podría cuidar muy bien de su hija.

Selina suspiró largamente.

—Espero que sepas dónde te estás metiendo, Anni. Una amiga mía ingresó en el DAV y duró una semana. ¡Tenía que vaciar cuñas! —Arrugó la nariz—. Supongo que pedirte que reconsideres tu decisión sería ir en contra del rey y la patria, de modo que adelante. Yo, entretanto, me quedaré en este caserón dejado de la mano de Dios y completaré el cuarteto para la timba

semanal de bridge con mi madre, el cura y su hermana de setenta años.

Tomé instintivamente sus manos menudas y pálidas entre las mías.

—Lady Selina, le prometo que le espera un futuro dichoso. De hecho, creo que ya ha empezado a intuirlo mientras estaba en Londres.

Me miró atónita.

—¿Cómo puedes saber esas cosas, Anni? Sí, hay un hombre, pero solo hace un año que enviudé y mi madre no daría su visto bueno. Es extranjero, un conde francés que está trabajando en Londres como enlace del gobierno de su país. —Me miró ruborizada—. Para serte del todo sincera, Anni, me gusta mucho más de lo que debería.

—Le prometo, lady Selina, que si sigue su corazón y no permite que otros la persuadan de lo contrario, todo irá bien.

—Gracias, Anni, gracias. Siempre das esperanza a quien lo necesita.

—Solo transmito lo que me dice mi intuición.

—Pues yo digo que tú también te mereces alguien especial.

—Gracias, lady Selina.

Mientras me alejaba dudé de que incluso ella lo aprobara si supiera quién deseaba yo que fuera esa persona.

22

Noviembre de 1918, norte de Francia

Hijo mío, no quiero entrar en detalles sobre lo que vi durante el tiempo que pasé en Francia atendiendo a nuestros pobres muchachos. Estoy segura de que habrás leído en los libros de historia lo espantoso que fue aquello.

Solo puedo decir que lo que esos libros relatan no consiguen describir los auténticos horrores que presencié.

Fui enviada a Francia unas semanas después de mi primera formación. Había demostrado ser apta y necesitaban desesperadamente enfermeras para cuidar de los heridos en el frente. Como a todos los que estuvieron allí, la guerra dejó en mi alma recuerdos imposibles de borrar. La tremenda desesperación que produce ver a la raza humana destruirse a sí misma puso a prueba mi fe. Agradecía que mi madre me hubiera llevado de niña por los pueblos de Jaipur y hubiera visto antes el verdadero sufrimiento. Por lo menos estaba más preparada para él que la mayoría.

Sí te contaré, no obstante, que me encontré a Ned, el hermano gemelo de mi amiga Charlotte. Estuvo unos días en mi hospital de campaña con un corte profundo en la frente. Se lo vendé y fue un placer ver un rostro familiar de una época de mi vida más apacible.

Ned probablemente sentía lo mismo, y como estaba destinado cerca de nuestro hospital, detrás de las líneas de combate, durante nuestros escasos ratos libres me llevaba al pueblo de Albert, donde disfrutábamos de unas horas de tregua. Hablábamos de libros, arte, teatro, cualquier cosa que no tuviera que ver con la terrible realidad a la que nos enfrentábamos diariamente.

Estaba con él el día que se declaró finalmente el armisticio. Para entonces las trincheras se hallaban medio vacías, en parte debido a la espantosa segunda batalla del Somme y al hecho de que no tenía mucho sentido enviar carne de cañón de reemplazo cuando era cada vez más evidente que los alemanes no iban a tener más remedio que rendirse.

Estábamos en medio de una multitud de enfermeras y soldados que nos dirigíamos en jeep a Albert sin atrevernos a creer que la paz era un hecho. Soldados de todas las nacionalidades inundaban la plaza del pueblo procedentes de la primera línea —ingleses, franceses, estadounidenses e incluso indios— y una orquesta improvisada tocó esa noche, creando una algarabía eufórica.

Recuerdo como si fuera ayer que alguien lanzó fuegos de artificio y la plaza al completo calló de repente. Nuestros sentidos se pusieron en alerta,

temerosos de que nos hubieran informado mal y fuera el sonido de cohetes alemanes. Pero cuando los fuegos de artificio estallaron en el cielo, la explosión de luces de colores nos devolvió la tranquilidad.

Y fue justo después del espectáculo pirotécnico cuando noté un golpecito en el hombro.

En aquel momento estaba en los brazos de Ned, bailando al son de la Dixieland Jazz Band. Me di la vuelta y allí, como una sombra avejentada del muchacho que había sido, estaba Donald Astbury.

—¿Eres tú, Anahita?

—¿Donald? —Contuve la respiración, incrédula.

—Sí. —Sonrió—. Selina me contó en una carta que habías ingresado en el DAV, ¡pero qué coincidencia encontrarte aquí esta noche!

Ned estaba en posición de firme —Donald era un oficial superior—, de modo que hice las debidas presentaciones y los dos hombres se dieron la mano.

Donald me miró con cariño.

—¿Sabe, sargento Brookner, que la última vez que vi a esta señorita no tenía ni quince años? ¡Y mírate ahora, Anni! —Sus ojos se pasearon por mi cuerpo con admiración—. Estás hecha una mujer, casi no te reconozco. Y —siguió explicando a Ned— fue Anni quien me dijo que sobreviviría a la guerra. Muchas fueron las veces, Anni, que estando en las trincheras miraba tu carta y creía que saldría ileso. ¡Y aquí me tienes! —Su rostro se iluminó con una sonrisa.

Los músicos empezaron a tocar un estribillo de «Let Me Call You Sweetheart».

—¿Le importa, amigo, que baile esta canción con Anni?

—En absoluto, señor —contestó Ned con cierta tristeza.

—Gracias. Anni, celebremos esta feliz ocasión. —Donald me cogió de la mano y nos sumergimos en el gentío.

Me avergüenza decir que ese día no volví a los brazos de Ned. Donald y yo pasamos toda la noche bailando juntos en la plaza de ese pueblo del norte de Francia como si nuestras vidas acabaran de empezar. Y puede que, en muchos aspectos, así fuera.

—¡Es increíble lo mucho que has crecido! —me dijo un centenar de veces—. ¡Anni, eres preciosa!

—Por favor —me ruborizaba yo en cada ocasión—, mi vestido tiene tres años y llevo más de año y medio sin cortarme el pelo.

—¡Tu pelo es maravilloso! —aseguraba Donald deslizado sus dedos por él—. ¡Tú eres maravillosa! Esta noche estábamos destinados a encontrarnos.

Era consciente de que esa noche todos estábamos dejándonos llevar por una euforia que es imposible de describir. Mientras Donald me cubría de halagos y me contaba que esos últimos tres años había pensado en mí todos los días, yo guardaba sus palabras en una caja, lejos de mi corazón, porque entendía por qué las decía.

Cuando la plaza se vació lentamente esa noche fría de noviembre, Donald y yo nos sentamos en el borde de la fuente situada en el centro y contemplamos las estrellas que iluminaban el cielo.

—¿Un cigarrillo? —me ofreció.

Acepté y fumamos amigablemente, sentados el uno cerca del otro.

—Me cuesta creer que la guerra haya terminado —dijo con asombro.

—Y a mí, aunque pronto tendré que regresar al hospital. Con armisticio o sin él, todavía hay muchos enfermos y heridos que me necesitan.

—Seguro que todos se han curado bajo tus cuidados, Anni. Realmente naciste para ser enfermera.

—En el futuro preferiría ver sobrevivir a más pacientes. —Me recorrió un escalofrío—. Hacía lo que podía, pero en muchas ocasiones simplemente no era posible ayudar. Creo que me gustaría seguir trabajando de enfermera una vez que la guerra termine.

—Ha terminado, mi querida Anni —recalcó Donald, y nos reímos de la frase que el mundo había utilizado a diario durante los últimos cuatro años.

—Debo irme si no quiero que la enfermera jefa me despelleje viva.

—Dudo mucho que lo haga, por lo menos esta noche. Pero si tienes que irte te acompaño.

—No te va de camino —dije levantándome.

—Da igual. Esta noche siento que podría caminar un millón de kilómetros.

Salimos del pueblo cogidos del brazo y caminamos por la carretera desierta, el aire todavía acre de meses de bombardeos.

—¿Sabes? Creo de veras que fuiste mi talismán —dijo Donald cuando nos acercábamos a la entrada del campamento donde se hallaba mi hospital—. Me jugué la vida incontables veces y no recibí ni un rasguño.

—Sabía que habías nacido con buena estrella. —Le sonreí.

—Puede, pero tú me ayudaste a creerlo, y eso fue lo verdaderamente importante. Buenas noches, Anni.

Y dicho esto se inclinó y me besó. Y me da vergüenza confesar que no fue un beso breve.

Las dos semanas siguientes estuve muy ocupada vendando a los hombres que seguían ingresados en nuestro hospital a fin de prepararlos para el viaje de vuelta a Inglaterra. Donald llegaba por las noches en su jeep para llevarme por ahí. Las demás enfermeras enarcaban las cejas y reían entre ellas.

—Nuestra Anni tiene un pretendiente. ¡Un oficial, nada menos! Y conserva las dos piernas y los dos brazos. ¡Eres una chica afortunada! —decía una de las enfermeras sin mala intención.

Yo me esforzaba por proteger mi corazón de Donald y del daño que sabía que podría hacerme. Ninguno de los dos, en ese precioso período que estábamos compartiendo —un mundo sin reglas ni convencionalismos, sin una sociedad que nos dijera cómo debíamos comportarnos o a quién debíamos amar—, hablábamos del futuro. Nos limitábamos a vivir el momento, a disfrutar de cada segundo.

Cuanto me llegó la hora de cruzar el canal de la Mancha a bordo de un buque hospital con algunos de mis pacientes, la pasión entre nosotros estaba al rojo vivo.

—¿Te veré en Londres? —me preguntó desesperado nuestra última noche juntos—. ¿Vendrás a Astbury una temporada? Ya sabes que todo el mundo te adora allí.

—Con excepción de tu madre. —Sentada en el jeep entre sus brazos, puse los ojos en blanco.

—No te preocupes, a mi madre no le gusta nadie. Caray, estaba deseando que la guerra terminara, pero ahora que he de enfrentarme a mi querida madre

y la finca, ya no estoy tan eufórico. —Torció el gesto—. Astbury pasó legalmente a mí hace dos semanas, cuando cumplí veintiún años, de modo que ahora es enteramente mi responsabilidad.

—Creo que te dará un poco de trabajo, sí —contesté, la reina del eufemismo.

—¿Dónde piensas alojarte cuando regreses a Londres?

—Hay una residencia para enfermeras cerca del hospital al que seré enviada con mis pacientes —respondí—. Está en Whitechapel, y por el momento trabajaré allí.

—Anni —dijo Donald con una urgencia repentina—, no vuelvas al hospital esta noche. Ven conmigo al pueblo. Tengo una habitación allí. Por lo menos podremos estar juntos unas horas más.

—He...

—Soy un caballero, Anni, no haría nada que pusiera en peligro tu virtud.

—Chiss —le interrumpí, incapaz de contenerme—. Iré contigo.

Esa noche, obviamente, fue imposible, como lo ha sido siempre en todo el mundo, que dos personas enamoradas no desearan unirse de nuestra especial manera humana. En aquel cuarto pequeño y umbrío, mientras Donald me desvestía delicadamente con la tenue luz de la plaza colándose por los postigos, no experimenté el menor sentimiento de culpa. A medida que me cubría el cuerpo de besos y nos fundíamos en un solo ser, sentí que recuperaba mi fe en los dioses y la humanidad.

—Te amo, mi querida Anni, y tenemos que estar juntos —gemía—. Te necesito, te necesito...

—Yo también te amo —susurraba yo en sus oídos mientras nuestra urgencia se intensificaba— y siempre te amaré.

23

Después de nuestra llegada a Inglaterra estuve un mes sin ver a Donald. Era Navidad, la primera que él pasaba con su familia en Astbury Hall en tres años. Pero me escribía todos los días; cartas largas y sentidas en las que me decía lo mucho que me quería, me extrañaba y deseaba volver a estar conmigo.

Yo, a mi vez, le escribía cartas donde le hablaba de mi vida en el hospital. Aunque mi corazón estaba a punto de estallar de amor, contenía el impulso de expresarlo tan abiertamente sobre el papel como él. Ahora me hallaba de nuevo en Inglaterra y mi lado pragmático sabía que no podía dejarme arrastrar totalmente por Donald, pues, sencillamente, no veía la manera en que podíamos estar juntos en el futuro. Gracias a los dioses, mi trabajo en el London Hospital de Whitechapel me mantenía muy ocupada, y la tarde después de Año Nuevo la enfermera jefa me llamó a su despacho y me invitó a sentarme.

—Enfermera Chavan, hoy he hablado de usted en mi reunión semanal con los médicos. Todos estamos de acuerdo en que tiene un don especial para la enfermería. Su historial en Francia habla por sí solo y su trabajo aquí hasta el momento ha sido impecable.

—Gracias —dije complacida por sus elogios. No era dada a ellos.

—Antes de marcharse a Francia únicamente recibió una formación básica como auxiliar de enfermería, ¿es correcto?

—Sí, enfermera jefe, pero en Francia trabajábamos en equipo y aprendí

mucho de los médicos. Sé suturar, vendar heridas y poner inyecciones, y ayudaba a los médicos con las numerosas operaciones urgentes que tenían que realizar.

—Sí, estoy al corriente. También posee un aire de autoridad serena que transmite confianza a los pacientes. He visto que las enfermeras mejor formadas la admiran y respetan. Así pues, al hospital le gustaría proponerle que continúe con su formación y obtenga la titulación necesaria para ser enfermera y puede que enfermera jefe de sala.

Estaba abrumada. No tenía ni idea de que hubieran reparado tanto en mis habilidades.

—Gracias, enfermera jefa, me siento muy honrada.

—Seguiré trabajando en este hospital, pero tres días por semana acudirá a nuestra escuela in situ para aprender el lado técnico de la enfermería que no estudió en su momento. Dentro de un año recibirá el título de enfermera. ¿Qué le parece?

—Me encantaría hacer el curso —contesté.

—Bien. La inscribiré hoy mismo y podrá empezar la semana que viene.

—Gracias, enfermera jefa. —Me levanté y salí del despacho.

Una vez fuera se me escapó un aullido de alegría al pensar en lo orgullosos que habrían estado mis padres. Dos días después, para completar mi felicidad, Donald llegó a Londres. Se alojó en la casa londinense de los Astbury, en Belgrave Square, donde Selina se hallaba actualmente instalada con la pequeña Eleanor y su niñera Jane, la muchacha que yo le había recomendado.

Sabiendo que vendría, había pedido el día libre en el hospital. Tomé un autobús a Selfridges, donde me gasté parte de mi sueldo ganado con esfuerzo en un abrigo moderno. Camino de Piccadilly Circus —había quedado debajo de la estatua de Eros— el corazón empezó a latirme con fuerza. A lo mejor Donald había cambiado de parecer y decidido no venir, pensaba mientras escudriñaba su rostro entre la gente. Pero, finalmente, ahí estaba, buscándome nervioso como yo lo había buscado a él. Se acercó y me rodeó con sus brazos.

—¡Dios, cuánto te he echado de menos! —Me alzó el mentón para

mirarme con detenimiento—. ¿Y tú, cariño, me has echado de menos?

—Claro que te he echado de menos, y tengo muchas cosas que contarte. ¿Tomamos un té? —propuse.

—Vale —acurrucó la cara en mi cuello—, aunque una taza de té es lo último en lo que estaba pensando en estos momentos. Pero habrá que conformarse.

Nos sentamos en la Lyons' Corner House de Shaftesbury Avenue y charlamos animadamente hasta que se hizo de noche. Donald se alegró de mi ascenso tanto como yo.

—Eres una enfermera maravillosa —dijo con admiración—. Todos los muchachos que pasaron por tus dulces manos te recuerdan. Y mi hermana, cómo no, te adora. Hablando de ella le conté que hoy había quedado contigo y dijo que a Eleanor y a ella les encantaría verte. ¿Por qué no vienes mañana por la noche a casa? Podrías ver a Eleanor y cenar con Selina, conmigo y con su nuevo *amour*, Henri Fontaine.

—¿Lady Selina se ha enamorado? ¡Lo sabía! —Di una palmada, encantada con la noticia.

—Y no imaginas de qué manera. Aunque, por razones obvias, mi madre todavía no lo sabe. No lo aprobaría.

—He de consultar la lista de turnos, pero estoy segura de que podré arreglarlo. Será mucho más fácil cuando empiece las clases la semana que viene. Terminaré a las cuatro. ¿Está lady Selina al corriente de... lo nuestro? —pregunté con cautela.

—No le he contado los detalles, sobre todo porque era Navidad y mi madre estaba delante, pero sabe que en Francia te veía con frecuencia. Y —sonrió— seguro que lo adivina en cuanto nos vea juntos.

—¿No te importa que lo sepa?

—¿Por qué debería importarme, Anni? Selina te adora. Además, ella todavía tiene que explicarle a nuestra madre qué le trae tan a menudo por Londres —añadió Donald.

—A tu madre no le gustan los extranjeros en general —convine con voz queda.

—Anni, sabes que mi madre vive en el pasado, en otra era.

—Sí, pero...

—¡Chiss! —Donald posó un dedo en mis labios—. Mi madre no está aquí y no quiero que su espectro estropee el poco tiempo que tenemos para nosotros.

Miré mi reloj y vi que faltaba menos de una hora para el toque de queda en la residencia de enfermeras.

—Debo irme —dije.

—¿En serio?

—Sí.

Donald pidió la cuenta y salimos al aire frío de la noche. Cuando nos dirigíamos a Piccadilly Circus para que pudiera tomar mi autobús, me arrastró hasta una portería y me besó apasionadamente.

—Entonces —dijo soltándome al fin—, ¿te veré mañana por la noche en nuestra casa? Belgrave Square, número veintinueve. Mañana a las seis tengo una cita en el club con el director del banco de la familia y, según de lo mal que estén las finanzas, tal vez me retrase un poco.

—¿Están muy mal?

—En pocas palabras, Anni, si el banco se niega a extender el crédito, no me quedará más remedio que vender la propiedad. La casa y el terreno. Por tanto —dijo con un suspiro—, dudo que las cosas puedan ir peor.

—No pierdas aún la esperanza. Hasta mañana. —Le besé y corrí hasta el autobús.

Al día siguiente por la noche fui a Belgrave Square. Selina y Eleanor se alegraron de verme tanto como había dicho Donald.

—Anni, qué alegría que estés aquí —dijo Selina mientras me llevaba hasta Eleanor, que estaba sentada sobre la alfombra delante de la chimenea, mirando un libro de ilustraciones—. Eleanor, mira, es Anni.

Eleanor se subió de inmediato a mi rodilla y Selina pidió una bandeja de té a la criada.

—Y aprovechando que Donald no está, quiero que me cuentes todas tus aventuras en Francia. Y por supuesto —esbozó una sonrisa cómplice—, vuestro encuentro fortuito.

Le ofrecí una versión cuidadosamente abreviada del tiempo que trabajé

detrás de la línea de fuego y un resumen igual de conciso de mi reencuentro con Donald. Selina llamó a Jane para que se llevara a Eleanor a la cama y una vez que nos quedamos a solas, continuó con su interrogatorio.

—O sea que Donald y tú os reencontrasteis el día del armisticio en Francia y bailasteis juntos toda la noche. Qué romántico. Pero —se inclinó hacia mí y bajó la voz—, creo que no me lo estás contando todo. Conozco muy bien a mi hermano pequeño y en cuanto lo vi supe que estaba enamorado. Vamos, Anni, puedes confiar en mí. Si es de ti, me parece maravilloso. —Soltó una de sus risas cantarinas.

—Creo que tendrá que preguntárselo a Donald.

—Ten por seguro que lo haré. Fuiste tú quien dijo que alguien me estaba esperando, y tenías razón, Anni. Soy muy feliz.

—Me alegro mucho por usted, lady Selina.

—Te lo ruego, llámame solo Selina. En cierto modo, siento que casi somos familia. —Sonrió—. Bien —continuó—, confío lo bastante en ti para confesarte que estoy perdidamente enamorada de Henri y que tenemos previsto casarnos en cuanto podamos, diga lo que diga mi madre. A veces me siento terriblemente culpable, Anni. Creo que jamás sentí por el pobre difunto padre de Eleanor lo que siento ahora por Henri.

—No podemos elegir a quién queremos de verdad, ¿no crees? —repuse.

—Está claro que no. Hugo era un buen hombre, y con la posición social idónea para mí, como no paraba de decir mi madre, pero no me robó el corazón.

—¿Pensáis quedaros en Londres o mudaros a Francia?

—Las dos cosas, creo. Henri tiene un *château* en el sur del país, que al parecer es precioso, pero también le gusta Londres.

En ese momento Donald entró en el salón. Aunque parecía cansado, su rostro se iluminó al verme. Hizo ademán de acercarse pero se contuvo al reparar en la presencia de su hermana.

—Selina, esta noche estás tan guapa como siempre —dijo—. ¿Cómo estás, Anni? —Me besó la mano mientras sus ojos me transmitían aquello que sentía y no podía expresar con el cuerpo.

—Muy bien, gracias —respondí formalmente, con un brillo en la mirada.

Me percaté de que Selina nos estaba observando con fascinación, pero no tuvo tiempo de hacernos más preguntas porque en ese instante la puerta del salón se abrió y la criada hizo pasar a un hombre diminuto con bigote y una longitud de pelo considerada en Inglaterra decididamente bohemia.

—Bienvenido, Henri. —Selina se acercó y también ellos guardaron las formas—. Te presento a lord Donald Astbury, mi hermano, y a nuestra amiga, la señorita Anahita Chavan.

—*Enchanté, mademoiselle* —dijo el conde besándome la mano.

—Y ahora, ¿a quién le apetece una copa? —preguntó Selina.

Una vez sentados a la mesa, y después de que corriera el vino, ganamos confianza y nos pusimos a hablar del futuro de Selina y Henri.

En un momento dado, Henri se inclinó hacia mí y susurró:

—¿Su madre es realmente tan aterradora como la describe Selina?

—Por desgracia, sí. Y no le gustan los extranjeros.

Conscientes de que estábamos en el mismo barco, echamos la cabeza atrás y nos reímos de la irónica situación de esa noche. Donald deslizó una mano por debajo de la mesa y la posó sobre mi rodilla mientras Henri seguía confiándose a mí.

—Dentro de dos semanas iré a Devon con Selina para comunicarle a *Madame le Dragon* que quiero casarme con su hija. ¿Me comerá vivo?

—Es posible que regreses sin uno o dos dedos, pero dudo que toque el resto. Después de todo eres francés, seguro que no serás de su gusto.

Después de cenar, Donald y Henri, como era la costumbre entonces, se quedaron en la mesa disfrutando de una copa de brandy y un puro y Selina y yo nos retiramos al salón.

—¿No es Henri maravilloso? —me preguntó tomando asiento frente a la chimenea.

—Me gusta mucho —dije—. Y creo que será un buen marido para ti.

—Y yo he visto que Donald te adora tanto como Henri a mí. Podríamos tener una boda doble —propuso entre risas.

—Selina —dije poniéndome súbitamente seria—, creo que tus circunstancias y las de Donald son muy diferentes. Él es el heredero de Astbury. Como me dijo en una ocasión, tiene que casarse con alguien que le

ayude a salvar la propiedad. Sabes perfectamente que necesita muchos arreglos.

—No dudo de que tienes razón, pero yo no me inmiscuyo en los asuntos de dinero.

—Donald me ha dicho que la situación de la familia es desesperada.

—Aun así, lo que él necesita es alguien fuerte como tú, alguien que le apoye mientras intenta sacar a flote la finca —replicó Selina.

—Por desgracia, las dos sabemos que tu madre no lo verá así.

—¿Le quieres, Anni?

—Más que a nada en el mundo —respondí de corazón—, pero no quiero echar por tierra su futuro, Selina. No tengo dote y los matrimonios mixtos todavía están mal vistos en Inglaterra. Claro que, obviamente, Donald tampoco me lo ha propuesto —me apresuré a añadir.

—Tonterías. Hace tan solo una semana recibí una carta de mi amiga Minty, la hermana mayor de Indira, donde me contaba que una de sus amigas se había casado con un inglés.

—Probablemente su amiga sea princesa y no una simple niñera —suspiré—. Las dos sabemos que tu madre se llevaría un disgusto de muerte.

—¡Al diablo con mi madre! Donald es mayor de edad, es lord Astbury y el responsable de la finca y de su propio destino. Tú le haces feliz, Anni. ¿Hay algo más importante que eso?

Dejamos la conversación ahí porque los hombres entraron en ese momento en el salón. Miré mi reloj y vi que eran más de las once. Aunque disponía de un pase especial, debía llegar a la residencia antes de medianoche.

—Debo irme —dije a Donald en voz baja para no interrumpir la velada.

—Buscaré un taxi para que te lleve a casa.

Me despedí de Selina y Henri, y Donald salió conmigo. Mientras aguardábamos a que pasara un taxi por Belgrave Square, me volví hacia él.

—¿Cómo fue la reunión con el director del banco?

—Tan mal como esperaba —dijo—. La finca está al borde de la quiebra y me dijo sin rodeos que el banco no puede extender el crédito. Mi madre ha dejado, imprudentemente, que la finca se caiga a pedazos.

—Lo siento mucho, Donald —susurré.

—Según el director del banco, no soy el único que ha vuelto a casa después de cuatro años y se ha encontrado con una situación similar. El problema en nuestro caso es que la finca había empezado a deteriorarse mucho antes. Hace diez años que murió mi padre. La conclusión es que tendré que vender la propiedad, así de sencillo.

—Sencillo para ti, pero ¿crees que tu madre lo aceptará?

—Tendrá que hacerlo, como todos los demás. No podemos elegir. Por desgracia —suspiró Donald deteniendo un taxi—, la situación ha cambiado mucho.

Di la dirección al conductor y al abrazarme Donald me deslizó un billete en la mano.

—¿Te veré mañana? —preguntó.

—No salgo hasta las ocho.

—Te iré a buscar entonces y cenaremos en algún restaurante de Whitechapel.

—No sé si te gustará —dije cuando el taxi se disponía a arrancar.

—Tampoco me gustaba Francia hasta que te encontré. —Sonrió—. Te veré a las ocho delante del hospital, Anni. Buenas noches.

Me recosté en el asiento de cuero pensando en los acontecimientos de la noche y en lo que Selina me había dicho. Si la venta de Astbury era inevitable, eso significaba que quizá, solo quizá, existiera una posibilidad de que Donald y yo pudiéramos estar juntos.

Por primera vez osé imaginarme un futuro con él.

Durante las siguientes dos semanas Donald y yo nos las arreglamos para vernos cada día. Selina había regresado a Astbury Hall con el fin de preparar el terreno con su madre ante la llegada inminente de Henri y el anuncio de su compromiso, de modo que Donald y yo teníamos la casa de Londres para nosotros solos.

—La enfermera jefe acabará prohibiéndome ejercer mi profesión por falta de dedicación —dije a Donald una noche que yacíamos satisfechos en su amplia cama—. He pedido siete permisos nocturnos en las dos últimas semanas.

—Pero sabe que tu «tía», una prima de la mismísima maharaní de Cooch Behar, está en Inglaterra y desea ver a su sobrina —bromeó Donald acariciándome el pelo—. Escucha, Anni. —Me miró, repentinamente serio—. Pronto tendré que regresar a Devon para hablarle a mi madre de la venta de la finca. He querido dejarlo para después de que Selina anuncie su enlace con Henri. Demasiadas impresiones de una vez podrían acabar con mi madre.

—Lo sé.

—Y luego está lo nuestro...

—¿A qué te refieres?

—Anni, por favor, sabes perfectamente a qué me refiero. Lo nuestro —repitió—. Te quiero, Anni. Eres mi mejor amiga, mi amante y la mujer más sabia y bella que he conocido nunca. Y quiero que seas mi esposa.

Le miré atónita.

—¿Tu esposa?

—Sí, Anni, mi esposa. ¿Por qué te sorprende tanto? Sencillamente, no soporto la idea de vivir sin ti. ¿Qué mejor razón puede existir para querer casarse?

—Ninguna, pero...

—Nada de peros. —Donald posó un dedo en mis labios. Me rodeó con sus brazos y nos reacomodamos—. Sé que te haces cargo de los problemas a los que me enfrento y de que debo abordarlos de uno en uno, pero quiero que sepas que estoy decidido a casarme contigo. Espero que entiendas que, dadas las circunstancias, no serás la señora de una gran mansión. Después de vender Astbury Hall no quedará mucho, básicamente porque con el dinero de la venta tendré que comprarle a mi madre una casa adecuada. Estaba pensando que podríamos vivir aquí, en Londres, y cuando lleguen los niños, comprar una casa más pequeña en el campo.

—Oh, Donald. —Rompí a llorar.

—¿Qué te ocurre, cariño?

—Que... —Me soné la nariz y probé de nuevo—. Que me sorprende que hayas considerado seriamente un futuro conmigo.

—¿Por qué? ¿Tú no? —Me miró atónito y un tanto dolido.

—Donald, ¿no te das cuenta de que yo ni siquiera me he atrevido a

contemplar esa posibilidad? Somos de mundos muy diferentes: yo soy una enfermera india sin un penique y tú un lord.

—Tú eres de alta cuna en tu país, Anni —me recordó.

—Sí, pero también mi familia fue a menos, como en tu caso. Mi madre se casó por amor.

—Ahí lo tienes —sonrió.

—Donald —continué, armándome de valor—, has de entender que tu madre no será la única persona que se oponga a nuestro matrimonio. He sido objeto de prejuicios por el color de mi piel en numerosas ocasiones en Inglaterra. ¿Estás seguro de que puedes vivir con el estigma de tener una esposa india?

—Adoro el color de tu preciosa piel, cariño —dijo besándome el cuello—. Para serte franco, me trae sin cuidado que a otros no les guste.

Le miré fijamente a los ojos, y nunca lo amé tanto como en ese momento.

—Eres un hombre muy especial, Donald Astbury.

—Y tú eres una mujer extraordinaria. Te adoro.

Cuando se marchó a Devon al día siguiente, empecé realmente a imaginar nuestro futuro. Y poco a poco la caja donde había enterrado mis verdaderos sentimientos por él comenzó a resquebrajarse.

24

Mientras Donald estaba en Devon, decidí entregarme de lleno a las clases de enfermería. Sabía que no les había dedicado la debida atención. Independientemente de lo que nos deparara el futuro, deseaba terminar mis estudios.

Probablemente sea cierto que cuando una persona es amada por otra emana una felicidad y una confianza en sí misma que la gente encuentra irresistibles. Los médicos del hospital nunca me habían propuesto salir a bailar o a cenar tanto como ahora.

—Eres la chica del momento —dijo una de las enfermeras cuando decliné la invitación de un joven cirujano.

Por primera vez en mi vida pensé que a lo mejor era cierto.

Desde entonces he aprendido que nunca hay que confiarse en un momento especial en nuestra existencia. Ese momento en que uno se siente invencible es tremendamente fugaz, y lamento decir que mi momento no tardó en sufrir un corte brusco. A la semana de irse Donald a Devon, me llegó a la residencia una carta reenviada por Selina.

Palacio de Cooch Behar

Cooch Behar

Bengala

Diciembre de 1918

Mi queridísima Anni:

Ignoro dónde resides desde que llegaste de Francia hace unas semanas,

pero pensé que los Astbury lo sabrían. Puede que desde entonces nos hayas escrito con tu nueva dirección, pero ambas sabemos lo lento que puede ser el correo en la India. Solo puedo decirte que aquí estamos todos muy orgullosos de tu trabajo como enfermera en el frente. Espero que estés bien y puedas encontrar finalmente tu camino después de la turbulencia de los últimos cuatro años.

Por esa razón no me resulta fácil escribir esta carta, pues detesto desviar tu atención de tu vida. Pero necesito que me ayudes.

Como las dos sabemos, Indira se enamoró hace mucho tiempo del príncipe Varun. Ahora que la guerra ha terminado, los preparativos de la boda de Indira con el maharajá de Dharampur están en marcha, pero mi hija se niega a casarse con él. Todos hemos intentado hablar con ella, decirle que no tiene elección —imagina el escándalo si rehusara a estas alturas— y el maharajá es un buen hombre, aunque algo mayor que ella. Indira ha de cumplir con su deber por el bien de su familia, con independencia de lo que le diga el corazón.

Actualmente se niega a comer y, de hecho, a levantarse de la cama. Dice que prefiere morir a casarse con un hombre al que no ama. En el palacio nadie es capaz de hacerla entrar en razón, y por eso te suplico, Anni, como alguien a quien Indira quiere y respeta, y en quien confía, que vuelvas a casa, aunque sea por poco tiempo, para que nos ayudes a hacerle entender cuáles son sus obligaciones. Todos pensamos que eres la única persona del mundo a la que podría escuchar.

Te adjunto un pasaje en primera clase. Es un billete abierto, pues ignoro el tiempo que esta carta tardará en llegarte, pero solo tienes que ponerte en contacto con la oficina de P&O para concretar la fecha exacta de tu partida.

Sé que es mucho pedirte, pero también es cierto que hace mucho que no visitas tu país natal y que aquí eres muy querida.

Estimada Anni, te necesitamos.

Con todo mi cariño y mis mejores deseos...

La carta llevaba la firma de «Ayesha» y el sello real.

Sentada en mi estrecha cama de la residencia, los recuerdos del pasado invadieron mi mente. Había sido tal mi inmersión en mi nueva vida en

Inglaterra que me costaba visualizar el palacio o incluso las caras de las personas que en otros tiempos lo habían sido todo para mí.

Me asaltaron toda clase de pensamientos, siendo el más destacado: ¿qué dirá Donald?

Ciertamente era pedirme mucho que lo dejara todo y regresara, aunque fuera por poco tiempo, a una vida que había abandonado hacía años. Mientras me paseaba por el dormitorio, caí en la cuenta de que aunque solo pasara allí dos semanas, serían casi dos meses de viaje entre ir y volver. Además, la carta no podía haber llegado en un momento más inoportuno.

Pero también sabía que todo lo que era y todo lo que tenía en la vida se lo debía a la maharaní y a su familia, que me habían apoyado y cuidado cuando nadie más lo hizo. La última vez que vi a la maharaní me dio la oportunidad de elegir, pero esta vez sabía que no tenía elección.

—Es una verdadera lástima —dijo la enfermera jefe al día siguiente, cuando le expliqué que tenía que regresar urgentemente a la India por un asunto familiar—. ¿Tiene idea de cuándo estará de vuelta?

—Espero que en menos de tres meses —la tranquilicé.

—Bien. Propongo que le demos una baja por motivos familiares para, de ese modo, poder guardarle la plaza tanto en el hospital como en el curso de enfermería. No queremos perderla.

—Lamento mucho fallarle, enfermera jefe, pero debo ir. Es un asunto familiar.

—Simplemente asegúrese de volver, enfermera Chavan, ¿de acuerdo?

—Cuenta con ello. —Le sonreí con confianza y me levanté para irme—. Mi vida está ahora en Inglaterra.

Siguiendo las indicaciones de la maharaní, me personé en la oficina de P&O y reservé un camarote en el siguiente barco disponible. Le envié un telegrama para informarle del día de mi llegada y me preparé para decírselo a Donald, quien debía regresar de Devon en unos días. Tal como esperaba, se llevó un gran disgusto.

—Oh, Anni —dijo cuando le solté la noticia la primera noche—, ¿tienes que ir?

—Sí, debo hacerlo. Es lo más parecido a una familia que tengo. La

maharaní se portó muy bien conmigo cuando perdí a mi madre. Fue ella quien me envió a Inglaterra y me pagó los estudios.

—Pero ¿qué puedes hacer tú, Anni? —insistió—. Si Indira está decidida a no casarse con ese maharajá, dudo mucho que nadie, ni siquiera su mejor amiga, consiga hacerle cambiar de opinión. Nadie podría pedirme que deje de amarte —añadió con una sonrisa apesadumbrada.

—Tienes razón. Dudo mucho que pueda hacer nada, pero la maharaní me ha pedido que vaya y no puedo decepcionarla.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Unos tres meses, creo.

Donald me asió las manos y las estrechó con fuerza.

—Prométeme que ni un día más.

—Lo único que puedo prometerte es que volveré a Inglaterra en cuanto pueda —dije frunciendo el entrecejo.

—Te marchaste de la India hace mucho tiempo. Puede que sus maravillas te convenzan para que te quedes.

—Eso no ocurrirá —le aseguré—. Ahora háblame de Devon y de cómo se ha tomado tu madre la noticia del compromiso de Selina.

—Han sido diez días espantosos —reconoció Donald—. Selina me contó a mi llegada que nuestra madre casi se había desmayado cuando le dijo que iba a casarse con Henri y que probablemente vivirían en Francia. Mi madre, obviamente, se lo prohibió. Dijo que si se casaba con Henri ya nunca sería bienvenida en Astbury y no le daría un penique más. Claro que tampoco tiene ninguno que dar —añadió con pesar—. Para cuando llegué yo unos días después, mi madre estaba en la cama y se negaba a levantarse. Dijo que estaba enferma y que no quería ver a nadie. Reconozco que tenía un catarro, pero cuando conseguí que me recibiera estaba muy lejos de las puertas de la muerte. No obstante —suspiró—, dado lo mal que se había tomado la noticia de Selina y su evidente malestar, no me pareció oportuno contarle que teníamos que vender la propiedad. O que estaba enamorado de ti, cariño —añadió.

—Habría sido demasiado para ella, sin duda —convine.

—Por lo tanto, ahora mismo nos hallamos en un punto muerto. Y después

de lo que me has contado, creo que cuando te marches a la India iré a Devon y empezaré a buscar compradores para la finca. Y procuraré elegir el momento adecuado para hablar con mi madre.

—No me gustaría estar en tu piel, Donald. ¿Dónde está Selina ahora?

—Se ha marchado a Francia con Henri y Eleanor. Henri quiere que conozca su *château* de la Provenza. Tiene suerte —farfulló—. Ojalá pudiera irme a la India contigo.

—Ojalá —respondí de corazón.

Permanecimos un rato callados, cavilando sobre la mano que el destino nos había repartido.

—¿Me escribirás? —preguntó Donald.

—Por supuesto. De todos modos, no estaré fuera tanto tiempo, y seguro que la venta de Astbury te mantiene ocupado.

—No me lo recuerdes. La idea de tener como única compañía a mi madre durante los próximos meses me produce escalofríos. Además, es mi intención hablarle no solo de la finca sino de nosotros y de nuestros planes de futuro —explicó—. En realidad, Anni, tenía previsto pedirte formalmente que te casaras conmigo después de hablar con ella, hacerlo como es debido, de rodillas y con un anillo. Pero por lo menos quiero que comprendas, antes de irte, que voy muy en serio contigo y con la idea de nuestro futuro juntos. Nos casaremos, Anni, te lo juro. Tú también lo deseas, ¿no?

—Tanto que me asusta —confesé.

—Entonces ¿me quieres, cariño?

—Naturalmente que te quiero, Donald.

—A veces creo que eres más inglesa que yo en la manera en que consigues contener tus emociones —bromeó—. A mí, como bien sabes, nunca se me ha dado bien hacer tal cosa. Siempre muestro mis sentimientos. Entonces ¿podemos decir por el momento que estamos prometidos extraoficialmente? —Me besó las yemas de los dedos.

Le miré con todo el amor que sentía ardiendo en mis ojos.

—Sí, me gustaría. Me gustaría mucho.

Los días que siguieron, habiendo derribado todas mis barreras ante la amenaza de la separación y la férrea determinación de Donald de que

estuviéramos juntos, mostré mi amor por él de manera abierta y sincera. Ya de baja en el hospital, tuve que dejar la residencia de enfermeras, de modo que cogí mi maleta y me instalé en Belgrave Square con Donald, que dio una semana libre a la criada para que pudiéramos gozar de total intimidad.

Nos comportábamos como cualquier pareja de jóvenes enamorados: pasábamos los días paseando por los bellos parques londinenses y las noches entrelazados en su cama. A ese respecto, abandoné toda precaución y no tomé las medidas que hubiera debido para protegerme, pero en aquel momento lo único que importaba era nuestro amor sin límites.

El día de mi partida Donald me acompañó en coche a Southampton. Subió conmigo al barco y admiró el elegante camarote que me había sido asignado.

—La princesa regresa a su palacio —sonrió al tiempo que me tendía sobre la cama y me abrazaba—. ¿Crees que alguien lo notaría si me escondo debajo de tu colchón y viajo como polizón?

—Seguro que no.

—Ojalá pudiera hacerlo —suspiró cuando la sirena del barco sonó para indicar a quienes no eran pasajeros que debían desembarcar porque el barco se estaba preparando para zarpar—. Pero creo que será mejor que vaya a casa e intente buscar una forma de mantenerte de la manera a la que estás acostumbrada —dijo para animarnos.

—Sabes que no me importan los lujos, Donald.

—Pues es una gran noticia, porque cuando te conviertas en mi esposa no tendrás ni uno —bromeó.

Nuestro humor cambió cuando le acompañé hasta la cubierta donde debíamos despedirnos.

Me rodeó con sus brazos y me estrechó con fuerza.

—Te quiero, Anahita. Vuelve a mí lo antes que puedas.

—Lo haré, te lo prometo —dije, y advertí que sus ojos, como los míos, se llenaban de lágrimas.

—Adiós, amor mío —dijo después de un largo beso—. Cuídate hasta que yo pueda hacerlo por ti.

—Y tú. —La emoción apenas me permitía hablar.

Diciéndome adiós con la mano, se dio la vuelta y descendió por la pasarela con los últimos invitados. Antes de que alcanzara el muelle, grité:
—¡Espérame, Donald! Por mucho tiempo que pase, espérame, por favor.
Pero era un día ventoso y mis palabras se perdieron en la brisa.

25

El viaje a la India transcurrió sin incidentes y habría resultado agradable si no hubiera añorado tanto a Donald. Había toda clase de distracciones para mantenerme ocupada, así como jóvenes tanto ingleses como indios que me rogaban que me sentara con ellos en la cena y me pedían luego que bailara con ellos.

Durante la travesía empecé a percatarme de que la desgarbada muchacha de trece años que había llegado a Inglaterra seis años antes cruzando los mares había mudado la piel y se había convertido en una joven elegante y atractiva. Eso me complacía tanto como lo haría a cualquier mujer, y me hacía sentir un poco más digna de Donald. Él me enviaba telegramas al barco repletos de amor y sentido del humor, en los que me contaba que había conseguido vender un cuadro y comprar más ovejas, o que una segunda trilladora se había vendido barata en una subasta. O que su madre seguía en cama, fingiendo estar enferma. Su último telegrama consiguió arrancarme una sonrisa.

MADRE NO ASISTIRÁ A BODA DE SELINA. STOP. PRÓXIMA SEMANA EN LONDRES. STOP. SERÉ PADRINO. STOP. NOSOTROS SIGUIENTES, CARIÑO. STOP. BESOS DONALD.

Mientras el barco surcaba mares tranquilos rumbo a mi tierra natal, empecé a centrarme en Indira. Sabiendo lo obstinada que era, dudaba de que pudiera hacerle cambiar de parecer. Confiaba en que mis esfuerzos para que entrara en razón resultaran infructuosos y la maharaní me diera las gracias

por haberlo intentado. Y que habiendo cumplido con mi deber, pudiera regresar cuanto antes a Inglaterra, junto a Donald.

No deseaba oír las voces que me cantaban cuando yacía en la cama de mi camarote mecida por un mar en calma, las voces que me decían que eso no iba a suceder. «Ahora yo soy la dueña de mi destino —les susurraba—. Haré que suceda, cueste lo que cueste.»

La mañana que el barco atracó en Calcuta guardé las gruesas chaquetas de lana en el fondo de la maleta y me puse un vestido de verano que había visto tiempos mejores. Salí a cubierta y aspiré el aire caliente y bochornoso. Abajo, en el muelle, una colorida masa de gente bulliciosa esperaba a sus seres queridos.

Estaba en casa.

La maharaní había enviado a Suresh, uno de sus edecanes, a recogerme para que me acompañara en tren hasta Cooch Behar. Me hablaba en un hindi vertiginoso que me costaba seguir. Hacía muchos años que no conversaba en mi lengua materna. Durante el largo viaje a Cooch Behar comprendí que me llevaría tiempo reaclimatarme a una cultura que casi había olvidado. Me afectaba el calor abrumador, y los oídos me zumbaban con el ruido que la India y sus habitantes hacían. Existía un apremio, una atmósfera palpitante a la que me resultaba difícil adaptarme, tan habituada estaba ya al ritmo comedido de Inglaterra y sus habitantes.

Me di cuenta de que también había olvidado la belleza sobrecogedora del palacio de Cooch Behar. Cuando el chófer cruzó los impresionantes jardines devoré cada detalle, pues mis ojos llevaban mucho tiempo sin disfrutar de tan espectaculares entornos.

—La maharaní solicita una audiencia con usted al atardecer —me informó Suresh—. Vendrá a verla a sus aposentos. Hasta entonces, descanse.

Me instalaron en una hermosa suite en la lujosa ala de los invitados, y mientras la criada salía de la estancia con una reverencia, comprendí que Indira no estaba al corriente de mi presencia en el palacio. Tras tumbarme en la cama, me pregunté cómo yo, una mujer igualmente involucrada en un idilio clandestino, podía intentar persuadir a otra de que actuara en contra de los dictados de su corazón.

A las seis en punto, mientras aspiraba el *dhuan* que flotaba en el palacio y veía a los criados encender las muchas lámparas de aceite, la maharaní apareció en mi puerta.

—Anahita. —Se acercó con su elegancia habitual, tan bella como la recordaba, y me abrazó—. Bienvenida a casa. —Retrocedió un paso para examinarme—. Vaya, te has convertido en una joven muy bella, me atrevería a decir que en una que ha tenido muchas experiencias nuevas desde la última vez que la vi. He sabido de tu valiente actuación en Francia por las cartas que Selina enviaba a Minty.

—Gracias, alteza, pero solo era una más entre miles de personas que hacían lo que podían. Le pido disculpas por no disponer de ropa adecuada para el palacio. Últimamente solo visto ropa occidental —dije, avergonzada, mientras contemplaba su exquisito sari de un morado intenso con delicadas flores de hibisco bordadas en oro.

—No te preocupes, le diré a mi modista que te haga una visita mañana. Ahora, salgamos y charlemos.

Caminamos juntas hasta un patio plagado de jacarandás y aromáticas flores de franchipán. Y en tanto el sol descendía sobre la gran cúpula central del palacio, la maharaní me habló de Indira.

—Se niega a salir de su cuarto a menos que su padre y yo accedamos a anular su contrato de matrimonio con el maharajá de Dharampur y le permitamos casarse con el príncipe Varun. Las dos sabemos que Indira puede ser tremendamente terca, y entiendo que crea que ama a ese hombre. Pero lo que pide es, sencillamente, imposible —dijo la maharaní gesticulando con agitación. Sus elegantes manos, cubiertas de anillos, delataban su tensión—. Provocaría un escándalo entre los principados de la India, y no quiero que mi hija o mi familia se encuentren en el centro de algo así.

—¿Sabe Indira que estoy aquí?

—No se lo he dicho. Pensé que sería mejor simular que has llegado por sorpresa porque deseabas ver a tu vieja amiga.

—Perdóneme, alteza —repliqué—, Indira será muchas cosas, pero no estúpida. Enseguida sospechará que usted me hizo venir.

—Tienes razón, naturalmente —la maharaní meneó la cabeza con

desesperación—, pero no se me ocurría nadie más a quien estuviera dispuesta a escuchar. Lo que Indira no entiende es que el amor puede crecer. Mi boda con el padre de Indira también fue concertada. No le elegí yo, pero aprendí a amarle, como él a mí, y somos muy felices.

—Lo sé, alteza. Todos lo vemos y lo sentimos.

—También he acabado por comprender que Indira ha tenido la clase de infancia que yo no tuve. Ha vivido en la cultura occidental y disfrutado de sus libertades. Es una mujer joven que ha crecido entre dos mundos. Y aunque su padre y yo pensábamos que estábamos ampliando sus horizontes, lo que hicimos en realidad fue confundirla. Dejamos que creyera que iba a poder tomar decisiones que no le correspondían a ella. —La maharaní contempló el inminente crepúsculo con ojos tristes—. Aunque —se volvió hacia mí— no dudo de que sabes de lo que hablo, Anni.

—Así es. Te das cuenta de que no perteneces ni a un mundo ni a otro.

—Por lo menos tú no tienes un matrimonio concertado y puedes seguir los dictados de tu corazón. Por desgracia, Indira no. Te ruego, por tanto, que vayas a verla esta noche. Trata de convencerla de que debe ceder, de que no puede imponer a su familia la vergüenza y el escándalo que provocaría su actitud.

—Dudo que consiga algo —suspiré—, pero lo intentaré.

La maharaní me dio unas palmaditas en la mano.

—Sé que lo harás.

Una hora después era conducida a la habitación de Indira. Cuando entré vi la cama en la que había dormido de niña. Indira yacía con los ojos cerrados en la cama de al lado.

—¿Indy? —susurré—. Soy yo, Anni. He venido a verte.

—¿Anni? —Indira abrió un ojo y me miró—. ¡Dios mío, eres tú! ¡Oh, Anni, no puedo creer que hayas venido!

—Pues aquí estoy.

—Me alegro tanto de verte... —Abrió sus brazos flacos como palillos y estreché su cuerpo menudo. Nadie había exagerado esta vez sobre el estado de salud de Indira. A juzgar por su aspecto y su delgadez, realmente se estaba dejando morir de hambre.

—Tu madre me escribió y me dijo que estabas enferma —le expliqué mientras me sentaba en la cama e Indira apoyaba la cabeza en mi hombro.

—Es cierto, estoy enferma. No quiero seguir viviendo —suspiró.

Una parte de mí quiso reír, pues Indira no había cambiado un ápice. Cuando era niña el mundo se acababa cada vez que necesitaba o deseaba algo. En ese momento comprendí que aunque de adultos nuestros problemas sean más graves, nuestro comportamiento y actitud frente a ellos pueden permanecer intactos desde el día que nacimos.

—¿Por qué no quieres seguir viviendo? —pregunté quedamente mientras le acariciaba el pelo.

—Anni, no seas condescendiente conmigo, te lo ruego —murmuró. Retiró la cabeza de mi hombro y me miró con unos ojos que centelleaban en su rostro delgado—. Sé que mi madre te pidió que vinieras, y es muy probable que ya haya hablado contigo, lo que quiere decir que sabes perfectamente por qué estoy así. Y si has venido para tratar de hacerme cambiar de opinión, te pido por favor que te marches ahora mismo. Porque no voy a escucharte. No te escucharé. Oh, Anni...

Rompió en un llanto desconsolado que sacudió su debilitado cuerpo. Mantuve la calma, como hacía con mis pacientes, diciendo poco y esperando a que el arrebato emocional amainara.

—Toma un pañuelo —dije cuando los sollozos disminuyeron.

—Gracias —gimoteó.

—Sí, sé por qué estás enferma, y sí, tu madre me pidió que viniera —confesé—, pero la decisión de venir fue mía. He dejado muchas cosas en Inglaterra para estar aquí, Indy, y lo he hecho porque eres mi amiga. Te quiero y es mi deseo intentar ayudarte.

—¿Y de qué manera podrías hacerlo? —preguntó Indira sonándose con fuerza—. Ni siquiera tú, con tu sabiduría y clarividencia, puedes cambiar el hecho de que dentro de cuatro meses exactos deba casarme con un viejo al que solo he visto dos veces en mi vida y pasar el resto de mis días en el zenana de un palacio perdido que nadie visita. Prefiero morir aquí, en mi casa, que encerrada en ese palacio.

—Me parece a mí que esa no es toda la verdad —dije con dulzura—. Eres

desdichada porque estás enamorada de otro hombre.

—Así es, y el hecho de que podría tener una vida feliz junto a Varun, quien apenas me lleva unos años y a quien amo y deseo de todas las maneras que debería una mujer, hace que me sienta aún peor.

—Te entiendo. Sé lo que es estar enamorada.

—¿Lo sabes? Ojalá mis padres pudieran comprenderlo también.

—Indy, voy a pedir algo de comer. Aunque tú no tengas hambre, yo sí. Y mientras comemos quiero saberlo todo sobre tu príncipe.

Toqué la campana y hablé apresuradamente con una criada, que asintió y salió de la habitación.

—Ahora —dije—, te sacaremos de esa cama y nos sentaremos en el porche, donde nadie podrá oírnos, para que me lo cuentes todo de él.

Indira se levantó tambaleante y la ayudé a acomodarse en los mullidos cojines del porche.

Me contó que durante los últimos tres años ella y Varun se las habían ingeniado para verse siempre que podían. No había sido fácil mientras duró la guerra, pero a lo largo de los últimos cinco meses Raj, su hermano mayor, había invitado a Varun al palacio y su pasión había crecido.

—Anni, ni él ni yo queremos vivir sin el otro —declaró Indira.

Mientras ella hablaba yo iba dándole cucharadas de la sopa que había traído la criada. La experiencia me había enseñado que las tácticas de distracción funcionaban con los pacientes inapetentes. También comprendí, con pesar, que Indira estaba decidida y que sería inútil comenzar siquiera a intentar cambiar eso. Lo único que podía hacer era escuchar y, como la enfermera profesional que era, ayudarla a recuperar las fuerzas. El lamentable estado en que se encontraba no era el adecuado para tomar decisiones.

En realidad, mi corazón estaba con mi querida amiga. La idea de que la obligaran a casarse con un hombre al que no amaba y a vivir el resto de sus días recluida en un zenana regido por el purdah me producía escalofríos.

—De modo que así están las cosas —dijo al final de su relato y de la última cucharada de sopa.

—Todavía recuerdo el día que viste por primera vez a Varun en el barco y me dijiste que era el hombre con el que te casarías —rememoré.

—¡Y así será! ¡Así ha de ser! —Indira se volvió hacia mí—. Es maravilloso poder hablar abiertamente con alguien que entiende cómo me siento.

—Por desgracia, así es.

Al oír eso, Indira me abrazó.

—Anni, me alegro tanto de que estés aquí... Había olvidado lo especial que eres. Y creo —recoló para mirarme de arriba abajo— que no solo te has convertido en una belleza, sino que eres aún más sabia que antes. Entonces —dijo cogiendo del plato un chapati y arrancando un trozo—, ¿no intentarás convencerme de que me case con el Vejestorio?

—¿Cómo voy a hacer eso? —le pregunté con una sonrisa—. Recuerda: te conozco muy bien y sé que es una batalla perdida intentar hacerte cambiar de opinión. Lo que debemos hacer ahora, Indy, es buscar la manera de que puedas casarte con el hombre al que amas sin provocar una guerra civil entre dos principados.

Mis ojos chispearon y, afortunadamente, también los de ella. Nos echamos a reír como cuando éramos niñas.

—¿Crees que el Vejestorio vendrá a buscar a mi padre y le retará a un duelo al amanecer, como hacen en Inglaterra, por haber dañado su honor?

—Puede, y más vale que nadie muera a causa de tu amor por Varun.

—Lo sé —convino, y finalmente vi que los ojos de Indira recuperaban una pequeña parte de su antiguo brillo—. Pero ¿qué vamos a hacer? —me preguntó.

También yo mordisqueé un chapati mientras sopesaba la situación.

—Dame tiempo para pensarlo.

—Solo prométeme, querida Anni, que estás de mi lado —me suplicó Indira—. No le contarás a mamá lo que te he explicado, ¿verdad?

—Naturalmente que estoy de tu lado, y no diré una palabra. Pero tú has de hacerme un favor a cambio, Indy. Si vamos a concebir un plan, tendrás que estar lo bastante fuerte para llevarlo a cabo. No estás consiguiendo nada quedándote en la cama como una mártir y negándote a comer. Si quieres que te ayude has de prometerme que empezarás a comer. Eso significa tres comidas completas al día y nada de quedarte en la cama compadeciéndote de

ti misma.

—Caramba —puso los ojos en blanco y sonrió—, te has vuelto una mandona desde la última vez que te vi.

—Dado tu aspecto actual, aunque encuentres la manera de casarte con Varun dudo mucho que él quiera hacerlo. ¡Estás en los huesos! Acabarás hecha un adefesio si sigues así.

—Tienes razón, estoy horrible —reconoció—. Pero antes de tu llegada no tenía ningún sentido para mí cuidarme.

—Pues ya lo tiene —declaré—. Entonces ¿trato hecho?

—¿Realmente puedo confiar en ti, Anni?

—Indy —dije súbitamente irritada—, ¿acaso te he fallado alguna vez? He cruzado medio mundo para intentar ayudarte. Y que los dioses me perdonen, pero yo también poseo mis razones para querer que tu problema se resuelva lo antes posible, porque yo también tengo a alguien por quien estoy deseando volver a Inglaterra.

—¿En serio? ¡Qué emocionante! Quiero que mañana me lo cuentes todo.

—Lo haré. ¿Entonces? —La miré inquisitivamente.

—Sí. —Alargó una mano—. Trato hecho.

26

Mi experiencia como enfermera me decía que la recuperación de Indira sería lenta; estaba muy delgada y muy débil. Así pues, a partir de ese día, animada por mí, se levantaba de la cama y desayunaba. Después dábamos un breve paseo por los jardines y descansaba antes de la comida. Yo había pedido en la cocina que prepararan platos sencillos y nutritivos. Las comidas sustanciosas no permanecerían en un estómago que llevaba tanto tiempo pasando hambre. Por la noche cenábamos juntas en el porche de su habitación. A modo de incentivo, le decía que no estaba dispuesta a desvelarle mi plan hasta que ella estuviera lo bastante fuerte para llevarlo a cabo.

Cuál era exactamente el plan lo ignoraba, si bien había empezado a dar vueltas a algunas ideas. La maharaní venía a verme todos los días durante la siesta de Indira, maravillada por el cambio que había experimentado su hija.

—Has hecho un verdadero milagro, Anni. Te agradezco mucho que hayas venido. Puede que Indira empiece pronto a entrar en razón.

—Ha recuperado las ganas de vivir. Contentémonos con eso por el momento —señalaba yo.

Por las noches, en mi dormitorio, escribía a Donald y le hablaba de Indira y de la vida en el palacio. Le avisé de que iba a tardar más de lo previsto en poder regresar a Inglaterra. Le echaba terriblemente de menos y necesitaba de toda mi paciencia para supervisar la lenta recuperación de Indira.

Transcurrido un mes, Indira finalmente empezó a ser la de antes. Estaba

mostrando parte de su antiguo entusiasmo por la vida y había recuperado fuerzas suficientes para, por las mañanas, dar conmigo cortos paseos a caballo por los jardines. Fue durante esos paseos cuando al fin le hablé de mi amor por Donald y de la vida que estábamos planeando juntos para cuando regresara a Inglaterra.

Le confié mis inquietudes sobre la madre de Donald y sus prejuicios.

—Pero, por lo que cuentas, a Donald no le importa lo que su madre piense —dijo Indira—. La propiedad es suya y puede casarse con quien quiera.

—Todavía no se ha atrevido a hablarle de mí.

—Estoy segura de que lo hará, y después viviréis felices para siempre. Además, tú solo tienes una suegra horrible a la que enfrentarte, mientras que yo podría provocar una guerra entre dos principados. Tienes mucha suerte, Anni. Eres libre de hacer lo que quieras. —Suspiró.

Dejé que las palabras de Indira me tranquilizaran pese a ser consciente de que ella no podía ver o comprender del todo mi compleja situación. Y actualmente había un tema en concreto que me tenía preocupada. Había decidido ignorarlo, como cualquier muchacha en mis circunstancias, con la esperanza de estar equivocada.

Esa noche, después de dejar a Indira en la cama, paseé de un lado a otro buscando la manera de ayudarla. Sabía que si la obligaban a casarse con un hombre al que no amaba y a vivir encerrada en su zenana el resto de sus días, volvería a consumirse. Y yo no estaría allí para socorrerla.

Pedí consejo a las estrellas; mi madre me había inculcado que siempre debía ir con cuidado a la hora de intervenir en el destino de otras personas.

—Ten cuidado, pequeña —me advirtió en una ocasión—, porque al ayudar te conviertes en parte de su destino.

Y aunque sabía que cualquier plan que concibiera sería visto, casi con certeza, como una traición por la maharaní —lo más parecido a una madre que tenía en este mundo—, no había otra salida.

Al día siguiente, antes de reunirme con Indira para desayunar, cabalgué hasta la pagoda donde seis años atrás había enterrado mi herencia. Saqué la bolsa de arpillera del agujero que había cavado en el suelo y respiré aliviada

al ver que las tres piedras seguían allí. Me guardé los dos rubíes más pequeños en un bolsillo del sari y devolví el de mayor tamaño a su escondrijo.

Más tarde, durante nuestro paseo vespertino por los jardines, me llevé a Indira a un lugar donde sabía que nadie podría oírnos. Su mirada rezumaba impaciencia cuando la hice sentarse en la hierba, a la sombra de un jazmín.

—¿Se te ha ocurrido ya un plan?

—No sé si es exactamente un plan —respondí—, pero creo que muchas veces en la vida, si le presentas a alguien un *fait accompli* acaba por aceptarlo. Indira, ¿sabes dónde se encuentra Varun en estos momentos?

—Creo que está en algún lugar de Europa. —Indira se frotó pensativamente la nariz—. Pero sus sirvientes le enviarán la carta esté donde esté.

—En ese caso debes escribirle y decirle que te reunirás con él en Europa dentro de unas semanas. Puede que en París —propuse—. Has de decirle el día y el lugar exacto donde estarás y pedirle que acuda.

Me miró atónita.

—¿Me estás diciendo que debo huir?

—No se me ocurre otra opción. Le diré a tu madre que creo que necesitas reponerte de tu enfermedad en Suiza, que el aire puro de las montañas y el cambio de ambiente no solo te devolverán las fuerzas, sino que te ayudarán a olvidarte de Varun. Que estás de acuerdo en que, una vez recuperada, regresarás a la India para casarte con el maharajá de Dharampur.

—Oh, Anni. —Indira tomó mis manos entre las suyas—. Pero ¿te creará mamá?

—Lamento decir que tu madre confía plenamente en mí, Indy. Interpretaré bien mi papel y le diré que te he convencido de que debes cumplir con tus obligaciones, pero tú también tendrás que convencerla de que estás dispuesta a aceptar tu matrimonio.

—Pero si me caso con Varun —Indira se mordió el labio—, mis padres nunca me darán su bendición.

—Es cierto, no te la darán, y si decides seguir adelante con esto es algo que sencillamente tendrás que aceptar —dije con firmeza.

La observé repasar mentalmente lo que acababa de proponerle y me pregunté si perder el amor de sus padres y soportar su inevitable furia y decepción era un paso demasiado grande para ella. Era una decisión muy difícil, pero debía ser plenamente consciente de las consecuencias de sus actos antes de aceptar el plan.

—Entonces ¿tendré que casarme con Varun en secreto?

—Sí. Y si Varun está tan loco por ti como tú por él, deberá aceptar que es la única manera. No tendréis la espléndida ceremonia que corresponde a la unión de dos principados, pero por el momento tendrá que bastaros. Indy —suspiré—, si quieres estar con tu príncipe, me temo que no tienes otra opción.

—Pero no tengo dinero. ¡Ni siquiera para comprar un vestido de novia!
—Indira rió nerviosa mientras caía en la cuenta de las repercusiones de su difícil situación—. Cuando se enteren, papá y mamá no me pasarán ni una rupia.

—Yo tengo algo ahorrado —dije, pensando en lo irónico que resultaba estar sentada en un palacio propiedad de una de las dos personas más ricas del mundo, ofreciéndome a ayudar económicamente a su hija.

—¿Me perdonarán algún día?

—No lo sé. Si estás decidida a compartir tu vida con Varun es un riesgo que tendrás que correr. Algo que aprendí cuando estaba trabajando de enfermera en Francia, Indy, es que la vida es muy corta y que todos tenemos que hacer sacrificios para conseguir lo que creemos que es bueno para nosotros.

—Sé que es bueno que Varun y yo estemos juntos, así que le escribiré para decirle que debemos vernos en París.

—Y si responde positivamente, hablaré con tu madre.

Indira se puso en pie y empezó caminar arriba y abajo, muerta de indecisión. Finalmente se detuvo y se volvió hacia mí.

—Sí, le escribiré ahora mismo. ¿Crees que podrías echar la carta al correo esta misma tarde?

—Claro.

Más tarde, después de echar la carta de Indira dirigida al príncipe Varun y otra para Donald, salí de la oficina de correos y bajé aturdida por la bulliciosa

y abarrotada calle, resignándome al hecho de que mi papel en el engaño de Indira implicaría, casi con total seguridad, que nunca más volvería a ser bienvenida en el palacio.

Pero tenía una vida nueva, una vida en otro lugar. Y cuando entré en la joyería, mi amor por Donald me dio fuerzas para tender los dos rubíes al hombre situado al otro lado del mostrador.

Regresé al rickshaw media hora después habiendo comprendido, por la mirada del hombre, lo especiales y valiosas que eran mis piedras. Seguramente me había pagado una cuarta parte de su valor real, pero en mi bolsillo había en esos momentos dinero suficiente para comprar por lo menos el vestido de novia de Indira y para mantenerme durante un año en caso de necesitarlo. Algo que estaba empezando a sospechar que podría ocurrir.

Indira y yo pasamos dos semanas aguardando la respuesta de Varun con el corazón en un puño. Cuando la carta llegó al fin, se la llevé inmediatamente a Indira, cuya mirada ardía de miedo y emoción mientras la abría. Tras leerla aprisa y corriendo, levantó la vista y los ojos le brillaron.

—Él también está de acuerdo en que es la única opción. ¡Dice que no puede vivir sin mí! ¿Y ahora qué?

—Hablaré con tu madre hoy mismo.

—¡Oh, Anni! —Indira se arrojó a mi cuello—. ¿Cómo puedo devolverte el favor?

—Estoy segura de que podrás hacerlo algún día.

Esa noche respiré hondo y pedí audiencia con la maharaní. Le conté el plan que había concebido y mientras sus ojos oscuros me miraban confiados y agradecidos, me espantó la facilidad con que podía mentirle. Cuando terminé de hablar, me cogió las manos y sonrió.

—Gracias por tu ayuda, Anni. Sabía que eras la única persona a la que mi hija estaría dispuesta a escuchar. Todos te estamos muy agradecidos.

Salí de las estancias de la maharaní sintiéndome como la embustera y farsante que era. Mandé a Indira a ver a su madre y también ella interpretó su papel a la perfección. Al día siguiente nos reservaron sendos pasajes para viajar a Europa en un plazo de diez días.

Entretanto, yo tenía otro asunto urgente que debía resolver sin más

demora. El día siguiente me encontré en el zenana con mi vieja amiga y maestra Zeena. Salimos al jardín, donde me cogió la mano y me tomó el pulso. Hecho esto, me miró y asintió con la cabeza.

—Sé por qué has venido a verme.

—¿Puedes ayudarme? —pregunté, consciente de mi tono desesperado.

—¿No quieres tener al niño?

—Sí, pero no en este momento. Habrá otros...

Zeena bajó la cabeza.

—Ven esta tarde y veremos qué podemos hacer.

Regresé por la tarde, como habíamos acordado, y con los nervios a flor de piel dejé que me examinara. Luego me incorporó y, mirándome con severidad, meneó la cabeza.

—Estás de más de doce semanas. Si lo intentara pondría tu vida en peligro, y no estoy dispuesta a correr ese riesgo. Sabes tan bien como yo que es demasiado tarde para que no resulte peligroso.

Lo sabía, naturalmente. Después de todo, era enfermera. Pero había escondido cobardemente la cabeza bajo el ala, asustada como cualquier joven en mi situación.

Zeena me miró fijamente.

—¿El padre te quiere?

—Sí.

—Entonces ¿qué haces aquí? —Sonrió.

—Es... complicado.

—El amor siempre es complicado. —Rió para sí y luego meneó la cabeza—. Dile que tienes un precioso regalo para él. Si es verdad que te quiere, se alegrará.

Cuando al fin asimilé las repercusiones de mi situación, el pánico se apoderó de mí.

—Zeena, tú no lo entiendes. No sé lo que voy a hacer.

—Encontrarás el camino, Anahita, estoy segura.

Me alejé con los ojos bañados en lágrimas. Fui a las cuadras, pedí al mozo que me ensillara un caballo y cabalgué a la velocidad del rayo, gritando al aire caliente y polvoriento por mi estupidez. Hacía semanas que lo sabía.

¿Por qué? ¿Por qué me había negado a reconocer los hechos hasta ahora? Era enfermera, una «mujer sabia», perfectamente capaz de ayudar a otras personas con su vida, y sin embargo había conseguido destruir la mía.

Instando a mi montura a ir más deprisa, me pregunté si debería saltar de la silla en lugar enfrentarme a las terribles consecuencias de mi futuro. Por mucho que Donald me quisiera, si regresaba a Inglaterra embarazada cuando la unión que tanto deseábamos los dos ya estaba plagada de dificultades, probablemente hasta él pensaría que era un paso demasiado grande. Pensé en su madre, una católica devota que sin duda preferiría ver a cualquier bebé engendrado fuera del matrimonio ahogarse al nacer, y más aún a uno fruto de la unión de su hijo con una india «infidel».

Detuve bruscamente el caballo, desmonté, caí al suelo de rodillas y lloré. Pues sabía que la culpa era mía y solo mía.

Finalmente, levantándome, me consolé con la idea de que por lo menos tendría unas semanas en el barco para pensar en lo que debería hacer a continuación, así como el dinero de los rubíes para llevar a término cualquier decisión que tomara. Lo único que sabía con certeza era que el bebé que portaba en el vientre llegaría a este mundo al cabo de seis meses.

A mis pacientes solía decirles que debían aceptar la voluntad de los dioses y rezar para que les dieran fuerza y aceptación. He ahí el mantra que debía seguir a partir de entonces para sobrevivir.

Una semana después partimos hacia Europa. De pie en la cubierta, Indira buscó mi mano mientras la India iba desapareciendo de nuestra vista conforme el barco se alejaba del puerto. Las dos estábamos taciturnas, cada una absorta en sus pensamientos.

Indira recuperó rápidamente el ánimo y se pasó la noche bailando con los muchos galanes que competían por hacerle de acompañante. Yo, por mi parte, gozaba al fin de la soledad que necesitaba para pensar en mi futuro y empecé a elaborar un plan.

Cuando el barco atracó en Marsella, tomamos un tren a París y nos alojamos en el Ritz. Envié un telegrama a la maharaní para informarle de que habíamos llegado bien y que en unos días viajaríamos en tren a la clínica de los Alpes suizos. El príncipe Varun debía llegar al día siguiente, e Indira se

hallaba en un estado de gran agitación, probándose vestidos y arrojándolos sobre la cama.

—¡No tengo nada que ponerme! Hace tanto que no compro en Europa... Todos mis vestidos están pasados de moda.

—Tu príncipe te querrá te pongas lo que te pongas.

Esa noche yacimos las dos en la cama sin poder conciliar el sueño.

—¿Tienes idea de lo que vais a hacer Varun y tú a continuación? —le pregunté.

—En su carta me decía que debíamos casarnos lo antes posible y quedarnos en Europa hasta que las cosas en casa se calmaran. Oh, Anni, ¿crees que está mal lo que estoy haciendo? A mis padres se les romperá el corazón.

—Con el tiempo lo superarán. Como te he dicho muchas veces, Indy, hemos de intentar hacer lo posible por ser felices.

—¿Aunque con eso hagamos daño a las personas que queremos?

—A veces sí. Pero esperemos que el dolor no dure mucho. Tus padres te quieren demasiado para rechazarte, aunque dudo que tu madre llegue a perdonarme algún día —hablé a la oscuridad.

—Por supuesto que te perdonará, porque dirá que yo te metí en esto a la fuerza. Me echarán la culpa a mí, Anni, te lo prometo. Me aseguraré de que así sea.

—Y tendrás de marido a un príncipe apuesto que te ama, tal como soñamos las dos la noche que nos conocimos.

—Y tú volverás junto al tuyo, y las dos viviremos felices para siempre.

Mientras daba vueltas en la cama durante las largas horas previas al alba, comprendí que mi cuento de hadas se estaba convirtiendo rápidamente en una pesadilla.

Al día siguiente aguardé con Indira la llegada de su príncipe. Finalmente la puerta del salón se abrió y Varun entró. Indira soltó un aullido y corrió a sus brazos en tanto yo me retiraba con el máximo sigilo.

Cuando regresé horas más tarde, encontré a Indira sentada frente al escritorio, pluma en mano, absorta en sus pensamientos.

—Gracias a Dios que has llegado, Anni. Necesito tu ayuda. Varun dice

que debo escribir una carta a mis padres lo antes posible para explicarles que vamos a casarnos. Para cuando les llegue la carta ya será demasiado tarde para impedirlo. Y el caso es que —Indira arrugó la frente con preocupación— no sé qué poner.

—Te ayudaré a redactarla, pero primero dime, ¿ha cumplido el príncipe tus expectativas?

—Oh, sí —dijo Indira con la mirada brillante—. Ya ha conseguido una licencia de matrimonio especial. Dice que no hay tiempo que perder porque mi familia tiene muchos espías en París y podrían enterarse de nuestros planes. La ceremonia tendrá lugar pasado mañana en el ayuntamiento y necesitaré un testigo. ¿Querrás serlo tú, Anni?

—Naturalmente. Y ahora, a ver esa carta.

Varun se personó en el hotel al día siguiente y mientras tomábamos el té los tres juntos en la suite de Indira, hablamos de sus planes. Me satisfizo por lo menos comprobar que el amor de Indira por su príncipe era claramente correspondido. Los dos rebosaban felicidad por el reencuentro.

—¿Dónde tienes pensado llevar a Indira después de la boda? —le pregunté.

—Un buen amigo mío me ha dicho que podemos utilizar su casa de Saint-Raphaël el tiempo que queramos —explicó Varun—. Nuestras familias necesitarán un tiempo para asimilar la nueva situación. No quiero acrecentar su disgusto paseando nuestro matrimonio entre la alta sociedad europea, así que por el momento seremos discretos.

—Estoy segura de que los europeos lo encontrarían increíblemente romántico —dije con una sonrisa—. Un príncipe y una princesa huyendo juntos tiene todos los componentes de un cuento de hadas, ¿no os parece?

—Varun me ha dicho que debo escribir una carta amable a mi plantado maharajá —se quejó Indira desde el escritorio—. ¿Qué demonios le digo? ¿«Querido Príncipe Vejestorio, eres gordo y feo y nunca te he querido. Lamento decirte que me he casado con otro. Atentamente, princesa Indira»?

Reímos y Varun rodeó los hombros de Indira con gesto protector.

—Sé que no quieres escribirle, cariño, pero estamos haciendo daño a mucha gente. Hemos de procurar actuar con la máxima integridad posible.

—Lo sé —suspiró Indira.

Varun se volvió hacia mí.

—Gracias, Anahita, por todo lo que has hecho por mi princesa. Estamos en deuda contigo. Ahora debo irme para escribir yo también una carta a mi familia. Indira, te veré mañana en el ayuntamiento.

—*Bonne nuit, mon amour* —dijo Indira lanzándole un beso. Cuando Varun se hubo marchado, se volvió hacia mí—: No puedo creer que mañana vaya a casarme. Siempre había imaginado que mi boda sería un gran acontecimiento de Estado en Cooch Behar, con mi príncipe llegando al Durbar Hall a lomos de un elefante con sus ropas nupciales. En lugar de eso, ¡iremos al ayuntamiento en taxi!

—¿Te importa? —pregunté.

—En absoluto, y tampoco a él.

—Creo que Varun es un buen hombre, Indy. Tienes suerte de haberlo conocido. Y lo más importante de todo, es obvio que te quiere.

—Lo sé —dijo en un tono grave—. Cuando sea su esposa he de esforzarme por dejar de actuar como una niña malcriada, como las dos sabemos que hago a veces.

—Estoy de acuerdo —dije, sonriendo ante su capacidad de autocrítica—. Y ahora, ¿qué le apetecería a la futura novia como cena prematrimonial?

Al día siguiente, pese al hecho de que Indira no dedicó largas horas a bañarse, dejarse ungir con aceites y ponerse las complicadas capas del tradicional sari nupcial, y de que solo me tenía a mí de ayudante, pensé que estaba preciosa con su vestido blanco de encaje y las diminutas rosas de color crema insertadas en su pelo negro azabache. Sentada en la deprimente sala del ayuntamiento con el criado de Varun, mientras veía a mi mejor amiga contraer matrimonio con su príncipe, sentí que el círculo de nuestra juventud se cerraba. Nuestro futuro no iba a ser el cuento de hadas con el que habíamos soñado de niñas, cuando contemplábamos las estrellas tumbadas en el césped; el amor nos había tocado con su varita y cambiado de maneras que jamás habríamos imaginado posibles.

Después de la ceremonia los recién casados pidieron que les llevaran una botella de champán a la suite nupcial que Varun había reservado.

—Querida Anni, tienes que darme tu dirección antes de que nos separemos —dijo Indira.

—Naturalmente. Te enviaré una carta con ella a Saint-Raphaël cuando regrese a Londres.

Veinte minutos después me marché, pues podía ver que la pareja estaba deseando quedarse a solas. Dirigí a Indira una sonrisa alentadora, consciente de que estaba preocupada y al mismo tiempo ilusionada por la intimidad que esa noche compartiría por primera vez con su príncipe. Cuando me iba, el hecho de saber que mañana podría finalmente concentrarme en mi futuro me llenó tanto de miedo como de alivio.

Al día siguiente, cuando la pareja salió de la suite al mediodía, yo ya tenía el equipaje hecho y estaba lista para partir. El rostro de Indira se ensombreció al ver la maleta cerrada.

—¿Estás segura de que no quieres pasar un tiempo con nosotros en Saint-Raphaël?

—Sí. Me parece que estaréis muy entretenidos los dos solos. Yo solo os incordiaría. Además —dije con un regocijo mucho mayor del que sentía—, he de volver para ver a mi amado.

—Lo sé. No imaginas lo agradecida que te estoy por ayudarme a encontrar al mío.

—Ahora debemos despedirnos.

Nos abrazamos con lágrimas en los ojos.

—Sé feliz, mi queridísima amiga —dije cuando el mozo llegó para bajar mi equipaje.

—Lo seré, y tú también debes serlo, Anni. Nunca olvidaré lo que has hecho por mí. Dudo que algún día pueda devolverte un favor tan grande, pero si en algún momento me necesitas, solo tienes que decírmelo.

—Gracias. —Asentí con la cabeza, demasiado emocionada para decir mucho más—. Adiós.

Respirando hondo, giré sobre mis talones y me fui. No miré atrás, sabedora de que si lo hacía me vendría abajo.

Me detuve unos minutos en la place Vendôme para serenarme. Me encaminé al buzón más cercano y deslicé la carta que le había escrito a

Donald donde le explicaba que debía ausentarme un tiempo. Seguidamente cogí mi maleta y di mi primer paso hacia lo desconocido.

Astbury Hall, julio de 2011

—¿Te apetece un brandy? Yo, desde luego, lo necesito —preguntó Anthony a Ari cuando la señora Trevathan rompió el silencio entre los dos hombres irrumpiendo en el comedor para recoger los platos del postre.

—Sí, gracias —respondió Ari.

Anthony asió una licorera del aparador y sirvió dos copas.

—Salud —brindó el aristócrata.

—Salud. Te pido disculpas si la historia te ha disgustado.

—He de reconocer que tuve que dejar de leer tras saber que Anahita estaba embarazada. Aunque no sé si puedo creer que todo lo que cuenta tu bisabuela es verdad.

—Estoy seguro de que es la verdad que ella conoció. El amor es algo extraño, imagino —caviló Ari.

—Lo único que me convence es la descripción que hace de Maud, mi bisabuela. Era una mujer de armas tomar. Mi madre y yo le tuvimos miedo hasta el día que murió.

—Te aseguro que Maud tuvo un papel en la tragedia que ocurrió después —suspiró Ari.

—Aun así, sigue sin existir un solo indicio que confirme la relación de tu bisabuela con mi abuelo, o su presencia en Astbury.

—Si es cierto que Donald tuvo un hijo con Anahita, ¿no cabría esperar que, dado el escándalo que habría provocado, hubiesen ocultado todo rastro de Anahita y su hijo?

Ari advirtió que Anthony se estremecía.

—Pero el niño, en cualquier caso, murió. Tú mismo me has contado que Indira, la amiga de tu bisabuela, le entregó el certificado de defunción.

—Sí, y por el momento no tengo ninguna prueba que sugiera que sobrevivió —reconoció Ari—. En ese sentido, estoy casi seguro de que se trata de una misión imposible. Aun así, me alegro de haber venido. Ha sido fantástico conocer un lugar que fue tan importante para ella.

—Me gustaría poder ayudarte más con tus indagaciones, pero no puedo —declaró Anthony sin más—. Imagino que has considerado la posibilidad de que buena parte de la historia que narra tu bisabuela sea pura fantasía. La escribió treinta años después del suceso, y todos sabemos que los recuerdos se vuelven borrosos con el paso del tiempo.

—Estoy de acuerdo en que podría haber cierta exageración en esas páginas. Sin embargo, existe un detalle sobre el que desearía indagar un poco más. Más adelante en su relato, mi bisabuela menciona una casita donde fue muy dichosa durante un año o dos.

—¿Concretamente cuál? Hay muchas casitas desperdigadas por la propiedad —dijo Anthony.

—La que se halla en los páramos, en una hondonada junto al arroyo. Rebecca y yo pasamos por delante en nuestro paseo a caballo. Estoy seguro de que es la casa de la que habla Anahita.

—¡Señor! Esa casucha está totalmente abandonada, no queda nada dentro. De hecho, estaba pensando en ordenar su demolición.

—¿La has visto por dentro? —preguntó Ari.

—Sí —respondió Anthony con firmeza.

—Bueno, de todos modos, me gustaría aceptar tu oferta de tomar prestado un caballo para darme un último paseo por los páramos.

—Por supuesto —dijo Anthony antes de apurar su copa—. ¿Cuándo tienes pensado regresar a la India?

—Depende. El Bed & Breakfast donde me alojo me pondrá de patitas en la calle pasado mañana. Es temporada alta y la dueña tiene una reserva de dos semanas para una familia entera, por lo que he de buscar otro lugar donde hospedarme.

—En ese caso —Anthony se levantó abruptamente—, ven a despedirte antes de tu marcha.

—Así lo haré, gracias. —Percatándose de que la velada había tocado a su fin y estaba siendo despachado, Ari se levantó también.

Camino de la puerta, Anthony se volvió como si hubiese reparado en algo.

—Si mañana sales a montar, debes prometerme que no entrarás en la casita del arroyo. La han declarado en derribo y si sufres un accidente, no me haré responsable, ¿entendido?

—Sí. —Ari lo siguió hasta el vestíbulo—. Gracias por la cena.

—Puedes salir tú solo, la puerta no tiene echada la llave. —Anthony se dirigió a la escalera—. Lamento que tu viaje a Astbury haya resultado infructuoso. Buenas noches.

—Buenas noches.

Ari cruzó el vestíbulo y salió a la queda noche estrellada. Camino del coche pensó en su conversación con Anthony. No conocía a ese hombre lo bastante para determinar si simplemente ignoraba la historia de sus antepasados y tenía tan buena opinión de ellos que no soportaría conocer la verdad, o si sabía mucho más de lo que decía.

De regreso en su cuarto después de un baño, Rebecca se percató de que eran más de las diez y Jack todavía no había vuelto de su cerveza con James. Comprendiendo que podría haber cenado con Anthony y Ari si Jack le hubiera dicho que pensaba salir hasta tarde, contuvo su irritación e intentó concentrarse en el guión.

A las once y media llamaron tímidamente a la puerta.

—Adelante —dijo.

La señora Trevathan asomó la cabeza.

—Lamento molestarla, señorita Rebecca, pero ¿sabe si su novio tiene pensado volver esta noche?

—Lo siento, señora Trevathan, Jack está en Ashburton con James Waugh. ¿Por qué no se va a la cama y deja que sea yo quien lo espere levantada?

—No es necesario, querida, pero si su novio piensa quedarse un tiempo, ¿cree que en el futuro podría informarme de la hora a la que tiene pensado

volver?

—Desde luego. No esperaba que se demorara tanto.

—No se preocupe. Que duerma bien, querida. Hasta mañana.

La señora Trevathan cerró la puerta y Rebecca se dijo que si Jack iba a quedarse unos días, lo mejor que podían hacer era mudarse a un hotel. Sí, los medios enloquecerían cuando se enteraran de que estaban juntos en Inglaterra y probablemente los paparazzi acamparían delante del hotel, pero no quería abusar de la hospitalidad de Anthony y la señora Trevathan.

Hoy se sentía más optimista con respecto a su relación. Había estado bien ver a Jack, y hacer el amor con él le había recordado el estrecho vínculo que compartían. Quizá había subestimado lo que Jack sentía realmente por ella. El hecho de que hubiera viajado hasta Inglaterra para verla era una prueba clara de lo mucho que la quería.

Cuando dieron las doce se cansó de esperar y apagó la luz. También al día siguiente le tocaba madrugar.

De madrugada la despertó un estruendo. Encendió la luz y vio a Jack despatarrado en el suelo. Había tropezado con la mesita de centro.

—Lo siento —rió él—, estaba intentando no hacer ruido para no despertarte.

Rebecca lo observó desde la cama y el alma se le cayó a los pies. Estaba como una cuba.

—¿Lo has pasado bien?

—Ese James sabe divertirse. Lo dejé con una mujer que quería subir a su habitación para hacerle compañía. Veamos... —Trató de incorporarse y lo consiguió al segundo intento. Llegó hasta la cama y se tumbó completamente vestido. Abrió los ojos y miró a Rebecca desde su posición yacente—. ¿Tienes idea de lo bonita que eres? —farfulló.

Ella reparó en sus pupilas dilatadas.

—Te has tomado unas rayas, ¿verdad?

—Solo un par. Ven aquí. —Jack fue a cogerla pero Rebecca se apartó bruscamente.

—Necesito dormir, Jack, mañana ruedo temprano. —Miró el reloj—. Dentro de cuatro horas exactamente.

—Vamos, nena, seré rápido, te lo prometo. —Buscó sus pechos por debajo de la camiseta.

—¡Te he dicho que no! —Rebecca se escabulló y apagó la luz.

—Aguafiestas. Solo quería hacerle el amor a mi chica. Solo quería hacerle el amor a mi chica. Solo...

Rebecca esperó pacientemente. Sabía, por experiencia, que caería redondo en menos de dos minutos. Efectivamente, pronto escuchó el sonido familiar de sus ronquidos.

Conteniendo las lágrimas, se esforzó por dormirse también.

Temprano por la mañana, Ari se dirigió en coche a las cuadras de Astbury. Debbie le ensilló el semental castaño y Ari puso rumbo a los páramos. Hacía una mañana espléndida y cabalgó deprisa. Veinte minutos más tarde llegaba a la casita situada junto al arroyo. Bajó del caballo y caminó hasta una valla de madera alta con una verja en un costado. Parecía en mejor estado que el resto del exterior, y pensó que quizá al otro lado hubiera una puerta para entrar en la casa por detrás. Tiró de la argolla negra pero la verja no cedió, y reparó en la cerradura que tenía debajo. Intentó saltar la verja dos veces, pero era demasiado alta.

Condujo el caballo hasta la valla, lo montó y se agarró al borde superior de esta con las dos manos. Impulsándose hacia arriba, pasó las piernas por encima y aterrizó en el suelo con suavidad. Miró en derredor y se descubrió en un patio rodeado de varios anexos pequeños. Echó un vistazo rápido y comprobó que estaban vacíos salvo por una carreta que descansaba en un recodo.

Dirigiendo su atención a la parte de atrás de la casa, caminó hasta la puerta y probó el pomo. Se llevó una sorpresa cuando este giró fácilmente y la puerta se abrió. Entró con cautela y se descubrió en una cocina.

Teniendo en cuenta la hiedra impenetrable que cubría el exterior de la casa y lo que Anthony había dicho la noche previa, Ari esperaba encontrar un espacio sucio invadido de telarañas. Pero no. Deslizó un dedo por la mesa de madera que descansaba en el centro de la cocina; tenía una capa de polvo, mas no la mugre propia de noventa años de abandono. Mientras se paseaba por la estancia vio que había tazas cuidadosamente colgadas de ganchos, que

la vieja cocina negra no estaba oxidada y que los platos del aparador aparecían desportillados pero limpios. Al bajar la vista, advirtió que sus pies no estaban dejando huellas en el polvo que sin duda se habría instalado en el suelo a lo largo del tiempo.

Reparó entonces en el hervidor de agua eléctrico que descansaba sobre la encimera, al lado de la cocina. Apartó una silla de la mesa y se dejó caer en ella. Eso no era una casa abandonada y en derribo a punto de ser demolida, como había asegurado Anthony.

Cayendo en la cuenta de que podría haber alguien en la casa, se levantó y caminó sigilosamente hasta la puerta de la cocina. Salió al pasillo y aguzó el oído, pero no oyó nada. Abrió una puerta que había a la izquierda y apareció en la salita de estar. Estaba en penumbra debido a la hiedra que cubría las ventanas. La chimenea solo mostraba una fina capa de polvo negro que se había desprendido recientemente del tiro. Delante había una butaca gastada pero limpia.

Cuando se acercó a las estanterías vio que estaban repletas de viejos ejemplares de algunos de los clásicos de la literatura inglesa. Los libros que Anahita había dicho que adoraba.

Subió la angosta escalera y se detuvo en el pequeño rellano antes de abrir con cautela una de las dos puertas. Entró en un cuidado dormitorio con descoloridas cortinas de ramilletes en las ventanas y una colcha de patchwork sobre la cama de bronce. Las almohadas descansaban dentro de acogedoras fundas y las sábanas y la manta parecían preparadas para que su ocupante se deslizara entre ellas. En el tocador había lociones y cremas femeninas diversas, así como un frasco grande de perfume.

Ari se rascó la cabeza, desconcertado. Era obvio que esa casa estaba actualmente habitada.

Pero ¿por quién?

Era el escondite perfecto, pensó cuando salía del dormitorio para examinar la habitación situada al otro lado del rellano. Desde fuera nadie sospecharía que había alguien viviendo dentro.

Una nueva oleada de emoción lo embargó cuando vio el contenido del segundo cuarto. Una cuna de hierro herrumbroso ocupaba la mayor parte del

reducido espacio, con una manta de bebé apolillada todavía sobre el colchón. Desde la cuna lo miraban dos ojos tristes. Ari cogió el viejo osito de peluche y lo apretó contra su pecho, como si fuera un niño.

—Dios mío —susurró.

Ya no le cabía duda de que la historia de su bisabuela era cierta.

28

Jack no se movió cuando Rebecca se levantó de la cama al día siguiente. Tratando de no pensar en su comportamiento, Rebecca se puso un pantalón de chándal y bajó a Maquillaje.

Tuvo un día de rodaje largo y duro, y para cuando regresó arriba pasadas las seis de la tarde, estaba agotada.

—¿Te marchas? —preguntó sorprendida a Jack cuando entró en el dormitorio y lo encontró guardando sus camisas en su bolsa de fin de semana.

—Sí, pero solo a Londres. Mi nuevo colega, James, me comentó que Sam Jeffrey está haciendo una película. Utilicé el teléfono del estudio para pedirle a mi representante que le llamara esta misma mañana y le dijera que estoy aquí, y quiere verme mañana por la mañana. ¿No es genial, cielo? El tipo es un director serio y ya tiene un par de BAFTA en su currículum. Así que he reservado un taxi para que me lleve a Londres. Volveré mañana por la noche.

—Vale —respondió ella desconcertada.

—Parece que cruzar el charco ha sido una buena idea. —Jack la rodeó por la cintura y la besó—. Deséame suerte, y prométeme que durante mi ausencia no caerás en los brazos de mi nuevo colega. —Recogió la bolsa y se encaminó a la puerta—. Conozco a los de su calaña. Adiós, nena, te quiero. —Y con un guiño, cerró la puerta tras de sí.

—Creía que habías venido a verme a mí —susurró Rebecca desplomándose en la cama.

Tras asimilar la inopinada partida de Jack, se dio un baño. Hacía una

noche espléndida, y después de haberse pasado todo el día encerrada bajo la luz caliente de los focos, decidió dar un paseo y respirar aire fresco. En la escalera tropezó con la señora Trevathan.

—No me adelante, Rebecca. Da muy mala suerte cruzarse en la escalera —dijo.

—¿Lo dice en serio? Debe de ser una costumbre inglesa. —Rebecca se encogió de hombros.

—Espero que tenga razón —espetó la señora Trevathan. Rebecca juzgó su reacción de exagerada—. ¿Se ha ido su novio?

—Sí, pero volverá mañana.

—Entiendo. En ese caso, ¿querrá usted cenar?

—No, gracias. Comí fuerte al mediodía.

—De todos modos, le dejaré unos emparedados y una manzanilla en el cuarto para luego.

—Gracias, señora Trevathan.

El equipo de rodaje se había trasladado al pueblo para la filmación de la tarde, de manera que en la casa y los jardines reinaba la tranquilidad. Rebecca se sentó en el banco del jardín cercado. Las rosas estaban en plena floración y desprendían un olor delicioso.

—Hola. —La voz de Anthony la arrancó de su ensimismamiento—. He oído que tu novio se ha ido a Londres.

—Sí, pero vuelve mañana. Si representa un problema para ti, podemos irnos a un hotel, en serio.

—No es ningún problema, aunque...

—¿Qué?

—Aunque no es como esperaba —reconoció Anthony—. Perdona, no soy el más indicado para hablar de relaciones entre hombres y mujeres.

—No te preocupes.

—Mientras te cuide y te haga feliz, lo demás no importa.

—Sí. —Rebecca se mordió la lengua. Temía que se le pudiera escapar algo negativo.

—¿Qué piensas de nuestro joven amigo indio?

—Me gusta —dijo Rebecca con franqueza.

—Parece un muchacho agradable, pero personalmente me cuesta dar crédito a su historia. Si la creyera, cambiaría la imagen que tengo de Donald y Violet, mis abuelos, lo cual me afectaría profundamente —confesó Anthony.

—No conozco toda la historia, pero no veo por qué él o su bisabuela querrían inventarse algo así —señaló ella.

—A menos que busque algo —repuso él, enigmático.

—¿Como qué?

—¿Dinero? ¿Una parte de la finca?

—Anthony, solo he leído las cien primeras páginas, por lo que no puedo opinar, pero Ari me parece una persona honrada. Creo que ha venido para saber más cosas del pasado de su familia, no para causar problemas.

—Aunque su motivación fuera el dinero, por lo menos ahora ya sabe que no lo hay —repuso, sombrío, Anthony.

—Ari es, por lo que me ha contado, un empresario próspero. No creo que esté aquí por eso, Anthony.

—¿No lo crees?

Rebecca volvió a percibir en Anthony esa necesidad casi infantil de reafirmación.

—No, no lo creo.

—En ese caso —continuó, visiblemente más relajado—, me temo que no lo he tratado con la debida hospitalidad. Anoche me contó que a partir de mañana no tendrá dónde alojarse. ¿Crees que debería ofrecerle una habitación aquí hasta que regrese a la India?

—Sería todo un detalle —opinó Rebecca.

—Caray, hace años que esta casa no veía tantos invitados entre sus paredes —comentó él.

—¿Te gusta estar acompañado? —preguntó ella.

—Creo que sí. Aunque la señora Trevathan no lo aprueba. Gracias por el consejo, Rebecca. Me voy al estudio a telefonar al señor Malik. —Anthony le dirigió una sonrisa fugaz y se marchó.

Rebecca se volvió hacia el jardín. Necesitaba tiempo para aclarar sus ideas y meditar sobre qué hacer con Jack. Le habían bastado veinticuatro

horas a su lado para recordar por qué le estaba costando tanto aceptar su proposición de matrimonio. Caminando por la soleada hierba entre los grandes castaños que tachonaban el jardín, comprendió que las dos semanas que llevaba en Astbury la habían cambiado. Ahora veía las cosas con mucha más claridad, como si el espacio físico que la rodeaba fuera un reflejo del que había en su mente. Y tenía que reconocer que la noche antes, cuando Jack apareció borracho y drogado en la habitación, había sentido rechazo hacia él.

Con Astbury como telón de fondo, Jack se le antojaba el típico estereotipo hollywoodiense. En Tinseltown la conducta de Jack, su ego y sus excesos quizá parecieran normales, pero en el mundo real —aquel donde la gente corriente luchaba a diario por salir adelante—, no lo eran. Por mucho que intentara disculparla, la adicción de Jack al alcohol y las drogas era algo con lo que no podía vivir. Sabía por experiencia que era un camino que no llevaba a ninguna parte.

No podía aceptar su proposición de matrimonio, así de sencillo. ¿Y qué si el mundo no lo entendía? No era el mundo el que tenía que vivir con él. Rebecca sabía que debía decirle a Jack que no podía estar con él si no se enmendaba. Al menos, pensó, si se lo decía en Astbury sus muros la protegerían de la arremetida de los medios. Su agente se subiría por las paredes, pero Rebecca también había empezado a percatarse de que en los últimos años demasiadas personas —en su mayoría hombres— habían controlado su vida. Tenía que volver a tomar las riendas de ella costara lo que costase.

Quizá su negativa a casarse fuera la señal de aviso que Jack necesitaba para hacer frente a sus demonios. Pero, por lo que fuera, lo dudaba.

Alzó la vista y comprobó que se había adentrado en una zona de los jardines en la que no había estado antes. Frente a ella, envuelto por un bosquecillo, había un edificio que recordaba a un templo griego, lo que estaba fuera de lugar en ese bucólico entorno inglés. Subió los peldaños flanqueados de columnas de mármol blanco. Esperaba que la inmensa puerta estuviera cerrada, por lo que le sorprendió que cediera cuando giró el pomo.

Adentrándose en el interior frío y umbrío, se estremeció al recordar a Anthony mencionar que sus antepasados estaban enterrados en un mausoleo

erigido en los terrenos de la finca. Su primer impulso fue marcharse, pero cuando sus ojos recorrieron las grandes lápidas de las paredes con los nombres de aquellos cuyos huesos yacían detrás, su curiosidad fue en aumento. Leyó sobre antepasados Astbury fallecidos en el siglo XVI; maridos y esposas enterrados juntos el resto de la eternidad. Avanzó hasta las sepulturas más recientes y se detuvo delante de la de lord Donald y lady Violet Astbury.

DONALD CHARLES ASTBURY

1 de diciembre de 1897-28 de agosto de 1922

25 años

VIOLET ROSE ASTBURY

14 de noviembre de 1898-25 de julio de 1922

23 años

Un escalofrío le recorrió el espinazo cuando volvió a leer la fecha de defunción de Donald Astbury. Había muerto muy joven... y apenas un mes después de Violet. ¿Se trataba de una coincidencia? Le habría encantado saberlo. Junto a la lápida de Donald y Violet se hallaba —habiendo vivido treinta y tres años más que su hijo y fallecido a los ochenta y tres, en 1955— la de lady Maud Astbury. Estaba enterrada con su marido George, muerto cuarenta y cuatro años antes que ella, en 1911. La lápida más reciente era la de la madre de Anthony.

DAISY VIOLET ASTBURY

25 de julio de 1922-2 de septiembre de 1986

64 años

ANTHONY DONALD ASTBURY

20 de enero de 1952 - †

La fecha de defunción, debajo del nombre de Anthony, no había sido grabada aún.

A los pies de la lápida descansaba un gran jarrón con flores frescas. Rebecca se arrodilló y aspiró el perfume mientras daba vueltas al hecho de que el padre de Anthony no estuviera enterrado con Daisy, su madre. Serían los huesos de Anthony los que descansarían con ella. Tiritando súbitamente de frío, salió del mausoleo preguntándose por qué Anthony había elegido

veinticinco años atrás que lo enterraran con su madre y no con una posible esposa que pudiera tomar en el futuro.

Mientras regresaba a la casa por los jardines, pensó de nuevo que Anthony tenía que ser homosexual. O puede que simplemente no le interesara un sexo ni otro y siempre lo había sabido.

Independientemente de las predilecciones de Anthony, la visita al mausoleo había confirmado algo que Rebecca ya sabía: que la vida era demasiado corta para preocuparse por las consecuencias de hacer lo correcto. Cuando Jack regresara de Londres, le comunicaría su decisión.

29

A la mañana siguiente Rebecca sintió las ya familiares náuseas y el comienzo de otro dolor de cabeza. Después de ingerir dos ibuprofenos con la taza de té que le había traído la señora Trevathan, bajó a Maquillaje.

—Otra vez tienes mala cara, Becks —comentó James cuando se dirigían al salón para filmar su siguiente escena.

—No consigo quitarme este dolor de cabeza, pero estoy bien.

—Deberías pedirle a Steve que haga venir al médico, en serio. En realidad te encuentras fatal, ¿verdad, cielo?

—No digas nada, por favor —le suplicó Rebecca—. No quiero que me tomen por una americana hipocondríaca.

—Dudo mucho que piensen eso de ti dado tu estado actual —la tranquilizó James—. Pese al calor que hace tienes la piel de gallina.

—Te prometo que veré al médico si no mejoro en las próximas horas.

—Por cierto, ¿cuándo regresa de Londres mi nuevo colega Jack?

—No estoy segura. Me he enterado de que la otra noche lo pasasteis muy bien —replicó ella con sarcasmo.

—Ya lo creo. Tu prometido es de los míos. Aunque en lo que a alcohol se refiere, retiro todo lo dicho sobre los abstemios de Hollywood. Al lado de Jack parezco un aficionado. —James sonrió.

Después de comer Rebecca no tenía nada que hacer hasta la noche, cuando los actores se reunieran a cenar en la terraza para celebrar el cumpleaños de Robert Hope. Bajó al vestíbulo e impulsivamente se dirigió a

la biblioteca. Caminó hasta la chimenea y clavó la mirada en el retrato de Violet Astbury.

—El parecido es extraordinario —dijo una voz a su espalda.

Se volvió bruscamente y vio que Ari Malik le sonreía desde un sillón de respaldo alto.

—Me has asustado. No te había visto.

—Lo siento. —Ari se levantó y se detuvo a su lado para contemplar el retrato—. La cuestión es: ¿estás emparentada con Violet Astbury?

—Ya le dije a Anthony cuando me enseñó el cuadro que mis padres son de Chicago y no tienen dinero. Por tanto, que yo sepa no.

—Aun así, el pobre Anthony debe de estar pensando que el pasado de su familia ha vuelto para rondarlo. —Ari suspiró.

—Anoche hablé con él y no hay duda de que todo esto le está afectando. Se diría que venera la memoria de Violet y Daisy, su madre. ¿Has quedado hoy con él?

—Eso creo, aunque no lo he visto desde que llegué. Ayer me telefoneó para invitarme a alojarme aquí hasta que regrese a la India, si bien la señora Trevathan no parecía muy contenta cuando me enseñó mi habitación.

—¿Has encontrado lo que buscabas?

—He visto lo suficiente para estar prácticamente seguro de que mi bisabuela estuvo aquí y de que su relato es, en su mayor parte, cierto. No he venido aquí a causar problemas, pero es comprensible que Anthony se muestre reacio a desvelar demasiadas cosas sobre el pasado de su familia. Creo que piensa que me mueve alguna motivación oculta.

—¿Y es así?

—No —dijo él meneando la cabeza—, salvo la de corroborar que mi bisabuela estuvo en Astbury y que su hijo murió cuando era un niño, como consta en su certificado de defunción.

—¿Crees que Anthony sabe más cosas de las que cuenta?

—A veces tengo la sensación de que sí, pero cuando cené con él después de que leyera una parte del relato, me dijo que no se veía capaz de seguir y le creí. Todo el asunto fue una tragedia para todos los implicados. —Ari suspiró—. Tal vez Anthony tenga razón cuando dice que la muerte de sus abuelos,

Violet y Donald, fue el detonante de la caída de la fortuna de los Astbury.

—No conozco toda la historia, Ari, pero de acuerdo con lo que he leído hasta el momento sospecho que la relación de Anahita y Donald fue lo que desencadenó todo lo que ocurrió después. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí —corroboró él.

—No quiero parecer entrometida, pero ¿significa eso que Anthony y tú estáis emparentados?

—Es complicado, Rebecca. Eso abre la puerta a muchas preguntas.

—La primera que me viene a la cabeza es si el hecho de que puedas estar emparentado significa que podrías tener un derecho legal sobre esta propiedad —se aventuró ella.

—Ni se me había pasado por la cabeza —repuso él con una expresión de genuina sorpresa.

—Puede que a Anthony sí, y quizá deberías tranquilizarle a ese respecto. Está claro que Astbury es su vida.

—Tienes razón. Si te soy sincero, no acabo de entenderle.

—Puede que este asunto le resulte demasiado doloroso. A veces el pasado lo es —dijo Rebecca.

—Te prometo que no le insistiré más. Por lo menos hay algunas pistas que puedo seguir solo. Pero basta de hablar de mí y los misterios del pasado. ¿Cómo estás tú? ¿Va bien el rodaje?

—Estoy bien, y sí, el rodaje va bien. Aunque he tenido algunas migrañas fuertes desde que llegué aquí.

—Qué extraño. ¿Sueles tenerlas? —Ari la observó con detenimiento.

—No, es la primera vez, pero estoy decidida a no permitir que me estropeen mi tiempo en Inglaterra.

—¿Y qué tal tu prometido?

—Ahora mismo está en Londres hablando con un director sobre una película. Si te soy sincera, Ari, no estamos bien. —Rebecca suspiró.

—Si no recuerdo mal, me dijiste que las cosas habían mejorado entre vosotros desde su llegada.

Ella negó con la cabeza.

—Porque deseaba creerlo. Y supongo que ha llegado el momento de que

empiece a confiar en mí y a tomar mis propias decisiones.

—Acabas de citar más o menos un verso de un poema que leí no hace mucho. «Si», de Rudyard Kipling. Es el favorito de mi padre. ¿Lo conoces?

—Me temo que no —admitió Rebecca.

—Pues deberías leerlo. El poema habla de ser fiel a uno mismo.

—Lo buscaré. Ahora debo irme. Esta noche hay una cena en la terraza en honor a nuestro director y he de arreglarme.

—Yo visitaré el cementerio local para ver si está allí la tumba del hijo de Anahita, y luego iré a Exeter para comprobar si su defunción se registró oficialmente. —Ari se encaminó a la puerta.

Rebecca lo siguió.

—¿Me contarás qué has averiguado? Quizá te parezca una estupidez, pero en cierto modo me siento implicada en esta historia. Tal vez se deba en parte a mi parecido con Violet. ¿La conocía tu bisabuela?

—Al parecer sí —dijo Ari mientras salían al pasillo para dirigirse al vestíbulo—. Que vaya bien la cena, Rebecca, y si esas jaquecas no mejoran, prométeme que verás a un médico.

—Te lo prometo. Gracias.

Ari la observó subir con elegancia la escalera. No le extrañaba que Anthony estuviese tan afectado por su presencia en la casa. Ni siquiera él, un observador externo, podía evitar que su parecido con Violet lo inquietara. Además, a pesar de su fama y su éxito, existía una vulnerabilidad innata en Rebecca. Ari tenía la sensación de que el destino la había colocado en Astbury como un peón inocente en una compleja partida de ajedrez.

Ari no podía ignorar —y Anthony todavía menos— el hecho de que la historia pareciera estar repitiéndose: Donald y Anthony, los herederos solteros de Astbury Hall, Violet y Rebecca, las estadounidenses bellas y ricas, y Anahita y él, llegados de una exótica tierra lejana.

Alzó la vista hacia la gran cúpula central y pensó que si era cierto que Anahita se encontraba allí arriba, entre los espíritus que, según ella, siempre la habían guiado a lo largo de su vida, probablemente estaba observando ahora con sumo interés cómo la nueva generación de jugadores actuaba en el intrincado juego de la vida.

Pese a haberse tomado todos los analgésicos que juzgó prudentes para vencer el dolor de cabeza, a Rebecca no le estaba resultando fácil aguantar el tipo en la cena de cumpleaños de Robert.

—Estás muy callada —dijo James rodeándole los hombros con el brazo—. ¿Todavía te encuentras mal?

—Estoy bien, James, en serio. Gracias por preguntar.

—¿Jack el travieso vuelve esta noche?

—Eso creo, pero no puede telefonarme para decirme a qué hora piensa llegar.

—Yo en tu lugar vería como un cumplido que hayas sido capaz de domarlo, Becks. La otra noche, en el bar, las mujeres no dejaban de acercársele y él ni las miraba. Te quiere de verdad.

—¿En serio?

—¡Ya lo creo! —James bebió un sorbo de champán—. Te aseguro que la mujer que consiga llevarme al altar tiene que ser espectacular.

—Me lo tomaré como un cumplido —dijo Rebecca—. Ahora me levantaré discretamente y me iré a la cama. Hasta mañana.

Mientras subía a su habitación acompañada por el eco de las risas procedentes de la terraza, pensó en las palabras de James. Tal vez Jack la quisiera y estuviera dispuesto a ignorar las insinuaciones de otras mujeres —por el momento—, pero seguía teniendo problemas que eran insalvables a menos que los afrontara.

¿O estaba siendo excesivamente dura con él?

Demasiado indispuesta para seguir pensando con claridad por esa noche, pero firme en su decisión de hablar con Jack, se quitó la ropa y se metió en la cama. Bebió un sorbo de la manzanilla todavía caliente que la señora Trevathan le había dejado en el cuarto, miró el reloj y se preguntó dónde demonios estaba Jack. Al apagar la luz una parte de su ser deseó que esa noche no apareciera para poder dormir de un tirón.

Era más de medianoche cuando Jack irrumpió en el dormitorio.

—Hola, nena. —Cruzó alegremente la habitación, le dio un beso y le puso los brazos sobre los hombros. Apestaba a alcohol rancio y Rebecca, que ya tenía el estómago revuelto, giró la cara—. ¿Estás bien, Becks? Tienes un

color extraño.

—Es otra vez este dolor de cabeza, que me provoca náuseas. Si mañana sigo igual, veré a un médico.

—Me parece muy bien. —Jack se sentó en el borde de la cama y le cogió la mano—. Pobrecita —susurró—. Oye, no te habré preñado, ¿verdad?

—Eso es imposible, Jack. Estoy tomando la píldora, ¿recuerdas?

—Lo sé, pero ¿no sería genial que estuvieras embarazada? Sería el niño más guapo del mundo, seguro. Te prometo que si lo estás, por mí ningún problema. No, señor. Ya es hora de que me hagan papá.

—Jack, estoy casi cien por cien segura de que no lo estoy —respondió, aburrida, Rebecca—. ¿Qué tal la reunión?

—Genial. El director y yo tuvimos buen rollo desde el principio. Salimos a comer y estuvimos lo que se dice estrechando lazos —explicó él con una sonrisa, rememorando el encuentro con Sam Jeffrey.

—¿Y cuándo te dirá algo sobre el papel?

—Dentro de unos días. Bien, ya que en esta casa no hay ducha, voy a sumergirme en esa vieja bañera. Hay que ver qué sitio tan raro para alojarse. —La besó en la nariz—. Tú relájate hasta que vuelva.

Rebecca asintió y cerró los ojos, al tiempo que Jack cogía su neceser y salía de la habitación.

Regresó quince minutos después y se metió en la cama.

—¿Crees que podrías encontrar energías para intentar hacer un bebé esta noche? —susurró buscándola bajo las sábanas.

—Por favor, Jack, no me encuentro bien. ¿Te importaría dejarme dormir?

—Aguafiestas. —Cuando se inclinó para besarla, Rebecca vio con espanto una mancha de polvo blanco justo en la fosa de su nariz—. Lo siento, Becks, pero has de entender que estoy compartiendo cama con una mujer tan hermosa que no hay hombre de Occidente que no quiera acostarse con ella. Es normal que me ponga caliente.

—¡Por favor! He dicho que no me encuentro bien y necesito dormir.

—Perdona —repuso ofendido Jack al tiempo que Rebecca se daba la vuelta y apagaba la luz.

Por la mañana Rebecca pidió a Steve que llamara a un médico. Como no

podía quedarse en la cama, pues no quería recibirlo con su prometido a su vera todavía en estado catatónico por las drogas y el alcohol, bajó y lo esperó en el salón.

Veinte minutos después un hombre alto y maduro, con un maletín Gladstone, entraba en la estancia con Steve.

—Os dejo solos —dijo este desde la puerta mientras el médico se acercaba a Rebecca y tomaba asiento a su lado.

—Hola, señorita Bradley. Soy el doctor Trefusis. ¿Qué problema tiene?

Rebecca le describió los síntomas y el médico le hizo un reconocimiento completo.

—Bien —dijo una vez finalizado el mismo—, tiene la tensión alta y el pulso más rápido de lo debido. No obstante, puede que se deba simplemente al estrés, sobre todo si la paciente ha de ver a un médico al que no conoce para saber qué le pasa —concluyó, sonriéndole con su mirada amable.

—No lo entiendo, casi nunca me pongo enferma —dijo Rebecca con un suspiro.

—Por desgracia, somos humanos y es algo que nos ocurre a todos. Necesito una muestra de su orina, y me gustaría hacerle un análisis de sangre para descartar algunas posibilidades. No se preocupe, señorita Bradley, lo más seguro es que se trate de un virus. No tiene fiebre, pero tal vez sea por el ibuprofeno que, según me ha dicho, se tomó hace un rato.

Rebecca se llevó un frasco al cuarto de baño e hizo lo que se le pedía, después desvió la mirada cuando el médico le clavó una aguja en la vena. La visión de la misma le trajo recuerdos de su madre.

—Ya está. Aquí tiene mi número de móvil por si empeora. La llamaré en cuanto tenga los resultados de las pruebas, aunque podrían tardar unos días. Hasta entonces quiero que repose. Beba mucho líquido y continúe con el ibuprofeno.

—¿Reposo? ¡Eso es imposible! Tengo por delante dos días completos de rodaje, doctor, y no pienso tener a todo el mundo esperando —espetó Rebecca, horrorizada.

—No puede evitar estar enferma, señorita Bradley. En estos momentos no está en condiciones de rodar. ¿Qué le parece si hablo con el muchacho que

me hizo pasar? Yo mismo le explicaré la situación. —El doctor Trefusis cerró el maletín y se encaminó a la puerta. Antes de alcanzarla se volvió inopinadamente—. ¿Cree que podría estar embarazada?

—Tomo la píldora —dijo Rebecca.

—Aun así, esta tarde haremos la prueba del embarazo con la muestra de orina para descartar esa posibilidad. Adiós, señorita Bradley.

Rebecca se recostó en el sofá sintiéndose enferma y culpable por estarlo. Ojalá pudiera subir a su cuarto, cerrar las cortinas y dormir, pero no tenía ganas de lidiar con Jack en su frágil estado.

Steve entró en el salón diez minutos después.

—Todo resuelto, querida. He hablado con Robert y modificaremos tu plan de rodaje para que puedas descansar un par de días.

—Me siento fatal por causar tantos problemas, Steve.

—No seas paranoica, Rebecca. El equipo al completo te adora y ha sido testigo de tu dedicación y de lo duro que trabajas. Solo sentimos que no te encuentres bien. Confiemos en que estos dos días de reposo te ayuden a recuperarte.

—Gracias —dijo ella de corazón.

—¿Por qué no subes a tu habitación e intentas dormir? —sugirió Steve.

—Jack sigue descansando. Ayer llegó de Londres agotado. Me quedaré aquí hasta que se despierte.

—De acuerdo. —Steve le clavó una mirada extraña—. Pero nuestra prioridad eres tú, y necesitas meterte en la cama. Preguntaré a la señora Trevathan si tiene otra habitación que puedas utilizar entretanto.

Cuando se hubo marchado, Rebecca sintió vergüenza. Allí estaba, demasiado enferma para trabajar y con un novio irresponsable durmiendo en su cuarto.

—Hola, cariño. —La señora Trevathan entró unos minutos después en el salón y le dirigió una mirada compasiva—. ¿Cómo se encuentra?

—Fatal —confesó Rebecca, sintiendo que la presencia de esa figura maternal derribaba todas sus reservas. Los ojos se le llenaron de lágrimas y se apresuró a enjugárselas.

—No se preocupe, querida. —La señora Trevathan posó suavemente su

mano sobre la de Rebecca—. Steve me ha explicado la situación y le he preparado otro cuarto.

Media hora después Rebecca yacía en una enorme cama con dosel mientras la señora Trevathan iba de un lado a otro con agua, té, tostadas y revistas que pensaba que serían de su agrado.

—Creo que sale en una o dos —bromeó al tendérselas.

—Es una habitación muy bonita. Por lo visto he subido de categoría —observó Rebecca con una sonrisa triste.

—¿Verdad que lo es? Eran los aposentos de lady Violet Astbury, y en los cuarenta años que llevo aquí no se habían usado nunca. Fue el señor quien propuso que la instalara aquí cuando le pregunté qué habitación debía asignarle esta mañana. Tiene las mejores vistas de los jardines y los páramos, y es el único dormitorio con cuarto de baño propio. Detrás de esa puerta hay una salita privada y un vestidor —concluyó la señora Trevathan su explicación.

—Dele las gracias a Anthony de mi parte. Le prometo que solo me quedaré un rato, hasta que Jack se despierte.

—Yo de usted me quedaría aquí hasta que se encuentre mejor. Necesita dormir.

—Muchas gracias por sus cuidados.

—No diga tonterías, para eso estoy aquí. —La señora Trevathan sonrió y salió de la habitación.

Rebecca despertó al rato sintiéndose algo mejor y se incorporó sobre las almohadas para beber el té que le había traído el ama de llaves. Por primera vez prestó atención a los detalles de la habitación que ocupaba. Costaba creer que había permanecido vacía tantos años. Todo estaba impecable; hasta los zócalos parecían recién pintados. Su mirada se posó en el lustroso tocador art déco, donde vislumbró frasquitos de perfume, un cepillo de pelo y un collar de perlas que pendía de un extremo del espejo triple. Bajando de la cama, caminó hasta él, tomó un frasco de perfume y lo olió. Con un sobresalto, advirtió que le resultaba familiar... era el mismo olor a flores que habría jurado que flotaba en su habitación algunas noches.

Avanzando descalza, abrió una puerta y entró en un cuarto de baño. El

estado immaculado de la grifería la sorprendió una vez más. La bañera era antigua pero no exhibía los signos de desgaste que predominaban en otras partes de la casa. Una hilera de armarios con espejos forraba por entero una de las paredes. Rebecca abrió uno y ahogó una exclamación al ver el despliegue de hermosos vestidos cuidadosamente protegidos con fundas de plástico transparente.

—La ropa de Violet —murmuró.

Cerró la puerta con presteza y cruzó el dormitorio hasta la otra puerta. Al otro extremo había una sala de estar, pequeña pero decorada con gusto. Sobre un buró descansaban fotos enmarcadas en plata, y en una de ellas vio la cara de Violet —vio su propia cara— devolviéndole la mirada. A su lado había un joven atractivo con traje de etiqueta; tenía que ser Donald, el abuelo de Anthony.

Otra puerta conducía a una estancia de dimensiones más pequeñas y decoración severa: una habitación masculina donde no había el menor toque femenino. Tras comprender que debía de ser la habitación de Donald, vio que tenía una cama angosta de madera, un armario de caoba, una cómoda y una estantería atestada de libros. Rebecca examinó todos los títulos, desde los infantiles hasta Thomas Hardy. Uno en particular atrajo su atención: un grueso tomo de piel marrón en cuyo lomo aparecían grabadas en oro las palabras «Rudyard Kipling — *Si*». Acordándose del poema «Si», compuesto por el célebre escritor, que Ari le había mencionado precisamente el día antes, sacó el tomo con cuidado. Sobre la tapa, repujada en oro, había una intrincada insignia. Se sentó en la cama y lo abrió. En la parte interior de la cubierta había una dedicatoria con la tinta gastada:

Navidad, 1910

Mi querido Donald, este regalo tan especial me lo hizo Su Alteza, el maharajá de Cooch Behar, cuando regresé a Inglaterra después de pasar cinco años allí como residente. Lo había encargado especialmente para mí, pues sabía que Rudyard Kipling era mi escritor y poeta predilecto. En la primera página del libro aparece un poema bellamente escrito a mano, pero en realidad se trata de un diario. Dale el uso que desees.

Tu padre que te quiere,

GEORGE

Rebecca recordó, por la lápida del mausoleo, que George Astbury había fallecido apenas unas semanas después, en enero de 1911.

Pasó la primera página, ya amarillenta, y vio el poema escrito a mano tal como el padre de Donald indicaba, con un exquisito ornato en oro. Leyó los versos y llegó a la conclusión de que no podría existir un último regalo de un padre a un hijo más conmovedor.

Cien años después, las palabras de Kipling también a ella le inyectaron fuerzas. Se levantó para devolver el libro a la estantería cuando una mancha de tinta en la orilla de una de las páginas le instó a pasar otra hoja.

Rebecca se sentó de nuevo y leyó las líneas, redactadas con esmerada caligrafía.

Enero de 1911

Padre murió hace cuatro días. Me lo dijeron en el colegio y he vuelto a casa para el funeral. Madre pasa la mayor parte del tiempo en la capilla e insiste en que vayamos con ella. Francamente, ahora mismo no creo demasiado en ÉL, pero haré lo posible por acompañarla en su dolor. Selina está igualmente destrozada. Me hago cargo de que ahora soy el hombre de la casa y debo mostrarme fuerte y valiente. Padre, te echo terriblemente de menos y no sé cómo consolar a las mujeres.

El resto de la página estaba en blanco, pero al pasarla Rebecca vio que el diario se reiniciaba en 1912, con anotaciones periódicas a lo largo de los siguientes tres años, y adquiriría un nuevo impulso en febrero de 1919. A los pocos meses de finalizada la Primera Guerra Mundial, comprendió Rebecca.

Oyó que alguien la llamaba. De mala gana, devolvió el diario a la estantería y regresó rauda al dormitorio.

—¿Cómo se encuentra, querida? —preguntó la señora Trevathan, que acababa de entrar.

—Un poco mejor.

—Por lo menos ahora tiene algo más de color en las mejillas. Jack se ha levantado y quiere verla. Le he dicho que dormía. He venido para preguntarle si le apetece tener visita.

Rebecca supo, por la mirada que le clavó la señora Trevathan, que la

entendía.

—En realidad no.

—¿Quiere que me asegure de que permanezca ocupado hasta mañana? Podría sugerirle que se vaya más tarde al hotel de Ashburton con su amigo actor. Por cierto, el señor James ha preguntado por usted y le envía recuerdos —añadió el ama de llaves.

—Si pudiera hacer eso por mí, se lo agradecería. Pero si Jack sale con James, puede que vuelva tarde y...

—Lo entiendo, querida —la interrumpió la mujer—. No se preocupe, yo me encargo de él.

—Si le causa el más mínimo problema, envíelo aquí, por favor.

—Le aseguro que en mis tiempos traté con hombres mucho peores que el suyo —repuso secamente la señora Trevathan—. Le he traído algo de comer, mucha agua y un vaso de leche caliente por insistencia del señor. También él le envía saludos, por cierto, y le desea una pronta recuperación. Ah, y ese caballero indio que ahora tenemos alojado aquí también estaba muy preocupado y deseaba verla —añadió—. Bien, me marcho para asegurarme de que ninguno de sus admiradores la molesten esta noche. —Los ojos de la señora Trevathan titilaron con picardía—. Si necesita algo, pulse el timbre que hay junto a la cama.

Rebecca se volvió hacia él.

—¿Todavía funciona?

—Ya lo creo, querida. ¿Por qué no se sumerge un buen rato en esa bañera y se acuesta temprano? Puedo traerle algunas de sus cosas de la otra habitación.

—Gracias, lo haré. Y tiene razón, necesito un poco de paz.

—Lo sé, cielo. Como he dicho, déjemelo a mí.

Rebecca se acercó instintivamente a la señora Trevathan y le dio un abrazo.

—Gracias.

Visiblemente sorprendida y sofocada por semejante muestra de afecto, la señora Trevathan se escabulló rápidamente de los brazos de Rebecca y se dirigió con paso presto a la puerta.

—Buenas noches, querida, que duerma bien.

—Gracias.

Más tranquila ahora que sabía que Jack no iba a aparecer en cualquier momento, se dio un baño y recuperó el diario de la habitación de Donald. Se metió en la cama y lo abrió por las páginas posteriores a la Primera Guerra Mundial. La primera entrada hablaba de que «A» se había marchado a la India en barco.

«Seguro que Donald —pensó de repente— está hablando de Anahita.»

Si era así, ese libro de aspecto inofensivo que llevaba décadas pasando inadvertido entre los demás tomos de los estantes quizá contuviera la prueba que Ari necesitaba para confirmar la historia de Anahita.

Solo necesitó leer otras dos entradas para saber que «A» era Anahita. Alzó la vista y dirigió una sonrisa irónica al cielo.

—Tú nos has conducido a los dos hasta aquí, Anni, y yo he encontrado el diario —susurró mientras se acomodaba en la cama y dejaba que las palabras de Donald la trasladaran al pasado...

Donald febrero de 1919

30

1 de febrero A tomó hoy el barco que la llevará a la India. Estoy muy deprimido. A es tan maravillosa, tan sabia y cariñosa, que no tiene nada que ver con las demás chicas que conozco. No sé cómo me las arreglaré sin ella las próximas semanas. Y mañana he de regresar a Astbury para comunicarle a madre que tenemos que vender la finca. Sinceramente, temo su reacción.

19 de febrero

En Astbury, madre sigue negándose a salir de su habitación. Asegura que está muriendo de una terrible enfermedad, pero el médico no le encuentra ningún problema físico. Toda la casa sabe que sigue enfurruñada por el matrimonio de Selina con Henri. Recibí un hermoso telegrama de A, que cumplió diecinueve años hace tres días, en el barco. Sus palabras de amor me ayudan a seguir adelante. Llegará a Calcuta dentro de dos semanas. Confío en que vuelva pronto a casa. Le he enviado un telegrama donde le digo lo mucho que la amo. Hablaré con madre, tanto si quiere como si no. No podemos seguir así más tiempo.

A

rmándose de valor, Donald llamó a la puerta de la habitación de su madre. Oyó un tintineo de loza y, finalmente, un débil:

—Adelante.

—Hola, madre, ¿puedo abrir una de las cortinas? Estás tan a oscuras que apenas puedo verte.

—Si no hay más remedio..., pero la luz me daña los ojos —respondió

Maud con voz trémula.

Donald describió una cortina y caminó hasta la cama.

—¿Puedo sentarme?

—Acerca una silla. —Maud hizo un gesto fatigoso con los dedos por encima de las sábanas.

Donald obedeció.

—¿Cómo te encuentras?

—Igual.

—Por lo menos tienes algo de color.

—Será por el colorete que le pedí a Bessie que me pusiera en las mejillas esta mañana —espetó Maud—. Cada día me siento peor.

Donald inspiró hondo.

—Madre, sé que no te encuentras bien, pero debemos tratar algunos asuntos.

—¿Cómo el de la boda de tu hermana con ese horrible hombrecillo francés? Tu padre debe de estar revolviéndose en la tumba.

Donald pensó en su dulce y cariñoso padre, y supo que le habría alegrado enormemente que Selina hubiera conocido a alguien con quien compartir su vida después de la tragedia que había vivido.

—Lo hecho, hecho está, madre, y no hay nada que tú y yo podamos hacer para cambiarlo. Selina es una mujer adulta y debe tomar sus propias decisiones.

—Si no lo apruebas, ¿por qué has aceptado la invitación a su sórdida boda? —replicó Maud—. Ni un solo miembro de la alta sociedad londinense asistirá, puedes estar seguro.

—Es mi hermana, madre. Y resulta que Henri me cae bien. Creo que quiere a Selina y que cuidará bien de ella y de Eleanor.

—En ese caso, ¿de qué quieres hablar conmigo? —cambió Maud de tema.

Donald se preparó para decirle lo que debía.

—Madre, la situación financiera de la finca es tremendamente preocupante, y si no hago algo pronto, la casa se nos caerá literalmente encima. Estamos tan endeudados que el banco podría decidir embargarla.

En vista de que la mujer no respondía, prosiguió.

—Lo único que puedo hacer, por trágico que resulte, es venderla. Rezo para encontrar un comprador que tenga dinero suficiente para valorar su potencial y se la quede.

Los ojos de Maud salieron disparados hacia su hijo. A pesar de la penumbra, Donald pudo ver el horror reflejado en ellos.

—¿Vender Astbury Hall? —La mujer echó la cabeza hacia atrás con una carcajada—. Donald, aunque reconozco que la casa necesita algunos arreglos, creo que estás exagerando. ¡No podemos venderla! ¡Ha pertenecido a esta familia desde el siglo XVII.

—Madre, llevo un mes hablando con nuestros banqueros, con el contable y con el administrador de la finca, y todos son de la misma opinión. La finca está en bancarrota y no hay nada que hacer. Lo siento, pero así están las cosas.

—Donald —la voz de Maud emergió súbitamente de las profundidades de su debilitante enfermedad—, puedo consentir muchas cosas, pero nunca, nunca aceptaré que se venda Astbury Hall.

—Madre —replicó Donald con la máxima serenidad posible—, probablemente recuerdes que hace tres meses, cuando alcancé la mayoría de edad, la propiedad me fue traspasada legalmente. Así pues, me corresponde a mí decidir qué debe hacerse. Por triste o desagradable que esta situación sea para todos, tenemos que vender. O vérnoslas con los alguaciles cuando se presenten aquí para echarnos a la fuerza.

Maud se desplomó sobre la almohada llevándose las manos al corazón.

—¿Cómo puedes ser tan cruel? ¡Soy una mujer enferma y tú me vienes con esas noticias! Siento un terrible dolor en el pecho. Por favor, llama a Bessie, avisa al médico...

Donald advirtió que la cara de su madre había adquirido, efectivamente, una palidez cadavérica.

—Madre, te lo ruego, no es mi intención disgustarte, pero no tenemos elección.

La mujer estaba ahora jadeando, falta de aliento. Donald se levantó.

—Llamaré al doctor Trefusis. Lamento haberte alterado de ese modo. —

Soltó un suspiro y salió de la habitación.

El doctor Trefusis llegó de inmediato. Después de examinar a Maud, encontró a Donald aguardando nervioso en el pasillo.

—Sufre una especie de crisis nerviosa. Le he dado un somnífero y mañana volveré para ver cómo está. Sin embargo, por el bien de todos —añadió con firmeza—, te aconsejo que por el momento no trates lo que fuera que le dijiste.

10 de marzo

Recibí un telegrama de A donde me dice que el barco atracó en la India y que se halla camino del palacio de Cooch Behar. Madre todavía se niega a salir de su habitación y a permitirme la entrada, y yo deambulo por la casa en un estado constante de angustia y desesperación. Pasé la tarde escribiendo una larga carta a A para solazarme. El pesimismo que envuelve estos días Astbury es palpable. Los sirvientes son siempre los primeros en olerse los problemas, y creo que saben que sucede algo. Esta mañana hice venir a un agente de la propiedad. La finca ha sido tasada y la cifra asciende a muy poco, teniendo en cuenta lo que contiene, pero por lo menos será suficiente para saldar la deuda y comprar una casa de campo mucho más pequeña para A y para mí. Y suficiente, también, para que mi madre pueda permitirse algo similar.

Abril llegó y Donald agradeció los soleados días de primavera que hacían revivir los jardines y teñían de un amarillo intenso los tojos de los páramos. Pero cuando salió de las cuadras con Glory una mañana, un miedo perturbador se apoderó de él. Hacía casi un mes que no sabía nada de Anni, desde su llegada al palacio de Cooch Behar. Mientras espoleaba a Glory y cabalgaba a toda velocidad por los páramos, pequeños demonios empezaron a abrir boquetes en su aplomo.

¿Había regresado a la India y conocido a otro hombre? Después de todo, Anni era una mujer bella y llena de cualidades; no, no era princesa, pero sí noble, dotada de una educación, una elegancia y una inteligencia que cualquier hombre encontraría atractivas. Él era un lord británico, sí, pero un lord arruinado que en cuanto vendiera Astbury se quedaría sin un dominio que regentar.

Durante el último mes había empezado a percatarse de que su educación únicamente lo había formado para ser miembro de la nobleza y administrar la finca y su personal. A menos que regresara al ejército —una posibilidad que le horrorizaba—, ¿qué podría hacer con su futuro si la finca se vendía? Desmontó junto al arroyo donde Anni y él habían conversado aquel primer verano y se tendió en la hierba a cavilar.

Después de sus experiencias en la guerra se le antojaba absurdo llevar una vida de ocio sin una finalidad. Y se sentía culpable, culpable porque iba a tocarle a él borrar tantos cientos de años de la historia de los Astbury en Astbury Hall. Se descubrió pensando una vez más si no existiría alguna manera de salvar la finca, pero no se le ocurría nada plausible. Sabía que de haber una manera no dudaría en aprovecharla, no solo por el bien de la historia de la familia, sino porque al menos estaría haciendo algo bueno al dar a sus aproximadamente doscientos empleados y aparceros un medio de vida, por no hablar de su madre, quien, pese a su histrionismo actual, estaba sinceramente destrozada por tener que marcharse.

Se levantó y subió de nuevo a lomos de Glory. Se dijo que no le quedaba más remedio que aceptarlo, centrar sus energías en su futuro con Anni y descubrir un nuevo propósito en su vida.

15 de mayo

Ayer (al fin) madre salió de su habitación. Pero hace casi diez semanas que no sé nada de A. Le he enviado numerosas cartas a la dirección del palacio pero no he recibido respuesta. ¿Dónde puede estar? En mi vida me he sentido tan deprimido. Tal vez me haya olvidado. Tal vez, al igual que su amiga Indira, haya conocido a un príncipe indio y huido con él...

Donald soltó la pluma, se levantó y se asomó apesadumbrado a la ventana de su habitación. El sol se hallaba alto en el cielo y lucía un día precioso, pero era incapaz de apreciarlo. Terribles pensamientos acerca de Anni y las razones por las que no contestaba a sus cartas invadían constantemente su mente. O puede que las cartas, sencillamente, no le estuvieran llegando, razonó. El servicio postal entre Inglaterra y la India era célebre por su ineficiencia. Así y todo, sabía que no se quedaría tranquilo hasta que tuviera noticias de ella.

Encontró a su madre abajo, frente a la mesa del desayuno, devorando un plato de tocino y huevos.

—Me alegra verte tan recuperada, madre. —Con gran esfuerzo, esbozó una sonrisa tensa.

—Ya sabes lo mal que me sienta el invierno. Pero el verano casi está aquí y hay mucho por hacer.

—¿No me digas? —repuso Donald, preguntándose a qué demonios se refería.

—Sí. —Maud deslizó una carta por la mesa—. Unos viejos amigos de tu padre me han comunicado que les gustaría hacernos una visita. Les he dicho que sí, naturalmente.

Donald leyó detenidamente la carta, que tenía una dirección de Nueva York.

—Aquí dice que llegarán dentro de siete semanas. ¿Quiénes son los Drumner?

—Ralph Drumner es el cabeza de una de las familias más antiguas y, debería añadir, más ricas de Nueva York. Creo que posee un banco y, si no recuerdo mal, Sissy, su esposa, es encantadora. También tienen una hija, Violet, y es de la misma edad que tú. Por lo visto está haciendo su gira por Europa, pero se reunirá con sus padres aquí en algún momento del verano.

A Donald le sorprendió su entusiasmo. Maud consideraba a la mayoría de los estadounidenses unos «plebeyos».

—Si te encuentras lo bastante bien para atenderlos, madre, me alegra que la visita de unos viejos amigos te haya levantado el ánimo.

—Sí, creo que lo ha hecho. —Maud miró a su hijo con una sonrisa de felicidad.

Aprovechando su buen humor, Donald decidió abordar el tema de Selina.

—Mientras tus invitados están aquí, tal vez podrías considerar la posibilidad de que Selina nos haga una visita. Sé que la pequeña Eleanor echa de menos a su abuela, y también Astbury.

—Como bien sabes, Donald, Selina no será bienvenida en esta casa mientras esté casada con ese hombre. ¿Te ha quedado claro?

Donald suspiró, consciente de que como lord Astbury y propietario legal

de la finca, tenía derecho a pasar por encima de su madre e invitar a su hermana cuando quisiera. No obstante, las inevitables repercusiones de disgustar nuevamente a su madre ahora que parecía mucho más animada era algo que en esos momentos no se veía capaz de soportar.

9 de junio

He estado en Londres para hablar una vez más con el director del banco. Más malas noticias: el tiempo se agota y debo hacer planes para poner la finca a la venta pronto. También fui a ver a la enfermera jefe de Anni al London Hospital de Whitechapel y me dijo que tampoco sabía nada de ella. Hice una breve visita a Selina, quien me contó que había visto a Indira y a su marido en el sur de Francia. Al parecer, Anni le había dicho a Indira que regresaría directamente a Inglaterra cuando abandonara París en mayo. La angustia me está matando. Sin ella, ¿qué me queda en la vida?

14 de julio

Ralph Drumner y su mujer, Sissy, llegaron a Astbury hace una semana. Parecen agradables, y a pesar del estado ruinoso de la casa, les encanta la idea de alojarse en una auténtica mansión habitada por un lord inglés. ¡Sissy hasta me hizo una reverencia a su llegada! Creo que Ralph Drumner es mucho más astuto de lo que aparenta. Es evidente que está forrado; Sissy viste a la última moda de París y va cargada de brillantes. Han venido dos meses para «hacer Inglaterra», como ellos dicen, y mañana llegará su hija Violet. Sigo sin saber nada de A. El corazón se me hiela lentamente, pues no se me ocurre ninguna razón para que no me haya escrito salvo una.

—Los Drumner volverán a las tres y media, justo a tiempo para el té — anunció Maud—. Podríamos servirlo en la terraza. ¿Sabes que han ido a Londres a recoger a su hija? Llegó anoche de París.

—Sí, madre —respondió distraídamente Donald durante el desayuno.

—Como sois más o menos de la misma edad, me ayudaría mucho que te sumaras a nosotros y la distrajeras.

Donald plegó *The Times* y se levantó de la mesa.

—No te inquietes, me dejaré ver.

Esa tarde Donald dio un paseo a caballo por la finca. Por lo menos los aparceros a los que visitó estaban contentos, pues se habían dado las

condiciones climáticas idóneas para garantizar una excelente cosecha de trigo, la cual tendría lugar durante las siguientes semanas. Pensaban que era una noticia que alegraría a Donald; poco sabían ellos de lo que les tenía reservado el destino.

Habían encontrado un posible comprador para la finca. El señor Kinghorn, nacido en Cornualles, era un hombre de negocios que se había enriquecido durante la guerra con el cinc. Parecía buena persona, y estaba deseando comprar su ascenso en la escala social adquiriendo Astbury Hall. La estaba comprando por un precio irrisorio simplemente porque nadie más competía por ella en los crudos años de la posguerra. Donald no había dado todavía su aprobación final a la venta, pero por lo menos, pensó a modo de consuelo mientras entregaba la yegua al mozo y regresaba a casa, sabía que la finca probablemente sería administrada de manera más seria y eficiente bajo la atenta vigilancia de su nuevo propietario.

Cuando entró en el jardín divisó a los Drumner y a su madre tomando el té en la terraza y comprendió que llegaba tarde. Tendrían que aguantarle con sus pantalones de montar, pues no quería enfrentarse a otro disgusto de su madre. Mientras subía la escalinata la joven sentada a la mesa atrajo su atención. Su parte masculina reconoció de inmediato que Violet Drumner era una belleza. Un bonito vestido de tarde enfundaba su esbelta figura y sus cabellos rubios lucían la moderna melena corta. Cuando se acercó pudo ver que poseía unos ojos castaños muy vivos y unos labios perfectamente perfilados sobre una piel clara e impecable.

—Buenas tardes —dijo cuando llegó a la mesa—. Madre, Ralph, Sissy, les pido disculpas por el retraso. Señorita Drumner —se volvió hacia la joven—, bienvenida a Astbury. ¿Puedo llamarte Violet?

—Por favor. —La joven sonrió, mostrando una dentadura perfecta.

—Es un placer conocerte. —Donald tomó asiento y la criada se apresuró a servirle una taza de té—. ¿Qué tal el viaje?

—Sumamente agradable —respondió ella—. Todavía no había salido de Londres. Todos los bailes a los que he asistido en Inglaterra tuvieron lugar en la ciudad.

—Violet fue presentada en sociedad en Nueva York el año pasado —

añadió Sissy.

—¿No me diga? —Maud enarcó una ceja de manera casi imperceptible —. ¿Y le ha gustado la temporada aquí?

—¡Ya lo creo! He conocido a gente muy interesante. Adoro Inglaterra —añadió Violet con su alegre entonación neoyorquina.

—Violet ha sido, sin lugar a dudas, la reina de la temporada londinense —aseguró Ralph—. Tenía una cola de pretendientes con títulos persiguiéndola. Y no lo niegues, Violet.

—Hay que ver, papá. —Un rubor encantador trepó por las mejillas de Violet—. Todas las chicas triunfaron.

—¿Hay algún joven que haya atraído especialmente tu atención? —preguntó Maud.

—Creo que aún soy demasiado joven para sentar la cabeza —respondió diplomáticamente Violet.

—¿Te gusta montar a caballo? —le preguntó Donald cambiando de tema.

—Desde luego. Suelo montar en Central Park y en nuestra casa de verano de Newport. Tengo un caballo allí.

—Pues mientras estés aquí has de permitirme que te lleve a dar un paseo a caballo por los páramos.

—Será un placer, Donald.

24 de julio

Esta mañana he vuelto a montar con V. Domina la técnica, pero monta como una chica, mientras que A montaba como un hombre. Aun así, es dulce, lista y educada, y el placer que le produce estar en Inglaterra me hace sonreír. También es muy bonita y a veces la miro pensando que su piel clara y su pelo rubio no podrían contrastar más con el físico exótico y sensual de A. Al menos su presencia aquí me ha ayudado a dejar de pensar en A, pues V posee una energía contagiosa.

Donald era consciente de que por lo menos desde hacía dos semanas caminaba con algo más de brío. Con su entusiasmo típicamente estadounidense, los Drumner habían levantado el manto gris que últimamente flotaba sobre Astbury. Días atrás su madre había revivido e invitado a algunos aristócratas de la zona a cenar. Hasta los sirvientes parecían

agradecer el trabajo de más. Las doncellas subían y bajaban escaleras preparando baños para las dos estadounidenses y cuidando de sus vastos roperos. El pasillo de las habitaciones de invitados olía permanentemente al perfume de Violet, ligero y estival como ella.

Sus semblantes alegres lo recibieron esa mañana en la mesa del desayuno mientras Ralph ensalzaba sus planes de «abordar Cornualles» los próximos días.

—Madre —dijo Violet—, ¿te importa que no os acompañe? Amy Venables ofrece un baile en Londres y me ha escrito para preguntarme si puedo asistir. Me encantaría volver a ver a mis amigos ingleses antes de regresar a Nueva York.

—No lo dudo, cariño, pero no puedes ir sola a Londres. Ni lo sueñes —respondió Sissy.

—Tenemos espacio de sobras en nuestra casa de Londres —intervino Maud—. Podrías alojarte en ella, Violet.

—Eso sería fantástico, lady Astbury.

—¿Y tú no dijiste que tenías que ir a la ciudad un día de estos, Donald? —añadió Maud.

—Eh..., sí, he de ir a Londres —respondió Donald para no resultar maleducado.

—Qué bien. ¡Así podrás acompañarme al baile! Estoy segura de que a Amy Venables no le importará —exclamó Violet con una palmada.

—¡Qué idea tan maravillosa! —convino Maud—. Entonces, no hay más que hablar. —Y sonrió de oreja a oreja.

Después del desayuno Donald se retiró a la biblioteca con *The Times*, pero fue incapaz de concentrarse. Aunque llevaba cinco meses sin saber nada de Anni, la idea de acompañar a Violet a un baile lo incomodaba. Su madre, sin embargo, había sido más rápida que él y ahora sería una grosería echarse atrás.

Mientras pensaba en el súbito dinamismo de su madre y su inusitada actitud complaciente, se preguntó por primera vez si la repentina llegada de los Drumner a Astbury había sido tan fortuita como parecía. Después de todo, la riqueza de los Drumner no era ningún secreto, y el otro día mismo Ralph

había mencionado el generoso fondo fiduciario que gestionaba para Violet hasta que esta alcanzara dentro de tres meses la mayoría de edad, suma que, obviamente, la acompañaría cuando se casara.

—¡Maldita seas, madre!

Donald arrojó *The Times* sobre la mesa, se levantó y caminó hasta la ventana. Se reprendió por haber sido tan ingenuo. ¿Cómo era posible que no hubiera visto la telaraña que su madre estaba tejiendo a su alrededor?

—No me dejaré comprar ni manipular —farfulló con la mandíbula apretada mientras contemplaba el cálido sol de agosto bañar los jardines con su delicada luz. Además, Maud no podía controlar los sentimientos de Violet. Con su fortuna, su atractiva personalidad y su innegable belleza, Donald supuso que podría tener al hombre que quisiera. Sin embargo, pensó en la manera que le sonreía por debajo de las largas pestañas, el entusiasmo con que se sumaba a todas las actividades que él le proponía...

Durante el largo trayecto en tren hasta Londres Donald escuchó a Violet hablar de su vida en Nueva York, de la bonita casa en Park Avenue donde vivía con sus padres y de las maravillas que había visto en su gira europea.

—Me temo que me costará mucho volver a Estados Unidos. Los estadounidenses pueden ser muy estrechos de miras, ¿sabes? —añadió, como si las experiencias de sus tres meses en Europa la hubieran convertido en una ciudadana del mundo.

—Entonces ¿prefieres Inglaterra? —preguntó educadamente Donald.

—Ya lo creo. Siempre me ha apasionado vuestra literatura. Y me encanta el paisaje. Es muy pintoresco.

A su llegada a la casa de Belgrave Square, Violet fue conducida por una criada a su habitación y Donald se dirigió al salón, donde encontró a Selina sentada frente al buró, escribiendo una carta.

—Donald. —Su rostro se iluminó al verlo y se levantó para abrazarlo.

—¿Cómo estás, Selina?

—Acabo de llegar del *château* de Henri. Él sigue en Francia, atendiendo unos asuntos. Eleanor y yo nos quedaremos aquí hasta que nuestra casa nueva de Kensington esté terminada. ¿Té?

—Por favor. —Donald se sentó en una butaca mientras Selina tocaba el

timbre.

—¿Qué tal las cosas en Astbury? —preguntó Selina.

—Mamá ha experimentado una gran mejoría. Está muy animada en comparación con la última vez que la viste. —Donald enarcó una ceja cómplice.

—¿Algún indicio de que vaya a perdonarme?

—Para serte franco, hace tiempo que no saco el tema. Últimamente está tan contenta que no he querido hablar de nada que pueda alterar su humor.

—Y probablemente has estado muy ocupado mostrando a tu joven heredera estadounidense las delicias de Devon.

—He cumplido con mi obligación, efectivamente —convino Donald—. Esta noche tengo que ir a uno de esos horribles bailes con todas sus amigas debutantes.

—¿Te gusta Violet, Donald? Estoy deseando conocerla.

—Sí, es una chica muy agradable. Pero —su rostro se ensombreció— entenderás que la cosa no pasa de ahí.

—Claro. ¿Has sabido algo de Anni?

—Nada. —Donald suspiró—. Incluso escribí a Scotland Yard para pedirles que indagaran sobre su paradero, pero no han averiguado nada. Se ha esfumado, literalmente.

—Eso ya es algo, ¿no? —le tranquilizó Selina—. Por lo menos podemos suponer que no está muerta.

—Selina, podría estar en cualquier lugar. Puede que ni siquiera haya regresado a Inglaterra como dijo que haría. De hecho, estoy empezando a creer que se ha quedado en la India y simplemente no ha tenido el valor de decírmelo.

Guardaron silencio mientras la criada entraba con la bandeja del té. Selina sirvió dos tazas y miró pensativamente a Donald.

—Donald, cariño, odio tener que decirlo, pero...

—Lo sé, y te ruego que no lo hagas —la interrumpió él—. Estoy empezando a comprender que probablemente no tenga más remedio que intentar seguir adelante con mi vida.

—Eso me temo —reconoció ella—. Soy consciente de lo mucho que la

amabas, pero...

—Que la amo —puntualizó Donald.

—Sí, que la amas —se corrigió Selina—, pero vuestro matrimonio no habría sido fácil. Ya conoces la sociedad inglesa, habríais tenido que luchar para ser aceptados.

—Eso me trae sin cuidado —espetó él—. En las trincheras peleé codo con codo con hombres de todas las razas y credos, vi su coraje. Y los vi morir con el mismo sufrimiento que cualquier hombre con la piel blanca, debo añadir.

—Es de admirar que no tengas prejuicios —respondió su hermana con calma—, pero sabes muy bien que mucha otra gente sí los tiene, y siempre los tendrá.

—¿Me estás diciendo que Anni me ha dejado para protegerme de eso?

—No, solo digo que podría ser una razón. Me desconcierta tanto como a ti que no te haya escrito.

—Confío en que Anni jamás sintiera rechazo en mí por el color de su piel.

—Donald, cariño —intentó tranquilizarle Selina—, no estoy diciendo que lo sintiera en ti, pero puede que lo sintiera en otros. Mira a nuestra madre, por ejemplo. ¿Y si hubierais tenido hijos? Habrían sido mestizos y...

—¡Basta! —Donald estampó la taza contra el plato.

—Perdona. —Selina estaba al borde de las lágrimas—. Solo estaba intentando señalar los obstáculos en el caso de que las cosas hubieran salido como esperabas.

—Nada de eso habría importado si estábamos juntos.

Donald se levantó.

—Será mejor que vaya a cambiarme para esa maldita fiesta.

Subió a su cuarto y se hundió en la cama con la cabeza entre las manos. ¿Podía ser cierta la teoría de Selina? ¿Había decidido Anni, para salvarlo de sí mismo, que lo mejor era mantenerse alejada?

Se negaba a aceptar que la razón fuera esa. Anni sabía que él detestaba los prejuicios en todas sus formas.

Regresaba una y otra vez a la misma conclusión. Ya no le cabía duda de

que Anni, sencillamente, se había dado cuenta de que no le amaba. O tal vez amara más a otro hombre, pensó con un estremecimiento.

Las lágrimas le anegaron los ojos mientras, por primera vez, se planteaba seriamente un futuro sin ella. Y comprendió que estaba empezando a perder la esperanza.

31

25 de agosto

Anoche me divertí en el baile más de lo que esperaba. Dos de mis viejos amigos de Harrow estaban allí acompañando a dos de las chicas. Me produjo una gran alegría verlos y hablamos de los viejos tiempos. Ambos se casarán en las próximas semanas y me han invitado a sus respectivas bodas. Los dos, cómo no, bromearon con respecto a V, diciendo lo afortunado que era por estar bailando con la chica más bonita del salón...

V

iolet había decidido alargar su estancia en la ciudad. A Donald, por su parte, se le hacía cuesta arriba regresar a Devon para comunicar al señor Kinghorn su decisión final sobre la venta de la finca, de modo que decidió aplazarlo unos días. El tiempo que no estaba acompañando a Violet a diferentes cenas y a lugares de interés de Londres, lo pasaba en su club de Pall Mall. Disfrutaba retomando viejas amistades y hablando de la guerra hasta altas horas de la noche.

Cada vez era más consciente de que el tiempo que había pasado en Londres después del armisticio su vida había girado en torno a Anni y su amor por ella. Nada le había importado salvo estar con ella, y casi no había tenido tiempo ni ganas de hacer otras cosas. Era como si hubiese vivido en una burbuja, y aunque su corazón todavía suspiraba por ella, agradecía los actuales entretenimientos sociales.

Tenía que reconocer que le agradaba que sus amigos envidiaran su

relación con Violet, quien, efectivamente, parecía ser la reina de la vida social londinense. Era guapa e ingeniosa y poseía, como Donald estaba empezando a descubrir liberada ahora de la protección asfixiante de sus padres, un carácter vivaz y un agudo sentido del humor.

Hasta él se veía cautivado por su capacidad de divertirse y el genuino placer que le producía el mero hecho de estar viva. Si Anni había sido profunda, apasionada y misteriosa, Violet era alegre, frívola y ligera. También se daba cuenta de que era sumamente generosa y dada a organizar sorpresas para complacer a sus numerosos amigos.

Las invitaciones le llovían, era bien recibida en todas las mesas y los hombres competían por sentarse a su lado y disfrutar de su compañía. Donald se descubrió acompañándola casi todas las noches a reuniones sociales, y tenía que reconocer que estaba empezando a gustarle.

Hacia el final de la estancia de Violet en Londres fueron invitados a cenar en casa de lord y lady Charlesworth, cerca de Hyde Park. Su hijo Harry era el heredero de uno de los patrimonios más grandes y prominentes del país. También era sumamente atractivo, con una personalidad encantadora y entusiasta. Como de costumbre, siendo la chica del momento, Violet se sentó al lado de su joven anfitrión, y Donald los veía intercambiar susurros de forma íntima. Era evidente que se gustaban. Llegado el postre una sensación de territorialidad le golpeó el pecho y advirtió, sobresaltado, que estaba celoso.

Sorprendido por el descubrimiento, guardó silencio durante el trayecto a casa. Violet estaba de un humor excelente y no paraba de hablar de Harry y de que la había invitado a visitar su finca de Derbyshire cuando comenzara la temporada de caza.

Al día siguiente, en la bandeja del vestíbulo había una carta para Violet. Al pasar por delante camino del comedor, Donald le dio la vuelta y vio el sello de Charlesworth en el dorso. Esa noche Violet no le pidió que la acompañara; en lugar de eso, la recogió una amiga y se marchó luciendo un deslumbrante vestido de Paquin y dejando una estela de perfume a su paso. Donald no consiguió conciliar el sueño hasta que oyó sus pasos ligeros en la escalera a altas horas de la madrugada.

Al día siguiente Violet no apareció en el desayuno, pero a la hora de comer estaba presente en la mesa, bostezando.

—¿Lo pasaste bien anoche? —le preguntó cortésmente Donald.

—De maravilla —respondió ella con la mirada risueña—. Harry conoce los mejores locales de Londres. Me llevó a un club en un subterráneo donde tocan el mejor jazz. Bailamos toda la noche, tanto que ahora me duelen los pies. Y tiene unos amigos fantásticos.

—¿Piensas volver a salir con Harry?

—Eso espero. Es muy divertido.

—Yo tengo que pensar en volver a Devon. ¿Qué tal si te dejas en Londres? —propuso Donald—. Pareces muy capaz de cuidar de ti misma.

Violet lo miró por debajo de sus largas pestañas, súbitamente vulnerable.

—No estoy segura de que me apetezca hacer todo ese viaje sola.

—Dios me libre de estropearle la diversión —respondió él sintiendo que le doblaba la edad—. ¿Qué te parece si quedamos en volver a Devon al final de esta semana?

—¡Sería fantástico! Lo he pasado de maravilla en Londres. Gracias, Donald.

—De nada. Me alegro de que te hayas divertido. Ahora, si me disculpas, me esperan en el club. —Donald se levantó y se encaminó a la puerta—. ¿Qué tal si antes de nuestra partida me llevas a uno de esos locales nuevos que conoce Harry?

—¡Oh, Donald, me encantaría!

Y de pronto se giraron las tornas. En su deseo de complacer a Violet, Donald se pasó las tres noches siguientes aprendiendo a bailar la nueva música de jazz que tan popular era en Estados Unidos y tanto furor estaba causando en Inglaterra. Llegaban a Belgrave Square poco antes del alba, sudando y riendo. Donald le daba un casto beso de buenas noches al pie de la escalera y ella le sonreía y subía a su cuarto con su femenino martilleo de tacones.

Su última noche en Londres Violet se retiró a su cuarto como de costumbre y Donald entró en el salón para servirse un brandy. Mientras bebía supo que esa noche había deseado besar a Violet como es debido. Con un

suspiro, comprendió que de hecho estaba deseando regresar a Devon y tenerla solo para él.

—Anni —susurró al aire, derrumbándose en el sillón con sentimiento de culpa—, perdóname.

Una vez en el tren Violet, exhausta por sus excesos londinenses, durmió durante casi todo el viaje y Donald empleó ese tiempo para hacer un balance de sus sentimientos.

No estaba seguro de si su creciente entusiasmo por Violet era simplemente una reacción al dolor de haber perdido a Anni, pero tampoco podía ignorar el hecho de que en esos hermosos ojos yacía una posible solución a su futuro. Si vendía Astbury, se quedaría sin un propósito en la vida. La primera vez que había contemplado esa posibilidad Anni había formado parte de la ecuación, y la idea de empezar de cero con ella a su lado había hecho soportable el planteamiento. Pero ahora, pensó con un suspiro, si vendía la finca y se quedaba solo, ¿qué sentido tendría su vida?

Por otro lado, casarse con Violet, a quien apreciaba y quien haría renacer Astbury Hall con su dinero, su personalidad y sus contactos sociales, ¿era una alternativa tan terrible?

Y tal vez Selina tuviera algo de razón, pensó; los primeros meses después de la guerra él había estado mental y emocionalmente destrozado, marcado por las atrocidades que había visto. Compartir esa experiencia con alguien que le entendía había sido crucial. Pero a largo plazo... Donald miró por la ventanilla y se preguntó con franqueza si realmente podría haber funcionado. ¿Había estado viviendo una ilusión?

También se reconoció a sí mismo que ese último mes en Londres había disfrutado de su viejo ambiente. Por superficial que resultara a veces, por lo menos encajaba con él. Sabía que nunca podría amar a nadie como a Anni, pero ¿quién de su clase podía permitirse el lujo de casarse por amor? Estaba seguro de que sus padres no se habían casado por amor; ellos simplemente habían formado una sociedad próspera.

Y no podría pedir una novia más bonita, reflexionó mientras observaba a Violet, sentada al otro lado de la mesa en el vagón de primera clase. Seguro que no le costaría hacerle el amor. Era obvio que ya la deseaba físicamente.

Sabía, como es lógico, que existían muchas probabilidades de que Violet le rechazara. Él no era más que otro de sus incontables pretendientes, y uno prácticamente sin blanca.

Así y todo, para cuando el tren entró en Exeter Donald ya había tomado la decisión de pedir su mano.

Esa noche, durante la cena, los Drumner comentaron que solo faltaba una semana para su regreso a Nueva York.

—Nos dará mucha pena dejar Inglaterra, ¿verdad, Violet? —dijo Sissy a su hija.

—Mucha —respondió Violet con un suspiro—. Creo que Inglaterra me ha cautivado.

—Y es evidente que tú has cautivado a Inglaterra —se oyó decir Donald con una sonrisa.

Más tarde, disfrutando de un brandy y un puro en la biblioteca con Ralph Drumner, Donald se armó de valor para decir lo que tenía que decir.

—Señor Drumner...

—Por favor, lord Astbury, llámeme Ralph.

—En ese caso tú debes llamarme Donald. Ralph, supongo que te habrás percatado del gran cariño que le he tomado a Violet.

Ralph enarcó una ceja.

—¿No me digas? Eso significa que vuestra relación ha progresado durante el último mes.

—Así es —admitió Donald—. Violet es una chica muy especial y — eligió con cuidado las palabras— se ha ganado mi estima de muchas maneras.

—Ya lo creo que es especial. —Ralph lo escudriñó—. Y dueña de una gran fortuna. Como puedes comprender, no quiero que ningún hombre se aproveche de mi hija por ese motivo.

—Desde luego —se apresuró a decir Donald—, y te aseguro que no es esa mi intención.

—¿Aunque los Astbury necesiten actualmente una seria inyección de dinero? —Ralph lo miró fijamente—. Créeme, Donald, no soy ciego ni estúpido. Me he tomado mi tiempo para mirar a mi alrededor y he visto con

mis propios ojos la cantidad de dinero que esta casa necesita para volver a ser la de antes.

—Perdona que te interrumpa, Ralph, pero yo estoy hablando de mis sentimientos por tu hija, no de mi situación económica —replicó Donald sosteniéndole la mirada—. De hecho, tengo un comprador para la finca y estoy considerando seriamente aceptar su oferta.

Ralph parecía sinceramente sorprendido.

—¿En serio? ¿Estarías dispuesto a vender tu patrimonio, la historia de tu familia? ¿Una propiedad que, corrígeme si me equivoco, lleva en tu familia desde el siglo XVII?

—Si no hay más remedio, sí. Actualmente representa una carga para mí, y si no consigo la financiación necesaria para saldar las deudas y restaurarla, prefiero ser realista y venderla.

Ralph guardó silencio y Donald comprendió que estaba sopesando la situación.

—¿Dónde vivirías si la vendieras?

—No tengo ni idea, pero si te soy sincero eso es algo secundario. Lo prioritario es garantizar la seguridad económica de mi madre y la mía, así como de la esposa que elija y de los hijos que tengamos en el futuro.

—Supongo que te he subestimado, muchacho. Me paso el día tomando decisiones financieras difíciles que no pueden ni deben verse influenciadas por las emociones. Personalmente, conozco a pocas personas capaces de afrontar esta clase de cuestiones con pragmatismo, sobre todo cuando conciernen a la casa de la familia.

—Lo único que puedo decirte, Ralph, es que he quedado en reunirme con el señor Kinghorn, mi posible comprador, a finales de esta semana para comunicarle mi decisión.

—¿Que es vender?

—Sí —contestó Donald—. No tengo elección, así de claro.

—A tu madre se le romperá el corazón.

—Como dijiste, no puedo permitir que mis emociones influyan en mi decisión. Ante todo, debo ser pragmático.

—¿Has mencionado la situación a Violet? —preguntó Ralph.

—No, pero imagino que si desea casarse conmigo será porque me quiere lo bastante para que no le importe dónde vivamos.

Donald no pudo evitar sonreír para sus adentros al ver que su comentario daba en el clavo.

—Por supuesto —convino Ralph tras una pausa—. Una vez que hayas pagado a tus acreedores, ¿quedará algo de la venta de Astbury?

—Lo suficiente para comprar una casa aceptable en el campo y mantener la casa de Londres.

—Entiendo.

—Espero que eso baste para satisfacer las necesidades futuras de tu hija —añadió Donald.

—¿He de entender que me estás pidiendo su mano?

—Sí —dijo Donald—. Aunque después de lo hablado, comprendería que juzgaras poco acertado dar tu consentimiento. A fin de cuentas, yo no puedo darle lo que otros pretendientes.

—Escúchame bien, joven. Pese a lo que acabo de decir, hasta yo soy consciente de que el dinero no es la principal consideración aquí. Lo que me importa es el corazón y el futuro de mi hija. ¿Le has hablado de tus sentimientos?

—No. Me pareció más apropiado hablar primero contigo.

—No hay duda de que me has dado algo en lo que pensar, Donald. No obstante, la última palabra la tiene Violet.

—Entonces ¿me das tu permiso para proponerle matrimonio?

—Sí. Sin embargo, preferiría que no le mencionaras que estás considerando la posibilidad de vender Astbury. Los dos sabemos que eso no ocurrirá si acepta tu proposición. Soy padre y quiero que mi pequeña tenga lo mejor. —Ralph apuró su brandy y miró a Donald—. Joven, he de reconocer que tenía mis dudas acerca de ti, pero tu franqueza durante esta conversación me ha convencido. Creo que serías un buen marido para mi hija.

—Gracias, Ralph, me alegro de que pienses eso.

—Yo soy feliz si mi hija es feliz. Y ahora, ¿te parece que nos reunamos en el salón con las damas?

Quizá fuera una cuestión de ósmosis emocional, pero el caso es que las

tres mujeres se volvieron hacia Ralph y Donald con cara de expectación cuando estos entraron.

—Creo que me voy a la cama. Sissy, ¿me acompañas? —preguntó deliberadamente Ralph a su esposa.

—Desde luego.

Sissy dio un beso a su hija antes de marcharse.

Maud siguió su ejemplo después de desear dulces sueños a Violet y Donald.

—Pues aquí estamos —dijo torpemente Donald cuando se quedaron solos.

—Sí, aquí estamos —convino Violet.

Donald se sentó en una butaca frente a ella.

—Le estaba diciendo a tu padre lo mucho que echaré de menos tu compañía cuando regreses a Nueva York.

—¿En serio? —preguntó ella con los ojos muy abiertos—. ¡Caramba!

—De verdad. Habrás observado que durante el último mes te he tomado un gran cariño.

—Eres muy amable, Donald. Gracias.

—Y hace un rato estaba comentando con tu padre que quizá exista una forma de conseguir que te quedes más tiempo.

—¿Cuál?

—Bueno... —Donald respiró hondo—. Violet, lo entenderé si mi proposición te parece inadecuada, pues ignoro lo que sientes por mí, pero el caso es que me he enamorado de ti. Así pues, quería preguntarte si..., hum..., si querrías ser mi esposa.

Violet lo observó con un atisbo de sonrisa en los labios.

—Donald Astbury, ¿me estás proponiendo matrimonio?

—Sí, y disculpa si te parezco algo torpe, no hago estas cosas todos los días. —Volvió a respirar hondo, clavó una rodilla en el suelo y tomó las manos de Violet entre las suyas—. Violet Drumner, te estoy preguntando si estarías dispuesta a hacerme el más feliz de los hombres concediéndome el honor de casarte conmigo.

Ella lo miró pero no contestó.

Cohibido e incómodo por el silencio, Donald prosiguió.

—Lo entenderé si hay otro que te ha robado el corazón, y te prometo que aceptaré tu negativa como un hombre.

Violet echó la cabeza hacia atrás con una carcajada.

—¿Te refieres a Harry Charlesworth?

—Ya que lo mencionas, sí —respondió él sin verle la gracia.

—Perdona. —Violet trató de serenarse—. A Harry no le intereso lo más mínimo sentimentalmente hablando. De hecho, no le interesa ninguna chica, no sé si me entiendes.

—¿Me estás diciendo que es homosexual?

—¡Pues claro! ¿No es evidente?

—Para mí no.

—De todos modos —continuó Violet recuperando la compostura—, estoy segura de que Harry seguirá siendo uno de mis mejores amigos en el futuro. De hecho, le hablé mucho de ti. —De repente se puso seria—. Me dijo que eras un enigma.

—¿Eso dijo?

—Sí. Por lo visto el año pasado corrían rumores en Londres acerca de ti.

—¿En serio?

—Sí. Se decía que tenías relación con una mujer misteriosa y que la mantenías escondida.

—Vaya. —La sorpresa de Donald era sincera—. No tenía ni idea de que mis movimientos fueran seguidos tan de cerca.

—¡Donald Astbury! —le reprendió ella—. Eres miembro de la nobleza y un buen partido, naturalmente que la gente sigue tus movimientos. Así pues, antes de darte mi respuesta, quiero saber si el rumor es cierto. ¿Tenías un amor secreto?

Donald buscó una explicación elocuente, sabedor de lo importante que era en esos momentos.

—Hubo alguien a quien estuve unido, sí, pero te prometo, Violet, que terminó hace mucho tiempo.

—¿Estás seguro?

—Completamente. —Donald creyó por primera vez sus propias palabras.

—Debo decir que tu proposición me sorprende. No tenía ni idea de que estuvieras interesado en mí —confesó Violet.

—¿En serio?

—En cambio —prosiguió con un rubor adorable—, creo que tú sí te percataste hace tiempo de lo mucho que me interesabas.

—La cuestión es: ¿sigo interesándote?

—¡Caray, Donald! ¿Cómo puedes dudarle siquiera? Creo que estas últimas semanas he hecho prácticamente de todo para demostrártelo. ¿De verdad no lo has notado?

—Francamente, pensaba que te habías enamorado de nuestro amigo Harry Charlesworth.

—¡Menudo bobo! Me pasaba el día quejándome a él de lo poco que reparabas en mí. Cuando todo Londres sabe lo perdidamente enamorada que estoy de ti.

—¿Lo estás? —preguntó, asombrado, Donald.

—Pues claro, y desde el primer día, cuando te vi subir a la terraza con tus pantalones de montar. —Violet bajó coquetamente la mirada.

—¿Significa eso que te pensarás lo de convertirte en mi esposa?

—Sí. De hecho, me haría muy feliz decirte que sí aquí mismo.

—Entonces, también yo soy un hombre muy feliz. —Donald levantó a Violet de la butaca y la tomó entre sus brazos—. Y ya que estamos oficialmente prometidos, ¿puedo besarte?

—Puedes, pero primero tengo una pregunta. ¿Dónde está mi sortija?

—Violet... —La miró horrorizado—. La tengo arriba. Puedo ir a buscarla ahora mismo. Me...

Ella posó un dedo sobre su boca.

—Chiss, era una broma.

Donald buscó entonces sus labios, y los encontró suaves y acogedores. No experimentó la misma pasión apremiante que sentía con Anni, pero le gustó el entusiasmo que Violet le ponía. Finalmente se separó y le levantó el mentón para poder mirarla a los ojos.

—Entonces ¿te parece bien que mañana les contemos a todos que lord Astbury ha elegido a su futura «lady»?

—Me parece fantástico, aunque dudo que se lleven una sorpresa. Nosotras, las damas, imaginábamos que la razón de que pasaras tanto rato bebiendo brandy y fumando puros con papá era que le estabas pidiendo mi mano. Seguro que mis padres estarán encantados. Mi madre está al corriente de lo que siento por ti y deduzco, por el repentino deseo de mi padre de irse a la cama, que él no te puso ninguna objeción. Y si papá está contento, creo que has hecho un buen negocio.

—Eso salta a la vista —dijo Donald, sonriendo ante la expresión. De repente le vino un bostezo—. Lo siento, Violet, pero es que estoy agotado. Probablemente sea por la tensión de tener que hablar con tu padre. ¿Nos retiramos? —Le ofreció la mano y Violet deslizó en ella sus dedos fríos y delgados. Salieron al vestíbulo y se detuvieron al pie de la escalera.

—Me cuesta creer que este vaya a ser mi nuevo hogar —dijo ella admirando la inmensa cúpula—. Aunque creo que no le iría mal una mano de pintura, ¿no te parece? —preguntó mientras subían despacio los escalones.

—Decididamente sí.

—Y apuesto a que no tiene calefacción. Y que los inviernos aquí son muy fríos.

—De nuevo tienes razón —dijo él cuando alcanzaron el rellano—. Buenas noches, mi hermosa Violet.

—Buenas noches —susurró ella, y se dio la vuelta para poner rumbo a su dormitorio.

Donald giró en la otra dirección para ir al suyo. Una vez dentro, se sentó en la angosta cama y contempló la luna por la ventana.

—Anni, estés donde estés, quiero que sepas que siempre te amaré. Perdóname.

Luego hundió la cabeza en las manos y lloró.

30 de septiembre

Los «viejos» de V, como ella los llama, están a punto de regresar a Nueva York. Papá Drumner tiene que volver por cuestiones de trabajo, probablemente para contar sus millones. Violet se quedará en Astbury para organizar la boda con mi madre. Si esperaba un acontecimiento sencillo, voy a llevarme un chasco. A juzgar por la cantidad de gente que V está decidida a invitar, cualquiera diría que se trata de una boda real. Gracias a Dios, papá Drumner correrá con todos los gastos. Anoche me llevó a la biblioteca para tener una charla...

-B

ien —dijo Ralph mientras se servía un generoso brandy antes de aposentarse en un sillón y encender un puro—, me regocija ver a mi hija tan radiante.

—Haré cuanto esté en mi mano para que siga así, señor —respondió Donald sentándose frente a él.

—Ahora, hablemos del tema de la fortuna de Violet. Pasará a sus manos dentro de seis semanas, el día que cumpla veintiún años. Se trata de una suma importante, pero soy consciente de que una buena parte se irá en pagar las deudas de la finca y restaurar la casa que ha de ser su futuro hogar.

—Ralph, como ya dije la noche que te pedí la mano de Violet, si esta situación te incomoda estoy dispuesto a decirle al señor Kinghorn que la finca es suya. Podemos mudarnos a una casa mucho más pequeña.

—Y como bien sabes, joven, a mi hija le horrorizaría esa posibilidad —replicó Drumner—. Dejémosnos de rodeos y vayamos al grano: quiero que me digas exactamente cuánto. Y añade a eso otros cincuenta mil para la reforma interior. Pronto descubrirás que mi hija solo quiere lo mejor. ¿Puedes hacer eso por mí, hijo?

—Puedo hacer lo posible por darte una idea general —convino Donald.

—Bien, pero no seas tímido. Creo firmemente en que las cosas deben hacerse bien desde el principio, y quiero que Violet tenga la mejor casa de Inglaterra, cueste lo que cueste. Te aseguro que hay dinero suficiente para pagarlo. Y bastante más —añadió Ralph—. Las inversiones de Violet se han disparado desde la guerra. Mi pequeña es una joven muy rica. Lo único que pido de ti es que la hagas muy feliz. Si no lo haces, si te metes en algún lío, y ya sabes a qué me refiero, me disgustaré mucho. ¿Lo entiendes?

—Sí —contestó Donald, pensando que Ralph Drumner sabía prescindir de las formalidades además de las emociones.

—Si estamos de acuerdo en eso, daré todo mi apoyo a este matrimonio. Parece que tienes un proyecto entre manos, y dado que seré yo quien escriba los talones como asesor de Violet, te aconsejo que empieces a pedir presupuestos lo antes posible.

—Lo haré.

Mientras Donald procedía a averiguar los costes de restaurar la estructura del edificio, Violet se ocupó del diseño interior. La casa se llenó de muestras de telas para cortinas, y de Londres llegaron proveedores para ofrecer muebles modernos, alfombras de vivos colores y colchones nuevos para las camas, que Violet insistía en que Donald y ella probaran.

—Si vamos a tener invitados los fines de semana, no puedo permitir que duerman en los colchones que hay ahora. Además, es probable que estén plagados de chinches —comentó con un estremecimiento Violet, levantándose de un colchón dispuesto en el suelo del salón. Cogió una muestra de damasco dorado y la sostuvo delante de la ventana—. ¿No crees que quedaría precioso aquí? Daría calidez al salón. O —la colocó sobre sus cabellos rubios— ¿qué te parece de velo? —Se acercó a Donald y le besó afectuosamente en la mejilla—. Sería genial que pudiéramos tener la casa

terminada para cuando lleguen todos nuestros amigos para la boda.

Donald sabía que si alguien podía adecentar esa casa en tan poco tiempo era Violet. Ya había tabloneros levantados por todas partes, con fontaneros y electricistas analizando qué podía hacerse para traer la calefacción y una iluminación moderna a la casa, y pintores que se congregaban para planificar el enorme proyecto de pintar las estancias una vez hecho lo esencial. Donald enviaba los presupuestos por correo y telegrama a Ralph conforme iban llegando, sin dar crédito a lo que ascendían. Hasta el momento, no había recibido una sola queja.

Violet ya había contratado a un interiorista, Vincent Pleasance, recomendado por una de sus distinguidas amigas londinenses. Personalmente, Donald no podía soportar a Vincent cuando recorría afectadamente la casa ensalzando su visión del nuevo Astbury a Violet.

—Santo Dios —exclamó Maud en el desayuno una mañana que Violet estaba ocupada con Vincent rediseñando la habitación principal—. ¿No se da cuenta de que esto parece el traje nuevo del emperador? Ese horrible hombrecillo acabará haciéndote dormir en una alcoba de burdel si no vas con cuidado, Donald.

—Ya le he dicho que no toque mi cuarto, madre, que me gusta como está.

—Espero que te haga caso. Violet también ha sugerido que Vincent eche un vistazo a Dower House a fin de «modernizarla» para cuando me mude allí después de vuestra boda. Huelga decir que he rechazado su ayuda. Me gusta tal como está.

Habían fechado la boda para principios de abril de 1920. Donald se retiró gustosamente a Londres y dejó a Violet a cargo de organizar la casa y la boda. Era infatigable a la hora de supervisar hasta el menor detalle, y Donald juzgó preferible dejarlo todo en sus manos.

En el club recibió numerosas palmadas en la espalda y botellas de champán.

—¡Te has llevado una buena pieza, amigo!

—¡Ya se encargará de poneros en cintura a ti y tu caserón!

—Una auténtica preciosidad. Estoy deseando que llegue el día de la boda, y apuesto a que tú también, ¿eh?

14 de octubre

El fin de semana pasado fui a Devon para hablar con el administrador de la finca sobre el nuevo equipamiento que se necesita. La casa es un auténtico caos, con proveedores y obreros por todas partes, y V lo preside todo como una reina. La admiro, no obstante; su tenacidad y su negativa a aceptar un no por respuesta son tan poco británicas... A veces me pregunto si ama Astbury más que a mí...

Los Drumner regresaron de Nueva York para Navidad, y Donald sabía que estaban impresionados con lo que su hija había conseguido hasta el momento. Él se había abstenido de opinar sobre la alfombra propuesta para el salón. Confeccionada a partir de dieciocho pieles de leopardo, la había cosido un célebre diseñador italiano. Donald no pudo evitar una sonrisa al ver la cara de su madre cuando la examinó por primera vez.

—¿Qué te parece, madre? —A Violet le había dado por llamarla así.

—Bueno, no es lo que habría puesto en mis tiempos —reconoció Maud con considerable delicadeza.

—A mí me parece preciosa, cariño —intervino Sissy tomando asiento en el sofá Chesterfield recién tapizado de rojo—. Has convertido este viejo caserón en un lugar sumamente acogedor.

—¿Te gusta, Donald? —Violet se volvió nerviosa hacia su prometido—. Las pieles de animales están muy de moda.

—Es muy... llamativa —respondió él con diplomacia.

El plan era que gran parte de la reforma estructural se llevara a cabo cuando Donald y Violet emprendieran su largo viaje de novios después de la boda. La primera escala sería Nueva York, donde Donald sería presentado en sociedad. Después de eso, Violet había expresado su deseo de regresar a Europa, así que alquilarían una casa en Italia para el verano.

—Será tan romántico, tú y yo solos en Venecia —había dicho, feliz, cuando lo propuso.

Conociendo a Violet, rumió más tarde Donald, probablemente no pasarían solos mucho tiempo. Ella ya le había mencionado a algunos amigos que estarían veraneando en los alrededores. Poco dado al ajetreo de la vida social, Donald solo podía confiar en que Violet se tranquilizara cuando

regresaran a Astbury de su luna de miel. No obstante, cuando un reguero de amigos llegó de Londres para pasar el fin de semana y los pasillos retumbaron con el sonido de risas y del incesante gramófono, comenzó a tener sus dudas.

—Debemos contratar más criados, Donny —dijo ella una mañana de febrero, cuando el último invitado hubo partido después de un fin de semana especialmente bullicioso—. Los que tenemos no dan abasto.

—De acuerdo —respondió él antes de marcharse a pasear por los páramos a lomos de Glory.

Se sentó en su lugar predilecto junto al arroyo y aspiró el aire frío de la mañana mientras se preguntaba si algún día tendría el valor de decir no a alguna de las peticiones de Violet. Pero dado que ella corría con todos los gastos, ¿qué podía hacer?

Mientras se levantaba y se ponía a andar, pues el frío en los páramos era demasiado afilado para poder permanecer quieto, se preguntó qué quedaría exactamente del viejo Astbury una vez que Violet terminase con él. Su proyecto actual era buscar obras de arte modernas para las paredes. Esa mañana había expresado su desagrado por los retratos de familia que flanqueaban la escalera.

—¡Son tan sosos, cariño! Existen obras maravillosas de pintores modernos que darían alegría a este viejo caserón. Estoy enamorada de Picasso —declaró en tono soñador—. Le insinué a papá que adoraba a ese pintor, por lo que no me extrañaría que nos comprara uno de sus cuadros como regalo de bodas. ¿No sería fantástico? —dijo mientras lo abrazaba.

Decidiendo que era preferible dejar esa clase de discusiones para cuando hubiesen regresado de su luna de miel y la casa estuviese terminada, Donald se había mordido la lengua.

Pateó malhumoradamente un terrón de hierba helado. Hacía dos semanas que no dormía bien; se despertaba por las noches bañado en sudor y temiendo el futuro. Su único consuelo era saber que Astbury Hall estaría a salvo por lo menos otras dos generaciones, aunque tuviera que soportar la invasión de los amigos de Violet.

Soltó un suspiro. A fin de salvar Astbury, por lo visto se había sacrificado

a sí mismo. Y sabía que no podía hacer nada para detener eso. El engranaje se había puesto en marcha y, como un tren fuera de control, estaba ganando ímpetu en su carrera hacia delante.

2 de abril

Mañana me caso con V. En la casa reina una gran agitación. V va de un lado a otro asegurándose de que todo, desde las flores de la mesa del salón de baile hasta el peinado de sus damas de honor, sea exactamente como desea. Ayer le dio un síncope y devolvió las tarjetas del programa porque la letra no era de su agrado. A veces me descubro confiando en que yo sí lo sea...

Terminó de escribir en el diario y lo guardó entre los demás libros de su estantería. Tenía la sensación de que se había convertido en su único medio de expresión; ¿a quién más podía hablarle de sus miedos sobre el futuro? Había observado a su madre enarcar las cejas una y otra vez ante el gusto, en su opinión ordinario y ostentoso, de Violet. No obstante, dado que era ella la que había iniciado el proceso que finalmente llevaría a su hijo al altar en la capilla familiar, difícilmente podía quejarse.

Donald se acostó por última vez en su cama como soltero. Al día siguiente por la noche se trasladaría a su nueva y reluciente suite, dotada de puertas interiores que comunicaban con una sala de estar y un cuarto de baño, donde empezaría a compartir una cama y una vida con Violet.

Entrada la noche seguía despierto, añorando la fuerza sabia y sosegada de Anni. Y su piel tostada. Fantaseando que era a ella a quien llevaba hasta el altar y más tarde al lecho...

Acosado por la culpa ante su repentina excitación, se dio la vuelta e intentó dormir.

Meses después, la boda de Violet Drumner y lord Donald Astbury seguía siendo motivo de fascinación. Quienes habían tenido la fortuna de ser invitados hablaban con admiración de la bella profusión de flores que colmaba la capilla, del suntuoso banquete y del baile en la gran galería al ritmo del Savoy Quartet, venido de Londres expresamente para la ocasión.

Y, por supuesto, de la novia, deslumbrante en su vestido de encaje francés con una cola casi tan larga como el pasillo de la capilla. Algo sin precedentes, *Tatler* dedicó ocho páginas al acontecimiento con fotos de la flor y nata de la

alta sociedad inglesa y estadounidense, y la generosa concurrencia de políticos y glamurosas estrellas del cine y el teatro.

Al día siguiente, cuando bajó a desayunar, Donald encontró al matrimonio Drumner comentando con admiración las instantáneas que aparecían en todos los periódicos nacionales.

—Por lo visto, hijo, nuestra pequeña fiesta ha causado cierto revuelo — comentó Ralph con una sonrisa de oreja a oreja.

—Violet sale preciosa en las fotos, y tú también estás muy guapo, Donald. Dime —añadió Sissy con un guiño cómplice—, ¿cómo está mi pequeña esta mañana?

—Muy bien, creo. La criada le ha subido el desayuno y he preferido dejarla sola para que pueda arreglarse con tranquilidad.

—Un chico muy sensato —murmuró Ralph—. Veo que ya estás aprendiendo las reglas.

Cuando los invitados que se habían quedado a dormir empezaron a desfilar por el comedor, Donald desapareció discretamente y subió a su cuarto.

4 de abril

Bien, finalmente aquí estoy, casado con V. Todos están encantados con cómo ha ido la boda, y he de reconocer que V ha hecho un trabajo excelente.

Se detuvo y miró por la ventana mientras buscaba las palabras adecuadas para expresar sus sentimientos.

Y nuestra primera noche juntos ha ido bien. V estaba adorable con su camión de seda —mucho más que con toda esa pila de encajes que se puso para casarse conmigo— y creo que todo transcurrió de forma satisfactoria. No como con A, claro, pero me he resignado a la idea de que nada podrá serlo. A partir de ahora soy un hombre casado y me esforzaré por ser un marido solícito. V es una chica dulce y se lo merece. Ahora debo hacer el equipaje porque mañana por la mañana nos vamos a Estados Unidos con mamá y papá Drumner.

Un mes más tarde, Selina estaba en el salón de la casa de Londres mirando las fotografías de Donald y su esposa publicadas en *Tatler*.

Antes de la boda, Donald había venido para decirle que había insistido a

su madre para que Henri, Eleanor y ella fueran invitados. Y Selina le había preguntado si era feliz.

—Lo suficiente —había contestado él antes de cambiar rápidamente de tema.

Selina se encontraba esa tarde en la casa de Belgrave Square, reuniendo los últimos objetos que debía trasladar a la casa nueva en Kensington que compartía con Henri. Una vez que Donald y Violet regresaran de su luna de miel, esa sería su casa, y arriba había una criada vaciándole su antigua habitación.

Oyó el timbre pero no se levantó a abrir. Al cabo de tres minutos llamaron a la puerta del salón y el ama de llaves asomó la cabeza.

—Disculpe, condesa, pero hay una... persona extranjera que desea verla. Ayer se presentó en la casa diciendo que se había dejado algo aquí hace unos meses, pero no la dejé pasar.

—¿De veras? ¿Cómo se llama?

—Dice que su nombre es Anahita.

El corazón de Selina dio un vuelco.

—Bien —dijo recobrando la compostura—, hágala pasar, por favor.

Cuando Anni entró en el salón, Selina se levantó y reparó enseguida en su extrema delgadez.

—Hola, Selina. He venido a recoger mi maleta. La dejé aquí antes de irme.

—Siéntate, Anni. Pediré que nos sirvan el té.

—Gracias.

Anni tomó asiento y cuando la criada se hubo marchado, Selina dijo:

—Anni, ¿qué te ha ocurrido? ¿Dónde has estado? Tienes un aspecto horrible. Donald y yo estábamos muertos de preocupación.

—Es una larga historia. Enfermé cuando estaba en Francia. Regresé a Inglaterra y estuve muchos meses hospitalizada.

—Anni, ¿por qué no te pusiste en contacto conmigo? Sabes que te habría ayudado.

—Lo sé, Selina, y te lo agradezco, pero entonces estaba demasiado enferma para saber dónde me hallaba. Sucedió algo... imprevisto. —Anni

suspiró.

—Lamento mucho que hayas estado enferma.

—Gracias. Poco a poco voy recuperando las fuerzas. —Anni sonrió por primera vez.

—¿Dónde vives ahora? —preguntó Selina, percatándose de que fuera cual fuese el motivo de su desaparición, Anni parecía reacia a hablar de ello.

—Tengo una amiga de mis tiempos en el colegio, llamada Charlotte, que vive en Yorkshire. Tuvo la amabilidad de darme cobijo mientras me repusiera. Su familia tiene una casa en los páramos de Yorkshire y vivo allí. Cuando me haya recuperado del todo, tengo previsto regresar a Londres y trabajar nuevamente de enfermera.

—Debiste escribirnos, por lo menos —dijo Selina cuando la criada reapareció con el té.

—Pero, Selina, envié una larga carta a Donald desde París en la que le explicaba que estaría fuera un tiempo y le pedía que me esperara. Últimamente le he enviado algunas más. ¿No las ha recibido?

—No, Anni. De hecho, hace más de un año que Donald no tiene noticias tuyas, desde que atracaste en Calcuta. —Selina advirtió que Anni empalidecía y apretaba la taza con sus dedos largos y finos.

—¿Cómo está? —preguntó.

—Bien, muy bien, ahora mismo está... pasando el verano en el extranjero —respondió atropelladamente Selina, incapaz de contar la verdad a esa frágil mujer.

—Entiendo. Eso significa que tardaré unos meses más en verlo. —Anni esbozó un sonrisa débil—. Si hemos podido esperar todo este tiempo, unas semanas más no importarán.

—Claro. —La terrible situación tenía a Selina al borde de las lágrimas.

Anni bebió un tímido sorbo de té.

—¿Y dónde está exactamente Donald?

—Ahora mismo en Nueva York, y creo que de ahí viajará a Europa hasta el final del verano.

—Imagino que vendió Astbury y necesitaba alejarse.

—No, Anni, Donald no ha vendido Astbury.

—¿No? Cuánto me alegro por él. Sé que le causaba mucha tristeza la idea de venderlo.

—Sí. Y tienes suerte de haberme encontrado aquí. Solo he venido a recoger el resto de mis cosas para llevarlas a la casa de Kensington que ahora comparto con Henri. Estoy esperando otro hijo.

—¡Selina! —El rostro de Anni se iluminó—. Parece que tu amor, pese a los obstáculos que encontró al principio, ha tenido un final feliz.

—Eso parece.

Mientras Anni bebía su té, Selina tomó una decisión. No le correspondía a ella explicar a esa muchacha que decía haber escrito a Donald para pedirle que la esperara, que el hombre al que amaba se había casado con otra mujer.

—¿Podrías pedirle a tu criada que baje mi maleta? —preguntó Anni—. Creo que Donald me la guardó en su habitación.

—Desde luego. Creo que lo mejor es que me anotes tu dirección para que pueda dársela a Donald a su regreso. Estoy segura, querida Anni, de que se pondrá en contacto contigo de inmediato.

—Gracias.

Selina pidió a la criada que bajara la maleta y buscó papel y pluma en el cajón del escritorio.

—Y ahora, Anni, dime con sinceridad, ¿necesitas dinero?

—No, gracias, tengo suficiente —respondió orgullosamente Anni.

Selina le tendió el papel y la pluma.

—Anótame tu dirección y yo te daré mis nuevas señas de Kensington. Si necesitas algo mientras Donald está fuera, debes escribirme. ¿Me prometes que lo harás?

—Sí, pero como ya te he dicho, espero volver muy pronto al trabajo —repuso Anni mientras la criada le traía la maleta—. ¿Tienes la dirección de Donald en Nueva York? Me gustaría escribirle. Si no recibió mi carta, probablemente esté muy preocupado.

—Lo ha estado, y mucho, pero por desgracia no tengo ninguna dirección. Se pasa el día de un lado a otro —mintió Selina—. La próxima vez que telefonee le diré que estuviste aquí. Le alegrará mucho saber que sigues viva y estás bien.

Anni dejó la taza en la mesa. Y la revista *Tatler*, abierta en las fotografías de la boda, atrajo su atención.

—¿Ese de ahí no es Donald? —dijo inclinándose para verlo mejor.

—Sí, en una recepción...

Pero ya era tarde. Anni cogió la revista.

La revista *Tatler* celebra la boda
del año entre lord Donald Astbury
y Violet Drumner...

Anni se quedó unos segundos contemplando las fotos antes de hundirse bruscamente en la butaca con la angustia reflejada en el rostro.

—¿Se ha casado? —farfulló. La garganta se le había cerrado y le costaba respirar—. Se ha casado. ¿Por qué no me lo has dicho? ¿Cómo es posible que no me lo hayas dicho?

—Anni...

—No puedo creer que se haya casado. Le dije que me esperara... —Enterró la cabeza en las manos y se aporreó la frente con los puños.

—Anni, Donald llevaba meses sin saber nada de ti. Tu amiga Indira dijo que tenías previsto regresar directamente a Inglaterra desde París. Al ver que no volvías, Donald solo podía pensar que ya no le querías. Por favor, han pasado quince meses desde que te fuiste a la India. Lo siento mucho, Anni, no te mereces esto —terminó Selina con un gesto de impotencia, agotados los tópicos.

—Debo irme. —Anni se levantó tambaleándose—. Adiós. —Dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta.

—Anni, te prometo que no la ama, sé que no la ama. ¡Fue a ti a quien amó, siempre!

La puerta del salón se cerró con un golpe seco y Anni desapareció.

21 de agosto

Estamos de vuelta en Astbury, aunque por dentro ya no la reconozco como mi antigua casa. Los obreros han seguido haciendo su trabajo durante nuestra ausencia y ahora, cuando entro en el salón o el comedor o recorro los pasillos, tengo la sensación de estar alojado en una especie de hotel de lujo. Me llevará tiempo acostumbrarme, pero he de decir que estoy impresionado

con la organización de V. Nueva York estuvo fantástico y la familia y los amigos de Violet me recibieron con los brazos abiertos. No me extraña que sea tan activa; no he conocido una energía como la de esa ciudad. El ritmo es trepidante las veinticuatro horas del día y se respira un apremio que hace que Londres resulte pedante y más bien aburrido.

Europa es tan maravillosamente civilizada como la recordaba y Violet ha dado cenas y fiestas cada noche para tenernos entretenidos. Es fantástica y todo el mundo la adora. Hasta el príncipe Enrique, el hijo menor del rey Jorge, encontró tiempo para disfrutar de su ya célebre hospitalidad en Italia.

Afortunadamente, V cada día me gusta más, pues encuentro sus deseos de aprender y sus ganas de vivir sumamente atractivos, aunque me haga sentir como un anciano. A veces me cuesta creer que tengamos la misma edad. Ella parece una niña hiperactiva necesitada al mismo tiempo de protección e instrucción, y por lo menos me reconforta poder proporcionarle ambas cosas. Todavía no la he visto amedrentada o de mal humor. Sea cual sea el problema, siempre intenta solucionarlo. Baste decir que muchos de los miedos que afloraron en mí antes de la boda han quedado enterrados. Y, gracias a Dios, creo verdaderamente que los fantasmas del pasado me han abandonado al fin...

Donald estaba sentado a su mesa, en la biblioteca, abriendo la montaña de correspondencia que se había materializado durante los últimos cuatro meses. Ahora podía permitirse el lujo de poner cualquier solicitud de dinero en un montón aparte que entregaba a Violet para que se lo pasara a su padre. En la estancia hacía un calor sofocante y por primera vez estuvo tentado de abrir una de las ventanas de guillotina. Violet estaba probando el nuevo sistema de calefacción central y el olor a pintura nueva impregnaba el aire. Hundió los zapatos en la alfombra, tan gruesa que se preguntó si no debería segarla, y bebió su café de una taza de porcelana de Limoges nueva. Todo en la casa estaba diseñado para generar bienestar, desde los mullidos colchones nuevos hasta las bañeras nuevas con sus relucientes grifos dorados de los que manaba agua caliente a cualquier hora del día. Devolviendo su atención a la correspondencia, reconoció la letra de Selina y abrió el sobre.

21 Pitt Street

Kensington, Londres
15 de agosto de 1920

Querido Donald:

Espero que esta carta te encuentre bien a tu regreso de tus viajes. Gracias por las postales de todos los lugares maravillosos que has tenido la suerte de visitar. Quizá encuentres tiempo a tu vuelta para venir a verme a mi nueva casa de Kensington. Estoy segura de que no será tan magnífica como el recién restaurado Astbury Hall, pero me gustaría verte cuanto antes. Recibí una visita, ¿sabes?, de alguien a quien los dos conocemos. Llámame, por favor, e intenta venir a la ciudad lo antes posible. Podrías incluir otros asuntos que requieran tu atención.

Te envió todo mi cariño, querido Donald, y Eleanor te manda un beso.

SELINA

Donald releyó la carta para asegurarse de que no había malinterpretado la sutil información, pero sabía que no. Se reclinó en la silla y, sin dudarlo dos veces, descolgó el teléfono recién instalado en su mesa, llamó a la centralita y dio a la mujer el número de Selina.

Dos días después viajó a Londres y fue directo a casa de su hermana.

—¿Fue a la casa de Belgrave Square? ¿La viste? ¿Cómo estaba? ¿Dónde ha estado todo este tiempo? He...

—Tranquilízate, Donald —dijo Selina—. Te lo contaré todo, pero vayamos al salón para poder hablar en privado.

—Discúlpame, Selina, pero como puedes imaginar no he pegado ojo en las últimas cuarenta y ocho horas. —Donald suspiró.

—Lo entiendo. Ya que el sol está rozando el mediodía, ¿qué tal una ginebra sola?

—¿La necesitaré?

—Yo desde luego sí. —Selina soltó un suspiro y pidió al mayordomo que sirviera una bandeja de licores en el salón.

Tras cerrar la puerta, miró a su hermano de arriba abajo.

—En primer lugar, Donald, debo decirte que tienes un aspecto fantástico. ¿Lo has pasado bien? —preguntó al tiempo que se sentaba con dificultad y Donald reparaba en su abultada barriga.

—Sí, ¡pero Selina! ¡Estás embarazada! ¡Es fantástico! —Se acercó a su hermana y la abrazó—. Felicidades. ¿Cuánto te queda?

—Dos meses, y ojalá pasen deprisa. Llevo todo el verano metida en Londres y asándome de calor. Henri se negó a que nos trasladáramos a Francia por miedo a que el viaje perjudicara al bebé.

—Estás realmente radiante, Selina.

—Soy muy feliz, y siento que esto completa el círculo. Será bueno para Henri y para mí tener un hijo de ambos.

—Naturalmente. Y esta casa es preciosa.

—Nos mudamos aquí para que los niños tuvieran un jardín donde corretear durante nuestras estancias en Londres —explicó Selina—. Últimamente he comprendido lo afortunados que fuimos de crecer en Astbury, rodeados de páramos.

El mayordomo llegó para servir las bebidas y Donald dio un largo trago a su ginebra. De nuevo solos, no pudo soportar más tiempo el suspense.

—Dime, Selina, ¿está bien?

—Está viva, por lo menos, pero tenía un aspecto horrible, Donald. Estaba en los huesos. Me dijo que había estado muy enferma en el hospital.

—Cielo santo. —Donald sintió que se le helaba la sangre—. ¿Está mejor?

—En realidad no lo sé. Te juro que no le conté nada de tu vida, pero vio las fotos de tu boda en *Tatler* porque la revista estaba abierta sobre la mesa cuando llegó. Y me temo que después de eso mostró mucha prisa en marcharse. —Selina se mordió el labio.

Donald hundió la cabeza en las manos.

—Qué forma tan horrible de enterarse de la noticia. ¿Te dijo por qué no había escrito?

—Me dijo que lo había hecho, Donald, para decirte que iba a ausentarse más tiempo del previsto. Y —los ojos de Selina se llenaron de lágrimas— para pedirte que la esperaras. Le dije que creía que tú jamás recibiste esa carta, pues de lo contrario me la habrías mencionado. ¿La recibiste?

—No. —Donald negó firmemente con la cabeza—. Sabes que te lo habría contado. Si hubiera recibido esa carta, habría hecho lo que me pedía. ¿Sabes dónde está ahora?

—Me anotó su dirección antes de que la revista *Tatler* arrojara la bomba. Le dije que te la daría en cuanto volvieras de Europa.

—¿Dónde está viviendo?

Selina se levantó y fue hasta su escritorio. Sacó un trozo de papel y se lo tendió.

—Aquí tienes su dirección. Está en Yorkshire, en casa de una vieja amiga del colegio.

—¿Qué demonios hace allí? Anni sabía que podía contar conmigo siempre que necesitara ayuda. Sabía lo mucho que la amaba y que cualquier cosa que necesitara yo...

—Desde que la vi aquí hace tres meses no hay día que no me haya hecho esa misma pregunta. —Selina se retorció las manos—. Estoy segura de que tiene sus razones.

—He de ir a verla lo antes posible. ¿Me cubrirás? —suplicó Donald.

—Por supuesto, pero no es seguro que la encuentres allí. Puede que a estas alturas se haya mudado.

—Por lo menos podrán decirme adónde ha ido. Dios mío, Selina, ¿por qué demonios no recibí esas cartas?

—También he estado dándole vueltas a eso —dijo Selina viendo el tormento en los ojos de su hermano— y me temo que la culpa podría ser mía.

—¿Cómo diantres va a ser culpa tuya?

—Porque sin quererlo le mencioné a madre, justo antes de nuestra horrible pelea por mi boda con Henri, que habías visto a Anni en Francia al término de la guerra. Y que ella había venido a vernos a Belgrave Square —añadió abatida.

Donald se dejó caer en la butaca, comprendiendo de inmediato lo que su hermana estaba intentando decir.

—Entiendo —se limitó a decir.

—Como es lógico, son solo suposiciones, pero teniendo en cuenta que madre conocía la grave situación financiera de la finca, probablemente no quería ver cómo vendías la casa de la familia y te casabas con una india.

—Selina, ¿estás diciendo que madre pudo interceptar las cartas de Anni? —preguntó, horrorizado, Donald.

—Esa es una pregunta que tendrás que hacérsela a ella, si encuentras el valor para ello. Si las cartas iban a tu nombre y llevaban matasellos de la India o de cualquier otro lugar del extranjero, seguro que sumó dos más dos. Y pasado un tiempo, cuando empezaste a creer que Anni ya no te quería, nuestra querida madre invitó a la rica y bella Violet Drumner para que curara tu corazón roto y llenara las arcas de Astbury.

—Me cuesta creer que pueda ser tan manipuladora. —Donald negó con la cabeza.

—¿En serio? Si de verdad interceptó las cartas de Anni, me parece algo muy propio de ella. A nuestra madre lo único que le ha preocupado en la vida es ella misma. Por desgracia, Donald, la creo capaz de cualquier cosa. Eso, por lo menos, ha contribuido a mi determinación de ser una buena madre para mis hijos. No entiendo cómo papá pudo aguantarla. —Selina meneó la cabeza—. Siempre ha sido una mujer sin sangre en las venas.

—Si madre ha hecho eso, Selina —Donald apretó los puños—, es posible que yo acabe en la cárcel por asesinato. ¿Es que no tiene corazón?

—El suficiente para mantenerse viva y pataleando. A decir verdad, ella también ha tenido que hacer un gran sacrificio para salvar Astbury. Estoy segura de que no le ha hecho ninguna gracia ver a tu esposa ponerse al mando de su querido hogar. En la boda no paraba de hablar de la espantosa alfombra Schiaparelli confeccionada con dieciocho pieles de leopardo.

—Es bastante vulgar. —Donald se permitió una mueca—. Pero dime, Selina, ¿qué demonios hago?

—No lo sé. Dudo que Anni vuelva a molestarte ahora que sabe lo de tu matrimonio. Siempre ha sido muy orgullosa.

—Lo sé, y para serte franco, aunque al principio no veía claro lo de casarme con Violet, estas últimas semanas nos hemos llevado muy bien —reconoció Donald—. No me gustaría hacerle daño. El día que me casé con ella me juré que iba a ser un marido solícito. No la amo como a Anni, pero ella no tiene la culpa de nada de esto.

Selina descansó una mano en su hombro.

—Te entiendo. Quizá deberías dejar las cosas como están.

Donald levantó la cabeza y le clavó una mirada triste.

—Los dos sabemos que no puedo.

33

1 de septiembre

No me quito de la cabeza que A fuera a ver a Selina a Londres. Y lo que es peor, que me haya escrito. La ira que siento hacia mi madre si realmente, tal como insinuó Selina, interceptó sus cartas, es infinita. No podré saberlo a ciencia cierta hasta que me enfrente a ella, lo cual tendrá que esperar porque lo más importante ahora es encontrar a A. Aunque ya no esté en la dirección que entregó a Selina, confío en que puedan informarme de su dirección actual. Le he dicho a V que voy a mirar maquinaria nueva para los campos. Detesto mentirle, pero he de encontrar a A, cueste lo que cueste...

Donald detuvo el coche junto a la rectoría de Oxenhope, un bonito pueblo de Yorkshire enclavado en lo alto de los páramos. Sintiendo que el corazón se le aceleraba, se apeó y caminó hacia la verja de madera. Observó la casa casi sin atreverse a creer que en su interior podía estar la mujer que había poblado sus sueños los últimos diecinueve meses.

—Por favor, que siga aquí —murmuró para sí.

Armándose de valor, llamó al timbre.

Segundos después abrió la puerta una criada.

—¿Qué desea?

—Estoy buscando a Anahita Chavan. Una amiga me dijo que vive aquí.

—Lo siento, señor, nunca he oído ese nombre. Esta es la residencia del pastor Brookner y su hija. Solo llevo dos meses en esta casa, pero tengo la impresión de que siempre han vivido aquí.

—Entiendo. ¿Está el pastor o su hija en casa?

—El reverendo está en la parroquia, pero la señorita Brookner se encuentra en el jardín.

—Entonces ¿puedo verla? —Donald le tendió su tarjeta.

La criada la examinó antes de hacerse a un lado para dejarle pasar y conducirlo hasta un salón umbrío.

—Espere aquí, por favor. Voy a avisar a la señorita Brookner.

—Gracias.

Donald aguardó la llegada de Charlotte presa del desaliento. Finalmente, una joven poco agraciada de mirada cálida e inteligente entró en la estancia.

—¿Lord Astbury? —preguntó cerrando la puerta tras de sí—. O por lo menos imagino que lo es, si está buscando a Anahita.

—En efecto. —Donald le estrechó la mano—. Y usted debe de ser la señorita Brookner, la amiga de Anni.

—Sí. Tome asiento, por favor.

—Gracias. Naturalmente, ya sabe por qué estoy aquí. —Donald se sentó en una butaca con el cuerpo tenso.

—Eso creo. —Charlotte le clavó una mirada triste.

—¿Sabe dónde está?

—Sí, pero le juré que no se lo diría a nadie.

—¿Está bien? Mi hermana me contó que estuvo muy enferma.

—Lo estaba la última vez que la vi.

—Anni le dijo a mi hermana que usted se había portado muy bien con ella.

—Hice lo que pude para ayudarla en las difíciles... circunstancias. Pero mi padre regresó de África hace dos meses y, dada la situación, Anni tuvo que marcharse.

—¿Puedo preguntarle a qué situación se está refiriendo? —preguntó Donald.

—Mi padre es un hombre del clero, lord Astbury, y aunque siente compasión por las pobres almas que se hallan en apuros, sus feligreses más conservadores no habrían visto con buenos ojos que acogiera bajo su techo a una mujer en tales circunstancias. Este es un pueblecito de Yorkshire, no

Londres. —Charlotte hizo una pausa antes de añadir—: He de reconocer que me sorprende su visita.

—Créame, si hubiese recibido las cartas que al parecer Anni me envió, habría venido hace mucho tiempo. Por desgracia —Donald encogió los hombros—, no me llegaron.

—Puedo confirmarle que Anni le escribió, lord Astbury. Yo misma eché una carta al correo dirigida a usted cuando Anni estaba arriba, demasiado enferma para salir de la cama.

—Le ruego que me crea. Durante más de un año no recibí una sola carta suya.

—Le seré franca. Después de que Anni llevara varios meses sin obtener respuesta, me temo que dejé de creer en usted, y le dije a Anni que ella debería hacer otro tanto. Se negó en redondo, y fue entonces cuando decidió ir a Londres a buscarle.

—Sí. —Donald percibió un atisbo de animosidad bajo la cortesía de Charlotte.

—Por lo visto, estaba de luna de miel —añadió con ironía—. ¿Tuvo un viaje agradable?

—Sí, yo... Oiga, señorita Brookner..., Charlotte..., necesito que me diga dónde está Anni. Así, por lo menos, podría ir a verla y explicarle que no estaba ignorando sus cartas. Casi me vuelvo loco de preocupación. Jamás habría consentido casarme con otra mujer si no hubiese creído sinceramente que Anni ya no me quería.

—Le amaba más que a nada en el mundo y jamás le oí pronunciar una sola palabra contra usted. A pesar de que yo le decía muchas veces que se la merecía.

—Comprendo que piense que soy un canalla y que la abandoné...

—No, lord Astbury. Lo que pienso es que su posición social no le habría permitido contemplar siquiera la posibilidad de casarse con una mujer india —respondió ella con franqueza.

—¿No le contó Anni que le había pedido que se casara conmigo antes de que se fuera a la India?

—Por supuesto que sí, pero no me sorprendió que, a la hora de la verdad,

cambiara de parecer.

—¡Eso es del todo falso!—se defendió él—. Ha de saber que estoy casi seguro de que fue mi madre quien se encargó de que no recibiera las cartas que Anni me escribió desde la India. Y estoy de acuerdo en que mi madre no habría aprobado que me casara con Anni, ni que vendiera Astbury, tal como tenía planeado hacer.

—Así que unos meses después decide casarse con una rica heredera estadounidense.

—Sí, pero solo después de esperar en vano más de un año, y para entonces me daba igual con quién me casara si no podía hacerlo con Anni. — Los ojos de Donald se llenaron de lágrimas—. Por Dios, señorita Brookner, tiene que creerme. Disculpe, me...

Viéndolo sinceramente acongojado, Charlotte pareció ablandarse y le dio unas palmaditas tímidas en la mano.

—Si lo que cuenta es verdad, no hay duda de que se trata de una desafortunada sucesión de acontecimientos. Por desgracia, no veo la manera de solucionar todo esto.

—Se lo ruego, dígame dónde está Anni, así entre los dos podremos tomar una decisión.

—Le juré que no lo diría...

—¡Debe hacerlo! —insistió Donald.

Finalmente ella asintió.

—Está bien, se lo diré. Creo que tanto si Anni desea verle como si no, usted debería tener la oportunidad de explicarse. Aunque lo que ha sufrido ya no tiene arreglo, puede que le ayude saber por qué las cosas sucedieron del modo en que lo hicieron.

—Gracias. —Donald respiró hondo, profundamente aliviado, cuando Charlotte se levantó y caminó hasta el buró. Sacó una agenda y un trozo de papel, y escribió en él algunas líneas.

—Vive en Keighley, una ciudad textil situada a cuarenta y cinco minutos de aquí. Confieso que no he ido a verla desde que se mudó. He estado muy ocupada cuidando de mi padre, que regresó de África convertido prácticamente en un inválido.

Donald ya se había puesto en pie.

—Le agradezco enormemente que me haya recibido y dado esto, señorita Brookner —dijo guardándose la nota en el bolsillo superior—. Iré a verla ahora mismo.

—Le ruego que me informe de cómo está —solicitó Charlotte mientras lo acompañaba a la puerta—. No tengo ni idea de cuáles son sus circunstancias actuales. Anni es muy orgullosa. Cuando le ofrecí dinero, se negó a aceptarlo.

—Eso es muy propio de Anni. —Donald suspiró—. Adiós, señorita Brookner, y gracias de nuevo.

Salvó en coche la breve distancia, a través de los páramos de Yorkshire, y cuando se aproximaba a la lúgubre ciudad industrial de Keighley tuvo un estremecimiento. Estacionó el coche y sorteó el laberinto de callejuelas con sus edificios renegridos por el hollín de las fábricas de algodón. Niños mugrientos se sentaban en los portales, descalzos a pesar de que las noches de septiembre eran frías.

Pidiendo indicaciones por el camino, finalmente desembocó en Lund Street y avanzó por la calle hasta dar con el número. Llamó a la puerta y al rato una mujer ojerosa, con un bebé sobre la cadera y un niño pequeño aferrado a las faldas, abrió y le clavó una mirada desconfiada.

—¿Es usted el nuevo recaudador de alquileres? Ya le dije al último que estuvo aquí que le pagaría el viernes. Mi marido acaba de quedarse sin trabajo.

—Me habían informado de que Anahita Chavan vivía aquí —explicó Donald—, pero probablemente lo entendí mal.

—No, no, Anni es nuestra inquilina, pero no le vaya con el cuento al recaudador de alquileres. No nos permiten subalquilar, pero ya me dirá, con siete bocas que alimentar. Entonces ¿es amigo de Anni?

—Sí. Me llamo Donald. ¿Está en casa?

—Sale muy poco. Es una chica muy reservada, nuestra Anni, pero adorable. Pase, por favor —dijo la mujer, y Donald avanzó por un pasillo estrecho hasta un cuarto diminuto que vio que servía de cocina básica—. Siéntese ahí mientras la aviso, señor.

Cuando la mujer se hubo marchado, Donald vio una miríada de ojillos

brillantes que lo miraban con interés desde la puerta.

—¿Cómo se llama, señor? —preguntó uno de los niños, un muchacho de unos siete años.

—Donald. ¿Y tú?

—Tom —respondió el muchacho, acercándose—. Habla con acento fino y lleva ropa elegante. ¿Tiene una fábrica?

—No, no tengo una fábrica.

—De mayor tendré una fábrica —aseguró Tom— y seré muy rico, como usted.

Una niña había entrado a gatas en la habitación y, empleando la pernera del pantalón de Donald como polea, intentó levantarse mientras sus manos dejaban una estela de manchas de pringue.

—¡Joanna, suelta al pobre hombre! —le regañó la madre cuando regresó a la cocina—. Anni bajará enseguida. Dice que le recibirá en la sala. Aunque no pareció alegrarse mucho cuando le dije que estaba aquí. Bien, sígame.

—Gracias —dijo Donald.

Caminaron por el pasillo hasta la relativa tranquilidad de la sala. Una vez que la mujer hubo cerrado la puerta, Donald observó, estremecido, la estancia. ¿A qué se había visto conducida Anni desde la última vez que la vio?

La puerta se abrió y allí estaba Anni. Su exótica belleza contrastaba con la espantosa insulsez de su entorno. El peso que había perdido hacía resaltar aún más sus pómulos y sus grandes ojos ambarinos.

Anni cerró la puerta con elegancia —como Donald recordaba tan bien que eran todos sus movimientos— y se quedó donde estaba.

—Anni, estoy aquí. —Donald se reprendió por hacer un comentario tan obvio en un momento tan importante, pero se había quedado sin palabras.

—Sí —respondió ella al fin—, aquí estás.

—¿Te encuentras... bien?

—Sí —respondió la joven con frialdad—. ¿Y tú?

—Sí, sí. Anni... —Sintiendo que las piernas ya no lo soportaban, Donald se dejó caer en una silla—. No sé qué decir. —Hundió la cabeza en las manos.

—No es de extrañar.

—Tienes que creerme si te digo que no recibí una sola carta tuya desde que desembarcaste en la India. No tenía ni idea de si estabas viva o muerta. Incluso fui al hospital donde habías trabajado y me puse en contacto con Scotland Yard. Estaba desesperado. Al final llegué a la conclusión de que ya no me querías y de que a lo mejor habías conocido a alguien en la India.

—De modo que te casaste —dijo ella en un tono frío, severo, tan distinto de su voz por lo general afable.

—Sí, me casé —reconoció, desesperado, él—. Si no podía casarme contigo me daba igual con quién lo hiciera. Por lo menos el dinero de mi esposa ha servido para salvar Astbury.

—Leí en la revista que tu esposa es una rica heredera. Espero que seáis muy felices —dijo Anni en el mismo tono inexpresivo.

—¿Cómo quieres que sea feliz?

—Parecías feliz en las fotografías.

—Es probable, sí —reconoció Donald—, pero a todo el mundo se le dice que sonría ante las cámaras.

Hubo un silencio mientras Anni miraba a todas partes menos a Donald, que no apartaba los ojos de ella.

—¿Qué has venido a decirme?

—¡No tengo ni idea! —Soltó una risa ahogada—. Quería contarte que estoy seguro de que fue mi madre quien interceptó tus cartas.

—Donald, aunque yo no hubiera sabido nada de ti, te habría esperado toda la vida y no me habría casado con otro hombre. Pero eso ya no importa.

La frialdad que recibía de Anni era totalmente nueva para él. Donald ansiaba abrazarla, desenterrar a la mujer apasionada y vital que había en ella.

—¿Podríamos por lo menos ir a otro sitio para hablar? —suplicó él—. No soporto este lugar.

—Descubrirás que no hay hoteles donde tomar el té en este barrio —contestó ella con cierto sarcasmo—. Además, esta es mi casa.

—Anni, por favor, sé lo mucho que has sufrido y lo que debes de pensar de mí, pero te prometo que en los últimos dieciocho meses no he dejado de amarte y de pensar en ti.

Anahita lo miró impasible.

—Independientemente de lo que haya sucedido en el pasado, Donald, yo estoy aquí, y tú estás allí, casado con otra mujer.

—Independientemente de mis circunstancias, lo que siento por ti sigue intacto. Por lo que más quieras, me estás hablando a mí, a Donald —le instó—. Me conoces mejor que nadie.

—Eso creía en otros tiempos. Pero eso ya no importa.

—Importa porque después de estos meses tan espantosos, cariño, te he encontrado y estamos en la misma habitación, hablando. ¿Es que no puedes entender lo que eso significa para mí?

Anni no respondió. Llamaron a la puerta y la casera entró con un niño berreando en los brazos.

—Lamento molestarte, Anni, pero está armando un jaleo de mil demonios en la cocina que no nos deja oír ni pensar.

Donald vio a Anni coger al bebé.

—Gracias —dijo ella a la casera, que lanzó otra mirada suspicaz a Donald, y después al bebé, antes de salir de la habitación.

Donald estaba desconcertado.

—¿Es su hijo?

Anni le observó detenidamente, como si estuviera sopesando algo. Finalmente suspiró.

—No, es mío.

Donald contempló al pequeño mientras su cerebro registraba lentamente la preciosa piel dorada, la mata de pelo negro y unos chispeantes ojos azules que lo miraban con curiosidad.

Al fin encontró la voz.

—¿Es... es...?

—Sí, Donald, se llama Moh y es tu hijo.

4 de septiembre

Después de eso, utilizando la salud y el bienestar de mi hijo como excusa y no aceptando un no por respuesta, obligué a A a recoger sus escasas pertenencias. Luego la saqué a ella y a mi hijo de la horrible casa donde los había encontrado. Esa primera noche nos alojamos en un hotel antes de poner rumbo al sur. No tenía ni idea de adónde iba a llevármela, solo sabía que nunca podría abandonarla de nuevo. Parecía haber perdido toda su fuerza vital, como si estuviera vacía por dentro, como si ya nada le importara. Durante el largo trayecto en coche apenas abrió la boca, y cuando lo hacía era para responder a mis preguntas con monosílabos.

-¿T

ienes hambre? —preguntó Donald mientras atravesaban los valles de Derbyshire.

—No, pero he de cambiarle el pañal al niño.

—Claro.

Donald detuvo el coche en un hotel de las afueras de Matlock. Mientras esperaba en el restaurante a que Anni regresara, preguntó si el hotel tenía teléfono porque necesitaba hacer una llamada. Durante el largo y callado viaje había empezado a concebir un plan. Pondría a los tres en manos de Selina, quien, estaba seguro, no dudaría en acoger a Anni y al niño en su casa de Kensington durante un tiempo. Como medida temporal no se le ocurría nada mejor, y por lo menos sabía que Anni no podría desaparecer de nuevo si se hallaba bajo la mirada atenta de Selina.

El camarero le dijo que, efectivamente, tenían teléfono y Donald fue a llamar. Cuando regresó al restaurante, Anni estaba sentada a la mesa con el bebé profundamente dormido en los brazos.

—Acabo de hablar con Selina. Os quedaréis en su casa hasta que organice algo más permanente —explicó.

—Ya —respondió Anni sin dejar entrever si el arreglo le parecía bien o no.

—He pedido sopa y emparedados. ¿Tendrás suficiente?

—Gracias.

Donald le tendió una mano por encima de la mesa con desesperación.

—Anni, por favor, no puedo ni empezar a imaginar por lo que has pasado, o lo mucho que debes de odiarme, pero ahora estoy aquí y te juro que nunca más te fallaré. Tienes que confiar en mí y creer que si no hubiera pensado realmente que te había perdido para siempre, jamás me habría casado con Violet.

Anni levantó lentamente la vista.

—¿La quieres?

—Le tengo cariño —respondió él con franqueza—. Es encantadora y, en cierto modo, muy joven, pese a ser mayor que tú, y no me gustaría hacerle daño. Pero no, no la amo y nunca la he amado. A efectos prácticos fue un matrimonio concertado, como los que tenéis en la India.

—Es muy guapa.

—Sí, pero... Por el amor de Dios —Donald meneó la cabeza con frustración—, no puedo pasarme el día repasando las razones por las que lo hice. Todos hacemos cosas que lamentamos el resto de nuestra vida.

Anni se tomó la sopa en silencio y luego comió un emparedado. La comida pareció reanimarla y le devolvió algo de color a las mejillas. Donald llegó a la conclusión de que sufría desnutrición.

Regresaron al coche, y Anni y el bebé durmieron el resto del viaje. Donald los despertó con ternura tras detener el vehículo delante de la casa de Selina en Kensington.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó Anni.

—Sí. ¿Te ayudo con el bebé?

—¡No! —El pánico brilló por un momento en sus ojos—. ¿Sabe Selina lo del niño? No se lo conté la última vez que la vi en Londres.

—Se lo dije y no le sorprendió —la tranquilizó—. Ahora entiende por qué desapareciste.

Mientras la criada instalaba a Anni y al bebé en uno de los dormitorios de arriba, Donald se tomó una ginebra doble con Selina en el salón.

—Qué tragedia, Donald. Entiendo perfectamente cómo ha debido de

sentirse Anni. Probablemente estaba muerta de miedo. En cambio aquí estoy yo, con mi pequeña a salvo en su cuarto y otro hijo en camino. El contraste no podría ser mayor —suspiró.

—No. Selina, si hubieras visto dónde estaba viviendo Anni... Un barrio de mala muerte.

—Por supuesto, Anni y el bebé pueden quedarse el tiempo que haga falta, pero ¿qué demonios piensas hacer a largo plazo? —preguntó Selina—. Después de todo ese bebé es hijo tuyo y hasta que Violet y tú tengáis un niño, técnicamente es tu heredero, aunque no quiero ni pensar qué ocurriría si Violet se enterara de su existencia.

—Es una situación muy complicada, pero lo más importante es que he encontrado a Anni. La amo, Selina. Solo podía pensar en sacarla a ella y a nuestro bebé de aquella covacha. No he tenido tiempo de pensar realmente en las repercusiones. Una solución sería instalarla en una casa aquí, en la ciudad, e ir a verla a ella y a mi hijo cada vez que viniera a Londres, pero no quiero tratar a Anni como a una querida y estoy seguro de que ella tampoco lo aceptaría.

—¿Te ha dado alguna idea de lo que quiere? —preguntó Selina.

—Prácticamente no ha abierto la boca —respondió, abatido, Donald—. Estos últimos meses se ha limitado a sobrevivir. Estoy seguro de que le llevará un tiempo recuperarse tanto mental como físicamente.

—Por lo menos podré proporcionarle un lecho caliente, buena comida y una niñera que cuide del bebé para que ella pueda descansar. Otro niño en el cuarto no molestará. —Selina sonrió—. Después de todo, son primos.

—Ojalá pudiera anunciarlo a los cuatro vientos.

—Pero no puedes. La pobre Violet no tiene culpa alguna y aunque no creo que nunca lleguemos a estar unidas, no querría que un día sufriera la humillación de saber que su marido tuvo un... —Selina se abstuvo de utilizar el término correcto— hijo con otra mujer.

—Tienes razón. —Donald se sirvió otra ginebra—. Mi plan inmediato es ir a Devon y enfrentarme a madre. He de saber si realmente ha sido ella la que nos ha metido a todos en este lío.

—¿Le contarás lo del niño?

—Desde luego. —Esbozó una sonrisa amarga—. No se me ocurre nada que la disgustara más que saber que tiene un nieto mestizo e ilegítimo al cual, si yo quisiera, podría reconocer como heredero de Astbury Hall.

—Dios mío, Donald, ¡la noticia podría matarla!

—Lo dudo. Aunque se comporta como si tuviera ochenta años, no debemos olvidar que nuestra madre no ha cumplido aún los cincuenta —le recordó Donald—. Debajo de todo ese melodrama es más dura que una piedra y probablemente nos sobreviva a todos. Esta horrible situación, en el caso de que estemos en lo cierto, se debe a ella. Y no le tengo miedo.

Esa noche Anni dijo que estaba demasiado cansada para cenar en el comedor con Selina y Donald, y la criada le subió la cena en una bandeja. Antes de retirarse a dormir, Donald fue a su habitación y llamó a la puerta.

—¿Quién es?

—Donald. ¿Puedo entrar?

Al no recibir respuesta, abrió la puerta y encontró a Anni amamantando al bebé en la cama.

—Disculpa —dijo ella retirando a Moh y tapándose el pecho.

—No me molesta —repuso Donald—. De hecho, me parece maravilloso. La mayoría de las mujeres que conozco no dan el pecho a sus hijos.

—Yo no tuve elección. No podía permitirme comprar leche. Pero está muy mayor, dentro de un mes cumplirá un año, y ya no tiene suficiente conmigo. Creo que por eso lloraba tanto cuando estábamos en Keighley.

—Oh, Anni —suspiró Donald—. ¿Puedo sentarme?

—Si quieres.

Tomó asiento en el borde de la cama y miró al bebé, que ahora dormía ya saciado en los brazos de Anni.

—¿Puedo cogerlo?

—Claro. —Anni le tendió a Moh.

Donald aspiró el olor cálido y lechoso de su piel y los dulces polvos de talco que la niñera le había puesto después del baño. Contempló el rostro de su hijo y experimentó tal oleada de amor que los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No puedo creer que lo hayamos hecho nosotros.

—Todos los niños son un milagro, independientemente del entorno en que nazcan —repuso ella.

—Anni, ¿me odias?

Hizo una pausa antes de contestar.

—He deseado odiarte, Donald, muchas veces. Puede que en estos momentos no me gustes demasiado, pero te quise desde el primer día que te vi.

—Y ahora que te he encontrado, ¿confías en mí para que cuide de ti y de nuestro hijo?

—¿Qué otra opción me queda? —preguntó ella con tristeza.

Al día siguiente Donald dejó a Anni y Moh en las manos competentes de Selina y la niñera y regresó a Astbury Hall. A su llegada fue directo a Dower House, la casa situada en la linde de la propiedad donde ahora vivía su madre.

—¿Está en casa, Bessie? —preguntó a la atónita criada cuando entró.

—Creo que está arriba, señor, descansando.

Donald subió los escalones de dos en dos y llamó a la puerta.

—Adelante —dijo una voz, y Donald entró en el dormitorio de Maud, a quien encontró leyendo un libro delante de la chimenea.

—Donald, ¿qué demonios haces en mi cuarto? —preguntó frunciendo el entrecejo.

—Tenemos que hablar, madre. —Tomó asiento frente a ella—. Deja el libro, por favor. Quiero que contestes algunas preguntas.

Desconcertada por la vehemencia de su hijo, Maud obedeció.

—¿De qué se trata?

—He averiguado que una serie de cartas dirigidas a mí se extraviaron el año pasado en Astbury Hall y tengo razones para creer que tú te encargaste de impedir que me llegaran.

—¿Cartas?

Donald observó cómo su madre trataba de fingir ignorancia.

—Sí, madre, cartas. Cartas de la India, París y Yorkshire, de una señorita de quien habías averiguado que yo tenía en gran estima. Una señorita, para que lo sepas, de la que estaba y sigo estando enamorado.

—No sé... Donald, recibimos tantas cartas, y de tantas partes del mundo. Si no llegaron seguramente la culpa la tenga el servicio postal. No puedes culparme a mí de que se hayan extraviado.

—Yo creo que sí puedo, madre. Y me resultaría muy fácil reunir a los sirvientes de la casa grande, quienes no olvides que ahora trabajan para mí, e interrogarles.

Se levantó, pero Maud enseguida le hizo señas para que volviera a sentarse.

—¿Has perdido el juicio? Lo último que necesitamos es que los sirvientes hablen de nuestros asuntos privados —farfulló.

—Me trae sin cuidado.

—¿Aunque llegue a oídos de Violet?

—Me da lo mismo, puesto que finalmente he localizado a Anahita. Por el momento está en Londres, en casa de Selina, hasta que decida cuál es la mejor solución. —Al ver la cara de espanto de su madre, sintió unos deseos terribles de reír.

—¿Qué quieres decir exactamente con la mejor solución? —inquirió Maud—. ¿No pensarás contarle a Violet la... aventura que tuviste con esa india?

—Todavía no lo he decidido, pero a menos que confieses que fuiste tú la que retuvo las cartas, es muy probable que lo haga.

—¡Dios mío, Donald! ¿Te has vuelto loco? Será la ruina de esta familia. Violet se divorciará inmediatamente de ti, y entonces ¿qué será de Astbury?

—¿Crees que me importa? ¿Que me ha importado alguna vez? —espetó Donald—. Sabías perfectamente que estaba decidido a venderlo y que incluso había encontrado un comprador. Pero eso no te habría gustado, ¿verdad, madre? Confiesa antes de que vaya y se lo cuente a Violet. Créeme —la miró fijamente a los ojos—, no tengo nada que perder. Siempre tuve planeado vender Astbury, y no me importaría llevar una vida tranquila con la mujer que amo. Por cierto —añadió, jugando su última carta—, Anni ha dado a luz un niño. Lo que quiere decir que yo tengo un hijo, y tú un nieto.

Observó cómo su madre se venía abajo delante de él. Aun así, prosiguió.

—Bien, madre, ¿quieres que vaya y le cuente todo eso a mi esposa? ¿Te

imaginas el escándalo?

—¡Calla! ¡Calla! ¿Cómo puedes ser tan cruel? ¡Soy tu madre! —gimió.

—Sí, una madre que puso sus necesidades y deseos por delante de los de su hijo. Anni es una india aristócrata y educada, ¡no una vulgar campesina a la que saqué de un burdel!

—¡Te lo ruego!

—Probablemente también te interese saber que hoy en día existen algunos matrimonios mixtos en la alta sociedad. Pero no, madre, tus prejuicios no podían permitir que tu hijo se casara con una mujer de otra raza. Eres y siempre has sido una mujer fría, calculadora e intolerante. Te...

—¡Basta! —gritó Maud, rompiendo en sollozos.

La imagen de su madre llorando interrumpió bruscamente su diatriba.

—Toma, madre, sécate esas lágrimas. —Donald le ofreció torpemente un pañuelo y la mujer lo aceptó.

—Es verdad —confesó finalmente Maud—, yo escondí esas cartas, o por lo menos pedí al servicio que me trajera la correspondencia directamente a mí para poder revisarla. Pero solo estaba intentando protegerte, ¿es que no lo ves? Dices que ahora estaría aceptado que te casaras con alguien como ella. No lo sé, quizá tengas razón, pero además de eso ibas a vender la finca. ¿Qué habrías tenido entonces, con una novia india y sin la propiedad de la familia?

—Habría tenido amor, madre —contestó quedamente Donald—. Habría sido feliz. Pero dudo mucho que tú puedas entenderlo.

Maud no respondió, parecía absorta en sus pensamientos.

—Gracias por reconocer que escondiste las cartas —dijo Donald al fin—. Ahora he de intentar resolver el embrollo en el que me ha dejado esta situación.

—¿Qué piensas hacer?

—Te alegrará saber que no tengo intención de hacer daño a Violet. Nada de esto es culpa suya. —Donald miró severamente a su madre, que tuvo la decencia de sonrojarse—. Pero tampoco estoy dispuesto a tener a la mujer que amo y al niño que me ha dado escondidos, como si fueran un secreto vergonzoso, en un lugar donde no pueda ver crecer a mi hijo. Así pues, voy a proponerle a Anni que Moh y ella vengán a vivir cerca de aquí. Les

proporcionaré un hogar en algún lugar de la finca.

—¿Y si Violet descubre la verdad? —preguntó horrorizada Maud.

—Solo hay cinco personas en el mundo que conocen la situación, y doy fe de que ninguna de ellas hablará. Esta es la única manera en la que estoy dispuesto a vivir la mentira que orquestaste para mí.

—La decisión de casarte con Violet fue tuya, Donald —replicó Maud—. Yo no te obligué a llevarla al altar.

—No, madre, pero cuando una persona ha perdido la esperanza, le da igual lo que le depare el futuro. Entonces ¿estamos de acuerdo?

—Lo que tú digas —respondió ella con voz trémula, bajando la mirada.

—Bien. Me pondré de inmediato a buscar una buena casa para Anni. Y —añadió Donald camino de la puerta— quizá algún día te apetezca hacerle una visita a tu nieto. Tiene tus ojos.

Astbury Hall, julio de 2011

35

Rebecca se despertó con el diario de Donald en las manos. Ignoraba cuándo se había dormido, pero había vuelto a tener sueños agitados e invadidos por un extraño canto agudo.

Pasó las hojas y comprobó que las anotaciones cesaban bruscamente después de septiembre, lo cual la decepcionó, pues deseaba saber más cosas, sobre todo de Violet. Miró el reloj y vio que eran las nueve de la mañana pasadas.

Se levantó de la cama para usar el cuarto de baño, se lavó las manos y observó su cara en el espejo. No había duda de que la descripción que Donald hacía de Violet podía aplicarse fácilmente a ella.

De repente tuvo un escalofrío. Por desgracia, a juzgar por lo que había leído no era Violet a quien Donald había amado, sino a una bella y exótica muchacha india de otro mundo. Deambuló por las estancias acariciando los objetos de Violet, aspirando el olor ya familiar de su perfume sin poder sacudirse de encima una creciente sensación de irrealidad. Esa había sido la cama de Violet, la que había compartido en otros tiempos con Donald. Cada día lucía sus vestidos y recreaba el mundo en el que había vivido...

—Dios. —Se desplomó en una de las butacas de la salita preguntándose por qué el destino la había traído hasta Astbury. Era imposible ignorar las similitudes entre ellas dos.

—Becks, ¿estás ahí?

Una voz familiar la arrancó de su ensimismamiento.

—Sí —contestó, y un segundo después Jack irrumpió en la habitación seguido de una señora Trevathan acalorada.

—Hola, cielo —dijo Jack acercándose a ella.

—Lo siento, Rebecca, sé que necesita descansar e intenté explicar al señor Heyward que no deseaba visitas.

—Gracias, señora Trevathan —dijo Rebecca con calma—. No se preocupe, hoy me encuentro mejor.

—De acuerdo, solo me he limitado a hacer lo que se me pidió —repuso la mujer antes de girar sobre sus talones y cerrar la puerta tras de sí.

—Gracias. —Jack se hundió en una butaca y soltó un suspiro de alivio con gesto burlón—. ¿Quién demonios se cree que es? ¿Tu madre? ¿Cómo se atreve a impedir que vea a mi prometida? Ahora ven aquí y abrázame.

Rebecca se quedó donde estaba, observando fríamente los ojos enrojecidos de Jack y su pelo grasiento y despeinado. Era evidente que había vuelto a estar de juerga con James.

—¿Lo pasaste bien anoche?

—No estuvo mal.

—Me alegro por ti.

Jack la miró con cautela, tratando de descifrar qué había querido decir con eso. Tras comprender que se trataba de un comentario sarcástico, pasó al ataque.

—¡Deja de tratarme como a un niño, Becks! Ese es el problema contigo —agitó un dedo en su dirección—, la señorita superlimpia y superperfecta que nunca bebe, nunca fuma y nunca se divierte y que se cree superior a los meros mortales que sí lo hacemos.

—No lo decía por eso, Jack —respondió cansinamente Rebecca—. Oye, tenemos que hablar.

—Joder, ya estamos otra vez. ¿Vas a soltarme otro sermón por haber sido un niño malo? Adelante, mamá, dame un azote en el trasero —replicó él con desdén.

—Jack, tienes un problema y es preciso que lo afrontes —prosiguió ella con calma—. Te lo digo únicamente porque me importas y tengo miedo de que el problema empeore si no le pones freno de una vez.

—¿Y qué problema es ese?

—No seas cínico, Jack. Los dos sabemos que desde que nos conocimos estás bebiendo demasiado y consumes cocaína con asiduidad. Estás enganchado, Jack, y mientras no hagas algo al respecto —Rebecca se armó de valor para continuar—, no puedo seguir teniendo una relación contigo.

Jack soltó una carcajada.

—¡Eres la leche, Becks! Desde que viniste a Inglaterra que sé que algo pasa. Pensaba que te habías desenamorado de mí, o que quizá había otra persona. Y ahora vas y recurres al truco más antiguo de la historia: me echas la culpa a mí y a un problema que ni siquiera existe para romper conmigo. Ahora lo veo claro. —Jack asintió burlescamente con la cabeza.

—Te juro que el único problema que tengo contigo es tu adicción al alcohol y las drogas. Cuando no estás bebido ni drogado eres un tío genial y te adoro, pero cuando lo estás, algo que sucede cada vez con más frecuencia, simplemente no te soporto. Por tanto, lo que te propongo es que vuelvas a Los Ángeles y hagas algo al respecto. Si lo haces, te acompañaré en el proceso. Si no... —Rebecca dejó las palabras flotando en el aire.

—¿Es un ultimátum? —Jack se levantó y cruzó los brazos—. O soluciono un problema que no tengo o hemos terminado, ¿es eso?

—No, no es eso y lo sabes. Si yo no te digo la verdad, ¿quién lo hará? ¿No entiendes que esto es tan difícil para mí como para ti? No quiero que rompamos, Jack. Te quise desde el día que te conocí. Si no he aceptado aún casarme contigo es únicamente porque tu problema me supera.

—O sea —Jack empezó a pasearse por la habitación— que me estás pidiendo que ingrese en un programa de desintoxicación simplemente para demostrarte que te amo.

—Oh, Jack, exprésalo como quieras, pero el caso es que yo no puedo seguir así. Estoy harta. Tengo que rodar una película, e independientemente de lo que pase en el futuro, quiero que busques ayuda. Cuando vuelva a casa podemos hablar y ver en qué punto estás.

—¡Por Dios, Becks! ¿Quieres dejar de ser condescendiente conmigo? —Jack se desplomó de nuevo en la butaca—. Has de saber que existen muchas probabilidades de que haga una película con el tipo que conocí el otro día, y

mi representante acaba de telefonarme para decirme que acaba de recibir un par de guiones geniales. Así que aunque quisiera darte el gusto, puede que no encuentre el momento para desintoxicarme.

—Me alegro de que te hayan surgido algunas oportunidades, Jack —respondió Rebecca, extenuada.

—Por lo visto tu chico no está tan acabado como le quieres hacer creer. Y si he estado bebiendo algo más de la cuenta es porque me aburro, nada más. Entonces —la miró fijamente— ¿hablas en serio? ¿Quieres que lo dejemos?

—No, pero me temo que no tengo elección.

—¡Genial! —Jack se palmeó los muslos y se levantó—. No pienso quedarme aquí para seguir defendiéndome. Si es lo que quieres, por mí de acuerdo.

—Lo siento mucho, Jack. —Los ojos de Rebecca se llenaron de lágrimas.

—Seguro —repuso él con desdén—. Pero creo que deberías preguntarte por qué eres tan dura conmigo simplemente por disfrutar de alguna que otra juerga. Yo no soy la borracha de tu mamaíta, Becks, y no merezco ser tratado como ella. Y si crees que esto va a acabar conmigo, quizá te llesves una sorpresa. A lo mejor lo que tú necesitas es un predicador y no un hombre de pelo en pecho. Pero ese ya no es mi problema. En fin, es hora de decir adiós.

Rebecca sintió sus horribles palabras como una bofetada en plena cara. Guardó silencio, incapaz de contestar.

—Otra cosa —añadió Jack—, como he sido abandonado y devuelto a casa por portarme mal, es justo que sea yo quien comunique la noticia a los medios. Le pediré a mi representante que envíe un comunicado breve. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, di lo que quieras.

—Lo haré. Y espero que no te arrepientas de tu decisión. Hasta otra, Becks.

Rebecca le observó cerrar la puerta tras de sí. Cerró los ojos y recostó la cabeza en la fresca seda de la butaca mientras daba vueltas a la cruel referencia de Jack sobre su madre. Y sí, se reconoció a sí misma, tal vez Jack tuviera razón. Lo que había vivido de niña le había hecho hipersensible a cualquier tipo de adicción.

Pero eso no significaba que el comportamiento de Jack fuera aceptable.

Los ojos se le humedecieron de nuevo al percatarse de las repercusiones de lo que acababa de hacer, y comprendió que no habría vuelta atrás. Jack estaba acostumbrado a que las mujeres se desvivieran por él. Rebecca sospechaba que no lo habían dejado nunca, y seguro que no tardaría en reemplazarla. Cuando viera la prueba fotográfica en la prensa, le dolería mucho, pero tenía que aceptar que el Jack al que amaba había desaparecido.

—¿Está bien, querida?

Rebecca levantó la vista y vio a la señora Trevathan en la puerta. Se encogió de hombros.

—Sé que no es asunto mío, pero creo que ha hecho lo correcto —dijo amablemente la mujer—. Como dice mi madre, el mundo está lleno de hombres, sobre todo para alguien tan adorable como usted.

—Gracias por sus palabras —susurró Rebecca con la voz ronca—. Cuando Jack se haya ido, ¿podría hacérmelo saber?

—Desde luego, cielo. —La señora Trevathan le sonrió comprensiva y salió de la habitación.

Media hora después apareció de nuevo con té y tostadas y le comunicó que Jack se había marchado.

—¿Cómo se siente?

—Afectada, supongo. Solo espero haber hecho lo correcto.

—Si le sirve de consuelo, yo estuve casada con un hombre como Jack y al año tuve que dejarlo. No estoy diciendo que su Jack sea un tipo violento como el mío, pero cuando empujan el codo un día tras otro, es imposible saber de lo que son capaces.

—¿Quería a su marido?

—Naturalmente. —La mujer suspiró con pesar—. Por lo menos al principio. Hacia el final ya no lo soportaba. Créame, Rebecca, puede que ahora le duela, pero le aseguro que es lo mejor.

—Gracias, señora Trevathan —dijo Rebecca de corazón.

—Y ahora hay varias personas que desearían subir a verla, pero les he dicho que ahora mismo está descansando. ¿Le parece bien, cielo?

—Sí. Las veré más tarde.

—¿Cómo va ese dolor de cabeza?

—Mejor, gracias.

—Todavía está paliducha, aunque es comprensible, dadas las circunstancias. —La mujer chasqueó la lengua—. Volveré dentro de un rato y ya me dirá entonces si le apetece recibir visitas.

Agotada, Rebecca durmió varias horas y cuando despertó se encontraba un poco mejor. Después de lavarse se vistió y, sintiéndose culpable por haber mantenido a todo el mundo a raya, pidió a la señora Trevathan que hiciera subir a Steve, quien comprensiblemente había estado preguntando por ella.

—Siento molestarte, cariño, solo quería saber qué tal te encuentras —dijo cuando entró en la sala de estar.

—El dolor de cabeza me ha bajado, así que estoy segura de que mañana podré rodar.

—Fantástico. Supongo que el estrés de estos últimos días tampoco ha contribuido a tu recuperación.

—¿A qué te refieres? —preguntó Rebecca haciéndose la inocente.

—Querida, esto es un rodaje. Todo el mundo se ha dado cuenta del problemilla de Jack. Nada más conocernos me preguntó si tenía algo.

—Caray, lo siento mucho.

—No lo hagas, tú no tienes la culpa. Hace unas horas me pidió que le consiguiera un taxi para ir a Londres. No voy a preguntarte cómo estáis, pero por su cara deduje que las cosas no van demasiado bien en el planeta de Jack y Rebecca.

—No —admitió ella, decidiendo que lo mejor era decir la verdad—. Le dije que no teníamos nada que hacer si seguía consumiendo drogas. Pero preferiría que no corriera la voz.

—Me temo que ya lo ha hecho —dijo Steve—. Ya conoces la velocidad a la que vuelan las noticias en los rodajes. Pero lo más importante ahora, Rebecca, eres tú y tu salud. Confíemos en que ahora que Jack no está, puedas concentrarte en tu recuperación.

—Te prometo que estaré bien para el rodaje de mañana.

—Eso ya se verá. Solo te hemos programado una escena, por la tarde. No te desanimes, querida —trinó Steve cuando salía de la habitación.

Media hora después llamaron nuevamente a la puerta. Era Anthony. La miró durante un instante, suspiró con exasperación y forzó una sonrisa.

—Solo he venido a preguntarte qué tal te encuentras —dijo en un tono arisco.

—Creo que mejor. Muchas gracias por dejarme utilizar esta preciosa suite.

—No se me ocurre nadie mejor para ocuparla —repuso fríamente—. He oído que tu novio se ha ido.

—Sí, y no volverá.

—Vaya. —La miró fijamente—. Esta noche cenaré de nuevo con nuestro joven amigo indio —comentó al fin.

—Ajá —respondió Rebecca, sin saber qué otra cosa decir.

—En fin, espero que mañana estés más animada.

—Yo también. Gracias por interesarte por mi estado.

—Adiós. —Anthony giró sobre sus talones y salió de la habitación.

Tras su partida Rebecca disfrutó de un largo baño en la enorme bañera. Había dormido tanto que ahora estaba completamente despejada. Cuando la señora Trevathan llegó con una bandeja de té y bollitos, los devoró.

—Creo que me estoy reponiendo —comentó la joven.

—Así se habla, querida.

—¿Está el señor Malik en casa? —preguntó Rebecca.

—Salió hace un rato, pero creo que ya ha vuelto. Esta noche cena con el señor.

—Si lo ve, ¿cree que podría pedirle que suba a verme?

—Se lo diré en cuanto lo vea —respondió la señora Trevathan antes de irse.

Veinte minutos más tarde llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Rebecca.

—Hola, Rebecca. ¿Querías verme?

—Sí, Ari, entra. ¿Qué tal te fue en la iglesia del pueblo?

—Me di un paseo por el cementerio pero no encontré ninguna lápida con el nombre de Moh. Después fui a Exeter para consultar el Registro de Nacimientos y Defunciones y tampoco hubo suerte. Me temo que estoy en un

callejón sin salida.

—¿No te parece extraño? —preguntó Rebecca—. Si se expidió un certificado de defunción, debería figurar en el registro.

—Eso pensaba yo también.

—Ari, ayer encontré algo en esta suite que demuestra que Anahita estuvo aquí, en Astbury.

—¿En serio? ¿Qué es?

—El diario de Donald Astbury. Probablemente sepas ya muchas cosas de las que cuenta, pero confirma que quería a tu bisabuela y que tuvo un hijo con ella.

—¡Eso es increíble! —exclamó Ari—. Me encantaría leerlo.

—Creo que te llevarás un impacto cuando lo veas. Voy a buscarlo. —Rebecca entró en el cuarto de Donald y regresó con el diario—. Toma —dijo, tendiéndoselo.

Ari examinó brevemente el nombre grabado en el lomo y la insignia de la tapa. Cuando lo abrió, vio la dedicatoria y, a continuación, el poema.

—Dios mío —susurró—, es el poema del que te hablé hace solo dos días.

—Lo sé, por eso lo saqué de la estantería. Es como si algo nos hubiera conducido hasta él.

—Sí. La verdad, Rebecca, es que nunca me he creído las fantasías de mi bisabuela, como yo las llamaba, pero ahora —Ari observó el tomo que sostenía en la mano— estoy empezando a cambiar de parecer. ¿Crees que Anthony lo ha leído?

—Me parece que no. Ha estado todos estos años en la estantería, pasando como un libro más.

—¿Puedo tomarlo prestado esta noche?

—No es mío, así que no me toca a mí darte permiso.

—Tienes razón, pero creo que no correré el riesgo de preguntárselo a Anthony. —Ari enarcó una ceja—. Gracias, Rebecca.

—Necesito un favor a cambio, Ari.

—Claro. ¿De qué se trata?

—Sé que puede parecer absurdo, pero estoy empezando a pensar que realmente existe una conexión entre Violet y yo. No paro de darle vueltas.

—Te entiendo perfectamente —dijo comprensivo Ari.

—Y... quiero saber cómo murió Violet.

—Comprendo. —Ari miró su reloj—. He de bajar a cenar con Anthony dentro de veinte minutos. Lo mejor es que tú misma leas el relato de Anahita. Ella lo explica todo mucho mejor de lo que podría hacerlo yo.

—¿Te importaría ir a buscarlo ahora? —preguntó Rebecca—. Así podría empezar a leerlo ya.

—En absoluto.

Ari salió de la habitación con el diario bajo el brazo. Regresó minutos después con la carpeta de plástico.

—Te advierto que no es una lectura agradable, pero creo que tienes razón. Deberías saber qué le sucedió a Violet.

—Sí —convino ella.

Cuando Ari se hubo marchado, Rebecca se acurrucó en el sofá, sacó el relato de la carpeta y pasó las hojas para encontrar el punto donde lo había dejado...

Anahita 1920

36

Cuando Donald me dijo dónde tenía pensado que viviéramos tú y yo, lo miré atónita. La primera pregunta que le hice fue qué iba a decir su madre al respecto.

—No dirá absolutamente nada, Anni —me aseguró—. Es ella la que ha provocado esta situación con sus actos egoístas. Si no fuera por mi madre, tú y yo estaríamos ahora casados y criando juntos a nuestro hijo, y Astbury se habría vendido.

Aunque Donald intentaba tranquilizarme, no podía sacudirme la sensación de desasosiego. Yo nunca había sido del agrado de Maud Astbury y la intuición me decía que se debía a algo más que un mero prejuicio racial. Ella sabía que yo veía a través de su fachada externa su alma egoísta.

—¿Y si los sirvientes hablan? —pregunté—. Después de todo, me conocen.

—Lo sé —contestó Donald—, pero ya he pensado en eso. Diremos que te casaste mientras estabas en la India y que desgraciadamente tu marido falleció y te dejó viuda. Quizá convendría buscaros un apellido nuevo. —Posó su mano en la mía—. ¿Vendrás conmigo a Astbury, Anni? Quiero teneros cerca a ti y a nuestro hijo. No es un arreglo perfecto, pero es el mejor que puedo ofrecerte.

Le pedí que me concediera un tiempo para meditarlo. Había mucho de su propuesta que no me gustaba. Vivir cerca de Donald y tener que verlo con su esposa no era en absoluto plato de mi gusto.

Ahora, cuando miro atrás, sé que me hallaba en una situación sumamente vulnerable. Sí, había sobrevivido, pero por los pelos. En Keighley solo había aspirado a mantenernos con vida a ti, Moh, y a mí tras renunciar a pensar en el futuro. Había utilizado todo el dinero de los rubíes para liquidar mis facturas de hospital, pagar el alquiler y comprar comida. Aunque deseaba sinceramente rehusar la ayuda de Donald, el día que dio conmigo me hallaba en la miseria. No podía seguir rechazando su apoyo.

No me habría importado marcharme pronto a la tumba antes que traicionar mi preciada dignidad, pero no podía arrastrarte a ese sino conmigo. La providencia había querido que Donald nos encontrara en el momento justo, y pese a la bilis que trepaba por mi garganta cada vez que pensaba que nos mantenía en la sombra, sabía que no me quedaba más opción que aceptar la solución de Donald, fuera la que fuese.

Durante la última semana que pasé en el bello dormitorio que Selina había tenido la generosidad de prestarme, sentí que recuperaba las fuerzas. El descanso y la buena comida empezaban a devolverme la salud y tenía la cabeza más clara. Aunque la oferta de Donald me pareciera intolerable, por lo menos me daría un respiro. Y cuando estuviera repuesta, quizá podría volver a mi trabajo de enfermera y conseguir de ese modo nuestra independencia.

Pero ¿sería capaz de soportar la idea de que Donald regresara cada día junto a su mujer después de haber estado con nosotros? Ese era el aspecto que más me preocupaba. Nuestro amor había sido siempre tan completo que me costaba creer que pudiera sobrevivir con una tercera persona involucrada.

Entonces un día me llegó a través de Selina, quien le había contado a su amiga Minty que me había encontrado, una carta de Indira donde me comunicaba que estaba embarazada. Con su vehemencia habitual, me hablaba de las náuseas matutinas y la hostilidad de la primera esposa de Varun, que ocupaba un lugar por encima de ella en el palacio pero no en el corazón de su marido.

Esa carta me hizo rumiar sobre mi situación y preguntarme si era muy diferente de la de Indira. En ambos casos, el hombre al que amábamos tenía una esposa que gozaba de preferencia técnica aun cuando, como decía Indira, su corazón nos perteneciera. Si me hubiera casado con un príncipe indio

habría tenido que compartirlo, por lo menos, con otra esposa. Y aunque mi dedo no lucía una alianza, Donald y yo estábamos casados en todos aquellos aspectos que realmente importaban.

Una vez que empecé a verlo de ese modo, me costó menos aceptarlo. El hecho de que Donald se hubiera casado con Violet porque pertenecía a la clase social adecuada y había aportado una dote que había salvado Astbury era un arreglo idéntico al de los matrimonios de los príncipes de mi país. Si pensaba en mí como la segunda esposa de Donald en lugar de como su amante, la situación se me antojaba mucho más aceptable.

Además, cualquier duda que pudiera quedar se veía socavada por el simple hecho de que amaba a tu padre.

—Iremos a Devon contigo —dije al fin.

—¡Oh, cariño! Cuánto me alegro de que hayas aceptado. Anni, sé que no es la situación perfecta y lamento mucho no estar llevándote a Astbury Hall. He pensado en una casita que no se halla dentro de la finca o en el pueblo, sino en los páramos. Además, está aislada, lo cual es importante si quiero ir a verte con regularidad.

—Me gusta la idea de vivir rodeada de paz y soledad, sobre todo si tengo a Moh para hacerme compañía —convine.

—Lleva muchos años cerrada, por lo que tardaré unas semanas en habilitarla. ¿Te importa quedarte en Kensington mientras lo hago?

—Si no representa un problema para Selina.

—Sabes que te adora, y con su bebé a punto de nacer y Henri todavía en Francia, creo que le hace bien tener compañía. Entonces ¿está decidido?

—Yo diría que sí —contesté.

Donald pasó otros dos días con nosotros antes de regresar a Astbury Hall para el fin de semana. Su esposa iba a dar una fiesta para presumir de la nueva decoración y Donald dijo que debía estar presente. Me esforcé por restarle importancia: esa era solo la primera de muchas ocasiones que iba a tener que tolerar si quería formar parte de su vida en el futuro. Le dije adiós con la mano y una sonrisa alegre mientras pensaba en Indira y la imaginaba apretando los dientes e inclinándose ante la primera esposa de su marido.

Las semanas que pasamos aguardando a que nuestro nuevo hogar fuera

restaurado las recuerdo tranquilas. Tú, gracias al generoso consumo de alimentos saludables, a un cuarto limpio y acogedor y unos brazos maternos descansados, empezaste a florecer. En menos de un mes engordaste más de un kilo y comenzaste a gatear, y tu cuerpo ahora robusto te llevaba como una flecha por el suelo del cuarto infantil.

El bebé de Selina llegó sin complicaciones en octubre, y disfruté de la posibilidad de corresponder a su amabilidad cuidando de ella y de la pequeña, a quien los padres pusieron el nombre de Fleur. Y a principios de diciembre Donald nos llevó a Devon. Podía ver que estaba impaciente por mostrarme nuestro nuevo hogar.

Un camino escabroso a través de los páramos nos condujo hasta una hondonada dentro de la cual descansaba acogedoramente una casita. Construida con piedra local, tenía ventanas a ambos lados de la puerta y era preciosa. Me recordaba a la rectoría de Charlotte en Oxenhope. Junto a ella corría el arroyo donde Donald y yo habíamos charlado aquel remoto verano.

Donald dejó el Crossley en la parte de atrás y cerró la verja de una valla de madera alta que tenía como objetivo desalentar a los curiosos. Tomando mi mano, me condujo hasta la puerta de atrás y la abrió. Entramos en una cocina de techo bajo y cruzamos un pasillo hasta una acogedora sala de estar recién pintada, con una chimenea.

Arriba, te acosté en la cuna de la diminuta habitación secundaria que Donald había tenido el acierto de convertir en cuarto infantil. Luego entré en la habitación grande y reparé en las alegres cortinas de ramilletes y la gran cama de bronce cubierta con una colcha de patchwork de vivos colores.

—¿Qué te parece, Anni? —preguntó impaciente.

—Me parece preciosa, Donald —respondí, sinceramente abrumada. Después de la claustrofóbica miseria de Keighley, esta casa me parecía el paraíso.

—He puesto ventanas nuevas, instalado luz eléctrica y añadido un cuarto de baño junto a la cocina. Y... esto es para ti. —Sacó del bolsillo de su abrigo unas hojas y me las tendió.

Las leí por encima.

—En ellas se dice, cariño, que yo, lord Donald Astbury, te concedo el

usufructo de esta casa mientras vivas. Eso significa que nadie puede echarte de aquí, me ocurra lo que me ocurra. Mientras la necesites, esta será tu casa.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Desde que mi padre había muerto y mi madre y yo nos habíamos mudado al zenana, no había tenido un hogar propio.

—Gracias, Donald.

—Anni, cariño, esto no es nada. Tú te mereces mucho más.

Me envolvió con sus brazos y me estrechó con fuerza. Después empezó a besarme. Tal vez fue por el alivio de hallarme finalmente en un lugar seguro, de sentirme tan bien cuidada, que noté que mi cuerpo cedía. Caímos juntos sobre la mullida cama. Quizá se debiera al largo tiempo transcurrido, o a las muchas semanas de proximidad sin contacto físico, pero lo cierto es que hicimos el amor con mucha más pasión que antes. Luego yacimos con los cuerpos entrelazados mientras nuestro hijo dormía plácidamente en la habitación contigua. Me esforcé por apartar de mi mente la imagen de Donald haciendo lo mismo con su esposa.

Curiosamente, fue él quien lo mencionó.

—Ahora recuerdo lo que se siente —dijo con añoranza—. Te quiero, Anni, no imaginas cuánto.

—Y yo a ti, Donald.

Luego nos dormimos, y supe que los dos nos sentíamos en paz por primera vez desde que me fui a la India. Independientemente del pacto que habíamos hecho con el diablo para estar ahí juntos, y por inmoral que fuera, en ese momento nada habría podido ser más justo.

Mucho más tarde, mientras te daba de comer en la cocina, Donald me mostró los armarios que había colmado de comida.

—Y tengo una última sorpresa para ti. Vamos fuera.

Envolviéndote en un chal para protegerte del intenso frío, seguimos a Donald. En el patio cuadrado, al lado del granero, había una cuadra. Donald la abrió y encendió el farol que pendía de un clavo.

—Hola, pequeña, te presento a tu nueva dueña.

Donald acarició el hocico de la yegua. El pelo le brillaba como la caoba recién pulida y tenía una estrella blanca en la frente.

—Todavía no le he puesto nombre. Pensé que debías hacerlo tú, puesto que a partir de ahora es tuya.

Acaricié el suave hocico y tú, atento al nuevo juguete, alargaste los brazos para acariciarlo también.

—Es preciosa, Donald, gracias. La llamaré Sheba, porque parece una reina.

—Es perfecto. No tiene nada que ver con el semental que tanto te gustaba montar, pero es lo bastante mansa para que Moh aprenda a montar dentro de unos años. En el granero también hay una carreta para cuando necesites ir al pueblo.

—Has pensado en todo —dije mientras regresábamos raudos a la cocina y ponía agua a hervir para el té—. Pero sabes que la gente del pueblo enseguida se dará cuenta de que estoy aquí, y más aún si voy al pueblo en carreta — señalé.

—Desde luego, Anni, y seguro que muchos se alegrarán de verte. Y recuerda que dada tu larga relación con nuestra familia, les parecerá de lo más natural que te hayamos ofrecido una casa tras el triste fallecimiento de tu marido —me tranquilizó.

—¿Y qué hay de Violet? —pregunté—. ¿Y si se entera por los sirvientes de que vivo aquí y sospecha algo?

—Te prometo que lo que menos me preocupa es Violet. Actualmente está considerada la mujer más bella de Londres, si no de Inglaterra, y es la estrella de la escena social. Nunca he conocido a una mujer tan segura de su encanto e influencia. Dudo que se le pase por la cabeza, ni siquiera un segundo, que su marido podría estar liado con una viuda india que vive en los páramos.

Donald reparó en mi tirantez.

—Lo siento, cariño. —Me dio unas palmaditas en la mano—. Y en lo que respecta a la relación de Violet con los sirvientes, se diría que son invisibles a juzgar por el interés que muestra por ellos y su vida personal. Lo único que le interesa es que cumplan su función. Los mantiene muy ocupados. Violet se baña dos veces al día y le cambian las sábanas de su cama a diario.

—Como a una reina —susurré recordando los gustos de la maharaní. Claro que todo en la India era víctima del polvo y el calor.

—Sí, y en Estados Unidos fue criada con lo mejor de lo mejor. Creo que piensa que los ingleses, yo inclusive, somos más bien desaliñados. —Donald sonrió—. Lo que intento decirte es que es Violet quien ocupa el centro del mundo de Violet. Dudo que me preste especial atención cuando le hable de tu llegada.

—¿Se lo dirás?

—Por supuesto, aunque actualmente está muy ocupada organizando un gran baile de Navidad. Ha invitado a todos sus distinguidos amigos de Londres. Estoy seguro de que no volverá a pensar en ti una vez que se lo haya dicho.

—Espero que estés en lo cierto. —Tuve un escalofrío involuntario—. Nada de esto es culpa suya. No debemos hacerle daño.

—Lo sé —convino Donald mirando el reloj—. Y, por desgracia, solo falta una hora para la cena y Violet espera que haya vuelto de Londres para entonces. Vendré mañana por la mañana. ¿Estaréis bien aquí los dos solos? Es una casa sumamente acogedora. Ojalá pudiera quedarme, pero me es imposible.

—Estaremos bien —dije mientras tú te agarrabas a la pata de la mesa y tratabas en vano de incorporarte.

—A Moh le falta poco para empezar a hablar, ¿verdad, muchacho? —Donald te dio un beso tierno en la frente—. Será mejor que me vaya. —Se abotonó el abrigo y caminó hasta la puerta—. La buena noticia es que desde aquí puedo cruzar los páramos en coche hasta la carretera y entrar por la verja principal de la finca. O puedo ensillar a Glory y cabalgar directamente desde casa a través de los páramos en quince minutos. Acabarás harta de mí, estoy seguro.

—Lo dudo —dije plantándole un beso en los labios—. Gracias, Donald. Me siento segura por primera vez en muchos, muchos meses.

Me lanzó un beso, dijo adiós con los labios y desapareció.

Después de acostarte en la cuna, me paseé por mi nuevo hogar observando con sumo placer cada rincón que Donald había creado para mí con tanto esmero. Encendí el fuego en la acogedora sala de estar y examiné los libros de las estanterías que flanqueaban la chimenea. Donald había

seleccionado algunas de mis novelas favoritas, historias que supe que leería y releería en las noches venideras.

A lo largo de esos primeros meses de invierno en que los páramos se transformaron en un desierto de nieve donde estaba atrapada, y que Donald atravesaba trabajosamente a lomos de Glory para traernos comida, leche y amor, leí con avidez. Y aunque llevaba una vida solitaria, me descubrí experimentando una creciente paz interior. Quizá la nieve me daba una falsa sensación de seguridad; me aislaba de Astbury Hall y sus habitantes. Vivía en una burbuja con Donald y tú como única compañía.

Mirando atrás, creo que aquellos meses fueron exactamente lo que necesitaba para sanar mi alma maltrecha; durante aquel primer año espantoso de tu vida había habido momentos en que casi perdí la esperanza, en que ya no podía ver, oír o incluso creer en aquellas cosas que siempre me habían guiado, en que deseé la muerte más que la vida y conocí la verdadera soledad. Aunque ahora pasara días sin ver a Donald, sabía a ciencia cierta que me amaba.

Recuerdo esa Navidad como una época difícil. Donald estaba ocupado con las celebraciones de Astbury, adonde habían llegado de Estados Unidos numerosos familiares de Violet para pasar las fiestas con ellos, de manera que apenas le veía. En Nochebuena apareció fugazmente portando una cesta con un pavo lo bastante grande para alimentar a una familia de doce miembros y regalos para ambos. La mañana de Navidad abrí el mío, que descansaba debajo de nuestro abeto. Era un collar de perlas con un mensaje de amor oculto en el estuche. Me lo puse esa mañana de Navidad de 1920 y hoy en día sigue alrededor de mi cuello.

A principios de marzo, cuando la nieve comenzó a fundirse, mi vida en la casa junto al arroyo empezó a cambiar. Donald me dijo que su suegra estaba enferma y que Violet iba a regresar a Nueva York para estar con ella.

—¿No te ha pedido que la acompañes? —le pregunté mientras nos sentábamos frente a la chimenea de la sala de estar y te veíamos intentar dar tus primeros pasos.

—Ya lo creo —dijo Donald—, pero señalé que si he de dirigir Astbury como un negocio tal como espera de mí papá Drumner, la primavera es una

época especialmente mala para ausentarme porque coincide con la temporada de parición de las ovejas. Y a Violet no pareció importarle cuando le dije que debía quedarme.

Esa primavera, una vez que Violet se hubo marchado a América, fue una época especialmente plena. Donald se ponía de acuerdo con Selina para fingir que estaba con ella en Londres. Durante esos pocos días, acudía a nuestra casa, ocultaba el coche en la parte de atrás y vivíamos como una familia normal.

Mientras los páramos revivían a nuestro alrededor, los tres nos deleitábamos en nuestro mundo tranquilo y aislado. El único detalle amargo era que no tenías permitido llamar a tu padre «papá», y Donald y yo debíamos ir con sumo tiento para no cometer deslices en tu presencia. Como no podía ser de otro modo, encontraste tu propia expresión para el hombre que se había convertido en una parte tan importante de tu vida.

—¡Señor Don, ven! —exigías levantando tus bracitos para que te abrazara.

Donald había empezado a llevarte a lomos del poni y te hacía trotar por el jardín mientras chillabas de placer. A menudo traía pequeños sorbetes para ti y esquejes de flores de vivos colores que arrancaba de los terrenos de Astbury para que los plantara en mi jardín.

—Mira —me dijo un día apeándose del lomo reluciente de Glory y tendiéndome una planta diminuta cubierta de espinas—, te he traído un rosal. El jardinero de Astbury estaba replantando los arriates y me dijo que este era un ejemplar muy raro y exótico llamado rosa de medianoche. Enseguida pensé en ti. —Me besó con una sonrisa—. ¿Lo plantamos en el jardín de delante?

Después de aquellos terribles meses en que dudé del amor de Donald, ahora sabía con certeza que me quería. Cuando le oía despotricar —contra la pobreza en la que todavía vivían tantas personas en Inglaterra, la injusticia de que tanta riqueza estuviera en manos de unos pocos, y el hecho de que no pudiera cambiar el mundo pero sí aportar su grano de arena reformando algunas casas de los trabajadores de la finca—, dentro de mí crecía un nuevo respeto por él.

—David Lloyd George hace lo que puede, pero el miedo a los cambios entre los políticos que pertenecen a las clases altas dificulta la aprobación de las reformas —suspiró una noche que estábamos sentados en el jardín.

—Mi padre siempre decía que empujar una roca un centímetro en el transcurso de una vida era lo mismo que lanzar cien guijarros al mar cada día. Los grandes cambios llegan despacio, pero acaban por producirse, Donald —le aseguré—. Ahora eres un caso extraño, pero son muchas las personas que poco a poco empezarán a ver el mundo como tú.

—De niño mi madre me veía como un bicho raro porque era amigo de uno de los hijos de los mozos de las cuadras. Recuerdo que yo insistía en que comiera con nosotros porque siempre parecía hambriento. Solía robar comida de la cocina para dársela. Antes no soportaba el sistema de clases y ahora tampoco.

—Me estaba preguntando —dije cambiando de tema— si podría visitar Astbury Hall antes de que tu esposa regrese de Estados Unidos para ver si las hierbas medicinales que planté en el huerto siguen ahí. Me gustaría cortar esquejes y empezar mi propio herbario.

—¡Claro! Recuerda, Anni, que el único secreto es el que compartimos tú y yo, no tu presencia en Astbury. No es necesario que te escondas ahora que ha llegado la primavera. De hecho, resultaría más natural si no lo hicieras. —Me acarició la mejilla—. Siempre y cuando me acuerde de no tocarte delante de la gente. —Sonrió mientras echaba una ojeada al reloj de la cocina—. Hora de ponerme en marcha. —Suspiró—. La parición está a punto de empezar.

U

nos días después fuimos con la carreta y el poni a Astbury Hall y descubrí que muchas de las hierbas que había plantado en un recodo protegido del huerto habían prosperado. Me hallaba de rodillas tratando de impedir que las arrancaras con tus manos entusiastas, cuando escuché una voz familiar a mi espalda.

—¡Pero mira quién está aquí!

—¡Señora Thomas! —sonreí mientras se acercaba con su cesta para recoger las hortalizas que necesitaba para la cena.

—Había oído que había vuelto, señorita Anni. Tilly me contó que la semana pasada la vio en el pueblo, pero le dije que veía visiones.

—Llevo aquí desde el invierno, pero la nieve en los páramos era profunda y no me encontraba bien —expliqué.

—También me ha llegado eso, y que su marido falleció. Lo lamento mucho, cielo. Debió de ser muy duro para usted con un hijo pequeño. Le ha salido muy guapo —añadió la señora Thomas dirigiendo su atención hacia ti. Te diste la vuelta, la miraste y la saludaste con la mano—. Anda, si tiene los ojos azules —comentó—. ¡No sabía que los indios tuvieran los ojos azules!

—Su padre los tenía, como algunos indios —respondí ocultando el pánico que se había adueñado súbitamente de mí.

—Hay que ver lo ignorante que soy. En cualquier caso, es un niño precioso y usted ya no es una extraña en esta casa. Cuando haya terminado aquí fuera, venga a la cocina para que los demás sirvientes conozcan a su pequeño. Estarán encantados de verla, querida.

—Es usted muy amable, señora Thomas. Enseguida voy.

En cuanto se dio la vuelta, te miré y comprendí con nerviosismo que tus ojos azules desvelaban al instante el secreto que tu padre y yo guardábamos.

Una vez en la cocina, los sirvientes se agolparon a nuestro alrededor. Después de tantos meses de aislamiento agradecía su afecto y cordialidad sinceros. Te colmaron de bizcocho y chocolate, hasta que tuve que decir

basta por miedo a que te pusieras malo. Me senté a la mesa de la cocina y disfruté de una taza de té mientras los sirvientes me acribillaban a preguntas. Las respondí todas como mejor pude, incluso me inventé el nombre de «Jaival Prasad» para mi marido imaginario.

—Supongo que estará al corriente de lo mucho que han cambiado las cosas en Astbury —dijo la señora Thomas enarcando las cejas—. Lord Donald se casó el año pasado con una estadounidense y hemos tenido que aprendernos los nuevos gustos de lady Violet.

—Y que lo diga —susurró Tilly ente dientes.

—Aunque hay que reconocer que la presencia de lady Violet ha traído cosas buenas —añadió la señora Thomas—. Yo tengo una cocina nueva —la señaló— y un montón de cacharros también nuevos. La señora dijo que los viejos eran antihigiénicos y yo le repliqué que nadie había muerto aún en mi mesa. Pero he de admitir que estoy muy contenta con mis ollas nuevas.

—¿Le gusta lady Violet? —pregunté, incapaz de contenerme.

—No está mal —contestó la cocinera—, pese al poco caso que nos hace a los de aquí abajo. No sabía nada de comida inglesa ni de lo que debía servirse en una casa como esta, así que tuve que decirle cuatro cosas. Ahora me deja hacer. No le interesa especialmente lo que pone dentro de su cuerpo. ¡Le interesa más lo que le pone encima!

Los sirvientes rieron.

—No he conocido a mujer más vanidosa —dijo Tilly—. Aunque estuve hablando con la doncella de una lady que estuvo aquí y me dijo que todos los yanquis son iguales. Lady Astbury mandó hacerse una pared entera de roperos y ya no cabe otra prenda en ellos.

—Pero es muy guapa —añadió tímidamente la fregona—. Nunca he visto una mujer tan guapa.

—Eso es verdad —convino la señora Thomas—, pero ¿no lo seríamos todas si dedicáramos a nuestro aspecto el mismo tiempo que ella y tuviéramos dinero para adornarnos con todos esos vestidos?

—¿Es amable? —insistí, pensando que no había oído ningún comentario acerca de Violet como persona, solo sobre lo rica y bella que era.

—Lo justo —respondió Tilly—. Cuando la ayudo a peinarse y vestirse

para la cena solo habla de sus ropas y sus joyas. Creo que jamás me ha hecho una sola pregunta sobre mi vida.

—Podría ser peor —dijo la señora Thomas—. Por lo menos no es una sargenta como la que se ha mudado a Dower House. Y además, la casa tiene vida y se llena de gente joven en lugar de viudas. Astbury ha resucitado desde la llegada de lady Violet y todos debemos agradecerérselo.

A partir de ese día nunca me faltaba compañía. Nos invitaban constantemente a las casas de los sirvientes del pueblo o a la feria que llegaba cada pocos meses a Astbury Green. Yo me aseguraba de que fuéramos tú y yo quienes los visitáramos a ellos, señalando que resultaba mucho más práctico porque disponía de una carreta y había por lo menos siete kilómetros desde el pueblo hasta mi casa cruzando los páramos. Aun así, vivía con el temor de que alguna amiga se presentara sin avisar mientras Donald se hallaba de visita.

En el pueblo empezó a correr la voz de mi regreso a Astbury, así como de los remedios de hierbas que había empezado a utilizar de nuevo para aliviar la artritis de la señora Thomas, la bronquitis de Tilly e incluso la gota del mayordomo. Los esquejes que había tomado del huerto de Astbury y replantado en el mío habían agarrado bien y crecían deprisa. Donald estaba construyendo un pequeño invernadero para protegerlos de la escarcha invernal, y en mis paseos por los páramos me cruzaba con multitud de plantas medicinales locales que añadía a mi colección.

Muchas tardes de ese verano me encontraban cruzando los páramos en la carreta, contigo a mi lado, rumbo a la casa de algún habitante del pueblo con un hijo con fiebre. Esas gentes no disponían de ninguna clase de atención médica. El médico cobraba una pequeña fortuna por una visita y la mayoría, sencillamente, no podía pagarla. Yo no pedía remuneración alguna; la mirada de una madre aliviada era suficiente.

También empecé a percatarme de que mi experiencia como enfermera tradicional era un buen complemento a mis conocimientos sobre hierbas ayurvédicas. Podía determinar si mis remedios iban a funcionar o no. Y si el paciente estaba demasiado enfermo para beneficiarse de mi ayuda, le comunicaba que el hospital era la única opción.

En julio, durante un bautizo en el pueblo, volví a encontrarme con el médico local. No le había visto desde el día que llegó demasiado tarde para traer al bebé de Selina al mundo, tantos años atrás.

—Debo darle las gracias, señora Prasad —dijo el doctor Trefusis con una leve inclinación de cabeza—. Me ha aligerado la carga de trabajo y la gente del pueblo está beneficiándose de sus conocimientos. ¿Ha pensado alguna vez en retomar su profesión? Una enfermera local sería una bendición para todos.

—Lo he pensado, pero tengo un hijo pequeño que criar y un empleo fijo me ocuparía demasiado tiempo —expliqué—. Además, me temo que la profesión médica no vería con buenos ojos que utilice hierbas de la región para ayudar a mis pacientes.

—Probablemente no —convino el médico—. Sin embargo, a mí me encantaría aprender. Todo aquello que proporcione a los pobres una fuente gratuita de curación es algo positivo. Siga adelante con su buena labor.

—Últimamente, con tanta misión altruista apenas te veo —comentó Donald a finales de agosto. Violet estaba a punto de volver de Estados Unidos, de modo que Donald había «ido a Londres» y se hallaba pasando unos días con nosotros en la casita.

—Me mantiene ocupada —respondí—, y me gusta ayudar a la gente.

—Lo sé. —Se llevó a la boca una cucharada del guiso que había preparado para los dos—. Aunque me temo que en invierno lo tendrás más difícil.

—Sheba es un poni fuerte y está acostumbrada a los páramos. Estoy segura de que aguantará perfectamente bien si vuelve a nevar este año.

—Creo que debería instalarte un teléfono —caviló Donald—. Así por lo menos podría ponerme en contacto contigo si surge un problema, y la gente del pueblo podría utilizar el de la oficina de correos cuando un paciente te necesite con urgencia.

—Te lo agradezco, Donald, pero los teléfonos son muy caros y preferiría que no te gastaras más dinero conmigo.

—Anni, cariño, tu mantenimiento representa un gasto mínimo —dijo para tranquilizarme—. Oye, si estuviéramos casados no lo dudarías ni un segundo.

Y lo estamos, cariño, en todos los aspectos salvo el del apellido. Además, el hecho de que estés ayudando a la gente del pueblo me parece maravilloso y estoy muy orgulloso de ti. Por tanto, instalarte un teléfono es lo mínimo que puedo hacer para ayudarte.

—Está bien —acepté con un suspiro—, gracias.

—Lo que tú haces contrasta tanto con mi querida esposa... —suspiró Donald a su vez—. Violet no hace absolutamente nada para ayudar a nadie salvo a sí misma. Si te soy franco, temo su regreso de Nueva York. A ti y a mí solo nos queda una noche juntos. Es muy poco, ¿no crees?

—Estoy agradecida por lo que hemos tenido, Donald —respondí, si bien el apetito se me fue de repente.

—Puede que tarde unos días en poder hacer una escapada —me previno Donald a la mañana siguiente, antes de marcharse a Astbury Hall—. Adiós, cariño. Cuida de ti y de nuestro hijo.

—Lo haré —dije con la mirada vidriosa. Aunque no tardaría en volver a verle, sabía que regresaba a su otro mundo y que ya no lo tendría solo para mí.

Otro invierno se aproximaba y con la llegada del frío el tiempo que dedicaba a mis pacientes aumentó, pero agradecía la distracción. Desde el regreso de Violet había visto mucho menos a Donald. Habría parecido extraño que se ausentara de Astbury con demasiada frecuencia después de haber pasado seis meses separado de su esposa. Se dejaba caer por casa siempre que podía, a menudo camino de Londres para una fiesta o un baile.

—Casi todos sus amigos son tan aburridos y arrogantes que a duras penas los soporto. Pero —dijo con un suspiro— he de hacer lo que se espera de mí.

Una noche de mediados de diciembre se presentó en casa de manera inesperada. Estaba demacrado y ojeroso y me miraba atemorizado.

—¿Qué ocurre? —pregunté, consciente al instante de que algo pasaba.

—Tengo una noticia —dijo derrumbándose en una silla de la cocina.

—¿Mala? —inquirí mientras ponía el hervidor de agua a calentar.

—Dudo que los demás la califiquen de mala, pero me preocupa que tú sí lo hagas, Anni. Y quería decírtelo antes de que te enteraras por otras personas. Ya sabes cómo son las cosas por aquí; las noticias, sobre todo de

esta índole, se propagan como el fuego. Y estoy seguro de que los sirvientes ya lo han notado.

—Habla de una vez —supliqué sin apenas atreverme a pensar qué podía ser.

Donald respiró hondo. Luego, incapaz de mirarme a los ojos, clavó la vista en el suelo.

—Violet... está embarazada.

—Ya. —Comprendí entonces por qué Donald creía que yo sería la única persona que no se alegraría de la noticia.

—Dime la verdad, Anni, ¿te importa?

¡Naturalmente que me importaba! No el hecho del bebé, sino el proceso íntimo que se requería para engendrarlo. Sufrí un escalofrío involuntario. No obstante, quería comportarme dignamente delante de Donald. Había aceptado esa vida consciente de sus implicaciones.

—Es natural que tu esposa y tú queráis formar una familia. Y un heredero para la finca —añadí tratando de mantener a raya la amargura en mi voz—. No soy la persona más indicada para que me importe, ¿no crees?

—Por supuesto que sí —espetó Donald, súbitamente enfadado—. Si la situación fuera al revés y esto me lo estuvieras diciendo tú a mí, creo que no podría soportarlo.

—No tengo voz ni voto en este asunto, por lo tanto lo soportaré —repuse con firmeza.

—También quiero que sepas, Anni, que el proceso de hacer ese hijo ha sido un acto obligado, no de placer.

Deseaba creer sus palabras, y la verdad es que no dudaba de su sinceridad, pero aun así la idea me desgarraba el alma.

—Lo peor de todo es que Violet no está teniendo un buen embarazo. Ha cancelado todos sus compromisos de las semanas venideras porque dice que se encuentra muy mal, y está en cama. Lo que quiere decir, desafortunadamente, que durante una temporada no tendrá la mente ocupada como de costumbre y me veré obligado a pasar mucho más tiempo en casa con ella. Lo siento muchísimo, Anni.

—Encontraremos la manera, estoy segura. No será la primera vez,

después de todo.

—Sí, pero cada día siento un poco más que la vida que llevo con Violet en Astbury Hall es una farsa—se lamentó.

—No podemos hacer nada al respecto, así que debemos conformarnos con lo que tenemos. —Sabía que mi tono era seco, pero todavía estaba intentando asimilar las repercusiones de lo que Donald acababa de contarme. Por el momento, me veía incapaz de mostrarme comprensiva.

—Sí. —Me miró con cara de culpa—. Perdona, cariño, hoy más que nunca debería ser yo el que estuviera consolándote a ti. Por desgracia, debo irme. El doctor Trefusis está a punto de llegar para visitar a Violet. —Se levantó y me dio un beso en la coronilla—. Vendré a verte en cuanto pueda.

38

D

Donald me contó que el doctor Trefusis había dictaminado que Violet estaba perfectamente. Le recetó carbón vegetal para las náuseas y reposo hasta que estas remitieran. Tenían pensado hacer pública la noticia una vez superadas las doce semanas de embarazo, pero ya se lo habían comunicado a sus padres.

—Debo irme —se disculpó Donald cuando vino a vernos unos días más tarde—. Mi madre me ha pedido que le visite esta tarde en Dower House para hablar de lo que denominó «un asunto delicado». A saber qué demonios quiere.

Cuando se hubo marchado, también yo me pregunté qué podía querer.

Sabía que Maud Astbury era mi peor enemiga, el cuervo negro en mi hombro aguardando la oportunidad de picotear mi trocito de felicidad. Cuando Donald llegó al día siguiente, comprendí por la expresión de su cara que el encuentro había tenido que ver conmigo. Preparé té y lo llevé a la sala para disfrutar del calor de la chimenea.

—¿Qué te ha dicho? —le pregunté.

—Que corren rumores sobre mis idas y venidas. Al parecer, he sido visto cabalgando regularmente por los páramos.

—Eso no es ningún crimen.

—En una dirección concreta —puntualizó.

—Entiendo. ¿Por quién?

—Por lo visto el pastor le contó a su esposa, quien a su vez se lo dijo a su amiga, la señora Thomas, la cual se le contó a Bessie, la criada de mi madre, que durante los meses de primavera y verano me había visto a menudo con mi caballo por los alrededores de esta casa. Como es lógico, le dije a mi madre que eso no era un motivo para engendrar rumores —añadió Donald—. Después de todo, siempre he cabalgado por los páramos en esta dirección para dar de beber a Glory en el arroyo.

Seguí escuchando en silencio.

—Mi madre hizo exagerado hincapié en el hecho de que soy el señor de la finca y que el personal analiza y comenta cada paso que doy —explicó cansinamente—. Dijo que la razón de que me haya planteado el asunto justo ahora es que Violet está embarazada y el médico ha señalado que se encuentra delicada. Dijo que no quería que esos rumores, por inocentes que fueran, llegaran a oídos de Violet mientras llevara dentro al heredero de Astbury Hall. Añadió que, aunque solo fuera por una cuestión de decencia, mis visitas a esta casa deberían cesar por el momento.

—Entiendo.

—Si te soy sincero, Anni, me hizo sentir como un auténtico canalla cuando dijo que mantener una relación delante de las narices de mi esposa era algo horrible, pero que hacerlo mientras esperaba un hijo era repugnante.

—Por mucho que me duela, esta vez creo que tu madre tiene razón —dije al fin—. Violet no sabe nada de esto, y eso la convierte en una víctima mayor

que nosotros.

—Lo sé, Anni. —Bajó la cabeza, avergonzado—. Ella no se merece esto y aún menos en este momento.

—No, no se lo merece. Y aunque tu madre esté utilizando su embarazo como un arma para intentar destruirnos, tú y yo debemos mostrar compasión por Violet. No creas que el sentimiento de culpa por estar engañándola no me asalta a mí también todos los días —añadí—. Debemos actuar con decencia e integridad durante este tiempo. Así pues, tienes que dejar de venir a verme.

—¿Y qué harás tú, Anni? ¿Cómo conseguirás sobrellevarlo? De hecho, ¿cómo conseguiré hacerlo yo?

—Podríamos escribirnos, como antes.

—Muy graciosa. —Donald soltó una risita amarga.

—Es lo mejor para todos.

—¿Cómo voy a mantenerme alejado de ti?

—Tienes que hacerlo.

Me besó la mano con ternura.

—Bien, parece ser que debemos separarnos una vez más. Pero solo temporalmente, hasta que nazca el niño.

—Ya verás como estos meses pasan volando —le tranquilicé.

—Mi Moh tendrá casi tres años cuando vuelva a verle —se lamentó.

Caminamos hasta la puerta de la cocina y nos abrazamos.

—No te inquietes, Anni, encontraré la manera de ponerme en contacto contigo. Te quiero.

—Adiós, Donald —susurré.

Y después de esa conversación me dispuse a pasar más tiempo aún separada del hombre al que amaba. No obstante, el hecho de estar juntos en ese pacto, decididos ambos a hacer lo correcto, hacía que me resultara un poco más fácil. Me mantenía ocupada contigo y mis pacientes, y procuraba no pensar demasiado en nuestra forzosa separación.

La Navidad llegó y por la mañana encontré en mi puerta una cesta con otro pavo enorme, chucherías varias y regalos para ti y para mí. Por la noche me sumé a la gente del pueblo en el salón municipal para la fiesta de Navidad. Era maravilloso observar cómo se te iluminaba el rostro al ver los

llamativos adornos que pendían de las paredes.

En Nochevieja, Tilly y Jim, su encantador marido, nos invitaron a su casa. Tenían una hija llamada Mabel que era casi de la misma edad que tú.

—Feliz Año Nuevo —susurré en silencio a Donald cuando las campanas de la iglesia anunciaron la entrada del nuevo año. En cierto modo, tenerlo tan cerca y sin embargo tan lejos hacía aún más dura nuestra separación.

—¿Estás bien, Anni? —me preguntó Tilly rodeándome con su brazo—. Pensando en tu pobre marido, imagino.

—Sí —contesté.

—Estoy segura de que algún día habrá alguien para ti, Anni. Eres tan guapa e inteligente que dudo mucho que vayas a estar sola mucho tiempo.

En ese momento mi corazón me pidió a gritos que le contara a mi amiga la verdad acerca de mi situación, que me confiara a alguien, pero sabía que no podía. No tenía más remedio que cargar sola con mi secreto.

Quiso la suerte que Donald y yo nos viéramos mucho antes de lo que esperaba.

Una fría noche de enero, mientras te bañaba en la tina junto a los fogones de la cocina, oí unos cascotes detenerse en mi patio. Como nadie venía a verme de noche, me dije que solo podía ser Donald. Llamó educadamente a la puerta de la cocina y la abrió.

—¿Qué haces aquí? ¿No habíamos acordado...?

—Sí, y quiero que sepas que mi esposa sabe que he venido —dijo, todavía jadeante por la cabalgada.

—¿De qué demonios hablas?

—¿Puedo entrar? —me preguntó—. ¿Para que pueda explicártelo?

Me aparté para dejarle pasar.

—¡Señor Don!

Los ojos se te iluminaron al ver a tu padre y empezaste a chapotear.

—Hola, campeón —dijo Donald con una gran sonrisa. Te besó en la cabeza enjabonada y se volvió hacia mí—. Verás, por desgracia las náuseas de mi esposa persisten. No soporta el olor a comida y, como consecuencia de ello, no se alimenta. El doctor Trefusis no está especialmente preocupado, dice que tarde o temprano se le pasarán, pero Violet está muy deprimida.

—Algunas mujeres sufren mucho durante el embarazo —dije mientras me preguntaba por qué me estaba contando todo eso.

—Lo que me lleva a la razón de que esté aquí. Parece ser que Violet ha oído hablar a los sirvientes de los milagros que haces con tus remedios especiales a base de hierbas y quiere que la visites para ver si puedes darle algo a fin de reducir las náuseas.

Le miré como si hubiera perdido el juicio.

—¡No puedes hablar en serio!

—Ya lo creo que sí, Anni. Tu fama se ha extendido, y el problema es que ahora parecería muy extraño que te negaras a atender a lady Astbury cuando es ella la que ha solicitado expresamente tu ayuda. Lo sé —Donald meneó la cabeza y encogió los hombros—, jamás imaginé que algún día vendría a verte por orden explícita de mi esposa.

—Oh, Donald...

Tal vez se debiera a la liberación de tensión acumulada por no haberle visto durante semanas, o a la irónica situación en la que ahora nos encontrábamos, pero el caso es que empecé a reír. Instantes después, y visiblemente aliviado, Donald me imitó mientras tú, cariño, mirabas a tus padres desde la tina con cara de pasmo.

—En realidad no tiene gracia —dije al fin, secándome las lágrimas con la toalla.

—No, no la tiene —convino Donald—. Cuánto me alegro de verte, Anni —dijo atrayéndome hacia sí—. ¿Me has echado de menos tanto como yo a ti?

—Más —contesté sinceramente, adorando la sensación de volver a estar entre sus brazos—. De modo que lady Astbury solicita mi presencia —dije al tiempo que me separaba para sacarte de la tina.

—Así es. Le dije que no sabía si estarías en casa, pero que te dejaría una nota. Quiere que la visites en cuanto te vaya bien. ¿Mañana por la mañana, quizá?

—Tendré que consultar mi agenda, naturalmente —dije con un brillo pícaro en la mirada mientras te secaba sobre mis rodillas—, pero estoy segura de que podré encontrar un hueco para tu mujer.

—Gracias, Anni. En serio, cualquier cosa que puedas hacer será bien

recibida. Lo está pasando muy mal, la pobrecilla, y se asegura de que todo el mundo se entere.

—Iré a primera hora de la mañana en la carreta. Dile que me espere en torno a las nueve y media —concreté en tanto resbalabas de mis rodillas y caminabas hasta tu padre con los brazos extendidos.

—Abrazo, señor Don —exigiste, y te subió a su rodilla.

—Cuánto ha crecido en apenas unas semanas. —Donald acarició tu pelo suave y oscuro.

—Sí, y ya habla como una cotorra. Pediré a Tilly que cuide de él mientras atiende a tu esposa. Como probablemente sabes, Tilly ya no trabaja en Astbury Hall. Jim, su marido, ha sido ascendido a subjefe de la oficina de correos.

—Perfecto, y aprovechando que estoy aquí... —Donald se llevó una mano al bolsillo y sacó algunos billetes de la cartera—. Toma, al menos ahora ya no tendré que utilizar al marido de Tilly para entregarte esto en una carta. — Sonrió.

—Gracias. —Odiaba ese momento, pero dadas mis circunstancias poco podía hacer para cambiarlo.

—Señor Don, ¿caballo? —preguntaste con expectación.

—Hoy no, chiquitín —contestó apesadumbrado Donald—, pero te prometo que la próxima vez que venga te daré un paseo a lomos de Sheba. Ahora debo irme.

Pusiste cara de pena y seguiste a Donald hasta la puerta. Cuando te levanté del suelo para consolarte, pregunté:

—¿Estarás mañana en casa con Violet?

—Por el bien de todos, creo que será mejor que desaparezca del mapa.

—Estoy de acuerdo —convine.

Cuando se hubo marchado, te acosté y me senté junto al fuego mientras rumiaba sobre la inesperada visita de Donald y el motivo de la misma. Aunque al principio me había reído de la irónica situación y le había quitado hierro, mis sentidos entonaban una melodía emocional diferente.

Esa noche, mientras intentaba conciliar el sueño, oí el canto. Sonaba lejano, pero era inconfundible. Y me advertía de un peligro.

Al día siguiente, después de dejarte en casa de Tilly, conduje la carreta hasta Astbury Hall. Entrando como siempre en la cocina por el vestíbulo, fui recibida con sonrisas.

—Estamos encantados de verla, señorita Anni —dijo la señora Thomas—. Le dije a la señora que si alguien podía ayudarla, esa era usted. ¿Cree que podrá? Porque ya no sé qué prepararle para conseguir que coma.

—Espero que sí, pero primero he de examinarla —respondí en el instante en que Ariane, la nueva doncella francesa de Violet, entraba en la cocina para acompañarme arriba.

—Cruzaremos los dedos. Estamos todos muy preocupados por ella —añadió la señora Thomas.

—Le prometo que haré cuanto esté en mi mano.

Seguí a Ariane por el laberinto de pasillos que conducían al vestíbulo principal. Mientras subíamos me sorprendió lo mucho que la casa había cambiado y vi que Violet se había salido con la suya con los retratos que flanqueaban la escalera. Estos habían sido reemplazados por asombrosas obras de arte moderno.

—Espere aquí, *s'il vous plaît* —dijo la doncella tras hacerme pasar a la salita de estar lujosamente decorada—. Le anunciaré a la señora.

Me percaté de que la temperatura en la estancia parecía la de un horno, tan sofocante que me recordaba a mis días en la India.

—La señora la recibirá ahora —dijo Ariane apareciendo en la puerta del dormitorio.

La seguí tímidamente hasta la habitación, que encontré tan cargada como la sala de estar. Mi instinto inmediato fue abrir los ventanales y dejar entrar aire fresco.

En la cama, por cuyos costados caían cortinas de elaborado brocado, yacía una figura pálida y empequeñecida por el gran tamaño del lecho.

—Buenos días, lady Violet. —Hice una reverencia—. Me llamo Anahita Prasad. Creo que quería verme.

—Así es, después de oír a los sirvientes hablar de sus maravillosos remedios —dijo con su suave voz estadounidense—. Acérquese, por favor... Ariane, ¿te importaría traer una silla para que la señora Prasad pueda sentarse

a mi lado?

Ariane obedeció y tomé asiento mientras observaba detenidamente a la mujer que era la esposa de Donald. Parecía tan joven, apenas una chiquilla. Con su pelo rubio, sus enormes ojos castaños y sus labios perfectos sobre una piel blanca e impecable, me recordaba a una frágil muñeca de porcelana. Enseguida me di cuenta por sus gestos de que estaba débil, casi con certeza a causa de la falta de alimento.

—Me alegro mucho de que haya venido, señora Prasad. El propio doctor Trefusis dijo que no me haría ningún daño verla.

—Es un placer, señora. Estoy segura de que el doctor Trefusis le informó de que además de practicar la medicina ayurvédica, me he formado como enfermera.

—Cualquiera de las dos cosas me parecerá bien si me ayuda a encontrarme mejor. —Violet suspiró—. Llevo semanas con unas náuseas tremendas.

—¿Le importa que la examine?

—Adelante. Últimamente me han hurgado y pinchado tanto que he perdido toda mi dignidad.

Me tomé mi tiempo para comprobar sus constantes vitales, suponiendo que tendría el pulso acelerado, si bien muchas mujeres lo tenían durante el embarazo, pero su temperatura era normal y el ritmo cardíaco estable y constante. Tanteé al bebé, que parecía pequeño para el número de semanas, pero estaba decididamente vivo. Violet tenía la piel pegajosa, pero deduje que se debía al calor agobiante de la habitación más que a un problema físico. A continuación miré bajo los párpados y encontré síntomas de anemia.

Cuando hube terminado un examen exhaustivo tanto a nivel tradicional como holístico, me lavé las manos en la jofaina y volví a sentarme.

Violet había permanecido callada y dócil durante el reconocimiento, pero ahora podía ver la expectación en sus ojos.

—Creo que puedo ayudarla.

—¡Gracias a Dios! Llevo varios días postrada en esta cama creyendo que iba a morir.

—Está perfectamente, se lo prometo. ¿Le ha mencionado el doctor

Trefusis que tiene anemia?

—No. —Violet meneó la cabeza—. Se ha limitado a recetarme caldo de pollo, algo que detesto. ¿Qué es anemia? ¿Es grave?

—No si se diagnostica a tiempo y se trata. Significa que el bebé está agotando las reservas de hierro de su cuerpo —expliqué—, lo que hace que se sienta apática y falta de energía. Pero tiene fácil arreglo, se lo prometo. ¿Ha oído hablar alguna vez de la cerveza negra?

—¿No es lo que beben los obreros del muelle? —Violet hizo una mueca de asco.

—Sí, pero también es muy buena para las mujeres embarazadas porque contiene mucho hierro. No es especialmente agradable, pero le aseguro que le ayudará sobremanera. También pediré a la señora Thomas que cocine todo lo que coma en una sartén de hierro. La comida absorbe el hierro de la sartén y es una forma natural de introducir esa sustancia en su cuerpo.

—Pero ahí está justamente el problema —gimió Violet—, ¿que soy incapaz de comer! Hasta el olor de la comida me produce arcadas.

—Creo que también podremos solucionar eso. En casa tengo jengibre fresco. Lo traeré y le pediré a la señora Thomas que le prepare infusiones con él. Va muy bien para calmar un estómago revuelto y aliviar las náuseas. Por el momento, debe beber tres infusiones al día como mínimo.

—¿Jengibre? —Violet arrugó su preciosa nariz—. ¡Diantre, los remedios que me está recetando hacen que me sienta aún peor!

—Le aseguro que le ayudarán. También le prepararé un bebedizo de hierbas que no solo le calmará la sensación de náuseas, sino que le subirá la energía y devolverá el color a sus mejillas. Anotaré las instrucciones en el frasco. Y no —reconocí—, no tiene un sabor muy agradable que digamos. Por último, lady Violet, en esta habitación hace demasiado calor. Debe bajar la calefacción y dejar que entre aire fresco. Y un corto paseo cada día por el jardín no le hará ningún daño ni a usted ni al bebé. Quedarse aquí arriba, sola y deprimida, no le está haciendo ningún bien.

—Pero fuera hace un frío terrible. —Violet se estremeció.

—Lo sé, pero puede abrigarse bien. Y si hace todo lo que le digo, no tardará en corretear por el jardín como un corderillo.

—¿Está segura?

—Del todo.

—Bien. —Violet suspiró, resignada—. Supongo que no tengo nada que perder por seguir sus consejos. Esas cosas no serán peligrosas para el bebé, ¿verdad?

—Si fueran peligrosas no se las daría.

—No, claro que no. —Violet se sonrojó ante su desacertada observación.

—Bajaré a hablar con la señora Thomas. Intentaremos idear algo sabroso pero tan nutritivo como el caldo de pollo.

—Solo eso ya sería un gran paso. —Me lanzó una mirada cómplice.

—Volveré dentro de unos días —dije levantándome—. Pero si me necesita antes, hágamelo saber.

—De acuerdo, y no se moleste en traerme los remedios que me ha recetado. Ya la he entretenido suficiente y sé por los sirvientes que tiene un hijo pequeño. Enviaré a alguien a recogerlos esta tarde.

—Gracias. Me alegro de poder ayudarla.

—Adiós, señora Prasad. —Violet me sonrió cuando me dirigía a la puerta—. Entréguele la factura al mayordomo.

—Oh, no, no cobro. Mis servicios son gratuitos. Buenos días, lady Violet.

De nuevo en la cocina, escribí una lista de instrucciones y se las expliqué a la señora Thomas.

—Si estas cosas que receta funcionan, yo soy el rey de Inglaterra, aunque teniendo en cuenta cómo nos ha curado a muchos de nosotros, estoy dispuesta a darle un voto de confianza.

—Gracias, señora Thomas. Ahora he de ir a casa de Tilly a recoger a mi hijo. Se estará preguntando dónde estoy.

Esa tarde Donald se personó en casa y le entregué el jengibre y el remedio de hierbas que le había preparado a Violet para aumentar su nivel de energía.

—Si empieza a tomar estas cosas de inmediato, notará una mejoría en cuestión de días —le dije.

—Gracias, Anni. —Se guardó el jengibre y el remedio en el bolsillo del abrigo—. Me aseguraré de que Violet haga lo que le dices. Eres muy buena

por ayudarla, dadas las circunstancias.

—Es un ser humano y está sufriendo —señalé mientras lo acompañaba a la puerta—. Es normal que quiera intentar ayudarla.

Cuando, una semana después, regresé a Astbury Hall, fui conducida arriba pero esta vez una Violet vestida con ropa de calle me recibió en la salita de estar.

—¡Señora Prasad! —Se levantó de un salto y, para mi bochorno, me abrazó—. ¡Es usted milagrosa! ¡Míreme!

Así lo hice, y vi que tenía las mejillas sonrosadas y que sus ojos brillaban con una nueva vitalidad.

—Parece que está mucho mejor. —Sonreí.

—¡Sí! Aunque todavía no me lo creo. Al principio estaba segura de que esos repugnantes bebedizos me provocarían aún más náuseas, pero no fue así. Y he hecho lo que me dijo, cada día, al pie de la letra, ¡y ha funcionado! Oh, Anni... ¿Puedo llamarla Anni? Todos los sirvientes la llaman así. ¿Cómo puedo agradecersele?

—No tiene que agradecerme nada. Me alegro mucho de que esté mejor.

Me señaló la butaca de enfrente y tomé asiento.

—El doctor Trefusis me visitó ayer y no podía creer mi transformación. Obviamente, le conté que usted vino a verme y que era un auténtico bálsamo —me explicó Violet con la mirada llena de admiración y gratitud—. Ayer le envié un telegrama a mi madre. Era tal su preocupación que estaba a punto de subirse a un barco para venir a verme. Pero ella tampoco está bien, así que le dije que ya no hacía falta porque me encontraba de maravilla. Cuando venga de Nueva York para el parto, ¿tendría la amabilidad de examinarla si para entonces no ha mejorado?

—Será un placer.

—Incluso tengo ganas de invitar a algunos amigos a pasar unos días con nosotros. La casa ha estado muy vacía desde que enfermé.

Me sentía satisfecha con el cambio experimentado por Violet. Comprendí que la euforia que mostraba era parte de su carácter, y me gustó.

—Es un placer para mí comunicarle que puede dejar las infusiones de jengibre. Tómeselas solo si nota el estómago revuelto. Le he dado a la señora

Thomas hojas de menta, que también ayudan a aliviar las náuseas y seguramente le resulten más agradables al paladar, pero me temo que ha de continuar con la cerveza negra.

—Oh, ya me he acostumbrado a ella. Donny se parte de risa cuando me ve beberla —rió—. Ah, señorita Anni, ha estado tan cariñoso y pendiente de mí. ¡Creo que querría abrazarla tanto como yo!

Mantuve los músculos de la cara estáticos y me levanté.

—Debo irme. Hay un bebé en el pueblo al que debo visitar con urgencia.

—Claro. —Violet se levantó también—. Espero poder disfrutar de su compañía con más frecuencia. ¿Cree que podría hacer un hueco en su tiempo para asistir a una de mis cenas?

—Eh... —balbuceé—, me temo que eso no será posible. Tengo un hijo y nadie con quien dejarlo.

—Sí, Donny me contó que su marido falleció. Lo siento mucho. Si su pequeño ha heredado su físico, seguro que es precioso. ¡Posee usted una belleza tan exótica que estoy verde de envidia!

—Gracias..., es muy amable. Ahora debo irme.

—A lo mejor podría ir yo a su casa algún día y conocer a su pequeño —propuso Violet siguiéndome hasta la puerta como un cachorro ansioso—. Conozco a muy poca gente aquí. Todos mis amigos viven en Londres.

—Paso mucho tiempo fuera —dije bruscamente—. Telefonéeme primero.

—Lo haré. Adiós, Anni, y gracias otra vez.

39

-Parece que he recuperado a mi esposa —dijo Donald dos días más tarde cuando pasó por casa en una nueva misión de Violet de obsequiarme con un enorme ramo de flores, bombones y champán—. Y tú te has ganado una admiradora. —Sonrió—. Ni en un millón de años habría imaginado que estaría trayéndote regalos de parte de mi esposa. La vida es una gran ironía.

—Y que lo digas —convine al tiempo que trataba de impedir que metieras las manos en los bombones.

—Eres maravillosa. —Me abrazó—. No puede decirse que tus métodos sean precisamente tradicionales, pero les deseo larga vida.

—En la India sí lo son, y todos naturales —repliqué.

—Eres muy inteligente, aunque me temo que eso tiene sus inconvenientes —dijo Donald—. Ahora que ha recuperado la energía, Violet se pasa el día corriendo de un lado a otro e invitando a no sé cuánta gente a pasar días en casa. Está claro que quiere recuperar el tiempo perdido. Y ya sabes lo mucho que me desagrada esa manera de hacer. Pero la parte buena —me sentó en su rodilla— es que he tenido un pretexto para venir a verte.

Me dio un beso y me abracé a su cuello.

—Eso está muy bien, aunque tu esposa me preguntó si podía venir a verme y conocer a Moh.

—¿En serio? —Donald frunció el entrecejo—. ¿Y qué le dijiste?

—Que me telefonara primero porque pasaba mucho tiempo fuera de casa, pero no creo que pueda impedirselo.

—Caray, eso complicará las cosas. No me siento cómodo con el hecho de que Violet sepa exactamente dónde vives.

—¿Crees que yo sí? Pero ¿qué podemos hacer?

—Supongo que nada. No obstante, creo que sería aconsejable quitar de la mesilla de noche la foto de nosotros tres. Podría parecerle un poco raro — bromeó en un intento de quitar hierro al asunto.

—Esto no tiene ninguna gracia. Violet ha pesado sobre mi conciencia desde el principio, pero tener que fingir que somos amigas... —Temblé—. Es algo demasiado estrecho para sentirme cómoda. Además, Violet me cae bien. Es encantadora y, pese a todo su dinero, creo que muy vulnerable.

—Lo sé, Anni. En fin, esperemos que su entusiasmo por ti sea pasajero. Como eres la única persona que ha sido capaz de ayudarla, se aferra a la idea que tiene de ti. Te has convertido en fuente de sabiduría de todo lo relacionado con los embarazos. —Donald sonrió—. Me temo que el doctor Trefusis está un poco molesto.

—Ahora que lo mencionas, me telefoneó hace un rato para preguntarme si podía venir a verme mañana. Dijo que quería ver mi herbario y aprender más sobre lo que pongo en mis remedios.

—¿En serio? Me sorprende. Siempre me ha parecido un hombre chapado a la antigua y estrecho de miras.

—Puede que esté más abierto a nuevas ideas de lo que pensabas.

—Realmente me pregunto si no deberías empezar a cobrar por toda la ayuda que prestas. No me gustaría que la gente se aprovechara de ti.

—Cuando Moh tenga unos años más tal vez piense más seriamente en el futuro y me dedique de nuevo a la medicina de manera profesional, pero por el momento me gustan las cosas tal y como están.

—No te canses demasiado, ¿de acuerdo, cariño? —dijo Donald acariciándome la mejilla con ternura—. Y no te dejes convencer por mi esposa para hacer cosas que no quieres. Puede ser muy persistente.

Al día siguiente vino a nuestra casa el doctor Trefusis. Lo llevé al pequeño invernadero y se paseó entre las repisas llenas de ejemplares diferentes haciéndome preguntas sobre cada uno de ellos.

—La clave no está solo en los remedios —expliqué—, sino en

diagnosticar qué *dosha* es el paciente, o sea, si es *pitta*, *vata* o *kapha*. Eso se descubre observando la constitución y el color del paciente y haciendo algunas preguntas sencillas para determinar su personalidad y su estado emocional. A partir de ahí se puede preparar el remedio concreto para ese paciente. Los remedios que yo utilizo forman parte de la cultura india desde hace miles de años. Además de emplear las plantas frescas, seco las hojas y las guardo en tarros, o las trituro. Sus raíces proporcionan remedios sumamente eficaces.

—Fascinante, absolutamente fascinante —murmuró el doctor Trefusis—. ¿Y qué tipo es lady Astbury?

—*Vata*, doctor, es decir, de huesos pequeños, poca grasa y muy sensible al frío. También tiene un sistema digestivo caprichoso que se altera con facilidad y probablemente sea la causa de sus náuseas matutinas.

—Entiendo. ¿Le importa que tome unos esquejes para plantarlos en mi jardín? ¿Cree que podría enseñarme a mezclar algunos remedios básicos? ¿Algo para un catarro, por ejemplo?

—Coja lo que quiera, se lo ruego. Disculpe, he de atender a mi hijo. Ya se habrá despertado de su siesta.

—Adelante —dijo el doctor Trefusis—. Entraré cuando termine de cortar los esquejes.

El médico se marchó diciendo que regresaría a la semana siguiente para que le enseñara a preparar un remedio. Nunca volvió a aparecer.

Violet, sin embargo, sí lo hizo, y admiró el aire acogedor de la casa y su estilo esencialmente inglés. Cuando te vio contuve la respiración, esperando un comentario sobre tus ojos azules que nos delatara. Afortunadamente, este nunca llegó.

—¡Qué guapo! Es tu viva imagen, Anni.

Le tomaste cariño de inmediato, aunque quizá se debiera a los muchos juguetes y dulces que te traía cada vez que nos visitaba.

—Te lo ruego —le dije una tarde cuando el chófer sacó un reluciente triciclo rojo del maletero del coche que tú procediste a conducir con gran entusiasmo por el jardín—, le mimas demasiado.

—¡Tonterías! En mi opinión, es imposible mimar demasiado a un niño —

replicó Violet—. Además, Anni, sé que no cobras por tus servicios y que tus ingresos son escasos, de modo que es lo menos que puedo hacer.

Durante las siguientes semanas muchas tardes frías de febrero nos encontraban a Violet y a mí sentadas frente a la chimenea, comiendo los bollitos de mantequilla que ella había traído.

—Estoy demasiado gorda para ir a Londres y me aburro como una ostra encerrada en esa casa sin más compañía que los sirvientes y Donny —se lamentaba—. Me alegro tanto de tenerte a ti para charlar.

A pesar de que yo siempre estaba tensa, consciente de que no podía bajar la guardia, cuando Violet hablaba de su privilegiada vida en Estados Unidos la escuchaba fascinada. También a ella le interesaban mis historias sobre mi infancia en la India. Y lo cierto es que su naturaleza dulce y generosa acabó seduciéndome, y su ingenua convicción de que todo en su vida saldría siempre bien la hacía todavía más entrañable. Empecé a aguardar con impaciencia nuestras conversaciones, pues la vitalidad de Violet iluminaba muchos de mis largos días de invierno. Hasta me atrevería a decir que nos hicimos amigas.

Jamás me trataba con condescendencia; de hecho, en más de una ocasión dijo que mis relaciones de sangre con la realeza de la India hacían que ella pareciera una completa plebeya.

—Como el resto de los estadounidenses, estoy donde estoy únicamente porque mi familia tuvo éxito en los negocios. En mi país es el dinero lo que compra la nobleza, no la cuna. Naturalmente —añadió con sarcasmo—, la espantosa madre de Donny siempre se asegura de que no me olvide de mis orígenes. ¿La has conocido?

—Sí, vivía en Astbury Hall cuando hace años pasé allí unas vacaciones escolares —contesté.

—Sé que ve con malos ojos todo lo que hago. —Violet mordió pensativamente un bollo—. Sin embargo —me sonrió—, no tuvo reparos en que me gastara mi herencia en restaurar el viejo caserón de su familia. Me alegro tanto de que Donny insistiera en mandarla a Dower House cuando nos casamos... Creo que no soportaría vivir bajo el mismo techo que esa mujer.

—Tiene una personalidad difícil —convine, eligiendo con cuidado las

palabras.

—¡Pues a mí me parece una bruja! —Violet se rió de su propia grosería.

—Casi todas las suegras lo son. Sencillamente es de otra época y le cuesta adaptarse a los nuevos tiempos.

—Qué buena eres, Anni. Pese a lo mucho que has sufrido, siempre eres amable con todo el mundo. Los sirvientes hablan de ti como de una santa. Espero poder aprender de ti a ser mejor persona.

Miré detenidamente a Violet y vi que su entusiasmo por conseguir tal cosa era sincero, y en ese momento fui más consciente que nunca de mi doble vida.

Marzo llegó y con él cesaron las heladas y los tojos amarillos cubrieron los páramos, formando una alfombra dorada frente a nuestra casa. Donald aparecía inopinadamente, camino de algún recado para Violet, y se quejaba medio en broma de que su esposa me veía más que él. También empecé a percatarme de que cuando él hablaba mal de ella, yo salía en su defensa. De hecho, cuando llegó abril comencé a creer que su esposa me gustaba más a mí que a él.

Durante el tiempo que Violet había sido una desconocida, vista por mí únicamente a través de los ojos de Donald, me había resultado más fácil sobrellevar la situación. Pero ahora, conforme le iba tomando aprecio, empecé a preguntarme cuánto tiempo seríamos capaces los tres de mantener el triángulo atrozmente deshonesto en el que nos encontrábamos.

Una mañana recibí una carta de Indira, reenviada desde Londres por Selina.

Palacio de Patna

Patna

India

29 de marzo de 1922

Anni, mi queridísima y vieja amiga:

¿Cómo estás? ¿DÓNDE estás? Por lo menos me alegra saber que ya no estás perdida, como creía Selina cuando la vi en Francia. ¿¿¿Por qué no me has escrito???

Por favor, escíbeme enseguida y cuéntamelo todo.

En cuanto a mí, Varun está en Europa y yo estoy atrapada en el zenana con la temida esposa Número Uno. Queridísima Anni, te lo ruego, ven a la India a vernos a mí y a mi precioso bebé. Es un varón y le hemos puesto de nombre Kunwar. Estoy encantada, pues la esposa Número Uno solo ha tenido dos niñas, lo que quiere decir que nuestro maravilloso hijo será el príncipe heredero cuando Varun se convierta en maharajá tras la muerte de su padre. Varun me ha prometido que vendrá a recogerme en junio, cuando el bebé ya tenga edad para viajar, y alquilaremos una casa en el sur de Francia. También podrías ir a vernos allí.

Te echo de menos, querida Anni. Por favor, escribe pronto.

Besos,

INDY

A decir verdad, no le había escrito porque no sabía qué contarle. Indira y su marido se movían en los mismos círculos que los Astbury y la discreción, sencillamente, no destacaba entre sus cualidades.

Mientras redactaba una carta insulsa donde hablaba lo menos posible de mí y mis circunstancias y preguntaba por ella, comprendí con tristeza que no podía ser sincera ni con mi mejor amiga. Actualmente toda mi existencia era una telaraña de engaños; como una nube negra, su indignidad flotaba cada vez más sobre mi cabeza. Lo mirara por donde lo mirara, me daba cuenta de que nuestro engaño, el cual tenía el potencial de herir profundamente a otro ser humano, estaba acabando con toda la parte intrínsecamente buena del amor que lo había comenzado.

Ahora, cada vez que alguien me daba las gracias por mis servicios médicos y hablaba largo y tendido de lo buena y generosa que era, sentía la culpa hundirse un poco más en mi alma. Porque yo no era la persona que ellos creían, no era una pobre viuda que ponía su tiempo y sus aptitudes tan generosamente al servicio de la comunidad y en quien todos confiaban. Yo era una mantenida, una querida que había dado a su amante un hijo ilegítimo y seguía manteniendo una relación con él delante de las narices de su esposa. Esa misma que ahora me creía su amiga...

—¿Qué te ocurre, Anni? —me preguntó Donald una soleada tarde de primavera. Violet estaba durmiendo una siesta y él había aprovechado para

venir a vernos a escondidas—. Sé que algo te tiene preocupada.

—Es cierto. ¡Me detesto! —Rompí a llorar.

Donald se apresuró a abrazarme.

—Anni, estoy seguro de que una vez que Violet dé a luz volverá a su vida de antes y le sobrarán las distracciones. Seguramente querrá ir a Nueva York para enseñar el bebé a sus familiares, y adora la temporada de invierno en Londres. Odio decir esto, pero lo más seguro es que se olvide de ti.

Sus palabras caían sobre mí como gotas de lluvia en un desierto, incapaces de penetrar en mi alma, que tan necesitada estaba de redención. Le vi partir sin haber sabido explicarle que él solo estaba hablando de cuestiones prácticas, de aquello que haría desaparecer a Violet físicamente de mi vista, pero que eso no cambiaría en lo más mínimo las complejas y dolorosas emociones de mi corazón.

Esa noche, después de acostarte, consideré por primera vez la posibilidad de dejar a Donald. Tal vez lo mejor sería que nos marcháramos. De ese modo podría vivir como la persona que era en realidad y tener la conciencia tranquila. Esa noche, cuando subí a mi habitación, no estaba segura de cuál de esos dos destinos era peor, pero sabía que el engaño me estaba royendo por dentro.

Más tarde, mientras daba vueltas en la cama, recordé que Violet me había suplicado que estuviera a su lado durante el parto. «Selina, mi cuñada, me dijo que la ayudaste mucho cuando ella dio a luz», había dicho. Lo menos que podía hacer por Violet era acceder a su petición. Pero una vez que el bebé naciera sabía que debía tomar una decisión sobre nuestro futuro.

Para colmo, el canto era cada día más fuerte, advirtiéndome de un peligro y una muerte no muy lejanos. Confié en que no fuera más que un reflejo de mi desasosiego e intenté ignorarlo.

Las últimas semanas del embarazo de Violet coincidieron con la asfixiante ola de calor de julio y Violet me suplicaba que fuera a verla casi todos los días. Nos sentábamos en el fresco invernadero, donde había instalado ventiladores de techo eléctricos.

—Santo Dios —dijo mirándose la barriga—. Últimamente parezco un elefante. Me cuesta mucho dormir, sobre todo con este calor.

—Ya falta poco —la tranquilicé.

—¿Tú crees? Tengo la sensación de que voy a pasarme la vida preñada. Cuando haya dado a luz tendrás que ayudarme a recuperar mi figura de antes. Apuesto a que no me cabrá uno solo de mis vestidos —se lamentó.

—Lo mejor para recuperar la silueta, y también para el bebé, es darle el pecho. ¿Crees que podrías considerar esa posibilidad?

—¡Señor! —exclamó con una mueca de asco—. Es lo que hacen los nativos de África. —Se estremeció.

—Yo le di el pecho a Moh —respondí afablemente, y vi que le subían los colores.

—Anni, no pretendía insinuar nada con eso. Tú eres de otra cultura, no...

—Tranquila, Violet —dije dándole una palmadita en la rodilla—, lo entiendo.

Al cabo de unos días advertí que Violet tenía los tobillos hinchados y que últimamente se quejaba de que le dolía la cabeza. Le aconsejé que descansara con las piernas en alto para detener la hinchazón.

—Lady Astbury está muy incómoda —dijo el doctor Trefusis después de visitarla una mañana mientras yo, por insistencia de Violet, esperaba en la salita de estar—. Siempre he creído que los bebés que llegan en agosto son los peores, aunque supongo que de donde usted viene todo el año es así.

Ignoré el comentario.

—Lleva días quejándose de que le duele la cabeza. ¿Le inquieta eso, doctor?

—No demasiado —dijo mientras guardaba el estetoscopio en el maletín—. He palpado al bebé y he escuchado sus latidos, que son fuertes y enérgicos. A lady Astbury todavía le quedan dos semanas. Esperemos que el bebé no demore su llegada al mundo. ¿No podría darle uno de sus remedios para acelerar el proceso? —sugirió.

—A estas alturas no querría interferir en la naturaleza. Los bebés llegan cuando están listos —respondí en un tono firme.

—Pensaba que los remedios que utilizaba eran naturales —observó deliberadamente el doctor Trefusis—. En cualquier caso, volveré mañana por la mañana para ver cómo está lady Astbury.

—Bien.

Me sonrió y salió de la estancia. Entré a ver a Violet, que enseguida buscó mi mano.

—Anni, este dolor de cabeza me está matando y tengo náuseas. ¿No podrías darme algo?

Reparé en la palidez de su cara. Inopinadamente, el canto sonó con más fuerza en mis oídos. Resistiéndome a reconocerlo, lo desoí.

—Pediré a tu doncella que traiga compresas frías, y quizá pueda darte algo para las náuseas. Ahora procura descansar, y veamos si así se te pasa.

—¿Te importa quedarte un rato conmigo? Realmente me encuentro muy mal, Anni.

—Tranquila, no me moveré de aquí hasta que te duermas.

Finalmente, cuando cayó en un sueño agitado, retiré la mano y bajé. Donald me recibió al pie de la escalera.

—¿Cómo está?

—Hoy no se encuentra bien —le dije—. Ahora está dormida. Iré a casa a ver si doy con algo que pueda ayudarla.

—El doctor Trefusis dice que no hay nada de qué preocuparse. Pero ¿tú lo estás, Anni?

Mientras me ayudaba a subir a la carreta no le mencioné que había visto síntomas similares en otras embarazadas y que no auguraban nada bueno.

Tras reunir algunas hojas de menta fresca y elaborar un remedio a base de semillas de hinojo, comino y cilantro para los tobillos hinchados de Violet, regresé a casa de Tilly para pedirle que se hiciera cargo de ti e incluso le di ropa limpia por si me demoraba.

—¿Está enferma lady Astbury? —me preguntó.

—Hoy no se encuentra bien.

—Siempre ha sido una mujer frágil —comentó—. Quédate con ella el tiempo que necesites, Anni. Moh puede dormir con Mabel.

—Gracias.

Violet se encontraba aún peor cuando llegué. Decía que no podía soportar más el dolor de cabeza y que las náuseas persistían.

—Bebe esto, por favor —dije mientras forzaba la infusión de menta por

su garganta.

Le puse en la frente una compresa perfumada de lavanda y le tomé la temperatura, que era normal, y el pulso, que lo tenía acelerado. Si Violet no mejoraba en una hora, avisaría al doctor Trefusis. Finalmente se calmó, y estuve sentada a su lado mientras dormía plácidamente dos o tres horas. En algún momento llamaron a la puerta y Donald asomó la cabeza.

—¿Cómo está?

—Ahora mismo duerme. Veremos qué tal se encuentra cuando despierte.

—Sí, claro. —Me sonrió con tanta dulzura y gratitud que los ojos se me llenaron de lágrimas. No podía ni imaginar lo que debía de representar para él ver a su esposa y su amante juntas.

—Por favor, avísame si ella o tú necesitáis algo.

—Lo haré, gracias.

Violet se despertó justo antes de la medianoche y me di cuenta de que le había cambiado el color. Se agarró el estómago y soltó un alarido.

Retiré inmediatamente las sábanas y le pedí que señalara dónde le dolía.

—Es... es como si tuviera una cinta apretada alrededor de la barriga... — No pudo terminar porque el dolor la atravesó de nuevo.

—¡Violet, creo que te has puesto de parto!

—La cabeza..., la cabeza —gimió.

—¿Todavía te duele? —le pregunté tocándole la frente. Estaba ardiendo.

—Mucho, es... —Otra violenta contracción le impidió seguir.

—No hay nada de que preocuparse —dije con firmeza mientras tocaba el timbre junto a la cama para avisar a la doncella—. Lo que tienes que hacer ahora es seguir a tu cuerpo. Él sabe exactamente qué hacer y debes escucharlo.

—Me alegro tanto... de que estés aquí...

—Avisaré al doctor Trefusis. Seguro que querrá saber que te has puesto de parto y estar aquí contigo.

—¡No me dejes! —gritó aferrándose a mi mano.

—Violet, solo me ausentaré unos minutos, te lo prometo.

Bajé corriendo la escalera en penumbra para buscar a alguien que pudiera dar la voz de alarma. El canto seguía resonando en mi cabeza y el estado de

Violet me preocupaba. Me preocupaba mucho.

Abajo no encontré a nadie, de modo que crucé la suite de Violet y aporreé la puerta del cuarto de Donald.

—¿Qué ocurre, Anni? —me preguntó cuando salió en pijama.

—Violet se ha puesto de parto y quiero que telefonees de inmediato al doctor Trefusis. Tiene fiebre y dice que todavía le duele la cabeza. Creo que hay que llevarla al hospital lo antes posible. Algo no va bien —añadí—. He tocado el timbre, pero su doncella no aparece. ¿Te importaría despertarla y pedirle que traiga agua hervida, compresas frías y toallas limpias mientras esperamos la llegada del doctor Trefusis?

—El médico no tiene teléfono. Enviaré a uno de los mozos a buscarlo.

Asentí y regresé junto a Violet.

Durante mi ausencia había vomitado sobre las sábanas y estaba gimiendo de manera extraña. El bebé venía deprisa —demasiado deprisa— y el canto retumbó de nuevo en mis oídos.

Aparté las sábanas y la incorporé para que estuviera más cómoda mientras le susurraba palabras tranquilizadoras.

—Ariane, ve a buscar al señor y tráelo aquí enseguida —dije, presa del pánico ante la elevada fiebre de Violet. Tanto mi intuición como mis conocimientos médicos me decían que Violet estaba en peligro.

Donald llegó casi de inmediato.

—¡Dios mío! —exclamó al ver a su esposa.

—Si el doctor Trefusis no llega en la próxima media hora, deberás llevártela al hospital. No podemos esperar más.

—Bajaré a pedir que me traigan el coche a la puerta. —Donald se marchó a toda prisa.

Veinte minutos después ordené a Ariane que despertara a la señora Thomas y le pidiera que preparara agua con azúcar, en parte porque no soportaba tener a la muchacha revoloteando detrás de mí, asustada y al mismo tiempo intrigada.

Violet calló bruscamente, abrió los ojos y me miró.

—Algo va mal, ¿verdad?

—Nada va mal, te lo prometo. La niña tiene prisa por venir a este mundo,

más de la conveniente, y tú has de ser valiente y ayudarla.

—¿Es una niña? —Violet sonrió.

Lo había dicho sin pensar, pero asentí, convencida de ello. Y sabía que era importante decírselo.

—Creo que sí, Violet.

Cerró los ojos y a partir de ahí sufrió leves vahídos hasta que el doctor Trefusis llegó al fin. Veinte minutos después la hija de Violet y Donald Astbury llegaba al mundo. Cuando la miré, vi que era diminuta y me pregunté si sobreviviría. Pero era su madre la que acaparaba nuestra atención. Estaba perdiendo mucha sangre, y aunque el doctor Trefusis y yo pasamos las siguientes dos horas haciendo cuanto podíamos, la hemorragia no remitía.

—Dios mío —dijo Donald sentado junto a una Violet inmóvil y acariciándole el cabello—. ¿No hay nada que podamos hacer? ¡Deberíamos llevarla al hospital!

—Lord Astbury —dijo el doctor Trefusis—, su esposa está demasiado enferma para moverla.

—¡No podemos quedarnos aquí viendo cómo se desangra!

El doctor Trefusis me miró desesperado y negó ligeramente con la cabeza.

—Lo siento mucho, lord Astbury, pero no podemos hacer nada más para salvarla. Creo que debería despedirse de ella.

Donald descansó la cabeza en el pecho de Violet y rompió en sollozos.

Consciente de que no me correspondía a mí darle consuelo, cogí al diminuto bebé, que había sido depositado en un moisés y prácticamente olvidado mientras intentábamos salvarle la vida a su madre.

—Voy a lavar al bebé y a darle de comer —susurré a Donald.

Asintió levemente con la cabeza y me marché.

A las seis de la mañana el doctor Trefusis dictaminó el fallecimiento de lady Violet Astbury. Nunca despertó para ver a su hija.

40

El pueblo de Astbury estaba de luto. La trágica muerte de lady Violet tendió un manto que flotaba como una niebla pesada sobre toda la propiedad. Yo no salía de casa, atormentada por los recuerdos de ese día. Durante sus últimas horas de vida había sabido que algo iba mal. Intenté consolarme recordando que el propio doctor Trefusis aseguró que Violet no corría peligro, pero no podía olvidar los ojos confiados de ella, seguros de que podía ayudarla. Y al final, por no haber hecho caso a mi intuición, le había fallado de la manera más dolorosa posible.

No había visto a Donald desde el día de la muerte de Violet. También él me había confiado el cuidado de su esposa, como todo el pueblo. Habían creído ciegamente en mí. El hecho de que mi teléfono no sonara con la misma frecuencia para ir a ver a algún enfermo hablaba por sí solo. Sabía que, de alguna forma, la gente me estaba culpando. Sí, podía curar un lumbago, una gota, un catarro... pero a la hora de la verdad, les había fallado.

Aunque en el fondo sabía que nada hubiera podido hacerse por Violet — después de todo, el eminente doctor Trefusis estaba conmigo mientras intentábamos salvarle la vida—, no podía evitar atormentarme por su muerte.

Y Donald, obviamente, era ahora un viudo...

El hecho de que fuera un hombre libre, algo que en otras circunstancias me habría alegrado, hacía que todo resultara aún más insoportable.

¿Me culpaba Donald de lo sucedido?

Si no lo hacía, ¿por qué demonios no había telefoneado, o atravesado los

páramos a caballo para venir a verme? Mi cariño por Violet había sido sincero, y así se lo había hecho saber a Donald en multitud de ocasiones. Era imposible que creyera que...

A los pocos días de la muerte de Violet tuve una visita. Desde la ventana de mi dormitorio vi a Maud Astbury apearse del coche y caminar con tiento por el estrecho camino hasta mi puerta. Te dejé en la cuna rodeado de juguetes para mantenerte entretenido, respiré hondo y bajé a abrir.

—Hola, lady Astbury —dije.

—¿Puedo entrar?

—Sí. —Me siguió por el pasillo hasta la sala de estar—. ¿No quiere sentarse? ¿Le apetece una taza de té? —pregunté mientras ella permanecía de pie en medio de la sala.

—No, gracias. No es una visita de cortesía, como puede imaginar.

—Supongo que no —convine con un suspiro triste—. ¿En qué puedo ayudarla?

—He venido para pedirle que no asista al funeral de lady Violet que tendrá lugar la próxima semana. Dadas las circunstancias, creo que su presencia sería del todo inapropiada.

—Ya.

—Supongo que estará de acuerdo.

—Si se refiere a mi relación con su hijo, entonces sí, entiendo que no estaría bien que asistiera al funeral de su esposa. Sin embargo, en lo referente a lady Violet, ella era mi amiga e hice cuanto estuvo en mi mano por ayudarla la noche que murió —respondí con la máxima serenidad posible.

—¿Ayudarla? ¿Así es como lo llama?

—Sí. Lady Violet sufría una dolencia grave llamada eclampsia. Aunque hubiera sido trasladada al hospital, habría sido prácticamente imposible salvarla. Esa es mi opinión, por lo menos.

—No creo que su limitada experiencia médica y la consiguiente muerte de uno de sus llamados pacientes le dé derecho a opinar —replicó desdeñosamente—. En cualquier caso, señorita Chavan, no me corresponde a mí juzgarla. Dejaré esa tarea a otros. ¿Qué piensa hacer ahora? —preguntó sin rodeos.

—No le he pensado aún —mentí—. Todavía estoy de luto por lady Violet. ¿Puedo preguntar qué será del bebé ahora que su madre ya no está en este mundo?

—Como es lógico, me mudaré de nuevo a Astbury Hall y ayudaré a Donald a criarla. Es mi deber. Donald insiste en poner a la niña el nombre de Daisy, que era al parecer el deseo de Violet.

Pude ver, por la expresión de su cara, que no lo aprobaba. También sabía que no había venido para intercambiar cotilleos o cumplidos.

—¿Puedo preguntarle cuál es el verdadero motivo de su visita?

—Puede. Quiero que se marche de Astbury inmediatamente. Ya ha causado suficiente daño, y por el bien de mi hijo y de su hija recién nacida, comprenderá que no le queda otra alternativa.

—¿Cómo tampoco a usted cuando interceptó las cartas que escribí a Donald? —repuse.

—Hice lo que debía para proteger a mi familia. Puede que otros se dejen engañar por su cara dulce y bondadosa, señorita Chavan, pero el día que la conocí enseguida vi la clase de persona que era.

—¿Y qué clase de persona soy? —susurré, sintiendo que todo mi cuerpo empezaba a temblar de rabia.

—Nada más que una vulgar fulana india. No crea que no conozco a las de su calaña, porque las conozco muy bien. —Me apuntó agresivamente con el dedo—. Cuando vivía en la India pude ver el demonio dentro de aquella mujer que mi marido me ocultaba. Salía de casa a hurtadillas para sus sórdidas citas en la covacha a la que ella se había mudado cuando dejó de ser nuestra criada. ¡Y pensaba que no me daba cuenta! Cuando nos fuimos de la India vi las lágrimas en sus ojos. Lloraba por ella.

Vi el asco y la rabia arder en sus ojos. Y empecé a entender su odio hacia mí.

—Y por lo visto, el hijo ha salido al padre. —Maud lanzó una carcajada hueca—. Usted hasta se parece un poco a aquella mujerzuela. Lo pensé el día que llegó por primera vez a Astbury. Aunque todas las campesinas indias se parecen, ¿no cree? Y es evidente que las de su clase poseen un encanto indescifrable para los hombres de Astbury. Señorita Chavan, usted y yo

somos mujeres y sabemos lo propensos que son los hombres a los pecados de la carne. Somos nosotras las que debemos decidir por ellos. Si ama a Donald tanto como dice, entenderá que su implicación en la muerte de lady Violet hace su presencia en Astbury insostenible para él.

—Lady Maud, yo no soy la responsable del triste fallecimiento de lady Violet. Hice todo lo posible por salvarla.

—Quizá lo crea así, querida, pero todo el mundo sabe que no la dejó sola ni un momento. La gente empezará a hablar. ¿De verdad cree que puede haber futuro para Donald y usted después de lo sucedido? ¿No se da cuenta de que cualquier relación con él a partir de ahora no solo sería infructuosa sino que destruiría la reputación de mi hijo dentro de la sociedad inglesa?

—Tendré que preguntarle a Donald qué piensa. Todavía no hemos encontrado el momento adecuado para hablar del futuro.

—Eso es porque no lo hay.

Finalmente me vi obligada a jugar mi mejor carta.

—¿Y qué me dice de nuestro hijo Moh? ¿Acaso él tampoco existe? Perdone si me equivoco, pero creo que podría convertirlo en heredero de Astbury.

Maud echó la cabeza hacia atrás con una carcajada.

—Señorita Chavan, ¿tiene idea de cuántos hombres de la posición social de Donald han tenido hijos fuera del matrimonio? Querida, su hijo es ilegítimo y nunca heredará Astbury.

La miré y de pronto comprendí cuál era exactamente su temor.

—Tiene razón, desde luego. A menos que nos casemos, tal como habíamos planeado hacer tres años atrás.

Observé detenidamente su cara de espanto y supe que había dado en el clavo.

—Mi hijo nunca se casaría con usted —espetó sin mirarme a los ojos.

—Donald ya me propuso matrimonio una vez. Así pues, es posible que vuelva a hacerlo —añadí, y vi que se encogía. Yo era la cruel ahora, pero había sufrido demasiado a manos de esa mujer simplemente por tener, en su opinión, la nacionalidad y el color de piel equivocados—. Le informaré de nuestros planes de futuro una vez que hayamos hablado de ellos. Ahora

puedo oír a mi hijo llorar arriba y debo subir. ¿Es eso todo?

—¿Es dinero lo que quiere? Estoy segura de que puedo darle algo si se marcha ahora mismo.

—Donald siempre ha cuidado muy bien de mí y estoy segura de que seguirá haciéndolo. Ahora, lady Astbury, he de pedirle que se vaya.

Caminé detrás de ella y le abrí la puerta.

—Entonces ¿qué quiere? —Me miró fijamente.

—La felicidad de su hijo, nada más —respondí.

La mujer malinterpretó mis palabras y vi la desesperación en sus ojos.

—Si se queda lo destruirá. Lo sabe, ¿verdad?

No contesté. Salió de mi casa y se encaminó al coche, donde le esperaba el chófer. Cerré la puerta y, sintiendo que me faltaba el aire, subí corriendo a tu cuarto para sacarte de la cuna y estrecharte contra mi pecho. Sabía que lo que Maud había dicho era cierto, pero no iba a darle el gusto de permitir que se entrometiera en mis planes de futuro.

Ya había llegado a la conclusión, durante las largas y solitarias horas desde la muerte de Violet, de que no había esperanza para Donald y para mí. Cuando ella exhaló su último suspiro, también señaló el final de nosotros dos. Por fuerte que fuera nuestro amor, y desde cualquier ángulo que lo mirara, nada podría superar el remordimiento que ambos experimentaríamos el resto de nuestras vidas.

Maud tenía razón sobre las tremendas conclusiones que podrían extraerse y que se sacarían de mi implicación en las últimas horas de la vida de Violet. Ni siquiera mis amigos de Astbury, que me conocían y querían, serían capaces de aprobar cualquier relación que tuviera con Donald en el futuro. Algunos podrían incluso creer que yo había concebido algún plan maquiavélico.

—Moh —suspiré en tu pelo esa tarde espantosa—, creo que no hay nada que hacer.

Durante los días siguientes empecé a trazar planes. Tenía algo de dinero ahorrado de la asignación que Donald me había pasado para los gastos de la casa durante el último año. Si vendía las perlas que me había regalado en Navidad, calculaba que con lo que me dieran podría comprar dos pasajes en

tercera clase a la India. Todavía tenía el rubí grande enterrado debajo de la pagoda del palacio de Cooch Behar. Si conseguíamos llegar a él, nos proporcionaría dinero suficiente para colocar un techo sobre nuestras cabezas hasta que encontrara una manera de ganarme la vida.

Durante esas largas y silenciosas noches escribía a Donald una carta tras otra para tratar de explicarle por qué nos marchábamos, y rompía cada intento por parecerme imperfecto. Quizá fuera mejor no decir nada, pensaba a veces. Si me amaba y me conocía tanto como yo creía, lo entendería.

El funeral de Violet se celebró tres interminables semanas después de su muerte para permitir que los padres llegaran e hicieran los arreglos necesarios. Los compadecía profundamente. Habían embarcado en Nueva York para estar aquí justo después del nacimiento de su nieta, únicamente para que a mitad de travesía por el Atlántico les comunicaran que su amada hija había muerto. Fue Tilly quien me lo contó cuando la vi en la tienda del pueblo el día después del funeral y me invitó a una taza de té en su casa.

—Oh, Anni —dijo cuando me eché a llorar después de todo aquel tiempo a solas con mis pensamientos—, no llores, te lo ruego. Sé que hiciste lo que pudiste.

—Sé que lo piensas de verdad y te lo agradezco, pero la gente del pueblo y los sirvientes me echan la culpa.

—No les hagas caso. Chismorrear es su principal afición. Los rumores pasarán y todos volverán a pedirte ayuda cuando sus hijos tengan fiebre o tos, no te preocupes.

—¿Es que corren rumores?

—Digamos que todo el mundo sabe que estabas allí, y el médico tenía que echarle la culpa a alguien.

—¿De qué estás hablando?

—Quienes te vieron atender a lady Violet esa noche saben lo mucho que la ayudaste. Pero al médico no le gustaría reconocer que la culpa fue suya por no haber visto antes que lady Violet tenía problemas.

El corazón se me heló. ¿Estaba siendo el chivo expiatorio del médico?

—Sea como sea, la gente dejará de hablar una vez que lady Violet descansa en paz. La vida sigue y habrá otras cosas sobre las que cotillear. —

Tilly me dio unas palmaditas tranquilizadoras en la mano—. No te preocupes, Anni. Quienes te conocemos sabemos que no pudiste hacer nada más para salvarla.

Le clavé una mirada repleta de sinceridad.

—No, no pude.

Mi querido hijo, me dispongo a relatarte el último día que vi a Donald, tu padre, y lo que me sucedió después. Haré lo posible por ceñirme a los hechos, pero te pido disculpas si la narración de ese tiempo terrible te aflige.

Una semana después del funeral de Violet, Donald apareció en mi casa. Tenía muy mala cara. Ninguno de los dos sabía qué decir, pero tú, Moh, que vivías ajeno a lo ocurrido, pediste tu acostumbrado abracito y te subiste a su rodilla. Preparé té y nos sentamos en la cocina.

—¿Me culpas? —recuerdo que pregunté.

—Dijiste que se pondría bien, ese día...

—Dije que si su dolor de cabeza no remitía, tendríamos que llamar al médico. Y remitió, por lo menos durante un rato. Por favor —supliqué—, tienes que hacer memoria. Entraste en la habitación y viste que dormía.

—Sí, sí —contestó, pero me daba cuenta de que estaba embargado por la pena, o por la culpa; no estaba segura—. Siento no haber venido a verte antes.

—Lo entiendo.

—Oh, Anni, ¿qué hemos hecho? No...

Lo abracé y lloró como un bebé. Sabía perfectamente lo que estaba sintiendo, porque era lo mismo que yo. Daba igual que no fuéramos culpables de la muerte de Violet. Los dos nos sentíamos culpables y eso era lo único que importaba.

Te acosté poco después, pues no quería que vieras a tu querido señor Don tan consternado. Luego bajé y le propuse que probara la sopa que había preparado.

—Tienes pinta de no haber comido en semanas —dije mientras la removía.

—Es probable. —Donald detuvo la cuchara a medio camino de la boca—. No contendrá ninguna hierba extraña, ¿verdad?

—Donald, créeme por favor, todo lo que le di a Violet era inocuo. Nada que no le daría a mi hijo, o a ti... —Se me quebró la voz.

—Lo siento, ha sido una broma de mal gusto. Te pido perdón.

Después de tomarse la sopa parecía un poco más animado.

—¿Tienes brandy?

—Creo que sí.

Me siguió hasta la sala de estar. Fui hasta el aparador y saqué la botella que Donald había dejado en una de mis cestas de Navidad. La descorché y le serví una copa. Bebió un trago largo, seguido de otro, hasta vaciar la copa.

—Ahora me siento mejor. —Me miró detenidamente por primera vez y me tendió las manos—. Perdóname, Anni, no te mereces esto de mí, y me avergüenza mi comportamiento. Los rumores me han afectado.

—Sí, puedo verlo —respondí con tristeza.

—Es evidente que hiciste lo posible por ayudarla, lo vi con mis propios ojos. Ven aquí. —Abrió los brazos y me fundí en ellos ansiando sentir sus caricias, su calor, su fe en mí—. Perdóname —dijo una vez más, y empezó a besarme—. Te quiero, y la culpa que me produce quererte —sus manos comenzaron a recorrer mi cuerpo— está corroyendo mi mente racional. Te quiero, Anni, te quiero, te quiero...

Hasta entonces solo había conocido a Donald como un amante dulce y considerado, pero esa noche me tomó allí mismo, en el suelo de la sala de estar, y mientras gritaba mi nombre sentí que su frustración, su culpa y su angustia me inundaban.

Después permanecimos tendidos en el suelo.

—Perdóname —susurró—. Me siento extraño.

—Yo también —le tranquilicé.

—¿Puedo quedarme esta noche, Anni?

—Claro —dije con dulzura.

Esa noche, mientras yacía en sus brazos, quise decirle que tú y yo íbamos a marcharnos de Astbury en unos días, pero sabía que si lo hacía intentaría detenerme y que mi determinación no sería lo bastante firme para resistir la fuerza de mi amor por él. Observé cómo dormía, y mientras lo hacía volví a escuchar el canto que me advertía de una muerte. Sonaba fuerte, lo que quería

decir que estaba próxima. Desconcertada, me convencí de que se debía al hecho de que en pocos días Donald estaría muy lejos de mí, de que iba a perderlo para siempre.

Al alba se levantó, se vistió y dijo que tenía que volver a Astbury Hall antes de que los sirvientes repararan en su ausencia. Bajé con él para despedirme. Me abrazó con suma ternura, fuerte contra su pecho, y sentí su corazón latir junto el mío por última vez.

—Adiós, Donald —dije deslizando los dedos por su amado rostro, decidida a grabar cada detalle en mi memoria.

—Te quiero, Anni, no lo olvides nunca, por favor. —Me alzó el mentón—. No lo olvides nunca.

Le observé partir reprimiendo el impulso de correr tras él. El corazón se me rompió mientras cruzaba los páramos a caballo, pero tenía que encontrar la fuerza para amarlo lo suficiente para dejarle ir.

Pasé el resto del día guardando mecánicamente nuestra ropa y algunos objetos queridos en una maleta. Había decidido viajar a Londres y tomar una habitación en una casa de huéspedes mientras llevaba las perlas a Hatton Garden y reservaba nuestros pasajes de vuelta a la India desde Southampton.

A la mañana siguiente oí un fuerte golpe en la puerta. Abrí y vi a dos agentes de policía.

—¿Es usted la señora Anahita Prasad?

—Sí —respondí cordialmente—. ¿En qué puedo ayudarles?

—Queda usted detenida por la muerte de lady Violet Astbury. Tiene derecho a guardar silencio, pero podría perjudicar su defensa omitir algo, cuando sea interrogada, que pudiera declarar más tarde en el juicio. Todo lo que diga podrá ser utilizado como prueba, ¿lo ha entendido? Ahora querríamos que nos acompañara a la comisaría.

41

M iré a los dos agentes como si hubieran perdido el juicio. Estaba tan estupefacta que no podía encontrar las palabras, de modo que no respondí.

—Vamos, señora Prasad. —Uno de los agentes me agarró del brazo y tiró de mí—. No nos cause problemas.

Su agresividad finalmente me hizo reaccionar.

—Mi hijo está durmiendo arriba, en la cuna. He de ir a buscarlo.

—No se preocupe por eso. Alguien vendrá más tarde a por él.

—¡No! —grité al tiempo que intentaba soltarme—. No puedo dejarlo aquí solo. ¡He de llevármelo ahora!

El agente me sujetó con más fuerza. Su compañero se apresuró a agarrarme del otro brazo y me obligaron a cruzar la puerta. Luego me metieron en el asiento trasero del coche y me alejaron de ti.

Mis recuerdos a partir de ese momento son vagos. Tal vez haya bloqueado buena parte de ellos, como habría hecho cualquiera. No obstante, en aquel terrible trayecto desde los páramos creo que vi a Donald a lomos de Glory justo antes de que entráramos en el pueblo de Astbury. Me volví hacia él y grité su nombre con todas mis fuerzas antes de que una tosca mano masculina me tapara la boca.

Sí recuerdo, sin embargo, que el canto seguía resonando en mis oídos, pero lo atribuí a mi propia angustia.

Tras ser acusada de manera oficial, me trasladaron temporalmente a la prisión londinense de Holloway, la clase de lugar que solo aparece en las

pesadillas. Recuerdo, sobre todo, el frío y la humedad de la lluvia que se colaba por los barrotes de mi celda y el sonido constante a mi alrededor de almas atormentadas mental y físicamente. Los primeros días solo podía pensar en ti y dónde podías estar, y también yo me sumé a la algarabía gritando tu nombre una y otra vez. A todo el que entraba en mi celda le imploraba que lo averiguase. La idea de que estuvieras solo y abandonado en la casa de los páramos no me abandonaba ni un segundo.

Ignoro cuánto tiempo transcurrió antes de recibir la primera visita; puede que solo unos días, pero semejaban una eternidad para una madre que había sido arrancada de su hijo y desconocía su paradero.

Cuando Selina entró en la sala de visitas como un ángel misericordioso, caí de rodillas y sollocé abrazada a sus tobillos.

—¡Gracias a Dios, gracias a Dios que estás aquí! ¡Mi hijo, Selina, no sé que han hecho con Moh!

El celador me separó bruscamente de ella y me sentó en un silla con la advertencia de que si volvía a tocarla me ataría las manos a la espalda.

—Oh, Anni..., yo...

Me di cuenta de que Selina también estaba llorando.

—Lo siento mucho —dijo.

—Por favor, no te preocupes por mí, solo necesito que encuentres a mi hijo —dije desesperada.

—Anni, oh, Anni...

Recuerdo sentir que la histeria crecía dentro de mí, y sabía que debía intentar dominarla si quería hacerme entender.

—Selina, te lo ruego, ¿sabes dónde está? Es posible que siga en la casa del arroyo. Creo que divisé a Donald cuando se me llevaban en coche, pero puede que no oyera mis gritos. Por favor, Selina, ve a comprobar si Moh sigue allí. Estará hambriento y asustado... —Me vine abajo y sollocé con la cabeza enterrada en las manos.

—Perdóname, Anni, Henri y yo estábamos viajando por Europa. Regresamos al *château* de Francia hace tan solo unos días, y allí recibí los dos telegramas. Como es lógico, viajé a Inglaterra de inmediato. Todavía estoy en estado de shock. Qué tragedia, qué terrible tragedia..., casi no puedo

creerlo.

—Selina, tienes que creerme, yo no maté a Violet. Nada hubiera podido salvarla. El doctor Trefusis estaba allí y lo sabía tan bien como yo. No le administré nada que hubiera podido perjudicarla.

—Estoy segura de que hiciste cuanto estaba en tu mano, Anni —dijo Selina.

—Lo hice, te juro que lo hice. ¿Y Donald? ¿Cómo está?

—Oh, Anni, ¿es que no te lo han dicho?

—¿Decirme qué? No he visto a nadie desde que llegué a este horrible lugar.

Selina se llevó los dedos a la sien.

—En ese caso, debo hacerlo yo. Anni, lo siento muchísimo, pero al parecer Donald regresó a la casita con Glory para recoger a Moh y... Dios mío, ¿cómo puedo decirte esto?

—Selina, por favor —imploré—, sea lo que sea, habla de una vez.

—Anni, nadie sabe cómo ocurrió, pero Donald y Moh fueron hallados juntos cerca del arroyo. Creemos que Glory tropezó y los arrojó al suelo. Cuando los encontraron, Donald ya estaba... muerto. Se golpeó la cabeza contra una roca y creen que pereció al instante. Y Moh... —Selina trató de tranquilizarse para poder pronunciar las palabras—. Creen que cuando cayó de Glory, rodó hasta el arroyo y... se ahogó.

La miré como si estuviera loca.

—¿Me estás diciendo que mi hijo está muerto? ¿Y también Donald? Dime que mientes, Selina, por lo que más quieras, dímelo..., dímelo...

—No, Anni. Lo siento muchísimo. Yo...

Un aullido gutural retumbó en las paredes cuando caí al suelo. Vi el rostro horrorizado de Selina cuando el celador me levantó, me sacó a rastras de la sala y me condujo a trompicones por el pasillo y las escaleras antes de arrojarme a mi celda.

—Podrás salir cuando te hayas calmado —espetó con un portazo.

Los aullidos siguieron resonando en mis oídos y tardé un tiempo en comprender que salían de mi garganta.

Después de eso, con el paso del tiempo la histeria me abandonó y quedé

sumida en un estado catatónico. Recuerdo que en un momento dado me llevaron a la sala de visitas, donde unas figuras vagas y extrañas intentaron hablar conmigo y explicarme la situación, pero yo no escuchaba. Desaparecí en mi interior, sumergiéndome en un gran espacio vacío. Simplemente dejé de existir, pues de lo contrario sabía que el dolor me mataría. Los extraños hablaban de los cargos a los que me enfrentaba. Decían que si no comenzaba a defenderme probablemente acabaría en la horca. Que si no empezaba a reaccionar se verían obligados a enviarme a un manicomio hasta el día del juicio.

Hijo mío, quizá pienses que tu madre fue tremendamente débil por no hablar en su favor, pero la noticia de tu muerte y la de tu padre me había hecho trizas. Pasaba las horas tendida en mi celda, rezando para que la muerte viniera a buscarme pronto y así poder reunirme con vosotros.

—¡Levanta! Tienes visita.

Acurrucada en mi catre, recuerdo a uno de los carceleros mirándome desde arriba. Negué desganadamente con la cabeza.

Me incorporó, sumergió un trapo mugriento, que era todo lo que tenía para lavarme, en un cuenco de agua y me lo pasó por la cara.

—No queremos que la gente diga que no cuidamos de nuestras presas — comentó mientras me ponía de pie y, cual marioneta, me sacaba a rastras de la celda.

—Y esta vez nada de ponerte a gritar delante de la visita — me advirtió.

Me sentó en la silla de la sala de visitas y dejé caer la cabeza, demasiado débil para sostenerla erguida y sin tener el menor interés por la identidad de la persona que había venido a verme. Cuando terminara la visita podría volver a la soledad de mi vacío.

Oí que alguien entraba en la sala y un olor familiar invadió mis fosas nasales, aunque no podía ubicarlo.

—¿Anni? Anni, mírame.

También reconocí la voz, pero supuse que estaba soñando y permanecí cabizbaja.

—Anni, soy yo, Indira. Por favor, dime que sabes quién soy.

Una voz dentro de mi cabeza se estaba riendo de la ridícula idea de que

Indira estuviera en ese espantoso lugar. Sabía que era mi mente, que volvía a gastarme una broma cruel, pues todo lo relacionado con mi querida amiga traía recuerdos de cariño, seguridad y felicidad.

—Anni —me suplicó la voz por tercera vez—, por favor, mírame.

—No eres real —susurré para mí tirando con los dedos del fino algodón que cubría mis rodillas—, eres una alucinación, una alucinación...

Oí unos pasos acercarse y noté unas manos cálidas sobre las mías.

—¡Anni, abre los ojos de una vez! No estás soñando, te lo juro, soy real. Y te lo ruego, date prisa o empezaré a creer que estás tan loca como dicen.

Finalmente me armé de valor para hacer lo que la voz me pedía y me preparé para que cuando lo hiciera, no estuviera allí.

—Hola, Anni. ¿Lo ves? Estoy aquí. —Indira estaba arrodillada frente a mí con los ojos llenos de preocupación—. ¡Soy yo! Por favor, Anni, dime que sabes quién soy.

Asentí, todavía incapaz de hablar.

—Gracias a Dios.

Y cuando sus brazos rodearon mi cuerpo y lo estrecharon con fuerza, finalmente empecé a creer que era real.

—Oh, Anni, en qué estado te tienen —susurró cuando se separó para mirarme con los ojos llenos de lágrimas—. Pero ahora estoy aquí y ya no tienes que preocuparte de nada.

—¿Quién te lo dijo? —susurré cuando recuperé la voz.

—Selina. Nos vimos en Francia justo antes de que recibiera la terrible noticia. Hace aproximadamente una semana me telefoneó para pedirme ayuda a mí y mi familia. Me encontró de milagro, porque estábamos a punto de regresar a la India. Y aquí me tienes.

—¿Cuánto...? —Me humedecí los labios secos—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Unas tres semanas, creo. Pero ya hablaremos de eso cuando te hayamos sacado.

—No, Indy. —Sacudí la cabeza con tristeza—. No me dejarán salir. Me acusan de haber asesinado a Violet Astbury. Creo que me ahorcarán pronto, pero no me importa. Moh..., mi hijo, ha muerto. Y también Donald. No

quiero seguir viviendo.

Indira me miró severamente.

—Anahita Chavan, ¿me recuerdas diciéndote esas mismas palabras hace unos años, cuando regresaste a la India para ayudarme?

—Sí.

—Bien, pues yo estoy aquí para hacer lo mismo por ti, mi querida amiga.

—No, Indy, esto es muy diferente. Moh y Donald han muerto. Quiero morir, en serio. Déjame morir.

—No te negaré que estás viviendo una pesadilla, pero te conozco desde que eras una niña, Anni. Te he visto inyectar fuerza a otras personas, yo entre ellas, y ahora has de inyectártela a ti misma. Puedes hacerlo, sé que puedes.

—Gracias, Indy —respondí cansinamente—, pero no puedes hacer nada. En el juicio me condenarán a muerte, estoy segura.

—Anni, no habrá ningún juicio. Los cargos han sido retirados. He venido para llevarte a casa.

La miré sin comprender.

—No puedo volver a la casa junto al arroyo, no me lo permitirán.

—No, Anni, voy a llevarte a casa. A tu verdadera casa. Volvemos a la India.

Una vez más, los recuerdos de mi salida de Holloway y mi llegada a la casa de la familia de Indira en Knightsbridge, donde había estado de niña, son vagos. Recuerdo, sobre todo, la maravillosa suavidad que súbitamente me rodeaba: manos amables, almohadas de plumas y voces que me hablaban en susurros. Ya no había gritos de dolor, solo silencio. Creo que dormía a todas horas, que es la manera que tiene la naturaleza de sanar el cuerpo y la mente.

Sí recuerdo que cada vez que despertaba encontraba a Indira sentada en una silla junto a mi cama. Con ternura, insistía en que abriera la boca para poder introducirme cucharadas de caldo, y eran sus propias manos las que lavaban y atendían las terribles llagas causadas por semanas de mugre que cubrían mi cuerpo debilitado. Mientras me prodigaba sus cuidados evocaba anécdotas divertidas de nuestro pasado, preguntándome si me acordaba de cuando durmió con Pretty en el recinto de los elefantes antes de partir hacia el internado inglés, o de la noche que engañamos a la señorita Reid en el barco,

se puso el vestido de chiffon de color melocotón y conquistó el corazón de su príncipe.

Yo no respondía, pero escuchaba.

Ahora, cuando miro atrás, no me cabe duda de que fueron Indira y sus muestras de amor lo que me salvó. Finalmente comprendí que no podía seguir escondiéndome en el velo del sueño y que debía encontrar la fuerza para regresar al mundo de los vivos.

—Anni, creo que te estás reponiendo —me dijo Indira una mañana que le arrebaté la cuchara tras anunciarle que podía comer sola.

—Yo también —admití.

—Gracias al cielo. Si te soy franca, hubo momentos en que no las tenía todas conmigo. Estaba empezando a dudar de mis aptitudes como enfermera.

—Sonrió—. Cuidar de los demás nunca ha sido mi punto fuerte.

—Indy —los ojos se me empañaron—, te has portado de maravilla. De no ser por ti... —Dejé que las palabras quedaran flotando en el aire.

—Olvida eso. Sé que todavía estás débil, Anni, pero me gustaría reservar nuestros pasajes a la India lo antes posible. No me fío de que esa endemoniada lady Astbury no intente otra locura.

—¿A qué te refieres? —inquirí con un arrebato de pánico. No había preguntado sobre los detalles de mi liberación, y tampoco nadie me los había contado.

—Ah, no te preocupes por ella. —Indira ahuyentó el problema con la mano—. Lo que importa es que quiero llevarte a casa. Cuando estés preparada, te contaré toda la historia.

—De acuerdo —contesté, sabiendo que en esos días no lo estaba—. ¿Sabe tu madre que estoy aquí contigo?

—¡Pues claro! Fue ella quien consiguió tu libertad.

—Entonces ¿me ha perdonado?

—Naturalmente que te ha perdonado, Anni. Y también a mí, lo cual es todo un paso. En cuanto supo que tenía un nieto, no pudo resistir la tentación de ir a verlo. Escribe cada día, nos envía su amor y dice que está deseando verte. Ahora, Anni, veamos si puedes ponerte en pie y caminar hasta el cuarto de baño.

Durante los días siguientes mi cuerpo joven y fuerte empezó a sanar con rapidez, y supe que físicamente me hallaba al fin recuperada. Estaba de acuerdo en que Indira debía reservar nuestros pasajes para la India cuanto antes. No obstante, todavía dudaba de mi capacidad mental y emocional, y evitaba hacer preguntas cuyas respuestas sabía que debía conocer antes de abandonar Inglaterra.

Una tarde, Indira entró en mi habitación para anunciarme que tenía visita.

—Es Selina, Anni, y creo que deberías verla antes de marcharnos.

El miedo me encogió el corazón y noté que empalidecía. Indira me cogió la mano.

—Estaré contigo en todo momento, te lo prometo. En serio, Anni, partimos dentro de dos días y debes hablar con ella.

Asentí con resignación y cinco minutos después Indira y yo bajamos al salón.

—Anni. —Selina se levantó y se acercó a mí con el rostro tan pálido y demacrado como el mío—. ¿Cómo estás? —dijo tomando mi mano entre las suyas.

—Mejor, gracias.

—¡Cuánto me alegro! Me quedé destrozada cuando te vi en aquel lugar tan espantoso.

—Lamento mucho haber causado tantos problemas —respondí apesadumbrada.

—Anni, ni se te ocurra culparte por lo sucedido —dijo Selina con una vehemencia inusual en ella—. Esta terrible tragedia es obra de una sola persona. —Me tomó del brazo—. Ven a sentarte, por favor.

Nos acomodamos en el sofá Chesterfield, mis manos todavía envueltas en las de Selina. Indira tomó asiento frente a nosotras, en una butaca, como una tigresa vigilando atentamente a su frágil cachorro.

—Selina, por favor, dime que sabes que yo no intenté asesinar a Violet. Era mi amiga, cuidé de ella y al final, pese a saber que no había esperanza, hice lo que pude por ayudarla.

—Claro que lo sé, querida Anni. En tu corazón solo cabe bondad. Pero deja que te lo explique todo desde el principio, así resultará más fácil.

Cuando finalmente recibí en Francia los dos telegramas que me informaban de la muerte de Violet y de mi hermano, regresé de inmediato a Astbury. Fue entonces cuando me enteré de que te habían detenido acusada de asesinato. Sabía que solo podía haber una persona responsable de ello, de modo que fui a verla.

—¿Te refieres a tu madre? —pregunté.

—Sí. Mi madre, obviamente, me dijo no tenía nada que ver con eso, e insistió en que el doctor Trefusis había sido el primero en expresar sus dudas sobre los remedios que le habías administrado a Violet tanto durante el embarazo como el día que falleció. Para entonces los padres de Violet habían llegado para el funeral y el doctor Trefusis les comunicó sus sospechas. Comprensiblemente, los Drumner necesitaban culpar a alguien, de modo que ellos y mi madre dijeron al doctor Trefusis que debía ir con sus sospechas a la policía.

—A pesar de que el doctor Trefusis sabía que la culpa era suya — intervino Indira—. Después de todo, él era el médico.

—Ambos tenían muchas razones para querer perderte de vista, Anni — continuó Selina con un suspiro—. El doctor Trefusis estaba utilizándote como cabeza de turco. Y mi madre, bueno, todos sabemos lo mucho que deseaba deshacerte de ti.

—Tu madre vino a verme a los pocos días de morir Violet —cavilé—. Le aterraba la posibilidad de que ahora que Violet había muerto, Donald llevara a cabo su plan original de casarse conmigo.

—Y si siguiera entre nosotros, probablemente lo habría hecho —dijo Selina para consolarme—. Te amaba con toda el alma.

—Y yo a él... —Se me quebró la voz y sentí que el pánico crecía dentro de mí al pensar en lo que había perdido. Sabía que debía serenarme para poder continuar con la conversación sin caer en la histeria—. Selina, has de saber que antes de que tu madre viniera a verme yo ya había decidido irme de Astbury para siempre. Era consciente de que Donald y yo jamás habríamos podido superar la muerte de Violet. Pero ¿cómo es posible que encontrarán pruebas de que la había envenenado?

—Anni, ¿recuerdas que el doctor Trefusis fue a verte un día para coger

esquejes de tus plantas y hierbas?

—Sí, dijo que estaba interesado en conocer más a fondo sus propiedades curativas.

—Por desgracia —prosiguió Selina—, el buen doctor cogió esquejes no solo de hierbas inocuas, sino de ejemplares que al parecer están considerados peligrosos, sobre todo en caso de embarazo, y los entregó a la policía como prueba. Uno era poleo, un tipo de menta que se ha demostrado que resulta dañina en las mujeres embarazadas. El día que Violet murió le llevaste un remedio para los tobillos hinchados que tú misma elaboraste y le diste una infusión de menta para combatir las náuseas.

—Dios mío. —Me tapé la boca y los ojos se me llenaron de lágrimas—. ¡Es cierto, pero no era poleo! Eran hojas de menta ordinaria, las cuales también crecen libremente en mi jardín. Selina, llevo estudiando medicina ayurvédica desde que aprendí a caminar. El poleo por lo general puede beberse en infusión, en pequeñas cantidades, sin riesgo alguno. Crece de forma silvestre en Devon y es muy bueno para tratar catarros y gripes. Y, como es lógico, sé perfectamente lo peligroso que puede resultar para una embarazada. Puede provocar un parto prematuro, convulsiones, hemorragias... —La voz se me apagó al comprender que todo encajaba.

—Anni, te lo ruego, trata de no martirizarte. Todos sabemos que nunca harías daño a nadie —intentó reconfortarme Indira.

—Por si eso fuera poco —continuó Selina—, el doctor Trefusis presentó un artículo escrito por un eminente profesor de una universidad estadounidense que detallaba los efectos nocivos del poleo en las mujeres embarazadas. También presentó una muestra de cimicifuga racemosa, otra hierba considerada peligrosa durante el embarazo. Una empleada de la cocina dijo que le habías dado una infusión de esa hierba a Violet recientemente.

—¡Porque es excelente contra el reuma! —Noté que el corazón se me aceleraba.

—Así que la policía fue a tu casa y vio que, efectivamente, cultivabas esas y otras hierbas en el huerto y el invernadero —dijo Selina.

—Pero aun teniendo los esquejes de mi huerto, no podían tener pruebas de que se las hubiera administrado a Violet.

—Querida Anni, trata de no ser tan ingenua. —Indira meneó la cabeza con exasperación—. No fue necesario nada más. Maud Astbury goza de mucho poder en el pueblo y tiene a las autoridades comiendo de su mano. Violet había muerto, y si Maud decidía que quería que alguien fuera acusado de asesinato, sabía que la policía local se encargaría de que así sucediera, por pocas que fueran las pruebas.

—Supongo que puedo entenderlo —suspiré con impotencia—. ¿Y cómo fueron retirados los cargos?

—Fui a ver a mi madre de inmediato y le supliqué que convenciera a la policía de que retirara los cargos, pero no quiso ni escucharme. Dijo que el asunto no dependía de ella y que debía hacerse justicia. —Selina torció el gesto—. Anni, has de saber que ese día perdí el control. Me temo que dije a mi madre exactamente lo que había querido decirle durante años, que era una mujer amargada, intolerante y egoísta, y que en lo que a mí respectaba estaba tan muerta como mi pobre hermano. Le dije que no volvería a Astbury mientras ella viviera.

—Fue entonces cuando Selina se puso en contacto conmigo —dijo Indira—. Y por fortuna mi madre es mucho más inteligente y tiene amigos en puestos mucho más influyentes que Maud —explicó con un destello de triunfo en la mirada—. Creo que solo necesitó hacer una llamada telefónica para conseguir que se retiraran los cargos. La única condición fue que debías volver a la India y no regresar nunca más a Inglaterra.

—Entiendo. ¿Y los Drumner? ¿Todavía creen que maté a su hija?

—Creo que tienen problemas más acuciantes —respondió Selina—. Aunque Sissy está delicada, insistieron en que su nieta debía ir a Nueva York y vivir con ellos. Mi madre, por supuesto, se negó en redondo y dijo que Daisy debía quedarse en Astbury bajo su cuidado, pues era la heredera legítima de la propiedad. Los Drumner regresaron a Nueva York decididos a pelear en los tribunales por la custodia de su nieta.

—Entonces ¿existe la posibilidad de que esa pobre niña crezca bajo la tutela de Maud? —pregunté horrorizada.

—Lo más seguro —dijo Selina—. Después de todo, la pequeña Daisy es ciudadana británica y dudo mucho de que los Drumner, pese a sus vastos

recursos, obtengan la custodia. Aquel espantoso día le rogué a mi madre que me cediera a Daisy para poder educarla junto a sus primas, pero no quiso ni oír hablar del tema. Vuelve a estar instalada en Astbury Hall, gozando nuevamente del control de su reino y con carta blanca para formar a la siguiente generación a su imagen y semejanza. Hacía años que no la veía tan llena de energía —observó Selina con amargura.

Nos quedamos un rato calladas. Sentía náuseas. Maud Astbury había destruido a una generación y ahora se le había otorgado el poder para destruir a otra.

—Siempre pensé que estaba como una cabra —comentó Indira con una sonrisa, siempre deseosa de aligerar los ánimos sombríos.

—Tal vez lo digas en broma, pero creo que no vas mal encaminada —dijo Selina—. Mientras hablaba con mi madre podía verlo en sus ojos. Algo que parecía auténtica locura.

—Es la encarnación del diablo —murmuré con un estremecimiento—. Disculpa, Selina —me apresuré a añadir.

—Di cuanto te apetezca, por favor —me tranquilizó—. Te aseguro que pienso exactamente lo mismo, tanto que Henri y yo hemos decidido instalarnos definitivamente en Francia. No deseo siquiera estar en el mismo país que ella.

—Por lo menos las brujas no pueden cruzar el mar —dije con una media sonrisa.

Selina miró el reloj de la chimenea.

—Lo siento mucho, pero debo irme. Anni, mantente en contacto conmigo, por favor. Y si puedes, ven a verme a Francia. ¿Adónde pensáis ir cuando lleguéis a la India?

—Para empezar, al palacio de mis padres de Cooch Behar —respondió Indira—. Mamá está deseando ver a la pobre Anni, y eso significa que podré retrasar mi regreso al zenana del palacio de mi marido. —Esbozó una sonrisa pícaro.

Nos levantamos y Selina me abrazó.

—Siento muchísimo todo lo que has sufrido. Estoy segura de que, dondequiera que estén, Donald y tu pequeño te están viendo y enviándote su

amor.

—Gracias por todo, Selina —susurré. Cuando se dirigía a la puerta supe que tenía que hacerle la pregunta que las tres habíamos evitado deliberadamente desde su llegada—. Selina, ¿dónde está enterrado mi hijo?

Se detuvo en la puerta, respiró hondo y giró sobre sus talones.

—Lo mismo pregunté yo cuando regresé a Astbury. La gente del pueblo y los sirvientes no saben que Moh ha muerto, Anni. Les dijeron que te lo llevaste contigo cuando te detuvieron. Mi madre, como es lógico, no quería que se supiera que Donald había muerto cuando se dirigía a la casita a caballo para rescatar a su hijo. La única persona aparte de mi madre que sabe la verdad es el doctor Trefusis, y este me contó que Moh había recibido discreta sepultura en un rincón de la parroquia del pueblo. Cuando fui a visitarla, había tierra fresca sobre una tumba, pero el párroco me dijo que cuando celebró el entierro y preguntó si se necesitaba una lápida, el doctor Trefusis respondió que no. Le dijeron que el niño había muerto al nacer y no tenía nombre. Lo siento mucho, Anni —dijo con lágrimas en los ojos.

—Incluso muerto, su existencia tuvo que ser un secreto —susurré.

—Sé que no es un consuelo, pero está enterrado en un lugar muy tranquilo, Anni. Puse unas rosas preciosas sobre su tumba en tu nombre. Sé que tu religión es otra, pero espero haber hecho lo correcto. Sé... sé que no hay palabras para describir lo terrible que esto debe de ser para ti, Anni. No imaginas cuánto lo siento.

En ese momento sentí una gran ternura por Selina, tropezando con las palabras en su esfuerzo por no hacerme más daño. Ella también era madre.

—Gracias, Selina. Lo que hiciste es perfecto.

—También le he dado a Indira una copia del certificado de defunción de Moh firmada por el doctor Trefusis —añadió—. Adiós, Anni. Cuídate mucho.

Cuando se hubo marchado, el rostro de Indira reflejaba preocupación. Yo sabía que temía que el hecho de enfrentarme a la realidad de mi hijo muerto pudiera hundirme de nuevo. Después de todo, era la primera vez que yo había mencionado el asunto.

—Subiré a descansar —dije.

—Anni, ¿estás bien?

—Sí —la tranquilicé antes de abandonar el salón.

Mientras subía y entraba en el tranquilo santuario del dormitorio donde Indira me había cuidado hasta devolverme a la vida, me di cuenta de que, efectivamente, estaba serena.

Pero ¿por qué?

Dos días después, cuando nos alejábamos de la costa inglesa y el pánico y el dolor de las últimas semanas empezaron a desaparecer lentamente de mi ofuscado cerebro, lo entendí.

Supe entonces que aquella última noche que Donald y yo pasamos juntos había oído el canto por él, pero nunca por ti, Moh. Aquella última mañana, justo antes de que llegara la policía, después de que te acostara en la cuna para tu siesta y te besara en la frente como hacía siempre, no sentí ni oí nada.

Cada noche, cuando en la cubierta pedía a los de arriba que me guiaran, permanecía atenta a las voces que asaltaban mis sentidos cuando alguien había fallecido, como en el caso de Violet y Donald, pero no pude oír nada relacionado contigo.

La víspera de atracar, Indira —que había interpretado mi serenidad como aceptación— me tendió dos sobres antes de la cena.

—Primero abre este —dijo alentadoramente, señalando el más pequeño.

Así lo hice y, dentro, mis dedos reconocieron la textura fría y sedosa de las perlas que Donald me había regalado.

—Estaban con tus ropas cuando dejamos la cárcel, pero pensé que te afectaría demasiado verlas. ¿Puedo ayudarte con el cierre? —dijo Indira mientras yo sacaba el collar del sobre.

—Gracias. —Notar nuevamente el peso de las perlas en mi cuello me reconfortó, y mis dedos viajaron hasta ellas para acariciarlas como habían hecho tantas otras veces.

Indira señaló el otro sobre.

—Contiene una fotografía de Moh contigo y su certificado de defunción. Pensé que te gustaría tenerlo.

Sonriendo para mí, hice una pausa antes de responder.

—Gracias, Indy, pero no necesito su certificado de defunción.

—Es comprensible —dijo.

—Porque mi hijo no ha muerto. Sé que está vivo.

Astbury Hall, julio de 2011

42

Rebecca dejó a un lado las hojas y miró el reloj que descansaba junto a su cama. Era más de medianoche. Contempló la habitación en penumbra sintiendo todavía los latidos acelerados de su corazón.

Violet Astbury había dado a luz a una niña exactamente donde ella, Rebecca, yacía en esos momentos. Violet había sido una mujer totalmente sana de veintipocos años, que se había quejado de dolores de cabeza y náuseas, y que había fallecido poco después.

—¡Para! —se susurró cuando el pánico creció en su interior—. ¡Violet murió de parto! —Se levantó y se puso a caminar por la habitación hablándose a sí misma para intentar serenarse—. Por lo que más quieras, Rebecca, tú no estás embarazada.

Entonces recordó que el médico le había preguntado si podía estarlo, y que seguía pendiente del resultado de las pruebas. Estalló en lágrimas de miedo y frustración. Aunque estuviera dando rienda suelta a su imaginación, una cosa era cierta: no podía pasar un minuto más en esa habitación tan llena de Violet y su tragedia. Temblando de miedo, decidió ir en busca de Ari.

Salió de la suite de puntillas y recorrió los umbríos pasillos llamando quedamente a las puertas y abriéndolas con sumo sigilo para mirar en su oscuro interior. Todas las habitaciones a lo largo de su pasillo estaban vacías, de modo que cruzó el rellano y procedió a abrir las puertas situadas al otro lado de la escalera principal.

De repente escuchó un canto agudo. Sonaba débil y lejano, pero era el

mismo que había oído en sus sueños. Aterrada pero consciente de que debía enfrentarse a la persona que estaba emitiendo ese sonido extraño que Anahita había descrito como presagio de muerte, echó a andar en su dirección.

Se detuvo en mitad del pasillo. El canto salía de la puerta que tenía ahora delante. Armándose de valor, rodeó el pomo con los dedos, lo giró despacio y lo empujó un par de centímetros.

Miró por la rendija. Dentro de la habitación brillaba una luz suave, y a su izquierda vislumbró una figura sentada delante de un espejo. Abriendo la puerta unos centímetros más, vio que la figura estaba frente a un tocador, cepillándose una larga melena rubia mientras canturreaba. Pese a la distancia, podía oler el aroma estival del perfume que había invadido su habitación de noche, el perfume de Violet. Abrió la puerta un poco más para intentar ver el rostro de la mujer en el espejo, y en ese momento el canto cesó bruscamente. Algo había alertado a la mujer de su presencia.

Cuando su cabeza empezó a girar en dirección a la puerta, Rebecca huyó por el pasillo jadeando entrecortadamente. Estaba a punto de alcanzar la seguridad de su cuarto cuando una figura salió inopinadamente de la oscuridad y la agarró.

Rebecca soltó un grito cuando los brazos tiraron de ella y la metieron en su dormitorio.

—¡Chiss, soy yo, Ari! —dijo él mientras Rebecca seguía forcejeando, luchando por respirar y gimiendo del susto—. Rebecca, ¿qué demonios ha ocurrido? ¿Por qué estás tan asustada? Tranquilízate, por favor —prosiguió en tanto ella apoyaba las manos en la cama y se inclinaba hacia delante para calmar la respiración.

—Ari, por favor, tienes que sacarme de aquí... Creo que me están envenenando, como a Violet, y acabo de ver a una extraña mujer en una habitación, peinándose y cantando. No sé... —Rebecca respiró hondo unas cuantas veces más para ayudarse a continuar—. No sé si está viva o es un fantasma, pero la vi, Ari, te juro que la vi. Y sé que ha estado en mi cuarto cuando dormía... Dios mío... ¡Violet murió aquí! —Cayó desplomada al suelo—. ¡Ari, tienes que sacarme de aquí ahora, esta noche! Tengo miedo, mucho miedo —gimió.

Ari se arrodilló a su lado.

—Rebecca, creo que acabas de sufrir un shock. Todavía estás delicada y tal vez tengas fiebre, lo que puede provocar toda clase de alucinaciones, y...

—¡No! La he oído y la he visto con mis propios ojos. Tienes que creerme, Ari —insistió—. No me estoy volviendo loca. ¡Esa mujer era real!

—Vale, te creo —dijo Ari—. Ahora, tratemos de pensar con lógica. Esta casa es enorme y posee quién sabe cuántas habitaciones. A lo mejor Anthony tiene una invitada y no nos lo ha dicho.

—Puede, pero yo he sentido y oído antes a esa mujer —insistió Rebecca—, y en este cuarto hay noches que puedo oler el perfume que utiliza..., que utilizaba Violet. Si hay otra mujer en esta casa, lleva tiempo aquí. Pero ¿por qué no la hemos visto? ¿Y por qué ha entrado en mi habitación por las noches? Sé que lo ha hecho, Ari. Esta última semana me he encontrado fatal, he tenido unas náuseas y unas jaquecas terribles, como Violet. Te juro que alguien está intentando matarme. ¡Quiero salir de aquí!

—Rebecca —Ari se percató de que le temblaban los hombros—, entiendo que después de leer el relato de Anahita encuentres curiosas algunas de las comparaciones entre Violet y tú, pero es absurdo pensar que alguien ha orquestado tu presencia en esta casa para hacerte daño. El hecho de que hayas estado enferma no ayuda, pero creo que estás dando demasiada rienda suelta a tu imaginación. Confía en mí, Rebecca. Lo que digo tiene sentido.

—Me da igual que lo tenga, Ari. Quiero irme de esta casa —sollozó ella—, y quiero irme ahora.

—Lo entiendo, Rebecca, pero a estas horas todos los hoteles de la zona estarán cerrados. Es casi la una de la madrugada. Estoy seguro de que puedes esperar a mañana.

—Dios mío —gimió Rebecca—, mi puerta no tiene llave, podría entrar cualquiera y...

—Rebecca —dijo, paciente, Ari—, ¿te sientes segura conmigo? ¿Confías en mí?

Rebecca lo meditó.

—Creo que esta noche no sé en quién confiar.

—Bien, ¿qué te parece si duermo aquí al lado, en la salita de estar? Ante

todo necesitas dormir.

—Si alguien vuelve a decirme eso creo que me volveré loca de verdad — dijo Rebecca con un suspiro.

—¿Aunque tenga razón? —Ari sonrió—. ¿Te ayudo a levantarte?

—Puedo sola. —Rebecca se levantó tambaleante y caminó hasta la cama—. Y sí, la verdad es que te agradecería que durmieras en el sofá de la salita.

—Será un placer. Buenas noches, Rebecca.

—Gracias. Lo siento si me estoy comportando como una cobarde.

—No te preocupes, es comprensible.

—¿Ari?

—¿Sí? —Ari se detuvo al llegar a la puerta y sonrió.

—Mañana me gustaría hacerte algunas preguntas sobre la historia de tu bisabuela.

—Vale, pero ahora debes dormir.

Rebecca despertó a la mañana siguiente sobresaltada. Estaba desorientada. Tras recordar lo sucedido la noche previa saltó de la cama, corrió hasta la sala de estar y la encontró vacía. Salió de la habitación y echó a andar por el pasillo.

En lo alto de la escalera principal estaban la señora Trevathan y Ari charlando en voz baja. Al verla se dieron la vuelta.

—Buenos días, dormilona —saludó Ari—. Son más de las doce.

—¡Cielos! Esta tarde tengo rodaje y todavía he de hacerme la maleta y marcharme de aquí y...

—Tranquilícese, Rebecca —dijo la señora Trevathan acercándose a ella—. Ari me ha contado lo que vio anoche y le prometo que tiene una explicación muy sencilla. Vamos a su habitación.

—Es cierto, Rebecca —confirmó él en un tono tranquilizador.

—Pues me encantaría oírla. Sé que lo que vi era real y que no estoy loca —se defendió Rebecca mientras los tres entraban en su cuarto. Se sentó a los pies de la cama con los brazos cruzados—. Bien, ¿quién era esa mujer? ¿Y por qué entra por las noches en mi habitación mientras duermo? Porque ha entrado, señora Trevathan, ¡sé que ha entrado!

—La creo, querida —dijo la señora Trevathan—. La mujer que vio

anoche es Mabel, mi madre. Trabajó aquí como niñera del señor desde su nacimiento.

—¿Su madre? ¿Y por qué está aquí?

—Por favor, deje que se lo explique. Mi padre murió hace veinte años y mi madre, después de jubilarse, estuvo viviendo sola tan a gusto en el pueblo. Pero hace un par de años empezó a desvariarse y a sufrir algunas caídas. Tiene noventa y un años, después de todo.

—Es comprensible —dijo Rebecca.

—Le dije al señor que no me quedaba más remedio que dejar Astbury Hall y volver al pueblo para cuidar de ella. Y me propuso una solución. Se ofreció a convertir dos habitaciones del ático en un acogedor apartamento para mi madre. Al principio la cosa fue bien, pues podía cuidar de los dos al mismo tiempo, pero el año pasado la salud de mi madre empeoró. El señor tuvo entonces la amabilidad de contratar a una enfermera interna para ella. Creo que la vio en la cocina el día que llegó, querida.

—Sí —reconoció Rebecca—, y otra vez en el jardín. Empujaba a una anciana en una silla de ruedas. Pensé que eran extras de la película, para serle franca.

—Pues era mi madre. El problema, Rebecca, es que a veces se le va la cabeza, y también el cuerpo. Sobre todo de noche, cuando la enfermera duerme. La habitación donde la vio anoche era la que ocupaba cuando trabajaba de niñera del señor. No es la primera vez que aparece allí. ¿Se siente más tranquila ahora?

—Pero estoy segura de que la mujer que vi anoche no era mayor. —Rebecca frunció el entrecejo—. No le vi la cara, pero tenía una larga melena rubia y cantaba mientras se peinaba.

—Mi madre tiene el pelo largo —dijo la señora Trevathan—, pero yo lo describiría como blanco en lugar de rubio. Lamento mucho los sustos que se ha llevado estas últimas semanas, pero le juro que en esta casa no hay fantasmas ni nadie que quiera hacerle daño, solo una anciana inofensiva que a veces se desorienta.

—Supongo que me afectó leer la historia sobre Violet Astbury que me dio Ari —reconoció Rebecca—. Ella también sufría dolores de cabeza, y

después de morir pensaron que había sido envenenada.

—Rebecca estaba muy alterada anoche —explicó Ari—. En realidad no piensa que alguien esté intentando envenenarla. ¿Verdad que no, Rebecca?

—No, claro que no —se apresuró a responder ella, captando el tono de Ari.

—Bien —dijo la señora Trevathan—. ¿Por qué no hace compañía a Rebecca mientras le preparo el desayuno? ¿Qué tal unos huevos revueltos con tostadas, querida? Y si le inquietan, puede pedirle al señor Malik que los pruebe primero —añadió antes de marcharse.

—Caray, la he enfadado de verdad —dijo Rebecca.

—Se le pasará —la tranquilizó Ari, incapaz de reprimir una sonrisa—. Y ahora que la señora Trevathan te ha dado una explicación verosímil, ¿quieres seguir aquí o quieres que le pida a Steve que te busque un hotel?

—No lo sé. Supongo que mi reacción de ayer fue un tanto exagerada.

—Bueno, comunícamelo cuanto antes. Si lo crees necesario, puedo hacer lo que hacían algunos de mis antepasados cuando estaban al servicio de los británicos: tumbarme en el suelo delante de la puerta de tu cuarto para protegerte.

—¡Muy gracioso! Ahora en serio, vaya tragedia la que leí anoche —suspiró ella—. Qué mujer tan horrible esa Maud Astbury. Y encima crió a la pobre Daisy, la madre de Anthony. No me extraña que él sea tan raro.

—Imagino que para conseguir que una gran familia y una finca sobrevivieran cuatrocientos años había que mostrarse implacable. Maud Astbury podía ver el fin de la estirpe y estaba dispuesta a hacer lo que fuera por salvarla.

—Pero no lo consiguió. Si Anthony no tiene hijos, su estirpe terminará con él.

—Tienes razón. Por cierto, ayer leí el diario de Donald, por eso estaba despierto tan tarde y te oí merodear por el pasillo. Me encontraba en el cuarto de baño cuando llamaste a mi cuarto. El diario me ha aclarado muchas cosas, gracias.

—¿Crees que deberíamos dárselo a Anthony?

—Si te soy franco, ayer cené con él y tuve la impresión de que se ha

cerrado todavía más. No estoy seguro de que le haga ningún bien. Es evidente que no quiere saber, y lo entiendo.

—Yo también —dijo ella de corazón.

—Rebecca, ¿puedo preguntarte algo? Ahora que has leído la historia, ¿crees que Moh se ahogó aquel día en el arroyo?

Rebecca respiró hondo antes de contestar.

—No sé qué decirte. El caso es que no existen pruebas de que se ahogara ni de que no lo hiciera, ¿verdad?

—No, pero después de mi falta de fe en la historia de Anahita, mi intuición me dice ahora que Moh no murió —respondió él con calma—. Me encantaría averiguar la verdad antes de marcharme.

—Imagino que te habrás dado cuenta de que Tilly, la amiga que Anahita tenía en el pueblo, es la abuela de la señora Trevathan, ¿no? Lo que significa que su madre nonagenaria, la misma que al parecer me pegó semejante susto anoche, jugó de niña con Moh.

—¡Claro, tienes razón! Es probable que en aquel entonces fuera demasiado pequeña para recordar algo, pero nunca se sabe. Tal vez le haga una visita más tarde.

—Y estoy segura de que la señora Trevathan sabe más de lo que parece —añadió Rebecca.

—Tal vez, pero es demasiado leal a lord Anthony y los Astbury para contar nada. Así y todo, Rebecca, creo que aquí estás segura. No me gustaría que te fueras de esta casa creyendo en fantasmas o que eres el espíritu reencarnado de Violet Astbury.

—Vale, se acabó el sermón. —Rebecca le obsequió con una sonrisa de resignación—. La verdad es que me parece una locura visto a plena luz del día.

—Bien. Y ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer. A menos que quieras que me quede y pruebe tu desayuno...

—¡Ari!

—Era una broma. Hasta luego.

Rebecca engulló obedientemente hasta el último bocado del desayuno que la señora Trevathan le sirvió pese a no tener apetito ni ser una apasionada de

los huevos revueltos. Cuando Steve fue a verla a la hora de comer, y a pesar de que todavía le dolía la cabeza, Rebecca le comunicó que ya se encontraba lo bastante bien para filmar su escena esa misma tarde.

Cuando apareció en el rodaje fue objeto de numerosos abrazos de bienvenida de los actores y el equipo. No estaba segura de si el cálido recibimiento era por su indisposición o porque sabían que su relación con Jack había terminado.

Antes de que las cámaras empezaran a rodar, Robert se le acercó para hablarle en privado.

—Cariño, eres toda una profesional, y te estamos muy agradecidos. Procuraré rodar esta escena lo más deprisa posible para que puedas subir a tu cuarto a descansar. Mañana te espera un día largo.

James le dio el abrazo más fuerte de todos mientras aguardaban el comienzo de su escena.

—Siento mucho lo de Jack. ¿Realmente habéis terminado?

—Sí, a menos que solucione sus problemas.

—Me siento culpable por haber contribuido a tu desencanto. Digamos que no hizo falta que me apuntara con una pistola para que le acompañara en nuestras juergas en el Ashburton.

—¿Qué tal con la camarera? —preguntó Rebecca en un tono mordaz.

James se puso rojo y ella comprendió que había dado en el clavo.

Justo entonces Robert gritó:

—¡Acción!

—Si te digo la verdad, no la recuerdo muy bien —contestó James después de que Robert diera por buena la toma—. No pretendo echarle la culpa a Jack, porque yo me dejé llevar enseguida, pero ese chico sabe cómo divertirse.

Rebecca se ahorró tener que contestar porque en ese momento Robert volvió a gritar:

—¡Acción!

Tras media hora de rodaje con algunos parones, Robert dijo que la escena era válida y Rebecca se dirigió enseguida a Vestuario. Cuando salió diez minutos más tarde, la señora Trevathan se le acercó.

—Cómo me alegro de pillarla, Rebecca. Al señor le gustaría cenar con usted esta noche. Dice que hace días que no la ve.

—Será un placer —dijo Rebecca sintiéndose culpable por haber descuidado a su anfitrión.

—Estoy segura de que eso lo animará. Últimamente no se siente muy bien. —La señora Trevathan frunció el entrecejo con preocupación.

—¿Está enfermo?

—En absoluto, querida, pero creo que la presencia del equipo de rodaje y tanto hablar de sus abuelos con la llegada del señor Malik ha sido un poco excesivo para él. Por cierto, el doctor Trefusis telefoneó y dijo que mañana vendrá con los resultados de sus pruebas.

—Gracias, señora Trevathan. Hasta luego.

Mientras Rebecca subía a su cuarto el apellido «Trefusis» repicó en su cabeza, hasta que hizo la conexión con el médico que aparecía en el manuscrito de Anahita. La fusión entre pasado y presente parecía no tener fin en esa casa...

Tras dormir una hora, se despertó algo más repuesta y se dio un baño. A las siete, mientras decidía qué ponerse para la cena, llamaron a su puerta. Cuando abrió vio a Ari.

—Hola. Pasa.

—¿Cómo te encuentras? —se interesó él.

—Bien. Esta noche ceno con Anthony. —Rebecca enarcó una ceja—. Para serte franca, no me apetece demasiado.

—Lo bueno es que nunca se alarga más allá de las nueve y media, por lo que no te verás obligada a trasnochar.

—Me siento mal por el alboroto causado por Jack, así que me dará la oportunidad de explicarme y pedirle disculpas. ¿Cenas con nosotros? —preguntó esperanzada.

—No. La verdad es que no he sido invitado —dijo Ari.

—Por cierto —recordó Rebecca—, hoy he caído en la cuenta de que el médico que vino a verme el otro día debe de ser pariente del doctor que estaba confabulado con Maud Astbury, o por lo menos llevan el mismo apellido. El doctor Trefusis.

—¿En serio? Eso me abriría otra posible línea de investigación. Gracias. Bien, no te molesto más. Pásalo bien con Anthony, y si por lo que sea me necesitas, mi habitación está en este mismo pasillo a la derecha.

—Seguro que estaré bien. Steve me dijo que el equipo de rodaje estará filmando en los jardines hasta medianoche como mínimo. Se han retrasado debido a un caballo difícil que no recuerda el texto. Por lo menos hoy no soy yo la causa de los problemas —añadió Rebecca con una sonrisa torcida.

—Hasta mañana entonces.

Cuando Ari se hubo marchado, Rebecca miró su reloj y vio que había llegado la hora de arreglarse para cenar con Anthony.

Veinte minutos después entró en el comedor y se sorprendió de ver a Anthony con una chaqueta de tweed que parecía nueva. Llevaba el pelo limpio y bien peinado y se había afeitado.

—Buenas noches, Rebecca. —Le obsequió con una de sus raras sonrisas —. Ven a sentarte.

—Gracias.

—La señora Trevathan me ha dicho que todavía no te encuentras del todo bien, así que he seguido su consejo y cenaremos pescado. Algo ligero para tu delicado estómago.

—Eres muy amable —agradeció ella tomando asiento.

—Y he de decir que esta noche estás absolutamente radiante.

—Gracias —dijo Rebecca, un tanto desconcertada por los esfuerzos poco sutiles de Anthony de complacerla.

—Y dime, ¿te has recuperado ya del drama de tener que mandar a tu novio a freír espárragos?

—Lo llevo mejor, sí. No quería hacerlo, pero no me dejó elección.

—Si te desenamoras, es la decisión correcta.

—Bueno, la verdad es que no lo tenía tan claro, pero sí, me siento bien con mi decisión.

—Brindemos porque las aguas se hayan calmado y por la vuelta a la normalidad —propuso Anthony alzando una botella de vino blanco.

—Esta noche beberé solo agua —dijo ella tapando su copa.

La señora Trevathan entró y procedió a servir el pescado.

—Tiene un aspecto muy sano —comentó Anthony—. Vosotros, los estadounidenses, adoráis el pescado, ¿verdad? Sé que Violet se lo hacía traer fresco de Lynmouth cuando estaba aquí. Los británicos somos más carnívoros.

—A la mayoría de los estadounidenses también les encanta un buen filete —respondió Rebecca.

—Así que —dijo él empuñando el tenedor y el cuchillo— solo falta una semana para que regreses a la Gran Manzana.

—Más o menos, aunque habrá un par de días de posproducción en Londres. Creo que se me hará muy extraño volver a Nueva York. Echaré de menos la paz y la tranquilidad de Astbury Hall.

—¿De veras?

—Sí. He estado muy a gusto aquí, Anthony. No sé cómo agradecerte tu generosa hospitalidad.

—No hay nada que agradecer. Ha sido un placer tenerte aquí.

Comieron un rato en silencio.

—Estaba delicioso —comentó Anthony cuando terminó su plato y se limpió los labios con la servilleta.

—Sí —convino Rebecca.

—Querida Rebecca, ¿estás totalmente segura de que no existe parentesco alguno entre mi abuela Violet y tú? —preguntó él inopinadamente—. Porque de veras creo que fuiste enviada a Astbury por alguna razón.

—Lo estoy. Supongo que es pura coincidencia. —Sonrió para tratar de mitigar la repentina tensión que experimentó cuando Anthony juntó el cuchillo y el tenedor y la escudriñó con la mirada.

—Pues yo no lo creo. —Observó que Anthony juntaba las manos y apretaba y aflojaba los dedos entrelazados—. Verás, Rebecca...

—Anthony, ¿qué ocurre? —preguntó ella, consciente de que estaba intentando decirle algo.

—Disculpa si no te parece el mejor momento, pero pensaba que debía hablar contigo antes de que empieces a pensar en tu partida... Desde... desde el día que te conocí supe que me habías sido enviada. Tú, la viva imagen de mi abuela estadounidense, Violet. Rebecca, ¿crees en la reencarnación?

—Nunca lo he pensado, la verdad —respondió nerviosa, temiendo el rumbo que parecía estar tomando la conversación.

—Yo sí —dijo Anthony—. Mi madre siempre decía que de niño me parecía mucho a Violet, y era cierto. Y ahora tú llegas de América, joven y hermosa como ella. —Anthony buscó su mano y la estrechó con fuerza—. ¿No ves que es el destino?

—¿Qué es el destino? —preguntó ella, desconcertada e incómoda por el contacto de su mano.

—¡Tú y yo, naturalmente! Donald y Violet murieron trágicamente jóvenes y no pudieron hacer prosperar la finca de Astbury, pero ahora, tú y yo juntos, estoy seguro de que podremos.

—Anthony...

—Sé que no te esperabas esto —continuó él con apremio—, pero como caballero que soy, no podía expresarte mis sentimientos mientras estuvieras prometida a otro hombre. Sin embargo ahora ese hombre se ha ido, como por decisión del destino, y tú y yo tenemos el camino libre. ¿No lo entiendes, Rebecca? —insistió.

—Anthony, no... no sé qué decir. —Rebecca miró hacia la puerta con la esperanza de que la ubicua señora Trevathan apareciera para retirar los platos y romper la tensión.

—Le dije a la señora Trevathan que nos dejara tranquilos para que pudiéramos hablar con calma —explicó Anthony, siguiéndole la mirada y leyéndole el pensamiento—. Así que no temas, no nos interrumpirá. Si te cuento esto esta noche es porque sé que necesitarás unos días para meditarlo. —Se llevó la mano al bolsillo y sacó un gastado estuche de piel—. Rebecca Bradley, me gustaría pedirte que me hagas el honor de casarte conmigo.

Rebecca le observó abrir el estuche para desvelar una magnífica sortija de zafiros y brillantes.

—Es el anillo que Donald regaló a Violet cuando le propuso matrimonio. Ella lo lució en el dedo hasta el día de su muerte. Ahora te corresponde a ti llevarlo. Dame tu mano, Rebecca, y veamos si te va bien.

Anthony le cogió la mano y, presa del aturdimiento, Rebecca vio cómo deslizaba el anillo en su dedo. Encajaba perfectamente.

—¡Ya está! —sonrió él, encantado—. Ha vuelto al que siempre debió ser su lugar.

Rebecca bajó la mirada hasta el anillo, el cual brillaba con la luz de la lámpara de araña.

—¿Qué me dices, Rebecca? —preguntó, esperanzado, Anthony—. ¿Lo pensarás?

Rebecca supo que debía elegir sus palabras con cuidado.

—Perdona, Anthony. Tu propuesta me halaga pero, como has dicho, hasta ayer estaba prometida a otro hombre. Todavía no me veo capaz de tener otra relación. Además, casi no te conozco, y tú tampoco a mí.

—Entiendo que necesites tiempo para pensártelo, pero hemos pasado muchas horas juntos desde que llegaste a esta casa, y te di cobijo cuando necesitaste protección. No me cabe la menor duda de que eres la mujer que he deseado toda mi vida. Piénsalo, ¡juntos podríamos reconstruir Astbury! Tu presencia ha devuelto la vida a esta casa, como hizo Violet en su día. Contigo a mi lado como la nueva lady Astbury, tendría la fuerza y la fe necesarias para devolver a esta casa su antiguo esplendor para la generación futura que engendremos juntos. Te lo ruego, Violet, acepta —insistió.

—Anthony, me llamo Rebecca —replicó ella con firmeza.

—Lo siento. —Esbozó una sonrisa tímida—. Es un error comprensible.

—Sí, pero...

—Ven aquí.

Anthony se abalanzó sobre ella, la agarró por los hombros y la atrajo hacia sí. Antes de que Rebecca pudiera detenerlo, los labios de él estaban sobre los suyos, abriéndoselos con violencia para besarla. Forcejeó, pero la fuerza con que la sujetaba era excesiva. Anthony se separó abruptamente y la soltó. Rebecca se levantó de un salto y se encaminó a la puerta, pero él le cogió la mano y la obligó a detenerse.

—Te pido disculpas, de pronto me he abrumado. Eres tan bella —añadió cohibido—. Lamento haber perdido el control.

Rebecca se volvió hacia Anthony y tiró de su mano. Él la soltó sin oponer resistencia. Tenía la mirada desesperada y los hombros súbitamente caídos. Rebecca sintió una mezcla de asco y compasión. Lentamente, acercó la mano

derecha a la mano izquierda, se quitó la sortija de Violet y se la tendió.

—Lo siento mucho, Anthony, pero no puedo casarme contigo. Creo que será mejor que me vaya de esta casa de inmediato —añadió—. Gracias por tu hospitalidad todas estas semanas. Adiós. —Giró sobre sus talones y se dirigió con paso presto a la puerta.

—No te vayas, por favor, Violet, no te vayas...

Rebecca salió del comedor y corrió escaleras arriba hasta el santuario de su habitación. Una vez allí se desplomó en una butaca respirando entrecortadamente.

Ahora ya no dudaba de que debía marcharse de Astbury sin más tardar. Anthony, el pobre iluso, creía realmente que ella era Violet. Aturdida, metió sus cosas en la maleta mientras se preguntaba cómo podía salir de la casa sin que Anthony intentara detenerla. Primero miraría si Ari estaba en su habitación, y si no era así, sabía que el equipo de rodaje se encontraba filmando en algún lugar de los jardines.

Abrió la puerta con sigilo y sacó la cabeza. Tras comprobar que el pasillo se hallaba despejado, llamó a la puerta de Ari y al no obtener respuesta, la abrió y vio que dentro no había nadie. Reacia a pasar un segundo más en la casa, se dirigió a la escalera de servicio que conducía a la cocina y los jardines. Bajó a trompicones los angostos peldaños, con la maleta dando botes detrás, y abrió la puerta de la cocina. Cruzó el recibidor y lanzó un suspiro de alivio cuando salió al patio y sorteó los camiones que guardaban el equipo de rodaje.

Había anochecido y la oscuridad era completa, sin una luna que alumbrara el cielo. Ocultándose detrás del seto que rodeaba un lado del patio, se detuvo a recuperar el aliento y aguzó el oído en busca de algún sonido que le indicara el lugar donde estaba filmando el equipo de rodaje. Solo se oía silencio. Devanándose los sesos para recordar de qué escena se trataba —algo relacionado con el caballo—, dedujo que el equipo debía de estar delante de la casa. Avanzando con el máximo sigilo sobre la grava, rodeó el edificio pegada a los arbustos para no ser vista. Al doblar la esquina y salir a los jardines que flanqueaban el camino de entrada, se dio cuenta de que su deducción era errónea. Desde donde estaba podía divisar la potente

iluminación empleada en un rodaje nocturno sobre los páramos que se extendían al otro lado del jardín de atrás.

Ocultó la maleta en un arbusto —la recogería más tarde, pues entorpecía su avance— y volviendo sobre sus pasos rodeó la casa hasta la parte de atrás y siguió la linde del jardín. Una vez al otro lado del seto de tejos que separaba el jardín de los páramos podría seguir las luces hasta el equipo de rodaje. Apretó el paso. Cuando alcanzó el seto cruzó el boquete y allí, a una distancia de menos de trescientos metros, divisó el equipo de rodaje.

—Gracias a Dios —respiró aliviada. Se detuvo unos segundos a fin de recuperar el aliento y reunir fuerzas para correr campo a través los últimos centenares de metros.

Oyó un crujido a su espalda. Fue a darse la vuelta pero antes de que pudiera ver quién era, un trapo le cubrió la nariz y la boca. Mientras luchaba por respirar, un olor penetrante invadió sus fosas nasales y enseguida la asaltó un fuerte mareo.

Segundos después Rebecca perdió el conocimiento.

43

Le llevó un tiempo encontrar la escalera que conducía al ático de Astbury Hall, pero finalmente Ari salió a un corredor estrecho y sombrío. Conforme recorría el laberinto de pasillos, se preguntó en qué habitación había pasado Anahita su primer verano en la casa.

El sonido de un televisor le informó de la zona del ático que estaba siendo actualmente ocupada y llamó a la puerta. Unos segundos después le abrió una mujer con uniforme de enfermera.

—¿Qué desea? —inquirió en un tono de desconfianza.

—Querría saber si podría hablar con la madre de la señora Trevathan. Creo que vive aquí.

—Así es. ¿Puedo preguntarle de qué se trata?

—Actualmente estoy alojado en esta casa, investigando la historia de la familia Astbury. Sé que la señora Trevathan trabajaba aquí y me preguntaba si podría ayudarme con cierta información.

—Ya. —La enfermera vaciló.

—¿Quién es, Vicky? —preguntó una voz con un fuerte acento de Devon.

—Un caballero quiere hablar con usted de cuando trabajaba aquí, Mabel —explicó la enfermera.

—Hazle pasar —dijo la voz.

La enfermera se hizo a un lado. Ari entró en una acogedora sala de estar con la calefacción demasiado alta y vio a una anciana sentada en un sillón frente a un televisor con el volumen al máximo. Tenía el pelo blanco,

recogido en un moño bajo, y Ari advirtió que poseía los ojos verdes e inquisidores de su hija.

—Hola —dijo la anciana—. ¿Quién es usted?

—Me llamo Ari Malik. Su hija me dijo que vivía aquí arriba. Estoy alojado en la casa como huésped de lord Astbury.

—Ah, sí, creo que Brenda, mi hija, me ha hablado de usted, aunque no me comentó que vendría a verme —dijo la anciana—. No importa. Le he visto en el jardín desde mi ventana. Apaga eso, Vicky, que no me oigo ni los pensamientos —ordenó a la enfermera—. ¿Y qué es eso que quiere preguntarme, joven?

—¿Puedo sentarme? —preguntó Ari.

—Por supuesto. Me llamo Mabel Smerden, por cierto.

—Es un placer conocerla, señora Smerden, y gracias por permitirme hablar con usted. He venido a Astbury porque he descubierto que un antepasado de mi familia pasó los tres primeros años de su vida en esta finca. Se llamaba Moh Prasad y creo que Anahita, su madre, era una buena amiga de Tilly, o sea, de su madre. Y que usted, de hecho, jugaba de niña con Moh.

La sonrisa desapareció bruscamente del rostro de Mabel. Se recostó de nuevo en el sillón.

—Mi madre está muerta y yo no recuerdo nada.

—Desde luego —contestó Ari con suavidad, percibiendo su malestar—, pero cualquier cosa que pudiera recordar, por nimia que sea, podría ayudarme en mis indagaciones sobre lo que le pasó. Me estaba preguntando, por ejemplo, si alguna vez le hicieron una foto a Moh. Sé que pasaba tiempo con usted cuando Tilly, su madre, se quedaba a su cargo.

La mujer lo miró con cautela.

—Puede que haya alguna foto entre las cosas de mi madre.

—Me encantaría verla —declaró Ari.

—¿Vicky? —ordenó imperiosa a la enfermera—. Saca aquella vieja caja de cartón de debajo de la cama.

La enfermera obedeció e, instantes después, regresó a la sala con ella.

—Dásela al señor Malik, Vicky. Puede que encuentre una o dos fotos de su pariente ahí dentro. Hay algunas más de cuando era niña.

—Gracias.

Ari abrió la caja y vio los restos en blanco y negro de otra era. Los más recientes, donde aparecía la señora Trevathan de niña, estaban encima de todo. Pasando las fotos con cuidado, Ari murmuraba fascinado conforme la calidad y el contenido de estas retrocedía en el tiempo. Tenía la sensación de estar viendo una versión resumida de los enormes cambios que se habían producido a lo largo de los últimos cien años. Y allí, casi debajo de todo, había una foto de una mujer que era sin lugar a dudas su bisabuela Anahita, junto a otra que debía de ser Tilly. Estaban sentadas en una silla, muy tiesas, delante de una casita de piedra, cada una con un bebé —Mabel y Moh— en las rodillas. Ari miró detenidamente al hijo de Donald y Anahita. Parecía un querubín, como todos los niños pequeños, y su pelo moreno y sus grandes ojos guardaban un gran parecido con los de su madre. Había otras fotos de Anahita con Moh en una reunión navideña. Ari observó detenidamente a su bisabuela y vio que había sido una auténtica belleza.

—¿Ha encontrado alguna? —preguntó Mabel.

—Sí. Parecen muy felices —dijo Ari al tiempo que se la tendía.

—Es cierto. Puede quedársela si quiere, no la necesito.

—Gracias, no imagina lo mucho que significa para mí.

—¿Le gustaría tomar algo, cariño? Yo suelo beber un chocolate caliente a esta hora. Últimamente no recibo muchas visitas.

—Una taza de té sería de agradecer.

—Bien, Vicky se la preparará, ¿verdad, querida?

Cuando la enfermera se retiró a la cocina, Ari dijo:

—Sé que usted era una niña cuando todo esto sucedió, Mabel, pero ¿alguna vez le habló su madre de cómo murió Moh? Sé que se cayó de un caballo cerca de la casita de los páramos donde vivía con su madre.

—¿Conoce la historia? —Mabel lo miraba atónita—. ¿Cómo?

—Justo antes de morir, Anahita me confió el relato de su vida. Lady Selina le contó a mi bisabuela que Donald había ido a la casita a recoger a Moh después de que la policía la detuviera, y que padre e hijo murieron juntos cuando el caballo corcoveó y los arrojó al suelo. Moh murió ahogado en el arroyo, al parecer...

—Santo Dios... —Los ojos de Mabel se llenaron súbitamente de lágrimas—. Señor Malik, ¿es consciente de que está abriendo una lata de gusanos? —dijo cuando la enfermera regresó con las tazas—. Gracias. —Mabel recuperó la compostura mientras Vicky le tendía el chocolate caliente—. ¿Por qué no te vas a tu cuarto mientras hablo con el señor Malik? —propuso a la enfermera.

—Llámeme si me necesita —dijo Vicky antes de marcharse.

—Mabel, sabe exactamente de lo que le estoy hablando, ¿verdad?

—Por desgracia sí —respondió ella tras una pausa—. Tenían que decirle algo a su pobre madre, ¿no es cierto? De lo contrario no habría descansado hasta dar con él. Ninguna madre lo habría hecho.

—La triste verdad, Mabel, es que Anahita nunca descansó. Antes de volver a la India le entregaron el certificado de defunción de Moh, pero se negó a creer que había muerto con Donald aquel día.

Mabel miró al vacío y soltó un suspiro hondo.

—Esa mujer —susurró al fin— no se detenía ante nada para conseguir lo que quería.

—¿Se refiere a lady Maud?

—Así es, querido. Pese a todo el tiempo que pasaba encerrada en esa capilla, tenía muy poco del Señor en su interior, esa es la verdad —farfulló Mabel—. Lo vi con mis propios ojos cuando Daisy me contrató para cuidar del pobre Anthony poco después de que naciera. Todos sufrimos por culpa de esa mujer.

—Eso parece, por lo que he descubierto hasta ahora —convino Ari con gravedad—. La historia de Anahita da una idea muy clara de cómo era Maud Astbury.

—Y puedo asegurarle que no se ablandó con la edad —dijo Mabel—. Una vez muertos Donald y Violet, lady Maud tuvo vía libre para educar a su nieta a su manera. Esa pobre chiquilla creció completamente sola dentro de este caserón. Daisy estaba obligada a rezar en la capilla tres o cuatro veces al día, y su abuela le decía que todos los hombres eran malos. No me extraña que tuviera tan poca traza para educar a su propio hijo, o sea, a lord Anthony. Fui contratada como su niñera, pero tenía que hacerme a un lado y

presenciarlo todo sin poder decir una palabra. Ese pobre muchacho —suspiró — nunca sabía si iba o venía por la forma en que lo trataba Daisy. Y la culpable de todo ese sufrimiento era una mujer malvada que consiguió destruir a su familia y justificaba su conducta diciendo que era lo que su Dios habría querido. Lo que habría querido el demonio, más bien —murmuró con gravedad.

—Mabel —continuó Ari, consciente de que debía ir con pies de plomo—, no pareció sorprenderse cuando le mencioné que Moh había muerto con Donald en el arroyo. Si a los sirvientes y a la gente del pueblo se les dijo que Moh se había ido con Anahita cuando la arrestaron, ¿cómo es posible que usted supiera la verdad?

—No la sé —repuso incómoda Mabel, encogiéndose de hombros—. Son rumores que oí mientras crecía. Ya sabe cómo son los sirvientes.

—Pues le diré que Anahita no se llevó a Moh aquella mañana. La policía no le permitió llevárselo cuando la detuvo, y nunca más volvió a verlo. Pero creo que eso ya lo sabe —añadió él quedamente.

—Le he dicho que no sé nada con certeza —repitió la anciana.

—Mabel —Ari decidió jugar su última carta—, vuelvo a la India dentro de unos días. Nunca regresaré a Astbury Hall. El último deseo de mi bisabuela era que yo descubriera la verdad sobre el hijo que perdió, pero no hago más que tropezar con un muro. Anthony no quiere hablar, aunque estoy seguro de que sabe algo, y...

—¡Lord Astbury no sabe nada! —le interrumpió ella con vehemencia—. Se lo digo yo, y ni se le ocurra disgustarlo, señor Malik. Es un hombre delicado, y bastantes problemas le da ya a mi hija.

—No lo haré, pero usted es mi última esperanza. Por favor, Mabel, si sabe qué le ocurrió realmente a Moh aquel día, le ruego que me lo cuente. Le juro que no saldrá de aquí, pero creo que después de lo mucho que Anahita sufrió a manos de la familia Astbury, sería justo que me lo contara. Mabel, ¿encontró Moh la muerte en el arroyo ese día o tuvo razón Anahita todos esos años al creer que seguía vivo?

Los ojos de la anciana pestañearon nerviosos, y Ari supo que estaba rememorando.

—No, el pequeño Moh no murió ese día —suspiró al fin—, pero que un rayo lo parta si dice una palabra a alguien. Brenda no sabe nada, y tampoco lord Astbury, ¿lo ha entendido?

—Sí —contestó Ari, atragantado por la emoción de averiguar al fin que el presentimiento de Anahita había sido cierto—. Gracias, Mabel —dijo con voz queda.

—Ya está, cielo, ya está —dijo Mabel tratando de reconfortarle—. Ha de entender que yo no supe la verdad hasta que mi madre, o sea, Tilly, me lo contó en su lecho de muerte. Quería confesarse a alguien. Llevaba toda su vida guardando el secreto y sentía que había traicionado a su amiga Anahita. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Si hubiera contado una sola palabra de lo que mi padre había visto les habrían arrebatado sin más la casa y el sustento.

—¿Lo que su padre vio? —preguntó Ari, completamente desconcertado.

—Sí. Y puede que sea el destino que mi madre me lo contara a mí y que ahora usted haya venido aquí preguntando por Moh. Por tanto, el corazón me dice que debo explicarle lo que mi padre vio ese día en el arroyo. Verá, él era entonces jefe de la oficina de correos...

La Casa Junto al Arroyo, agosto de 1922

44

Jim Fenton pedaleaba por los páramos disfrutando del calor del sol del mediodía en la espalda. Los días como ese pensaba que su trabajo de cartero era el mejor del mundo, pero en invierno, cuando nevaba, era harina de otro costal. Le gustaban, sobre todo, las raras ocasiones en que tenía que llevar correspondencia a la señorita Anni, quien a veces salía a recibirlo y luego ambos charlaban delante de una infusión. Normalmente no aceptaba invitaciones, pero la casa de la señorita Anni se hallaba en un lugar tan aislado que eran muy pocas las probabilidades de que alguien lo viera haraganeando quince minutos.

Además, a Jim le daba pena que la señorita Anni viviera tan apartada de todo con su pequeño como única compañía. Tilly le insistía en que se mudara al pueblo para tener un poco más de vida social, pero lo cierto era que Anni parecía muy a gusto viviendo donde vivía.

Oyó el sonido de un coche zumbando a su espalda por el agreste camino y miró atrás. No era habitual ver automóviles cruzando los páramos y cuando lo adelantó vio que era un coche de policía. Se preguntó adónde se dirigía. Solo había una vivienda en la zona y esa era la de la señorita Anni. Efectivamente, cuando llegó unos minutos después, vio que el coche estaba estacionado delante de la casita.

Seguidamente escuchó unas voces alteradas procedentes del interior. Estaba apoyando la bicicleta en la valla cuando la puerta se abrió y vio a dos hombres sacar de malas maneras a la señorita Anni mientras esta gritaba:

—¡No puedo dejar solo a mi hijo! ¡Por favor, dejen que me lo lleve! Se asustará... No puedo dejarlo solo, por favor...

Jim se ocultó instintivamente detrás de la valla mientras Anni era introducida en el asiento trasero del automóvil sin dejar de gritar. Oyó arrancar el motor, tras lo cual el coche dio marcha atrás y regresó al pueblo a toda velocidad. No entendía muy bien lo que acababa de ver y oír, pero si algo sabía era que el pequeño Moh estaba solo en la casa.

Se incorporó y vio que el coche desaparecía en el horizonte envuelto en una nube de polvo. Cuando vislumbró la puerta de atrás de la casa, corrió hasta ella y la abrió de un empujón. Vio una olla hirviendo a fuego lento en el fogón y una cesta con colada húmeda sobre la mesa de la cocina. Independientemente de lo que acabase de suceder, era evidente que la señorita Anni no tenía previsto marcharse aprisa y corriendo. Retiró la olla del hornillo, apagó el fuego y cruzó el estrecho pasillo para comprobar si Moh estaba en la sala de estar. Al encontrarla vacía, subió y se asomó a un cuarto pequeño. Y allí, en la cuna, yacía Moh profundamente dormido, ajeno al escándalo que había tenido lugar abajo.

Jim decidió que lo mejor sería utilizar el teléfono de la señorita Anni para decirle a Doreen, la operadora de la oficina de correos del pueblo, que fuera a buscar a Tilly y le pidiera que lo telefonara. Ella sabría decirle qué hacer, aunque no le hacía gracia dejar solo al pobre chiquillo. Se dirigió al recibidor, donde estaba la mesa con el teléfono. A mitad de camino oyó otro coche detenerse delante de la casa. Como no podía ver quién era, y comprendiendo que no tenía una razón para estar dentro de la casa en ausencia de la señorita Anni, corrió escaleras arriba y se coló en la habitación cuya ventana daba a la parte de delante de la vivienda para averiguar quién era esa nueva visita.

El corazón se le paró cuando vio a lady Maud Astbury en persona bajar del coche, acompañada del doctor Trefusis. Lady Maud echó a andar hacia la puerta y Jim, temiendo ser descubierto, se escurrió bajo la gran cama de bronce. Oyó que la puerta se abría y cerraba y, a continuación, un murmullo de voces.

—El niño debe de estar arriba durmiendo. Vaya a buscarlo, ¿quiere?

Jim escuchó los pasos pesados del doctor en la escalera y contuvo la

respiración cuando la puerta del dormitorio donde estaba escondido se abrió. Unos zapatos negros grandes y lustrosos se detuvieron unos instantes a medio metro de él antes de desaparecer de nuevo en el rellano.

—Está aquí, lady Astbury —oyó decir al médico desde la otra habitación—. ¿Recojo algunas cosas? El niño necesitará ropa y pañales para el viaje.

—Coja lo que necesite, pero dese prisa —oyó responder irritadamente a lady Maud desde el pie de la escalera.

Jim escuchó al médico trajinar en la habitación contigua y, seguidamente, el fuerte llanto de Moh antes de que unos pasos descendieran por la escalera.

—Calla, niño —oyó decir al médico para calmar a Moh, comprensiblemente molesto por haber sido despertado tan bruscamente por un extraño—. Debería coger algún biberón, lady Astbury. Seguro que la madre tiene algunos en la cocina.

—Si no hay más remedio, aunque dudo mucho que el niño muera de hambre durante el trayecto hasta Londres —replicó lady Maud—. ¡Dese prisa, por Dios!

El corazón de Jim empezó a latir con fuerza. ¿Iban a llevarse al niño a Londres para dárselo a la señorita Anni? Educado desde el nacimiento a no dudar del comportamiento de los nobles, permaneció escondido.

—¿Estamos listos? —preguntó Maud al cabo de unos minutos.

—Sí, lady Astbury.

—Bien. Ahora me dejará en Dower House y proseguirá hasta Londres con el niño.

—Sí, lady Astbury. Se trata de una institución de confianza que cuida muy bien de sus niños.

—Y, naturalmente, les dirá que el niño ha sido abandonado y que ignora de dónde es y quiénes podrían ser sus padres.

—Naturalmente, lady Astbury —contestó el médico antes de abrir la puerta y, segundos después, cerrarla tras de sí.

Jim soltó un aliento que ignoraba que había estado conteniendo mientras intentaba entender hasta la última palabra que decían.

Oyó que el coche se ponía en marcha, seguido de su lucha por darse la vuelta sobre la hierba áspera.

Salió de debajo de la cama para mirar discretamente por la ventana y al hacerlo divisó una figura que se acercaba cabalgando a gran velocidad.

Con el rostro semioculto por las cortinas, Jim gozaba de una vista de pájaro y podía oír cada palabra porque la ventana estaba entreabierta para dejar entrar aire fresco.

La figura que saltó del caballo era lord Donald Astbury. Cuando el coche se disponía a arrancar, se colocó delante para detener su avance.

—¿Dónde está Anni, madre? —preguntó abriendo la portezuela del pasajero—. ¿Y adónde te llevas a Moh? ¿Qué demonios está pasando aquí?

Arrancó a Moh del regazo de lady Maud y lo sostuvo en brazos. Para entonces el pequeño estaba histérico, pero cuando miró a la persona que lo sujetaba, su rostro se iluminó con una sonrisa.

—¡Señor Don! —trinó feliz.

—Sí, Moh, soy el señor Don. Estoy aquí y cuidaré de ti en cuanto averigüe qué demonios está pasando.

Para entonces lady Maud había bajado del coche. Donald se volvió hacia ella.

—Acabo de ver a Anni cruzar el pueblo en un coche de policía. Estaba llorando desconsoladamente y me gritó el nombre de Moh. ¿Adónde pretendías llevarte a mi hijo?

—Donald, me enteré de lo que le había sucedido a la señorita Chavan y vine de inmediato con el doctor Trefusis para hacerme cargo de él hasta que conociéramos el resultado.

—¿No me digas, madre? Pues ahora Moh podrá regresar a Astbury Hall con su padre, ¿verdad, pequeño? —Donald subió al caballo y sentó a Moh delante.

—¿Has perdido el juicio? —gritó Maud de repente—. No puedes llevarte a ese... bastardo a Astbury Hall. ¡Por el amor de Dios, Donald, entra en razón! ¡Tu esposa acaba de morir y tu amante fue arrestada hace una hora por la policía acusada de su asesinato! ¿Tienes idea de lo que eso significa? Tu relación con esa india y con... eso —señaló a su nieto— debe terminar. ¡Si algo de esto sale a la luz estarás acabado y el apellido Astbury será pisoteado en el barro!

Donald la miró incrédulo.

—¿Anni ha sido arrestada por el asesinato de Violet? ¿Por qué? ¡Eso es ridículo! ¡Es insultante!

—Donald, por una vez en tu vida no dejes que la lujuria te ciegue. El doctor Trefusis encontró unas hierbas peligrosas plantadas en su invernadero. Él ya abrigaba sus sospechas, de modo que se las entregó a la policía y posteriormente ha sido acusada. Por desgracia, Donald, el asunto ya no depende de mí.

—Puede, madre, pero estoy seguro de que empezó contigo —replicó Donald con una voz cargada de odio—. Pero antes de que intente sacar de la cárcel a la madre de mi hijo, ¿adónde pensabas llevarte a Moh? ¿Tenías planeado deshacerte de él para siempre? No lo descartaría viniendo de ti.

—¡No digas tonterías! El doctor Trefusis me ha dicho que conoce un orfanato excelente en Londres donde aceptan casos como este.

—¿«Casos como este»? ¡Por Dios, madre! —estalló Donald mirándola desde lo alto del caballo—. Realmente pienso que estás loca. Pero, por suerte, he llegado en el momento justo. Ahora, si me disculpas, me llevaré a mi hijo a Astbury Hall.

—¡No! —gritó Maud cuando Donald espoleó a Glory—. No puedo permitir que te lleves al niño. —Se colocó delante del caballo de un salto—. ¡Dámelo!

—Te aconsejo que te apartes, madre, porque si no lo haces te pasaré por encima, que no es menos de lo que mereces.

Agazapado aún tras la ventana, Jim observaba horrorizado e incrédulo el enfrentamiento entre madre e hijo.

—Doctor, mueva el coche y detenga a mi hijo —ordenó Maud.

—¡Por última vez, quítate de en medio!

Los cascos de Glory danzaban inquietos mientras la mujer que tenía delante se negaba a hacerse a un lado. Donald intentó dirigir el caballo hacia la derecha, pero el doctor Trefusis giró el coche para bloquearles el paso. Presa del pánico, Glory soltó un relincho y se encabritó, arrojando al suelo a su dueño y a Moh, que seguía abrazado a él.

Donald, no pudiendo utilizar las manos para amortiguar la caída, aterrizó

con un ruido sordo en una roca escarpada que sobresalía del suelo. Padre e hijo yacieron inmóviles, Moh con la cabeza todavía sobre el brazo de su padre.

El doctor Trefusis se apeó del coche y corrió a socorrerlos mientras Maud contemplaba la escena paralizada.

—Lady Astbury, su hijo casi no tiene pulso. Ha debido de golpearse la cabeza con la roca. Le sale sangre del oído. Debemos meterlo de inmediato en el coche y llevarlo al hospital.

—¿Y el niño? —preguntó Maud—. ¿Está vivo?

Como si quisiera dar fe de ello, Moh se removió justo entonces y soltó un aullido de dolor.

—También hay que llevarlo al hospital. Ignoro qué heridas internas puede haber sufrido.

—¡No diga estupideces! Ese niño nunca debería haber nacido. Se lo llevará ahora mismo a Londres, tal como estaba planeado.

—Lady Astbury, se lo ruego, no hay tiempo que perder. ¡Debemos llevar a lord Astbury al hospital de inmediato! —insistió el doctor Trefusis.

—Usted hará lo que yo le diga. Ahora, coja al niño y partamos.

—No lo entiendo... —Jim podía ver la angustia en el rostro del médico—. ¿Piensa dejar a su hijo aquí? Lady Astbury, si no es atendido de inmediato podría morir.

—¿A qué espera? Coja al niño.

El doctor Trefusis cogió con renuencia a un Moh sollozante y conmocionado y lo puso en el asiento trasero del coche mientras lady Maud se instalaba en el asiento de delante. Luego se alejaron de la casa a toda velocidad.

Demasiado horrorizado para apartarse de la ventana, Jim contempló el cuerpo tendido de Donald y el caballo haciendo de centinela a unos metros de él.

—Dios mío —susurró volviéndose hacia la habitación con las piernas temblorosas. Y en ese momento reparó en la fotografía de Moh, Anni y Donald que descansaba en la mesilla de noche. Si necesitaba otra prueba de lo que acababa de escuchar, ahí la tenía. Agarró la fotografía, corrió escaleras

abajo y salió a socorrer a Donald.

—Lord Astbury, lord Astbury, ¿puede oírme? —dijo acucillándose a su lado y lamentando no saber nada sobre primeros auxilios. Donald se removió y abrió los ojos—. Eso es, señor, permanezca despierto hasta que llegue ayuda —imploró—. ¡Por lo que más quiera, señor, no se duerma!

Donald levantó la vista y en sus labios apareció de repente una sonrisa.

—Anni —murmuró. Después cerró los ojos por última vez.

Astbury Hall, julio de 2011

45

Cuando Mabel finalizó su relato, Ari se dio cuenta de que tenía los ojos húmedos. Miró a la anciana, que estaba contemplando por la ventana la llegada del crepúsculo.

—Es... espeluznante —carraspeó— que una madre pueda dejar a su hijo morir en los páramos. Es difícil de creer.

—Lo sé —convino Mabel—. Mi madre me explicó que cuando mi padre llegó a casa y le contó que lord Astbury había muerto en sus brazos y que se habían llevado a Moh, pensó que había estado bebiendo.

—¿Cree que Maud quería que su hijo muriera?

—Mi padre dijo que pasaron más de dos horas antes de que llegara ayuda. Obviamente, cuando lo hizo mi padre desapareció. No le convenía que alguien supiera que había visto lo ocurrido, de lo contrario lady Maud probablemente lo habría eliminado a él también. Qué historia tan tremenda. —Mabel se estremeció—. Persiguió a mis padres toda la vida.

—No me extraña. Tener que cargar con semejante secreto. ¿Tiene idea de adónde se llevó el médico a Moh?

—Solo sé que papá creía que Moh había sido entregado a un orfanato de Londres.

—Me sorprende que Maud no lo ahogara en el arroyo en aquel momento —dijo Ari.

—Mi padre siempre pensó que lo habría hecho si el médico no hubiera estado allí.

—Para lo que sirvió el hombre... —repuso Ari con un suspiro.

—Señor Malik, ha de entender que en aquellos tiempos la aristocracia terrateniente poseía el control sobre las personas a su servicio. Nadie se atrevía a desobedecer sus órdenes. El doctor Trefusis no tenía más remedio que hacer lo que lady Astbury le pedía. Sabía que, de lo contrario, esa mujer lo destruiría de una manera u otra.

—Fue él quien firmó el certificado de defunción que Selina Astbury entregó a Indira para que se lo diera a Anahita —dijo Ari—. Por fuerza tenía que ser un delito.

—Pero ¿quién estuvo allí para saber que no decía la verdad? —repuso Mabel—. Con excepción de mi padre, claro. Después de eso, incluso cuando yo ya era mayor, mi madre se negó a trabajar en Astbury Hall, y nunca supe por qué. De haber podido, se habría ido a vivir a otro lugar, pero en aquellos tiempos era más fácil decirlo que hacerlo.

Un golpecito en el marco de la puerta les hizo levantar la vista.

—Disculpe la interrupción, pero se está haciendo tarde y no quiero que se canse demasiado, Mabel —dijo la enfermera pasando la silla de ruedas por el hueco de la puerta—. ¿Cree que podría continuar con la conversación mañana, señor Malik?

—Sí —dijo Mabel mientras la enfermera la ayudaba a trasladarse a la silla de ruedas—. Aunque no se me ocurre mucho más que decir, salvo recordarle que me ha prometido que no contará a nadie lo que acabo de explicarle.

—Descuide. No imagina cuánto le agradezco que me lo haya contado, Mabel —respondió Ari.

—Era lo correcto. Por lo menos ahora siento que se ha reparado una parte del daño. Buenas noches, señor Malik. Venga a despedirse antes de su partida y charlaremos de épocas más felices.

—Lo haré. —Ari se levantó. Casi había alcanzado la puerta cuando le asaltó una idea—. ¿Puede caminar, Mabel?

—Ya no. La dichosa artritis ha acabado con mis piernas. Solo puedo desplazarme en silla de ruedas. A veces lord Anthony me baja en brazos para que Vicky pueda sacarme al jardín y que me dé el aire. Así de atento es

conmigo. —Sonrió—. Pero mi materia gris todavía responde, ¿verdad, Vicky?

—Ya lo creo, Mabel. —Vicky sonrió—. No se le escapa nada.

—No lo dudo. Buenas noches —dijo Ari cerrando la puerta tras de sí.

Bajó mientras su cabeza daba vueltas a la nueva información que acababa de obtener. Todavía experimentaba una sensación de euforia al pensar que Anahita había estado en lo cierto todo aquel tiempo. Pero ¿qué había sido de Moh una vez que se lo llevaron de Devon?

De repente se le ocurrió que alguien podría saberlo...

Otra cosa que lo inquietaba era el convencimiento por parte de la señora Trevathan de que la persona que Rebecca había visto la noche antes en el dormitorio era Mabel. La propia Mabel acababa de decirle que no podía caminar, por tanto, ¿cómo demonios conseguía pasearse por la casa en mitad de la noche? En cuanto a su supuesta senilidad, Ari sabía que desde Anahita no había conocido a una anciana tan en sus cabales como Mabel. Era evidente que la señora Trevathan mentía. La pregunta era: ¿por qué?

Rebecca estaba soñando, soñando de nuevo con el canto, con el olor del perfume de flores, con que huía de Astbury y de todos los peligros que encerraba...

Despertó sobresaltada, abrió los ojos y se dio cuenta de que veía borroso. Movié una mano para frotarse los ojos pero sus brazos parecían estar enganchados a su espalda y quería separarlos porque le dolían. El olor era fuerte, más que nunca, y en la luz tenue volvía a estar la mujer que había visto antes.

«Estoy soñando —pensó—, estoy dormida y ahora me despertaré y ya no estará.»

Transcurrido un rato, sus sentidos le dijeron que estaba despierta y se obligó a abrir los ojos. Por fortuna, la vista le había mejorado y ahora podía ver la espalda de la mujer que había visto la noche anterior, cepillándose el pelo frente a un tocador. Bajó la cabeza y se miró las rodillas. Estaba sentada en una silla de respaldo alto, y al examinar las partes de su cuerpo descubrió que tenía los brazos atados a la espalda y los tobillos sujetos con una cuerda. Todavía atontada y presa de un dolor de cabeza que hacía que los que había

tenido hasta el momento fueran una tontería en comparación, se esforzó por ordenar sus pensamientos y averiguar dónde se hallaba. Alzó lentamente la cabeza y su intuición le dijo de inmediato que esa no era su habitación de Astbury Hall.

Cerró los ojos. Poco a poco, su cerebro drogado empezó a liberar información: la proposición de matrimonio de Anthony, el inesperado beso, su huida de Astbury Hall en busca del equipo de rodaje en los páramos, el trapo en la cara y luego... oscuridad.

Abrió nuevamente los ojos y examinó a la mujer mientras respiraba hondo, pues sabía que cuanto más oxígeno aspirara más deprisa expulsaría su cerebro la droga que le había sido administrada. Quienquiera que fuera la mujer sentada frente al tocador, decididamente no era una frágil anciana nonagenaria. Tenía una espalda ancha y robusta.

Se miró las piernas y vio que ya no las cubrían los tejanos sino la tela suave de una falda de seda que le caía hasta los tobillos. Subiendo furtivamente la mirada por el cuerpo, vio que el mismo tejido le cubría el torso.

Llevaba puesto un vestido. Lo que quería decir que esa mujer, quienquiera que fuera, la había desnudado.

Un escalofrío le recorrió el espinazo.

«Voy a morir, como Violet, sé que voy a morir...»

Sintiendo que la cabeza y el corazón le iban a estallar, cerró los ojos. Pese a sus esfuerzos por reprimirlo, de su boca escapó un suspiro.

—Sé que estás despierta. Lo sé por el temblor de tus párpados. —Se oyó una risa cantarina—. Ábrelos y muéstrame su belleza. No te haré ningún daño, te lo prometo. Me llamo Alice, por cierto. Como en *Alicia en el país de las maravillas*.

Recurriendo a toda su fortaleza mental, Rebecca obedeció y vio que Alice se había dado la vuelta. Al verla contuvo la respiración, pues delante no tenía una mujer, sino una grotesca parodia de la feminidad. La larga melena rubia enmarcaba un rostro cubierto de maquillaje mal aplicado. Párpados azules, pestañas falsas embadurnadas de rímel, perfilador negro alrededor de todo el ojo. Un carmín rojo chillón se colaba por las pequeñas grietas de unos labios

maduros, y en cada mejilla destacaba un círculo de colorete rosa.

—Muy bien —dijo Alice con una sonrisa—. ¿Lo ves? —Se atusó el pelo—. ¿Tanto miedo doy?

Rebecca instó a sus labios a formar un «no».

—Lamento haber tenido que tomar medidas tan drásticas para que te quedaras conmigo. Habrías cometido un gran error al marcharte. Espero que lo entiendas. Ahora eres mi nueva amiga.

El instinto le decía a Rebecca que debía mostrarse de acuerdo con todo lo que Alice dijera mientras trataba de entender qué estaba sucediendo y dónde se encontraba.

—Pobrecilla, estás muy pálida. Bajaré a prepararte una taza de té.

Rebecca asintió.

—Contesta, querida. Mamá siempre decía que era una grosería no hacerlo.

—Sí, por favor —acertó a decir.

—Muy bieeeeeen. —Alice se levantó y Rebecca reparó en lo alta que era. Desde su posición de desventaja, la mujer se alzaba imponente sobre ella.

Sus ojos siguieron a Alice cuando abandonó la habitación y vio que llevaba un vestido de seda pasado de moda, no muy diferente del que le habían puesto a ella. Cuando giró la cabeza todo lo que pudo para verla salir, vislumbró unos pies enormes embutidos en unos zapatos de seda.

—Dios, Dios... —susurró, suplicando a su adormilado cerebro que encontrara sentido a lo que acababa de ver. Libre al fin de mover la cabeza, miró a su alrededor y vio que se hallaba en un dormitorio que no conocía. La antigua cama de bronce estaba cubierta por una colcha de patchwork y en las ventanas pendían unas cortinas de ramilletes descoloridas. La superficie de mármol del tocador estaba inundada de productos de belleza. Un frasco del mismo perfume que había visto en la habitación de Violet descansaba abierto.

«Piensa, Rebecca, piensa...»

Se le escapó un sollozo de desesperación. No entendía qué quería de ella esa mujer.

Y ¿quién era Alice?

Oyó unos pasos pesados y devolvió la cabeza a su posición original.

—Aquí la tienes, una deliciosa taza de té. Te desataré para que puedas beber. —Alice dejó dos tazas de té sobre el tocador, derramando casi todo el contenido en el proceso. Se colocó detrás de Rebecca para liberarle las muñecas, después rodeó la silla y se agachó para desatarle los tobillos—. Espero no haberte lastimado. Lo hice para que no te cayeras de la silla mientras dormías. Utilicé un pañuelo de seda para no dañarte las muñecas. Ya está. Mejor ahora, ¿verdad?

Y cuando Alice levantó la vista hacia ella esperando una respuesta, Rebecca se dio cuenta de quién era.

«Hablando del rey de Roma», pensó Ari cuando la señora Trevathan apareció en el pasillo de los dormitorios con el rostro preocupado.

—¿Ha visto a Rebecca? —le preguntó la mujer.

—Creía que cenaba con lord Anthony.

—Así es, pero después desapareció. He mirado en su cuarto y al parecer se ha ido, porque no están ni sus cosas ni su maleta.

—¿En serio? —Ari frunció el entrecejo—. Tal vez haya decidido mudarse a un hotel. No la culpo, después del susto que se llevó anoche.

—Ya lo he pensado —dijo la señora Trevathan—, pero probablemente le habría pedido a usted que la acompañara.

—¿No sería más lógico preguntar a lord Anthony? Después de todo, fue él quien cenó con ella.

—Lo sé, pero después de cenar el señor suele meterse en su habitación, y no me gusta molestarle.

Ari se percató de que la señora Trevathan estaba nerviosa.

—¿No podría hacer una excepción por esta vez? Si me indica dónde está su habitación, yo mismo iré y se lo preguntaré.

—Estoy segura de que no será necesario. Primero telefonaré a Steve, el director de producción, para ver si sabe algo de ella. A estas horas ya debe de estar en su hotel.

—Buena idea. —Ari asintió.

Mientras la mujer bajaba al estudio de Anthony para llamar, Ari entró en la habitación de Rebecca y comprobó que, efectivamente, estaba vacía; todas sus cosas habían desaparecido. Se dirigió al estudio para ver si la señora

Trevathan tenía novedades, pero su expresión ceñuda le dijo que no.

—Me temo que Steve no tiene ni idea de dónde está —dijo la mujer.

—Si me da la guía telefónica, llamaré a los hoteles de los alrededores para comprobar si ha reservado una habitación en alguno de ellos —propuso Ari.

Quince minutos después había tachado todos los establecimientos situados a menos de treinta kilómetros a la redonda. Steve había telefonado para decir que había tenido la misma idea y obtenido igual resultado.

Ari empezó a pasearse por el estudio. Si Rebecca hubiera decidido realmente marcharse, estaba seguro de que le habría dejado un mensaje en la habitación o, por lo menos, se lo habría comunicado a la señora Trevathan. Era demasiado educada para largarse sin decir nada. Además, ¿con qué vehículo? Steve había dicho que Graham tampoco sabía nada de ella. A menos que hubiera pedido un taxi.

—¿Alguna novedad? —preguntó la señora Trevathan entrando de nuevo en el estudio.

—No. Parece como si a Rebecca se la hubiera tragado la tierra. Ahora estoy preocupado de verdad, y creo que ha llegado la hora de preguntar a lord Anthony. Después de todo, es la última persona que la vio.

—Me dijo que no quería que los molestara durante la cena —explicó de súbito la señora Trevathan, como si estuviera haciendo memoria.

—¿En serio? ¿Y no le parece raro?

—Bueno... —La señora Trevathan suspiró—. Uno nunca sabe lo que pasa por la cabeza del señor.

—¿Dónde está su habitación? —preguntó Ari dirigiéndose a la escalera—. Si no me lo dice, aporrearé todas las puertas de este mausoleo perdido hasta dar con lord Anthony.

—De acuerdo, de acuerdo —cedió ella al borde de las lágrimas—. Le llevaré hasta él.

La señora Trevathan dobló por el pasillo contrario al que ocupaba Rebecca, dejó atrás varias puertas y se detuvo delante de una situada hacia el final.

—Esta es su suite —dijo, señalándola—. Ahora, por favor, aléjese un

poco mientras llamo. No quiero que el señor lo vea aquí si abre la puerta. De noche detesta ser molestado por desconocidos, y me juego el puesto.

Ari retrocedió unos pasos. Satisfecha, la señora Trevathan llamó a la puerta.

—¿Señor? Lamento molestarle, pero necesito hablar urgentemente con usted. —No obtuvo respuesta—. Puede que esté dormido —dijo mirando atemorizada a Ari—. Probaré de nuevo. —Pero tampoco esa vez obtuvo respuesta.

—Tendrá que entrar y despertarlo —ordenó él.

Observó el miedo reflejado en el semblante de la señora Trevathan mientras la mujer hacía una pausa.

—A lord Astbury no le gusta nada que entren en su habitación sin su permiso.

—¡Maldita sea, dígame que es una emergencia! Si no lo hace usted, lo haré yo. —Ari dio un paso hacia la puerta y la señora Trevathan se apresuró a abrirla.

—Espere aquí —dijo antes de desaparecer tras ella.

Salió unos segundos después.

—No está.

Ari la miró con desconfianza.

—Oiga, jovencito, estoy tan preocupada por la desaparición de Rebecca como usted, y le digo que el señor no está. Aunque es cierto que a veces le da por salir a pasear de noche.

—¿Y por dónde suele pasear?

—Oh, solo por los jardines.

—¡Señora Trevathan! —La paciencia de Ari finalmente se agotó—. Es más de medianoche y Rebecca sigue sin aparecer. Y ahora resulta que Anthony también ha desaparecido. Estoy lo bastante preocupado para llamar a la policía.

La señora Trevathan lo miró horrorizada.

—¡No, por favor! Estoy segura de que Rebecca está bien. Tal vez se haya ido con el señor... —La voz se le quebró.

—Comprendo que sus lealtades están divididas, pero los dos somos

conscientes de que sabe más cosas de las que cuenta. Esta tarde vi a su madre, la mujer que usted me hizo creer que deambulaba de noche por la casa. Ella misma me contó que solo puede desplazarse en silla de ruedas. No fue a ella a quien Rebecca vio anoche, ¿verdad? Estaba mintiendo, señora Trevathan. ¡Así que tiene exactamente treinta segundos para decirme dónde puedo encontrar a lord Anthony antes de que llame a la policía!

Ari se alejó con paso presto por el pasillo y bajó al estudio. La señora Trevathan corrió tras él y entró en la estancia resoplando. Observó a Ari levantar el auricular y detener los dedos sobre la esfera. Hubo un forcejeo de miradas antes de que la señora Trevathan capitulara.

—No llame, se lo ruego... —La mujer se desplomó en una silla, llorando—. Sabía que alterar su rutina lo perjudicaría. Siempre y cuando tenga paz, silencio y privacidad, la cosa va bien. La culpa la tiene todo este trajín. Debí verlo venir.

—Oiga, únicamente dígame dónde pueden estar y seguro que podremos resolver esto sin involucrar a la policía.

La señora Trevathan soltó un suspiro de rendición.

—Necesitaremos su coche.

46

Mientras Rebecca se prestaba al ritual de tomar el té con Alice, mil pensamientos giraban en su cabeza. Ofrecía las respuestas corteses que Alice parecía necesitar, para tenerla contenta, al tiempo que su mente hacía un repaso de las últimas semanas y encajaba las piezas.

—¿No es divertido? ¡Estamos tomando el té juntas!

—Sí.

—Mamá sencillamente te adoraba, Violet —dijo Alice—. Mantenía tu suite impecable y se aseguraba de que los sirvientes retiraran el polvo a diario y de que tuvieras siempre sábanas limpias y flores en todos los jarrones. Tú, obviamente, estabas muerta, pero mamá siempre me decía que algún día te conocería. Creo que quería decir en el cielo, pero aquí estás, ¡en la tierra! ¿No es maravilloso?

—Sí —respondió obedientemente Rebecca.

—Mientras no estabas aquí, mientras estabas ahí arriba, a mamá le gustaba fingir que yo era Violet. —Alice se acarició el pelo—. Mamá siempre decía que de niña era igualita a ti. Dejaba que me creciera el pelo y me ponía lazos de seda. Me compraba vestidos preciosos, enviados desde Harrods, como el que llevo ahora.

—Es muy bonito —se apresuró a decir Rebecca tras haber comprendido que a Alice le gustaban los halagos.

—Gracias. Es maravilloso poder mantener una conversación agradable con otra joven señorita. A mamá no le gustaban los chicos, y tampoco los

hombres, a decir verdad. Seres repugnantes, agresivos, apestosos, solía decir. Mucho mejor ser una chica. Recuerdo que me decía que los hombres solo servían para una cosa, y creo que las dos sabemos a qué se refería. —Alice soltó una risita y un rubor auténtico tiñó sus mejillas.

—Estoy segura de que tu madre tenía razón.

Cuanto más hablaba Alice, más cosas empezaba a entender Rebecca.

—Sabes, yo tuve una infancia muy solitaria. Mamá no me dejaba invitar a otras niñas a jugar, así que no tenía amigas. Ojalá hubieras estado aquí entonces —caviló Alice con tristeza—. Nos llevamos muy bien, ¿verdad? Nos parecemos mucho, ¿a que sí?

—Sí —dijo Rebecca—, y lamento mucho que estuvieras tan sola.

—Bueno, en realidad me inventé una amiga imaginaria llamada Amy. Hablábamos durante horas. Pero ahora te tengo a ti. Quiero que te quedes siempre conmigo. No me dejarás, ¿verdad? —Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No, claro que no.

—Verás, mi madre me dejó y entonces me quedé completamente sola. ¿Y sabes una cosa? En realidad creo que yo no le gustaba mucho a mi madre. Siempre me estaba gritando. Yo...

Alice rompió a llorar y negros riachuelos de rímel empezaron a rodar por sus mejillas.

—¿Te traigo un pañuelo? —ofreció Rebecca, aprovechando la oportunidad para levantarse.

—Gracias, eres muy amable —respondió Alice—. Están ahí, en el cajón de la mesilla de noche.

Rebecca comprendió que era entonces o nunca. Se levantó de un salto y salió disparada hacia la puerta del dormitorio, la abrió y corrió escaleras abajo. Llegó a la puerta principal y giró desesperadamente el pomo, pero estaba atascado.

—¿Adónde vas? ¡Vuelve!

Mientras Rebecca se dirigía como una flecha a la parte de atrás, rezando para que hubiera otra salida, oyó a Alice descender pesadamente los escalones.

—¡Socorro! —aulló Rebecca cuando se descubrió en la cocina.

Cerró la puerta en las narices de Alice y anduvo a tientas en la oscuridad buscando una puerta trasera. Ahora podía oír a Alice en la estancia, tropezando con los muebles.

—¿Dónde estás, Violet? Por favor, no me gusta este juego. Me da miedo la oscuridad...

Incapaz de encontrar una salida, Rebecca retrocedió hasta un recodo y resbaló por la pared mientras oía a Alice acercarse.

—¡Estás aquí! —Las enormes manos la levantaron—. No me gusta este juego. ¿Por qué no volvemos arriba y jugamos a los disfraces?

—Por favor... deja que me vaya —gimió Rebecca cuando Alice la arrastró torpemente por la cocina. Entonces oyó que una puerta se abría en algún lugar de la habitación.

—Vamos, cariño, deja de hacer travesuras y suelta a tu amiga —dijo una voz dulce y familiar—. Sé que solo estás jugando, pero mamá se enfadará mucho si se entera de lo que has hecho.

Hubo una pausa antes de que las manos que la sujetaban la soltaran. Rebecca cayó al suelo como una muñeca de trapo desechada.

—Señor Malik, ¿puede encender la luz, por favor? Estas dos niñas traviesas estaban jugando al cuarto oscuro.

La habitación se iluminó de golpe y, aturdida, Rebecca vio a la señora Trevathan y a Ari en medio de la cocina.

—Lo siento, Brenda —dijo Alice—. He sido una niña mala, ¿verdad?

—Un poco, sí, pero si te portas bien y vienes conmigo, te prometo que no se lo contaré a mamá. Vamos, cariño. —La señora Trevathan le tendió la mano—. Es hora de que tu nueva amiga se vaya a su casa.

—Pero yo no quiero que se vaya. Por favor, Brenda, ¿no puede quedarse? Yo...

Rebecca y Ari vieron que el labio inferior de Alice temblaba. Finalmente se echó a llorar.

—Si te portas bien, tu nueva amiga volverá mañana para jugar contigo.

—¿En serio? Estoy tan sola, tan sola...

—Lo sé, cariño, pero es muy tarde. Ahora —dijo la señora Trevathan

lanzando una mirada a Ari— me llevaré a esta niña arriba para acostarla. ¿Por qué no se lleva a su pequeña a casa? Podrán jugar juntas otro día. ¿De acuerdo?

Ari, que estaba mirando conmovido a la criatura que sujetaba la mano de la señora Trevathan, asintió en silencio.

—Buenas noches, entonces, y gracias por la visita —se despidió contundentemente la señora Trevathan.

Ari levantó a Rebecca del suelo y la ayudó a caminar hasta el coche mientras oía la voz de la señora Trevathan, que seguía hablando calmadamente. Con cuidado, sentó a Rebecca en el asiento del pasajero.

—¿Estás herida? —le preguntó al tiempo que se instalaba frente al volante y giraba la llave del contacto—. ¿Te llevo directamente al hospital?

—Solo llévame lejos de aquí —gimió ella— y de esa... cosa horrible.

—¿Te ha hecho daño, Rebecca? Aunque le prometí a la señora Trevathan que no llamaría a la policía si me decía adónde te había llevado, lo que acabo de ver es demasiado grave.

—No me ha hecho daño, en serio. ¡Solo sácame de aquí! —sollozó Rebecca.

—Vale —dijo Ari—. No te preocupes, cariño, te llevaré a un lugar seguro.

Mientras conducía por los páramos sacó el móvil y llamó a Steve.

—Rebecca está conmigo. Ahora no puedo extenderme, pero necesito llevarla a un hotel y me gustaría que llamas al médico que la vio el otro día y le pidas que venga para hacerle un reconocimiento.

—¿Está herida?

—Creo que no, pero es preciso examinarla.

—Bien, tráela a mi hotel de Ashburton. Hablaré ahora mismo con recepción. Estoy seguro de que podrán encontrarle una habitación. Si no es así, puedo cederle la mía.

—Y consigue que el médico vaya cuanto antes al hotel.

Steve le dio la dirección y Ari introdujo el código postal en el GPS.

Cuando llegaron al hotel, Ari comprobó agradecido que Steve había conseguido una suite para Rebecca. También le había dejado el mensaje en

recepción de que le llamara si había algo más que pudiera hacer por ellos.

Rebecca se dejó llevar por Ari hasta el ascensor y a lo largo del pasillo que conducía a la suite.

—No llevo nada conmigo —comentó con un hondo suspiro cuando Ari la ayudó a tumbarse en la cama.

—¿Dónde está tu maleta?

—En los jardines de Astbury, debajo de un arbusto. —Rebecca esbozó una sonrisa débil.

—No te preocupes, iré a buscarla mañana. No hay nada que necesites con urgencia, ¿verdad?

Antes de que ella pudiera responder, oyeron que llamaban a la puerta y Ari fue a abrir.

—Buenas noches —dijo el doctor Trefusis—. ¿O debería decir buenos días? Lamento la tardanza, pero estaba ocupado con otro paciente. ¿Cómo está?

—A primera vista no tiene lesiones físicas —explicó Ari—, pero está muy afectada. ¿Le explico lo que ha ocurrido?

—No hace falta —contestó, sereno, el doctor Trefusis—. El paciente al que acabo de atender es lord Astbury. La señora Trevathan me llamó.

—Entiendo. ¿Dónde está ahora?

—Todavía en la casita. Le he administrado un sedante fuerte y dormirá profundamente hasta que le organice las cosas mañana. La señora Trevathan está con él. Lo más probable es que mañana se despierte y no recuerde nada de lo ocurrido hoy. Ahora, si me lo permite, examinaré a la señorita Bradley.

—Claro, les dejo solos.

Ari salió discretamente del dormitorio y el doctor Trefusis se acercó a Rebecca.

—He oído que ha tenido una noche algo agitada —dijo con dulzura mientras se sentaba en el borde de la cama y le cogía la mano laxa para tomarle el pulso—. ¿Le hizo daño?

—No. —Rebecca estaba tan cansada que a duras penas podía formar una frase entera—. Pero me puso un trapo sobre la cara con un olor muy fuerte y perdí el conocimiento. Luego me desperté en una casa. Sigo sin saber dónde

estaba.

—Estoy casi seguro de que utilizó cloroformo, que es lo que los cirujanos empleaban hace años para dejar sin sentido a sus pacientes. Es inofensivo, y no tiene efectos secundarios a largo plazo. La señora Trevathan cree que lo encontró en el botiquín que guarda en la despensa. No quiero ni pensar los años que tiene. Me entregó el frasco y mañana mandaré analizar el contenido, por si las moscas.

—Creía... —Rebecca se humedeció los labios reseco— que nunca me escaparía.

—La entiendo, señorita Bradley. Ha sido una experiencia traumática para usted. Solo puedo decirle que conozco la enfermedad de lord Astbury desde que heredé la consulta médica de mi padre, y que es sumamente improbable que, por muy disgustado y confuso que estuviera esta noche, le hubiera hecho daño.

—Anthony creía que yo era su abuela Violet —murmuró Rebecca.

—Lo sé, la señora Trevathan me lo dijo.

—¡Dios mío! Anthony no sabe dónde estoy, ¿verdad? No vendrá a por mí, ¿verdad? —Rebecca se aferró al brazo del médico con el miedo reflejado en la cara.

—Está completamente a salvo, Rebecca, confíe en mí. Lord Anthony no tiene ni idea de dónde está. De hecho, en estos momentos se encuentra tan sedado que no sabe ni dónde está él. Bien, no voy a hacerle revivir lo sucedido esta noche, pero he de examinarla.

Rebecca yació inmóvil mientras el médico la palpaba y comprobaba sus constantes vitales. Eran muchas las preguntas que deseaba hacerle, pero su exhausto cerebro era incapaz de encontrar la energía necesaria para expresar las palabras.

—¿Cómo va el dolor de cabeza? —preguntó él mientras la auscultaba.

—Ahora mismo es terrible.

—Y el cloroformo que utilizó lord Astbury no le habrá hecho ningún favor. En realidad, tenía pensado ir a verla mañana por la mañana porque creo que he descubierto la causa de sus males.

—¿En serio?

—Sí. Y por lo menos puedo tranquilizarla a ese respecto. Está usted perfectamente. —El doctor Trefusis sonrió.

—¿Estoy embarazada?

—No, no lo está. Todas las pruebas han dado negativo. Pero ya le explicaré mi teoría mañana. Ahora —el médico sacó dos comprimidos de su maletín—, le aconsejo que se tome esto. Es un sedante suave que la calmará y le ayudará a dormir.

—¿Qué le pasa a Anthony? ¿Por qué iba vestido como una niña? Se hacía llamar Alice.

—Es una historia muy larga, señorita Bradley, y se la explicaré con calma mañana, cuando haya descansado. Por el momento solo puedo decirle que usted está físicamente bien, que aquí se encuentra por completo a salvo y que lo que más le conviene es dormir. —El doctor Trefusis se levantó—. Le diré al joven que ya puede entrar. Buenas noches.

Ari aguardaba fuera, paseándose de un lado a otro.

—¿Cómo está?

—Como usted dijo, ilesa pero muy asustada. Y es comprensible.

—Vi a Anthony disfrazado... y hasta yo me asusté —reconoció Ari—. Sé que Rebecca no se sentirá segura hasta que lo encierren. ¿No cree que deberíamos llamar a la policía después de lo sucedido esta noche? A fin de cuentas, la secuestró.

—Si la señorita Bradley decide que eso es lo que quiere, entonces sí, debería llamar a la policía —convino el doctor Trefusis—. Pero antes de que lo haga me gustaría hablar con ella. Vendré a verla mañana por la mañana. Buenas noches.

Ari se despidió del médico y regresó al dormitorio. Sentándose en el borde de la cama, asió la mano de Rebecca.

—¿Cómo estás?

—Bien —susurró ella con los ojos cerrados.

—¿Quieres que me quede esta noche? Puedo volver a dormir en el sofá de la sala.

—¡No! —Rebecca se aferró a su mano y abrió los ojos de golpe—. Por favor, no me dejes sola. Quédate aquí, Ari, te lo ruego.

—Vale, si lo prefieres así.

—Gracias —dijo ella, y su mano se relajó—. Tengo tantas preguntas... —
Suspiró.

—Lo sé —dijo él tratando de reconfortarla—, pero pueden esperar a mañana. Ahora intenta dormir. —Caminó hasta la butaca que descansaba en un recodo de la habitación.

—¿Ari? —preguntó tímidamente Rebecca.

—¿Sí?

—¿Podrías abrazarme? Así, si te marchas, me enteraré.

—Vale, pero ¿te importa que me suba a la cama contigo? Lo tengo un poco difícil desde aquí. —Ari sonrió.

—Claro.

Ari se subió a la cama. Rebecca se dio la vuelta y se acurrucó en sus brazos como una niña.

—Gracias por estar aquí —murmuró, rendida.

—De nada. Que duermas bien, Rebecca —susurró él.

Al día siguiente, mientras una Rebecca pálida pero serena bebía pequeños sorbos de café en su suite, el doctor Trefusis le habló.

—A lord Astbury le diagnosticaron esquizofrenia a los treinta y cinco años aproximadamente. Tras la muerte de su madre sufrió una crisis nerviosa y mostró un comportamiento similar al que usted presencié anoche. No es de extrañar que perdiera la cabeza. Su madre, Daisy, lo tuvo controlado toda su vida, apenas permitía que se alejara de su vista. A consecuencia de la crisis ingresó en el hospital psiquiátrico local, donde pasó cerca de un año controlado con medicación y terapia. No se sabe exactamente qué desencadena esta enfermedad, si la naturaleza o la educación, pero teniendo en cuenta la difícil infancia de lord Astbury, estoy seguro de que esta influyó.

—Anthony me habló mientras iba... —Rebecca tragó saliva— disfrazado. Dijo que su madre le compraba preciosos vestidos de Harrods, pero no puede ser cierto.

—Por desgracia, lo es. La madre de lord Astbury, Daisy, fue educada por su abuela en la creencia de que todos los hombres son malos. Como consecuencia de ello, cuando fue obligada a casarse y engendrar un heredero

para la propiedad, y ese heredero resultó ser varón, se negó a aceptarlo — explicó el doctor Trefusis—. Puede preguntar a la señora Trevathan, o incluso a Mabel, su madre; las dos lo conocen desde que nació. Daisy ponía lazos en la melena de lord Astbury y este llevó vestidos todos los días de su infancia.

—Pobre niño —se lamentó Rebecca—. Ahora que lo pienso, en su estudio vi una fotografía de una niña idéntica a Anthony. Pensé que era su hermana, pero está claro que era él. ¿Qué hay del padre? —preguntó—. ¿Nunca intervino?

—Por lo que me contaba mi padre, que heredó la consulta de su padre y en aquel entonces era el médico de Daisy, el padre de lord Astbury era un marido y un progenitor ausente. El suyo era un matrimonio de conveniencia. Por mucho que Maud Astbury odiara a los hombres, sabía que necesitaba uno para que su nieta diera a luz un heredero. El hombre que eligió para ella resultó ser un célebre borracho que pasaba la mayor parte del tiempo en Londres, dilapidando el dinero de la familia. Murió allí cuando lord Astbury era muy pequeño.

—Sí, Anthony me contó eso en una ocasión. Entonces ¿creció en la casa únicamente con Maud y Daisy?

—Sí. Después Maud murió, lo cual habría contribuido a mejorar las cosas si no fuera porque el daño ya estaba hecho. —El doctor Trefusis meneó lentamente la cabeza—. Daisy se negó a enviar a Anthony al colegio y este fue educado por una sucesión de institutrices. La obsesión de Daisy por Violet, su bella y difunta madre, no terminaba ahí. Lord Astbury fue criado para idolatrarla.

—No hace falta que lo jure —dijo Rebecca con sarcasmo.

—Cuando el hospital determinó que estaba lo bastante estabilizado para regresar a la sociedad después de la crisis nerviosa, volvió a Astbury bajo el cuidado de la señora Trevathan, quien llevaba años trabajando en la casa como ama de llaves y le entendía. Le juro, señorita Bradley, que esa mujer es una santa. Ha dedicado casi toda su vida a cuidar de lord Astbury. —El doctor Trefusis suspiró—. Y mientras reinara la calma y nada perturbara la tranquilidad y la privacidad de Astbury Hall, lord Astbury podía funcionar

perfectamente. Le encantaba trabajar en su adorado jardín, que le servía de terapia. La medicación que tomaba a diario lo mantenía estable y le permitía gozar de una mínima normalidad. De tanto en tanto se iba a la casita de los páramos para, según decía eufemísticamente la señora Trevathan, «jugar a las casitas y los disfraces». Ambos opinábamos que era mejor que diera rienda suelta a su áter ego en un lugar aislado, lejos de las miradas ajenas. Yo iba a verlo con regularidad, por supuesto, al igual que su psiquiatra, y la señora Trevathan me llamaba siempre que surgía un problema. Lord Astbury llevaba varios años sin sufrir una recaída.

—Entiendo —dijo Rebecca.

—Pero este año decidió permitir que la compañía cinematográfica utilizara la propiedad. Astbury anda mal de dinero y lord Astbury tenía que pagar algunas facturas. La señora Trevathan se opuso desde el principio. Conocía lo suficientemente bien a lord Astbury para saber que todo ese estrés sería excesivo para él. Pero ¿qué podía hacer?

—Supongo que nada. —Rebecca se encogió de hombros.

—Entonces llegó usted. Y Anthony enseguida le vio un parecido con su abuela Violet, sobre quien su madre le había educado en la creencia de que era la mujer perfecta, la misma en que se inspira su áter ego.

—La primera vez que Anthony me vio con ropa normal no tuvo ninguna reacción —caviló Rebecca—. No fue hasta que me vio teñida de rubio y con mi vestuario de los años veinte que me dijo que me parecía a ella.

—Estoy seguro de que pensó que estaba viendo un fantasma. Simultáneamente, y esto son conjeturas mías porque todavía no he leído el informe del psiquiatra, estaba teniendo una reacción masculina normal a usted como mujer, y eso le generó una confusión total. Ambas personalidades entraron en conflicto y se desestabilizaron. Mientras la parte masculina de Anthony se enamoraba de usted, la «niña» no entendía cómo era posible que Violet hubiera vuelto, porque usted en principio estaba muerta. ¿Lo entiende, señorita Bradley?

—Sí —dijo pausadamente Rebecca—, por desgracia, sí. Y todo lo que ha explicado encaja con lo que Anthony me dijo ayer. Verá, la otra noche también lo vi disfrazado en la casa. La señora Trevathan me juró que había

visto a su madre anciana, pero no era cierto. También le oí cantar con una voz extrañamente aguda. Y estoy casi convencida de que entraba en mi cuarto por las noches —añadió Rebecca con un escalofrío—. Olía el perfume.

—Le pido disculpas, señorita Bradley. Sé que la señora Trevathan se siente culpable por haber permitido que la cosa haya llegado tan lejos. Normalmente el áter ego de lord Astbury no se manifiesta en la casa. Y para ser justos con la señora Trevathan —añadió—, ella solo estaba intentando protegerlo.

—Sabía perfectamente que yo había visto a Anthony en aquella habitación. Me llevé un susto de muerte. Me mintió, doctor —insistió Rebecca.

—Lo sé, señorita Bradley, pero se lo ruego, trate de perdonarla. La señora Trevathan estaba intentando proteger a lord Astbury porque sabía que si estaba sufriendo una recaída, terminaría una vez más en el psiquiátrico. Y lord Astbury detesta ese lugar.

—Lo entiendo, pero todo eso no exime a Anthony, o a quienquiera que creyera ser anoche, de haberme drogado, raptado y atado en una casa perdida en medio de la nada. —Rebecca se llevó la mano a la frente—. Estoy intentando escuchar las razones por las que debería olvidar este asunto, ¡pero anoche creí realmente que iba a morir!

—No dudo de que estaba aterrorizada, señorita Bradley, y no sabe cuánto lo lamento. También yo me siento responsable, pues debí percatarme antes de los síntomas —confesó el doctor Trefusis—. Le tranquilizará saber que lord Astbury ha ingresado en un hospital psiquiátrico seguro, donde recibirá la ayuda que necesita. En cuanto a denunciarlo a la policía, la decisión es suya. Aunque si presenta cargos contra él, es muy probable que lord Astbury acabe exactamente donde está ahora. Además —le recordó—, ambos tendrían que enfrentarse al acoso de los medios.

—Soy consciente de eso —dijo Rebecca—. ¿Cuánto tiempo estará en el hospital?

—Hasta que su psiquiatra crea que está nuevamente estable. Dado su estado actual, diría que tiene para varios meses, por no decir años. Por desgracia, puede que nunca esté lo bastante recuperado para abandonarlo.

—¿Sabe? Siempre le vi a Anthony un lado infantil, incluso cuando era él. Me entraban ganas de protegerlo... —Rebecca notó que los ojos se le llenaban de lágrimas—. Era un hombre muy dulce, pero el monstruo en que lo vi convertirse anoche... Dios, no puedo describir lo espantoso que fue.

—Señorita Bradley, por su bien, y también por el de lord Astbury, intente recordarle como el hombre inteligente y amable que conoció, no como el monstruo que vio anoche. Nunca le dieron dada la más mínima oportunidad de tener una existencia normal. Y puede estar segura de que no causará problemas a nadie en mucho tiempo.

—Entiendo lo que me dice —convino ella—, y me da mucha pena.

—Ahora, antes de que se me olvide, quiero hablarle de la posible causa de sus jaquecas. —El doctor Trefusis sacó unos papeles de su maletín—. Como le dije anoche, sus análisis de sangre han salido negativos. Sin embargo, en uno de ellos advertí unos niveles de adrenalina ligeramente altos. Dígame, señorita Bradley, ¿sufre de fiebre del heno?

—Sí —respondió, sorprendida, Rebecca—. En Estados Unidos me afecta mucho. Noté que los ojos me picaban y la señora Trevathan dijo que era una reacción a la hierba cana, o ambrosía, como la conozco yo, que crece cerca de aquí.

—Bien. Siguiendo pregunta: ¿ha estado bebiendo, por casualidad, infusiones de manzanilla?

—Sí, la señora Trevathan me preparó algunas. Dijo que eran relajantes. He estado bebiendo dos o tres tazas al día.

—En ese caso, creo que esa puede ser la causa del problema —señaló, aliviado, el médico—. La ambrosía y la manzanilla son de la misma familia, y una reacción alérgica a ambas simultáneamente puede provocar en ocasiones una reacción adversa en el torrente sanguíneo, sobre todo si la infusión se hace con una especie local, y generar síntomas como los que usted ha descrito, siendo los más comunes el dolor de cabeza agudo y la sensación constante de náuseas. Deduzco que esa ha sido la causa de su problema, señorita Bradley. Por tanto —prosiguió con una mirada pícaro—, la próxima vez que vea a la señora Trevathan le diré que la estaba envenenando sin querer. —Cerró el maletín y sonrió—. A partir de ahora

manténgase alejada de la manzanilla y veremos si los síntomas remiten. Le dejo algunos sedantes por si los necesita, y si sufre más molestias, no dude en llamarme.

—Gracias por todo, doctor —dijo Rebecca cuando el médico se encaminó a la puerta—. Meditaré sobre lo que debo hacer con respecto a Anthony.

—De acuerdo. Adiós.

El doctor Trefusis se dirigió al ascensor y bajó al vestíbulo.

—¿Cómo está? —preguntó Ari, que había estado aguardando el regreso del médico paseando de un lado a otro.

—Muy bien, dadas las circunstancias. Parece frágil, pero es una joven fuerte.

—Se ha portado de manera increíble hasta el momento. Antes de que se vaya, doctor, hay un asunto que me gustaría mucho tratar con usted.

—¿Referente a qué?

El doctor Trefusis procedió a escuchar la explicación de Ari.

Ari se aseguró de que Rebecca comiera y luego le aconsejó que durmiera un rato. Una hora después llamaron a la puerta y Ari fue a abrir.

—¿Cómo está? —preguntó James Waugh—. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto —dijo Rebecca entrando en la sala de estar con una sonrisa.

—¡Genial! —James se acercó para abrazarla.

—Rebecca, como tienes compañía, ¿te importa que salga un rato? —le preguntó Ari.

—En absoluto.

—No tardaré. A mi regreso pasaré por Astbury Hall para recoger tu maleta.

—Gracias, Ari.

—Lo tienes comiendo de tu mano, querida —bromeó James cuando Ari se hubo marchado—. Y ahora, cuéntamelo todo. Como puedes imaginar, el equipo de rodaje no para de preguntarse qué te ocurrió exactamente anoche. He oído rumores de que lord Astbury te arrastró hasta una casa perdida en los páramos.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó ella horrorizada.

—Ni idea de quién empezó el rumor, pero es evidente que ha adquirido proporciones desmesuradas, ¿o no?

Tal como había señalado el doctor Trefusis, lo último que Rebecca necesitaba era que la historia llegara a los periódicos. Era la clase de sucesos que no desaparecían; le preguntarían al respecto en todos los programas de entrevistas. Lo único que quería era olvidarlo y seguir adelante con su vida.

—Me pidió que me casara con él y no se tomó bien que le rechazara —explicó con un deje irónico.

—¡Caray! —exclamó James sentándose en la cama y robando algunas uvas del cuenco de la fruta—. ¿Y qué me cuentas del atractivo indio que te hace de protector? ¿Es otro de tus pretendientes?

—Ari se ha portado de maravilla —respondió Rebecca a la defensiva—, pero es solo un amigo.

—Si tú lo dices —dijo él con una sonrisita—. En fin, me alegro de ver que estás mucho mejor.

—Sí. Le he dicho a Steve que mañana podré seguir con el rodaje.

—He de confesar que el retraso no me ha molestado lo más mínimo. Como todas las escenas que me quedan son contigo, he podido disfrutar de unos días libres.

—¿Acompañado de la camarera?

—*Touché!* —James sonrió—. Ahora se pasa el día persiguiéndome por todo el hotel. Creo que quiere que le haga un hijo. Por desgracia, eso no entra en mis planes por el momento. Bien, te dejo descansar, pero si luego te apetece una cena ligera, será un placer acompañarte.

—Gracias, James, pero creo que me quedaré aquí y me acostaré pronto —repuso Rebecca.

Él afiló la mirada.

—Dime, ¿qué lugar ocupo actualmente en la cola de tus afectos? Debería estar escalando peldaños a medida que los vas despachando.

Rebecca le clavó un puñetazo cariñoso en el brazo.

—Tú eres un ligón, James. Sé que no vas en serio.

—Probablemente no —reconoció—, pero espero que mantengamos el contacto cuando regreses a Estados Unidos. Ahora en serio, Rebecca, he

disfrutado mucho de tu compañía. Ha sido divertido. Robert dice que tenemos mucha química en la pantalla. Nunca se sabe, puede que nos convirtamos en los próximos Olivier y Leigh, ¡o Brad y Angie! Bien, voy a ver si mi querida camarera me sirve un agradable té con leche. —Le dio un beso y se levantó—. Hasta luego, cielo.

Cuando Ari llegó a casa del doctor Trefusis, lo siguió de vuelta hasta la cocina.

—¿Le apetece una taza de té? Me disponía a calentar agua.

—Gracias.

—Tal como me pidió, he consultado los informes de los pacientes de mi abuelo de 1922 y no he encontrado nada sobre la muerte de un niño llamado Moh Chavan o Prasad en torno a las fechas que me facilitó.

—La verdad es que no me sorprende. —Ari suspiró.

—No acabo de entender qué le pasó a su familiar. ¿Dijo que extendieron su certificado de defunción? —preguntó el médico sacando dos tazas del armario.

—Sí. —Ari extrajo el certificado de la carpeta—. Como puede ver, lo firmó su abuelo. Pero he buscado en todos los registros parroquiales y públicos correspondientes a esta zona y no he encontrado nada.

—Qué extraño. —El doctor Trefusis se inclinó sobre el hombro de Ari para examinar el certificado—. Sí, esa es la firma de mi abuelo, pero por ley tendría que haber enviado un duplicado para su registro oficial.

—También he consultado por internet todos los registros públicos y no sale nada. Su madre nunca creyó que Moh muriera ese día.

—¿En serio? —El doctor Trefusis estaba sinceramente sorprendido—. ¿Y murió?

—No. Mabel Smerden me ha confirmado que no murió. Está segura de que ese día Moh fue llevado a un orfanato de Londres.

—¿Por quién? —preguntó el doctor Trefusis, sentándose frente a él.

—Lamento decirlo, por su abuelo.

Ari esperaba una reacción desairada y se llevó una sorpresa cuando el médico se limitó a bajar la mirada.

—Por desgracia, no me sorprende. Desconozco las circunstancias que

rodearon el nacimiento de su familiar, pero puedo confirmarle que mi abuelo ayudó a algunas mujeres jóvenes que se encontraban en apuros. Cuando los bebés nacían, los trasladaba discretamente a diferentes orfanatos gestionados por la Iglesia. Ha de comprender, señor Malik, que el mundo era muy diferente en aquellos días.

—Estoy empezando a entenderlo, sí.

—Mi abuelo no era un mal hombre —prosiguió el médico—. Hacía lo que podía por ayudar. De hecho, puedo facilitarle los nombres de los orfanatos a los que recurría. Ignoro si alguno de ellos sigue abierto hoy en día, pero merece la pena intentarlo. Espere aquí.

El doctor Trefusis se levantó y regresó poco después con un cuaderno delgado forrado en piel.

—Era la agenda de contactos médicos de mi abuelo. Contiene direcciones y números de teléfono de hospitales de la zona, nombres de cirujanos y demás. Al final de todo aparecen las direcciones de tres orfanatos. Solo uno de ellos está en Londres. ¿Quiere que se la anote?

—Gracias, aunque, como dice, puede que haya cerrado. —Ari suspiró—. Además, ignoro si Moh conservó su nombre de nacimiento, aunque sé con exactitud el día que fue trasladado al orfanato. Fue el mismo en que Donald Astbury falleció.

—¿En serio? En ese caso, puede buscarlo por internet —sugirió el doctor Trefusis—. Y si no encuentra nada, llámeme y veré qué más puedo hacer para ayudarle. He de reconocer que ha despertado mi curiosidad por esta historia.

—Debería preguntar a Mabel Smerden, aunque me hizo jurar que guardaría el secreto. Bien, no quiero entretenerle más. —Ari se levantó—. Si averiguo qué fue de él, se lo comunicaré.

—Hágalo, por favor. Por cierto, ¿cómo está mi paciente?

—Estupendamente, gracias —dijo Ari mientras el doctor Trefusis le acompañaba a la puerta.

—He de reconocer que es una joven encantadora. No me sorprende que lord Astbury se prendara de ella. Es usted un hombre muy afortunado, señor Malik. —El médico sonrió—. Buenas noches.

Camino de Ashburton, Ari dobló por Astbury Hall, dejó el coche en el patio y partió en busca de la maleta de Rebecca. Tardó un buen rato en localizar el arbusto donde la había escondido, pero cuando lo hizo, la cargó en el maletero de su coche. Hecho esto, entró en la casa y subió al ático para despedirse de Mabel Smerden.

La mujer sonrió al verlo.

—¿Tiene tiempo para una taza de té, cielo? —le preguntó.

—Lamentablemente, no, señora Smerden, pero quería despedirme de usted. Mañana me voy a Londres. Esta tarde estuve con el doctor Trefusis. Me dio el nombre de un orfanato londinense y tengo previsto visitarlo mientras estoy allí.

—Me alegro por usted. Si descubre qué fue de Moh, ¿me lo hará saber?

—Cuenta con ello, y gracias por confiar en mí.

—Me alegro, por todos nosotros, de que la verdad haya salido finalmente a la luz. Tilly, mi madre, pensaba que Anahita era una mujer maravillosa.

—Lo era —dijo, orgulloso, Ari.

—Por cierto, busqué esto para usted. —Mabel asió una fotografía enmarcada que descansaba en la mesilla de noche y se la tendió—. Es la foto del difunto lord Astbury, Anahita y Moh, que mi padre se llevó de la casa junto al arroyo.

Ari observó fascinado a las tres personas de la fotografía. Su historia formaba ahora parte de él; lo sentía en el corazón.

—Gracias, Mabel, la guardaré como un tesoro toda mi vida. Adiós.

Bajó para recoger sus cosas del cuarto. Estudió el diario de Donald antes de guardarlo en su bolsa de viaje junto con la fotografía. Anthony ya no lo necesitaría, y también era la historia de su familia.

Regresó al vestíbulo y se detuvo unos instantes bajo la gran cúpula pensando en Anahita y en lo mucho que había sufrido a manos de los Astbury. Todavía se preguntaba por qué su bisabuela le había confiado a él la misión de descubrir su historia.

Y entonces lo oyó, tenue al principio, tan tenue que se preguntó si los oídos le pitaban. No obstante, cuando el canto se hizo más fuerte —un sonido puro, perfecto, que parecía elevarse hacia la inmensa cúpula— le invadió una

euforia extraña pero hermosa.

Ari descubrió que los ojos se le humedecían mientras miraba hacia lo alto, comprendiéndolo todo al fin, sabiendo ya que Anahita le había dejado en herencia mucho más que su historia.

Esa noche Ari y Rebecca cenaron juntos en la suite.

—Eres increíble —dijo él mientras le servía una copa de vino—. Si yo hubiera pasado por lo que tú pasaste anoche, estaría hecho polvo, seguro.

Rebecca se encogió de hombros.

—Supongo que comprendo bien las conductas extrañas. Aunque mi madre no era esquizofrénica como Anthony, cuando bebía podía ponerse muy agresiva, así que estoy acostumbrada al lado extraño de la naturaleza humana. En realidad aquí el héroe eres tú, Ari, por negarte a aceptar un no por respuesta e insistirle a la señora Trevathan para que te dijera adónde me había llevado Anthony. ¡Gracias a Dios! —Se estremeció.

—Con razón Anthony no quería que metiera las narices en la casita junto al arroyo. Cuando le pregunté por ella, me dijo que estaba abandonada y en estado ruinoso. La cuestión, ahora, es si tú estás emparentada con Violet.

—Como no sé quién es mi padre, probablemente nunca lo descubra. Pero ¿sabes qué? Que no quiero descubrirlo. El pasado pasado está. Ahora quiero concentrarme en el futuro.

—Tienes razón, no sirve de nada dar vueltas al pasado. He de seguir tu ejemplo, ser fuerte y pensar en mi futuro, sea cual sea —dijo Ari con un suspiro.

—Yo por lo menos lo intentaré. He de reconocer que lloré a moco tendido cuando vi la foto de Jack con su nueva novia en el periódico que me dejaron esta mañana en la habitación. Me dolió mucho. —Rebecca se levantó

y sacó el periódico de debajo del sofá con cierta vergüenza—. Dice: «¡Se acabó! Jack deja a Becks por su nuevo amor!». Supongo que no esperaba menos —dijo con resignación.

—Lo siento.

—No hay nada que sentir. En realidad es lo mejor. Sabía que no habría vuelta atrás cuando le dije que debía hacer frente a sus problemas. Su orgullo no habría sido capaz de digerirlo.

—¿Están los medios rondando como buitres para obtener tu versión de la historia?

—Eso parece. Mi agente me llamó durante tu ausencia. Por lo menos los medios no saben aún que estoy alojada aquí, aunque no tardarán en averiguarlo. Siempre lo hacen.

—Caray, Rebecca, no puede decirse que tu vida sea fácil.

—Mi agente quiere que haga una declaración ¿Y sabes qué? Que me he negado. Estoy harta de seguirles el rollo. ¡A quién le importa lo que piense la gente! Yo sé lo que ocurrió y eso es lo único que vale. Estoy harta de todo eso. —Rebecca meneó la cabeza—. No vas a creerlo, teniendo en cuenta las últimas veinticuatro horas, pero echo de menos la paz y la tranquilidad de Astbury Hall. Allí estaba protegida de toda esa mierda. Estoy en un carrusel donde mi vida es servida como pasto para el público, y quiero ponerle fin.

—Lo entiendo —dijo Ari.

—De hecho, me aterra la idea de volver a todo eso.

—Hablando de volver, me marcho mañana por la mañana. He de hacer algunas cosas en Londres antes de volar a la India a finales de semana.

—¿Tienes que hacerlo? Aunque lo entiendo, claro.

—Ya no corres ningún peligro, estoy seguro. Anthony está ingresado, tú estás en el hotel rodeada del equipo de filmación y en un par de días volverás a casa.

—Sí. Entonces ¿hoy es nuestra última noche?

—Me temo que sí.

—En ese caso, quiero darte las gracias por todo lo que has hecho por mí estos últimos días. Nunca lo olvidaré.

—Tampoco a mí, espero. —Ari sonrió.

—A ti no podría olvidarte —dijo ella con voz queda—. ¿Sabes? Hace unos días estaba convencida de que Violet y yo estábamos emparentadas de algún modo... Y a lo mejor lo estamos, pero nunca podré averiguarlo.

—¿Por qué? ¿No puedes preguntárselo a tus padres?

—No. Mi madre murió y no sé quién es mi padre. En fin, aunque detesto decirlo, la verdad es que mañana tengo un largo día de rodaje y necesito prepararme. Y seguro que tú tendrás que hacerte la maleta —añadió Rebecca.

—Así es.

Se levantaron.

—Bien —dijo ella con una gran sonrisa—, supongo que ha llegado el momento de la despedida.

—Sí.

Caminaron hasta la puerta en silencio.

—Buenas noches, y cuídate mucho —dijo él.

—Lo haré. —Rebecca notó que las lágrimas acudían a sus ojos—. Te acompaño hasta el ascensor.

Salieron de la habitación y caminaron juntos hasta el ascensor. Ari pulsó el botón de llamada. Ninguno de los dos habló mientras el ascensor llegaba.

—Adiós —dijo ella cuando Ari entró y las puertas empezaron a cerrarse.

Ari pulsó el botón para detenerlas.

—¿Rebecca?

—¿Qué? —preguntó ella con la mirada gacha.

—Mírame.

Rebecca levantó la vista y Ari vio que estaba emocionada. Como él.

—Quiero decir algo antes de irme. Los dos tenemos un viaje que finalizar durante los próximos días y yo he de regresar a la India. No obstante, creo que deberíamos volver a vernos pronto. ¿Estás de acuerdo?

Las puertas del ascensor empezaron a cerrarse de nuevo. Esta vez fue Rebecca quien pulsó el botón para detenerlas.

—Sí —dijo.

—También quiero decir que si alguna vez decides ir a la India, me gustaría que me lo hicieras saber.

—Lo haré.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Las puertas empezaron a cerrarse y Ari desapareció tras ellas.

Cuando Rebecca regresó al día siguiente a Astbury Hall para rodar sus escenas, estaba muy nerviosa.

—No tengas miedo, Rebecca, todos estamos aquí para protegerte de los pretendientes que pueda haber merodeando por los sombríos pasillos —la tranquilizó Steve mientras la acompañaba a Maquillaje—. Ya solo queda otro día.

—Estoy bien —respondió ella, avergonzada de que parte de lo sucedido hubiera llegado a los actores y el equipo de rodaje.

Por suerte, casi toda la filmación tuvo lugar en exteriores y Rebecca fue devuelta al hotel en cuanto terminaron.

De nuevo en su suite, se dio cuenta de que desde que ya no se hospedaba en Astbury Hall, estaba deseando marcharse de Devon. Pese a ser la más grande del hotel, su habitación le producía claustrofobia, y añoraba los amplios espacios abiertos a los que se había acostumbrado.

—Que Dios me ayude cuando vuelva a Nueva York —farfulló, pensando en su apartamento en el ático de un elevado edificio de acero rutilante donde se vería acorralada por los paparazzi en cuanto regresara.

Pero no eran los extensos jardines y los páramos salvajes de Astbury lo único que echaría de menos, se admitió a sí misma. Y tampoco a Jack. Un vacío difícil de describir se había instalado en su interior durante las últimas veinticuatro horas. En pocas palabras, sentía como si una parte de ella hubiera desaparecido y dejado en su lugar un dolor quedo. En esos momentos, sin embargo, se negó a reconocer cuál podría ser la causa.

El último día de rodaje, cuando el director hubo dado por terminada la filmación, los actores y el equipo se reunieron en la terraza bañada por el espléndido sol del atardecer para beber champán.

—¿Te da pena que haya acabado el rodaje, Becks? —preguntó James.

—En muchos sentidos, sí. Ha sido una experiencia increíble. Creo que he crecido como persona además de como actriz.

—Ya lo creo que sí —dijo Robert rodeándole el hombro con el brazo—.

Has hecho un trabajo fantástico, querida, realmente fantástico. El año que viene te lloverán los premios.

—Gracias, Robert. Espero no haberte defraudado.

—En absoluto. Y confío en que podamos volver a trabajar juntos muy pronto.

Rebecca desvió la mirada y divisó, en la otra punta de la terraza, a la señora Trevathan sirviendo champán. Los dos últimos días había estado evitándola, pues no quería hablar de lo sucedido. Ahora, no obstante, sabía que debía acercarse y despedirse de ella. Independientemente de lo ocurrido, la señora Trevathan había sido muy amable con ella.

Mientras el equipo de rodaje procedía a recoger los bártulos por última vez, Rebecca entró en el salón y fue en busca de la señora Trevathan. La encontró en la cocina, lavando copas.

—Hola —dijo tímidamente—. He venido a despedirme.

La señora Trevathan se secó las manos en el delantal y se volvió hacia ella con el rostro acongojado.

—Rebecca, siento muchísimo lo ocurrido. Yo soy la única responsable. Tendría que haberlo visto venir.

—Por favor, señora Trevathan, no se culpe. Yo, desde luego, no lo hago. Creo que ha cuidado maravillosamente de Anthony todos estos años.

—Bueno, hay que hacer lo que se pueda por las personas que queremos. —La mujer suspiró—. En fin, espero que sus recuerdos de Astbury Hall no sean todos malos.

—Desde luego que no. Exceptuando lo sucedido hace unos días, me ha encantado estar aquí. ¿Y qué hay de usted? —le preguntó Rebecca—. ¿Qué hará durante el tiempo que Anthony no viva aquí?

—La propiedad está ahora en manos de los administradores, querida. Les toca a ellos decidir qué es lo mejor para ella. Aunque decidan venderla, llevará su tiempo.

—¿Los administradores tienen poder para eso? Pensaba que solo Anthony podía tomar esa decisión.

—Así es, pero desgraciadamente al señor se le declarará incapacitado. Tenía pensado escribirle, querida, porque cada día voy a verlo al hospital y

quiere que sepa lo mucho que siente haberla asustado. El problema fue que se enamoró de usted y eso le provocó una gran confusión al pobre.

—Lo sé, el doctor Trefusis me lo ha explicado. Lo siento mucho.

—No lo sienta. Usted no puede evitar ser quien es ni el efecto que tuvo en él. En fin, si algún día decide escribirle, sé que el señor agradecerá su perdón. Puede que eso le ayude.

—Descuide, le escribiré —dijo Rebecca, y el rostro de la señora Trevathan se iluminó—. Entonces ¿está un poco mejor?

—Bueno, es pronto para decirlo. Cuando voy se me encoge el corazón. Lloro mucho, ¿sabe?, y pide volver a casa porque todavía no comprende dónde está. Está muy desconcertado, el pobrecillo. Espero que los médicos consigan estabilizarlo pronto. Por eso sería maravilloso que le escribiera. No tiene a nadie más en el mundo aparte de mí.

—Lo haré, se lo prometo. Ahora será mejor que me vaya. Me marcho a Londres directamente desde aquí.

—Seguro que está deseando regresar a su vida en Nueva York.

—La verdad es que no demasiado —reconoció Rebecca—. La echaré de menos, señora Trevathan.

—¡Oh, no diga esas cosas o conseguirá hacerme llorar! Es usted una joven adorable. Ahora venga aquí y deme un abrazo.

La señora Trevathan abrió los brazos y Rebecca se fundió en ellos.

—Cuántas cosas han pasado desde que llegó —suspiró la mujer mientras la dejaba ir—. ¿Volverá a ver a ese joven indio?

—No lo sé.

—Sé que no es asunto mío, pero me pareció que hacían buena pareja. Y a la larga le conviene mucho más que un actor ligero de cascos —añadió, y ambas callaron mientras recordaban a Jack.

—Tal vez. —Rebecca asintió.

—Bien, y ahora váyase y haga que me sienta orgullosa de usted.

—Lo intentaré, se lo prometo. Y si alguna vez, cuando usted quiera —insistió Rebecca—, le apetece venir a verme a Nueva York, que sepa que tiene una habitación en mi apartamento el tiempo que desee.

—Gracias, querida, pero creo que las dos sabemos que no puedo dejar al

señor, ni siquiera unos días. Escríbame a mí también, ¿quiere? Y cuénteme cómo le van las cosas.

—Lo haré, señora Trevathan, se lo prometo.

—Ah, casi lo olvido. Quería preguntarle si le gustaría llevarse esto con usted como recuerdo de su estancia aquí.

El ama de llaves alargó un brazo por encima del fregadero y tomó de la repisa de la ventana la rosa que Anthony había cortado para Rebecca en los jardines de Astbury.

—¿Puede creer que no ha dejado de florecer desde que la puse en su habitación hace unas semanas? —dijo—. Hace unos días se le cayó el primer pétalo, pero sigue teniendo un color precioso. Podría guardarla en un libro. Tal vez eso le ayudaría a recordar al señor como era.

—Sí —dijo Rebecca aceptando la rosa. Entendía por qué la señora Trevathan quería que la tuviera. Se la acercó a la nariz y aspiró su perfume todavía intenso—. Adiós, señora Trevathan.

—Adiós, cariño.

Rebecca salió de la cocina y una vez en el vestíbulo se detuvo bajo la gran cúpula, recordando la primera vez que vio a Anthony en la puerta.

—Adiós —susurró en medio del silencio.

48

Ari observó desde la ventana la frondosa vegetación del jardín urbano que rodeaba la casa victoriana. Podía oír un jolgorio de voces de niños jugando fuera.

—La secretaria, la señorita Kent, le recibirá ahora —dijo la recepcionista.

—Gracias.

Se levantó y siguió a la mujer por el estrecho pasillo, y el peculiar olor a comida recocida le trajo a la memoria sus días de colegio en Inglaterra. Fue invitado a pasar a un pequeño y atestado despacho, detrás de cuya mesa se sentaba una mujer menuda e impecable de unos sesenta años.

—Buenas tardes, señor Malik. He de decir que esta situación es de lo más irregular. Debería seguir el procedimiento de ponerse en contacto con una agencia oficial de adopciones, la cual a su vez se pondrá en contacto con nosotros con la información sobre su antepasado.

—Le pido disculpas, señorita Kent, pero por dos razones concretas, la primera que no estoy seguro del nombre que le pusieron a mi antepasado y, la segunda, que mañana regreso a la India, he decidido apelar a su generosidad.

—Entiendo. ¿Puedo preguntarle cuánto hace que cree que su familiar ingresó en este orfanato?

—Ochenta y nueve años, creo. El 22 de agosto de 1922.

—Bueno, al menos contamos con un dato preciso —comentó la señorita Kent—. ¿Qué edad tenía?

—Tres años aproximadamente. Era mestizo, angloindio, y tenía los ojos azules. Creo que lo trajo aquí el doctor Trefusis, aunque ignoro si dio su verdadero apellido.

—Parece estar muy bien informado, señor Malik. Aunque debo advertirle que no era habitual que un niño de esa edad, y aún menos mestizo, fuera aceptado en este orfanato. Perdona la analogía, pero al igual que los cachorros, los bebés recién nacidos eran más fáciles de realojar. Y encontrar una familia para los niños a nuestro cargo siempre ha sido el principal objetivo de esta institución. Era un mundo cruel entonces, señor Malik.

Ari comprendió que la mujer no se andaba con rodeos.

—Era de una familia adinerada, de modo que es posible que ofrecieran dinero.

—Es posible.

Ari vio que la señorita Kent lo escudriñaba mientras evaluaba la insólita situación.

—A pesar de haber optado por saltarse el procedimiento, señor Malik, me complace informarle de que nuestra institución en particular tiene permitido hacer pública la información archivada de los parientes una vez transcurridos ochenta años. Eso se debe, como es lógico, a que damos por sentado que la persona en cuestión ya ha fallecido y, por tanto, no se verá amenazada por el traspaso de información tan personal. A otras instituciones se les exigen noventa o incluso cien años antes de poder desvelar tales informes. Hoy en día vivimos mucho más tiempo.

—Es casi seguro que el familiar que estoy buscando ha fallecido, aunque si murió de niño o hace diez años, lo ignoro.

—¿Qué le parece si empezamos con la fecha que me ha facilitado y vemos qué contienen los archivos?

La señorita Kent descolgó el teléfono y pidió el libro pertinente. Instantes después, una mujer joven apareció con un grueso tomo forrado en piel.

—Gracias, Heather. Bien, a ver qué encontramos aquí.

Ari aguardó en un suspense angustioso en tanto la mujer pasaba las hojas en busca de la fecha en cuestión. Sabía perfectamente que si no obtenía resultados ahí, no le quedaba otro lugar al que acudir.

—Aquí está, 22 de agosto...

Contuvo la respiración mientras la secretaria leía en silencio lo que ponía, agradeciendo que por lo menos hubiera algo anotado en esas páginas.

—Un tal doctor Smith trajo a un niño pequeño a este orfanato a las diez de la noche. Se trataba de un expósito, al parecer, y había sido abandonado en la puerta del pobre médico.

—Seguro —farfulló Ari.

—Señor Malik —la señorita Kent lo miró por encima de las gafas—, le aseguro que era un recurso bastante común para mujeres desesperadas. Casi siempre eran el párroco o el médico del distrito quienes recibían el pequeño fardo con la criatura para que se deshicieran de él. Y se esforzaban por ayudar.

—Desde luego.

—Y tiene razón. —La señorita Kent devolvió su atención al libro—. El niño no tenía nombre. Aquí lo describen como «de aspecto euroasiático y

ojos azules. Sano, parece bien alimentado y aparenta aproximadamente tres años. Sin marcas distintivas. Se hizo donación». —La señorita Kent miró a Ari por encima de las gafas—. ¿Cree que puede ser él?

—Sí. —Ari sintió una oleada de emoción, pero se esforzó por controlarla.

—No llore aún, señor Malik —dijo la señorita Kent con una media sonrisa—, hay más.

—¿Le pusieron un nombre?

—Sí.

—¿Y...?

—Le llamaron Noah. No me pregunte por qué, quizá hubo una inundación en Londres ese día. Aquí los niños reciben nombres por menos, y creo que este es bastante particular.

—Sí. ¿Y el apellido?

—Adams. Otro nombre bíblico. Y ahora que lo pienso, me resulta familiar...

—Noah Adams —repitió Ari para sí—. ¿Pasó aquí mucho tiempo?

—Paciencia, señor Malik, estoy comprobando algo.

La señorita Kent se había levantado y acercado al archivador. Sacó una carpeta y la estudió. Cuando se volvió hacia Ari, también ella parecía emocionada.

—Señor —exclamó.

—¿Qué ocurre?

—Por lo visto se convirtió en el estimado administrador y miembro de nuestra junta al que conocía como doctor N. Adams.

—¿Le conocía?

—Sí. Era un hombre maravilloso. Hizo mucho por nuestro orfanato, recaudando dinero y mejorando las condiciones de los niños. Se jubiló a los setenta y largos por razones de salud y murió unos años después. Era una institución aquí, se lo aseguro.

Ari buscó en su carpeta de plástico el sobre que Anahita le había enviado a través de su abogado y extrajo el contenido.

—¿Sabe, por casualidad, la fecha exacta de su muerte?

La señorita Kent regresó a la carpeta y sacó la fotocopia de una

necrológica.

—Tome, salió en *The Times*. La guardamos porque menciona que es uno de nuestros administradores.

Ari leyó la fecha del fallecimiento de Noah Adams y la comparó con la fecha que Anahita había escrito con su letra frágil e insegura diez años atrás, justo antes de morir.

—Dios mío.

Las fechas eran idénticas.

—¿Está bien, señor Malik? Parece afectado.

—Lo estoy, disculpe.

—La buena noticia es que ahora tiene todo lo que necesita para saber más cosas de la vida de su familiar por gentileza de *The Times*. Qué extraño — caviló la señorita Kent camino de la fotocopidora—, sabía que el doctor Adams había estado aquí de niño pero nunca tuvo una razón para indagar sobre ello. Le tenía un gran aprecio, todos se lo teníamos. Tome. —La señorita Kent le tendió una fotocopia de la necrológica.

—Gracias. —Ari miró la fotografía en blanco y negro de un hombre atractivo de edad avanzada. Y no tuvo la menor duda de que estaba contemplando los rasgos de su propio linaje. Emocionado aún, se instó a serenarse para poder pensar qué más preguntas podía hacer a la señorita Kent para llenar los espacios en blanco que no podría completar la necrológica—. ¿Era un buen hombre?

—Ya lo creo. Venía cada semana a ver a los niños, los miércoles concretamente, y les traía pasteles. Merendaban juntos y en lugar de hablarles, señor Malik, los escuchaba. Y como somos una institución privada y no estatal, el doctor Adams hacía lo que podía para recaudar dinero y mejorar las instalaciones. También apoyaba a los niños más listos y los animaba a ir a la universidad, como había hecho él. Era una fuente de inspiración para todos.

—Mi bisabuela nunca creyó que su hijo había muerto, como le habían dicho. ¿Sabe por casualidad si el doctor Adams intentó alguna vez buscar a su verdadera madre?

—No, señor Malik, y por desgracia la única persona que quizá podría

habérselo dicho, su esposa Samantha, también murió hace unos años.

—¿Tuvieron hijos?

—Lamentablemente, no. El doctor Adams decía que los niños de este orfanato eran su familia. De hecho, tras la muerte de su esposa descubrimos que los dos lo habían dejado todo a la institución. Y puedo asegurarle, señor Malik, que eso es lo que nos permite seguir funcionando.

—¿Era un matrimonio feliz?

—Creo que se casaron realmente por amor, y ciertamente parecían sentir devoción el uno por el otro cuando nos visitaban. Pero podrá leer los detalles en la necrológica.

—Claro. Gracias por su ayuda, señorita Kent. No le robo más tiempo.

—No hay de qué. Me alegro mucho de haber podido ayudarle. Aquí tiene mi tarjeta con mi dirección de correo electrónico. Si se le ocurren más preguntas, no dude en escribirme.

—Lo tendré en cuenta. —Ari se guardó la tarjeta en la cartera y se puso en pie—. Adiós, señorita Kent.

Tras hacer su propia donación, salió al sol de esa tarde de julio. A un lado había un patio con dos niños sentados en un cajón de arena con cubos y palas. Escuchó sus gritos de placer y contempló los jardines bien cuidados y la pintura inmaculada de la vieja casa.

Ese era el legado de Moh, pensó tras encontrar un banco y sentarse para leer la necrológica al sol. Anahita habría estado muy orgullosa de su hijo, el cual indudablemente había heredado el don para la medicina de su madre y la naturaleza filantrópica de su padre.

DR. NOAH ADAMS MB, BCH (OXON), FRCOG, OBE

24 de febrero de 2001

El eminente cirujano en obstetricia, el doctor Noah Adams, se crió en el Hogar Randall para Expósitos de Walthamstow, East London. Pese a su infancia difícil, el doctor Adams obtuvo una beca para estudiar medicina en Oxford. Viendo sus estudios interrumpidos por la Segunda Guerra Mundial, se sumó al cuerpo médico, con el que sirvió en Francia y más tarde en África Occidental. Tras regresar a Oxford para terminar su licenciatura, contrajo matrimonio con Samantha Marshall, una enfermera británica que había

conocido en Francia. El doctor Adams se instaló en Londres, trabajó en el Hospital St. Thomas y pasó posteriormente los exámenes necesarios para ser admitido en el Royal College of Surgeons. Su especialidad era la obstetricia y, sobre todo, el cuidado de las mujeres embarazadas. Fue un pionero en el estudio de la preeclampsia, una complicación del embarazo que puede provocar la muerte de la madre y el bebé nonato. El doctor Adams escribió multitud de prestigiosos artículos sobre el tema y sobre la salud materna en general. Era administrador y miembro de la junta del orfanato donde creció, y fue un defensor infatigable de los niños huérfanos. Posteriormente recibió de la reina la Orden del Imperio Británico por su labor benéfica y sus investigaciones en el campo de la obstetricia. El doctor Adams deja en este mundo a su viuda, Samantha.

Ari no se percató de que estaba llorando hasta que vio que unos charcos húmedos emborronaban las palabras. Se enjugó las lágrimas y observó a los niños jugar alegremente al sol.

Sacó el certificado de defunción de Moh Chavan de la carpeta, lo rompió y dejó caer los pedazos al suelo.

—Lo encontré, Anahita —susurró mirando al cielo.

49

-Te he dicho que voy a tomarme un descanso, Victor —repitió Rebecca a su representante—. Y no volveré hasta dentro de seis meses, puede que un año. —«Puede que nunca», pensó para sí.

—¡Pero, Becks, estás en la cresta de la ola! Entiendo que necesites un descanso, pero ¿no podrías volver a casa y planteártelo para dentro de un año?

—No, me marcho mañana —respondió ella con contundencia.

—Pues, personalmente, creo que estás loca. Los medios deducirán que te vas porque Jack te ha roto el corazón y compartirán esa opinión con el mundo.

—Que lo hagan. ¿Sabes qué te digo, Victor? Que me trae absolutamente sin cuidado.

Se hizo el silencio al otro lado del auricular.

—No lo entiendo, Becks. Nos hemos tirado años planificando juntos tu carrera, eligiendo las películas adecuadas y, cuando finalmente llegamos al punto que queríamos, ¡dices que te largas! Oye, no estarás embarazada, ¿verdad?

—No, Victor, no estoy embarazada —dijo Rebecca, impaciente por poner fin a la conversación—. Ya te he dicho que necesito un descanso, eso es todo.

—Vale. ¿Y adónde vas?

—No pienso decírtelo. Sé que no me entiendes, pero digas lo que digas no me harás cambiar de opinión, de modo que propongo que zanjemos esta

conversación. Te agradecería que me ingresaras lo que llegue en los próximos meses en mi cuenta corriente.

—Puede que sea lo último que recibas como actriz si sigues adelante con tu plan. Sabes tan bien como yo lo deprisa que puede dejar de sonar el teléfono y convertirte en historia.

—Adiós, Victor, y gracias por todo, en serio.

Rebecca colgó y se desplomó en la cama presa de un profundo alivio. Tal vez estuviera loca, pero por primera vez en la vida no quería complacer a otros. Necesitaba conocer mundo y descubrir cuál era su lugar. No era una mercancía que se pudiera comprar y vender, era un ser humano. Y si su carrera se tambaleaba durante el tiempo que estuviera ausente, adelante.

Como Marion Devereaux le dijo aquel día, conocerse a sí misma y tener experiencias vitales era lo que de verdad le haría crecer como actriz. Y eso no iba a ocurrir si seguía viviendo en su mundo privilegiado y exclusivo, interpretando a mujeres de ensueño que siempre tenían un final feliz y siendo tratada como una princesa. Miró en torno a su suite del hotel Claridge y esbozó una sonrisa irónica, sabedora de que no habría nada de eso en el lugar al que planeaba viajar al día siguiente.

Le había dejado un par de mensajes a Ari donde le pedía que le llamara, pero hasta el momento no lo había hecho. Su silencio le dolía más de lo que estaba dispuesta a reconocer, pero fuera o no parte de su plan, no tenía intención de cambiar de parecer. Sabía que los hombres y sus exigencias habían ocupado un lugar demasiado importante en su vida. Había llegado la hora de hacerse respetar por sus opiniones e inteligencia, y no solo por su belleza. Tal vez entonces podría empezar a forjar una relación sincera y sana con otra persona.

Así pues, tanto si Ari Malik respondía a su mensaje como si no, al día siguiente por la mañana estaría en un avión rumbo a la India.

Ari llegó a su hotel, cenó algo rápido en el restaurante y subió a su habitación. Exhausto por la tensión y la emoción de los últimos días, se desplomó sobre la cama completamente vestido. Cuando despertó a las seis de la mañana, se dio cuenta de que tenía que partir de inmediato si no quería perder su vuelo. Metió todas sus cosas en la bolsa de viaje, pagó la cuenta y

detuvo un taxi para que lo trasladara al aeropuerto. Miró el móvil, vio que no tenía batería y se maldijo por haberse quedado dormido la noche previa sin haberlo puesto a cargar. Le habría gustado despedirse de Rebecca, recordarle lo mucho que le gustaría volver a verla, pero tendría que esperar a llegar a casa para hacerlo.

Mientras aguardaba en la cola de clase preferente, meditó acerca de lo que le esperaba. Y no era precisamente agradable. Su apartamento espléndido pero impersonal, seguido de una jornada en la oficina poniéndose al día, no era lo que más le apetecía. De hecho, durante las últimas veinticuatro horas había estado pensando en la posibilidad de vender la empresa. Quería hacer algo que sintiera que valía la pena, como Anahita y el doctor Adams, en lugar de limitarse a luchar por su seguridad económica.

Tal vez fuera a ver a su madre directamente desde el aeropuerto para contarle lo que había averiguado en Inglaterra y pedirle consejo. Y luego, obviamente, entregaría a Muna, su abuela, el diario de Donald. Había preguntado a la señora Trevathan si podía tomarlo prestado un tiempo para enseñárselo y la mujer había accedido.

—No creo que el señor lo eche de menos las próximas semanas —había contestado con pesar.

Después de recibir la tarjeta de embarque echó un vistazo a la cola de clase turista pensando que por lo menos tanto trabajo le había proporcionado algunos lujos. En eso estaba cuando vio a una chica en la cola con una mochila a la espalda, camiseta, tejanos cortos y chanclas. Llevaba el pelo, de color castaño, recogido en una coleta corta bajo una gorra de béisbol y no iba maquillada. Su rostro le resultaba vagamente familiar, pero no sabía de qué.

Se disponía a desviar la mirada cuando el tenue canto que había escuchado por última vez en Astbury acarició suavemente sus oídos. Esta vez observó detenidamente a la chica mientras esta se acercaba con pasos lentos al mostrador de facturación.

Echó a andar hacia la joven y su rostro se iluminó con una sonrisa cuando la tuvo cerca, pues supo que era ella. Llegó hasta la cinta que separaba la clase preferente de la clase turista y le dio un golpecito en el hombro.

Ella se volvió, sobresaltada.

—Hola. ¿Qué haces aquí? —preguntó Ari—. Casi no te reconozco castaña y con gorra. Y debo decir —sonrió— que ahora mismo no te pareces en nada a Violet.

—Lo sé. —Rebecca se encogió de hombros—. He comprendido que todo ese asunto fue un espejismo. —Frunció el entrecejo—. ¿No recibiste mi mensaje?

—No, me he quedado sin batería. Pero dime, ¿qué haces aquí? —insistió Ari.

—Como puedes ver, me voy a la India. —Rebecca sonrió, y a los dos se les escapó una risita.

—¿En clase turista?

—Sí —respondió ella con firmeza—. Quiero hacerlo como es debido.

—Entiendo —asintió él—, pero ¿crees que, solo por esta vez, podría persuadirte de que viajes conmigo en preferente? Recuerda, soy del país y sería una pena que no pudiera pasar las siguientes nueve horas ayudándote a decidir adónde debes ir para encontrarte a ti misma, ¿no crees?

Rebecca lo meditó un instante antes de responder:

—Sí.

—Y quién sabe, tal vez podría acompañarte parte del camino, continuar con mi papel de protector y guía espiritual. La India puede ser un lugar muy peligroso para una señorita sola.

—¿No me digas? ¿Tan peligroso como Astbury? —Rebecca le miró con sorna.

—Lo dudo. Bien, Rebecca, ¿me acompañas?

Ari le ofreció una mano por encima de la cinta y ella la aceptó. Se miraron unos segundos con una sonrisa en los labios.

—Sí —contestó.

—Deja que te coja eso. —Ari le retiró delicadamente la mochila de los hombros y la pasó por encima de la cinta—. Tu turno —dijo.

Aguardó mientras ella se agachaba y pasaba por debajo de la barrera que los separaba.

—Hola —sonrió él.

—Hola.

Y a continuación la tomó entre sus brazos.

Epílogo

India, 1957

Anahita

Aquí termina mi historia, hijo mío. Solo me queda contarte lo que sucedió cuando regresé a la India. La maharani me acogió en sus brazos como si nunca me hubiera marchado. Encontré el último rubí todavía enterrado en la pagoda, consciente de que debajo de su superficie cubierta de barro se encontraba la llave de mi libertad y mi independencia futuras.

Indira deseaba fervientemente que la acompañara a su palacio y retomara mi antiguo papel de acompañante en sus viajes a Europa, pero rechacé su oferta.

Porque lo cierto es, Moh, que tu padre me hizo un último regalo antes de morir. Solo el cielo puede explicar cómo el diminuto germen de vida implantado en mí la última noche que pasamos juntos logró capear las tempestades de mi encarcelamiento, dolor y consiguiente enfermedad, pero el caso es que lo hizo. Cuando llegué a Cooch Behar, mi vieja amiga Zeena, la mujer sabia, me confirmó que estaba embarazada de cuatro meses.

Esta vez en lugar de pánico, sentí paz. Aunque tenía el corazón roto por tu pérdida, ya fuera fruto de la mera ausencia física como de la muerte, sentía que, por lo menos, de las cenizas de la tragedia brotaba una vida nueva.

Indira regresó a su palacio, junto a su marido y su hijo, poco después de nuestra llegada, pero yo me quedé en Cooch Behar. Una calma extraña, somnolienta, me fue embargando a medida que engordaba, como una yegua de cría en un campo cubierto de heno recién cortado.

Muna, tu hermana, nació el 5 de junio de 1923 con ayuda de Zeena. Y mi nueva hija demostró ser tan relajada y tranquila como lo había sido su llegada a este mundo. A veces me preguntaba, cuando la arrullaba y contemplaba de madrugada, si había heredado mi don. Con el tiempo, sin embargo, constaté que no. Así y todo, sé que uno de sus hijos, o uno de sus nietos, lo heredará. Y cuando eso ocurra, lo reconoceré de inmediato.

Cuando Muna cumplió cinco años pensé que debía, por lo menos, empezar a crear mi propia vida, cumplir mis sueños y alejarme del escudo protector del palacio.

Gracias, en buena parte, a que mi antigua jefa del Royal Hospital me envió mi historial de enfermera durante la Primera Guerra Mundial junto con una carta de recomendación colmada de elogios, me fue ofrecido un puesto en un hospital local e inicié la formación oficial necesaria para obtener el título de enfermera. Mi sueño, obviamente, siempre fue ser médico, pero en la India de 1928 eso era muy raro entre las mujeres.

Aproveché al máximo mi situación, y conforme la India cambiaba también lo hicieron mis oportunidades. Me volví una defensora acérrima de Gandhi, sobre todo en el tema de los derechos de las mujeres. Querido hijo, sería acertado decir que empecé a forjarme una reputación.

Ahora, cuando escribo esto, llevamos diez años de independencia de los británicos. El país sigue luchando por encontrar su verdadera identidad, por creer que es capaz de tomar sus propias decisiones después de tantos años de decisiones impuestas. Pero creo que lo conseguiremos. Actualmente, con el respaldo de Indira y su madre, estoy creando el primer hospital para mujeres de la India. Con ayuda de los contactos de la realeza, estamos recibiendo asesoramiento de los obstetras más eminentes de todo el mundo.

Uno en particular, un médico de Inglaterra, ha resultado ser de gran ayuda. El doctor Noah Adams trabaja en el Hospital St. Thomas, en la planta de mujeres, y ha sido de vital importancia en mis esfuerzos para establecer las bases de la atención a los pacientes. Espero que un día, cuando nuestro hospital esté terminado, disponga de tiempo para hacernos una visita.

Mi querido Moh, he llegado al final de mi historia. Si estás vivo, como siempre he creído, te deseo felicidad, paz y satisfacción. Y rezo para que, si

no en esta vida, volvamos a vernos después de abandonar este mundo.

Hijo mío, no olvides nunca que fuiste profundamente amado.

Tu querida madre,

ANAHITA

Maquetación ePub: El ratón librero (tereftalico)

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a mis editores de todo el mundo, en especial a Peter Borland de Atria Books, que me infundió confianza para asumir un desafío de tan grandes proporciones como *La rosa de medianoche*. Espero haberlo superado. Mi especial agradecimiento a Catherine Richards de Pan Macmillan, quien con tanta paciencia revisó el manuscrito, a Jeremy Trevathan, Almuth Andreae y Georg Reuchlein, Judith Curr, Jorid Mathiassen y Knut Gorvell, Fernando y Milla Baracchini, Annalisa Lottini y Donatella Minuto. Sin su amistad, ánimo y apoyo mis libros no llegarían a los lectores.

Muchas son las personas que me ayudaron con el trabajo de investigación, entre ellas Raj Chahal, el doctor Preema Vig, Rachel Jaspard de Coram, Line Prasad, Pallavi Narayan, Mark de «All Experts», Radhika Artlotto, Greg y su personal del hotel Dhara Dhevi de Chiang Mai, por darme no solo la paz que necesitaba para escribir la historia de Anahita, sino también un curso breve de medicina ayurvédica.

Mi maravillosa ayudante personal, Olivia Riley (¿quién dice que la familia no puede trabajar bien junta?), mis fantásticas amigas y animadoras Jacquelyn Heslop, Susan Boyd y Rita Kalagate, mi madre, Janet, y mi hermana, Georgia. Y, por supuesto, mi marido, Stephen, y mis hijos, Harry, Isabella, Leonora y Kit, quienes hacen que el duro trabajo merezca la pena.

Y, por último, todos los maravillosos amigos y lectores nuevos que he hecho en mis viajes por el mundo, cuyo entusiasmo y apoyo me animan a

seguir escribiendo.

Bibliografía

La rosa de medianoche es una obra de ficción con un fondo histórico. He aquí las fuentes que he utilizado para indagar sobre la época de las vidas de mis personajes:

Lionel D. Barnett, *Hindu Gods and Heroes: Studies in the History of the Religion of India*, Crest Publishing, 1995.

Deepak Chopra, *The Complete Book of Ayurvedic Home Remedies*, Piatkus Books, 1999.

Gayatri Devi, *A Princess Remembers: The Memoirs of the Maharani of Jaipur*, Rupa Publications, 1995. [Hay trad. cast.: *Recuerdos de una princesa: memorias de la maharani de Jaipur*, Barcelona, Juventud, 1994.]

E. M. Forster, *A Passage to India*, Penguin Publishing, 1995. [Hay trad. cast.: *Pasaje a la India*, Madrid, Alianza Editorial, 1985.]

Rudyard Kipling, *Rewards and Fairies*, Folio Society, 1999.

Lucy Moore, *Maharanis: The Lives and Times of Three Generations of Indian Princesses*, Penguin, 2004. [Hay trad. cast.: *Maharanies*, Madrid, Aguilar, 2006.]

Ruth Praver Jhabvala, *Heat and Dust*, Abacus, 2011. [Hay trad. cast.: *Calor y polvo*, Barcelona, Debate, 1983.]

Trevor Royle, *Last Days of the Raj*, Michael Joseph Ltd., 1989.

Paul Scott, *The Raj Quartet*, Arrow; nueva edición, 1996. [Hay trad. cast.: *El cuarteto del Raj*, Barcelona, Diagonal, 2001.]

Amy Stewart, *Wicked Plants*, Algonquin Books, 2010.



LUCINDA RILEY nació en Irlanda y escribió su primera novela con veinticuatro años. El secreto de la orquídea (Plaza y Janés, 2011) se convirtió rápidamente en un best seller internacional. Desde entonces, se han vendido en todo el mundo más de tres millones de ejemplares de sus novelas, que han sido traducidas a veintiséis idiomas. Actualmente vive entre Norfolk y Francia con su marido y sus cuatro hijos..